



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

LITERATURA BOLIVIANA

**INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS LETRAS NACIONALES
DEL TIEMPO MITICO A LA PRODUCCION CONTEMPORANEA**

**CUARTA EDICION
Actualizada hasta 1980**

**Prólogo del
Dr. HUGO BOHORQUEZ R.**

**Profesor de Filosofía e Introducción al Derecho
en la Universidad Tomás Frías de Potosí**

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

INDICE GENERAL

Fernando Diez de Medina, Visto por el Dr. Hugo Bohórquez R.	2
Prólogo a la Primera Edición	10
Prólogo a la Cuarta Edición	12

INTRODUCCION

CAP. I. PARA UNA LITERATURA NACIONAL	15
CAP. II. BOLIVIA: TEMA GENERADOR	25

LOS SURCOS ANDINOS

CAP. III. EL TIEMPO MITICO	34
CAP. IV. EL PASADO KOLLA	48
CAP. V. LA HERENCIA QUECHUA	72

LA SIEMBRA HISPANA

CAP. VI. LA CONQUISTA	96
CAP. VII. LA COLONIA	104

INDICE GENERAL

CAP. VIII. LA INDEPENDENCIA	127
-----------------------------------	-----

LA GERMINACION REPUBLICANA

CAP. IX. EL SIGLO XIX: LOS ROMANTICOS	141
CAP. X. LA GUERRA DEL PACIFICO Y LOS INDAGADORES	157
CAP. XI. EL SIGLO XX: REALISTAS Y EXOTISTAS..	184
CAP. XII. LOS ECLECTICOS Y LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO.....	225
CAP. XIII. LA GUERRA DEL CHACO Y LA ESCUELA VERNACULAR.....	250
CAP. XIV. LA REVOLUCIÓN NACIONAL	279
CAP. XV. SINCRETISMO LITERARIO	296

Fernando Diez de Medina.....	317
------------------------------	-----

Bibliografía escogida	318
Índice alfabético de nombres citados	319
Índice alfabético de obras citadas	326

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

VISTO POR EL

Dr. Hugo Bohórquez R.

No es lo mismo hablar de un escritor europeo que ocuparse de otro sudamericano. Allí, el que escribe, si no es un profesional, al menos se ha especializado en el género de su predilección; aquí, hombre y escritor se confunden en el desorden general de la vida criolla, y es difícil darles clasificación. Si en Europa el principio de razón genera el proceso individual, en América del Sur la emoción es maestra de vidas; tan ligado se halla el escritor al torrente social, que, lejos de ser el dueño de su arte, es más bien el servidor de su pueblo, y a veces lo que aparentemente se toma como indisciplina, volubilidad mental o pedantería, es, en el fondo, rigor vital, necesario eclecticismo, urgencia de actuar diversificando la propia actividad.

Este es el caso de Fernando Diez de Medina, hombre de pensamiento y hombre acción, el más representativo valor de las nuevas generaciones bolivianas.

Por esa ley de improvisación, de adaptación a la necesidad circundante, Diez de Medina ha hecho de todo un poco. Poeta y periodista en su mocedad, fue deportista y banquero. Dirigió una radiodifusión con éxito. Gerentó empresas e industriales. Crítico y luchador de extraordinario valor civil, entró maduro a la política, fundando el "Pachakutismo", grupo cívico renovador, de tendencia vernácula, que de 1948 a 1950 —cuando el MNR, que hoy gobierna en Bolivia, estaba perseguido— sostuvo la fe nacional combatiendo los abusos del famoso Superestado Minero. Entonces lo vimos brillar en la polémica periodística, en la conferencia pública, frente a los micrófonos, y en sonados litigios por defraudación de impuestos fiscales. Paralelamente a sus campañas cívicas, que le valieron el sobrenombre de "Pachakuti" —el Reformador—, sostuvo una brillante carrera literaria: ha publicado trece libros y tiene otros en preparación, combinando en feliz armonía al lírico con el humanista. Tiene de pensador y de poeta, y por esa doble condición de orientador de juventudes y creador de belleza, ha merecido ser llamado Maestro de esa que él mismo bautizó como "Generación de la Fe", la generación que, salida en 1935 del desastre de la guerra del Chaco, está reconstruyendo hoy Bolivia con vigoroso impulso bajo la firme mano de Víctor Paz Estenssoro, caudillo del nacionalismo boliviano.

Disuelto voluntariamente el "Pachakutismo", después de esa hermosa "aventura cívica", Fernando Diez de Medina regresó a sus libros para curarse de los quebrantos de la política. Pero ella no lo ha dejado del todo. En un momento crítico para el país, cuando Bolivia nacionalizaba sus minas de estaño, mientras se producía la presión de los plutócratas internacionales, el escritor dictó una conferencia de resonancia americana, que fue comentada en México y otros países: Una khantuta encarcada entre las nieves, que interpretó el anhelo nacional y tuvo que repetirla con delirante acogida en los principales centros mineros del país.

Como se sabe, el actual Gobierno ha acometido empresas trascendentales en Bolivia: nacionalización de minas, voto universal, reforma agraria, reorganización del ejército, diversificación de la producción, etc. En octubre de 1953 se formó una Comisión especial, formada por técnicos y pedagogos, para estudiar la Reforma Educacional. Fue invitado a presidirla Fernando Diez de Medina. No faltaron dudas sobre el éxito de la empresa, porque muchos creen que

decir escritor equivale a decir bohemio, negligente o perezoso. En cuatro meses de activa y metódica labor, Diez de Medina demostró una vez más su gran capacidad de trabajo; devolvió dineros al fisco, terminó diez días antes del plazo señalado y entregó al Gobierno un proyecto de Código de la Nueva Educación Boliviana, con más de sesenta trabajos complementarios de carácter pedagógico. La reforma educacional es, pues, ya un hecho y se aplicará a partir de 1955. Y es, como ha dicho el Presidente de la Comisión, "de inspiración cristiana y de contenido social" en favor de las mayorías trabajadoras.

*No es, pues, de extrañar que por sus condiciones sobresalientes de luchador y removedor de ideas, sea el único escritor boliviano que ha ganado dos distinciones: el Gran Premio Nacional de Literatura en 1950, con su libro *Nayjama*, y la placa de Gran Oficial de la Orden del Cóndor de los Andes, por sus servicios a la cultura nacional. Al condecorarlo, dijo el canciller Guevara Arce: «Fernando Diez de Medina, por su cultura y por su estilo, es digno de las grandes épocas de la literatura hispánica; por su contenido es un auténtico representativo espiritual de este pueblo de indios y mestizos».*

*Hombre de pocos amigos y de muchas inquietudes, el autor de *Thunupa* tiene una virtud más, que no es la menor ciertamente entre las suyas: tiene un culto caballeroso por la amistad entendida al modo antiguo, es decir, total, leal, inquebrantable, con absoluta entrega al afecto que se cultiva. Y es también adversario franco y decidido, lo mismo en la beligerancia de ideas que en el trato personal. ¡Qué pocos supieron mantener la amistad Diez de Medina, y cómo nos enorgullece a esos pocos la confianza de espíritu tan excepcional!*

Para completar su órbita humana, Fernando tiene un hogar admirable, constituido por su compañero, doña María Paz Campero, dama encantadora de la alta sociedad chuquisaqueña, y sus hijos, Sonia y Rolando. Una bella residencia de estilo español, con amplios jardines, en el barrio de Sopocachi, en La Paz, constituye su refugio de artista. Allí, entre la ternura de los suyos, rodeado de libros, de discos y de árboles, el escritor apacigua las tormentas del luchador civil.

*A los veinte años, Diez de Medina fundó la primera página literaria dominical en el país: *Hombres, ideas libros*, que tuvo repercusión internacional. Difundió las letras mundiales e hizo conocer todo lo*

bueno de las nuestras; casi no hay escritor nacional que no hubiera colaborado en esa página. Allí se graduó crítico y conocedor de los temas americanos.

Sus dos primeros libros fueron La Clara Senda (1928) e Imagen (1932), poesía noble y sencilla, que refleja una inquieta adolescencia. En 1929 entabló su primera polémica periodística pidiendo la revisión de los valores literarios; en 1935 analizó el conflicto de generaciones; en 1936 pidió la revolución de la responsabilidad. Terminada la guerra del Chaco, que sólo dió un saldo de libros trágicos y casi siempre pesimistas, Diez de Medina publicó su primera obra en prosa, El velero matinal (1935), conjunto de ensayos sobre temas y figuras bolivianas: Tamayo, Campero, Jaimes Freyre, etc., obra que me fue personalmente dedicada. Este libro aunque todavía con predominancia lírica, ya dió la medida del futuro escritor, siendo favorablemente acogida por la crítica extranjera.

Es con El arte nocturno de Víctor Delhez (1938), publicado en Buenos Aires, como Diez de Medina cierra su periodo estetista. Esta biografía, ilustrada con reproducciones de sesenta y cuatro tallas en madera del artista, es un denso y elevado estudio de carácter filosófico y estético. Todo un tratado de arte, bajo una visión crítica acerada." Una grande obra, única en su género en América", según dijo el crítico alemán George H. Neuendorff. La Nación, de Buenos Aires, consagró a nuestro compatriota con estas significativas palabras: "El arte nocturno de Víctor Delhez es el testimonio de una época y el documento de un nobilísimo talento literario. Un ensayo de interpretación filosófica del misterio de la vida y la desazón del arte". En 1941, siendo subdirector de Última Hora, nuestro autor planteó el punto de vista sudamericano a Henry Wallace, en artículo transcrito en el Prensa del continente, y que decía así: "¡Siéntate hombre del Norte, y atiende al Sur!"

Poco después (1942), aparecía la primera edición de su Franz Tamayo, hechicero del Ande, libro que tanto nos gusta a los bolivianos, acaso porque, como expresara el suplemento literario del Times, de Londres, "ningún libro podría acercar mejor a la comprensión europea la realidad boliviana como esta biografía brillantemente escrita". Esta obra suscitó una tormenta en el Ande; don Franz Tamayo, gran político, gran poeta, gran escritor, se sintió

ofendido por la biografía que se le dedicaba en vida, con algunos de cuyos conceptos no estaba de acuerdo, y en un extenso panfleto, llamado Para siempre, insultó crudamente a Diez de Medina pretendiendo negar su obra. Fernando le contestó con gran altura moral, en su magistral Para nunca, que hizo época en la literatura boliviana, acallando al iracundo. Resultado de ello fue que en dos meses se agotó la primera edición, estando por terminarse una segunda. Bien es cierto que, descontado el escándalo literario — evocador de aquel otro pleito famoso entre Shaw y su biógrafo Harris—, el libro bien merece honores. Es —como expresara El Universal, de México—, "una espléndida biografía de Bolivia y un hondo y luminoso de América".

Años más tarde, en 1947, Diez de Medina rebatió las diatribas de Papini en su ensayo El Magnífico Ignorante, publicado en revistas de Europa y América; tesis que posteriormente fue leída en el Congreso de Cooperación Intelectual de Madrid en 1950.

Pero es con Thunupa, con ese libro bellísimo y fecundo de altas ideas, como el escritor ganó el corazón de los bolivianos. Thunupa, que partiendo de la leyenda "kolla" pide la revisión de nuestra historia, la dinámica de aventura y la moral de sacrificio, es el libro que más ha influido en nuestras juventudes. Baste mencionar que el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes de Secundaria lo declaró, juntamente con Nayjama, como " el Evangelio de las nuevas generaciones". Estos ensayos, de extraordinario calibre humanista, suscitaron juicios ponderativos en todas partes. Baste recordar tres. Para Sainz de Robles, español, Thunupa está lleno de hondura, de verdad, de poesía. Es la mejor voz con que Bolivia se ha dirigido a España y al mundo. Para Mario Puccini, "el autor de Thunupa es el más fuerte y el más épico de los escritores sudamericanos que conozco". Pero es el peruano Gamaliel Churata quien mejor condensa los valores de este libro excepcional: "Con Thunupa, Fernando Diez de Medina se toma el cetro de Rodó. Es un nuevo maestro, un estilista extraordinario. El primer escritor que adopta la simbología vernácula para sus categorizaciones morales. Abre para la literatura boliviana un nuevo horizonte: el de la voluntad. Es un mensaje de América. Es el libro de quien soñó con el ideal y llegó a verlo".

A esta altura de su vida, cuando varios de sus ensayos eran traducidos a otros idiomas y colaboraba en principales revistas de América y de Europa, Diez de Medina, que era ya el primer escritor joven de Bolivia, sintió el llamado del deber, la voz de la tierra, e intervino en política, con un estilo muy personal, muy generoso, acaso excesivamente idealista, que tenía que llevarlo finalmente a la decepción y al renunciamento. Pero esos tres años de lucha cívica, totalmente desinteresada, del "Pachakutismo", no se borrarán del pensamiento nacional; vivirán en los corazones. Y de esa cálida hoguera de patriotismo renovador surgieron los libros que todo boliviano culto guarda con fervor: Pachakuti (1948), Siripaka-Ainoka (1949) y Nayjama (1950).

No hablaré de los dos primeros, que poco dirán al lector europeo, porque se refieren a problemas locales; son medulares ensayos sobre nuestra realidad político-social. Pero el tercero, que a mi juicio es la mejor obra de Fernando Diez de Medina, merece análisis especial.

Nayjama eleva el tema vernáculo a la categoría de gran obra de arte. Participa de las condiciones de la novela filosófica, de la rapsodia lírica, del ensayo en tono mayor, orquestado para gran sinfonía sociológica y poética. En contraste con las novelas criollas o folklóricas, que rezuman dolor, miseria y abatimiento en su afán de hacer protesta social, Nayjama toma al indio y al paisaje como símbolos de redención y de superación humana. Los exalta. Fue muy comentado en el mundo literario de habla hispana. Refiriéndose a su autor, expresó una revista colombiana: "Por fin tiene América su más puro cantor". En España, Cuadernos Hispanoamericanos lo califica de "canto coral en que se funden y armonizan el indio y la encrespada Naturaleza. Obra maestra de reivindicación del alma india". Para Mundo Hispánico, esta obra "del gran escritor Fernando Diez de Medina es una verdadera rapsodia boliviana. Un excelente poema en prosa lírica, impecable". Una maestra boliviana dijo que es "un himno a Dios", y es éste, acaso, su mejor elogio.

Quiero repetir aquí algo de lo que dije —en abril de 1951— cuando apareció esta obra señera, que ha anclado ya en el corazón boliviano.

Nayjama es un mensaje estupendo, algo así como un canto sálmico del teogónico misterio andino. Y su protagonista —El Buscador— es el

propio Fernando Diez de Medina, un valor civil, un paradigma de la energía, un tremendo escrutador de nuestro pasado y nuestro porvenir. Un libro fáustico, con algo de esa energía zaratústrica de que habló el viejo Nietzsche. Un poema siempre nuevo cada día. Bravía orquestación polifónica, síntesis de siglos, mensaje de montañas. Parece que la prosa académica no sirve para hablar de esta obra vibrante, hecha de sangre y de granito. Es ya un poema clásico; clásico por su contenido, por su forma y su destino, y también por su magnífico fervor místico. Es un inaudito poeta que ha puesto su genio al servicio de la causa indígena. Su "Buscador" tiene la energía telúrica de Ulises, el desmedido anhelo del Quijote, la serena ansiedad virgiliana. ¿Nayjama acaso no busca también, en medio de sus propios combates, la plenitud de su destino? "He preferido poner los sueños rotos del artista y las ansias vivas del hombre al servicio de Bolivia", dijo alguna vez Diez de Medina. Otra vez lanzó la frase lapidaria: "la política es una mugre; vuelo a mis libros". Así jalonó un instante de su vida política, de alta responsabilidad civil. Recuerdo haberle oído decir: "El Pachakutismo, como Nayjama, es águila nocturna. Otras generaciones verán su vuelo". Pero en esto se equivocó, porque somos muchos ya los que vemos el vuelo espléndido de Nayjama, que dice su sermón universal sobre el crispado dorso de la montaña andina. No se ha escrito libro más profundo ni más bello en mi país.

Después Fernando se trenzó en movidas controversias. En Bolivia había discutido con Tamayo, con Arguedas, con Canelas. En el campo internacional refutó el Bolívar de Madariaga; rectificó a Toynbee en historia andina, mereciendo respuesta del gran escritor inglés; dio una lección a Luís Alberto Sánchez sobre nuestras letras.

En sus libros se advierte una sana y noble influencia hispana; fuertes lecturas de los clásicos —Lope, Calderón, Cervantes, y, sobre todo, Tirso, ocupan sitial de honor en su biblioteca— y frecuentación de Unamuno y Ortega, de Machado y Valle Inclán, de Azorín y de Miró. Se ha comparado el Nayjama con el Idearium, de Ganivet, si bien éste es más sociólogo y aquél más lírico y poético.

En los últimos años, Diez de Medina ha publicado Libro de los misterios (1951), "obra de un gran poeta y de un extraordinario prosista", al decir de un crítico peninsular, que sale del rigor de los

géneros; es algo así como una tentativa de teatro simbólico a la manera "claudeliana". Rica de filosofía y poesía.

Luego, esta Literatura Boliviana, obra de su madurez de crítico y de investigador, donde el poeta sigue enaltecendo los temas vernaculares y dándoles categoría de universalidad. No es una simple obra didáctica o de investigación, como pudiera creerse; es más bien un vasto fresco, ágil y movido, de nuestro país. Una introducción rica de color al proceso de la cultura boliviana, que tiene de boceto sociológico, de atisbo histórico y de calibre crítico. Un retrato de Bolivia a través del pensamiento boliviano. De él tiene expresado otro crítico español: "este libro hay que leerlo frenando, para que el dinamismo del estilo y lo apasionante del tema no rebasen el juicio crítico. Es un libro polémico, apasionado, una historia novelada de la literatura boliviana". Para nosotros, sus compatriotas, es el mejor esquema orgánico; un cuadro magistral de la cultura boliviana. La obra de un luchador y de un poeta que sienten, viven y expresan con hondura humana el tema nacional.

Últimamente Literatura Boliviana ha sido adoptada como texto oficial en todos los colegios secundarios del país, a pesar de que por su profundidad es más adecuada para el ciclo universitario. El escritor, infatigable, anuncia un nuevo libro: Sariri, tomo de ensayos, que será el número trece de los que lleva publicados. El ensayo que da nombre al libro será una réplica al Ariel, de Rodó, y es realmente de envergadura continental; será muy discutido, en América y en España, porque está saturado de nuevas ideas, de puntos renovadores, de enfoques polémicos. Nos habla de un "humanismo de la necesidad", que parece reflejar toda la vida de este idealista y humanista de polifacética personalidad.

No sé si el destino me dejará cumplir un viejo anhelo: escribir la biografía de Fernando Diez de Medina, que tan hondo surco viene abriendo en la conciencia boliviana, y que es ya uno de los primeros escritores de la nueva América. Pero al menos tengo la satisfacción de haber compuesto este ligero esbozo para los lectores de habla hispana sobre el hombre y el pensador. Si Argentina tiene un Mallea, Colombia un Arciniegas, Chile un Latchman, Perú un Sánchez, Venezuela un Picón Salas, nosotros, los bolivianos, tenemos un Diez de Medina, que es decoro y realidad surgente del pensamiento andino.

Quiero creer que su talento creador ha de dar todavía muchas páginas de gloria a las letras de habla hispana.

Dr. Hugo Bohórquez R.

La Paz, febrero de 1954.

PROLOGOS

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

Cuando los estudiantes me pidieron este libro, pensé componerlo al modo usual: un texto breve, sintético, de rigurosa objetividad, clasificando en periodos y autores el lento desarrollo de las letras nacionales. Un esquema imparcial sin mucho amor, sin resquemor, calibrando las figuras a distancia para no quemar al juzgador en la hoguera de la pasional. La exposición de los hechos fría, razonada; el juicio ecuánime; un equilibrio adecuado entre análisis científico y expresión estética. Moderación, sosiego. En suma: nuestra literatura a través del lente clásico.

Posteriormente modifiqué el punto de partida. ¿Cómo ver con mirada clásica una literatura en formación?

Nuestros libros no son muchos ni muy buenos; sus autores pocas veces alcanzan la dignidad del artista. Si quisiéramos medirnos con la escala de los valores mundiales, no saldríamos favorecidos. Visto con ojos desapasionados, de rigurosa apreciación crítica, el proceso de nuestra cultura naciente poco dirá al observador. Somos pueblo en

agraz, física y espiritualmente, distante de la sabia madurez que acumulan los siglos. El problema, entonces, se me presentó así.

Carecemos de una literatura nacional capaz de medirse jerárquicamente con expresiones más logradas del ingenio humano. Esto es evidente. El sentido de medida nos obliga a reconocer que no estamos incorporados todavía a la geografía literaria del planeta. Pero existe una literatura boliviana, modesta, reducida, que manifiesta el vivir y el sentir de nuestro pueblo. Por poco que haya dado, es mucho lo que aún tiene por delante. ¿Cómo hablar de esta fuerza viva, palpitante, trasunto de un alma nacional, que si luce aminorada al ojo externo, la pupila interna capta acrecentada en el dolor y en la alegría del propio acontecer? Sólo hay método posible: el método de la pasión que amaba el señor de Unamuno.

La posición revolucionaria frente a la esfinge clásica. No un medirse con el mundo, sino un concentrarse en "nuestro mundo". La intensidad de lo emocional, antes que los deliquios de la forma. No la catalogación pesada, sapiente, mas el miraje intuitivo que recorta y elimina para dejar lo esencial. Algo de lo que hizo Heine en su Literatura alemana, aparentemente arbitraria, injusta, pero en el fondo las páginas más bellas compuestas sobre el milagro tudesco. Algo, también, que recuerde a Klabund, en si discutida Historia de la Literatura, alejada por entero de los manuales clásicos. Una visión apasionada, personalísima, de épocas, obras y autores, donde todo aparece "templado al fuego" con ardor y violencia juveniles. Más obra de luchador, de soñador, de poeta, en fin, que paciente armazón de crítico o investigador minucioso.

En vez de la fría escultura marmórea que esconde en la armonía de sus líneas la sorda tempestad que la conmueve, el frío romántico, vivo, redivivo, completo a trechos, a trechos mutilado, mas siempre fidedigno porque descubre la trama interna de su fuerza al tiempo que revela el juego apariencial de sus formas.

¿No dijo el Maestro que el hombre es el eterno combatiente?

Pues bien: mi punto de partida será el de un combatiente por la cultura boliviana. Vehemente, tenaz, irreductible. Cansado de los dos extremos en que oscila nuestra vida intelectual —la suficiencia criolla y

el absoluto menosprecio de lo propio—, pretendo dar un panorama subjetivo de nuestras letras. Acepto y descuento críticas, elogios y denuestos. No escribo para halagar vanidades ni para incomodar a mediocres. Escribo por necesidad interior de estudiar y expresar el orbe nacional. Por amor a la verdad. Porque nuestras gentes enervadas en el ocio, la ignorancia y el politiquerismo, necesitan la educación restallante del pensamiento en función de jerarquía.

Este es mi punto de partida: la literatura boliviana a través de un temperamento. Mi meta: el corazón de los estudiantes, porque sólo ellos, que encarnan las más altas aspiraciones del ideal colectivo, que juegan muchas veces vida y destino en pos de libertad, que aman la aventura del pensamiento y el riesgo de la acción, sabrán comprender estas páginas brotadas del drama nacional, escritas con profundo amor, con dolor profundo, porque llevan el sello genial y virginal del pueblo que las vio nacer.

"Sólo es dado comprender la verdad por medio de los contrastes", dice la sentencia china. Contemplad la literatura boliviana por el juego contrastante de sus grandezas y sus miserias.

Con pasión, sí, pero pasión justa —aunque suene a paradoja—, porque la encendida admiración y el desagrado tajante dieron perfil a las más ricas expresiones del ingenio crítico. Ni amigos ni enemigos: solamente buenos libros y malos libros. Para calibrar el proceso de una cultura nacional, hay que medir sujetos y obras con vara de justicia.

He querido ser justo, he querido ser veraz. El tiempo y las generaciones darán su fallo.

1953.

Fernando Diez de Medina.

[PROLOGO A LA CUARTA EDICION](#)

Veinticinco años después de haber publicado la tercera edición de **LITERATURA BOLIVIANA**, accedo al pedido del editor, don Werner

Guttentag, para lanzar la cuarta edición de esta obra, corregida y aumentada con dos capítulos que abarcan la producción intelectual de 1956 a 1980.

Tarea nada fácil porque en ese lapso de 25 años las letras nacionales crecieron tan prodigiosamente, que se hace punto menos que imposible leer todos los libros y folletos editados que pasan de varios millares. Frente a esa copiosa y abrumadora producción, el crítico debe mantener su criterio anterior: nada de catálogo ni de historia exhaustiva, sino una selección rigurosa de los que se piensa más aceptable. Al criterio objetivo del analista, agregar la visión subjetiva del que no se deja arrastrar por la caudalosa corriente libresca.

Mantengo mi posición inicial: la literatura boliviana a través de un temperamento.

No es el número, es la calidad la que calibra un proceso cultural. ¿Acumular títulos y autores? Absurdo: los inventarios minuciosos aburren. Mas bien eliminar lo mediocre, seleccionar lo bueno y aun dentro de esto escoger lo más sobresaliente para conformar un friso de obras mayores y mejores.

Estos últimos veinticinco años los agrupo la denominación general del Sincretismo Literario. Se explica porque siguiendo la corriente en boga que entremezcla los géneros literarios y hace un pandemónium de escuelas y estilos, aquí en Bolivia, como en todo el mundo, asistimos a un proceso de decadencia escrita que enreda las técnicas del oficio, arremete contra la lógica y el lenguaje y no vacila en acudir al "collage" literario.

Muchos piensan que para ser escritor hay que imitar a los "monstruos" europeos norteamericanos o del "boom" latinoamericano, llámese Joyce, Kafka, Sartre; o Faulkner, Dos Passos, Hemingway; o Cortázar, García Márquez, Lezama Lima. Otros atropellan la sintaxis y la ortografía lanzándose a publicar poemas o relatos desprovistos de la correcta construcción gramatical, de buen gusto en el decir, y de lógica constructiva.

Contra esa marejada impresa deben luchar crítico y lector, cuya primera obligación consiste en saber distinguir entre buenos y malos libros.

Hoy a cualquier disparate se llama poesía y a cualquier mamarracho novela. Claro que existen buenos poetas y buenos novelistas pero son pocos, por lo cual se impone prescindir de la subliteratura que inunda el mercado libresco.

Nuestra producción escrita ha crecido horizontalmente y ha decrecido en sentido vertical. Ahora se escribe más que antes y se lee mucha más, pero la hojarasca cubre los brotes sanos.

La crítica mentirosa manipulada por la política de izquierda que controla el 80% de los medios de comunicación universal, hace precisa una labor de profilaxis. Hay que depurar la escritura del libertinaje formal y del tremendismo temático. De la tendenciosa propaganda político-social y del feísmo narrativo.

No todos pueden ser escritores si faltan la vocación y la técnica expresiva. No todos llegan a críticos si hay ausencia de cultura y capacidad analítica.

En nuestro medio intelectual campean la improbidad y el autobombismo de logias, capillas y grupos que deforman la verdad y adulteran el producto. Es frecuente el vacío a lo excelente y la exaltación a lo mediano. La pseudo-crítica (porque en Bolivia no existe la crítica sistemática, calificada y permanente) y el comentario vulgar desorientan al lector. Por ello se hace imprescindible una tarea de limpieza y selección prescindiendo de la materia grisácea que infesta nuestras letras.

¿Por qué no se quiere distinguir entre literatura y periodismo, entre pensamiento creador y ramplonería literaria, entre libro y folleto, entre escritor y escribidor?

Saber leer es saber escoger.

Escojo, pues, lo que me parece digno de mención y lo señalo a la pericia del lector.

Fernando Diez de Medina
1980

INTRODUCCION

CAPITULO 1

PARA UNA LITERATURA NACIONAL

Las dos tesis: negadores y afirmadores.— Cultura sudamericana en formación.— Cómo se ha de enfocar la literatura boliviana.— Eliminación en vez de acumulación.— Los cuatro planteamientos fundamentales: histórico, geográfico, estético, social.— Juicios de D'Orbigny y Vaca Guzmán.— Telurismo y folklorismo.— Un consejo de Van Wick Brooks.—Existen una literatura boliviana.

¿Es lícito hablar de "literaturas nacionales" en Sudamérica?

Según como se enfoque el problema. Para el investigador científico, probablemente no, para el poblador continental, seguramente sí. Pues en tanto aquél sólo vislumbra una confusa producción endeble, de carácter imitativo, a la cual califica genéricamente de "letras hispanoamericanas", sujetas a servidumbre y minoridad intelectual, éste distingue las literaturas nacionales —una en cada país— claramente diferenciadas, todavía en embrión, en formación, libres de vasallaje a la cultura castellana.

Examinemos ambas tesis.

Primero los negadores. Alegan ellos que después de treinta años sigue en pie el severo enjuiciamiento de Riva Agüero sobre las letras sudamericanas, cuyas condiciones generales son la insipiente y la imitación. Abundan la copia ingeniosa, el lirismo barato, la fraseología de mal gusto. ¿No ha dicho Quintiliano que todo el que quiera ser semejante a otro, necesariamente ha de ser inferior a lo que imita? Escasean las grandes obras —si las hay— con valor intrínseco ajeno al medio y a la época. Descontando excepciones rarísimas, el continente Sur sigue produciendo baja literatura, de reflejo, prestándose los temas y las formas expresivas. Casi siempre el esfuerzo apresurado delata pobreza imaginativa, orfandad de estilo, y el libro se resiente por falta de tensión espiritual. El escritor sudamericano, pobre en ideas y en cultura escaso, cubre su desnudez con la vegetación verbal: habla, punta, gesticula, grita. No ha dicho nada. Ciertamente que **La vorágine, Don Segundo Sombra, Raza de**

bronce, Doña Bárbara, llevan su mensaje propio, pero estas plantas exóticas ralean. Lo general es lo mediocre.

La división política en pequeñas repúblicas, la heterogeneidad de razas y de lenguas —pues además del español que hablan las minorías cultas y las poblaciones cosmopolitas, existen grandes núcleos humanos que sólo conocen sus idiomas nativos—, el analfabetismo, la ausencia de un gran ideal colectivo que conforme y dé sentido a las letras del continente, impiden que en rigor crítico se hable de "literaturas nacionales" al referirse a los países sudamericanos.

Una literatura es el producto de largas luchas donde se miden con desigual fortuna hombre, naturaleza e historia. Acierta el crítico que la sombra "flor de la historia de un pueblo, espuma de su dolor y su alegría". Mas en estos pueblos-fetales de la América sureña, ¿de qué cultura, de qué proceso intelectual hablar, si las naciones mismas no concluyeron de estructurarse en forma orgánica? Quién se ignora no puede juzgarse. Para un juicio severo, con sentido de las jerarquías mentales, no existe una "literatura peruana", como no hay una "literatura colombiana", ni es dable mencionar una "literatura argentina", aunque existan aisladas buenos libros compuestos por autores nacidos en Perú, Colombia y Argentina. Estos pueblos jóvenes, de trasplante y aluvión, viven todavía el tiempo épico de la pugna con el medio, les falta mucho para alcanzar una lírica genuinamente sudamericana. Y más aún, para el ajuste dramático del hombre con las cosas, cuando medido el mundo exterior, sondeado el orbe interno, el poblador encuentra su equilibrio en la justa expresión de su medio geográfico y social y el modo como reacciona frente a él.

Los dos mayores males de la producción literaria en la América Meridional: la falta de originalidad en el concebir, la ausencia de una técnica formal para expresar.

No se puede hablar seriamente de "literaturas nacionales" en el hemisferio Sur. Y justamente de esta negación brotará una profesión de fe, el sudamericano, para llegar a ser algo culturalmente, debe comenzar por reconocer que no es nada todavía.

Hasta aquí pesimistas y censores despiadados. Veamos ahora, qué contestan los afirmadores.

La historia de la literatura es la historia del alma humana: cómo viven, cómo piensan, cómo se hacen conocer los hombres. Donde hay un pueblo organizado, habrá un fenómeno literario que lo exprese. Tradición oral o letra impresa, todo cuanto constituye el lenguaje peculiar de una colectividad, su creación más genuina, su manera entrañable de moverse en las ideas, el modo bello de contar lo propio, ya es literatura. Todos los pueblos la tienen: grande o pequeña, ilustre o desvalida.

La emancipación política se inició en 1809; la económica recién ha comenzado; pero ya es tiempo de preparar la independencia intelectual del hemisferio Sur. Ni "letras hispanoamericanas" ni culturas "latinoamericanas"; eso se fue con los abuelos. No renegamos de la herencia hispana, tampoco de las savias latinas, mas queremos destino fidedigno. No se puede enjuiciar con pupila europea la realidad criolla, cuando hay un hecho indio y un fenómeno mestizo que se entrecruzan con la urdimbre occidental. El sudamericano despierta sociológica y culturalmente, forja su cultura y se alimenta de ella, está en proceso de crecimiento, ¿cómo podría dar frutos sazonados? Ciertamente, no hemos dado un Balzac, pero Balzac es el producto de dos mil años de civilización. Esta realidad histórica en que nos movemos requiere expresión típica, no foránea; pro eso habrá que repetir: donde hay pueblo que vive y siente, habrá literatura que lo resuma y manifieste.

Es innecesario detenerse en el detalle de obras y de autores. Basta la visión de conjunto —historia, política, social— para comprender que cada una de las jóvenes naciones de la América Meridional alienta nuevas fuerzas psíquicas y morales, capaces de crear diversos tipos culturales. No rechazamos a Europa ni a España: las absorbemos, quisiéramos superarlas en un sentido espiritual. Creemos más en el hombre interior que brota de estas tierras vírgenes, menos en el mecanismo técnico y mental heredado de Occidente. Hablemos, pues de una cultura sudamericana en formación y de las literaturas nacionales que la expresan.

Al saber práctico, analítico de Europa, responde la inteligencia intuitiva y ética del sudamericano. Si el europeo nos aparece demasiado perfecto, racional, Sudamérica da un tipo humano siempre algo desordenado, instintivo, que se contrapone a la rigidez de la razón organizada. Keyserling reconoció que la naturaleza sudamericana — suelo y poblador— mantiene en toda su energía la fuerza creadora del tiempo primitivo, un impulso de tensión constante, gran plasticidad, quietud y anhelo de crecer. En esta época de destrucción, porque el hombre maneja fuerzas demasiado grandes, el continente Sur representa un sentimiento libre y optimista de la vida. Y esta a pesar del drama social, que aún está por resolverse.

Acaso la raza cósmica de Vasconcelos sea un mito; utópico el ideal euríndico de Rojas, exageradas las afirmaciones de estudiosos que sostienen una edad de oro para las letras del hemisferio. Lo evidente es que las naciones sudamericanas van cobrando personería intelectual, por atisbos geniales y errores presurosos, en marcha rápida y mudable hacia fines espirituales. Si cultura es espíritu —como dice el filósofo—, y espíritu algo vivo, fluyente, en constante proceso de fluctuación, crecimiento y desgarre, podemos afirmar que existe ya una surgente cultura meridional.

Nuestras literaturas nacionales son el múltiple espejo de esa cultura en formación.

Si existen libros y escritores que nos cuentan qué es un país, cómo son sus gentes, describiendo el orbe físico, mental y emotivo en que se mueven, existe ya un proceso literario. Y aunque en la escala de las grandes jerarquías estéticas no podamos subir muy alto, preferimos el duro aprendizaje de lo propio a los regalos de la imitación y del trasplante. América, la del Sur, no copia: crea formas nuevas, aunque pocas, o transforma por alquimia transcultural las heredadas. Podemos hablar, con perfectísimo derecho, de una "literatura boliviana", de una "literatura chilena", de una "literatura brasileña", porque existen tres naciones distintas habitadas por tres pueblos diferentes, que no es lícito confinar en el rótulo de ramificaciones de las letras iberas o lusitanas. Tres naciones jóvenes, con modos peculiares de vida, que ofrecen sendas fisonomías literarias. Bolivia y Chile hablan la lengua española, pero cada núcleo nacional acusa diversas formas de cultura y se tipifica por sus

peculiares modos de vida. ¿No ha dicho Taine que en el fondo la historia es un problema de psicología? Pues bien: esta nueva humanidad psicológica y social que irrumpió a partir de 1809, quiere ser oída y comprendida en la diversidad de sus manifestaciones regionales. Las literaturas sudamericanas son, pues, un hecho histórico y cultural indiscutible.

Cada pueblo tiene voz propia; hay que saber recoger el tono y los matices de esa voz. Producimos algunas cosas buenas, podemos producir muchas más. La Mistral, ganando el premio Nobel, ¿no es una evidencia del poder creador y vencedor de las letras sudamericanas?

Hasta acá los afirmadores.

Entre ambas tesis, ¿cómo deberá orientarse quien busque orientar a su vez a los investigadores? Buscando el justo medio para llegar a la verdad: ni tanto bueno ni malo tanto. Y si descendemos del plano general sudamericano al campo puramente nacional que nos interesa, podemos resumir la situación así:

Hay una literatura boliviana, no tan famosa como piensan algunos ni tan ignorada como creen otros. Mientras no aprendamos a usar una escala de valores que permita distinguir el engendro literario de la medianía y ésta del buen libro, jamás conoceremos el valor real de las letras patrias. También será necesario diferenciar la improvisación feliz de lo que produce el escritor de vocación. Lo primero que se requiere en este país, en materia literaria, es orden, orden jerárquico. Limpieza, selección. Porque no todo el que esgrime pluma alcanza categoría de escritor, ni es lícito llamar libro a cuanto se publica. La generosidad —y a veces también la fatuidad— del boliviano conspiran contra su sentido de apreciación crítica; se reparten elogios en exceso, se consagran valores prematuros, y esta hojarasca emotiva impide ver la selva real. Falta establecer la distancia que media de la verdadera artesanía literaria al ejercicio periodístico o a la publicidad ocasional.

No existe una historia razonada de nuestro proceso intelectual: sólo ensayos fragmentarios, esquemas didácticos, panoramas ligeros. Ningún trabajo de conjunto que obedezca a un enfoque científico, conforme a plan, con análisis metódico de épocas y escuelas, que

calibre con justeza obras y autores. Si no hay una estructura central, un desarrollo orgánico y planeado, menos puede exigirse en acabado y decoración. Críticos y comentadores carecen, casi siempre, de sentido de proporción, de capacidad para discriminar valores, de finura psicológica para entrever matices y coloración. No idean, no discernen, enumeran y pasan por encima. Por lo general, la escasa cultura corre pareja con la ausencia de buen gusto. Quién se asoma a nuestras letras, falto de hábiles guías, deberá ser hurón de biblioteca, papalista y benedictino al mismo tiempo. Todo o casi todo lo aprenderá por sí mismo, remontándose a las fuentes para no extraviarse. Carecemos de una clave literaria orgánica para seguir el ascenso intelectual del país. Prudencio y Medinacelli, seguramente los dos mejores críticos de la época moderna, no publicaron sus valiosos trabajos en libros, hallándose dispersos en diarios y revistas, sólo accesibles a estudiosos o bibliófilos.

La **Historia de la literatura boliviana**, de Finot, con ser un laborioso y meritorio esfuerzo, peca por exceso y superficialidad: exceso al acumular libros y autores mezclando lo bueno con lo malo, superficialidad en el análisis y en el ajuste de los valores estéticos. Reconozcamos la gran utilidad de esta obra como elemento de consulta —tiene, además, páginas muy acertadas, especialmente es su primera mitad—, pero anotemos su defecto sustancial: su condición de catálogo o archivo, sin discriminación de tendencia y jerarquías. El mismo autor corrobora en el prólogo su propósito: "...es menos historia crítica que nomenclatura o catálogo".

Las literaturas no surgen por acumulación —táctica elegida por Finot—, sino justamente a la inversa, por simple eliminación, hasta quedar en lo esencial. Contra la prolijidad del catálogo —ocioso en un medio literario endeble—, debe primar el principio de selección. Aunque en títulos y autores la producción nacional pase de varios millares, lo digno de leerse apenas rebasa algunas centenas. Habría que aplicar, en nuestro caso, el justo criterio del maestro Henríquez Ureña: "Hace falta poner en circulación tablas de valores, nombres centrales y libros de lectura indispensables. Hay que dejar en la sombra a los mediocres. La historia de la literatura americana debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales". Es la misma norma señalada por el crítico sagaz: en la literatura, como en toda

ciencia, sólo deben preocuparse al historiador los fenómenos más salientes.

Claro está que tratándose de una cultura en formación no podemos limitarnos a señalar unos pocos nombre-solares, será preciso ocuparse también de los satélites, y aun de las "novas" lejanas y fugaces, ajustando el cuadro a un principio de gradación e intensidad: moroso estudio en lo central, rápido miraje a lo periférico. Elegir lo descollante, con libertad de juicio y de gusto, sin que la obligada prescindencia de algunos suponga necesaria subestimación, sino urgencia de reducir el enfoque para capturar lo fundamental. Ni cátedra ni veredicto. Una visión objetiva del medio social, y una subjetiva apreciación de libros y de autores. Retener lo mejor, olvidar lo accesorio. Este será el sistema elegido.

Nuestra literatura no se agrupa por tendencia generales ni se manifiesta en escuelas definidas. Las que adoptamos acaso parezcan arbitrarias, más no dejan de constituir hitos auxiliares para facilitar una comprensión ordenada del proceso literario. Cada escritor boliviano tomó rumbo solitario, la libertad anárquica es su ley. Todos vuelven al observador atento por la misma vorágine, autodidactos, desordenados, eclécticos, caudalosos, poliformes, desconcertados y desconcertantes todos. Polígrafos sin disciplina, ambiciosos de saber y de expresar, los bolivianos padecen la fiebre de publicar. La excepción no desmiente la regla. Por lo común, en un solo escritor representativo se puede seguir todo el proceso social y espiritual de su tiempo, porque la política y las letras andan confundidas en nuestra historia. Ordenar, sistematizar ese caos de ideas, de estilos, de multiplicidad en la producción unipersonal, en un país donde faltan bibliotecas, crítica sería, clima bibliográfico, será tarea de gigantes. Comencemos por el enfoque panorámico y sintético.

Cuatro son las formas principales para seguir el proceso de una literatura nacional: la histórica, la geográfica, la estética, la social. A no ser que se prefiera la visión circular, completísima, del crítico-artista, el que todo lo mira, lo absorbe y remodela con lente de mil prismas, reuniendo las agudezas del análisis con los primores del buen gusto. Para esto se requiere el genio de Brandés. Y el fenómeno Brandés no ha vuelto a darse.

Para el juicio histórico, tan atento a los cambios en el tiempo y el proceso de evolución colectiva, debemos acostumbrarnos a pensar que espiritualmente Bolivia no comienza en la colonia; hay seis ciclos lógicos cuya continuidad ideal no es lícito romper: el tiempo mítico, el pasado kolla, la herencia quéchua, la conquista, la colonia y la república. Las literaturas arrancan su origen de la cosmogonía y de los mitos. ¡Mirad a las montañas, esa es la cuna del alma nacional!

Para el criterio geográfico que consulta suelo y raza, adoptaremos la división clásica: montaña, valle y llanura, que enmarcan las tres razas primordiales de aimáras, quéchuas y orientales. El problema a dilucidar sería, entonces, cuáles son las influencias; cómo reaccionan, se expresan enlazan y divergen el alma ruda y beligerante del montañés, el alma tierna y sensual del poblador de zona templada y el alma exuberante y enervante del hombre de los llanos. O sea, la expresión vital de punas, tierras medias y llanuras reflejadas en el triple espejo dramático del kolla, bucólico del quéchua, pánico del oriental. La nación en su variedad étnica y territorial.

Para una valoración estética, la creación literaria se impone por sus cimas y sus quiebras, aun prescindiendo de tiempo, lugar y tendencia. Obras y autores calibrarse por sí, atendiendo sólo a su riqueza conceptual, a su belleza de estilo. El libro como obra de arte, como esfuerzo creador y ejemplarizador.

Para una estimación social, se ha de tener en cuenta el cuadro general de la época estudiada: las condiciones políticas y económicas que la norman; los grandes sucesos colectivos y los hombres representativos que lo encarnan; el lento y complejo ascender del espíritu a través de las constantes transformaciones técnicas, que a su vez modifican los modos vitales. La historia literaria como historia de la sociedad que la produce.

Estos cuatro planteamientos esenciales, que en un estudio a fondo, orgánico y razonado, deberían agotarse exhaustivamente, sólo serán considerados a grandes rasgos en esta introducción a nuestras letras.

Para nosotros y para quienes nos suceda, valgan estos juicios generosos de dos espíritus elevados: francés uno, el otro boliviano. Dijo Alcides d'Orbigny: "Si la tradición ha olvidado la memoria del lugar

donde estuvo el Paraíso, el viajero que visita ciertas regiones de Bolivia puede exclamar con entusiasmo: ¡Este es el perdido Edén!"
Añade con emoción indianista nuestro Santiago Vaca Guzmán:
"Nuestro porvenir literario está en la riqueza y variedad del suelo boliviano, portentoso escenario natural donde el espectáculo, a pesar de ser el mismo, parece por su majestad siempre nuevo. Aquí donde la luz vibra como las chispas del diamante, el corazón no puede permanecer insensible ni la imaginación estéril". Tenemos, pues, tema y sujeto: Bolivia y el boliviano. Sólo falta aceptar el consumo de fe, de energía, de esfuerzo disciplinado y consciente para transmutar la realidad viva en elaboración artística. No basta explorar la geografía ni sondear lo humano; flaquearnos en la fusión, en la interpretación, en estilizar el hombre y el suceso. De suelo tan desmedido, de poblador tan complicado, sale aminorado el intérprete. Y sólo podremos hablar de una genuina literatura nacional cuando, en vez de simples contempladores, nos convirtamos en modeladores del cosmos circundante.

Grave error sería pretender confinar a lo puramente típico la creación literaria —vasta, libre, diversa cuanto lo es el genio humano— a solo título de nacionalismo espiritual. Pero si al superior hombre de letras debemos aceptarle que sea el forjador de sus temas, sería preferible que en estos tiempos de crecimiento y organización nuestros escritores jóvenes ahonden en sí mismos, en su suelo y en su raza, en la indagación de lo vernáculo, hasta encontrar los gérmenes de una auténtica literatura nacional. Libertad temática, osadía de expresión, son los modos vitales del acaecer literario; una cultura en formación, como la nuestra, debe tender a miraje introspectivo antes que al periplo universal, buscando la verdad más que la originalidad.

Aquí, donde todo está por descubrirse, ¿qué vocación más noble para un escritor que la de revelar ese mundo escondido?

Telurismo, folklórico: dos caminos para alcanzar el horizonte nacional. Telúrico es lo que brota del fondo de la tierra, volver al propio núcleo para extraer savias entrañables; folklórico es lo epidérmico y circunstancial, la anécdota. La literatura boliviana debe partir de lo telúrico-ancestral. La vuelta a la tierra es un imperativo biológico, porque toda cultura se origina en la tierra —Spengler— y si queremos

incorporarnos a la geografía literaria del planeta, debemos comenzar por ser fidedignos en la expresión de lo que somos.

"Jacha-Pacha-Mama", la Gran Tierra Madre, es la clave de un nacionalismo espiritual.

¡Guardaos de confundir el episodio folklórico con el telurismo raigal! No basta el manejo de tema y nomenclatura locales, ni la mera descripción de paisajes y costumbres; ahóndese el estudio, búsquese el sentido profundo de caracteres y tradiciones, porque son ellos los que darán contenido anímico trascendente a nuestras letras. Copiar, contar, no, buscar, plasmar y sublimar el orbe interno que se embosca detrás del mundo exterior. Revelar, desentrañar. Nos ha tocado la misión de interpretar un orbe nuevo saturado de viejísimas esencias. Porque Bolivia, cosa grande y maravillosa, encierra al boliviano, enigma sutil que no ha sido descifrado todavía.

Tenemos lo primordial: tema y sujeto ricos de novedad y sugestión. Nos falta la otra mitad del hecho literario: una técnica madura para expresar nuestra verdad vital, una escala de valores que nos redima de la suficiencia criolla.

Corto es lo realizado, mucho lo que falta por hacer. Amemos, no obstante, lo poco que tenemos y aceptamos la grave carga de conformar una literatura propia, recordando el consejo de Van Wyck Brooks: "La literatura es una profesión estudiada, diez veces más difícil que el derecho; tiene problemas que no pueden resolverse apretando un botón; y, al fin, el gusto y la destreza literarios son la recompensa de años de esfuerzos humildes".

¿Cuántos saben que el buen escribir requiere largo aprendizaje?

De inteligencia despierta, rico de imaginación y sensibilidad, guardando en su seno las potencias vírgenes de un pasado fabuloso y un presente dramático, cargado de electricidad humana, el pueblo boliviano dará grandes escritores al continente. Sólo falta que las nuevas generaciones se sometan a una escuela de disciplina y autocrítica, para combatir la ignorancia, la pereza, la ausencia de sentido de medida y de buen gusto que vienen frustrando la producción media del país. Y algo más: los peligros de la facilidad, el

talento rápido o la habilidad ligera, que, pasando por encima de las zozobras del pensar y las dificultades técnicas, buscan la línea de menor resistencia para desembocar en el género periodístico o revisteril. Basta ya de plumas fáciles, volanderas, vocingleras. Necesitamos escritores de vocación, artesanos de su oficio, humildes y tranquilos, fuertes y sinceros, de largo y tenaz laborar, capaces de expresar las tensiones encontradas de este pequeño gran pueblo penetrado de vida dramática.

Existe una literatura boliviana. De nosotros depende que se hunda en el olvido o que se alce como un vuelo de cóndores hacia la cordillera encumbrada del pensamiento universal.

CAPITULO II

BOLIVIA: TEMA GENERADOR

Un astro ignorado.— Factores adversos y favorables en lo territorial y demográfico.— "Pueblo Enfermo" y "Thunupa".— Una dura realidad y una gran esperanza.— Las tres zonas primordiales: montaña, valle y llanura.— La raza: kollas, quechuas y orientales.— Andinismo, centralismo, orientalismo.— Emporio de variedad y novedad.— La esfinge andina.

En el corazón de la América Meridional, lejos, muy lejos del Atlántico impetuoso al que tienden sus vastas llanuras por las hoyas del Amazonas y del Plata; amurallado el otro flanco por la Gran Cordillera que mira al Pacífico distante; cerrada por bastiones montuosos, abierta en ríos dilatados y aires estratégicos, Bolivia se levanta como un astro ignorado, joven y remoto al mismo tiempo.

En lo físico nos tocó una herencia excesiva: tierras desmedidas para escasos pobladores. La abrupta geografía impide la unidad territorial. A pesar de las dolorosas mutilaciones que la enclaustraron en sus montañas y en sus valles, la nación abarca un millón de kilómetros cuadrados, donde se pierden cinco millones de habitantes. Raza y territorio compiten por lo heterogéneo; aquélla se divide en blancos, mestizos e indios; éste se descompone en altiplanos, zonas templadas

y llanos. Si es difícil coordinar las diferencias regionales, aparece problemática la convivencia étnica; para la mayoría de los estudiosos no existe una raza boliviana homogénea, ni siquiera en estado formación. Hombre y naturaleza viven en constante pugna, predominando lo pánico y telúrico sobre el espíritu. Alegan los pesimistas: ¿Qué valen la prodigiosa acumulación y variedad de las riquezas naturales, si la nación yace dispersa en sus grupos raciales, quebrada en su economía social, desarticulada en el esfuerzo humano? Bolivia es un problema de organización.

Pero frente a lo adverso brota lo favorable. La nación andina es uno de los depósitos vírgenes del mundo civilizado: nada le falta. Posee cordilleras mineralizadas, valles feracísimos, bosques interminables, llanuras ubérrimas; climas y paisajes de máximo contraste para contener cómodamente doscientos millones de almas. Cierto que de sus cinco millones actuales, sólo un tercio, formado por blancos y mestizos, participa en la vida nacional; los otros dos, constituídos por indios y otros núcleos mestizados, se desenvuelven aislados, herméticos, dentro de moldes primitivos. Mas el día que la nación resuelva su problema crucial, incorporado por la economía, por la educación y por la técnica esas mayorías inertes a la masa colectiva, habrá dado el paso decisivo por su resurgimiento. Recordemos el juicio certero de Bardina: "¡Ah el que sepa poner fila material y en fila espiritual a esa indiada oscura de piel y tersa de alma! Ni el mismo que esto haga puede sospechar el filón que va a explotar, las consecuencias integrales de una alta revitalización étnica".

Ese conflicto de desproporción entre la naturaleza excesivamente rica y diversa y la población reducida, dispersa desigual, arrancó frases amargas a nuestros pensadores. "Pueblo enfermo", sentenció Arguedas, forjando una leyenda negra en torno al país, leyenda que aún no ha sido del todo despejada. "Pueblo de montañas muy grandes con hombres espiritualmente pequeños", agrega otro gran dolorido, Carlos Medinaceli, que sentía la patria como de drama y desgarramiento, el mismo que amaba a Bolivia "por buena, triste, pobre y explotada". Estos juicios tendenciosos de una filosofía realista no los aceptamos hoy, porque la experiencia del Chaco nos ha demostrado que los hombres vencen y superan las adversidades cuando tienen la fe, la voluntad de organizarse.

Lo que la nación avanzó en los últimos cincuenta años parece increíble si se estima la multiplicidad de obstáculos, la escasez de recursos humanos. Avanzamos, sin embargo, a pesar de los errores y contrastes inherentes a un pueblo en formación. Los bolivianos sabemos nuestra posición en el mundo: un pequeño país de grandes recursos potenciales, que lucha duramente contra el despoblamiento, la desorganización económica y social, la desarticulación interna. Luchamos, no obstante. Y al desaliento de los vacilantes podemos responder con las palabras fervorosas del **Thunupa**: "Bolivia, imán de adversidades, ¿no es también la aguja magnética de un renacer futuro? A conocer y padecer la patria para rescatarla en el deber de cada día. Necesitamos almas ardientes, voluntades intrépidas para subsistir como nación. ¡Alzaos de la conformidad y de la holganza! Que el espíritu de aventura despierte las almas y encorajine las voluntades. Necesitamos almas jóvenes y enérgicas que organicen su morada nacional con la misma pasión que la conozcan y recorran en sus modalidades regionales. Y cuando la juventud boliviana sea una muchedumbre en empresa de descubrimiento, la nación estará saliendo al encuentro de sí misma".

¿Qué es Bolivia? Una dura realidad y una gran esperanza. A nosotros toca superar esa realidad y alcanzar esa esperanza.

Ni la naturaleza ni el poblador admiten clasificación geométrica. La etnología ha demostrado que no hay razas puras; la geografía comprueba que no existen leyes regionales fijas. Mas será preciso acudir a las definiciones ordenadoras para tener una visión general del paisaje físico y humano. Bolivia se divide en tres grandes zonas: montañas, valles y llanuras, existiendo también zonas intermedias o de transición que participan en grado desigual de las tres características.

Se nos dice República del Altiplano porque elevadas mesetas concentran la mayor carga dinámica y demográfica del país. Las punas frías y adustas imponen su impronta de altura al territorio. Las sierras o montañas albergan los núcleos mineros, industriales y comerciales, desde tiempo inmemorial, el planalto andino vertebró la geografía nacional con su poderoso torrente económico que baja del monte para fecundar los valles y los llanos. En lo agrícola, aunque por medios aún rudimentarios, las mesetas podrían abastecerse a sí

mismas; el retraso técnico lo impide. Hay petróleo en Caupolicán, carbón en el Titikaka, estaño, zinc, antimonio, cobre, wólfram, plomo; reservas minerales y naturales en gran escala hidroeléctrica podría transformar la vida de los altiplanos, que, no obstante el corto desarrollo de su potencial de producción, constituyen el mayor depósito de la energía colectiva. La Paz, Oruro, Potosí, son pueblos montañoses, beligerantes, rudos, emprendedores y tenaces. Aquí todo es fuerte, directo, varonil. La naturaleza se entrega difícilmente al hombre. Roca y vacío, en caída perpendicular, alternan con la seca horizontalidad de vastas planicies peladas, que la mano humana modifica lentamente. La ciencia europea afirma que no se puede vivir a más de 2.500 mts. de altitud; los bolivianos vivimos en mesetas muy cerca de los 4.000, pues se trata sólo de un proceso biológico de adaptación. La sierra está más cargada de fuerza creadora, tiene más espíritu que la selva y que los valles. En política, en economía, en impulso social y espiritual, acaudilla a la nación. "Es el espíritu del Ande (es decir, la sierra, la puna, la montaña) —ha dicho un ensayista boliviano— el que da a nuestras letras relieve característico, la anhelante inquietud de cumbre y la ansiedad infinita de pampa". El paisaje montaños es atrevido, enérgico, palpita henchido de sorpresas y tensiones encontradas; por eso el kolla que lo puebla es asimismo huraño, reconcentrado, y vive ungido de acción en su mundo circundante. La montaña: lo más fuerte que hay en Bolivia, pero también lo que exige más.

Los valles escalonados como una transición entre el altiplano y las tierras bajas hacen la vida más grata y el esfuerzo humano mejor recompensado. Excepción hecha de las capitales, la vida provinciana yace todavía en un sopor colonial. Faltan caminos, industrias, brazos. Sólo Cochabamba ha cobrado un ritmo acelerante de progreso. La producción agraria alcanza índices satisfactorios, a pesar de los éxodos de población a las ciudades y a las minas; sería mayor su rendimiento si se mecanizara el agro y se educara al campesino en los recursos de la técnica moderna. Templado el clima, feraz el suelo, bello el paisaje, nuestros valles son la báscula climática entre la tensión montañesa y la inmensa desolación de las llanuras que corren al Atlántico. Poblar y organizar los valles es el imperativo presente: descongestionar la actividad febril de las mesetas y volcarlas hacia las quebradas de la gran faja central que forman Cochabamba, Chuquisaca, Tarija, pueblos dichosos, tierras ricas de espacio vital y de

posibilidades económicas. Si la cabeza del organismo nacional se apoya en las cumbres, el corazón de la bolivianidad hay que sentirlo en el valle, que es lo más típico, lo más entrañablemente sudamericano, porque está penetrando del soplo regional. El genio indio es montañés, el genio mestizo es valluno. Estas tierras intermedias son las que mejor regalan al poblador. Al tono severo del altiplano, se contrapone la gama lírica del verde y de las huertas perfumadas. ¡Campiñas de Cliza y de Sacaba, quebradas de Cinti, hondonadas del valle tarijeño, ofrendas de la deidad telúrica al privilegiado poblador! Aquí la naturaleza no tiene hosquedades de monte ni exuberancia aplastante de selva: todo es fácil, todo incita a la alegría. Comarca y poblador son dulces, tiernos, sosegados. Pero a veces el maíz fermenta sus rayos cálidos en los cántaros de chicha, la bebida nacional; entonces surgen los caudillos políticos, los oradores, los estadistas militares y civiles, que trasuntan en su empuje removedor y constructivo la belleza fuerte y armoniosa de las zonas centrales. El valle: físicamente lo mejor concertado, espiritualmente lo más atractivo del país.

De los llanos y los bosques tropicales, esa polaridad indivisible que denominamos con una palabra —la llanura—, sólo puede hablarse en términos de lejanía. ¿Qué sabemos de las inmensas y riquísimas regiones de Santa Cruz, del Beni, de Pando, que están en trance de incorporación a la vida activa nacional, por el avión, las ferrovías y caminos carreteros? Casi nada. En ellas la naturaleza, de tan pródiga y virgen, absorbe todavía, anula en cierto modo al poblador. Sólo en los últimos años, los modernos medios comunitarios y capitales bajados de las punas comienzan a descubrir, a organizar, a elevar el nivel de vida de las poblaciones del oriente y noreste. El petróleo comienza a ser una materia de exportación, con grandes perspectivas futuras. Regiones tan vastas, que cada una de ellas, por sí sola equivale al perímetro de una o dos naciones europeas. Son el porvenir del país, desconocido, indimensionable, en espera de la colonización científica y el desarrollo técnico que las despierten a una realidad mejor. Cifra futura, las tierras bajas un nuevo tipo racial de insospechadas posibilidades creadoras. En estos llanos majestuosos e indómitos, en estas selvas insondables, el esfuerzo humano debe centuplicarse para no perecer en la inmensidad devoradora del trópico. Trabajar es duro; holgar, sencillo. A brazo partido con la naturaleza lujuriente que todo lo avasalla, a la ausencia de medios

materiales para una vida cómoda, hay que agregar la lucha fatigante con el "monte"; media vida se pasa "desmontado", limpiando el suelo de malezas y de árboles para establecer haciendas o industrias. O vienen las épocas húmedas y los grandes ríos que bajan de las cordilleras inundan las planicies, como ocurre en el Mojos legendario.

Santa Cruz es ya un floreciente polo de desarrollo henchido de profícuas realidades.

En **Moxos y Chiquitos**, pinta Moreno así el paisaje: "Horizonte sin límite aquél, planicie espléndida y terrible, vida contrastadísima la de sus pobladores, así bárbaros como civilizados. La inestabilidad de la naturaleza, de la gran naturaleza, derrama aquí con profusión indescriptible sus dones más exquisitos y magníficos, y un instante después los arrebatata con torvo ceño y brazo destructor. Porque las lluvias torrenciales del estío convierten las repuestas y plácidas campiñas en un solo mar inmenso y navegable en todas direcciones". La naturaleza física, colosal, desmesurada, rica de toda riqueza imaginable; en lo sociológico, la tierra quieta, dormida, esperando el abrazo fecundo del progreso. Santa Cruz, Beni, Pando, son el futuro henchido de gérmenes secretos. Y la raza oriental, buena indolente, generosa y brava, mezcla la dulzura de la herencia nativa —chiriguano, guaraní, camba— con el señorío hispano, y un mestizaje admirable de sangre nórdica inserta en savia criolla. La opulencia, que invita al dominio organizado de un mundo virgen. La llanura: paisajes hermosísimos, la selva inextricable, los grandes ríos, y el drama nacional acrecentado en el heroísmo de las gentes orientales luchando con la grandeza aterradora del suelo. Un provenir ilímite, que también habrá que saber conquistar.

En las primeras décadas del siglo XIX, en su famoso **Viaje por la América Meridional**, D'Orbigny, el sabio francés a quien debemos todavía una deuda de amor y gratitud, nos descubrió la realidad geográfica, económica y social de este país. Mucho tiempo después, otro geógrafo de renombre, Eliseo Reclus, apuntaba: "¿No es, pues, Bolivia la clave de la bóveda del continente?" En el siglo XX, aparte de estudios aislados de especialización —que los hay de calidad— falta un panorama de conjunto para acercar la realidad de esta síntesis cósmica de montañas, valles y llanuras, que hasta la falta de costa oceánica suple con los misteriosos lagos o mares interiores del

Titikaka y del Poopó. Bolivia, sí, el enigma enclavado en el corazón de Sudamérica.

Para quien ame una vida en parte patriarcal, de "tempo" lento, sosegado, en parte aventurera y esforzada, lejos del estruendo de la civilización mecánica, la patria andina es un regalo de los dioses: aquí el hombre es criatura de sus hechos. Cierto que La Paz, con cerca de un millón de habitantes, se aproxima ya al ritmo babélico de las urbes, pero La Paz es la excepción y no la regla. La tierra aguarda al hombre será recompensado por la tierra inmensa y pródiga.

Una historia siempre tumultuosa, trabajadora siempre por el dolor de luchar y de surgir. Nuestras grandes figuras trascienden al arquetipo continental. Katari es todo el genio indio. Murillo, toda la rebeldía mestiza. Linares, todo el idealismo blanco. No hay novela que supere nuestro pasado republicano en dramatismo, intensidad colorido. Bolivia, siempre la primera en acaudillar los grandes logros colectivos. Será siempre la última en disfrutar sus beneficios. El amor a la libertad, la rebeldía justa, el espíritu de generosidad son los más altos atributos del boliviano. Por eso afirmamos que el nuevo espíritu nacionalista —no expansionista, sino puramente humano, de hondo contenido social— sabrá redimir a las grandes mayorías nacionales de la ignorancia y la miseria en que yacen postradas.

El tema generador para el estudio de nuestra literatura es, pues, Bolivia misma, con sus grandezas y miserias, sus creaciones ancestrales, sus desórdenes transitorios, la infinita variedad de sus paisajes, tipos humanos y modos de vida regional, cada uno de los cuales espera el intérprete afortunado que los exprese en profundidad. Y a quien pusiere en duda la capacidad del espíritu andino para elevarse a la superior obra de arte, recordémosle que Bolivia ha dado ya un gran escritor: René Moreno. Un poeta estupendo: Tamayo. Un gran pintor: Guzmán de Rojas. Una escultora genial: Marina Núñez del Prado.

Volviendo al tema socio-geográfico, tres son las razones que pueblan los tres paisajes-tipos del territorio nacional: los kollas o aimáras en la montaña, los quéchuas en el valle, los orientales en el llano. Claro está que se trata de nominaciones generales y no de una clasificación científica, ya que indios, mestizos y blancos son tres mundos aislados

entre sí en cuanto a sus modos específicos de vida; mas en un sentido integrador todos se dividen y ordenan en hombres de altura, hombres de la zona intermedia y hombres de las tierras bajas. Repitamos un enunciado del capítulo anterior, porque éste debe ser el tema motivante de la bolivianidad: el día que el alma severa y dramática del kolla, el alma tierna y bucólica del quéchua, y el alma pánica y romántica del oriental conjuguen voluntades, estaremos formando una raza nacional. La triple armonía del misterio indio, del empuje mestizo, del señorío hispano, concertadas en sudamericano advenimiento.

La naturaleza opulenta, variadísima, inexplorada en sus cuatro quintas partes, la población reducida, desorganizada, luchando valerosamente por una vida mejor. He aquí una nación digna de supervivencia.

Para entender el alma boliviana hay que tener presente el esquema étnico-geográfico, que tiene algo de abstracción crítica y mucho de realidad viva y determinante. A los tres paisajes físico —montaña, valle, llanura— corresponder los tres tipos raciales: kollas, quéchuas, orientales. Un modo de vida que tiene las urgencias verticales de la escultura. Otro que se templea en las delicias de la línea armoniosa: pintura clásica. Un tercero que pertenece a los reinos secretos y abismales de la música telúrica. Confinado en sus altas montañas, en sus valles risueños, en sus bosques y llanos infinitos, el boliviano es tan complejo de estructura psíquica como la orografía de su suelo. Alma de muchos registros, no tuvo aún intérprete cabal.

Andinismo, centralismo, orientalismo, son las tres tesis que disputan primacía en el paisaje nacional. En los últimos años, el valle y la llanura se van emancipando de la tutela de la montaña, y si hablamos de nación andina, porque la meseta condensa los antiguos valores espirituales y la mayor reserva de recursos materiales, es sólo a condición de abarcar el país en la triple función conjugadora de sierras, tierras intermedias y llanuras. Las tres Bolivias de la cordillera, la zona templada y la selva tropical se integran y unimisman en el Macizo Boliviano a que aludió Jaime Mendoza, esa extraña y poderosa conformación geográfica que parece dar sentido al equilibrio político y económico del continente Sur.

Si es verdad que el europeo y el inmigrante en general tienen ancho campo de adaptación y experimentación en este país, abierto a todo

esfuerzo humano, nosotros concedemos importancia vital a la redención de las masas indígenas y a la regimentación de los núcleos mestizos; sólo cuando ellos se incorporen a la vida civil, con todos los derechos y ventajas que brinda la sociedad civilizada, podremos hablar de patria orgánica y feliz. Esa enorme tarea de dignificación social enaltece el presente y el futuro de los bolivianos.

Imaginad que en un solo escritor pudieran juntarse el exotismo de Loti, la fantasía aventurera de Conrad, la paleta psicológica de Maugham; ¿dónde hallar el campo más propicio para ejercitar esta triple sabiduría novelística? El avión, la fotografía, el libro y el cinematógrafo han elevado las nueve décimas partes del planeta, pero en ese pequeño segmento de lo desconocido quedan todavía suelos y pueblos vírgenes, Bolivia entre ellos, capaces de fecundar muchas generaciones de narradores sin agotar sus posibilidades temáticas. Paralela a su riqueza minera, rica de toda variedad mineralógica, la nación andina posee una extrema abundancia de contrastes paisajiles y tipos humanos. No sólo la seducción pintoresca de los folklores regionales —el hosco aimára, el quéchua risueño, el alegre chapaco, o el camba montaraz podrían dar lugar a sendas literaturas costumbristas—, también el minero, el indio agricultor, el siringuero de los bosques constituyen soberbias expresiones de la tipología nacional. Y el orbe cholo o mestizo ¿no está cuajado de modelos singulares? Y las minorías blancas o europeizantes ¿no son un mundo aparte, digno asimismo de interpretación? La nación, como sujeto literario —suelo, raza, costumbres—, es un emporio de variedad y novedad. En la tierra nativa por excelencia, lo más entrañablemente sudamericano, la patria más joven en el más antiguo solar del hemisferio. Sólo faltan los dedos ágiles, sagaces, que sepan despertar misteriosas melodías en las tiorbas del ancestro, y las pupilas sutilísimas que capten en el poblador la cadena vital de la tierra americana.

Si el historiador y el sociólogo pueden ver mucho aquí, el arqueólogo y el esteta más. El Ande tiene un poder de sugestión extraordinario; su fuerza atlética, genesíaca, desborda la visión normal. Es ese imponderable que recuerda al filósofo el tercer día de la creación y abisma al poeta en una zona de enigmático hechizo, que irradia magia. Las piedras inmemorables, talladas por el hombre cósmico de Tiwanaku, seducen con el mismo poder que las cumbres violentas

cortadas a cercén. Esplende el valle. Se embriagan los ojos en la sinfonía cromática de llanos y de bosques. Es un mundo inédito que espera todavía su Kipling.

Este suelo nuclear promete más de lo que dio. Roca virgen, aire mesiánico, despoblada inmensidad; y el todo saturado de leyenda, de misterio, de intimidad. ¿Qué cosa más entrañable que la Bolivia interior del poncho indio y el cholero mestizo? Fuerza joven, recogida sobre sí misma, para proyectarse con más ímpetu en el salto hacia el futuro.

No somos nación grande ni pueblo rapaz en trance de conquista: sólo un país original saturado de esperanza y novedad.

La esfinge andina...

¿Cómo expresar este callar de siglos, imán del ojo y filtro de sentidos? Mirando atrás, Bolivia abarca todo el pasado americano; hacia el horizonte que se acerca, un tumulto de montañas que no todos perciben todavía. La esfinge andina guarda el secreto de un continente.

LOS SURCOS ANDINOS

CAPITULO III

EL TIEMPO MITICO

La montaña, Dios Mayor del ancestro.— Filosofía cósmica.— "Chamak-Pacha" o la Edad Oscura.— Los tres "Tiwanaku" legendarios y los cinco de la arqueología.— "Ka-kaa-ka" y el Hombre-Roca.— Leyendas de "Pacha", "Wirakocha", "Khuno", "Thunupa".— Simbología sideral y telúrica: "Willka", "Pajsi", "Inti".— La madre tierra y la madre mar.— La rapsodia arcana de las Cordilleras: los grandes nevados, centros de revelación mítica y poética.— Principales autores que se ocupan de la temática ancestral.

En fondo del asiático es la naturaleza inmensa, el acontecimiento cósmico. El fondo del andino es un pasado fabuloso que no conoce término, que se remonta a los tiempos geológicos.

Hoy no aceptamos la sola tesis hispanista, aquello de que la historia sudamericana principia con Colón. Tampoco nos parece suficiente decir que nuestra antecendencia histórica proviene de los Incas más lejos... La literatura ilumina el horizonte de la historia. Para una filosofía telúrica, para una comprensión espiritual del pasado, nuestros orígenes no comienzan con una dinastía o con un nombre: arrancan de la naturaleza misma, se pierden en inalcanzable lejanía. La literatura boliviana se inicia con la geología y con los mitos.

¿Qué se sabe de los tiempos primitivos? Casi nada. ¿Qué falta por descubrir? Casi todo. No habiendo un conjunto de conocimientos intelectuales para sistematizar la comprensión de lo que fue, hay que rastrear en la contemplación del paisaje, en la tradición y en la fábula, el paso fulgurante del tiempo mítico: la naturaleza como bramando en el combate transformador del cosmos; los dioses y los héroes como chispas que brillan y desaparecen en el divino juego de la inteligencia que ordena el universo.

El día que se alzaron las primeras montañas —esas "voluntades erguidas" de que habló el poeta— nace el tiempo mítico. El inca Garcilaso de la Vega, terruñero y melancólico, significó en frases inmortales la majestad de ese callar de siglos: "... aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves". Y el atisbo penetrante de Lawrence, alma envejecida de civilización, siempre en busca de la sangre oscura que cae desde la mente, el ojo, y la palabra, y el conocimiento, y corre hacia la inmensa y única fuente del sueño primordial, profiere estas otras palabras significantes: "...la maravillosa, remotísima y nevada edad de la América, el continente de los que fue". Es el tiempo del Viejo Oriente Andino, anterior a las cosmogonías orientales asiáticas, europeas o africanas, según el pensar de nuestro Villamil de Rada, maestro de estorismo y filología comparada.

En Bolivia el tiempo mítico baja de las nieves. La montaña es el Dios Mayor del ancestro, su oráculo final. Quien estudia su constitucional estructura, concibe su extática belleza; y al definir la tierra está revelando en verdad al poblador.

Se ignora el tiempo transcurrido desde la última erosión silúrica que levantó las cordilleras. Tampoco se ha demostrado —como piensan

Heath— que los Andes surgieron tres veces del océano y tres veces volvieron a insumirse antes de lograr su actual configuración. Ni geólogos ni paleontólogos marchan de acuerdo; pero los poetas saben, como el indio, que la génesis andina hay que buscarla en el pasmo de las cumbres.

¡Alteza de cumbres en desgarró, mares que se petrifican en montañas, abismos sumergidos bajo el agua! Fueron tantas las proezas del antiguo morador del Ande, cuanto las peripecias de la tierra; poco estudiados, suelo y poblador duermen el sueño intacto de la espera. Aquí orogenias y paleografías brotan de campo virgen. Hubo trastornos geológicos, imperios altaneros, devastaciones, éxodos, tumulto y destrucción de pueblos; tantas veces cuantas la planta humana afrontó las revoluciones de la naturaleza y el torbellino de los corazones. ¿Qué pupila alcanza el espanto final de la Época Glacial? La meseta andina, que asciende todavía lentísima, a razón de treinta centímetros por siglo, da la pauta de esas transformaciones pretéritas, cuando los montes se erguían como trombas de agua y el mar inmovilizaba sus furores en rudas serranías. ¡Imaginad al hombre, por grande que fuese, perdido en el terror de la marejada cósmica!

No es en las ciudades megalíticas del altiplano, sino en las portentosas catedrales nevadas de los Andes, donde nacen los dioses y los héroes indios. El mito, que es la necesidad de hallar causas a los hechos, la interrogación al misterio, subió en la inteligencia andina conforme el hombre se acercó a la comprensión de los fenómenos.

"Taypikala", "Wiñaymarka", "Konko", "Lukurmata" ⁽¹⁾ (nombres kollas de ciudades o centros arqueológicos del altiplano boliviano), apenas son un reflejo lejanísimo del tiempo cosmogónico, cuando naturaleza y hombre lidiaban cara a cara. ¡Milagro es que aún subsistan los escombros del "Tiwanaku" en la sinfonía helada de las cordilleras!

Los dioses —refiere Burckhardt— no existen desde siempre; lejos de haber creado el mundo, surgen del seno oscuro de las fuerzas naturales; la teogonía nace de la cosmogonía. Y en el Ande boliviano es lo mismo que en la Hélade de los aqueos: hay que personificar el país —montañas, ríos, vientos, mares—, encarnando las fuerzas naturales en deidades dominantes y locales; transfigurar los hechos telúricos en símbolos poéticos, convirtiendo el sentido sugestivo del

cosmos en la fabulosa embriaguez creadora de nombres y atributos que encienden el alma primitiva, intuir la antigua relación sacerdotal de hombre y naturaleza, íntimamente ligados por el vínculo misterioso del mito, para aproximarse a la verdad jubilosa de los primeros andinos, a su mágico estilo de vida, esa filosofía cósmica que idealiza la naturaleza y restituye al hombre el don de ordenación intuitiva.

Por aquellas apartadísimas edades, la roca, hecha hombre, se ponía a caminar. Los hombres transcendían a montaña. Las ciudades megalíticas, que hablarán más tarde del culto a la piedra, sólo son espejos de los reinos de hielo y de basalto, origen del mundo y sus fenómenos. Era el tiempo de los astros y del sentido de la tierra. "¡Auscultad en los Andes nuestras Ilíadas!", Profiere el poeta en genial intuición. Pero el Ande aterrador, palingenésico, destruye todo lo que exalta. Y apenas si el soñador, por encima del arqueólogo, presiente el pasado legendario: viejas soñías recordaron siempre que detrás de una historia hay cien historias, y al cabo de un camino, mil caminos...

Refiere la leyenda que existió un pueblo remotísimo antes de que el sol alumbrara al mundo. Aún recuerdan los nativos el tiempo de la "Chamak- Pacha" o Edad Oscura, en que los hombres se debatían entre la sombra eterna y la nieve sempiterna. Bruma, frío, soledad. Ciudades líticas, almas pétreas. ¿No era "piedra de en medio", primitivo nombre de "Tiwanaku", el centro del mundo, de donde salieron después del diluvio los que volvieron a poblar el planeta? Tres relatos fantásticos narran los orígenes del "Tiwanaku" legendario. Menciona uno la metrópoli de gigantes, construída antes del cataclismo líquido producido en las riberas del Titikaka. Alude otro a los inmensos bloques de andesita, de asperón y de basalto verdinegro en la ciudad-santuario, refiriendo que tan descomunales piedras fueron transportadas por el aire al toque de una trompeta tocada por los magos andinos. Añade el tercero que "Tiwanaku" fue construída en una sola noche, pues, como se tratara de un pueblo remotísimos caído en idolatría y libertinaje, la divinidad lo castigó y el pueblo pecador remaneció convertido en piedra. Nadie sabe quienes la fundaron. Si los sabios hablan de migraciones hipotéticas, trasplantes nórdicas, mongólicos, polinesios, orientales, los investigadores nacionales replican con la tesis de la autoctonía: pudieron ser lemures, atlantes, nahuas, mayas o finalmente los "antis" (de "anta"=cobre), los que dieron su nombre a la insigne cordillera.

Piensen los arqueólogos que hay cuatro y hasta cinco "Tiwanakus" diferentes, superpuestos en sendas capas de ruinas, en rocas y en fósiles que penetran las antenas sutiles del hombre de ciencia, multiplicando las teorías. A los mitólogos les interesa el primer "Tiwanaku", el que vive en la leyenda y sólo alcanza el mirar alado del poeta: fue creado y destruído por el dios "Wirakocha". El segundo "Tiwanaku", todavía legendario en parte y en parte protohistórico, para unos obra del mismo "Wirakocha", es para otros creación de los "antis" o "paleoKollas", primitivos pobladores de la meseta. El tercer "Tiwanaku", el clásico, es netamente aimaro-kolla; en él culmina la arquitectura religiosa, civil y militar, y se revela el genio positivo de la raza andina; fueron geómetras, matemáticos, astrónomos, mentes precisas que organizan pueblos con la misma rigidez que tallan sus fábricas de piedra. El cuarto "Tiwanaku" es puramente histórico, real, tangible. No los entendieron los españoles ni los Incas. El gran "Mayta-Capac", cuando visita las ruinas, ignora ya esta lengua pétrea que dominaban sus antepasados kollas. Y el quinto "Tiwanaku", en fin, es el "Tiwanaku" imaginario, caprichoso, proteico, de los aficionados y los charlatanes, que interpretan a su sabor este silencioso declinar de siglos.

Dice la leyenda aimára que "Wirakocha" para hacer el mundo, pobló la tierra de estatuas; luego dió animación, y estos gigantes, modelados en piedra, fueron los primeros pobladores del Ande. De aquí viene la tradición del "Ka-kaa-ka" (nombre remoto del nevado que actualmente llamamos Wayna- Potosí), que literalmente significa: Hombre-Roca, es decir, el hombre que nace de la roca, o la que se hizo hombre. Este es el verdadero, el más remoto mito andino, y no las posteriores ideaciones mitológicas de "Inti", el sol, y "Pajsi", la luna; tardías deidades del antiguo.

Tan hondo fueron los "antis" en la religión, que se perdieron en ella. ¿Ceden los ritos iniciáticos de "Tiwanaku" a las tauomaquias sagradas de Cnossos, al mito osírico en Egipto, a los misterios eleusianos de la Hélade? No lo ha demostrado la investigación erudita. Hay que sentir la energía solemne, taciturna, que se desprende de las piedras de "Kalasasaya"; hay que captar el soplo pitagórico que avientan la maravillosa geometría de la Puerta del Sol; hay que compartir la pesadumbre agobiadora de los bloques de "Tunka-Punko"

para sospechar que esos hombres que avasallaron el granito y la traquita con sus cinceles sutilísimos habían heredado una teurgia sabia, enigmática, abismal. Esos nevados fantasmales en la noche lunada, esos montes soberbios de luz y poderío que rigen la armonía del paisaje diurno, ¿no fueron los "Apus" del tiempo mítico, los antiguos señores del mundo arcaico? Y si nos acercamos a los gigantes de asperón en la noche solitaria; si al pie del monolito de la "Pacha-Mama", que se alza seis metros del suelo adusto, hermético insondable, nos ponemos a meditar bajo las estrellas en su remoto origen; si por simpatía simbólica somos capaces de transferir al tiempo mágico la intuición racionalista del alma moderna, a poco más el ídolo nos hará llegar la oscura radiación de su misterio. El que nada dice; lo dice todo: la piedra sacra de "Tiwanaku", hierática, iniciática, bajo el esplendor del cielo estrellado, guarda la clave de la perdida religión nocturna. Irradia, comunica. Hay que viajar cinco mil años para despertar su lengua inmóvil.

La Puerta del Sol, impropriamente llamada así, porque en verdad es "Pacha-Punku" —la Puerta de la Tierra—, símbolo de la arcaica adoración telúrica, es la "piedra de Rosetta" del oriente andino; que aguarda todavía al nuevo Champollion que descifre su escritura simbolográfica. Y los famosos Monolitos — de los cuales poco se conoce aún porque la porción mayor duerme sepulta bajo tierra—, dioses nocturnos y abolidos héroes que evocan la majestad del tiempo mítico, son graves testimonios de un pensar científico y religioso que pereció tan pronto como uno de sus elementos constitutivos se desintegró de la fábrica esotérica. En torno a los nevados, en la hoya del Titikaka, teniendo como centro irradiante a "Tiwanaku"; pero desplazando los yacimientos arqueológicos a los cuatros puntos cardinales, hay que buscar las huellas de esa inmensa literatura pétrea. Cada ídolo es un instante de la conciencia colectiva.

Pareciera pueril suponer que el sabeísmo americano se fundó en la ciencia hermética de astrólogos y astrónomos, de mentólatras y matemáticos; absurdo a la razón moderna. Pero el antiguo confinó el conocimiento en el primordial enigma del mundo y sus medidas: medir era conocer. Palenque, Tiwanaku, Elelín, ¿no fueron adoratorios naturales? "Antis" o paleo-kollas sabían que cuando el sol de oro —deidad diurna— se hunde en el horizonte, despiertan los rayos negros del sol de ébano —deidad nocturna—, que transflora la oscuridad

elemental de los seres. Sabían que el hielo y la bruma fueron antes que el astro rutilante, y los montes esfíngicos, antes que el hielo y que la bruma. Por eso la adoración a la montaña es el hito más lejano para presentir la vibración del mundo arcaico.

¡Cuánta rica y virgen materia para especulación del estudioso y deliquio del poeta!

"Pacha", el Dios Cósmico del Ande ⁽¹⁾ (Véase **Nayjama**, del autor, introducción a la mitología andina, cuyo final está consagrado al estudio de "Pacha" y sus significaciones lingüísticas y míticas.) —el primitivo "Pacha-Tata" o Señor del Mundo—, es la deidad primera, tan remota, tan escondida que pocos la perciben. Ni cronistas ni investigadores modernos levantaron el velo de su remota lejanía. Verdad que conocemos sustituciones ulteriores: "Pacha-Kamak", el Creador; "Pacha-Mama", la Madre Tierra; "Pacha-Kuti", el Dios del Milenio, son interpretaciones posteriores que a pesar de su belleza simbólica no trascienden la majestad del mito original.

"Wirakocha", dios y héroe, criatura celeste y telúrica a un mismo tiempo, que cubre como numen teogónico y político la pluralidad de las primeras sociedades andinas, es al más universal de las divinidades cordilleranas. Dijérase otro Zeus que ofusca con su resplandor civilizador a las primitivas deidades: Gea, Urano, Caos le cederán paso. Así también "Pacha", la Tierra; "Khuno", genio del mal, señor del hielo, que evoca las revoluciones geológicas de la última época glacial, y "Thunupa", genio del bien, señor de amor, el Cristo Andino, deberán ceder jerarquía a "Wirakocha", el dios febril, universal hacedor, el de más fácil asimilación para el nativo, porque tiene un pie en el mito y otro en la historia. Es el ordenador, el sistematizador de las creencias andinas; por eso lo prefieren arqueólogos y eruditos, ansiosos de evadirse del laberinto del panteón arcaico, cargado de la poderosa variedad de vida de sus dioses, y necesitados de una fuerza unificadora, totalizante que condense y dé sentido al mundo pretérito.

Una fantasía plástica abundante rodea a "Wirakocha" y sus fabulosos configuraciones. Lástima que no hayamos dado todavía los cantores épicos y teogónicos capaces de transfigurar poéticamente los hechos de la mayor divinidad americana.

Cuentan los mitos que durante la Edad Oscura, cuando los pueblos aterrados pedían luz para salir de las tinieblas, "Wirakocha" se convirtió en su sol resplandeciente que surgió del centro del Lago, sobre el peñón de "Itikaka". Otros dicen que apareció en tiempo muy distante un hombre blanco, de aspecto venerable y de tan alto poder, que de los cerros hacía llanuras, de las llanuras cerros; manejaba a voluntad truenos y relámpagos; hacía brotar agua de las rocas. Enseñó y civilizó a los pueblos, castigó a los malos, recompensó a los justos, y un día se le vió caminar sobre las aguas y desaparecer en el centro del Lago. Era "Wirakocha". Se le atribuyen las dos destrucciones de "Tiwanku" y la creación y aniquilamiento de las dos razas primordiales: los "Wari-Wirakochas", hijos del dios, y los "Waris", hijos de la tierra, que cayeron en corrupción. "Wirakocha" deidad proteica, es a un mismo tiempo gobernador celeste y mediador entre la divinidad y los hombres. "Pacha" en cambio, el dios original, innominado para el pueblo, sólo fue conocido por los "tiamusi" o sacerdotes del culto escondido. Tan lejos fue "Wirakocha" en su influencia teogónica, ética y civilizadora, que jefes kollas y reyes incas toman su nombre como título autocrático. Fue el legislador del tiempo arcaico, tal vez el constructor de los Monolitos, el antepasado mayor de aimaras y quéchuas. Su figura guerrera está representada en la Puerta del Sol y se reproduce en centenares de monumentos pétreos, vasos sagrados y tejidos.

"Wirakocha", el Hacedor, encarnó los poderes del aire, del agua, del fuego, de la tierra. Es la montaña hecha dios.

El tiempo transforma el mito primitivo. Perdida la antigua relación sacerdotal entre hombre y naturaleza, cuando a la decadencia kolla sucede la aurora inca los andinos adoraban a "Kon-Ticci-Wirakocha", la nueva trimurti ando-peruana —hielo, puma, guerra—. Más tarde surge el mito heliolátrico: "Willka", el sol y "Pajsi", la luna, reciben culto religioso. "Willka" se convierte luego en "Lupi", el calor que irradia el sol, y finalmente, como "Inti", pasa a ser el dios nacional de los quéchuas. "Yaurinka", la serpiente monstruosa que mora en el interior de la tierra y provoca terremotos, volcanes, inundaciones; la que mora en el fondo del Lago Sagrado, ¿no evoca el minotauro cretense en mayor escala?

Pero el genio indio fué más lejos; y para completar su concepción mítico-religiosa de la naturaleza, enfrentó la dualidad tierra-agua, con fuerte objetividad: la "Pacha-Mama" y la "Mama-Kocha" —la tierra madre y la madre mar— son fuentes primordiales de vida. Para los pobladores de la meseta andina, montaña y agua fueron deidades protectoras y aniquiladoras simultáneamente; fueron, pues, telúricos e hidrolátricos a un tiempo, hijos del reino líquido y de la fábrica terrestre.

Himalayas, Nilos, Troyas, Iranes revelaron ya sus enigmas. Mas el día que hable en lengua inmemorial el Ande-Boliviano, sabremos, como enseña el "Upanishad", por qué los ríos corren en predestinadas direcciones, por qué la nieve cubre distintamente los picos de los altos montes, por qué la poesía de los mitos enciende con sólo el resplandor de una palabra el origen de cada proeza geológica. Y aun existido en un deslumbramiento del paisaje, siendo el mejor fabulador del pasado americano, se mineralizó hasta la rigidez y el enmudecimiento actuales.

Entre los muros imponentes de las Cordilleras-Madres, que cierran los setecientos kilómetros de longitud del altiplano, el hombre se siente, de primera impresión, hijo del caos, padre de la angustia. Dijérase haber caído bajo la "díada" de los pitagóricos, el principio generador del mal, que introduce desequilibrio, confusión, discordia sangrienta en la naturaleza. ¡De primera impresión, fijarse bien! Por eso huyen enfermos y débiles de voluntad, acobardados por la colosal y severa grandeza del medio circundante. Pero si el habitante se introduce al laberinto cósmico, pregunta a la epifanía de las cumbres, ausculta las piedras, indaga por la triple ruta del mineral, del vegetal, del animal; absorbe esta callar de siglos; carga la misteriosa taciturnidad del planalto; se nutre de este pan primordial y elemental, que es flor de harinas míticas y polvo de galaxias arqueológicas, el Ande se abrirá lentamente a la comprensión maravillosa del intruso. A la mirada estupefacta, montes y ríos se organizan en concierto contrastante; quebrada y valle descubren su paradoxal antinomia. Si el clima es bravo, la raza será estoica. Tradiciones y costumbres, como las capas geológicas, acumulan sucesivas antecedencias: la cuestión es saber seguirlas en el escalonamiento de los siglos. Tan sutil es el enigma en esta cúpula de América, que hombres y rocas se remontan del orden mágico del desorden. Entonces ya podemos comprender, a la díada

de Pitágoras, que aterriza y abrume, ahondando el íntimo conocimiento, sucede la norma Empedoclea, el principio generador del bien, la "armonía de tierna mirada" que modela el cosmos a la medida humana. Y así intuimos que los andinos primitivos fueron unos que del mayor desorden hicieron la organización mejor.

El tiempo mítico... ¡Espléndido miraje! El éter finísimo de las cordilleras guarda más tesoros que el fondo submarino de los mares.

En el gran cuadrilátero comprendido entre el "Cololo", el "Illimani", el "Tata-Sabaya" y el "Parinacota" ⁽¹⁾ (Grandes nevados de la Cordillera Andina de Bolivia), comprendiendo toda la parte oriental del Titikaka, yace la geografía mítica del continente. ¿Qué dicen los nevados con su lengua de luz y de misterio? Dicen que la tristura de los dioses causó la desventura de los hombres. Perecieron cien imperios y diez mil ciudades, antes que sobre sus escombros se alzaran los ejércitos albos de la Cordillera Real. Auscultad esa línea fulgurante que va de un titán a otro titán: formas y cumbres en procesión de catedrales.

He aquí el canto cosmogónico del Ande, no entonado aún por voz de vate insigne. "Yo soy el Centelleante", pregonaba al norte el "Illampu". Y yo el Resplandeciente", contesta al sur el "Illimani". "Nido de Cóndores vale por un mito", arguye el "Condoriri". "El Descabezado es toda la leyenda", replica el "Mururata". "Más encierra el enigma del Joven Bramador", alega el "Wayna-Potosí". "El Alejado es la otra mitad de la proeza andina", proclama el "Sajama". "No está el secreto en las más altas eminencias, sino en el Viejo Cerro de Nieve". Murmura el "Jacha-Khuno-Kollo". ¿Ilíadas, Ramayanas? Proezas mayores, gesta impar, que el combate del fuego con el aire, del mar y la montaña, supera en estatura y en hondura las épicas hazañas de los hombres. Cada nevado fue un adoratorio natural, un dictador del paisaje, un numen de naciones. Los dioses nocturnos del Ande inmemorial dirán cosas más hondas que los celestes dioses diurnos de la Hélade: "Chachacomani", "Isluga", "Huallatiri", "Chorolque", "Potosí", "Tunari", "Ancohuma", nombres-clave, centros de revelación mítica y poética. ¡Leed en el paisaje!⁽¹⁾ (Los nombres indios, entre comillas, corresponden a los montes nevados que los aimaras adoraron como señores del paisaje.)

¿No fijaron los egipcios en sus pirámides por medio del triángulo equilátero la comprensión geométrica del mundo? Atisbad el triángulo

sacro que corre del "Illampu" al "Illimani" y al "Sajama"; es el nudo del tiempo mítico. ¡Dichoso aquel que pueda descifrarlo y desatarlo! Y un último misterio: "Illimani", el indescriptible, la Montaña Perfecta en la imperfecta cordillera, reserva y anticipa a un tiempo mismo la belleza esotérica del Ande. Supremo manantial de formas, de luz, de pesadumbre, de donde brotan y adonde convergen todas las deidades nevadas, porque sólo frecuentando el éxtasis visual que irradia de sus cimas, sólo absorbiendo la interna armonía de sus líneas, es lícito seguir y descubrir la inmensa majestad del tiempo ido.

"Illimani": el gran "Achachila" o abuelo legendario.

Tamayo, nuestro poeta, que por un destino adverso no ha llegado a ser el aeda cosmólogo del Ande, refiere en atisbos relampagueantes la grandeza de los mitos telúricos:

Aras de un témpano, los montes brillaban, témpano de oro,
En la sutil soledad, bajo el inmaculado azul.

.....
Rayos bailaban tallando montañas, ígneos cinceles.
Inmemorial esculpir de un continente al nacer.
.....

Cumbres y abismos aun miran la antigua Titanomaquia.
Tras cada rota cerviz late amarrado un Titán.

.....
¡Cumbres hieráticas! Este es el monte recto y erecto.
¡Desde la aurora primer hasta la noche final!
.....

¡Tierra nutricia y frugal! ¡Mar primigenio y cantor!
Duermen las cóleras, mudos gigantes, torres sepultas.
¿Quién supo de esto torpor? ¿Cómo durmió, dónde fué?
Cóleras duermen en lechos tal dulces, más que el silencio.

Y olas que saben mecer una canción que es plañir.
Lejos los montes inmóviles callan: saben la clave:

Cómo de idilios de paz se hacen tragedias de horror.
Viejos muy viejos y sabios muy sabios callan los montes.

Un hecho fundamental distingue a la teogonía andina de todos los politeísmos: sus dioses, abolidos para el sentir moderno, siguen existiendo ante la mirada cándida del nativo. Egipcios, griegos, persas, dejaron de creer en sus deidades primitivas; pero el andino tiene todavía frente a sí, en el despertar de cada día, las altas

presencias augustas, los nevados hermosísimos, "hechos de eternidad", como apunta el soñador, que enlazan pasado y presente con fuerza irresistible. Mirar un monte es revivir un mito. Lo singular en nuestra mitología es que no se trata de divinidades abstractas, de símbolos siderales o animales, de figuraciones antropomórficas de las fuerzas naturales, sino del cosmos vivo e inmediato, del mismo contorno que nos ciñe de presencias concretas que el indio mueve y siente por poderoso animismo trascendente. Aquí la mecánica de la naturaleza hace telúrico el sentir religioso y dinámica la estética aprehensora del paisaje.

Cierto que el nativo tuvo símbolos siderales, genios totémicos, mitos solares; pero en el principio arrancó sus creencias del pasado cosmogónico que supo sentir en la violenta orografía de las sierras. Esa gesta de montañas, que no la hay igual ni más profunda en mitología alguna, esa adoración al monte como suprema encarnación del culto telúrico, es el mayor tesoro poético del continente.

¿Por qué los bolivianos no exploran y no explotan esa inmensa riqueza temática? Debemos revertir a la tierra materna y sempiterna; ella sabrá devolvernos nuestra grandeza espiritual. Buscad en el aire finísimo de las punas, en la boca casi siempre sellada del indio, en los montes tutelares, en las ruinas seculares. Una palabra, una piedra, una leyenda lo sugieren todo. Y el coro de los grandes nevados entona en himnos de hielo la epopeya del tiempo mítico.

El Ande espera al Hesíodo andino...

Muy poco, casi nada, se ha dicho en forma seria, en modo bello, de nuestros mitos ancestrales ⁽¹⁾ (En 1978 apareció "La Teogonía Andina" por Fernando Diez de Medina que es la respuesta del propio autor a su anhelo de ordenamiento mítico.). De "Pacha", de "Wirakocha", de "Khuno", de "Thunupa", que en otra nación se habrían elevado ya a síntesis sociales y estéticas del alto contenido, apenas si tenemos referencias menores, simples curiosidades folklóricas. Con una o dos excepciones, nada original y potente se ha escrito sobre los grandes neveros, sujetos estupendos para una edificación literaria superior. Las leyendas del "Titikaka" legendario, del "Tiwanaku" protohistórico, de "Marka-Marka", la ciudad condoril, rara vez alcanzan vuelo mental en la interpretación de nuestros escritores.

La indagación, el sentimiento del tiempo místico, debieran ser inculcados con la enseñanza de las lenguas autóctonas —aimáras y quéchuas— y el ejercicio de las disciplinas filosóficas y arqueológicas, soporte de toda ciencia retrospectiva. ¿Pero saben los bolivianos todo lo que existe detrás de la Colonia y de los Incas?

Los principales autores que deben ser consultados tocante a la mitología andina, advirtiendo que casi todos se ocupan de ella en forma episódica o de simple relato lacónico, son los que siguen.

En primer término, y con carácter general, los cronistas coloniales, que, llevados del celo católico, se limitan a transcribir muy someramente lo que oyen, tachando de superstición e idolatría cuanto recogen. Son simples puntos de referencia para el estudioso, datos aislados, ya que la colonia, incomprensiva en este punto, parca y rigurosamente objetiva en lo relativo a las tradiciones del autóctono, fué hostil a su estudio y difusión. Los padres Acosta, Cobo, Calancha, Valera, y los cronistas Cieza de León, Ondegardo, Herrera y Betanzos, aportan relatos interesantes. Hay que leer también las sabrosas páginas de Poma de Ayala, que divide en cuatro edades prehistóricas el pasado andino, si bien su obra se refiere más a los quéchuas, y las sugestivas referencias del cronista indio Pachakuti Salkamaywa.

El primer libro boliviano que se ocupa seriamente de los mitos andinos, aunque en páginas desiguales, algo confusas, pero cargadas de geniales intuiciones, es **la lengua de adán**, que compuso Villamil de Rada. Estudios filosóficos, que recogen tradiciones antiquísimas, están saturados de la poesía del pasado, y aunque no llegan a la ordenación sistemática, abren raudales de inspiración al investigador. Todo aquel que quiera iniciarse en el estudio de la teogonía indígena debe acudir al único libro que nos queda del famoso sabio y políglota, el visionario que mejor captó el mensaje del tiempo místico.

El **Tiahuanaco**, de Belisario Días Romero, hombre de ciencia e investigador severo, consigna también datos de interés, aunque en gran parte está dedicado al estudio científico e histórico de los kollas.

Tres son los autores que sobresalen en el siglo XX como especialistas en el tema prehistórico; y a los tres habrá que consultar en materias

mitológicas, haciendo la salvedad de que los tres, más historiadores, arqueólogos o folkloristas, sólo rápidamente incursionan por los campos de la leyenda. Son Posnansky, Camacho, Paredes.

El profesor-ingeniero Arturo Posnansky, moderno fundador de la "Tiahuanacología", es autor de numerosos libros y folletos. Los más importantes de su abundante bibliografía científica, que formó la base de los estudios arqueología en Bolivia son: **Una metrópoli prehistórica en la América del Sur y Antropología de las razas interandinas**. Perjudica a Posnansky lo descuidado del estilo, pero las tradiciones que recoge y difunde en forma dispersa en sus libros fueron tomados oralmente de los mismos indios.

José María Camacho, el gran historiador de los kollas o aimáras, se ocupa sagazmente del tema en **Tiempos primitivos** y en su opúsculo **El mito de Iticaca**. Este último alude sólo al culto solar y no a los primitivos mitos andinos.

Rigoberto Paredes, el más autorizado de los folkloristas nacionales, ha recogido leyendas seductoras en **El kollasuyo** y en **Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia**.

También las cuenta el francés Bandelier en su libro sobre **Las islas del Titicaca y Koati**, brevemente reseñadas. La antología de **Tiahuanacu**, recopilada por Gustavo Adolfo Otero, tiene el mérito de agrupar opiniones de eminentes autores extranjeros y nacionales, consignando variadas tradiciones prehistóricas.

Leo Pucher, arqueólogo y soñador, tal vez demasiado soñador, lo que lo presenta a veces algo contradictorio y confuso, se ocupa desde hace veinte años de asuntos míticos. No se puede negar su recia capacidad de investigador. Sus teorías sobre **El Zodiaco americano**, **El mito agrario de la Puerta del** y **El Auquénido y la cosmogonía amerasiana**, son dignas de estudio y discusión. Documentadas por observación directa y concienzuda exposición de los hechos en parte, de otro lado se resienten por el vuelo excesivo de una imaginación que raya en lo novelesco.

Carlos Ponce Sanjinés el primer arqueólogo y científico nacional en la actualidad, es un talento como investigador a quien se deben notables

libros y ensayos sobre Tiwanaku y el pasado andino vistos con pupila sabia.

¿Y cómo olvidar a Franz Tamayo, el inmenso poeta indio? En versos aislados, bellissimo, perdidos como chispas fulgurantes en la vastedad oceánica de su docta poesía —véase principalmente **Sherzos** y **Epigramas griegos**—, resalta su profunda intuición mítica. Tamayo no ha sistematizado esos estudios, no ha compuesto un libro dedicado al pasado autóctono, pero lleva el ancestro en la sangre y con fuerza penetrante capta los matices más sutiles del tiempo que se fue.

Repitamos un juicio de carácter general: excepción hecha de Villamil de Rada, que en su **Lengua de Adán** se ocupa con ciencia y vuelo de poeta de nuestra geografía mítica, ni cronista, ni sabios, ni autores modernos profundizan el tema; más bien lo soslayan o tratan parcamente. A los investigadores laboriosos les falta jerarquía estética; los idealistas carecen de disciplina científica.

Fuente sellada, la mitología andina aguarda el genio de un gran artista, capaz de sentirla y revelarla a los demás en toda la extensión de su grandeza. Cuando el agua fresca y olorosa de las leyendas autóctonas fluya por el cauce diamantino de un arte literario de alto estilo, los americanos del Sur reconocerán en la montaña a la deidad secreta de los tiempos primitivos.

El Ande espera al Hesíodo andino...

Acerca de mitos y leyendas de nuestro pasado, consúltense las obras de Fernando Diez de Medina **Thunupa**, 1947; **Pachakuti**, 1948; y especialmente **Nayjama**, que obtuvo el Gran Premio Nacional de Literatura de 1950 y que puede considerarse como un hermosa interpretación del suelo y de la raza boliviana. Posteriormente apareció **La Teogonía Andina** del mismo autor, obra cumbre que descubre y sistematiza la generación de los dioses en el orbe andino. (**Nota del Editor**).

CAPITULO IV

EL PASADO KOLLA

La raza primitiva señorea medio continente.— Pruebas de la diáspora andina.— En el principio fue el aimára, después el quéchua. El "ayllu" y otras instituciones agrarias.— Cultura lítica y espíritu geométrico.— Los diez y siete caudillos del pueblo kolla: de "Mallku-Kaphaj" a "Sapalla".— Rasgos sociológicos de la nación aimára.— Religión nocturna, ciencias y artes, lo grandioso en lo sutil.— Historiadores y estudiosos: Arturo Posnansky, José María Camacho, Rigoberto Paredes, Federico Diez de Medina, Ponce Sanjinés y otros escritores.

En origen del kolla o del aimára ⁽¹⁾ (Primitivo habitante de la meseta ando-boliviana.)
—que ambas palabras significan lo mismo— oscila entre el mito y la prehistoria.

Nadie sabe cuándo apareció ni cómo. Oriundo del lugar para unos, fruto de migraciones y trasplantes raciales para otros, sólo el filósofo acecha tamaña antigüedad. "Estos indios son muchísimos más viejos de cuanto puede suponerse".

Kolla —agrega los filósofos— quiere decir: el primero, o cosa primera.

Oscuro el origen histórico, vivo y apretado el testimonio biológico. Suelo y raza resisten como perduran lengua y tradiciones. No está escrita la historia de los aimáras, y quien investigue su pasado deberá franquear los cuatro bastiones fundamentales: paisaje, poblador, idioma, leyenda. Si la tierra permanece. Si el indio hieratiza, en cambio lengua y tradición se abren al roce del amor que indaga. La toponimia y la semántica encierran todo el misterio kolla, y en tanto no se explore la selva virgen de la lengua autóctona, sellado permanecerá su enigma.

La raza kolla venció ciclos sucesivos de prosperidad y decadencia, y el grande Imperio Aimára no fue sino una etapa de aquel poderío andino que los españoles encontraron ya en absoluta descomposición, después de varios siglos de dominación quéchua. Sólo así se explica la supervivencia de costumbres, instituciones y leyendas milenarias que acusan la pulida perfección del tiempo.

Errada anduvo el insigne Garcilaso al calificar de bárbaro todo el mundo pre-incaico. Las temibles y disgregadoras behetrías kollas contra las cuales el Inca usó todo su poder, pertenecen sólo a una "edad media aimára", cuando, destruido uno de los últimos imperios andinos por cataclismo geológicos o devastaciones guerreras, los núcleos supervivientes se dispersaron, refugiándose en los altos montes y regresando a las normas primitivas del clan. Bien mirado, el kolla no es pueblo joven, sino una raza antiquísima que cierra el periplo de otras razas más remotas.

Mucho antes de los Incas, una cultura poderosa irradió del Ande Boliviano a los territorios que actualmente ocupan Perú, Ecuador, Colombia y a las regiones septentrionales de Chile y la Argentina. Montesinos, el único cronista Colonial con sentido olfativo del pasado andino, dejó una lista de cien reyes autóctonos con sus nombres y cronologías, que remontan al principio de la era cristiana. Excluyendo los catorce incas conocidos, que comienzan con Manco-Capak, los ochenta y seis restantes fueron soberanos kollas. Los aimáras señorearon medio continente.

Lo cierto es que los kollas imantan con su férrea voluntad la prehistoria americana. Llevaron su poderío político y su cultura espiritual más allá de las fronteras locales, como lo demuestra un sencillo examen de la toponimia regional en las zonas que conquistaron: "Cotopaxi", "Ambato", "Pichincha", en el Ecuador; "Kocha-Wira" y "Cundinamarca", en Colombia; "Aconcagua", "Copiapó", "Valparaíso", en Chile; "Humahuaca" y "Catamarca", en la Argentina —unas cuantas entre muchas—, son palabras de origen aimára deformadas por el uso moderno, que denotan claramente la raíz andina. Hubo tiempo en que los estados prehistóricos del norte y centro del Perú, si no sometidos militarmente a los kollas de Tiwanaku, al menos recibían su influencia política y cultural, lo mismo el Cuzco y Naska que Pachacamar o el Chimú. No son, pues los innumerables testimonios toponímicos los únicos que prueban las andanzas del aimára.

El kolla impuso a otras naciones su arquitectura religiosa y militar. Los muros ciclópeos de Ollantaytambo y Sacsahuamán, en el Perú, revelan en sus bases líticas el mismo fundamento titánico que levantó en Bolivia los bloques de Tiwanaku y Tunka Punko. Si la penetración a lo que hoy es el Perú está jalonada aún por el cinturón de fortalezas o "pukaras" que se tienden de Tiwanaku al Cuzco bizantino, también es notorio que los templos de Coricancha y Pachacámac están calcados del célebre templo de Itikaka en nuestra península de Copacabana. Ese cingulo de fortalezas o cerros cónicos que hoy perduran obedece a una idea estratégica: la máxima expansión asegurando el dominio visual y geográfico de las comarcas conquistadas. Baste observar que las "pukaras" kollas prehistóricas —partiendo siempre de Tiwanaku— se tienden hasta Malca, en el Perú, por el norte, y hasta Pucara de los Sauces, en la Argentina, por el sur, abarcando más de cuatro grados geográficos. La cerámica y las armas guerreras, restos de estólicas y

puntas de flechas, atestiguan que el aimára se movió lejos de su centro de origen. Si no hubo una diáspora andina, ¿cómo pudo llevar el signo escalonado su filosofía geognóstica desde el Ande Boliviano hasta Venezuela, por el norte, y los valles calchaquíes, por el sur, encontrándose aún en islas de la remota Polinesia? Las deformaciones craneanas con fines científicos para acrecentar los sentidos, las aprendieron muchos pueblos de la nación kolla. Sus adivinos o "yatiris" y sus "callawayas" o curanderos buscaron detrás de la arista del horizonte patrio nuevas zonas para ejercer su ciencia. El sistema agrario y la técnica hidráulica de los aimáras se esparcieron en varias naciones prehistóricas del hemisferio. Y al fin el arte dice la última palabra, cierra el círculo radiante que inician el mito y las tradiciones, y elaboran la lingüística. La arquitectura, las instituciones políticas y sociales, los usos económicos y otras formas culturales. Así, un tejido policromado de Nazca, un ceramio de Chimú, los trabajos de orfebrería de Wari o de Lurín —para no hablar sino del Perú, nuestro más próximo vecino en arqueología andina—, reproducen los símbolos típicos, religiosos o totémicos del Tiwanaku legendario. ¿Y qué decir de la leyenda, la música, la danza, la poesía aimáras? Duermen subyacentes en el zócalo continental, poco explorado todavía por mentes perspicaces y tenaces. Lo evidente es que el macizo boliviano, de la cuenca del Titikaka, irradió la cultura kolla cuando menos a un tercio del hemisferio meridional.

Lo primero que se debe aprender para un estudio consciente del pasado andino es esto: en el principio fue el aimára, después el quéchua.

Geómetras y agricultores, guerreros y filósofos, hijos de la tierra en el sentido profundo del término que veneraron la montaña, los kollas crearon las grandes formas culturales de una sociedad milenaria. Políticos y conquistadores, poetas y economistas, los Incas fueron sabios administradores de una ciencia heredada, que supieron acrecentar por el arte militar y la férrea organización social.

El Kollao boliviano fue una cultura. El Cuzco peruano, una civilización.

La sociedad aimará imprime sus normas seculares a civilizaciones posteriores. Así el "ayllu", que es la célula social, el "marquismo" o sistema comunal agrario, la "lihua" o distribución anual de las tierras,

milenarias instituciones kollas, servirán después a los quéchuas para establecer su célebre régimen agrario. El principio de autoridad, que para el aimára se nombró "Mallku", deviene "Curaca" entre los incas. Los "tiamusi" o sacerdote del culto invisible no tuvieron sucesores; pero en cambio los "hamauttas" o sabios y las "yuyumarmis" aimáras o vírgenes del culto solar reaparecen más tarde en los "amautas" peruanos y las "ñustas" incaicas, esos sagaces consejeros del Inca, esas purísimas doncellas consagradas al padre "Inti". El destierro perpetuo y la lapidación, severísimas penas impuestas por la comunidad kolla a los transgresores de la ley, revelan el austero fondo de su organización social, copiado luego por los quéchuas. Aun la famosa sentencia del Inca: "No robar, no ser ocioso, no mentir" procede del más antiguo código aimára. Por donde vaya la mirada —religión, política, economía, sociedad, cultura— encuentra en casi toda institución o costumbre quéchua la primordial antecedencia kolla. Aimára es el "Jilakata" o capitán político y militar. Kolla, la institución de los "mitimaes", afirmación de una política nacional de gran estilo por medio de trasplantes humanos. Aimára el "Willumi", el que bebe sangre o sacerdote sacrificador. Y kolla, de toda evidencia, es la viejísima concepción del "Achachila" el genio de las montañas, el numen inmemorial que desata el rayo, el granizo, las tempestades, el bisabuelo del paisaje, que lo mismo premia que castiga al indio.

Excepción hecha de contados estudiosos —entre los cuales sobresale José María Camacho—, no ha penetrado la investigación histórica en la selva virgen de las primitivas sociedades andinas, indiscutiblemente kollas. Cuando ese estudio se realice, en forma metódica y documentada, comenzará a reconocerse, rasgo por rasgo, el mayorazgo sociológico del imperio aimára, que dejó huella de su sabia mano ordenadora en tierras y pueblos alejados de la órbita estrictamente andina.

El mito de "Wirakocha", que el quéchua recoge, pero no explica, descifrado filológicamente —según Valcárcel, autorizado escritor peruano— equivale a la deidad del agua, de la tierra y del fuego; pero sólo nosotros los kollas sabemos que "Wirakocha", reencarnación de "Pacha", la más antigua y universal de las divinidades andinas, simbolizó en su figura febril los cuatro elementos cardinales del cosmos; todo lo que hay entre cielo y suelo: aire, tierra, fuego y mar. El "Pachacámac" o creador de los peruanos viene de "Pacha-Tata", el

Señor del Mundo de los aimáras. Y al alzar su religión al sol— el Padre Inti a que aluden los cronistas coloniales— sólo el primer Manco fundador del Incario supo que en verdad resucitaba el culto heliotátrico al "Willka" o "Lupi" de los kollas, deidades solares.

Ese pesimismo vital de una casta militar estocia y brava, "esa sofrenada y dura varonía indígena, ese mundo indio de afinidades misteriosas antropocéntrico de la cultura occidental", a que alude el ensayista venezolano Picón Salas, no fueron quéchuas, sino aimáras. El espanto cósmico de los kollas, el asombro ante el misterio que es el núcleo febril de cosmogonías y de mitos, reaparece más tarde en el animismo lítico de los Incas, que se hará extensivo a la naturaleza entera. Y esa "abstracta y misteriosa cultura de Tiwanaku, de estilo geométrico, escueta estilización monolítica de la figura humana, fría rigidez y falta de sensualidad expresiva"; ese arte de alta cordillera que invita a la abstracción y al esquema monumental; esa litópolis que es como la clave y resumen de todo el pasado andino aprisionado en sus teoremas de piedra; esa matriz de culturas que presta sus formas vitales y las expande misteriosamente por el orbe sudamericano, transvolando hasta la remota Isla de Pascua, perdida en medio del Pacífico, es la mejor probanza de que el cimiento kolla fue antes que la edificación inca.

La mayoría de los investigadores piensa que Tiwanaku es producto del genio aimára. Sus piedras hablan con lengua decisiva de una raza enérgica y dinámica, de una inteligencia dúctil y despierta. Si se analiza con detenimiento la reciedumbre del bloque tiwanakense, se observa la variedad y finura de símbolos e ideogramas, se advierte una voluntad indómita, una riqueza mental de sorprendentes ideaciones. La piedra fué al kolla lo que el cemento al moderno: instrumento de poderío y válvula para el espíritu. ¿La Puerta del Sol, perfecta y estupefacta, es un monumento agonal o el ápice de una cultural? "Kalasasaya", "Tunka-Punko", "Kantatallita" ⁽¹⁾ (monumentos arqueológicos en Tiwanaku, departamento de La Paz, en Bolivia.), ¿son puntos cenitales o hitos declinantes de ese saber lítico? Nadie lo ha demostrado. Dijérase que la grande manifestación de este arte múltiple y plural duerme todavía bajo tierra, aflorando apenas en la dura, rígida y solemne estatuaria de Tiwanaku, que es kolla de concepción y de sentido. Y el aimára, no obstante los indicios sobreviviente se aleja cada vez más del estudioso. Fueron: nadie supo desde cuándo ni hasta dónde.

El indio que dura, su lengua que perdura, encierran el enigma kolla. ¿No es el aimára un monolito viviente y animado? ¿No es el monolito la metafísica en piedra del genio aimára? El indio silencioso, imperturbable, su lengua poderosamente original, "que resistió la ola quéchua y el torrente español", guardan el secreto del pasado esplendor.

No ha sido escrita la historia de los kolla; hay que repetirlo por ser la motivación angustiante que cierra el paso a los que buscan su huella. Apenas si, confusa y débil, como el sol que se apaga detrás de las montañas, subsiste en la memoria del nativo, cada vez más pálida, distante; porque pocos hablan con el indio y casi nadie repara en la nocturna belleza de sus relatos inmemoriales. "El aimára —dice Villamil de Rada— es el sánscrito de América; los lingüistas se pasman por su riqueza y complejidad, que puede explicar la etimología y sentido de casi todas las mitologías del mundo". El antiguo señor del Ande, el indio milenario del ancestro, sigue aflorando al campo histórico por el idioma. ¡Id a la lengua autóctona, despertad sus músicas arcaicas, si queréis comprender el grande pasado andino! Así como el tiempo mítico asoma en el prodigio de las cordilleras, el alma kolla se amuralló en la penumbra sinfónica del idioma. Hay más historia en la lengua semiolvidada del aimára que en las piedras indescifrables de Tiwanaku.

Queda otro testimonio fehaciente. ¿Se ha visto el trabajo actual de un tallista aimára, desbastando y puliendo el granito? Perdido el dominio político, la raza mantiene potencia económica y social en las minas, en los campos, en las fábricas, en el rudo quehacer de cantería. Tenaz, callado, cejijunto, el indio talla con espantable energía los pedruscos. Vibra la máquina humana: el ojo vigilante, certero del brazo, elástico los músculos, la mente indiferente. De pie, sentado o en cuclillas, tapada la boca con un lienzo para evitar el polvo finísimo que daña los pulmones, el cantero, masticando las hojas de coca que reponen las perdidas energías. Sí solo viendo al artífice autóctono manejar el cincel y los esmeriles, en épica lucha con la piedra, se adivina la grandeza de la raza kolla que eternizó en el basalto, el asperón y la traquita, su ciencia conceptora y su sentido psicoambiental del mundo lítico.

¿Quiénes fueron los progenitores de los aimáras? Repartidas andan las opiniones: pudieron ser los "waris" o gigantes del tiempo primitivo, los "chullpas", los "urus", los "aínos", los " mayas" ⁽¹⁾(Razas prehistóricas de la América del Sur.); hasta se habla de atlantes o lemures. Preferimos la hipótesis de los "antis" (o "intis" = hijos del Sol), que dieron nombre a la gran cordillera. La escala lógica para el historiador sería entonces: primero los "antis", seres míticos, casi indefinibles, que sólo dejan nombre y renombre; luego los kollas, con un pie en la leyenda y otro en la prehistoria; en tercer lugar los Incas o quéchuas, personajes reales en su gran mayoría, cuyos hechos admiten probanza o discusión. Esto sin olvidar que el pasado andino es de horizonte tan hondo que aún duermen razas y genealogías más allá de todo lo conocido o presupuesto.

Cuándo "Manco-Cápak", el primer Inca, quiere tomar nombre y fundar imperio sobre bases firmes, ¿dónde vuelve la mirada? Al orbe lejanísimo de "Mallku-Kaphaj", primer organizador de los kollas. El primer Inca, salvado de la hecatombe política andina, salta bruscamente al encuentro del primer aimára, su remoto antecesor en el tiempo, y ese salto de siglos —o milenios— le permite oscurecer simbólicamente su origen y tornar a la virtud antigua. Acaso "Manco-Cápak" fue sólo el último dinastía kolla, que, abandonando la montaña ensangrentada por guerras intestinas, buscó rumbo al norte, patria libre de turbulencias y vejámenes.

Intentemos la reconstitución histórica y poética de ese pasado brumoso.

El fundador, el caudillo legendario de los kollas, fué "Mallku-Kaphaj", el Jefe Poderoso. Rivaliza en poderío con el cóndor, símbolo totémico del orbe andino y como él se cierne intrépido, magnánimo, sobre la historia del pueblo aimára; la sombra de sus alas se proyecta tan acusadamente en el tiempo que, aun vencida sometida, la raza transfiere a sus descendientes la fortaleza del nombre insigne: "¡Mallku! —el jefe, el conductor, el supremo responsable de la vida colectiva—. No hay cronología para medir tamaña grandeza. Disuélvense en el tiempo los hechos de "Mallku-Kaphaj" —que fue uno, dos, tres ... o muchos caudillos del mismo nombre—; como el vuelo del "Kúntur" se esfuma en el espacio; pero el pueblo indio no lo olvidará jamás; aun hermético, huraño, mantienen conciencia de su

responsabilidad social, y a pesar del abandono en que vive, se agrupa siempre al conjuro del vocablo secular, que para él representa el principio de autoridad, la prosperidad dentro del orden, la defensa contra la injusticia.

Fábula virgen u olvidada historia, "Mallku-Kaphaj" es el genio tutelar de la raza, esa fuerza incógnita que engrandece a los aimáras en la fatalidad o en la victoria, porque se cierne como el cóndor sobrenatural que adoró el nativo más allá de la vida y de la muerte. ¿No está esculpida su efigie en la piedra de Tiwanaku, portadora del calor y de la luz, símbolo del movimiento libre en el espacio, totem, caudillo y restaurador de la nación kolla? "Mallku-Kaphaj", hombre y pájaro carrera y vuelo de la tradición, principio y fin de la historia andina.

Quién sorprenda el vuelo silencioso de los cóndores, descubrirá la génesis, eslabonamiento y sentido mítico-histórico de aquellos reyes, amautas y guerreros que no asientan ya en la tierra porque vuelan por los aires... ¡Milagrosa mutación, sagrada hechura! El genio kolla soberbio y resurrecto, con todo el poderío de sus alados escuadrones, asoma detrás del olvidado "Mallku-Kaphaj": cóndores, águilas, halcones, gavilanes, aguiluchos, "allkamaris"... (1) (Halcónido de vuelo armonioso que habita las mesetas.) Pasan tan veloces que a veces no se les divisa nombre. Y no todos alcanzan a distinguir el vuelo legendario; unos ven mucho, otros poco; los hay que se fatigan escudriñando el éter solitario: nada encuentran. Porque es ley que para hallar verdades en el cielo, ha de bullir una zozobra de palomas por el suelo.

Imperio Aimára, miriónimo y anónimo. Imperio Kolla, mutilo y distante. Si los nombres brotan del imperio humano, imperios surgirán de nombres; y sólo quien siga el vuelo fabuloso de los jefes alcanzará la secular genealogía: ¡a la cabeza siempre "Mallku-Kaphaj", luego un huracán de alas y cuellos engolados!

Detrás del creador de la estirpe, despliegan su poderosa envergadura los cóndores aimáras.

"Matsunayra" —ojo avizor— es el primero que liga cielo y tierra. Enseña a los sacerdotes la influencia de las fases de la luna en la siembra y en las cosechas; observa la marcha de los astros para determinar las fechas agrícolas; crea los relojes solares, acaso el

"gnomon" de Lukurmata, esa "medida guardada" de que habla la leyenda. Manda que los monolitos se orienten con sentido astronómico, mítico, alegórico, mirando a diversos puntos de la bóveda celeste. ¿Fue "Tiwanaku" la ciudad pitagórica de la armonía y de los números? "Matsunayra", astronómico y matemático, pudo ser uno de sus remotos constructores. "Thunupa" ⁽¹⁾ ("Thunupa" tiene tres significaciones: como creador cosmogónico, como reformador social, como símbolo religioso. Hay quienes piensan que fue también un gobernante justo sacrificado por su bondad.), el Cristo Aimára anticipa el Cristo Universal; su origen mítico no desmedra su influencia histórica, y aunque encaja mejor en el marco de la fábula, su genio y su figura ponen la nota mística en la ruda trayectoria de la raza. Es la encarnación de la virtud. "Phanty-Aru", el de lenguaje florido, crea las grandes fiestas públicas estimula los coros y la poesía rural; fue el primer lírico aimára. "Huyustus", gran señor, agrónomo y sabio, legislador al modo aureliano, es el probable fundador de la segunda nación kolla, que tuvo por capital a "Chucara", nombre que unos atribuyen al mismo Tiwanaku y otros creen que estuvo algunas leguas más al este. "Huyustus" dejó un sistema político-social, tal vez las primeras leyes agrarias, y veló por la moral privada. Creó la institución de los "hamauttas", mentores y jueces de la grey andina.

La tradición —no toda escrita y que hay que rastrear penosamente en fuentes orales y archivos de documentos coloniales— sólo ha recogido estos cuatro nombres de los primitivos soberanos kollas. Después viene una larga "edad media", confusamente entrevista por Fernando Montesinos; pero éste da una larga lista de reyes sin precisar sus hechos, ignorando que la milenaria sabiduría del pueblo aimára floreció en medio de avances y retrocesos colectivos.

Los sabios y filósofos de los primeros tiempos fueron sustituidos por los emperadores-guerreros de la segunda época. Aquéllos supieron confinarse en los límites de la comarca original; para éstos el mundo circundante es pequeño, tienen ansiedad de horizontes, buscan más allá... "Makuri", implacable conquistador, pudo ser el creador del nuevo imperio. Es el Atila kolla: ambicioso, cruel, valiente, vengativo. Encarna la fiera de la raza y mereció ser llamado "la fiera fulminante". Dominó el altiplano y la parte oriental del "Titikaka". La leyenda, siempre contradictoria, de mil hilos cruzados y enredados, enlaza el nombre temible del guerrero con el halo de virtud que emana de la figura de "Thunupa", creador de la ley mortal, el que habría

perecido lapidado por reprochar sus desmanes al déspota. "Kacha-Willka" —el Jefe Hermoso—, emula con Sardanápalo en genio y en tragedia: bajo sus afeminadas manos el imperio se tambalea. Pero es sólo un instante; muerto el rey indeciso, la hueste aimára resurge fortalecida bajo el férreo puño de "Misti-Willka", impetuoso luchador, el primero que aventuró sus ejércitos detrás de los muros de la cordillera. "khuruki" el déspota al modo asiático, combina los combates con el placer. En las treguas que le permiten sus guerras, se regala con las doncellas que le envían las comarcas tributarias, estimula los grandes coros líricos y adormece en músicas salvajes su temperamento sensual y melancólico.

Después de otra zona extensa de oscuridad, el imperio rebrota por tercera vez en la voluntad acerada de "Chacha-Puma" el conquistador de los Yungas. "Chacha-Puma" —Hombre León—evoca la epopeya napoleónica: es el oscuro hijo del pueblo que se eleva por sus propias manos a la dignidad imperial. Parece ser que en esos tiempos de revuelta, declinante la dinastía real, el audaz capitán con astucia y coraje ganó la admiración de la muchedumbre india. La conquista de las regiones tropicales fue la relación de un mundo nuevo para el aimára; y así como César vuelve de las Galias aureolado de fama y de riquezas, "Chacha-Puma" regresa de los Yungas con el doble prestigio del vencedor y del descubridor. Levantó la dignidad del imperio, pues fue tan severo en la paz como valeroso en la guerra. Se le atribuye el secreto táctico para tomar las "llallahua" o "pukaras", esas fortalezas casi inaccesibles desde las cuales el pueblo andino atalayaba sus conquistas. Ensanchó el ámbito geográfico del imperio, acrecentó su grandeza política mediante leyes sabias, construyó caminos y puentes, mejoró el sistema agrario. Fue muy amado del pueblo y de los suyos. "Puma-Khagua" vence a la nación de los "chullpas", y su nombre se conserva como símbolo de valor y de constancia. "Ayar-Kachi", que para algunos era de la tribu de los "charcas" y para otros más bien los sometió, fue sanguinario, violento, y su crueldad innecesaria hizo que le llamaran "el que lleva la muerte".

Viene luego otra era de esplendor para el imperio. "Apu-Amauta", guerrero y legislador, concede a los pueblos sometidos a la honda aimára los mismos derechos que a los kollas. Suaviza las costumbres, da importancia al sacerdocio de Itikaka, gloriándose más de la cultura religiosa de su pueblo que de sus conquistas guerreras. Su hijo "Apu-

Mallku-Wirakocha", el primero que toma el nombre de la deidad para elevar la majestad de la idea monárquica, fué uno de los mayores emperadores aimáras. Al decir de un arqueólogo autorizado, suya sería la efigie de la Puerta del Sol; el famoso conquistador bajó con sus legiones hasta la costa chilena, se internó luego por la sierra peruana y aun aventuró sus huestes por tierras del Ecuador y la Argentina. Los genios alados, cubiertos con máscaras, que corren en la gran portada lítica hacia la figura central, representarían las naciones sometidas que lo rinden tributo. "Apu-Mallku-Wirakocha" creía en los manes de la tierra, fué supersticioso e hizo representar dramas ante el pueblo para honrar a los antepasados. Implantó una sagaz política de aprovisionamiento popular, edificó tambos en los caminos, concedió a las muchedumbres esparcimiento lícito después de las fatigas agrarias, y recompensas para los guerreros más audaces. Se le llamó también "El Justo", porque sólo se inclinó ante la verdad.

"Tacuílla" fué guerrero impar. Acaso el Alejandro aimára. Atraviesa por el norte del Ecuador, penetra en suelo colombiano y llega a los lindes de Venezuela: Por el este bate a "charcas", "chiriguanos" y "guaraníes". Primero en las batallas, último en las retiradas, no conoció derrota. Fomentó la cerámica, la tintorería y los tejidos. Se alzó contra el poder de los sacerdotes e instituyó el culto a "Ispalla", el suelo de los vencedores, repudiando el antiguo culto a "Pacha", la tierra-madre y común. Organizó un rudimentario intercambio comercial con el transporte de sangre de la época: la llama. Subió productos de la costa a la montaña y bajó los de ésta al litoral Pacífico y a los llanos que miran al Plata y al Amazonas; en la meseta brasileña hay un monte bautizado por "Tacuílla": es el "Tumak-Humuc". "Tacuílla" creció hasta la estatura espantable del dictador. Celoso de las hazañas de sus antepasados, prohibió la divulgación de sus hechos; y a esta ciega autoidolatría se debe que hayamos perdido gran parte del recuerdo del pasado kolla. Después de ese exceso de poder, debía venir necesariamente la decadencia del Cuarto Imperio Aimára. "Tacuílla" absorbió el poder central en forma tal, hizo depender tan exclusivamente de su real persona las instituciones, envició a sus principales jefes con riquezas y poderío político de modo tan precipitado, que a su muerte la nación comenzó a desintegrarse por guerras intestinas debido a la ambición de sus generales y a la excesiva extensión de las fronteras.

Después de "Tacuíla" viene otro período de sombra, otra edad media aimára. ¿Diez, veinte, cincuenta años?

Perdida la influencia ética y civil, los jefes militares se vieron impotentes para evitar el desorden interno. Sobrevinieron años de luchas intestinas, invasiones, éxodos. Los aimáras se destruyeron implacablemente entre ellos mismo, ayudados por los sometidos de ayer, que tomaban parte encarnizada en el trágico divisionismo andino. Perecieron los sacerdotes sin transmitir las verdades sagradas. Los amautas dejaron de pensar en el mando público. Contagiados por el cesarismo de "Tacuíla" y sus epígonos, los postreros reyezuelos kollas destruyeron y borrarón cuanto se refería al pasado; perdido el sentido histórico y dinástico, vino la dispersión. Las poblaciones saqueadas y diezmadas se refugiaron en regiones altas e inaccesibles de la cordillera. "Macchu-Picchu", "Vilcabamba", "Pisac" —hoy en el Perú— fueron refugios kollas que más tarde reedificó el quéchuá para esconder a sus últimos soberanos. Los jefes "Khari" y "Sapalla", menos soberanos que caudillos guerreros, epilogaron la desintegración en una guerra furiosa y prolongada que debilitó definitivamente a los últimos kollas; de entonces —dos o tres siglos antes de Pizarro— data la decadencia aimára. Época semibárbara, que recuerda las postrimerías de los mongoles, perdidas y a la fuerza y la férrea unidad impuestas por el primer Khan. Era el derrumbe. El cuarto imperio kolla sobreviviría sólo en forma de pequeñas naciones aisladas.

El imperio Aimára, en rigor crítico, ¿fué una realidad geográfica, una cultura continental, o sólo un concepto político de la montaña? Su existencia ¿ha de medirse en milenios o en centurias? Las tradiciones se refieren a viejas civilizaciones organizadas, o era únicamente una "ecumene" en el sentido senequiano? No habiendo documentación probatoria, no existiendo cronologías rigurosas difícil es decir dónde acaba la historia y dónde comienza la leyenda en el pasado kolla. Un criterio científico, mal informado en prehistoria andina, negará su grandeza. Pero el buen americano, el que sabe rastrear los manuscritos coloniales, interpretando las crónicas y desentrañando la leyenda, madre de madres; el que lee en el indio y ausculta en las piedras; el que parte del hálito telúrico para llegar a la verdad del

poblador, ése sabe que el imperio kolla es un recinto amurallado cuyas puertas de bronce no ha franqueado todavía ningún investigador genial. Mas los cronistas recogen tres hábitos del Kollao moribundo, que los españoles hallaron ya desintegrado y en pleno vasallaje, y son otros tantos testimonios históricos que hablan del largo poderío del antiguo tronco andino. Son el recuerdo de "Ollanta", el gran Jefe Kolla, que se alza como Señor de la Tierra contra el Inca, Hijo del Sol, dando lugar a la creación del "Ollantay", uno de los tres dramas que se conservan de los quéchuas, aunque tema y personaje son enteramente aimáras. La memoria de "Coden-Xabana" (probablemente el nombre fué mal captado y debió ser otro en lenguaje kolla), citado por Sarmiento de Gamboa, gran guerrero y hechicero andino, a quien no pudo reducir el Inca, "porque diz que su poder mágico lo volvía invisible". Y el triple coraje de "Mullu-Khahuana", "Mullu-Pukara" y "Apu-Khari", los tres generales kollas más brillantes que acaudillaron las huestes del Inca "Huayna-Cápac".

Fueron los aimáras productores de la papa y de la quinua, de la oca y la cañagua ⁽¹⁾ (Productos alimenticios del altiplano y valles interandinos.). Convirtieron la llama y la alpaca en medio de sustento y de transporte. Tuvieron al cóndor, al puma, a la serpiente por símbolos totémicos. Vistieron a sus reyes con la piel suavísima de la vicuña. Su arte es original, masculino, creador. Procede de un mundo duro, imantado de pureza; de aquí su actitud recogida y desdeñosa, su tendencia a la unidad, su ritmo grave y solemne transido del hondo misterio de la tierra. Crearon una cerámica rica de color y pulimento, que no ha sido superada por los posteriores alfareros quéchuas. La belleza y finura de sus tejidos contrasta con la pétrea rigidez de sus estatuas y edificios. Y eran tan grandes poetas, que personificaron los accidentes geográficos con leyendas hermosísimos capaces de competir con "Avestas" y "Upa-nishads". Cada monte, un rayo de belleza; cada río, cada lago, morada de inspiración y fantasía.

El kolla es lo grandioso y lo sutil a un tiempo mismo. Su arquitectura monumental, su ingeniería hidráulica, su sistema agrario, sus guerras y conquistas seculares, evocan la voluntad hercúlea de la raza. Sus ceramios exquisitos, sus glifos y sus grecas geométricas, los primores de sus danzas y sus cantos, la ternura de su poesía lírica y el estallido entrañable de sus coros públicos, delatan el genio alerta y delicado de una sensibilidad siempre despierta.

Sus danzas religiosas fueron esotéricas; las otras —guerreras, agrarias o de simple regocijo emotivo— tradujeron siempre el sentimiento colectivo. El "Irpa" o maestro de baile vitalicio es una institución kolla. La danza sirve al aimára para reflejar su concepto del mundo. Sus bailes son rituales, como los "Kollahuipfaldas"; burlescos y astíricos, como los "Palla-Palla"; totémicos, como el del "Kúntur"; agrícolas, como los "Auki-Auki", que imploran la venida de la lluvia; cinegéticos, como la "Chokela", mimo de los cazadores de vicuña. Vienen luego la "Kachua", o danza de amor en primera; el "Kaluyo", que celebra las nostalgias de la ausencia; la "cacharpaya", o baile de las despedidas, y el "wayño", inserto en todos los bailes indios, "cuyo ritmo jugoso, alegre —según la frase de Oscar Cerruto—, es la voz musical de la tierra". Tan rico es el folklore aimára en punto a variedad, colorido y dramatismo, que el solo estudio concienzudo de su música y sus danzas basta para demostrar el sentimiento mágico del mundo el origen agrario y colectivista, la rica gama de valores plásticos y estéticos que atesora el alma india.

Un ceramio, un ritmo musical, los giros de luna danza combinados con la mímica del bailarín, un verso, un tejido primoroso, un dibujo simbolográfico, una leyenda, valen por un tratado de psicología para entender al nativo.

La poesía aimára —perdido el gran hilo conductor de la tradición oral de vuelo rapsódico— sobrevive casi siempre acompañada por música. Así, el "Harawi", o poema del recuerdo; el "Aima" o canto mítico a los antiguos dioses; el "Khochu", queja tierna a la divinidad; el "Wallawi", dedicado a la tierra-madre; la "Kjachua" o poesía erótica, acompaña a veces por un baile que representa una escena en torno al sol y a la luna; los "Kirkis" o pastorales, y los famosos "Jaillis" o cantos épicos y bucólicos, que se utilizan en los coros guerreros, en las victorias, en las fiestas agrarias y en los funerales.

No podemos alcanzar la simbólica religiosa de los kollas: los hierogramas del Tiwanaku guardan celosamente su secreto. Pero un instinto ancestral sugiere que el Ande, como el Antiguo Oriente, tuvo concepción nocturna del cosmos: todo misterio, relación secreta entre cielo, tierra y poblador. El hombre, sumergido en la naturaleza, era centro y punto periférico del universo. Su comunión místico y mágica

con el mundo circundante era de orden supra-racional, a la inversa del racionalismo analítico y disgregativo del occidental. La religión de los aimáras partió, pues, de la magia. Indio: lo telúrico, lo oculto, lo estático. Europeo: lo especulativo, lo definido, lo frenético de acción. Sólo quien comprenda la honda oposición entre ambas maneras de entender la vida, podrá acercarse a la verdad antigua. Cieza, el gran cronista, el de mirar más profundo en el pasado andino, apunta con certera visión: "Esta parte que llaman "Kollas" es a mi ver la mayor comarca y la más poblada de todo el Perú. Su antigüedad es tanta y tales sus fábulas, que no quiero detenerme en escribirlas. Hay cosas tan secretas entre estos indios, que sólo Dios las alcanza". "Pacha-Tata", el Señor de las Alturas, que reaparece después como "Pacha-Kamac", el Creador, o como "Pacha-Kuti", dios de los milenios, es, en el fondo, "Pacha", el principio telúrico, la deidad cósmica del Ande, que tuvo culto esotéricos reservado sólo a reyes y sacerdotes; "Willka", en cambio (después será el "Inti" de los Incas), recibió culto esotérico, accesible al pueblo, y así el mito solar, con sus equinoccios y solsticios, regía la vida agrícola de la colectividad aimára.

Para el kolla —no para el quéchua, como piensa un investigador— toda la naturaleza está divinizada. Sus conocimientos sidéreos y telúricos; su ciencia onírica de la adivinación; la curación por yerbas misteriosas; sus monumentos funerarios; sus ritos agrarios; sus danzas consagratorias y emblemáticas; sus cantos multitudinarios; su concepción hilozoísta del mundo, todo demuestra que contemplaron con visión oculta la marcha del universo.

"Kollasuyo": la gran simiente nocturna del tiempo arcaico.

Iniciados de verdades inmemoriales que recuerdan el saber remotísimo de atlantes, lemures y gondwanas, los "hamauttas" aimáras evocan la ciencia secreta de aquellos hombres sin rastro, que si no religión concreta ni sistema político definido, nos legaron presencia espiritual indefinible: la fosforescencia del tiempo mágico.

Sostiene la "escuela peruana" que Cuzco es la capital arqueológica del hemisferio, por el mayor testimonio de sus ruinas, por haber sido escenario de sus catorce Incas reinantes. Responsable la "escuela boliviana" que la ciencia geométrica de Tiwanaku, aun sepulta en su mayor parte bajo tierra, genera y calibra los monumentos megalíticos

de los dos Perúes, porque fué centro solar, político, social y militar de la grandeza andina. Bolivia —como vió el profesor Vellard— es riquísima en yacimiento arqueológicos hasta hoy casi ignorados; en La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba, Tarija, abundan zonas inexploradas. Y Tiwanaku no es un fenómeno aislado, sino sólo uno de los aspectos más brillantes en la evolución de la cultura cordillerana. Cuando se descubran los diversos eslabones de esa cadena cultural, dispersa en núcleos hoy segregados, recién podrá apreciarse la reciedumbre del genio kolla, raíz de pueblos y padre tutelar de culturas autóctonas.

"Kolla", que no sólo es "lo primero y más antiguo", sino también la transubstanciación del paisaje en su morador, porque viene de "Kollo", cerro o eminencia, es la línea eminente y dominante del pasado andino. ¡Mirad, ahondad en lo aimára! Esa es la Bolivia primordial, verboferente, que habla en estilo indio para una América transida de cosmopolitismo.

Caduco el esplendor histórico, el genio kolla sobrevive en las almas: voluntad, concentración, estoicismo. No pudiendo manifestarse en la totalidad del conjunto nacional, que carece todavía de vertebración orgánica, lo hace en modo aislado a través de sus individuos. De aquí el impulso tenaz, el espíritu emprendedor, acometivo, la impasibilidad frente al destino, esa visión sintética del mundo y de sus cosas, la sobriedad y la altivez, atributos del aimára. Y toda vez que ellos se expresaron en algún conductor del Incario, de la Colonia o la República, el Ande vió fulgir el bólido fugaz del tiempo épico: en carne joven, la fiereza indómita del alma antigua.

Del "Kollasuyo"⁽¹⁾ (tierra de los kollas.) y de sus gentes, los kollas, se han ocupado muchos autores. Señalemos a los más importantes, repitiendo la advertencia: prescindencia de algunos no significa subestimación, sino necesidad de simplificar para obtener lo esencial.

Durante la colonia, los cronistas en general, y en particular Valera, Montesinos, Ondegardo, Betanzos, Zárate. El inca Garcilaso de la Vega, en sus prestigiosos **Comentarios reales**, aunque su juicio es sospechoso de malquerencia e incomprensión, puesto que al rapsodia del Incario sólo interesó exaltar lo quéchua. No así el gran cronista Cieza de León, que en **La crónica del Perú** dedica varios capítulos a los kollas; espíritu honrado, sereno, buen historiador, ganado por la

sugestión de las comarcas desconocidas, es el primero en rendir tributo a las grandes civilizaciones autóctonas aun en medio de su crítica medida y oportuna. Hay que recordar también al P. Bertonio, autor de una **Gramática** y de un **Vocabulario aimára**, donde han bebido todos los lingüistas y estudiosos de lo aimára.

Entre los sabios, geógrafos y viajeros que sobresalen por la pasión investigadora conque se acercaron al Kollao, elegimos a Middendorff, el gran aimarólogo alemán, que hizo profundos estudios sobre el Perú prehistórico. (1) (Conviene recordar que el Gran Perú prehistórico lo formaron los actuales territorios que hoy ocupan las repúblicas del Perú y de Bolivia.). Luego D'Orbigny, que de sus tomos de **Viaje por la América meridional**, los dedicados a Bolivia, estudiándola en sus tres zonas — montaña, valles y llanura—, hablan con cabal conocimiento de los kollas. Fué D'Orbigny el que dijo: "El Kollasuyo es la primera nación que ha jugado un rol civilizador en la América del Sur". Su obra está saturada de observaciones científicas, corre a lo largo de un estilo noble y sencillo, y revela un acercamiento amoroso al paisaje andino, sus pobladores y costumbres. En un capítulo de su magistral ensayo **El hombre americano**, dedicado a la historia y etnología de los kollas, manifiesta D'Orbigny que los aimáras ocuparon toda la meseta andina y que son, con toda certidumbre, la primitiva civilización aparecida en las cordilleras. D'Orbigny es un investigador de primera mano de todo lo aimára, si bien estuvo limitado por la dificultad de los estudios prehistóricos hace un siglo en Bolivia. Finalmente, a Bandelier, el esforzado hombre de ciencia, que después de convivir seis meses con los indígenas escribió una obra invalorable, **Las islas del Titicaca y Koati**, donde ha recogido hechos y relatos memorables de los nativos.

En el siglo XIX sobresalen Vicente Pazos Khanki, el extraordinario sorateño, que tradujo el aimára el Acta de nuestra Independencia y los Cuatro Evangelios; Carlos Felipe Beltrán, lingüista, gran especialista en quéchua y en aimára, "verdadero apóstol de la educación del indio, al decir del Paul Rivet, que distribuyó sus energías en la polémica lingüística y los empeños catequísticos, y Manuel Vicente Ballivián, historiógrafo y erudito de autoridad científica en los estudios americanistas.

Pero quien quiera acercarse en profundidad al pasado aimáro-kolla, debe consultar en primer término los numerosos libros y folletos del

Profesor-ingeniero Arturo Posnansky. En **Una metrópoli prehistórica en la América del Sur, Antropología de las razas interandinas y Tiwanaku**, obra esta última verdaderamente monumental, en dos partes, habiendo quedado sin publicar la tercera, Posnansky remueve un gigantesco material investigador y aporta teorías singulares acerca del pasado andino. Alemán de origen, boliviano de arraigo y de alma, este notable estudioso trabajó infatigablemente por la cultura nacional. Raro hombre de ciencia, compartió los sinsabores del comercio y de la industria; su vida extraordinaria de lucha, de acción organizadora y de investigación metódica está unida a medio siglo del acontecer nacional. Arqueólogo, historiador y polemista; negado una vez en Bolivia, otras discutido y aceptado con calor, aplaudido casi siempre en los círculos científicos del exterior, Posnansky es, ciertamente, el apasionado re-descubridor y re-inventor de nuestra prehistoria. Su imponente **Tiwanaku**, cuna del hombre americano, es sólo el cimiento de una vastísima labor de erudito. No nos cansaremos de elogiar este libro por su doble valor documental tipográfico.

Arquetipo de energía, de pasión realizadora, Arturo Posnansky es un abuelo tutelar en la ciencia boliviana. Arrancó su secreto a las piedras inmemoriales; acercó al mundo civilizado la comprensión histórica y simbólica de la palabra "Tiwanaku"; difundió por el orbe los tesoros ocultos del pasado andino. Ciertamente que no dominó el castellano, más en su caso poco cuenta el estilo. Primer sistematizador de la cultura kolla, ha dejado un centenar de libros, monografías, polémicas, consagrados en sus cuatro partes al Kollasuyo.

¿Fue un hombre de letras? Sí; porque también hace literatura el inaudito pesquisador de pueblos y civilizaciones, que juegan con el basalto y la traquita con la misma flexibilidad que se pierde en el río de las razas, o se remonta a la medición de las estrellas para caer luego en los vacíos fascinantes del mito y de la hipótesis. Algunas de sus teorías serán rectificables, determinadas de sus escritos confusos, inelegantes. Nada son esas fallas de detalles frente a la majestad de la obra de conjunto: un saber, un meditar, un sugerir que rebasan la capacidad de una vida normal. Todo cuanto sale de su pluma viene cargado de interés, incita, apasiona, provoca la adhesión a la polémica. El retomó la gran tradición andina, muda desde la muerte de Villamil de Rada, reivindicando para Bolivia el núcleo original de la

primitividad americana. Posnansky es, en justicia, el fundador de la moderna "escuela boliviana" en materia arqueológica y prehistoria.

Belisario Díaz Romero, en **Tiahuanacu y la América primitiva**, sostiene que los atlantes fueron los primeros pobladores de la América del Sur, y que los "antis" —descendientes de aquéllos— fundaron la metrópoli lacustre. Afirma que los kollas fueron los arios del continente, dando lugar a la posterior raza de los aimáras-quéchuas o Incas. Más estudio de geólogo y de etnógrafo que trabajo literario, contiene interesantes informaciones sobre las primeras sociedades andinas. Es, por su fondo erudito y su lógica expositiva, uno de los más agudos ensayos sobre la civilización kolla.

Pedro Kramer, en su **Historia de Bolivia**, se ocupa con autoridad de la nación aimára. Bautista Saavedra, en su excelente estudio sociológico **El ayllu**, libro primordial en la sociología americana, analiza exhaustivamente la célula social indígena. Para él "ayllus" y "markas" fueron las células protoplasmáticas de la primitiva sociedad andina. El "ayllu" —dice Saavedra— es la "gens" primitiva de las poblaciones kollas. Es la célula social formada por la familia consanguínea con un antepasado común. Luego se transformó en comunidad agrícola y más tarde devino en "marka" o "aldea". Alberto Zelaya, en **El kollasuyo**, libro de rico contenido, da un cuadro general acertado de la sociedad aimára.

Gustavo Adolfo Otero, escritor el más representativo de la llamada "Generación del Centenario", es autor de dos libros fundamentales sobre cuestiones indígenas: **Figura y carácter del indio**, que según uno de sus críticas es el análisis más completo del nativo, desde el doble punto de vista somático y psicológico, y **La piedra mágica**, estudio acerca de los "callawayas" o curanderos aimáras. Sobre un fondo científico adecuado, Otero despliega fino espíritu de observación, y en ambas obras hermanan investigador y literato.

Como aimarólogos sobresalen: Felipe Pizarro, con **El alfabetizador del indio** y **Leyendas kollas**; Antonio González Bravo, autor de páginas bellas sobre música y poesía andinas; Néstor Peñaranda Durán, que ha hecho la proeza lingüística de traducir al idioma autóctono los Cuatro Evangelio y el Libro de los Hechos de los Apóstoles; Víctor M. Ibañes, que en **Chaha-Puma** y **Auka-kallo**,

aunque en estilo harto descuidado, refiere mitos y tradiciones de los primeros kollas; finalmente, Luis Soria Lens, joven estudioso que viene espigando con delicado acierto en el folklore aimára, sin haber llegado aún a la síntesis del libro.

La fundación de La Paz, por Zacarías Monje Ortíz, es un libro nutrido de ideas, hechos y planteamientos en torno al tema kolla. Mucho estudio, mucho espíritu de observación, pero el lenguaje enrevesado dificulta y oscurece el relato. Si buscara la síntesis, si eliminara lo accesorio. Monje Ortíz calibraría su obra de arqueólogo y lingüista, que debilitan las veleidades del hierofante en ocultismo andino. Sus ensayos dispersos en diarios y revistas comparten siempre la doble característica: enseñan y enredan lo enseñado. Con todo, Monje Ortíz es una de los más fuertes conocedores y sentidores de lo aimára. Su estudio **La Cerámica boliviana como factor de cultura** es un trabajo realmente valioso.

Nicolás Fernández Naranjo, en **Calidad esencia de la lengua aimára** (tomo 3° **La Paz en su cuarto centenario**), consigna estos primorosos conceptos que lo califican como uno de los mejores investigadores de la cultura kolla: "El aimára es lengua perfecta y completa. Su admirable gramática no ha sido aún bien estudiada. El verbo aimára es prodigiosamente rico en significación filosófica; se mantiene hoy como hace trescientos años, exacta y taxativamente: la misma morfología, la misma sintaxis, el mismo vocabulario. Es notable la irreductibilidad del aimára a cualquiera otra lengua conocida. No tuvo el andino escritura, pero su tradición oral es muy rica, revelando un lento trabajo de evolución a través de milenios. No habiendo derivado de ninguna otra, la lengua aimára extrae de su propio fondo telúrico y experimental las voces de que formó su idioma: las voces y ruidos del Ande, en el triple mundo animal, vegetal y mineral, fueron como fotografiados mental y vocalmente por el kolla y vaciadas en estupendas onomatopeyas, las que no se cristalizaron al modo de monosílabos; se transformaron en palabras con función y capacidad gramatical. Leyendas épicas, mitos, dramas, cantares eróticos o satíricos, dichos, refranes, reflexiones filosóficas, coplas burlescas, florecen todavía en labios del pueblo aimára".

Del kolla han hablado con grande autoridad: Villamil de Rada en su tempestuosa **Lengua de Adán**; Isaac Tamayo en **Habla Melgarejo**,

estudio crítico-sociológico; Roberto Prudencio, que en **Sentido y proyección del Kollasuyo** ha reavivado el telurismo andino, sosteniendo que "la República ha fraccionado la continuidad geográfica y espiritual del país aimára, y el boliviano, para volver a encontrar su propia esencia arcana —el culto a la tierra—, debe buscarla en los avatares del "suni" o altiplano, cuya energía mantiénese latente".

También Franz Tamayo ha revertido muchas veces al tema nativo, aunque sólo sea en modo fugaz, relampagueante. ¿Por qué el indio genial no ha querido dar estructura orgánica a su sapiencia del ancestro? Misterio... Pero en las páginas desiguales, contradictorias, brillantes y a ratos pueriles de **La creación de la Pedagogía nacional**, hay soberbias intuiciones del alma kolla, tajantes cortes y síntesis perfectas que valen por el más certero tratado de sociología andina. Asimismo en sus **Proverbios**, en **La Prometheida**, en **Nuevos Rubayats** y **Scherzos**, filósofo y poeta vuelven a incidir con sentido oculto sobre lo aimára: esos juicios apretados como trazos de sílice, esos versos deslumbrantes como dardos de luz, son toda la estética kolla. ¡Saber entenderlos!

Los tres autores nacionales más sobresalientes en el estudio metódico del hecho aimára, son: Camacho, Paredes, Federico Diez de Medina.

José María Camacho es el historiador insuperable de los aimáras. Nada hay más sólido ni digno de mejor crédito que sus severos, razonados y lúcidos trabajos de interpretación histórica. Estudió tanto la prehistoria como las épocas posteriores kollas; desgraciadamente sólo publicó un epítome de **Historia de Bolivia** —texto para escolares que alcanzó catorce ediciones—, permaneciendo inédita en gran parte su obra monumental de investigador, o dispersa en trabajos fragmentarios en diarios y revistas que los especialistas se apresuran a coleccionar. En tres esos espléndidos ensayos hay que buscar **Proceso geológico de Bolivia**, **Cultura aimára**, **Tiempos primitivos**, **Estudio sobre la lengua aimára**, **El hombre de la meseta andina**, **Los aimáras**, que son verdaderas construcciones intelectuales, dignos de un discípulo de Burckhardt o de Muller.

Camacho ha sido el primero en analizar a fondo la organización social, el régimen agrario, las costumbres y leyendas milenarias de los kollas,

demostrando que gran parte de las instituciones quéchuas fueron copiadas de los ancestrales moldes aimáras. Su vasta obra de historiador —hoy todavía inédita o accesible sólo en parte a los estudiosos— es la piedra miliar en el conocimiento de nuestro pasado. Mientras el Estado no se preocupe de editarla, no se habrá hecho justicia al agudo investigador que supo aunar el método expositivo de un didacta con la fina visión integradora del historiador de vocación. Una página de Camacho es siempre el espejo de lo que puede la inteligencia boliviana cuando cultiva las altas disciplinas del espíritu. Talento positivo, sobrio, que se apoya en el análisis deductivo, no le faltaron elegancia de estilo ni delicada imaginación de soñador. Camacho es una cumbre de las letras nacionales: una cumbre lejana y solitaria.

Rigoberto Paredes, tradicionista y folklorista, es autor de importantes ensayos y de tres libros de valía: **El Kollasuyo**, estudios prehistóricos; **Mitos, supersticiones y leyendas**, obra que alcanzó tres ediciones, y **El arte folklórico en Bolivia**. Libros, todos, documentados directamente en las fuertes autóctonas. Espíritu acucioso, infatigable observador del mundo aimára, dotado de hondo amor a los nativo, Paredes supo indagar con feliz percepción en los usos y psicología del aborigen. Conoce el pasado kolla en profundidad, ha recogido con miraje minucioso muchas tradiciones —su estudio del **Ekeko** es completísimo—, y aunque dividió su inquietud entre la historia y el folklore, es sin duda en este último campo donde debemos considerarle un maestro.

El coronel Federico Diez de Medina, es un caso único en América.

Sin fortuna personal, debiendo dedicar tiempo y energía a la carrera de las armas, pudo, no obstante, con sólo la perseverancia y la tenacidad de una vocación interior, consagrarse al estudio del pasado kolla y a la creación de un gran museo prehistórico que cuenta más de 30.000 piezas. El Museo Diez de Medina, conocido y admirado por arqueólogos de todo el mundo, es una obra admirable de pasión indagadora, de celo reconstitutivo, de morosa y amorosa paciencia de artífice. Si las piedras de "Kalasasaya" dicen mucho, más se hallará en esta gigantesca estructura científica, obra de una sola voluntad: Tiwanaku vive en el Museo Diez de Medina resurrecto y opulento, lo mismo en su rica variadísima cerámica que en sus tejidos policromos,

en las armas de combate y puntas de flechas, en su orfebrería, en los instrumentos musicales, en ese mundo de objetos y fragmentos primorosamente reconstituidos y clasificados por el genio de un hombre que dedicó cincuenta años de su vida a revivir el tiempo ido.

Aunque ha profundizado también la zona del mito y las leyendas con éxito, el coronel Diez de Medina no es un soñador, sino un hombre de ciencia: todo cuanto afirma viene respaldado por la más rigurosa investigación formal. Domina lo mismo la paleontología que el tema etnológico; sortea con igual soltura los problemas geológicos y antropológicos, que las dificultades lingüísticas y los matices estéticos. Si su vigorosa mentalidad está muy próxima a la jerarquía del sabio, su habilidad de dibujante y de pintor, su rara destreza manual, le han permitido reconstituir concienzudamente muchas piezas rotas y enriquecer sus estudios con ilustraciones de alto valor artístico.

Tan vasta, tan completa es la tarea realizada por Federico Diez de Medina en materia científica, que no ha podido aún dar remate a su obra cimera: **Arte y cultura en el Ande boliviano**, de la cual sólo conocemos ensayos aislados divulgadas en diarios nacionales. Entre los más importantes cabe destacar: **Tiwanaku**, notable estudio arqueológico; **Los símbolos guerreros en la Puerta del Sol**, donde establece la controvertida teoría de que la portada lítica no representa una escena mítica, astronómica, sino simplemente los hechos de un caudillo militar; **La cerámica de Tiwanaku**, en diversos trabajos de rica variedad; **Totems, animismo e idolatría de los aimáras**, y muchos otros trabajos sobre la influencia de la metrópoli andina en las culturas aledañas, las trepanaciones científicas, los monumentos funerarios, el estudio de los hierogramas monolíticos y todo aquello que se refiere a las grandes civilizaciones arcaicas de la meseta andina.

Desaparecidos Posnansky y Camacho, el coronel Diez de Medina fué el primer hombre de ciencia del país, a quien debemos considerar, por su mucho saber y su vasta disciplina investigatoria, como el más calificado indagador en prehistoria y arqueología.

Debemos mencionar nuevamente a Carlos Ponce Sanjinés, arqueólogo y ensayista de alto valor científico. Gran indagador del pasado aimára o kolla. Sus obras principales son: **Arqueología**

Boliviana, Tiwanaku, Thunupa y Ekako, Cerámica Tiwanacota; y numerosos ensayos y monografías de carácter científico que lo califican como el primer arqueólogo nacional.

Queda, pues, el hecho kolla como verdad incontestable en la formación del espíritu y de la literatura nacionales. Lo más remoto, lo más enérgico, lo más cargado de pasado y futuridad nace en la montaña. Que la montaña sople vientos de eternidad sobre las generaciones jóvenes. Porque "kolla", el primero y dominante en el mito, deber ser también cabeza de nación en el espíritu.

El kollasuyo antecede en el tiempo al Tahuantinsuyo.

CAPITULO V

LA HERENCIA QUECHUA

La línea andina en la continuidad aimára-quécha.— El Incario: un renacimiento racial.— El "Tahuantinsuyo" y un juicio de Oncken.— Sabiduría política y social del sistema incaico: principales instituciones, hechos y costumbres.— Una teocracia oligárquica y cooperativa.— Los catorce emperadores incas: de "Manco Cápac" al bastardo "Atahualpa".— Bibliografía quéchua: Garcilaso, Sarmiento de Gamboa y Cieza de León. — Otros escritores.— Jesús Lara y "La poesía quéchua".— La filología recuerda a los Incas, maestros de belleza.

Si aimára es la voz grave que carga de majestad y pesadumbre el diálogo de nuestra historia, quéchua es el tono alto que clarifica el verbo nacional.

A diferencia del Kolla, que entronca con la tradición y por ella sube y se encumbra hasta la alteza del mito, el inca se desprende de la leyenda para convertirse en historia positiva. Uno resume todo el misterio andino, nos lleva a la niebla finísima de los tiempos nocturnos; el otro, maleable y vivaz, se desenvuelve a plena luz. Y si la gloria del Incario trasciende al continente es porque los quéchuas, señores de su acción, supieron ser también los tejedores de su nombre. ¡Sutil y maravilloso Garcilaso de la Vega: quién no leyó tus **Comentarios reales** ignora que la vida está tejida de realidad y fantasía, y hasta qué punto la historia es sólo un sueño hecho verdad!

Siendo mucho más conocida la historia de los quéchuas, será más sencillo ordenar una síntesis de conjunto.

La pareja mítica que es también el tronco adámico del Incario — Manco-Cápac, y Mama-Occllo— no es foránea, sino autóctona. ¿Aimára, quéchua, sobreviviente de otra cultura extinta? Historia y naturalmente, los fundadores del Imperio quéchua son andinos. Los dos apellidos culminantes de la raza se nombran "aimára" y "quéchua", o, remudando los vocablos, "kolla" e "inca".

Hermano menor —no en estatura, sino en antigüedad— del Imperio de los Kollas, el Imperio de los Incas arranca de la meseta. Los idiomas-madres, el aimára y el quéchua, ¿no mezclan y confunden sus raíces y desinencias, sus sonidos y significaciones, como criaturas de una misma sangre? El aire que respiran ambos pueblos ¿no es idéntico? La voluntad que conforma sus proezas ¿no sembla análoga? Tradiciones y costumbres ¿no se aproximan con extraño parentesco? Aun los tipos raciales, somáticamente diferentes, ¿no se refieren a la misma proeza antropológica? La línea andina sólo puede seguirse, en buena lógica, por la continuidad aimaro-quéchua.

El vacío que la historia no ha llenado es éste: qué tiempo ha transcurrido entre la caída del último emperador aimára y la aparición del primer inca.

Es razonable suponer que la pareja fundadora del Incario huyó del Kollasuyo escapando a la devastación de las guerras civiles, habitó la Isla del Sol, donde tomó su blasón teogónico, y marchó después al Cuzco para clavar el cetro aurífero de los kollas en el flanco de piedra del "Huanacauri"⁽¹⁾ (Montaña peruana de donde arranca uno de los mitos incaicos.). De esa fusión de los mitos solares y lacustres con el símbolo telúrico nace la monarquía incaica. "Manco-Cápak" y "Mama-Occllo" provenían de la postrera dinastía Kolla.

Desmembrado el último imperio aimára, destruída su civilización, abolidos los antiguos dioses, los pueblos andinos, perdida la fortaleza del yugo kolla, se dispersaron en behetrías sin rey, sin ley. Es la postrera "edad media aimára", que nadie sabe cuánto duró. Mas la realeza no fué totalmente exterminada; algunos príncipes kollas se refugiaron en los altos montes para escapar a la matanza. Como el

reinar no admite sopor, pocas generaciones bastaron para convertir reyes destronados en pastores nómadas. La sangre real se fué adelgazando en la nobleza errante, y se habría extinguido finalmente si un impulso atávico no la hubiese fortalecido en la estupenda aventura del Incario. "Manco-Cápac" y "Mama-Ocillo", aterrados de ver consumirse su linaje en el ostracismo y la miseria, sintieron en sus venas el llamado de la raza: propusieron reconstituir el imperio de sus antepasados, y dada la crueldad y decadencia que suscita el nombre "kolla", buscaron ámbito nuevo para su hazaña.

En un manuscrito del P. Jerónimo de las Cuevas, terminado en 1578, que contiene novísimas revelaciones acerca de los mitos y la historia de los primeros aimáras, hay un diálogo, en español arcaico, que aproximadamente podemos reconstituir así: fué "Manco-Cápac" con su consorte a consultar al "Apu-Amauta", el último sacerdote que compartía con ellos el pan del ostracismo. "Gran Padre que lees en el Tiempo —dijo el jefe aimára—, ¿debemos seguir en esta vida arrastrada?". Arrojó el hechicero unas hojas de coca al aire y observando cómo caían al suelo contestó: "¡Oh mi Señor, el Hijo de la Tierra! Duélese Wirakocha de tu infortunio, y la hora del resurgimiento ha llegado". El gran "Manco-Cápac" se impacientó de ardor bélico: "¿Por dónde comenzaré a reconquistar la tierra?" Y el hechicero, impasible, contestó: "No regrese al Kollao; faltan muchas lunas para que tu sangre vuelva a imperar en la montaña. Desvía la ruta, marcha hacia al norte, busca el Titikaka, matriz de todo lo creado, santuario de tus mayores, y reemprende luego la marcha, siempre al norte, hasta que este cetro de oro se hunda en el suelo: allí fundarás el nuevo imperio. Y sólo los hijos de los hijos de tus hijos volverán a señorear el Ande".

Es la profecía. Esa es la leyenda. Y la historia relata que "Mayta-Cápac", el cuarto inca, fué el conquistador del Kollao.

"Manco-Cápac" y "Mama-Ocillo" esposos y hermanos, monarcas y educadores, representan el poder de supervivencia del alma kolla actuando sobre pueblos jóvenes. Como el soplo asiático en la civilización mediterránea, como las águilas romanas en la bruma nórdica el aimára se trasfunde en el quéchua, le da su vitalidad sapiente y su ímpetu; absorbe, en cambio, su poder plástico y transformante, su ductilidad y su inventiva, y el viejo tronco andino

reflorece en savia nueva. La pareja legendaria transmite al pueblo quéchua los misterios religiosos, la ciencia política y social, el arte militar de los antiguos aimáras. Sólo así puede explicarse esa brusca sabiduría, ese saber repentino de los primeros Incas, que deslumbraban muchedumbres con su culto esotérico y su saber administrativo; saber que siendo, en apariencia, manifestación súbita de la deidad solar en los reyes Hijos del Sol, era en el fondo resultado de experiencia acumulada por culturas anteriores a través de innumerables soberanos. El Incario no fué una creación de la nada, sino un renacimiento de la raza andina. Ni los kollas surgen por milagro, mas de la cantera inexplorada del pasado, donde duermen reyes y naciones perfeccionándose en la ganga nocturna del olvido.

"Los Incas tuvieron siempre por mejor ir ganando poco a poco, procurando ser señores de los ánimos antes que de los cuerpos", dice el cronista. Al hablar de sus virtudes, la historia levanta su pujanza al mismo nivel que su mansedumbre y su bondad. Ese trato benigno del soberano quéchua, verdadero padre de familias de su pueblo; esa táctica de ganar tierras primero por la persuasión y sólo en último trance por las armas; esa bondad natural y esa prudencia generosa en el perdón, sólo se explican como fruto de pasadas experiencias. El gran "Manco", temeroso de que algún día los nuevos pueblos a su mando se lanzaran contra el despotismo y cayeron en luchas sanguinarias, como aconteció en el derrumbe de la hegemonía aimára, quiso evitar el abuso y la crueldad, fundando imperio sobre la virtud. El gobierno de los Incas, tan político y digno de loor a juicio de cronistas autorizados, fué el último esfuerzo del andino para regresar al equilibrio antiguo fundado en la ley natural.

El "Tahuantinsuyo"⁽¹⁾ (El Imperio de las Cuatro Partes del Mundo, como se llamó a los territorios sojuzgados por el Inca.), históricamente, es la mayor hazaña política del continente sur. Comprendía, inicialmente, la región de las cuatro "antis" —Antisuyo, Contisuyo, Collasuyo, Chinchasuyo— entre las actuales cordilleras de Bolivia, Perú, Ecuador y Chile, a las que se tenía por las cuatro partes del mundo; más tarde, repitiendo tal vez la proeza aimára, los Incas extendieron el Imperio más allá de las cordilleras, ganando valles e incorporando zonas tropicales y costeras a su mando.

Para conocer el Incario, no basta la compañía del arcádico Garcilaso de la Vega. Con ser guía de mano firme y levantada inspiración, el

cantor de la epopeya autóctona nos llevaría al reino de lo utópico si no cantáramos con el contrapeso de los críticos y denostados del pasado incal. Con todo, siendo Garcilaso el mejor informado de sus hechos el más avisado de los cronistas coloniales, por mucho que la excelencia de sus fuentes corra pareja con el desenfreno de la fantasía, será siempre el camino vertebral para invadir el mundo incásico.

¿Fueron los quéchuas "una gran república antes destruída que conocida", o el último imperio andino, digno de competir en leyes y en hazañas con los mayores reinos de la antigüedad? Recordemos la sagaz conclusión de Oncken, sabio historiador moderno: "Una civilización completa y puramente propia, sólo se encuentra en cinco puntos de nuestro globo: China, Babilonia, Egipto, México y Perú".

El Imperio de los Incas era una vasta confederación de naciones, diversas y alejadas entre sí, pero sujetas por el triple vínculo religioso, político y militar a la metrópoli cuzqueña. Vanos son los esfuerzos de los historiadores por clasificar el sistema quéchua dentro de la nomenclatura moderna. No era un gobierno comunista como quieren algunos, ni un estado totalitario como pretenden otros. A mitad de camino entre la satrapía persa y el altruísmo hindú, el Inca implanta una teocracia oligárquica y cooperativa, que participa por igual de la rigidez jerárquica y de su contraconcepto socialista. Mandan, saben hacerse obedecer, y simultáneamente aceptan el peso de sus responsabilidades para con el pueblo. Gobiernan para todos. La ciencia la reservaron para la nobleza; el trabajo especializado en gran escala para el pueblo, porque el mucho saber corrompe a los débiles y debilita la posición de los fuertes. Así la repetía el gran Túpac-Inca-Yupanqui: "El pueblo a sus oficios, y el gobernar para los nobles".

El espíritu realista y fuertemente objetiva del Inca reservó para la nobleza el culto de los antiguos dioses: "Pacha-Kámac", el creador; "Wirakocha", el constructor, encerraron la teología que manejaban nobles y sacerdotes; pero estas divinidades abstractas no llegaban sino rarísima vez o por adivinación al pueblo. Creyó el fundador del imperio más adecuado implantar el culto solar, más próximo a la razón primitiva, más accesible a la comprensión general de las razas, por encima de las diferencias geográficas. Hizo, pues, que las multitudes indias consideraran al Sol como deidad mítica en el firmamento, y como ser vivo en la tierra. Así el Hijo del Sol, es la deidad encarnada

para regir al mundo desde el núcleo quéchuá; y al aparecer la pareja de los fundadores en el Cuzco, dicen que vienen del "Titikaka", del Lago Sagrado, donde "Inti" —el Padre Sol— los puso para que iniciaran la tarea de organizar el mundo. Como se ve, la teogonía quéchuá vuelve al tronco aimára, pues también "Wirakocha" apareció o brotó del fondo del gran lago.

Los Incas reservan al Sol grandes extensiones de tierra como su exclusiva hacienda; depositan alimentos y bebidas para él en sus fiestas agrarias; le erigen templos y le dedican hermosas doncellas, las "Ñustas" o vírgenes del Sol encargadas de su culto; para el sentir general, "Inti", el Padre Sol ("Willka" y "Lupi" le llamaron los kollas), manejaba el destino humano desde su rutilante curso aéreo, intervenía y participaba en las siembras, en las cosechas, en las guerras, en los contrastes y alegrías del pueblo indio.

Así, debido al genio político y previsor de "Manco-Cápac", el mito telúrico fué sustituido por el culto solar. Conocemos sólo la parte externa, los ritos visibles de esa teogonía heliolátrica; pero la simbología interna de ese sabeísmo ancestral, que hizo del "Inti" principio divino, poder animador y regulador de la vida andina, fuente nocturna de oculta poesía, permanece todavía en el misterio. No obstante, los Incas fueron politeístas: si su religión oficial se basó en el culto al sol, adoraron también los astros, los lagos, los grandes río, los montes, los árboles, los animales y las piedras. Y para redondear esta vasta concepción animista de la naturaleza, dijeron "huaca" (de "waca" = cosa sagrada, en aimára) a todo objeto que en hermosura o excelencia aventajaba a los de su especie.

"Hicieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación — afirma Cieza de León—, que pocos en el mundo les hicieron ventaja".

Los descendientes de la misteriosa pareja del Lago Sagrado, señorearon sobre diez millones de alma; directa o indirectamente medio continente les perteneció. Esa muchedumbre de razas y naciones de organizó tan sabiamente bajo su mano rectora, que, por prevenido que ande el investigador, deberá reconocer algunas normas generales de la política quéchuá: cultura religiosa y moral, sagaz organización política, desarrollo económico aventajado para su tiempo, progreso civil y militar. Si bravo en la guerra, el Inca se presentó

magnánimo en la paz. Sólo exigía culto al "Inti", sumisión política al Incario, tributación liviana a los conquistados y mantenía a los señores en el dominio de lo suyo. Trocando adversarios en amigos y favoreciendo a propio y extraños con un código moral que castigaba el homicidio, la holganza, la mentira, el robo y el desorden, pudo con habilidad y severidad, usando el cauterio de la disciplina y del bálsamo de la justicia, levantar uno de los imperios más regulares del planeta.

Fué severo, inexorable, cuando hubo que castigar delitos. Por eso creemos que contra todo cuanto dicen los eruditos, el final del "Ollantay" fué adulterado piadosamente por la mano cristiana que copió la versión oral del quéchua: el Inca no pudo perdonar la rebelión de Ollanta, el Jefe Kolla, porque tal cosa suponía negación de la teocracia incásica y su debilitamiento político y social. La grandeza de "Ollanta" está en su rebelión que debe expiar con la muerte. La majestad del Inca al castigar al culpable, porque nadie podía alzar los ojos ante el Hijo del Sol sin su benévolo permiso.

Gobernó el Inca con esa suerte de despotismo apto que sostuvo mucho después Bolívar, magnánimo con los débiles, firme para reprimir a los poderosos, maestro de ordenación y de justicia. De las tierras que sólo a él pertenecía, tomaba para sí y su corte un tercio, otro reservaba para el culto y el tercio final lo entregaba al pueblo. Estas tierras de explotación colectiva, donde el agua también se repartía equitativamente, eran distribuidas anualmente a las familias de acuerdo a las necesidades de cada cual, debiendo los sanos labrar los campos de inválidos y enfermos. El régimen agrario de los quéchuas, basado en el sistema comunal aimára, transformó el derecho ancestral del andino al reparo de tierras, en merced política del Inca; así el Estado, por medio de un gobierno central, de casta y absoluto, providente con el pueblo, absorbió completamente al individuo y a la comunidad, que nada podían hacer sin intervención estatal. Quien carecía de sangre real no podía alzarse del oscuro anonimato de la plebe, si bien los "curacas" de los pueblos sometidos llegaban a ocupar ciertas dignidades secundarias de la corte cuzqueña.

Los indios recibían víveres, vestidos y armas en vez de jornales en dinero. Conocieron leyes municipales, agrarias, de economía y ahorro, de trabajo obligatorio, de moral familiar y colectiva. Nadie elegía su

oficio y el Estado atendía paternalmente a las necesidades de todos. La Corte y los nobles se regían por leyes especiales. Maestros en la ciencia de gobernar, los Incas unificaron el imperio mediante un sistema político-social casi perfecto, basado en el trabajo cooperativo y especializado, semejante al de las actuales potencias industrializadas. Reedificaron ciudades, explotaron las riquezas del suelo, unieron con caminos y puentes colosales las regiones más distantes. Su arquitectura monumental corrió pareja con su técnica agraria y de irrigación. Una rigurosa organización comunal estadística, administrada por un poder aristocrático y centralista, les concedió regularidad en la vida civil. Tuvieron reyes, sacerdotes, amautas o sabios, grandes capitanes, maestros de ceremonias públicas, administradores, orfebres, alfareros, canteros; y sus metalurgos trataron oro, estaño y cobre. Organizaron el tráfico y el comercio; los almacenes públicos y los tambos incaicos flanqueaban las rutas del imperio. Levantaron fortalezas y templos "a poder de mucha gente y con gran sufrimiento en el labrar". Y en los "Raymis" o grandes fiestas agrarias para las siembras y cosechas, todo el pueblo cantaba y reía.

¿Fue la Conquista el choque entre la civilización del hierro y de la pólvora con la civilización del oro y de la piedra, como piensa un historiador?

Fue eso y algo más. Si el español es fáustico en el impulso y mercantil en el propósito, el indio aparece mágico de espíritu y estático de forma. Dos éticas, dos estéticas diferentes. Europa evoluciona bruscamente por su inventivo de una cultura a otra, de una técnica determinada a nuevos moldes de vida; el Ande sigue el estilo inmutable de sus montañas, la mutación lenta, casi imperceptible, dentro de los nódulos antiguos. Al orden abierto, incolmado siempre del conquistador, grande porque es la ansiedad de imposible, responde la curva cerrada de una voluntad metafísica eternamente igual así. Grandeza por grandeza. Cambio y perdurancia: los dos estilos profundos de la historia. Pero estos Incas fueron tan lejos en su concepción social que resulta pueril confinarlos en el límite de fórmulas estrechas.

Alcanzaron los quéchuas un humanismo rudimentario reflejado en la filosofía moral de sus costumbres; en sus conocimientos astronómicos, de números y artes geométricas; en la danza, la poesía

y la música; en sus cantos colectivos y en los dramas orales. "La lengua quéchua —expresa Jesús Lara, agudo explorador del Incario— es de gran musicalidad y plasticidad, profusa en adjetivos y exuberante en verbos. Puede traducirse cualquier pensamiento humano. Aparte de su armonía y colorido, posee un singularismo don de expresividad. No hay en el mundo un lenguaje en el cual se pueda manifestar con un solo verbo tantos estados de ánimo, tantos grados de dulcedumbre, ternura, pasión, ira o desdén. Es la mayor obra de arte popular que dejaron los quéchuas". Sus "jaillis" o himnos sagrados, guerreros y agrícolas, y en la poesía lírica el "harawí", el "wayñu" y la "qhaswa" demuestran la profunda vena poética y sentimental de los Incas. El **Ollantay**, el **Atawallpa** y el **Uskha-Paucar**, los únicos tres dramas quéchuas que han llegado hasta nosotros, aunque desfigurados por la versión colonial, descubren primores de concepción y de sentido del matiz y una delicadeza admirable en el diálogo.

Y aquí cabe preguntar ¿cómo se concilia la rudeza del guerrero quéchua con la ternura del "haravéc" o poeta cortesano? ¿La voluntad gigante que modifica el paisaje, dominando cuestas asperísimas y venciendo abismos, con la mansedumbre y magnanimidad para el manejo de los pueblos? ¿Los grandes voceríos de pena o de victoria, con las tiernas cadencias de su poesía intimista?

Por ignorar el tiempo, estos hombres dominaron el espacio. Epígonos de una cultura más remota, los Incas prosiguieron el mando cósmico: piedra sobre piedra, huella tras huella, arte humana sobre ciencia antigua, las generaciones vertebradas una con otras, como acontece en el distinto mas siempre semejante juego de los estilos superpuestos en sus monumentales construcciones.

La obra ciclópea se extendió sobre desmesuradas extensiones, conservando intacto el vetusto cimiento kolla. "Sacsahuamán"⁽¹⁾ (Los nombres indígenas citados en esta página corresponden a ruinas arqueológicas del Perú actual, pero que conservan los dos estilos típicos de arquitectura superpuesta: el pre-inca o kolla y el inca.) habla la lengua pesada y taciturna de la gesta megalítica: "más son pedazos de sierra que piedras de edificio". "Puca-Pucara" es un alarde inverosímil de ingeniería de montaña. "Ollantaytambo" un sueño pétreo. "Macchu-Picchu" el ímpetu violento del Inca que como el monte asciende hacia el astro. "Puyu-Para-Marca", la ciudad cerca de las nubes, un florón de

vivencias prendido en el flanco vertical de la altanera serranía de riego aprovechando diestramente el suelo. Ignoran la rueda y el caballo, pero la llama y los "chasquis" o mensajeros quéchuas señorean con planta ruda y ágil los caminos del imperio. "Coricancha" —el barrio de oro—, en el Cuzco, encierra el Templo del Sol, la Casa de las Ñustas, y los célebres jardines auríferos del Inca que apagan el esplendor de sus rivales, los aéreos recintos babilónicos.

Los "Raymis" o fiestas del culto al Sol, celebrados al aire libre, única oportunidad en que realeza y pueblo se juntaban para venerar a sus dioses, y de los cuales Garcilaso nos refiere sólo el trance de un ritual exterior, escondían hondas verdades. Estos agoreros, que olvidaron el mandato de la tierra y no atendían a las estrellas ni a las señales del aire como el aimára, tomaban ciencia secreta de la luz, de los sueños, de los sacrificios. Tallaban la roca viva y le pulían el dorso para que su bruñida superficie reflejara el primer rayo solar en el ara, y en la frente de sus príncipes. Se ha perdido el sentido último del "Inti-Raymi" o Gran fiesta del Sol, del sacrificio del llamo negro, de sus herbolarios famosísimos, y del extraño rito nocturno del "pancuncu" para expulsar los males de un lugar, que en el fondo es pura magia kolla.

Fueron, pues, los Incas primitivos y civilizados al mismo tiempo. Según de qué ángulo se mire el suceso quéchua. Rudimentarios en determinada materia, fueron avanzados para su tiempo en otra; y es tan rara esta mezcla de saber intuitivo con infusa técnica, que nadie se explica cómo con tan flacos instrumentos hicieron obras tan espléndidas. No se olvide que el español arrasó y destruyó cuanto pudo de los templos y la estatuaria autóctonas, por razones religiosas, de modo que el Inca es todavía un enigma a medias revelado. Se piensa que el idioma secreto que hablaba la nobleza era el aimára, sin que haya certidumbre de ello.

Por arbitrario que fuese el Incario en sus formas de gobierno, hay que reconocer, como asevera Prescott, que resultó patriarcal en su espíritu. Si se le reprocha, como a todas las civilizaciones antiguas, el que nadie podía prosperar o elevarse dentro de su condición, por estar abolido el libre albedrío y el individuo sujeto por entero al Estado, conviene recordar que en retribución el Estado velaba amorosamente por el pueblo. Nadie podía ser rico ni pobre, pues la igualdad fué la esencia del régimen incaico y gracias a una previsión benévola nadie

conoció mendicidad, hambre ni despojo. Ninguna monarquía acumuló mayor exceso de poder en sus manos; ninguna lo aplicó con tanta sabiduría y templanza. En cierto modo hubo como una combinación del rigor hebraico con la austeridad de las primitivas sociedades cristianas, descontando, lógicamente, las crueldades guerreras cuando los sometidos se rebelaban, o los extravío de algunos soberanos que fueron excepción de la alta moralidad incásica.

"Ritisuyu" —Banda de Nieve— llamó el quéchua a la Cordillera, obsorto en la contemplación de sus cimas fulgurantes. "Ritsuyu", como el cortejo de mis reyes, recuerda el autóctono; y es un encadenamiento de hazañas y virtudes que suena a leyenda si no fuese historia.

El gran "Manco-Cápac", fundador del Imperio, es el creador de su estirpe. Rival de Asokas, Ts'ins y Justinianos; sacerdote, legislador, político y caudillo; personajes histórico o símbolo del renacimiento de la raza andina el civilizador quéchua funda la monarquía teocrática más perfecta del hemisferio. Poseía ese poder magnético que acompaña a todos los fundadores de naciones: uniendo astutamente la persuasión con la fuerza, partió de la fábula para llegar a dominar el mundo real. Rico en imaginación y ambiciones, lo fué más en perseverancia y fortaleza de ánimo. Hizo del mito solar su atributo divino y del oro que relumbra y deslumbra símbolo de su poder. Ganó la voluntad del pueblo indio con su afabilidad, su viva inteligencia, su natural prudente y justiciero. Nadie resistió al primer Inca, maestro de almas, pedagogo de pueblos, acaso el inventor de los "quipus" ⁽¹⁾ (Sistema de pitas con nudos, que para unos eran simples instrumentos de contabilidad y para otros —aunque no está probado— verdaderos archivos para anotar sus hechos pasados.), que fueron sus lenguajes gráfico de escritura y su sistema estadístico. Junto a él, la "Coya", su hermana y esposa, la dúctil y laboriosa "Mama-Occllo", que enseñó a hilar y a tejer, a llevar con buen orden el movimiento doméstico. ¡Pareja estupenda! Se diría dos indiátides talladas en el granito azul de la fábula, que se mueven y avanzan al encuentro de la comprensión moderna, tomando presencia humana para narrar los orígenes de un imperio legendario.

Estúdiese la sutil transposición que va del "Mallku-Kaphaj" aimára — Jefe Poderoso— al "Manco-Cápac" quéchua —Jefe Magnánimo"— y se verá cómo se aclara la leyenda en historia. La misteriosa sabiduría de los creadores el Incario tiene antecedentes en el tiempo. Así, por

ejemplo, el principio selectivo kolla, se convierte en la norma inca hereditaria; en el "Kollasuyo" hereda el Estado el más virtuoso y bienquisto; en el "Tahuantinsuyo", en cambio, rige la primogenitura o, inhabilitada ésta, la sangre real. Los inventores del mito solar regresan al mito telúrico en su vestimenta regia: el Inca vestía de negro, color que tuvo por deidad mayor, porque representaba a la tierra. Y al adorar la claridad del astro con los emblemas de la sombra, el Inca quiso ser el vínculo de sangre entre el milagro de los días y el enigma de las noches. A quienes piensan que los Incas fueron un principio y no un remate, cabe preguntar: ¿por qué hubo una lengua secreta para el noble y otra general para el pueblo? Su ingeniería agrícola, su ciencia militar, ¿nacieron en un día? Las tablas de su ley moral ¿bajan del Sinaí lacustre? Su vasta religión ¿fué concebida por una sola mente? Sus fiestas públicas, sus danzas y sus cantos, sus ejercicios varoniles ¿irrupieron todos a la vez? Su destreza arquitectónica ¿brota del aire? Su profundo conocimiento de la psicología humana ¿no trasciende a sabiduría de las generaciones?

Viendo sólo el Incario, como experiencia histórica aislada, que tiene en sí misma principio y fin, el misterio de la pareja inmortal desborda la edad quéchua. Escudriñando el mito lacustre, un aura poética envuelve el miraje del investigador. Pero sólo volviendo a la meseta ando-boliviana halla sentido lógico y justificante el acaecer incásico: la madurez aniquilada del Kollao debió reflorar en los tallos jóvenes del Incario. Y aquel "Manco", primero de su estirpe, cuyos hechos se preciaron de imitar reyes y no reyes, era, en verdad, una de las muchas encarnaciones del Ande cosmógono y proteico, que si al kolla entrega el misterio de la tierra hecha jerarca del espíritu, para el inca fabrica la noción del sol gobernador de los humanos.

"Sinchi-Roca" —el Príncipe Valiente— preside una edad feliz. Somete varias naciones al Incario, guerreando con la prudencia y el valor característico del quéchua, al tiempo que mejora la legislación y se preocupa por el bienestar del pueblo. "Lloque-Yupanqui" —el Zurdo Memorable— emprende vigorosas expediciones bélicas, ganando fama de audaz. Fué también arquitecto y amó al Cuzco, al cual embelleció con templos y palacios. "Mayta-Cápac", el cuarto Inca, cumpliendo la antigua profecía, conquista el Kollao y su sandalia regia vuelve a pisar el suelo del ancestro. Creyóse fundador del "Chuquiavo", la famosa ciudad andina que Garcilaso llama "lanza-

capitana", que la Colonia denominó Nuestra Señora de La Paz en memoria de la terminación de las guerras civiles, y que en verdad es "Marka-Marka" —la Ciudad de las Ciudades— una de las más remotas capitales del milenario Kollasuyo. "Cápac-Yupanqui" extendió el reino buscando camino hacia la costa por el oeste y las rutas a las grandes llanuras por el este. Mejoró la organización militar mudando los contingentes fatigados por otros, frescos, que los sustituían con ventaja en la pelea. Fué buen legislador y administrador. "Inca-Roca", también guerrero, ensancha con mano intrépida los contornos geográficos del imperio. Fué monarca culto y romántico. Impulsó la educación de la nobleza, legisló para el culto, creó el "tesoro del Inca" acumulando la riqueza de sus conquistas para ornar su tumba.

Los seis primeros Incas representaban la línea continua y homogénea en la trayectoria del imperio. Magnánimos y providentes en la paz, todos fueron temerarios y ambiciosos para la guerra. Sus conquistas miran a los cuatro puntos cardinales. Levantaron templos y fortalezas, puentes y caminos, tambos y almacenes; construyen obras de ingeniería agrícola e hidráulica para beneficio de los territorios sometidos. Los templos del Cuzco, de Pachacámac, de Wirakocha, del Titikaka, las fortalezas de Sacsahuamán, Ollantaytambo, Monterani, reconstituídas sobre el cimiento lítico primitivo, emulan con el arte hierático de sumerios, asirios y egipcios. Es entonces que el genio artístico de los quéchuas levanta vuelo en graciosa parábola. De esa primera edad venturosa de conquista afortunadas y sólida organización civil, nacen la arquitectura práctica de montaña perfectamente adaptada al medio geográfico, una alfarería vistosa, la técnica textil de dibujo armonioso y vivísimos colores; un arte musical de rica expresividad, una lírica tierna y patética, una ciencia popular robusta y constante para el dolor y la alegría que se manifiesta en los coros agrarios, en los voceadores, en las representaciones dramáticas. El **Ollantay** y el **Ushka-Paucar** no son los únicos dramas inspirados en la tradición quéchua; mejores cosas sepultó la Conquista, que estos monarcas incas tuvieron cantores de su grandeza a despecho de sus detractores.

No se crea en la bonanza utópica de ciertos cronistas; también el Incario tuvo su drama, esa lucha sorda, implacable, entre el espíritu de libertad y el sentido de disciplina que preside la historia. No sin rigor, no sin ejemplares castigos, pudo el Inca moldear a los pueblos hasta

acostumbrarlos a obediencia. Enseñaron a criar a los hijos sin regalo; mantuvieron el sometimiento al cabeza de familia; endurecieron al guerrero a extremos de fiereza y resistencia; regimentaron al labriego y al artesano en su oficio, dando sustento y protección a todos a condición de que todos acatasen al Inca ciegamente. Entre tan paternal vigilancia por el bien común y tan despótica represión de la libertad individual, difícil resulta a los sociólogos y economistas establecer el equilibrio justo entre una minoría aristocrática gobernante, casi siempre acertada, y una mayoría popular casi siempre insatisfecha.

Por ese tiempo el imperio dominaba vastos territorios: los altiplanos hoy de Bolivia y del Perú, algunos valles que descienden al Pacífico, las estribaciones cordilleranas que conducen a los llanos del este amazónico y platense. Una civilización agraria y militar baja de las altas montañas a la costa, a los grandes ríos, a la llanura.

Entonces aparece "Yahuar-Huácac" —El Que Lloro Sangre—, llamado así porque padecía una enfermedad a la vista, monarca afeminado y débil que recuerda los extravíos de la decadencia romana.

El príncipe heredero, irritado por el desgobierno de su regio padre, se atrevió a criticar sus actos. "Yahuar-Huácac" lo mandó prisionero a Chita, advirtiéndole que podía perder el trono, a lo cual repuso el mancebo: "Sabré ganarme otro con mis manos". A poco sobrevino la gran sublevación del Chinchasuyo: los "chancas" ocuparon el Cuzco e hicieron fugar a "Yahuar-Huácac". Escapó entonces el príncipe de su prisión, y poniéndose a la cabeza de los ejércitos quéchuas, derrotó a los "chancas", recuperando la capital. Luego, recordando los avisos de su tío —"la fantasma Wirakocha", según narra Garcilaso sin comprender que el asunto guerrero volvía al mito kolla—, adoptó el nombre de Inca Wirakocha, explicando a los nobles que él hablaba con un antepasado lejanísimo que le mandaba lo que debía hacer.

Este octavo Inca, en sesenta años de reinado, hizo cosas memorables. Conquista lo que hoy es el Tucumán, somete once nuevas naciones al Incario, mejora las comunicaciones. Construye los dos sistemas de riego más extensos del imperio. Arquitecto él mismo, ensancha la Casa del Sol y erige en Cacha un templo a Wirakocha, que fué una exaltación de su propia persona. Oráculo y adivino

mayor, parece que restituyó el culto a las deidades telúricas, pero sólo para los nobles. Hízose amar de niños y jóvenes, para quienes aconsejaba un clima medio de rigor y dulcedumbre "de manera que salgan fuertes y animoso para la guerra y sabios y discretos en la paz". Viajó mucho por el imperio, guerreó sin tregua, administró justicia, impulsó el bienestar común. Con los años se le asentó en tal forma el equilibrio moral, que a pesar de la resistencia del monarca, los indios le adoraron en vida.

Garcilaso llegó a ver la momia del "Inca Wirakocha". Tenía la cabeza nevada, como el monte secular, y en los ojos absortos, una majestad de cosa viva. Era la triple radiación del mito andino-aimára-quéchua, proyectando la lumbre del pasado a los tiempos que aún no han sido.

A la muerte del Inca Wirakocha, la tiana de oro fué ocupada por su hijo "Pachacútec", el Reformador, el que cambió el mundo. (Obsérvese que la palabra "Pachacútec" viene de "Pachakuti": el Dios del Milenio ancestral). El hijo, como el padre, se mantuvo en el retorno a los manes telúricos.

"Pachacútec" fué llamado también el Padre del Imperio por la solicitud con que gobernó a su pueblo. Tiene la fortaleza dilatada del altiplano; todo extenso, firme, con ansia de durar. Su célebre sentencia: "El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que demuestra en las adversidades", refleja el dogma moral de su corte. Implantó el uso obligatorio del quéchua, como instrumento político unificador del Incario. Dictó leyes más justas para el pueblo, fundó escuelas, casas para las "Ñustas", fomentó la ingeniería agraria, premiando la mejor labranza para estimular la producción. Atendió menos a las guerras que a la ordenación civil, sin dejar de ser por ello guerrero arriesgado cuando fué preciso. Su férrea voluntad de gobernante se atemperaba con una honda compasión por las debilidades humanas; supo corregir antes de castigar. Fomentó las ciencias y las artes. Fué conquistador prudente, legislador previsor, juez justísimo. Bajó a la tumba armado de sus súbditos y temido de sus enemigos. La leyenda cuenta que en plena Conquista, los indios del Cuzco solían recordarle con un canto tiernísimo que, refiriéndose al noveno Inca, decía: "Volverá un día el Jefe grande y poderoso del tiempo antiguo —Pachacútec— y entonces no lloraremos más".

El décimo emperador quéchua se llamó "Urco" y también se le conoce por "Inca-Yupanqui". Sobresalió por su reciedumbre moral y su entereza de guerrero. Decíanle el "Pío" sus vasallos. Empezó la conquista de lo que hoy es Chile, llegó a Copiapó, a Coquimbo y se adentró hasta el Maule. Luchó con los "chiriguanos", por el este, sin llegar a dominarlos. Falleció "lleno de hazañas y trofeos", como narra el cronista.

Su hijo, el gran Túpac-Inca-Yupanqui, "El Que Relumbra", prosigue las empresas paternas. Somete a los "chachapoyas" y otras provincias. Embellece y engrandece el Cuzco. Esforzado guardador de la tradición, su gloria mayor es haber iniciado la conquista del mirífico Reinado de Quito. Le llamaron "el Grande", porque bajo su cetro el Incario alcanzó prosperidad y fortaleza. Los dos "Yupanquis" fueron insignes gobernantes, a la altura del "Inca Wirakocha" y de "Pachacútec", sus antecesores. Refiérese que el gran "Túpac-Inca-Yupanqui" era mago, y que cuando la cólera cruzaba los labios sapientísimos, la pluma del "corequenque"⁽¹⁾ (Ave sagrada de los Incas.) fosforescía sobre la cabellera de ébano.

El imperio alcanza su punto cenital —la máxima expresión seguida por un lento declinar— en la figura extraña y contradictoria de "Huayna-Cápac", el Mozo Rico, de hazañas magnánimas, que abundó también en errores, debilitando la dinastía reinante. ¡Singular destino de predestinado! Fué de manos enérgicas y blando corazón; tuvo espíritu analítico desarrollado, y esto le inducía a ser crítico de sus propias acciones. Mezcló la dureza del guerrero a la galantería del cortesano. Ganó el Reino de Quito a fuerza de constancia y de valor, durante su juventud. Mas en los años de madurez dióle por el meditar profundo, en una suerte de humanismo infuso que pretendía explicarlo todo. Su vejez, larga y lúcida, terminó en idolatría: se hizo adorar como un dios. Al nacer su hijo "Huáscar", habido en una princesa cuzqueña, mandó fabricar una maroma de oro purísimo de doscientas varas de largo con eslabones del grueso de la muñeca humana. Ella reposaría, según la tradición, en el fondo del Lago Titikaka. Enamorado de Quito, cuyo valle seductor contrastaba con la austeridad de la sierra cuzqueña, hizo por aquélla "extremos nunca usados por los reyes Incas, que fueron causa que su imperio se perdiese y su sangre real se perdiese y consumiese". ¡Hermosa "Pacha", regalo y perdición de "Huayna-Cápac"! Nunca pensó el rey "Quitu" que su sangre vencida

en los campos de batalla volvería a renacer en el cruce con el vencedor para arrastrarlo también en su caída. Personaje de tragedia, tocados por un ciego fatalismo, el Señor del Cuzco y la Princesa de Quito, cuyo amor nace del odio guerrero, engendran a su vez al pérfido "Atahualpa", el bastardo que exterminaría la sangre real y socavaría internamente la monarquía, facilitando así la posterior invasión española.

Por ese tiempo era tan extenso el Imperio, que su gobierno se tornó difícil. Estallaron grandes rebeliones que "Huayna-Cápac" reprimió duramente, lamentándose después de lo sucedido. Perdido el sentido focal, regulador del Cuzco, la tradición imperial se ablanda en Quito. El monarca no advierte que la nación se tambalea. Seguro de su poderío, no supo penetrar las mil causas morales y sociales que desordenaban la confederación de pueblos sometidos a su mando. Dióse luego a superstición y agorerías. Miraba al sol cara a cara y cuando los sacerdotes le reprochaban la osadía, contestaba escéptico y burlón: "Este nuestro Padre Sol debe tener otro mayor señor y más poderoso que él, quien le manda hacer este camino, sin parar, porque si fuera el Supremo Señor, una vez que otra dejara de caminar y descansara por su gusto, aunque no tuviera necesidad alguna". Un día el duodécimo Inca, "contra el fuero y estatuto de sus antepasados" —dice Garcilaso— divide el imperio en dos: el "Tahuantinsuyo" para Huáscar, su legítimo heredero; y el Reino de Quito para Atahualpa, el queridísimo bastardo. Fué su más trágico error: imponer las preferencias del corazón sobre la razón de Estado. El despojo inaudito, aceptado a regañadientes mientras vivió "Huayna-Cápac", separa el Cuzco y Quito para siempre, divididos por la sangre, por la geografía y la rivalidad política. "Huáscar" y "Atahualpa", azuzados por sus respectivas cortes, crecerán en clima de odio y ambición.

Hallándose de visita en la capital del imperio el viejo Inca, una tarde inolvidable apareció un cometa "de color verde, muy espantosa", que llenó de zozobra los ánimos. Poco después, sobre el crepúsculo sangrante que ponía tintas cárdenas en el Cuzco, un águila real fué atacada por halcones yendo a morir a los pies del soberano. "Es el fin de tu raza" —dicen los augures explicando el doble presagio. Aterrado, "Huayna-Cápac" pone brusco término a su visita: la sandalia del Mozo Rico no volverá a pisar el suelo de sus mayores. Despídese de la corte, celebra el último ceremonial en el Templo del Sol, oficia ante las

momias de los once Incas que flanquean su nave central, y recomendando a todos cordura, retirase al valle de Quito a terminar sus días.

Pasaron presagios y temores. Las gentes del Cuzco y de Quito atizaban la hoguera de la discordia, fomentando rebeliones aisladas. Tres años de calma aparente y convulsiones internas siguen a la huída del Cuzco; y un día el "chasqui" ⁽¹⁾ (Mensajero-correo de los Incas.) anhelante trae nueva terrible: hombres extraños y barbados suben de la costa septentrional al imperio. Recuerda entonces "Huayna-Cápac" la visión de su antepasado el "Inca Wirakocha", a quien la deidad dijera: "Pasados doce reyes, vendrá gente nueva y ganará y sujetará a su mando todos nuestros reinos y otros muchos". Aumentaron levantamientos y desórdenes: los de Quito se enconaban contra los del Cuzco. Presintió el Inca que su imperio, minado y dividido por dentro, no podría resistir a los invasores. Sintióse anciano y achacoso; y creyendo ser víctima del Padre Sol por haberse mofado de su divinidad, un terror supersticioso le dicta el mensaje final a su pueblo, que tuvo gran importancia en la desmoralización de las muchedumbres indias: "Vendrá gente nueva a conquistaros. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como hombres que en todo nos harán ventaja". Poco después murió.

El imperio quéchua fué, pues, vencido por los mismos quéchuas, antes que el conquistador llegara al Cuzco. Si "Huayna-Cápac" les quita la fe y les manda servil sometimiento, "Atahualpa" se encargará de acabar con la sangre real, destronando a su hermano, aplastando ciudades, rompiendo la unidad del Estado. Endebles quedaron los espíritus y convulsionadas las comunidades, favoreciendo el drama de Cajamarca.

Debilitado por el disfavor paterno, "Huáscar", el último Inca legítimo, dibújase blando e irresoluto en sus actos. Intentó atraer diplomáticamente al soberano de Quito, pidiéndole amistosa sumisión. Prestóse al juego de la reconciliación el bastardo, pero más astuto, al tiempo que le anunciaba viajes para rendirle personal homenaje de sometimiento, preparó sigilosamente un gran ejército que por diversos caminos debía convergir al Cuzco. Tranquilo quedó "Huáscar", creyendo ya sumiso al medio hermano, y se dió al sueño de la grandeza sin fatiga; cuando le informaron que "Atahualpa" estaba a

las puertas de la capital, era tarde para organizar la resistencia. Los "chasquis" no pudieron llamar a los "kollas", los guerreros más temibles que respaldaban el trono. Fuerzas atemorizadas debieron improvisar defensa, desconcertadas ya por la indecisión del soberano cuzqueño. Entretanto el bastardo, por medio de traidores y de espías, prometió beneficios a quienes se pasaran a su bando; y aunque no fueron muchas las deserciones, bastaron para minar la moral de los atacados. Más caudillo que su hermano, "Atahualpa" reveló en la conquista del Cuzco su genio cruel y destructor.

"Fué con los de su sangre cruelísimo sobre todas las fierras y basiliscos del mundo", expresa el cronista; y aun recoge la versión de que, como tamaña ferocidad no reza con la levantada tradición de la dinastía, el quiteño no es hijo de "Huayna-Cápac", sino de un bárbaro favorecido por la livianidades de la hermosa "Pacha". ¡Triste destino el de "Huayna-Cápac" y su hijo predilecto! A la muerte del primero, refiérese que centenares de parientes, nobles y servidores se arrojaron a la pira fúnebre para morir con el bienamado; a la exaltación del segundo al trono del Cuzco, se desata la persecución contra millares de nobles por orden del temido déspota. Destruyó toda la sangre real con escasísimas excepciones. Astuto y cauteloso, valiente y sanguinario, "Atahualpa" mancha la estirpe incaica con su ferocidad inútil y su inclinación a traicionar. ¿No fingió una vez el sueño de haberse trocado en serpiente, clave de su propia perfidia? El mito ofídico rastrea una vez más sobre el símbolo telúrico y ensombrece el culto solar. "Atahualpa", el destructor interno del imperio, tenía que ser el perdedor de su exterior grandeza. Y sólo le redime su caída, porque el último inca, muriendo con mayor alteza y dignidad que "Moctezuma", el postrer azteca, hace olvidar sus perfidias con su valor ante el destino adverso, y su crueldad en el mandar con su fortaleza en el caer.

Así acabó el famoso Imperio del Tahuantinsuyo.

La bibliografía de los quéchuas es más numerosa que la de los aimáras. Entre los cronistas coloniales sobresalen los PP. Acosta, Molina, Morúa y Valera; Herrera, Gómara y Fernández de Oviedo como historiadores; entre Garcilaso de la Vega, el indio ilustre y ditirámico de los **Comentarios reales**, monumento de las letras sudamericanas, y Sarmiento de Gamboa, denostador de los reyes

autóctonos, habrá que buscar un justo término medio: ni el dibujo paradisíaco del primero, ni "la terrible, envejecida y horrenda tiranía" de que habla el segundo. Sólo Pedro Cieza de León, el sapiente cronista de **La crónica del Perú y del señorío de los incas**, ha dado un retrato aproximado de la civilización quéchua, con amor a las gentes y entendimiento del paisaje americano, con serena apreciación crítica, que elogia lo bueno y apunta lo censurable. Es el estudio imparcial, objetivo, de uno que conoció el terreno de sus investigaciones, y al mismo tiempo el testimonio cálido, efusivo, de quien supo unir la ciencia del historiador con el colorido seductor del intuitivo hombre de bellas letras. Con ser Cieza el más equilibrado y el mejor documentado de los cronistas de la Colonia, para profundizar el hecho incaico hay que consultar al misterioso Montesinos, cuyas **Memorias historiales y políticas del Perú** son jugosas de novedad y de sentido. Por último, Betanzos y Zárate.

Viene luego la "escuela peruana", formada por investigadores de vuelo: Tello, Valcárcel, Basadre, Urteaga, Cossío del Pomar, todos aferrados a la tesis quéchua, si bien su probidad de estudiosos los obliga a reconocer que hubo culturas anteriores a los Incas en la meseta andina.

Hay tres libros fundamentales, en la época moderna, para estudiar la herencia quéchua. Son **La historia del Perú**, por Prescott, norteamericano, obra clásica que no requiere comentario. **El imperio socialista de los incas**, del profesor Baudin, francés, que agota copiosa documentación y es un estudio exhaustivo en lo sociológico y económico. Y **Los incas**, del argentino Capdevilla, que aun sin tener la solidez de los anteriores y descontando ciertos juicios que pecan de candor, los supera en belleza literaria y en el sugestivo cuadro de conjunto.

Habría que citar también a Guamán Poma de Ayala en su notable obra **Primer nueva coronica y buen gobierno**, lamentablemente editada hace pocos años por el profesor Posnansky en español arcaico, lo que dificulta extremadamente su lectura, donde se manifiesta buen crítico y relator del pasado incaico. Pachakuti Salkamaywa, cronista indio, en su **Relación de antigüedades**; Y el P. Calancha, insigne narrador y estudioso del orbe quéchua, con su hermosa Coronica moralizada.

Debemos al etnólogo y erudito francés Paul Rivet —colaborado por Georges de Créqui Montfort— una meritísima **Bibliographie des langues aimára et quichua**, fruto de largas y documentadas investigaciones en la materia. Un solo ejemplo, entre muchos, dará idea de la importancia que para nosotros los boliviano tiene esta valiosa obra, de la cual sólo ha aparecido el primer volumen (1540-1875); y es éste: Prueba Rivet con evidencia bibliográfica, que la primer versión conocida del famoso drama quechua **Ollantay**, proviene de un manuscrito boliviano (no peruano como se creía) fechado en La Paz el 18 de junio de 1735. La versión del manuscrito boliviano difiere notablemente de las contenidas en los posteriores manuscritos de Antonio Valdez y otros nombres coloniales y modernos. Son también muy interesantes las referencias del libro sobre los trabajos del P. Bertonio, de Pazos Khanki, de Carlos Felipe Beltrán, precursor de la educación indigenal, del P. Moysi y otras figuras incorporadas a la bibliografía nacional.

En la literatura boliviana, descontando los trabajos fragmentarios y aislados de historiadores y literatos, sólo tenemos dos libros consagrados al tema: **Los descendientes del Imperio incaico**, de Fernando Iturralde, sencillo de estructura, más de propósito divulgar que crítico, muy acertado en la visión de conjunto, en el esfuerzo indagador, que al cuadro histórico agrega un análisis del problema agrario y los hábitos del nativo, y **La poesía quéchua** de Jesús Lara. Pero de este último hay que hablar con alguna extensión, por ser una de las obras mejor calibradas de la literatura boliviana.

Obedece el libro a una estructura orgánica, se desarrolla conforme un plan de conjunto, de aquí su unidad de concepción y su armonioso relato. Lara revisa y critica el criterio occidental acerca de los Incas, deformado por la versión hispana. Suele írsele la mano en el menosprecio a lo europeo, pero dice fuertes verdades. Presenta un cuadro general de la sociedad quéchua, compuesto con habilidad de erudito, y de ese fondo político, económico, social y cultural, desprende la vigorosa realidad del pueblo quéchua en síntesis apretadas, llenas de luz y movimiento, mezclando la agudeza del análisis con la medida didáctica. Sus observaciones acerca de las artes son novedosas, y su estudio acerca del "runasimi" o lengua quéchua primitiva, es verdaderamente notable. Para él los "khipus" o cordeles anudados fueron como un lenguaje gráfico que contenía toda

su civilización. "Un destino adverso se ha encargado de confinar los raudales de la poesía quéchua en cisternas de silencio y de incompreensión", dice el autor. Pero éste es, justamente, el valor revelador del libro. Abre un pórtico rico de color y de belleza para asomarse al mundo virgen de la poesía quéchua. No sólo por la seriedad del trabajo investigador, que le permite enjuiciar con sagacidad todo el material conocido, sino también por la maestría técnica y el fervoroso sentimiento de admiración que va descubriendo la estructura del verso quéchua. Sus interpretaciones sobre los diversos géneros poéticos y cantables —el "Jailli", el "arawi", el "taki", el "aranway", el "wanka", el "wayñu, etcétera— son a manera de nerviosos bajorrelieves primorosamente cincelados. El panorama de la poesía dramática muy cabal. Para Lara el **Ollantay** es puramente quéchua. (Error manifiesto, porque tema y protagonista son netamente kollas). Describe también acertadamente el **Atahuallpa** y el **Ushka-Paucar**. Da las versiones del **Manchay-Puito**, esa obra maestra de la poesía boliviana que sitúa en Potosí: esa pavorosa leyenda del cura que con la tibia de su amante muerta, fabrica una "quena" en la que tocará un "yaraví" ("jarahui" es la forma aimára) con música y versos que él ha compuesto.

Las páginas que dedica a Wallparrimachi, el poeta indio que muere a los veintiún años en las guerrillas de la independencia, son de una extraña fragancia emotiva: Lara siente la ternura y la bondad de su lira, que vive todavía en el corazón y en la memoria del pueblo, en las provincias de Cochabamba y Potosí. Wallparrimachi es, para el crítico valluno, el primer poeta genuinamente americano del siglo XX; y dice de él que "su poesía es el dolor hecho música". Los doce poemas que se conocen del famoso indio potosino, "exhalan un aliento lírico de notable vigor". Concluye Lara sosteniendo que "son canciones de intraducible belleza". Mas aquí cabe advertir que si Wallparrimachi ha escrito en un quéchua noble de admirable pureza, Jesús Lara, su biógrafo, poeta él también de extrema delicadeza, ha traducido sus bellísimas poemas en un español casto, elevado, de fina musicalidad. No es uno de los menores méritos del libro el acierto y pulcritud con que se ha seleccionado las muestras de lírica quéchua.

Cita finalmente a Berríos, Mossi, Beltrán y Montaño, como los que más trabajaron para depurar el quéchua en nuestro país; "el quéchua, que es más nuestro que el castellano". Sólo dos lunares tiene la obra:

malquerencia recargada a lo hispano, y un ignorar el hecho kolla que no sabemos si atribuir a ignorancia o a propósito deliberado. **La poesía quéchua** de Jesús Lara es uno de los mejores libros compuestos en Bolivia. Como crítica sabia, como reiteración melódica para enaltecer las glorias y desventuras del "runasimi", que es el espejo donde se mira el alma india.

Libro entrañable, revelador, que brotando de la tierra materna, expande por el ámbito nacional la promesa de un resurgimiento quéchua.

Volvamos ahora al tema central de este capítulo: el Incario. ¿Qué es lo inca, cómo se expresa la herencia quéchua en el espíritu nacional? Se expresa en función de pura poesía, en raudales de sentimiento, en la faz diurna y jubilosa de nuestro pueblo.

¡Incas solares y telúricos, tan altos políticos como finísimos poetas! Si domadores de muchedumbres, conocen también los caminos secretos de la naturaleza. Y donde mire el ojo atento encuentra esta ley ancestral: para obra de gigantes, maniobra de termites. Un alma dulce en una ruda voluntad. La poesía arcádica del Inca al enfrentar su mundo circundante, vibra todavía en el alma andina.

Llamaron "trompeta sonora" al valle de Arequipa por su natural volcánico y el estrépito de sus temblores. La cordillera de " Vilcanota" quiere decir "cosa maravillosa". Incaica es también la leyenda de "Saicusca, la "piedra cansada", la que llora sangre en las murallas titánicas de Saxahuamán, aplastando a centenares de indios. "Intihuatana" significa "amarradero del sol", y allí nació la ciencia de los primeros astrónomos andinos. "Amarumayu" es el río ancho y grandísimo "como las culebras de la sierra". Dijeron al Inca "Huachacúyac", o sea "el amador y bienhechor de gentes" El mito telúrico encierra la verdad del hombre, que para el quéchua es "allpacamasca", es decir, "tierra animada". Y al símbolo astral vuelve el Inca panteísta y armonioso, cuando nombra a la hija del monarca: "Cusi-Coillur", que no quiere decir "lucero del alba, como estiman ciertos lingüistas, sino "Alegría de las Estrellas", porque el amauta que inventó este nombre supo elevar al cielo la ternura fragante del sentimiento indio.

Así los Incas, amos y servidores de su pueblo, que supieron darle regalo y beneficio permanentes, al tiempo que le exigían obediencia extrema en aras del equilibrio colectivo, fueron maestros de belleza, que unieron a la mucha ciencia del mandar, rica experiencia de la psicología humana.

Acomodaron la marcha de su imperio al ritmo profundo de la ley cósmica —lento y seguro paso, la mutación dentro del orden— y legaron en el plano social una sapiencia étnica y política que rivaliza con el esplendor de sus conquistas: trabajo, asistencia y justicia para todos porque todos fabricaban la grandeza nacional.

La herencia quéchua es vasta y diversa; está como arraigada y dispersa en todas las manifestaciones colectivas. Da ciencia agraria al aborigen, ternura y melancolía al mestizo, pasión presentista al blanco. El bizantinismo cesáreo de los últimos Incas, la tristeza de los "mitimaes" desarraigados del terruño, el alma inconstante y delicada de los "haravécs" o poetas cortesanos, sobreviven en la raza. De aquí la blandura psicológica, la riqueza emotiva, cierta indolencia en la acción, el amor a la charla imaginativa transformadora y transformante, que embota la voluntad despierta recelos, y resuelve en dialéctica ingeniosa todos los problemas. Pero también la herencia quéchua es pasión quemante y voluntad realizadora, y esa fina inteligencia que ayer levantó los imperios más regulares de la prehistoria americana, actúa como adormecida en las multitudes, pero fuerte y alegre en los individuos. También lo incaico es símbolo de energía creadora.

¡Alma quéchua, flor de sentimientos, la otra faz del Jano indio!

Si kolla es lo más fuertes, quéchua es lo más hondo del alma nacional. Y si queremos dar sentido unificado al pueblo andino, debemos juntar la adustez aimára con el embrujo oriental, volviendo al noble estilo incásico: buscar a un tercero para unir a dos diferentes. Porque sólo el quéchua, fuente de comprensión y modos de vida, supo la ciencia fuerte de concertar opuestas voluntades en blandas armonías.

La herencia quéchua es una de sagacidad y de belleza. Que Bolivia salga al encuentro del inmortal mensaje.

LA SIEMBRA HISPANA

CAPITULO VI

LA CONQUISTA

El mayor mal y el bien. "Ancestro" y "Colonia" se funde en afirmación de hombría.— Empresa de aventura y humanismo práctico.— Carácter cruel de la Conquista: sus yerros y sus faltas.— Una nueva humanidad psicológica; espíritu unificante y creador de la Colonia.— Los cronistas soldados.— Los PP. Vitoria y las Casas.— El rapsoda moderno Majó Framis.— Cultura compuesta: hispanoamericano, no; indo-hispano-mestizo, sí.— León ibero y puma americano.— La Conquista desde el ángulo sudamericano está por escribirse.— Los PP. Jerónimo de las Cuevas y Salas.

¿Que representa la Conquista y la Colonia en la historia americana? Según como se mire: el mayor mal y el bien mayor. La una desorganiza, destruye los imperios autóctonos; conforma la otra una nueva estructura psicológica y social.

Se ha puesto de moda, en estos tiempos, atribuir al coloniaje todos nuestros males por un nacionalismo exagerado carente de perspectiva histórica; porque "somos" ancestro como "somos" colonia, y la república no es sino la resultante de ambas fuerzas contrapuestos. Si es lícito reprochar al conquistador hispano la destrucción de las civilizaciones nativa, el que hubieran convertido el sistema de igualdad que encontraron en servidumbre económica y social, despojando al indio de sus tierras, y dando espaldas al bienestar de las grandes mayorías humanas, reconozcamos que religión, idioma y cultura nos vienen de España. Esa maravillosa floración de vida y de espíritu que el ensayista llama la luz verdadera de nuestra jornada terrestre, esa cultura meridional, surgida del Mediterráneo, que es como la esencia apretada de todo el saber occidental, sólo podían llegar al suelo virgen de América por la cruz y por la espada. Por ello, aun aceptando que las sabias leyes dictadas por la Corona en la península fueron desvirtuadas por el conquistador en el continente; aun admitiendo que la obra fervorosa de frailes, misioneros, humanistas y algunos gobernadores, fué avasallada por el torrente de la masa humana ávida de poderío y desenfreno, habrá que oír, en justicia, las palabras del penetrante Chesterton, aunque no las compartimos en todo su rigor: "Con toda reverencia, aztecas y mongoles, hermanos míos, vosotros no habéis dado al mundo nada comparable a la tradición mediterránea".

Por habernos traído religión sublime y el soplo dinámico del humanismo renacentista, España se redime de los crueles errores de la Conquista. La violencia, la dureza, la incompreensión del castellano al impacto con el mundo autóctono, se comprenden (no podrían justificarse) por el clima de riesgo y de aventura, el ansia fáustica de fama y de dineros, el fuerte impulso vital de "ejemplares robustos de una humanidad que goza de su fuerza".

Hubo, pues, en proporciones desiguales, empresa guerrera con todas las consecuencias adversas para los invadidos, y normas evangelizante, humanismo práctico, como queriendo atemperar los rigores de la brusca intrusión con la dulce huella cristiana de amor y de perdón, y el idealismo moral que se desprende de la vieja tradición jurídica hispana. Debemos también a España —y esto lo ha visto con singular agudeza Picón Salas— "el fiero individualismo, el amor a la independencia, la franqueza para confesar los yerros, la conciencia de la propia hombría, que aunque parezca anti-moderna, preferirá siempre los valores del espíritu antes que las urgencias pragmáticas y utilitarias del alma sajona". No admiten comparación las tradiciones de vida europea, de cultura y refinamiento intelectual que caracterizan a las colonias españolas en América, con el inferior estilo de factoría que la poderosa Inglaterra impone en muchas de sus colonias, evitando contacto con los núcleos nativos. Cualquiera que sea la forma como se enjuicie la Conquista —tirando más a lo positivo o a lo negativo del fenómeno— cumple admitir que es a través de formas españolas como hemos penetrado de reformas sociales, de un mejor nivel de vida que surge de las masas mestizas de Hispanoamérica, tiene que formularse en español para que alcance toda su validez y eficacia.

El espíritu de aventura, cuando viene respaldado por la fusión teológica, económica y política, lleva lejos. No ha terminado la polémica de exégetas y denostadores, pero ya todos saben que esa epopeya sin cantor épico que fué la Conquista de América, cruzada cristiana y empresa de despojo simultáneamente, es sobre todo recia y audaz afirmación de hombría. El hispano ama el oro, tiene hambre de grandeza y poderío, al fin criatura humana, está penetrado de esa ambición fáustica que domina el siglo XVI. Mas su ejemplaridad histórica reside en esta simple ley: la aventura por la aventura, el amor a lo peligroso, la nostalgia de cosa mejor. Desmedrado unas veces por la codicia y desmanes de algunos, es en otros el ideal caballeresco,

esforzado y romántico, el ansia irrefrenable de la acción. No fué la codicia, sino la hazaña, su meta. A sus denigradores España les cierra la boca —un ejemplo entre miles— con sólo recordar a Mansio Sierra de Leguísamo, intrépido soldado de la escolta de Pizarro, que la misma noche de la entrada al Cuzco, juega y pierde a los dados el fabuloso Disco de Oro de los Incas, que le tocara en el reparto del botín. Tamaño desprendimiento no se da en naciones de comerciantes y banqueros, sino en pueblos como el ibero, de quijotes, guerreros y de santos.

La Conquista fué una empresa de aventura; después, cuanto se quiera.

No lo hacen todo la Cruz, la Técnica y la Espada. Mas entendiendo poco al español del siglo XVI, ignorando el inmenso y complejo fondo de influencias culturales que lo mueven, sabiendo menos todavía del indio americano, no hemos medido lo que hubo de idealistas en el choque de ambas civilizaciones, a pesar del desenfreno vital con que España absorbe a los pueblos nativos.

Verdad que no perdonamos al conquistador haber destruído la economía agraria del autóctono, convirtiéndola en otra de explotación para servicio exclusivo de una minoría dominante. Ni el sordo egoísmo de los encomenderos y terratenientes, que labraron grandes fortunas a costa del trabajo y la miseria del pueblo indio. Ni el haber demolido los monumentos pétreos furiosamente, so pretexto de idolatría, procurando borrar las huellas de las civilizaciones autóctonas. Menos todavía, el mantener durante tres centurias a los pueblos conquistados, en esclavitud e ignorancia del español, como simples instrumentos de producción para quienes las leyes quedaban escritas, siendo rara vez cumplidas.

La conquista aniquiló las culturas descubiertas. Fué dura, inmisericorde en el terreno social. Nada o casi nada pudieron las Leyes de Indias y los misioneros, contra el poder político de guerreros, encomenderos y aventureros, dueños efectivos del Nuevo Mundo.

De aquí por qué cuando un Madariaga nos habla en su **Historia de las Indias** de un Coloniaje idílicamente justos y económicamente

perfecto, nosotros, que somos herederos de la indisciplina, de la injusticia y de la imprevisión pasadas, debemos sonreír piadosamente.

Pero si es mucho lo que puede censurarse desde un plano político y social, no es poco lo que gana admiración en punto a cultura y valores del espíritu.

En el choque fulgurante de Europa con América hay muchos enigmas que no han sido revelados. ¿Quién fué vencedor al cabo: el hombre fáustico o el habitante mágico? La historia y la economía dicen que el primero; la psicología y la estética se van por el segundo. Para nosotros los bolivianos, es fundamental que a diferencia del inglés, que coloniza sin confundirse con el nativo, el hispano une sangre y espíritu con el indígena. Le da su religión, no alcanza a infundirle su ciencia política ni su idioma, mas los tiene ahí, próximos a quien sepa superarse. Se sumerge en el ensimismamiento mágico, en la pasión terruñera, en la sobria tristeza del nativo. Después de aniquilarla, cronistas y frailes se empeñan por dar un sentido ordenador al conocimiento de la civilización que el guerrero sepulta con la punta de su espada.

El día que el primer conquistador toma una doncella india, la América moderna con latido hispano, comienza a germinar en el misterio de un vientre autóctono. El Imperio Español y los Imperios Nativos palidecen; luego se confunden. Una nueva planta humana extraña, temible, fascinadora, imprime su genio y su locura al mundo americano: ha nacido el mestizaje.

Esa nueva humanidad psicológica, con distinto modo de comprender y encarar la vida, produce un arte nuevo. Ni Europa solamente ni sólo el orbe autóctono. La tesis de varios estudiosos —el conquistador conquistado—cobra aquí espléndido vigor; y es ciertamente un proceso simbiótico, profundo, el que modela y configura la América Mestiza.

¿Hispano-India, indo-hispana? En cualquier caso: cultura compuesta, raíz doble, fusión de contrarios, nacida al encuentro del orden abierto del conquistador con el orden hermético del indio. Si España injerta al tronco nativo su savia rica y fuerte, América responde por la norma anteica: ascienden los jugos concentrados de la raíz telúrica y operan

desde adentro, infundiendo a la linfa extraña su viejo poder plasmador. ¿Qué es lo hispano en América? Todo, siendo sólo mitad. ¿Qué lo indio? Mitad que llega a todo. Así la Colonia, cultura mestiza y fragmentaria, acuna al dividido y recompuesto espíritu del criollo. El mestizo americano es el fruto de dos claustros históricos. ¡Alma imposible y trágica, no pudiendo conciliar la verdad del Cristo con el fulgor del Inti, prosigue la pugna política en el territorio psicológico! Cada mestizo, un ser en perpetua contradicción consigo mismo, porque recién se va formando la raza futura. Y no obstante un espíritu vital, un anhelo de síntesis, una planta indócil mal comprendida y peor manejada en trance de superación, cada mestizo.

Semiolvidado el rastro de los imperios autóctonos, la Conquista abre el surco más ancho en nuestra historia; con él germina la cultura compuesta de la Colonia. Se confunden la huella del conquistador, la pisada del mestizo, la sandalia indígena en el duro trabajo de tres siglos. Si la conquista comienza en atropello, la colonia quiere ser símbolo de ordenación. Todo lo sacude y lo remueve el americano del tiempo colonial, que americanos son opresores y oprimidos.

Para el sociólogo, para el economista, sólo hay panorama de injusticia y de opresión; no se quiere ver a los conquistadores en el rudo marco de su época, se les reprocha no haber elevado el nivel de vida de las muchedumbres indias. ¿Pero es que el siglo XVI, individualista, dinámico, orgulloso, se cuidó de la política de masas que hoy atenace a los espíritus?

Para el historiador, para el intelectual, a través de la empresa guerrera —siempre cruel— de la expansión política y del dominio mercantil —opresivos siempre— resalta el sentido humanista y civilizador de la proeza hispana, que se refleja en la ética de los juristas peninsulares y en la probidad de varios cronistas coloniales. El P. Vitoria y el P. Las Casas ¿no son dos soles de justicia en medio a la niebla bélica? Una pedagogía misionera organiza con mira realista la explotación de la tierra para beneficio colectivo. El ansia de conocer y organizar sacude al fraile y al soldado, lo mismo que al funcionario civil y al artista. El Consejo de Indias, la Casa de Contratación, los Virreinos, Audiencias y Capitanías Generales, el célebre sistema de Municipalidades autóctonas transformadas en Cabildos —génesis más

tarde de la emancipación política— demuestran el celo de la Metrópoli por dotar de un orden jurídico a las poblaciones del Nuevo Mundo.

Las "Leyes de Indias", monumento institucional, son el rayo de luz después de la tormenta. Quiso España asimilar al indio incorporándolo a su sistema administrativo; tal vez en el propósito miró lejos que los republicanos de la primera centuria. Poco entendía al criollo y menos al mestizo, siendo ésta la causa primordial de la independencia de sus colonias; pero es justo admitir que el mismo proceso libertario brota de la rebeldía hispana y se manifiesta por su lengua libre y altanera.

Pasó muchas veces el poder central localista sobre la ley metropolitana, explotando cruelmente al nativo, deprimiendo y limitando al mestizo y al criollo. Gruesos yerros tuvo la dominación castellana; mas, por encima de ellos, aflora el espíritu unificante y humanista de la Colonia, sangre y soplo de tres culturas, que darlo todo a castillo fuera injusticia.

Cuando Murillo, el cholo insigne, encabeza la Proclamación de la Junta Tuitiva, en 1809, con las palabras memorables: "Hasta aquí hemos soportado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria...", ha pintado en un solo rasgo el dramático legado del conquistador, que oprimió y sojuzgó a las muchedumbres. La masa indomestiza está vengada de la violencia restituye el proceso histórico a su natural equilibrio; los guerreros del XVI terminan en los políticos y civilizadores del XVII y del XVIII. Y los bisabuelos que nos dieron independencia, el mestizaje republicano revoltoso y populachero del siglo XIX, son la respuesta de la América india al impacto brutal de la Conquista.

Aun reconociendo lo debido a España en herencia humana y cultural, no aceptamos hoy, en lo político, aquello de "hispanoamericano". La conquista deviene reconquista. Somos nosotros mismos, no simple dependencia idiomática o espiritual. En el plano continental, somos americanos del sur, es decir, indo-hispano-mestizos, que éste es el orden lógico de precedencia en los epítetos. Para un sentir nacional, solamente bolivianos. El viejo león ibérico cede al puma americano. Y esto es lo que España debe empezar a comprender: tardamos tres siglos en despertar, pero estamos despertando ya, y nadie podrá atajar es fenómeno biológico que nos lleva a la mayoría histórica.

La Conquista, con haber sido grande empresa, pertenece al pasado. Fué. Ahora lo que cuenta es la personería de estas jóvenes naciones inquietas y rebeldes; tierra, raza, economía, cultura reconquistadas para propio beneficio. Tutelas y colonialismo terminaron.

Conquistador, encomendero y funcionario colonial no supieron calar en la realidad viva de América: trabajaron con ese sentido señorial, orgulloso, de casta, que mira sólo a la jerarquía, buscando el encumbramiento de los menos a costa del sacrificio de los más. Olvidaron a las muchedumbres para exaltar a los señores. Y esa trágica herencia de injusticia, que arranca de la Conquista, cruza la Colonia y se prolonga a la República, nos ha conducido al actual divorcio entre las mayorías indo-mestizas y la minoría dirigente blanca. En pleno siglo XX abundan pensadores y políticos que por seguir soñando con lo hispánico, olvidan la verdad americana, que es empresa de amor, de redención, de entrega a una tarea de rehabilitación colectiva.

La Conquista, que engendra el Coloniaje, es la España histórica. La República, que despunta en el hirviente Nacionalismo de nuestros días, es la América Mestiza reconquistadora, multitudinaria, henchida de futuridad.

El choque del viejo con el nuevo mundo no ha sido estudiado entre nosotros —los bolivianos— con la seriedad que el tema merece; será forzoso, pues, señalar fuentes extrañas para quien quiera analizar el proceso histórico de la Conquista.

En primer término, las **Relaciones** de los cronistas-soldados Jerez, Molina y Pedro Pizarro, actores y testigos del hecho memorable, con la salvedad de que su punto de vista es puramente hispano. Luego el P. Las Casas, apostólico defensor de los indios, que sostiene la tesis de que la Conquista sólo fué empresa de robo y violencia; y Gómara, cronista que sostiene la tesis opuesta, o sea que todo fué beneficioso para el nativo. Extremos, ambos, igualmente inadmisibles.

En la época moderna, el rapsoda de la Conquista es, sin discusión, el magnífico español Majó Framis, autor de una monumental **Vida de navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI**, en tres tomos. Este libro, con ser una construcción maciza, de admirable unidad en fondo y estilo, seguramente la mejor creación literaria que narra la proeza hispana en América, adolece de unilateralidad: mira los hechos sólo con criterio español. Por mucha que sea la ciencia del autor, por nobles que resalten los primores de su lengua para hablar del paisaje y del poblador nativos, los toma sólo como accidente, anécdota o punto de referencia estética. Es la Conquista vista con ojos españoles.

Falta, lo mismo en Bolivia que en el resto de la América del Sur, un libro que haga contrapeso al anterior: la visión total, inusitada, de ese orbe autóctono o mayestático y estático, cerrado en sí mismo, que el invasor encontró en plena decadencia. ¿Cómo sintió el nativo el impacto con la dinámica occidental? ¿Por qué su religión, sus instituciones políticas y sociales, su arte militar, su economía agraria socializada, debieron ceder ante el racionalismo científico y la técnica organizada del hispano? La Conquista, descontando estudios aislados y fragmentarios, capítulos deshilvanados de los historiadores, no ha sido vista aún con mirada india.

Hagamos dos excepciones: la excelente obra del ensayista venezolano Mariano Picón Salas, **De la Conquista a la Independencia**, que consagra dos sesudos capítulos al tema; y la ya mencionada del boliviano Jesús Lara, **La poesía quéchua**, que contiene un vigoroso alegato en favor de la cultura autóctona.

Si está por escribir el proceso de la Conquista desde el ángulo americano, no olvidemos que él descansa en dos fuentes inseparables: la tradición oral indígena, en parte recogida por los cronistas coloniales, y la extensa bibliografía de la colonia, a la que se debe agregar numerosos manuscritos inéditos que duermen en los archivos de la época. De esa documentación virgen, apenas conocida por el ansia del bibliófilo, mencionaremos dos obras igualmente raras y valiosas, por ser, ambas, fruto del primer tiempo de la invasión; es decir, compuestas con la mentalidad conquistadora, de pasmo y maravilla, que después del afianzamiento del régimen colonial trocó en desprecio o subestimación.

Y son: un manuscrito del P. Jerónimo de las Cuevas, terminado en 1578, que consigna inusitadas novedades sobre los mitos, tradiciones y costumbres de los kollas, aludiendo también a los primeros años de la Conquista y su demoledora tarea de aniquilamiento de la civilización autóctona; y las **Excertas Aymaru-Aymara**, del monje agustino Baltazar Salas, de 1628, publicadas por Viscarra en 1915 bajo el nombre de **Copacabana de los Incas**. Que trata de la génesis aimára comparada con la cronología bíblica, también rica de información y contenido. Obras, ambas, escritas en castellano arcaico, difícil de descifrar, pero cargadas de sustancia y amenidad para el investigador paciente que se sienta capaz de vencer la hojarasca erudita y el follaje teológico que las cubren.

Habrá que citar, finalmente, otra vez a Garcilaso y a Baudin en lo tocante a los quéchuas, y a Camacho, el historiador de los kollas, para acercarse al mundo indio, tal como era en los tiempos de la llegada de los españoles.

Para el sentir americano, la Conquista es todavía, en parte, fuente inédita. He aquí un hermoso asunto para las letras bolivianas: retomar el hilo indio roto por la espada del conquistador, y anudarlo con la fibra mestiza que nace del choque de dos razas, superando la tradición colonialista dominante con un nuevo sentido reivindicatorio de la autoctonía, que aun vencida y sometida por tres siglos, resurge hoy indómita sobre los viejos nódulos vitales.

Conquista, en América, no es victoria de unos contra derrota de otros. Es la beligerancia de dos que se resuelve en la hegemonía de un tercero. El americano del sur, el hombre de 1980, dice: ni España solamente, ni sólo el signo autóctono. Del surco indio y de la siembra hispana, la gran trinidad armoniosa: indo-hispana-mestiza. Tres como uno.

CAPITULO VII

LA COLONIA

Crítica de la organización social en los Virreinos.— Humanismo colonial.— Tarea constructora de la Iglesia: los P. Acosta, Barba. Calancha y Bertonio.— El arte colonial y su polifonía estilística.— Los "Comentarios reales" del rapsoda Garcilaso.—

Del humanismo colonial arranca la moderna cultura boliviana. Lengua, espíritu, formas expresivas, nos vienen del hispano. Tan estudiado y escoliado está el proceso, que no parece necesario extenderse sobre esa doble corriente plasmadora: de las fuentes andinas nos viene la intuición del suelo y de la raza, pero a la Colonia debemos la formación de esa conciencia ética, jurídica y política que hizo posible la República. Como toda cultura brota de la pugna de dos fuerzas opuestas, la americanidad naciente arranca del choque de la mentalidad colonial con el sentimiento indianista. La herencia colonial viene transida de pasión y acción constructiva. Por ello tenemos religión sublime, instituciones civiles, artes y baluartes en vigencia. Bien mirado, nuestra democracia republicana es hija del absolutismo colonial; la guerra emancipadora, en cierto modo fué una guerra civil. Y quien no advierta la continuidad histórica entre el criollo sometido del siglo XVII y el boliviano libre y turbulento del siglo XIX, ignora el fondo del proceso humano que gestó la nacionalidad. Si la Conquista se presenta en nuestras letras aun como posibilidad, porque no ha sido estudiada con la magnitud que el tema requería, la Colonia es ya manifestación concreta y duradera.

Tan evidente es el hecho colonial, que aun sus denostadores reconocen que si América "nació barroca, retorcida, cuajada de expresiones dilatorias, rodeos y alambicamiento" —como afirma el sagaz crítico peruano Luís Alberto Sánchez—, tampoco se puede negar que nos legó una literatura jurídica, histórico-moralizante y descriptiva, en torno a la cual se vertebra el estudio del pasado y del presente del nuevo mundo.

La República es, pues, hija legítima del Coloniaje, con todas las virtudes, y defectos del progenitor.

Sensiblemente, el proceso colonial no ha sido estudiado con lente de verdad, sino con cristales pasionales. Madariaga, por ejemplo, sólo utiliza —y a veces capciosamente— la documentación que resalte la ejemplaridad del genio español; Lara y Montenegro, bolivianos, responden a la subestimación del peninsular con el rencor que se

respira en muchas de sus páginas. Ni aquél entiende a América ni éstos a España. Aun respetando el amor terruñero del juzgador, a la Colonia hay que acercarse con serenidad de humanista, poniendo en la balanza lo bueno y lo malo de un régimen social que duró tres siglos.

El primer reparo al colonialismo hispano es, sin duda, su dureza política, su falta de sensibilidad humana por lo que toca a las multitudes que conquista. Viene luego la organización de la sociedad en un sistema de castas, pues por mucho que el conquistador cruce sangre con las mujeres indias, sus descendientes no podrán salir de la inferior condición de mestizos: la pirámide opresiva de la explotación colonial se constituye entonces así: en la base la gran línea de sustentación de las masas indias, que la mita, la encomienda y otras formas de injusticia social mantienen en miseria e ignorancia rayanas en la esclavitud; a un lado, las muchedumbres mestizas, sobresaliendo apenas de las anteriores, sometidas a rudos trabajos y sin ningún horizonte de progreso; al otro, las multitudes criollas, o sean los hijos de españoles nacidos en suelo americano, con escasos derechos que rara vez les permiten escalar situaciones secundarias en la escala social; y en la cima una orgullosa minoría de españoles peninsulares, egoístas, mandones, altaneros, que a despecho de la previsión y el cristianismo práctico de la metrópoli, gobiernan y disfrutan con despótico sentido de clase dominante, sordos a la angustia colectiva, cerrando los ojos al despojo de tierras que ley prohíbe, regalándose con los frutos de una economía de explotación que sólo produce para el rey o para el conquistador.

Una obra de verdadero estadista como la del virrey Toledo, es sólo excepción; hizo mucho y bueno, pero esa acción sagaz, como la de otros contados funcionarios coloniales, debió perderse en el torrente desatado de las pasiones. Por mirar al pasado y no al futuro, por el soplo feudal excluyente, autoritario, que sacude sus instituciones y sus hábitos, la Colonia tenía que aniquilarse políticamente para dejarnos sólo su inmenso legado cultural.

Frente a los privilegios y abusos de guerreros, funcionarios y encomenderos, está lo otro, la parte noble del sistema colonial: ese idealismo moral de la Corona y los tratadistas peninsulares; ese pensamiento pedagógico de los misioneros en pos de trato justo para

todos, a través de sueños de reforma social y mejora económica para el nativo. Se esforzaron los españoles por explorar el alma india, lográndolo relativamente, debido a los prejuicios de su tiempo. Impulsaron una vigorosa artesanía, mas no captaron la realidad rural e indígena del continente. Un humanismo jesuítico y franciscano, pone su nota de frescura en la voluntad barroca de enrevesamiento y extravagante exageración, en la forma engolada y ostentosa que dominan la época. ¿Dónde no alcanza la fiera planta conquistadora? Humillaron la geografía y señorearon paisajes y pueblos; y en todas partes levantaron templos, trazaron calles y plazas, crearon un cuerpo civil e instituciones, manifestaron en las letras y en las artes su inquietud civilizadora. La empresa fundacional es admirable, si se la mide en el marco titánico de las dificultades físicas, de los escasísimos recursos, de la tremenda energía humana desarrollada. Hubo colonizadores más precavidos, que organizaron menor sus conquistas, con miras a un seguro proceso mercantil, como ingleses y holandeses, pero más intrépidos que los hispanos no. Porque el español en América es el hechor de su proeza; descubridor, conquistador, inventor a un mismo tiempo. Fundadores de pueblos, padres de naciones, les debe el continente la mayor proeza de osadía y de energía que guarda la memoria histórica.

La Iglesia Católica juega rol preponderante en la formación del mundo colonial. Agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos, son los auténticos creadores de nuestra cultura criolla. Sacerdotes y frailes hacen más que guerreros y políticos; un ejército de misioneros se esparce por la América Meridional, ansioso de rescatar almas para el Cristo y organizar comunidades de paz y de justicia.

El indio tiene en el misionero un defensor aguerrido, que es, simultáneamente, un espíritu científico, anheloso de aprender y de enseñar, un administrador intuitivo, de esos que hacen nación sin proponérselo. Las Casas y Motolinía son sólo dos cimas —y no aisladas— de esas cordilleras de caridad y de paciencia con que la Iglesia contribuye a la organización social del Nuevo Mundo. ¿No fueron los jesuitas un orbe ajustado en lo político, económico y cultural, dentro del mundo mayor de la Colonia? ¡Estudad la ruta de los misioneros! Suele dar sorpresas equiparables con el surco guerrero o la huella del explorador. En el Alto Perú, esos misioneros de Moxos y Chiquitos, por ejemplo, profundos captos de la realidad

indígena, lejos de distribuirla la asimilan y procuran adecuarla a la verdad cristiana, tendiendo al mejoramiento ético y económico del nativo, aunque dentro de rigurosa disciplina. Por eso el fraile resulta el mejor gobernador civil de América; el fraile, el misionero colonial, no el cura populachero y no siempre austero que florecerá después en la provincia republicana. Al soplo evangélico surgen poblaciones, comunidades de trabajo, que fueron modelo de sagacidad ordenadora.

Si las nacionalidades sudamericanas germinan ya en potencia durante el régimen de la Colonia, es justo dar a la Cruz lo que hasta hoy oscurecía el fulgor de la Espada. Esa inmensa tarea constructora de la Iglesia, cuyos obreros se cuentan por millares y cuyos capitanes por centenas, descuella por igual en la organización civil y en la formación del humanismo colonial.

Los PP. Acosta, Calancha, Barba, Bertonio.—para no hablar sino de cuatro de los ingenios coloniales más próximos a nosotros— hacen gala de un conocimiento, de una comprensión del suelo y del hombre americanos, que no los tienen hoy, en relación a las facilidades técnicas, de transporte, e información libresco, los espíritus mejor informados. ¿Qué son la **Historia Natural y Moral de las Indias**, la **Crónica Moralizadora**, **El arte de los metales** y el **Vocabulario Aimára**? Expresiones de un humanismo conventual y misionil de gran estilo. Si los frailes del medioevo occidental salvan los textos greco-latinos de la avalancha bárbara, los cronistas coloniales de convento rescatan de los escombros de la Conquista el pasado autóctono, aunque oscuro, fragmentado, al tiempo que ordenan y recogen información inédita acerca de la geografía física y espiritual de las comarcas americanas. No existiendo una mitografía autóctona, inexplorada la prehistoria continental, el pensamiento nativo, en su aceptación tradicional, científica, de alto linaje literario, hay que buscarlo en los cronistas religiosos de tres siglos, que no escatimaron esfuerzo para acercar un mundo virgen a la comprensión civilizada.

El P. Joseph de Acosta es, para los bolivianos, el primer escritor colonial. Fue llamado el "Plinio" del nuevo mundo por la universidad de sus conocimientos. Conoció La Paz, Chuquisaca, Potosí. Aprendió la lengua aimára y defendió con celo cristiano el derecho de nativo para vivir dentro de sus propios fueros. Su notabilísima **Historia Natural y Moral de las Indias**, portento de ingenio y observación que abarca el

estudio de muchas regiones y culturas prehistóricas, especialmente México y el Perú, nos toca de cerca, pues Acosta ha dedicado sabios capítulos a "la tierra del Pirú que es extraña entre todas"; a las provincias de los Charcas y los Kollas, donde hay "cerros asperísimos y de gran riqueza de minas, que en ninguna parte del mundo las hay ni ha habido mayores ni tales"; de las riquezas y maravillas del Potosí; de las costumbres gobiernos de los Incas; y de tantas otras cosas como "la gran laguna que llaman Titikaka". Habla de "Virakocha", de las ruinas de Tiahuanaco, y al conocer las hermosas leyendas nativas agrega: "más parecen sueños lo que estos indios refieren de su origen, que historias".

Su saber es mucho dentro del cuadro de su época. Su estilo, noble y levantado. Su espíritu, rico de información, anheloso de enseñar y sugerir. Su pluma se baña en las más puras fuentes del humanismo cristiano, todo piedad, curiosidad científica, embellecido por el don de creación intelectual. Y si se admite en bella literatura el paralelo simbólico en materias de estética, diremos que la **Historia Natural y Moral de la Indias**, del P. Acosta, es, como la **Misa de Gloria**, de Vivaldi, un orbe fulgurante de luz y de armonía. Esa inmensa explosión coral que sobre el claroscuro de la orquesta y los solistas exalta la grandeza jubilosa y el dolor de acercarse al mundo de Dios, Nuestro Señor.

El P. Alonso Barba, andaluz que pasó la mayor parte de su vida en el Alto Perú, compuso en Potosí su famoso **Arte de los metales**, reliquia de la literatura científica mundial, al decir de un crítico, pues resume y clasifica los conocimientos técnicos de metalurgia de su época. Libro "boliviano por excelencia", ya que trata de la fuente primordial de nuestra economía, ha prestado positivos servicios a la minería nacional, y a más de su valor didáctico que le da rango de obra maestra en su género, tiene el mérito de ser una de las pocas producciones científicas del país.

La influencia neoclásica y escolástica que campea en la literatura colonial resalta en sus más destacados escritores. Así en Fr. Diego de Mendoza, autor de una **Crónica de los Charcas**; en el agustino Alonso Ramos Gavilán, que compuso la **Historia de Copacabana**; en el franciscano Fr. Bernardino de Cárdenas, célebre altoperuano, a cuya vida rica en intensidad y contenido humano alude Augusto

Guzmán en su excelente biografía **El Kolla Mitrado**. Fué Cárdenas polemista, orador sagrado, misionero, obispo del Paraguay. Sus dos mejores obras —que las tuvo muchas y de buen calibre— son el **Memorial de cosas del Perú** y el **Manifiesto de Indios**, manteniéndose en la gran tradición cristiana y jurídica de los humanistas españoles.

Fr. Antonio de la Calancha, nacido en Chuquisaca, debe considerarse, según anota certeramente Finot, como la figura más sobresaliente de las letras nacionales durante el período colonial. Si Acosta le supera en la arquitectura constructiva y en el clásico decir, no se olvide que Calancha no tiene el respaldo formidable de la cultura occidental: todo lo aprendió y utilizó por sí. Es el primer autodidacto alto peruano.

En Calancha se subliman y concentran las virtudes y los vicios del barroco colonial. Su **Coronica moralizada**, libro singularísimo donde narra la tarea de los agustinos en los dos Perús. Anuncia la aparición del humanista americano. Acosta pertenece a España y a las Indias; Calancha es íntegramente nuestro. Describe el paisaje físico, las razas y costumbres, con gran penetración de juicio. Aunque su formación intelectual es renacentista, gongórica y españolizante, animada toda ella por el soplo teológico y moralizador, el agustino desemboca casi siempre por el sentimiento en la posición indianista. Ha sido, en frase feliz de Otero, el precursor del nacionalismo espiritual boliviano. Se le acusó de retórico y bizantino, censurando sus excesos milagrosos y moralizadores, sus largas disertaciones, lo retorcido y enfático del estilo, ¿mas no eran éstos los vicios de la época? Calancha analiza agudamente el tema, narra con destreza, está henchido de ternura por el motivo autóctono, se atreve a satirizar al peninsular y a la defender al nativo. Su obra no es sólo un conocimiento directo de las cosas del Gran Perú, sino un tratado erudito de impresiones variadas, el parecer de un artista, fuertemente herido por la hermosura del paisaje y la novedad de su poblador.

Aceptamos sus yerros y defectos, a veces el estilo culterano y bachilleresco, pero rechazamos el juicio demasiado severo y Menéndez Pelayo, que no conoció toda la obra del gran agustino o la miró de segunda mano: Calancha no es "un decadente, barroco e intemperante, que sólo en ocasiones tiene frases felices". Es, a la inversa, todo un prosista, que si no se libra del período largo,

acompañado, grandilocuente, hundiéndose en las dilaciones y afectaciones de la estilística de su tiempo — defectos a los que no se sustrajeron ingenios mayores como Quevedo y Gracián—, se rescata del pecado de afectaciones por la frescura del sentimiento y la delicadeza de las imágenes. Sus cortas líneas acerca de la leyenda de "Thunupa", son de rara belleza y sugestión.

Poeta, pensador, viajero y moralista, el insigne agustino empuña con mano firme el cetro de nuestra literatura colonial.

El **Vocabulario Aimára**, del P. Bertonio, impreso 1612, es un tesoro histórico-lingüístico que no ha sido aún bien aprovechado. Lo mismo se puede afirmar de las diversas ediciones de su **Arte y Gramática e la lengua aimára**.

Políticamente, la Colonia en el Alto-Perú comienza con la creación de la Audiencia de Charcas. Ese es el nudo de nuestro proceso histórico, económico y social. La riqueza argentífera iba en parte a España y en parte la dilapidaban guerreros y señores sin beneficio para el pueblo americano. La riqueza rural, en un 80 por 100, al comenzar el siglo XIX, sufría el control eclesiástico, perdido ya el sentido misionil de los siglos anteriores. Ciertamente Charcas nos deja un patrimonio jurídico, artístico e intelectual de primer orden, pero eso no impide advertir la injusticia económica y el retraso social que impusieron los colonizadores hispanos. Escasa era la difusión de la enseñanza pública, circulaban pocos libros y sólo para señores o criollos por excepción. No se enseñó español al indio, acaso porque su ignorancia lo convertía en fácil instrumento de dominio. Comercio e industria fueron privilegio de peninsulares y sólo favor especial para criollos muy allegados. No obstante, el genio emprendedor y organizador del hispano, prosigue rescatando almas, fundando ciudades, explorando el ámbito geográfico, ansioso de dar unidad política y espiritual al hecho colonizador.

España es grande y fecunda en creaciones del espíritu. Aparte de famosas universidades y numerosas órdenes religiosas y monásticas que influyen en la formación de la cultura colonial, nos lega la célebre Academia Carolina, anexa a la Universidad de San Francisco Xavier, de Chuquisaca, que se convertirá en la matriz emancipadora, de donde salen los tribunales y rebeldes letrados de la independencia.

Notables templos, iglesias y edificios públicos embellecen las ciudades. Leyes e instituciones civiles, aunque hoy nos parezcan imperfectas, cumplieron en el marco colonial función reguladora sustantiva. La extensa literatura que debemos a los cronistas laicos y de convento, sobre la Conquista y las civilizaciones autóctonas que encontraron; los excelentes libros que nos quedan de los escritores coloniales, y las variadas y bellas expresiones de un arte popular que se mantiene vigente en tres siglos, permiten hablar de una cultura colonial perfectamente definida, cuyos cánones se prolongan los primeros tiempos de la República.

Correspondiendo lo político y social más a un estudio de carácter histórico, toquemos el tema estético, madera en la que arden y se consumen los pueblos creadores como el español.

El arte colonial es polifónico: barroco hispano, rigorismo objetivo del indio, energía mestiza. Entre el dinamismo desatado, la voluntad de enrevesamiento y la pompa del conquistador, y la pasión geométrica y sobria del nativo, pone el mestizo su voluntad actuante, a veces tosca, desmañada, certera y resaltante a veces. Este arte compuesto, hacer de varios que se resuelve en uno, es siempre una fabricación plural, un conflicto entre la sobriedad indígena y la riqueza del hispano; y al cabo el genio mestizo, toda vitalidad, desorden, repentista, regido más por impulsos sorpresivos que por cánones estéticos, impone su sello arbitrario al conjunto. La arquitectura civil y religiosa de la Colonia revela esa lucha patética de pasiones y estilos seculares, que no termina en supremacía parcial, sino en influencias contrapuestas y variables, donde cada tono se eleva un punto para descender otro, ligándose y confundiéndose con los restantes en diversa proporción. Es lo que hace exclamar al crítico avizor, refiriéndose a la célebre portada de San Lorenzo de Potosí: "Es genuinamente plateresca-española. ¡Pero qué interpretación tan india en aquella profusión de adornos, en aquello del dibujo, en lo oscuro de la composición!".

La Catedral de Chuquisaca, la Casa de Moneda en Potosí, San Francisco de La Paz, no son creación exclusivamente hispana. ¿Quién distingue claramente las modalidades plateresca, mudéjar y barroca? Muchas veces, en América, el gran barroco occidental se atempera y simplifica en un barroco indiano, saturado de estilizaciones y motivos simbólicos de la flora y la fauna autóctonas. En su imponente

estructura, en sus bóvedas sombrías, en sus muros frontales, en sus altas columnas, en sus motivaciones decorativas, fluctúan en la iglesia colonial el barroco español disparado al infinito, la rigidez del Incanato, la voluntad atorbellinada y no siempre de buen gusto del mestizo.

Condori, el indo-mestizo que esculpe las "indiátides" en el frontispicio de San Lorenzo, ¿no es vivo ejemplo del barroco indiano, mitad dinámico y tortuoso, mitad geométrico y severo, equilibrado por la difícil sucesión de líneas y motivos desiguales?

Por donde vaya la mirada se observa lo mismo. Osado será el investigador que atribuya, por ejemplo, la parte que corresponde al tallista peninsular y la que pertenece al artesano indígena en las maravillosas tallas de La Merced, de Chuquisaca. Artes mobiliarias e industriales corren por parejo cauce: artesonados, establos, sillas, mesas, camas, vargueños, arcones, armarios, oro, plata, hierro, telas, joyas, imágenes, todos los objetos de uso público o privado reflejan la triple vibración indo-hispano-mestiza. La pintura de estilo, a su vez, ostenta la huella del mismo proceso metamórfico: pugnar de fuerzas contrarias que se atraen, se repelen y combinan a porfía. Línea, color, composición, matices, todo se ajusta con desigual reparto, según predominó mente y mano peninsular, indígena o criolla. Aun el tema religioso viene complementado por motivaciones locales; y en los lienzos coloniales, como en sus magníficos cuadros tallados, las tres razas afirman su genio conceptor y constructor.

Este arte americano, de triple raíz étnica y psicológica, alcanza una fusión de estilos y sensibilidades que no abunda en la historia de las artes. En un cuadro, en una escultura, en sólo un mueble o un antifonario, discurren la voluntad dramática y enérgica del español, la voluntad ingenua, lozana, simétrica del indio, la voluntad crispada, desconcertante del mestizo. Cada obra individual es un orbe compuesto, provenga o no de un solo artífice, por una ley simbiótica de plurales causas y sutiles efectos de contrastes, que pesa en la conciencia y en la mano del artista. El juego estilístico de la Colonia se desenvuelve entre la improvisación y la sorpresa.

¿Quién establece lo puramente hispano, lo puramente indígena, lo puramente mestizo en Melchor Pérez de Holguín, en el Tintico, en aquel Gumiel de quien René Moreno decía que "por el encarne de sus

figuras y retratos Rafael mismo no le desdeñaría?". Hijo de españoles, indio puro y mestizo, todos tres dan nueva expresión a la pintura religiosa, creando ese barroco-indiano (réplica más que dúplica del barroco occidental) que aún desconcierta a la crítica por la tensión de sus problemas y la extrema vitalidad con que se expresan.

Lo mismo puede afirmarse de Tito Yupanqui, el que talló la imagen de Nuestra Señora de Copacabana; de Condori en la portada de San Lorenzo de Potosí; de tantos artistas ignorados, criollos, mestizos y aborígenes, que hicieron templos, pintaron, esculpieron, tallaron altares y muebles, repujaron y cincelaron metales, como los prestigiosos plateros de Charcas y del Potosí.

Admitimos que los alarifes y canteros, los pintores y escultores, los tallistas y orfebres coloniales no alcanzan la perfección matemática y armónica del arte europeo. Esa es, precisamente, su virtud: la espontaneidad de sus manifestaciones estilísticas, la riqueza vital, desordenada de sus líneas direccionales, el tumulto interno que apresura y doblega la mano del artífice. La fuerza del arte americano es su debilidad. Por eso el mestizo se mirará siempre en el espejo de sus creaciones estéticas, donde un alma virgen, naciente, pugna por el ajuste y renacimiento de dos culturas ancestrales. Habrá cosas más bellas; no las hay más cargadas de significación y humanidad que el arte mestizo. La inocencia de ojo del indio choca con la malicia de ojo del hispano, y del impacto surge el estupor de ojo del mestizo, que nunca se sabe bien cuándo codicia y cuándo se abandona en la contemplación y reproducción del mundo.

Lo mestizo es una fábrica intelectual de elementos yuxtapuestos; y quien no repare en el cruce de sus líneas, jamás comprenderá del todo la psique americana, trágicamente dividida, patéticamente reintegrada dentro de sí misma.

Para entrar al estudio de los escritores coloniales, formulemos dos observaciones de carácter general. La primera, que mucho es lo perdido en la inmensa producción escrita de aquel tiempo, y mucho lo que aún duerme en los archivos de América y de España. Baste dar dos casos: el de la famosa historia perdida del P. Blas Valera, citado frecuentemente por varios cronistas por su mucho saber de las cosas autóctonas; y el de aquel Fr. Juan de Caxica, doctrinero de Pucarani,

que al decir de Calancha "escribió más libros que otro del mundo, siendo cada uno un tesoro", obras que parecen definitivamente extraviadas. La segunda, que los cronistas coloniales —excepción de Acosta, Cieza de León, Garcilaso y algún otro— son muy densos, recargados, escriben en castellano arcaico, y su difícil lectura hace penosa la investigación del que se acerca a sus páginas. Recién en los últimos años, en España, México y Sudamérica, se viene imprimiendo versiones modernizadas y críticas que hacen más accesibles ese estudio al investigador.

Pertencen al patrimonio cultural de la Colonia la legión de cronistas laicos y de convento mencionados en páginas anteriores. Ya nos hemos referido a Cieza de León y a los PP. Acosta, Calancha y Cárdenas, que se ocuparon con notorio acierto del Alto Perú; mas como éste y el Bajo Perú, en lo prehistórico se conocen por el común denominador del Gran Perú, o sea los territorios que hoy ocupan las Repúblicas de Bolivia y del Perú, es lícito que incorporemos a nuestras letras al gran mestizo Garcilaso Inca de la Vega.

Dos obras monumentales, en estructura analítica y en primores del estilo, ha dejado el insigne escritor: los célebres **Comentarios reales de los Incas**, que abarcan todo el progreso histórico, social y político del Incanato; la **Historia general del Perú** en los primeros tiempos de la Conquista, incluyendo un cuadro magistral de las guerras civiles entre conquistadores. Libros clásicos ambos, que no requieren mayor comentario, por ser sobradamente conocidos en el continente.

Cierto que muchos historiadores aconsejan cernir las obras de Garcilaso por un tamiz muy fino, alegando que no existe probanza de sus cuadros idílicos de la sociedad incaica ni de varios de los hechos que atribuye a sus monarcas. Contestaremos que aunque el cronista indo-hispano hubiese "fabricado" historia en ciertos pasajes, arrastrado por el don poético y el amor al suelo nativo, el cuadro general de su relato es verídico. No es "un poeta en prosa" como taimadamente se ha dicho, sino un historiador de su época, dotado del instinto ancestral para reconstruir el pasado y de una facilidad de exposición que admiran aun sus detractores. Garcilaso da las líneas capitales del Incaico, les insufla vida, coordina diestramente hechos y figuras descollantes, y es, como asevera Riva Agüero, el historiador con alma

de poeta, que al dar las verdades generales de la materia en estudio, "yerra en lo accesorio pero salva y traduce lo esencial".

Afirmase que Garcilaso bebió en las fuentes puras de la tradición oral indígena, como también que aprovechó los extraviados libros del P. Valera. Mas un hecho resalta indiscutible: el gran mestizo es el primer hombre de letras genuinamente americano, y su obra, por la majestad de la construcción, por la unidad de fondo y forma, por la belleza del estilo —estilo claro y suelto, de ritmo lento y fluvial, que domina todas las gradaciones de la descripción y del sentimiento— lo califica como uno de los mejores ingenios de la Colonia, que resiste victoriosamente los embates de la crítica y del tiempo.

¡Dulce y dolorido Inca Garcilaso de la Vega: sin ti no habría proeza quéchua ni rapsodia incal!

Y descontando el valor testimonial de su relato histórico, le debemos la delicia escondida de esa ternura india que parece brotar de la tierra misma, esas transcripciones líricas del paisaje americano, esa finísima intuición del suelo y de la raza con que a cada instante regala el entendimiento del lector. "Trocósenos el reinar en vasallaje". Es todo el proceso social. "Coropuna: donde hay una hermosísima y eminentísima pirámide de nieve". Es todo el paisaje andino. "El gobierno de los Incas, tan político y digno de loor, que trataron tan benignamente a los suyos". Es toda la posición indianista. "A los hijos de indio y español, o de español y de india, nos llaman "mestizos", por decir que somos mezclados de ambas naciones me lo llamo yo a boca llena y hónrome de este nombre". Es el sentimiento americano que despunta en el cantor de la epopeya autóctona.

Tuvo, pues, razón el crítico peninsular que le nombra como el mayor prosista de la literatura colonial, porque nadie caló tan hondo en la conciencia americana, acercándonos la magia rediviva del orbe indio. Garcilaso debiera ser leído en las escuelas, para despertar en el niño el amor terruñero del pasado.

Conforme acrezca y se ensanche el estudio de nuestro acervo colonial, surgirán ingenios y valores nuevos, para demostrar que no sólo cronistas e historiadores dió la dominación española. Señalemos algunos, entre los ya conocidos.

Juan de Matienzo, citado por Finot, autor de **Gobierno del Perú**, libro muy consultado por los eruditos. Fué notable oidor de la Audiencia de Charcas, sobresaliendo como jurista y escritor.

Gaspar de Escalona y Agüero, nacido en Chuquisaca, abogado y hacendista, descuella por su **Gazophilacium**, nutrido tratado de conocimientos sobre el sistema económico-legal de recaudar rentas, y otros aspectos hacendarios que indirectamente informan de las costumbres de la época.

Antonio de León Pinelo, aunque español de nacimiento, vivió algunos años en Potosí, Chuquisaca y Oruro. Compuso una historia de Chile, abundante en informaciones sobre el Alto Perú, y **El Paraíso en el Nuevo Mundo**, libro singular, inédito aún, donde se pretende probar que el paraíso terrenal estuvo ubicado en el oriente boliviano: concretamente en Santa Cruz.

Potosí mantiene el cetro de nuestra literatura colonial. Abunda en buenos escritores, pero el mayor caudal de esa rica producción se halla inédito, perdido en archivos y manuscritos, por falta de una corriente bibliográfica bien encauzada que los saque a luz.

Si la cultura jurídica y humanista de Charcas forma los doctores, sacerdotes, oradores sagrados y tribunales que dan lustre a la mentalidad colonial, el Potosí legendario de las entrañas de plata, que fué vértice nuclear del régimen hispano, es el centro temático de la literatura de tres siglos. Mucho es lo que tomaron extranjeros como Palma, Quesada y otros de los anales y crónicas de la ilustre Villa Imperial; hubo lo que aún permanece ignorado por falta de publicidad. Baste señalar que solamente como autores de historia y cronista — impresos unos e inéditos otros— están: Antonio de Acosta, Juan Pasquier, Pedro Méndez, Juan de Medina, Bartolomé de Dueñas, Pedro Vicente Cañete, los dos Arsanz y Vela.

De esa extensa y variada literatura del Potosí colonial, que servirá más tarde para constituir la escuela tradicionalista de los Jaimes, Omiste y Aguirre, hay que destacar dos obras primordiales, ambas debidas a la pluma fecunda de Nicolás Martínez Arsanz y Vela: **Historia de la Villa Imperial de Potosí** y **Anales de la Villa Imperial de Potosí**. La

historia literaria conserva el nombre de "Martínez Vela" para referirse al primer historiador y cronista de Potosí; y aunque los eruditos siguen disputando si fué Nicolás o Bartolomé el autor de ambos libros, diremos, simplemente, Arsanz y Vela, el cronista mayor de la Villa Imperial.

En los **Anales**, el autor da una "visión periodística" del mundo potosino. Es —como apunta Otero— la biografía social, política, económica y romancesca de la villa fabulosa, cuyo prestigio resuena todavía en los oídos: "¡Vale un Potosí!". Y la vida colonial cunde en sus páginas, hervorosa, sensacionalista, monótono, escueto, como si sólo se tratara de apuntar el hecho, mezclando historia y política, economía y comercio, artes y anécdotas personales; perfilando sucesos milagrosos, las pependencias de Vicuñas y Vascongados, la enumeración de las fortunas y el descalabro de los ricos. Detrás del relato cronológico, como emboscada en finas ironías, despunta a veces la crítica temerosa frente al espíritu escolástico y riguroso de la Colonia: análisis de costumbres como al vuelo, para no herir en demasía el rígido orgullo de los que mandan. Con ser grande su valor histórico y de información documental, los **Anales de la Villa Imperial de Potosí** es obra de corto linaje literario.

Muy superior, en todo sentido, por lo macizo de la concepción y la galanura del relato, es la **Historia de la Villa Imperial de Potosí**, donde Bartolomé Orsúa Arsanz y Vela pone lo mejor de su ingenio. Esta crónica que, según la subtitula su autor, se ocupa de las "Riquezas incomparables de su famoso cerro, Grandezas de su magnánima población. Sus guerras civiles y Hechos memorables", debe considerarse libro clásico en las letras nacionales, y es en verdad espejo fiel del mundo colonial. Porque aquí no están sólo los hechos, sino el espíritu que los anima y los conforma. Si los **Anales** son el recuento periodístico del pasado potosino, la **Historia** es la biografía viva, reposada y dilatada del pueblo perilustre que dió cima y estilo al Coloniaje. Aquí está Potosí —es decir, la sal del mundo colonial americano— en todo su esplendor y su miseria; rico de contrastes, encendido de tonos, con sus virtudes y sus defectos; los sabrosos sucesos de la época descubriendo a los hombres en la violencia de sus pasiones y en el modo como narran y juzgan los acontecimientos en que se ven envueltos. El Potosí mirífico de la leyenda, el Potosí fuerte y palpitante de la historia, el de mayor tensión

humana y empuje colectivo más vibrante: el Sol de Plata en la proeza colonial. El estilo seco, pesado, de los **Anales**, en la **Historia** se transforma en vena influyente y sosegada, esmaltada por imágenes y metáforas elegantes. Podrá argüirse que su lenguaje no agrada a la sensibilidad moderna, por lo recargado y barroco, pero si medimos a Orsúa Arsan y Vela dentro del marco y del gusto de su tiempo, es, sin duda, un espléndido ejemplar de la literatura de la Colonia. Basta leer esas dos páginas de loores al cerro insigne y a la célebre ciudad con que abre su libro, para apreciar la vasta erudición y el fino ingenio mental que lo distinguen. Ese canto en prosa al Cerro Rico de Potosí, "Único milagro de la naturaleza, perfecta y permanente maravilla del mundo; alegría de los mortales; monstruo de riqueza; cuerpo de tierra y alma de plata; atractivo de los hombres, imán de sus voluntades; Emperador de los Montes, Rey de los Cerros, Príncipes de todos los minerales..." y otras muchas lindezas, es un alarde de amor y de fervor expresivo pocas veces superado.

Orsúa Arsan y Vela no quiso quedar en cronista o relator de las grandezas del Potosí. Leyéndolo con detención, a poco andar se encuentra al humanista, al psicólogo, al auténtico hombre de letras, que conjuga la madurez de la sentencia con los donaires del decir. Por eso decimos que la **Historia de la Villa Imperial de Potosí** es obra de clásica sustancia, de forma, de mensaje trascendente en lo social y en lo estético.

Dice Arsan y Vela que existieron tres ingenios poéticos en el Potosí colonial: Velázquez y Guilléstegui, autores de sendas historias de la ciudad ilustre, en verso, obras desconocidas; y Juan Sobrino, del cual sólo quedan algunos versos de mediana factura.

Es justo mencionar al paraguayo Pedro Vicente Cañete, brillante publicista colonial, autor de una **Guía histórica de Potosí**, cuya próxima publicación se anuncia; de una **Historia de Potosí**, aún inédita, de la cual afirman sus escasos conocedores que es realmente valiosa, y de numerosos escritos jurídicos y políticos estimados por los estudiosos. Su vida política, de tenaz opositor a la idea emancipadora, lo ha hecho odioso al sentimiento americano. Acaso ello ha contribuido a la escasa difusión de su obra. Las **Crónicas potosinas** del argentino Vicente G. Quesada, compuestas en forma narrativa y sencilla, bebieron en los tradicionalistas potosinos de la Colonia. Ya

que no el patrimonio literario, tenemos sobre ellas un título de paternidad espiritual.

El sello colonial configura todavía la vida provinciana y fronteriza en América. Por los poblados del Ande, y en las aldeas vallunas, en los bosques tropicales, en las riberas de los grandes ríos, la vida transcurre, gira en torno al templo, la plaza, la casa municipal que erigieron los colonizadores; trazo hispano, mano india, vigencia insospechada del mestizo. Casi no existe mina que no hubiese sido rastreada o explotada por el español. Lugares hay —sin ser todos ni tan pocos— donde la vida parece discurrir en pleno coloniaje; todo quieto, lentísimo, con honda persistencia de costumbres. Para el mirar moderno, almas como sombras, sombras de almas.

Gabriel René Moreno tiene una frase preciosa para retratar la desigualdad social de la época: "¡Y ay de aquel que no fuera blanco de pura raza! Pues ése sólo y sólo ése debía trabajar y a sus horas divertirse, mientras que los demás debían divertirse y ociarse al modo de señores nacidos para eso únicamente". Con todo, por mucho que haya criticable en el abuso, en el privilegio, en el desorden económico del hispano, que malbarató el presente y descuidó el provenir, nadie puede ignorar la sólida siembra civilizadora que dejó en tres centurias de dominio político. Siembra material y espiritual, que se refleja lo mismo en las formas arquitectónicas que en todas las manifestaciones del saber y el expresar.

Charcas es el molde colonial con vigencia continental en todo lo que atañe a las ideas y al humanismo de la época. Potosí es la ciudad arquetípica, donde culminan el esfuerzo del trabajo y las artes en maravillosa floración, dando fisonomía propia a una cultura mestiza de gran estilo.

La iglesia colonial —para no hablar sino de uno de los muchos instrumentos creadores de esa cultura—, cifra y síntesis de la vida poblana, sigue concentrando en sus naves la emoción popular. ¿No la vemos emerger como un barco armonioso, cuando viajamos por el mar petrificado del altiplano? Desde la lejanía parece dominarlo todo. Ya dentro del pueblo o de la aldea, verificamos que, efectivamente, es la raíz, el polen del acontecer rural. El templo colonial, grande o pequeño, levantado, enriquecido por el celo amoroso de tres razas, es

el símbolo de la vida americana, que no se organizó sobre principios utilitarios y de expansión, sino por la piedad cristiana que lo reconoce y avalora todo, aunque venga transido de confusión y de indolencia. Por sólo esa siembra de bondad, por habernos legado una fe, una lengua, una cultura idealista y generosa, que supera sus yerros con la confesión de sus faltas, convirtiendo la debilidad en fuerza y la esperanza en redención, la Colonia es la levadura del gran mestizaje americano.

Pertenece también a ella Guamán Poma de Ayala, el indio genial que compuso la **Primer nueva coronica y buen gobierno**, publicada y anotada por el profesor Posnansky en 1944. Afírmase que su autor, nieto del gran Túpac-Inca-Yupanqui, escribió su manuscrito entre 1584 y 1614. Al decir de Posnansky, hay que considerar a Poma de Ayala como el primer americanista del continente, pues en su obra se aúnan el sociólogo, el etnógrafo, el historiador y el folklorista. Sensiblemente, el manuscrito ha sido publicado en su versión original, en un español tan arcaico, que en materia de ortografía y puntuación hace padecer al lector, siendo casi ilegible para quien no tenga amor al tema.

El libro describe la grandeza y orígenes de los Incas, en contraste con los sufrimientos y miserias que les depara la Colonia. Agudo observador, crítico mordaz y muy libre de lenguaje, Poma de Ayala relata documentadamente todo cuanto sabe del pasado incaico y todo lo que capta su mirada zahorí en el mundo que lo rodea. Ilustran el copioso texto dibujos de su propia mano, de ingenua plasticidad, pero cargados de intención satírica, que avaloran notablemente la obra. Tiene noticias muy sugestivas sobre tradiciones, genealogía y costumbres de los Incas, siendo a la vez una pintura, en parte realista, en parte corrosiva y exagerada, del sistema colonial. Mientras no se haga un estudio científico del manuscrito original para verterlo en español moderno y accesible a todos, difícil es juzgar la calidad literaria del libro, que en la versión de Posnansky aparece de estilo muy denso, pesado y enrevesado.

Tal como lo hemos leído, Guamán Poma de Ayala sobresale como relator y crítico del Incario y de la Colonia. El literato, a primera vista, está por debajo del historiador y el sociólogo. Tal vez una depuración posterior, en lo filosófico y estilístico, favorezca al escritor. Subrayaremos, no obstante, que Poma de Ayala es uno de los

cronistas mejor informador de la Colonia y, seguramente, el que mayor novedad aporta para el estudio del mundo indio y sus padecimientos bajo la dominación hispana. Pocos vieron tan sagazmente en la psicología y en la sensibilidad de conquistadores y de conquistados, siendo reprobable su posición prevenida y rencorosa contra la Iglesia.

No es posible compendiar en un capítulo de pocas páginas el vasto, diverso y complejo mundo colonial. Los tres siglos que dura su proceso histórico —el XVI, el XVII, el XVIII— son tres ciclos perfectamente diferenciados para el investigador. La Colonia dió a la América India unidad cultural; en política, en economía, en lo social y espiritual. Es lícito que durante mucho tiempo se dijera "las naciones hispanoamericanas", porque las raíces jurídicas e históricas del Nuevo Mundo vienen de la península. Sin renegar de la progenie nativa, debemos reconocer que también somos hijos de España, criaturas de su genio y su locura, que en medio a la aventura y al riesgo de la acción, conservamos el don de exaltación de los altos valores humanos.

Los dos mejores libros sobre el proceso colonial compuestos en Bolivia son: **Los últimos días coloniales**, de Gabriel René Moreno, y **La vida social del coloniaje**, por Gustavo Adolfo Otero. El primero, obra cimera de nuestra literatura, será analizado en el próximo capítulo, y está dedicado al estudio de las postrimerías del régimen español.

La vida social del coloniaje, acaso el mejor libro salido de la fecunda pluma de Gustavo Adolfo Otero, es un notable esquema de la vida altooperuana en los siglos XVI, XVII y XVIII. Apoyado en copiosa bibliografía, Otero desenvuelve un panorama completo del acontecer colonial: raza, lengua, sociedad, familia, se analizan con la misma prolijidad que costumbres, comercio, medios de trabajo, industria y comunicaciones. Escritor erudito, de vasta cultura, el autor dedica interesantes capítulos al estudio de la psicología social, del poder del clero, de los cabildos. Y si en el cuadro general del proceso económico demuestra cabal información, descuella con mayor acierto cuando traza las líneas generales de la educación, la estética y el desarrollo de las artes plásticas y populares. Con la multiplicidad de visión del polígrafo moderno y la riqueza de matices del auténtico hombre de letras. Otero ha levantado un monumento orgánico al Coloniaje: todo

está medido, repartido armoniosamente en este libro, que denota hondo amor al tema y sabia exaltación de sus valores culturales. El capítulo —entre otros— dedicado a la religión, al factor teológico que se transforma en "la más sólida edificación social de la historia humana", es acertadísimo. El estilo se resiente de premura, y es lástima que el sociólogo de vuelo no haya querido maridar con el artista.

La vida social del coloniaje es uno de los libros sobresalientes de la bibliografía nacional.

Naturalmente, hay que discriminar cuál es el enfoque del escritor que enjuicia el mundo colonial. Moreno, por ejemplo, aun queriendo hacer crítica histórica del medio que estudia, resulta apologeta del sistema describe en su otoño caduco, porque está saturado de la mentalidad colonialista. Poma de Ayala, en cambio, rencoroso y tendencioso, carga las tintas sombrías contra el clero, acumulando censuras al régimen hispano porque es indio de alma y mestizo de condición. Solo cien años después de la emancipación, aquietadas las pasiones, será dable tropezar con un Otero que da cada cual lo suyo, sin desmedro de España ni de América, restituyendo el análisis enjuiciatorio a un clima de verdad y de equidad.

La República fué ingrata, en cierto modo, con la Colonia. Quince años de lucha violenta por la libertad agriaron almas y enconaron generaciones. Recién en la época moderna se ha comenzado a entrever la línea continua y homogénea que sigue nuestra historia: ancestro-coloniaje-democracia republicana. La Colonia es, ciertamente, el puente vital, necesario, irrenunciable, entre el mundo indio y el conquistador hispano, que chocan primero y se conjuncionan después de la vigorosa irrupción del mestizaje americano.

No es aventurado pensar que la sagacidad de futuros investigadores dará mayores y mejores frutos para recuperar nuestro acervo colonial, ignorando en gran parte, poco accesible al gusto del lector moderno, en lo ya difundido. También la Colonia está en trance de revelación para los bolivianos.

Salta, además, el nuevo planteamiento: indagar y reconstituir cuál fué el aporte de las masas indias y cuál el esfuerzo creador de la multitud

mestiza, en ese proceso cultural de tres siglos que sólo se estudia bajo lente hispana. Garcilaso y Poma de Ayala no deben ser los únicos escritores indo-mestizos: seguramente, los hay más.

¿Cómo levantó España la recia fábrica colonial? Lo mismo que el monarca autóctono la máquina del Incanato, esas construcciones líricas que arrancan la frase dolorida del cronista: "A poder de mucha gente y con grande sufrimiento en el labrar". Sabremos, pues, algún día cómo sintió y vivió esa gran marejada humana que encumbro en la cresta de su oleaje la proeza hispana.

Carlos Montenegro, en su **Nacionalismo y coloniaje**, obra de tendencia política que historia el proceso de periodismo nacional, a pesar de restaurar en parte el derecho del pueblo para juzgar y ser juzgado dentro de la génesis cultural, cae en el extremo opuesto; niega todo al hispano y a sus sucesores republicanos, como si pueblo y conductores no fueran una sola cosa: criaturas del mismo empeño, adelantadas o rezagadas unas de otras, pero siempre ligadas en la comunidad de destino. No hay pueblo sin caudillo, no hay caudillo sin pueblo. Y el mejor modo de comprender el coloniaje consiste en aceptar y unimismar la sandalia indio con la bota del conquistador; que al cabo la regia suela del mestizo cubrirá la huella de ambos y en ambos tomará su fuerza para avanzar al porvenir.

Se requieren antenas muy sutiles para captar la rica complejidad de la Colonia, que aun mantiene vigencia en nuestra historia.

Charcas o La Plata, hoy Sucre, capital de la república, fué durante el Coloniaje —como apunta agudamente René Moreno— el cerebro de la sociedad altoperuana, la señora de las provincias. "Atalaya de la administración pública, metrópoli eclesiástica del virreinato, aula consagrada de una juventud inmensa de climas apartados, palestra tumultuaria y forense de los intereses y pasiones de la sociedad civil", aún recibimos los hábitos de esa cuádruple corte eclesiástica, literaria y social: es la herencia de señorío, cultura y refinamiento, ese espíritu chuquisaqueño, sutil, inquietante, algo volteriano, inquisitivo, que ha dado los mejores tribunos, togados y jurisconsultos al país. Los "doctores de Chuquisaca" no es una frase, sino la síntesis de un hecho cultural que mantiene vigencia en la mentalidad boliviana.

El otro gran fenómeno de la Colonia, el Potosí fabuloso de los ríos de metal, tipifica la vida urbana e industrial de América en aquellos tiempos. "En Potosí nace el mundo americano", expresa con justeza Roberto Prudencio, y es indudable que historia y leyenda, comercio y sociedad, aristocracia y mestizaje, artes, y trabajo cruzan allí sus hilos intrincados, para formar la malla apretada del estilo colonial. La mayor descarga de energía dentro del medio más hostil: Potosí es un milagro de la voluntad humana. Y al recordar su pasada grandeza económica, evocamos también las luchas enconadas de los españoles en pos de gloria y poderío; el romance de Alonso de Ibáñez, capitán de los "Vicuñas", precursor de libertad; la tristeza de los mitayos agotándose en oscuros socavones. "¡Vale un Potosí!" , el dicho de circulación mundial asoma a labios bolivianos no sólo ya como símbolo de riqueza; es la verdad perdida, la voluntad de pujanza, la capacidad creadora del mundo colonial que al pie del "Sumac-Orkjo", el Cerro Hermoso, despliega la máxima tensión psicológica de un ciclo histórico.

Si Charcas y Potosí son los dos polos culturales del Coloniaje, hay que observar aún cuánto deben ciudades, provincias, aldeas, remotas fronteras a la edificación religiosa y jurídica del hispano. La huella de su paso es imborrable, lo mismo en sus aciertos que en sus yerros. Puede el sociólogo oponer serios reparos a la empresa colonizadora, olvidando que muchas de sus huellas han de atribuirse al espíritu y las costumbres de la época; pero el humanista, con lente más serena, verá siempre que España deja sangre y alma en América.

Religión más sublime no la hay. Lengua más hermosa tampoco. Tradición de señorío, de fiera rebeldía, de grandes y nobles plenitudes humanas, no las cambiaríamos por todo el utilitarismo de otras razas. La España del Cid de Alonso Quijano, de los Reyes-Santos y los frailes misioneros, vive todavía en pechos bolivianos.

La Colonia humaniza al indio, españoliza al mestizo, americaniza al ibero. Bolívar, máxima expresión del caduco mundo colonial, caudillo de la naciente americanidad, encarna y resume en toda su grandeza la triple peripecia: idealismo hispano, estoicismo autóctono, fuerza, locura y contradicción mestizas. En la cumbre del Aventino es el héroe clásico. En la cima del Chimborazo evoca la gesta cosmogónica del nativo. Pero sólo sobre el cono audaz del Potosí funde y supera los

destinos antagónicos del hombre sudamericano: es la verdad impulsiva del mestizo, que aclara y equilibra la pugna secular, bañando al indio en linfas de occidente, tiñendo al español en la emoción vernácula.

¿A qué subió don Simón al Cerro Magno? ¿Cuál es el mensaje no escrito de la ascensión al Potosí?

Es la pasión mestiza que estalla en el paisaje continental. De entonces hasta hoy — y quién sabe hasta cuándo—, excepción hecha de las grandes urbes cosmopolitas, dominará en América el hijo de dos sangres que absorbe en sólo un vaso los jugos concentrados de la acción. ¿Renegamos del mestizo, de su poca disciplina, sufrimos por su desigualdad de ánimo y de actitud? Desconfiemos más del sociólogo recalcitrante que lo condena todo; los pueblos jóvenes se forjan en la hoguera.

Bolívar se arrancó España del pecho, despedazó el mito indio, porque quiso creer en la verdad unificante de una nueva fe. Creyó en el hombre americano de ayer, de hoy, de mañana, sin exclusión de razas ni de credos. Y habiendo sido el hijo más excelso del coloniaje, no vaciló en arremeter contra el propio genitor, porque era él mismo — gran mestizo, gran tensor de fuerzas en conflicto— el padre de su hado.

La lección del Potosí no se ha entendido todavía: sube por un flanco España, por el otro la verdad autóctona. Pero allí en el vértice agresivo, donde ambas se confunden y desaparecen, vibra con latir más rápido la pasión tumultuosa del mestizo. Bolívar creyó en la raza que se fortifica en el cruce de las razas. En las almas que cuajan entre almas.

¿Por qué un ojo mira a occidente y otro ahonda en el suelo? Técnica y mito no bastan para hacer una cultura. Reconozcámonos en el cono hirviente del mestizaje, por sus paredes térmicas suben los fuegos interiores del hombre matinal de América.

Y ésta es la pedagogía moral de la ascensión al Potosí: seguirán subiendo los que amen a su tierra, los que luchen y padezcan por ella,

los que sientan el mandato de la sangre sublimando el pasado y el futuro en el deber de cada día.

La Colonia es, pues, América, no España únicamente. Hechura compuesta, se forma de tres órdenes que unimisma por igual: raíz y savia nativas, tronco y hojas del hispano, flor y frutescencia del mestizo. No hay cultura indoamericana ni arte hispano-americano. Sólo una fuerza en embrión, plural y desigual, que sólo ha dado frutos en agraz. ¿Soñamos en una cultura americana propia? Desconfiemos del señuelo folklórico y del trasplante ibérico cuando vienen con mensaje de exclusividad.

Indo-hispano-mestiza es la línea mental y emocional de Bolivia. Del indio el sentimiento telúrico, del hispano la técnica expresiva. Y al cabo el genio mestizo, con garra hercúlea y presentista, hará del choque de dos mundos la esencia y la presencia de un tercero.

CAPITULO VIII

LA INDEPENDENCIA

Causas de la emancipación política: indios y mestizos a la cabeza del movimiento altoperuano.— El arzobispo Moxó, símbolo de la cultura virreinal.— La Plata y "Los Carolinos".— Letrados, protomártires y guerrilleros.— Madariaga deforma la verdad histórica.— Gabriel René Moreno y "Los últimos días coloniales en el Alto Perú", joya bibliográfica.— Los Doctores de Chuquisaca: Olañeta, Monteagudo, Serrano.— Pazos Khanki, el sorateño.— Bolívar, primer escritor de su tiempo: Sucre, el genio moral.— Carácter ampuloso y declamatorio de la literatura emancipatoria.

El proceso emancipador ha sido visto, por lo general, con pupila europea. Se pretende atribuir la liberación política de las colonias españolas a dos hechos primordiales: revolución operada en los espíritus por los enciclopedistas y los sucesos de 1789, y el acicate a las voluntades que surgió de la invasión napoleónica a la península. Hay historiador tan erudito de información como corto de criterio, que dice: Napoleón es el verdadero libertador de la América Hispana. ¡Gran majadería! Con el Corso o sin el Corso, la monarquía española, por su propia decadencia y descomposición interna, estaba destinada a perder sus riquísimas colonias, que no eran ya sólo conquista hispana, sino un mundo nuevo, compuesto, ansioso de libertad y vida propia.

La emancipación del orbe colonial ha de verse en otra forma. Por lo que al Alto Perú toca, el proceso libertario se vertebra por una línea que va de adentro hacia fuera. Es una fuerza interior, un hecho biológico de trazo irremediable; más tarde o más temprano, debía necesariamente producirse sin alteración de sus grandes líneas político-sociales. Descontando la rebeldía de Gonzalo Pizarro, la norma histórica de la emancipación es una corriente que va engrosando con ímpetu incontenible. No la producen los de arriba, como erróneamente se cree; es fruto más bien de los de abajo. Y si en lo psicológico el sentimiento literario brota de lo hondo a lo exterior, en lo volitivo es un ascender del plano inferior a las zonas superiores. De abajo hacia arriba.

Sin mengua de la gloria de los Padres de la Patria, afirmamos que el pueblo es el verdadero Libertador de la América colonial.

Gonzalo Pizarro, el Alzado de Charcas, resume en su trágica figura el genio de pendencia y rebeldía que distingue a los iberos. Es el primer español que se levanta contra España. Claro está que a don Gonzalo, fiero conquistador del Kollasuyo y de los Charcas y Yamparaes, poco lo importaban indios y mestizos: sólo quería defender su propia gloria, su ambición desapoderada, su rica hacienda amenazada por el rey. Por ello, siendo un precursor de libertad, no podemos considerarle nuestro; pertenece a la órbita cerrada del señorío hispano cruel, voraz, insaciable de poder y de conquista. Si no hubiera sido decapitado después de Saxahuana, sus descendientes lo habrían sido también en manos de la muchedumbre indo-mestiza.

Gonzalo Pizarro, que inicia la extensa tradición de anarquía, de luchas intestinas, de arrogancia pendenciera entre conquistadores, es sólo un símbolo del dramático divisionismo hispano que se prolonga hasta nuestros días. Tampoco los sangrientos combates potosinos que pueblan de épicos clamores el ámbito colonial, llegan a nosotros, fuero con muy raras excepciones, disputas de señores y guerreros, pendencias por jerarquía y preeminencia, brotes del orgullo individual desmesurado, que en nada se compadece de las multitudes que domina.

El Alzado de Charcas y las guerras civiles entre conquistadores, son un antecedente, hasta un ejemplo de relativa influencia, pero no un hecho decisivo en el ascenso del espíritu emancipador.

Un orden lógico para seguir ese proceso deberá ajustarse al siguiente esquema:

Un gran fondo multitudinario de injusticia y descontento que fermenta de abajo hacia arriba. El pueblo indo-mestizo es el primero en acaudillar la lucha libertaria; las insurrecciones de Túpac-Amaru y de los dos Katari abren con rúbrica de sangre la epopeya emancipadora en el siglo XVIII. Alonso de Ibáñez, Calatayud, Gallardo, Pagador, son recias expresiones vitales del alma popular. En La Plata, son los cholos chuquisaqueños, al grito de "Guerra queremos, y sólo esperamos la ocasión", los que terminan por empujar a los doctores y letrados al movimiento del 25 de mayo de 1809. La Paz retoma con mayor vigor la antorcha libertaria, y el 16 de julio del mismo año, con dirección, empuje y sacrificio de criollos y mestizos, abate transitoriamente el poder hispano. Murillo y los protomártires pagan en el patíbulo el derecho de comandar al pueblo indo-mestizo. Los guerrilleros de Quince años —Arze en Cochabamba, los Padilla en Chuquisaca, Mercado y Warnes en Santa Cruz, Los Lanza en La Paz, Moto Méndez en Tarija— son todos americanos: conducen las grandes corrientes de energía del pueblo ebrio de libertad. Los doctores de Chuquisaca, los famosos "Carolinós", traducen en proclamas, alegatos y polémicas vibrantes el derecho de los americanos a vivir su propia vida. Cuando Bolívar y Sucre, después de las batallas de Junín y de Ayacucho, entran al Alto Perú, el pueblo gana el último combate y con él la autonomía política del nuevo estado. Los insignes venezolanos merecen llamarse los Padres de la Patria Boliviana; porque supieron comprender y acatar la voluntad mayoritaria de los altoperuanos.

¿Qué papel corresponde en este proceso lógico, natural, a las ideas de la península? Sólo uno secundario, si se mide ambos hechos en el marco preciso de la realidad americana. Con ellos, o sin ellos, ese fenómeno de crecimiento y vitalidad histórica se habría igualmente producido; acaso algo más tarde, pero con la misma fuerza aniquiladora.

Los enciclopedistas franceses —Voltaire, Rousseau, Diderot—, las nuevas ideas que llegaron a Chuquisaca a través de los libros de Bacon y Descartes, los movimientos revolucionarios de 1776 y 1789, influyeron, lógicamente, en encender la chispa libertaria en el mundo virreinal. Pero el empujón arrollador vino de abajo: fué el descontento de indios y mestizos, la ansiedad popular por una vida menos dura; y cuando los criollos, interpretando el anhelo de las mayorías, se dieron cuenta de que también ellos requerían terminar con el abuso y el privilegio, resolvieron liquidar "el opresor gobierno de la metrópoli, el absurdo insoportable del régimen colonial, la altanería y venalidad de sus gerentes en el Alto Perú".

Esta es la causa fundamental de la Independencia: la inconformidad de los altos peruanos por los errores, injusticias y vicios de la política española. Su anhelo de libertad y de progreso.

Tres insignes prelados sobresalen en el Virreinato; y los dos últimos serán, aun sin proponérselo, precursores intelectuales del movimiento emancipador: son los arzobispos San Alberto, Villarroel y Moxó.

El santo y piadoso arzobispo San Alberto, a quien la grey platense amara como a un padre por su muchas bondad y filantropía, fué autor de estimables obras jurídicas y eclesiásticas.

Fray Gaspar de Villarroel, más tarde arzobispo de La Plata, aunque cronológicamente muy anterior, se adelantó a su tiempo con su libro **Gobierno de los dos cuchillos**, crítica a fondo contra el sistema español, ataque doble a la monarquía y a los excesos del clericalismo mal entendido, claro que bajo los velos de una ironía submarina. Gran orador, culterano de forma, sagacísimo en comprender y auxiliar a pobres y humillados, como San Alberto, Gaspar de Villarroel mantiene con altura la tradición humanista del clero virreinal.

El más interesante de todos tres, es, sin duda, don Benito María Moxó y Francolí, arzobispo de La Plata, cuya personalidad extraordinaria ha pintado René Moreno en páginas inolvidables de su obra sobre las postrimerías virreinales en el Alto Perú.

El arzobispo Moxó sublima la ética y la estética de la Colonia. Aunque leal defensor del sistema monárquico en lo político, fué en el campo

ideológico un adelantado de las nuevas ideas filosóficas y sociales de fines del siglo XVIII. Este doctor en letras divinas y humanas, laureado en bella literatura, jugó papel principalísimo en la etapa pre-emancipatoria. Sus **Cartas mexicanas** le habían consagrado ya maestro del buendecir. Trajo a Chuquisaca una biblioteca, un museo, y conocimientos botánicos sorprendentes. Vivió con gran boato, como correspondía a su personalidad renacentista, al modo italiano, ansiosa de desplegar todas sus facultades mentales. Erasmiano, muy liberal en su pensamiento, Moxó es, en lo intelectual, un vigía de la revolución americana. Desde su primera actuación, comprendiendo que el yugo de la escolástica, la apologética y la argumentación silogística, tenía fatigados a doctores y maestros, el prelado se presentó como el primer reformador de su tiempo, delatando su amor al libre examen, al estudio desembozado de las ciencias, a la filosofía especulativa. Oyó pacientemente los pedidos de reforma de los métodos de estudio y dejó entender que los apoyaría.

Sus discursos y escritos en la Universidad de Chuquisaca le consagran como uno de los talentos más completos de su época; y un estilista impar, que conoce todos los vericuetos del idioma para emboscar la intención de las ideas. Leyendo a Moxó se comprende que la escolástica virreinal tuvo que ceder paso al enciclopedismo y al racionalismo científico. El gran primado influyó poderosamente en el pensamiento revolucionario, y en la Academia Carolina, matriz del movimiento emancipador, por su espíritu liberal, su amplio humanismo, su agudeza crítica. Es el Doctor Sutil, que adelantándose a su tiempo, proclama con lengua y artificio hispanos el advenimiento de una aurora americana. ¡Magnífico prelado, gran señor, artista profundo, maestro de belleza y sagacidad, el arzobispo Moxó, que pertenecía a España por el corazón y a la América naciente por el vuelo de sus ideas, es un símbolo de la cultura virreinal!

La Plata, que fué en verdad la capital intelectual del virreinato y del mundo colonial, irradió por el verbo de sus doctores la llamarada de rebeldía a todo el continente. Esos hombres salidos de la Academia Carolina, a quienes se les ha llamado también "Los Carolinos" fueron los propagadores ardientes de la idea de libertad. Doctores, agitadores, polemistas, su prédica tenaz encendía las disputas y controversias, turbaba a las muchedumbres, prendía la estopa a los cañones de la insurrección. Cierto que los caudillos dirigen los

acontecimientos, pero son los acontecimientos los que engendran los caudillos; así, los intelectuales educados en aulas chuquisaqueñas, interpretando el sentir del pueblo, su descontento; aprovechando los desórdenes de la península y la confusa situación política de la monarquía despedazada por la garra napoleónica, no tardan en trocarse de letrados en líderes políticos. Entonces surge esa generación brillantísima de los Moreno, Monteagudo, Castelli, Mercado, Zudañez, Michel, y ese famoso cura Medina, a quien se atribuye la paternidad de la Proclama de la Junta Tuitiva de La Paz: "Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra patria".

Sería injusto concederle todo a los letrados de Chuquisaca, porque hay algo más fuerte, más decisivo en el hecho emancipatorio: es el alzamiento impetuoso de los pueblos, que buscan e improvisan sus propios jefes, derraman su sangre y no cejan en quince años de lucha tenaz, hasta ganar soberanía y libertad. Si Monteagudo es el prototipo del político altoperuano —astuto, inteligente, cultísimo, intrigante, ambicioso—; si el cura Medina, a la manera de los frailes mexicanos, se convierte en nervio impulsor del fermento revolucionario, más lejos van los jefes rebeldes de la muchedumbre indo-mestiza. Murillo, el cholo insigne, cae decapitado no sin antes proferir la frase sublime que pertenece a la historia y a la literatura nacional: "¡La tea que dejo encendida nadie la apagará!". Esteban Arze, en los campos de Aroma, inicia esa "gesta valluna" que aún dura todavía. Y los Padilla, los Lanza, el cura Muñecas, Warnes, Mercado, Méndez y otros jefes de la montonera criolla, escriben las páginas gloriosas del Romancero Altoperuano. Romancero virgen en nuestras letras, que aún no ha sido escrito ni estilizado por la miopía mental que padecemos.

¿Cómo olvidar las hazañas de Juana Azurduy de Padilla, la sombría inmolación de las Mujeres de la Coronilla, la trágica desaparición de Huallparrimachi, el poeta indio que combatía con la honda quéchua en la diestra y en los labios un verso imprecativo? ¡Es que la Independencia, a más de una proeza de varones, fue lira en que templaron su coraje mujeres y poetas! El pueblo en marcha... ¿Quién lo podría contener?

En el trágico claroscuro de la época aparecen las figuras nefastas de Goyeneche y de Cañete, que son los contratipos de los caudillos y

protomártires americanos. El uno falso, cruel, sanguinario; el otro instigador, pérfido, enredista, Goyeneche hace olvidar sus talentos militares, con sus falacias políticas. Cañete, rico de complejidad psicológica y buen escritor, sólo dejó nombre de intrigante y odiador.

En el Alto Perú —aplicando la bella frase de Sanín Cano— la república nació en el corazón de escritores y oradores; después vinieron guerreros y estadistas. En cierto modo dijérase que la grandeza del suceso libertario aplastó el vuelo intelectual de los espíritus. Excepción hecha de los togados y letrados de Chuquisaca (que no dejaron libros de fondo, sino discursos, proclamas, polémicas). ¿Qué figura literaria de primera fila surge de la Guerra de los Quince años, qué libro señero? Abundan héroes, patriotas, retóricos, políticos, oradores, hombres de acción: literatos no. Moxó es la excepción. Los ágiles dialécticos y los sapientes doctores de la Academia Carolina pertenecen a la historia americana; sólo Bernardo Monteagudo, gran escritor, político, pudo alzarse a la altura de un señor de las letras, si sus inquietudes de poder no le hubieran impedido la tarea creativa del verdadero intelectual.

La independencia fué el estallido de tres siglos de opresión.

Madariaga, en su **Cuadro Histórico de las Indias**, ha trazado la mejor defensa del régimen virreinal, deformando la verdad histórica. Leyéndolo, se creería que españoles, indios y mestizos convivían en fraternal equilibrio social y económico. Un lector desprevenido se diría: ¿Cómo siendo tan idílico el sistema pudo terminar en sublevación colectiva? La verdad es otra; y hay que buscarla, para honra de las letras bolivianas, en esa obra admirable, mitad crítica histórica, mitad hechura de psicólogo y de esteta, que compuso Gabriel René Moreno, nuestro insigne polígrafo, para reconstruir las postrimerías del mundo virreinal.

Los últimos días coloniales en el Alto Perú es una obra cimera de investigación histórica y de creación artística. Lo reúne todo.

El historiador severo, de juicio positivo; el narrador encendido de amor por su tema, manejando diestramente la pluma que serpea por los riscos más empinados. Ha de objetarse que Moreno vió el mundo virreinal con sensibilidad colonialista, pues toda su formación clásica y

humanista lo inducía a ello; pero el crítico penetrante, el mordaz pintor de costumbres, vienen cargados de novedad y estampan sus lindezas en ese gran fresco psicológico y social anterior a 1809. Nadie vió, nadie comprendió mejor la Colonia que el gran polígrafo cruceño; sus últimos días coloniales, como pintura de época y análisis de hombres, es un prodigio de reconstitución histórica. Leyendo estas páginas sabias de erudito, ricas de sabor humano, que dominan toda la gama de luces y sombras de la sociedad chuquisaqueña de aquel tiempo; oponiendo la penumbra del fondo social y a decadente, a los chispazos geniales de prelados, doctores y letrados; admirando esos toques escultóricos con que el autor modela sus figuras centrales — Moxó, Pizarro, Cañete, Goyeneche, Moreno, brotan de un friso vivo— se comprende hasta qué punto René Moreno señoreó todos los recursos del arte literario. Sociólogo, biógrafo, historiador, ironista se dan la mano para desenredar la malla de sucesos y corrientes ideológicas que preparan la insurrección americana. Sin **Los últimos días coloniales en el Alto Perú** no se comprende ni la grandeza ni la miseria del mundo virreinal. Allí está la Colonia en todo su esplendor, en su pequeña cortesanía, palpitante de vida y movimiento, orbe cerrado a la investigación moderna porque se necesita ser un gran papalista y un investigador genial para rastrear, como René Moreno, la verdad histórica en el torbellino de los archivos coloniales.

Lo que avalora mayormente este libro, una de las obras más orgánicas y articuladas de nuestra literatura, es la belleza del estilo. Moreno escribe en una prosa castiza, opulenta, majestuosa. Tal vez algo dilatada y sonora para el gusto actual, pero de buen gusto impecable, ajustada en el concepto, finísima en el toque irónico, delicada en resalte y esmalte de las imágenes, cálida de colorido, porque Moreno lo ilumina todo con los tonos fuertes de una paleta intensamente viva.

Como historia, como reconstrucción estética y social, como obra de arte de integral conformación, no tiene par. Allí deberían beber ciencia de probidad investigadora y primores del bien decir nuestros escritores jóvenes, porque Moreno es maestro y artesano al mismo tiempo de su oficio. El estudio sobre Moxó, disperso a través de todo el libro y con cierto alarde autobiográfico, pues a ratos el autor brota detrás del biografiado, parece salido de manos de un retratista holandés, por la excelencia y minuciosidad del trazo. La crítica de la sociedad chuquisaqueña; la descripción de las luchas entre los oidores, el

presidente Pizarro y el arzobispo; el análisis sobre la duplicidad y la índole recelosa, tumultuosa, intrigante de los cavilosos altoperuanos; la burla donosa del pedantismo amanerado de la época; la pintura de "esa corte de habillitas y desavenencias como la del Alto Perú", los cuadros de conjunto, la perspicacia para situar la anécdota, la minucia primorosa del detalle, el examen sagaz de la situación política en la metrópoli y en Buenos Aires, todo contribuyente a darnos en el libro de Moreno la doble reconstitución histórica y ambiental de la época que enjuicia. Acaso habría que oponerle reparos porque su enfoque, peninsular en algunos puntos, criollo en otros, relega a segundo plano el sentimiento propiamente americano, la obra decisiva de la multitud indo-mestiza en la insurrección de 1809.

Tiene Moreno pinceladas magistrales. Dice, por ejemplo: "Chuquisaca, república peripatética de doctores orondos, licenciados contrincantes, maestros leccionantes y colegiales cursantes". Luego apunta: "Disputar y disputar. Dondequiera que se juntaron dos o tres estudiantes, se armaba al punto la controversia por activa y pasiva, en todas las formas de la argumentación escolástica". Más allá agrega: "¡Ay del sosiego de los agrios togados (se refiere a los oidores de la Audiencia de Charcas) cuando bramaba en las calles la plebe mestiza!" El juicio histórico: "... por que rigen con metrópolis decrepitas, dueñas de colonias remotas muy codiciadas". El atisbo sociológico: "Era rasgo característico de la familia altoperuana de la Colonia su afición al chisme y al enredo". La psicología social: " Venía (Pizarro) a regir la corte ceremoniosa, controversial y falaz de Alto Perú, en la cual hormigueaban los doctores, empeñaba el foro sus definitivas batallas y se contoneaban soberbios los togados de las Audiencias". Dice por otra página: "Moxó no aprendió nunca a leer en caras altoperuanas". Y para terminar, estos relámpagos de ingenio: "¿Por qué no había de atravesar (Moxó) airoso la cotidiana cirugía de sonrisas pérfidas, de disimulos incalculables, de envidias punzantes, de aprehensiones recónditas, de perspicacias telescópicas, de todas esas exquisitas y dañinas poquedades altoperuanas, expertas hasta en el vacío, y que vibraban como microbios ganosos en el medio ambiente social?".

Su crítica a la duplicidad altoperuana es exagerada, y acusa ese tono de resentimiento que no escapa a toda la producción de Moreno. Pero, descontados los errores menores que rechazaría la investigación

moderna, Gabriel René Moreno, en su pintura integral de la Colonia crepuscular y declinante, es el gran escritor de estirpe, dotado por la naturaleza con todos los atributos del razonar profundo y la expresión bella, matizada, rica de humanidad y de sentido. Y no es menor mérito que este libro singular, extenso y nutrido de ideas, esté respaldado por un tomo igual de documentos, donde el historiador demuestra sus fuentes de consulta.

Repitamos el concepto: Bolivia es hija de los bolivianos, y luego nieta de los Libertadores.

Es errado atribuir a una sola causa la Independencia. ¿Fue Olañeta "el insigne partero de la república", al inducir a Sucre a reconocer la autonomía de las provincias del Alto Perú, segregándolas del Río de la Plata? ¿Tenía ya Sucre formado el propósito de hacerlo antes de recibir la presión de los doctores chuquisaqueños? ¿Dejóse ganar Bolívar por la seducción de dar su nombre a la joven nación que se bañaba en las auras de su gloria? ¿Fueron las espadas de Junín y Ayacucho las que definieron el caso? Todo eso en parte, pero la verdad, mirada en conjunto y con perspectiva de la época, es que fueron los mismo altoperuanos los hechores de su libertad. Sin las rebeliones del pueblo indio, sin el sacrificio de los mestizos, sin la heroica lucha de Quince Años, en que criollos, cholos y nativos mezclaron sangre por un ideal de patria justa; sin esa epopeya popular de guerrillas, sorpresas, ciudades devastadas, que minaron lenta y tenazmente el poder peninsular; sin el valeroso respaldo de las multitudes americanas que encendían el verbo de sus tribunos y armaban el brazo de sus guerreros improvisados, no habría habido independencia. Bolívar, Sucre, Olañeta, lo mismo que Murillo, Arze, los Padilla, son sólo instrumentos del destino colectivo. Esto es lo que debe enseñarse en nuestras escuelas: la libertad política la ganó esforzadamente el pueblo andino, a costa de cruentos sacrificios. Los ejércitos colombianos y venezolanos sellaron posteriormente esa decisión largamente probada de los altoperuanos; y el genio político y moral de los Libertadores está en haber comprendido los anhelos, los derechos de nuestro pueblo para elegir su propio destino.

Esos "formidables dialécticos", Olañeta, Serrano, Urcullo, que dan tono enfático y oratorio a las letras chuquisaqueñas; esos juristas, oradores y polemistas, convertidos en líderes políticos, son la voz de la multitud

expresándose por sus conductores intelectuales. El Acta de la Independencia, cuya paternidad se asigna a José Mariano Serrano, no obstante el estilo hinchado y ampuloso "documento escrito en forma rimbombante que refleja el gusto de la época", al decir de Finot, es una pieza notable por su valor sociológico. Olañeta, gran retórico y diestro polemista, ha dejado numerosos escritos sobre diversas materias. Este hombre singular a quien unos conceden sitial de doctor en perfidias e intrigas, en tanto que otros miran como el más vigoroso talento político, de su época, se perdió para las letras acaso por la intensidad con que abrazó la carrera pública. Justificando uno de sus actos de inconducta dice: "La patria debía recoger grandes frutos y no me negué a servirla bajo cualquiera apariencia". Casimiro Olañeta fué, sin duda, un patriota, un estadista de reconocidos méritos, pero su vida pública se ensombrece por actitudes contradictorias y veleidades sospechosas que han hecho de su nombre símbolo de la doblez altooperuana. Manuel María Urcullo, nuestro primer historiador, más aficionado que hombre de disciplina intelectual, ha dejado interesantes **Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú**, y su relato sobre las deliberaciones de la Asamblea que proclamó nuestra independencia.

Vicente Pazos Khanki, el mestizo hispano-aimára de Sorata, es el arquetipo de estos precursores de patria que la forjaron primero con la pluma para defenderla después con la vida.

Este "indio talentoso y extravagante", al decir de un escritor teñido por el complejo anti-nativo, fué un revolucionario de alma y de acción. Fundador de diarios políticos, osado impugnador de Rivadavia, fogoso polemista, rebate con éxito a Belgrano en su proyecto para restablecer la monarquía incaica. Sorprende, en el espíritu rebelde de esta aimára letrado, un sentimiento de equidad que refrena la vehemencia insurgente. Es lamentable que se hayan extraviado sus célebres **Memorias histórico-políticas** (debieron ser cuatro o cinco tomos y sólo se ha publicado uno), que el escritor andino prologa con estas palabras: "...mi lenguaje será tosco e inculto como nuestras breñas..." Y en otra frase de genial intuición, define el drama histórico y económico de Bolivia, pues habla de la tierra "que produce todos los metales preciosos, cebo goloso de los pueblos civilizados." En ellas revela Pazos Khanki cultura, perspicacia y ejercitado juicio. Acaso no alcanza el criterio jurídico ni la penetración política de Monteagudo,

Olañeta o Mariano Moreno, tribuno de la Independencia, pero como historiador, sociólogo y periodista de rápida visión, suele remontarse al esplendor de auténtico hombre de letras. En otra de sus obras, describiendo el paisaje altooperuano, por medio de imágenes sugerentes, se refiere a la grandiosidad natural del Ande, "donde sólo el hombre era pequeño". Brochazo magistral que pinta por primera vez la dramática antinomia de nuestra realidad republicana: excesivo escenario para tan diminuto poblador.

Este Pazos Khanki, que publica en Londres una versión en aimára de los Evangelios, que dirige cartas políticas al conde de Aberdeen, que lucha por América contra España para defender más tarde a España contra América, cuando la rectitud del historiador se sobreponga a los tumultos del patriota; este extraño sorateño, que tuvo algo de señor y mucho de aventurero, vagando por ciudades y cortes extranjeras; este conturbado periodista, que en medio del fragor de las polémicas buscó remansos de pensador y de artista, es, en verdad, un personaje novelesco. El gran mestizo hace su aparición en las letras americanas. De muy hondo, de muy hondo, un color aimára da sus tintes natales a esta prosa sencilla, sintética, que narra cómo de la general confusión y retraso político-social en el otoño de la Colonia, surgieron pueblos libres y ansiosos de progreso. Infelizmente, un destino adverso hizo que se perdiera la mayor parte de los escritos de Pazos Khanki.

No se puede cerrar esta perspectiva sobre la literatura de la Independencia sin mencionar a los Libertadores: Bolívar y Sucre. Porque si al estupendo caraqueño debemos la explosión del verbo revolucionario en los tonos más altos de la épica y la lírica fundidas, al insigne cumanés reconocemos —no sólo los bolivianos, sino la América toda— como el prototipo del genio moral.

Quién ha leído las dos mil cartas publicadas del inmenso epistolario del héroe; quien conoce sus hirvientes proclamas, sus sagaces discursos; quien se asomó a ese mundo de ciencia y poesía que es el pensamiento bolivariano, recogiendo el impulso dinámico y el soplo sugestivo de esa inspiración, siempre en tensión de altura, debe admitir que Simón Bolívar ha sido el primer escritor de su tiempo. Nadie le aventaja: ni en el vuelo de la concepción ni en el análisis visionario de los hechos sociales y políticos; ni en la retórica llameante y siempre feliz, ni en la honda delicadeza del sentir y el expresar. Hay

un estilo bolivariano que nunca más ha vuelto a darse, fenómeno de la naturaleza, hijo de la energía cósmica y del huracán espiritual. El Gran Capitán, que se llevaba tras de sí las multitudes, arrebatadas por su coraje y su talento profético, era también el Moisés de las palabras, surgiendo, pleno de novedad, emperador de las imágenes, detrás de la zarza ardiente del estilo.

Descontada la eterna gratitud al Creador de Bolivia, no podremos olvidar nunca a la pluma que estampó estos conceptos:

"¿Qué es Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad". He aquí la mejor definición ética y sociológica de este país.

Otra vez, discurrendo con Sucre sobre la nueva nación que llevaba su nombre, dijo el Libertador:

"Esta República Boliviana tiene para mi un encanto particular. Cuanto más medito sobre la suerte de este país, tanto más me parece una pequeña maravilla".

Y, finalmente, entre las muchas páginas fulgurantes que su genio ha legado a las letras americanas, rayando a la altura del "Delirio sobre el Chimborazo", la arenga épica proferida desde la cima del Potosí legendario que termina con estas palabras, donde vibra el genio del soñador y del guerrero:

"De pie sobre esta mole de plata, cuyas venas riquísimas fueron trescientos años al erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo."

Tocante el Gran Mariscal de Ayacucho. ¿Dónde nace nuestra tradición ética y civil? En el gobierno ejemplar del virtuoso Antonio José de Sucre, cuyo Testamento Político tiene vigencia duradera para el alma nacional. "...Ninguna viuda, ningún huérfano lloran por mi causa...". ¿Cuándo se dió concepto más sublime en frases tan sencillas? Aún pediré otro premio a la Nación y sus servidores: no destruir la obra de

mi creación, conservar por entre todos los peligros la Independencia de Bolivia..." ¿No es el credo del patriotismo actuante?

En Sucre hay que beber la alteza moral, la virtud sencilla, esa literatura de probidad y de templanza que, son raras excepciones, alumbró el caótico proceso de nuestro pasado republicano.

Otra figura de la época: Juan Ramón Muñoz Cabrera, periodista fogoso, historiador, diplomático. René Moreno la fustiga duramente por el proteísmo con que cambiaba de nacionalidad cuando le convenía. Pero ¿cómo podríamos juzgar con mentalidad actual a esos primeros repúblicos que, nacidos del combate, vivieron en la confusión y el ostracismo? En lo moral, no puede agrandar un Muñoz Cabrera, como no despierta simpatías un Olañeta, a pesar de su talento para la acción, la intriga y la oratoria. La valía intelectual de Muñoz Cabrera puede medirse en su biografía de Monteagudo y en su **Historia de la Guerra de los Quince Años en el Alto Perú**, consultada y saqueada por historiadores posteriores.

José Manuel Loza C. Hombre público y escritor, dejó numerosas obras inéditas. En 1855 el Senado lo premió con una medalla que decía: "primer literato de Bolivia".

Se ha censurado, justamente, el carácter ampuloso y declamatorio de la literatura emancipatoria. Hay mucha hojarasca en los escritos de la época. No faltan críticos para quienes la República nación enferma de mal gusto y ramplonería; es posible. Pero si se mide el arco inmenso de la siembra hispana en toda su extensión —Conquista, Colonia, Independencia—, se comprueba que aun entre los vicios y debilidades de la época virreinal, ella engendra y conforma la cultura americana, prolongando su influencia hasta nuestros días. El sentimiento religioso, cristianísimo; el espíritu jurídico y moralizante; el amor al estudio y a la investigación erudita; el tono enfático, engolado, en lo formal; la concepción dramática del mundo y de sus seres; la superior lección del humanista, levantando sus muros de dignidad y de paciencia sobre la vocinglería de los mediocres y los farsantes; todo viene del tiempo colonial, poco estudiado, ignorado en gran parte, donde hay que buscar las raíces psicológicas y sociales del pensamiento nacional.

La República nacerá en la pobreza, en la confusión, en el desorden material. Mas debemos a los bisabuelos haberla dotado de un alma noble y fuerte, que se sobrepone a los embates de la adversidad. Y ésta es la lección matinal que sube por el río de la sangre: a destino insólito en lo colectivo, voluntad de afirmación en lo individual. Tierra y pobladores se reconcilian por el milagro de la lengua vocal de Castilla. Todo cuanto decimos "americano", fué en su tiempo "español" e "indomestizo".

Por eso diremos que la literatura nacional ha de mirarse siempre en el espejo de la Colonia; no para imitarla ni revivir sus cánones estéticos —cosa imposible ciertamente—, sino para recordar que, como herederos de un espíritu humanista, estamos llamados a proseguir, a superar esa tradición cultural de gran estilo.

La Independencia fué una aurora. Falta mucho camino para alcanzar el esplendor del mediodía.

LA GERMINACIÓN

REPUBLICANA

CAPITULO IX

EI SIGLO XIX: LOS ROMANTICOS

Beligerancia política de nuestros primeros escritores.— Espíritu organizador de los Libertadores.— Cómo nació la República: cuadro social y económico.— El boliviano, eterno revolucionario.— Un fresco histórico y psicológico que va de Santa Cruz a Daza.— Características de la Escuela Romántica: sus valores y defectos.— Linares, gran idealista.— Bustamante, la Mujía y Reyes Ortiz.— Los novelistas Vaca Guzmán y Terrazas. — Cortés y otros poetas prosistas.— "La Lengua de Adán" y Villamil de Rada:— Bolivia, pueblo romántico.— escombros exteriores, fuego en las almas.

Dos advertencias, antes de ingresar al estudio de nuestra literatura republicana. La primera, que el esquema en cinco ciclos —románticos, indagadores, realistas y exotistas, eclécticos, vernaculares— que hemos elegido, no obedece a rigurosa cronología de libros y autores; había que partir de un hecho central, vertebrar en torno a él las líneas generales de cada época; y agrupar las figuras representativas aun infringiendo el rigor de las fechas, en beneficio de una visión de conjunto. No extrañe, pues, al lector ver en un ciclo a escritores que en rigor cronológico deberían pertenecer a otro. No es la mera relación de tiempo, sino el espíritu que informa una obra, el

sentido y proyección de su mensaje los que dan la tónica de una personalidad literaria.

La segunda, que el crítico y el historiador no pueden enfocar los hechos sociales sino dentro del marco de su época y de su circunstancia nacional. Con el refinamiento actual, producto del asombroso progreso de la civilización electro-mecánica, no es lícito juzgar a hombres que carecieron de medios de información y de recursos económicos para elevar su nivel mental. El siglo XIX y los Románticos, primer ciclo de nuestras letras, republicanas, observado por un investigador extraño, aparece desprovisto de interés; hasta hubo escritor nacional que contaminado de purismo europeizante expresó: "La literatura de comienzos de la República es el imperio del lugar común y de la chabacanería más desesperante". Pero si se mide esos dolidos partos de ingenio, dentro de cuadro anormal de anarquía política, motines militares, pobreza económica y desorden social en que se produjeron, justo será admirar cómo con medios tan endebles y en tiempo tan turbulento, nuestros bisabuelos alcanzaron a poner los primeros hitos de una cultura.

Finot describe acertadamente el estado social al advenimiento de la República: "pobreza y disolución a consecuencia de quince años de guerra; carencia de imprentas y medios de difusión del pensamiento; exceso de literatura oficial, proclamas y discursos; falta de estímulos para crear el buen gusto y de las bases de una sólida cultura para guiar los primeros pasos de los hombres de letras".

En lo que yerra Finot es al afirmar que "las letras nacionales del siglo XIX están viciadas por la pasión política", censurando que los escritores tomaran parte en la contienda partidista. ¿Y cómo pudo ser de otro modo?

En esas anormales y penosas condiciones de vida, no existiendo un clima cultural para sustento del escritor, no quedaba a éste otro camino que intervenir en las luchas civiles, porque la política da la pauta de la época. Ignorarla equivaldría a voltear espaldas al hecho saliente de una sociedad en formación. Es justamente al contrario: el valor más alto de nuestros primeros intelectuales consiste en haberse confundido con la causa colectiva, compartiendo sus desgracias y sus yerros, dándose tiempo aun para elevarse a la pura producción

artística. ¿Qué no fueron escritores de categoría? Probablemente. Es que a esos hombres que estaban haciendo una patria nueva, acaso les faltaron tiempo y energía para consagrarse a los delirios del arte. La tarea de hacer nación fué más urgente que el mensaje estético. Y agradezcamos que en medio a la inestabilidad política y al olor de la pólvora que llenan las primeras décadas republicanas, hayan existido espíritus vigorosos y delicados al mismo tiempo, que expresaron sus ideas sin temor al rudimentario mecanismo técnico de que disponían.

¿Cómo nace Bolivia en 1825?

Difícilmente, valerosamente, en pugna abierta con el destino. La primera colonia española en proclamar su independencia es la última en obtenerla. ¿No es la clave del drama colectivo? Las provincias altoperuanas pagan muy caro su derecho a la autonomía política. España se aferró al peñón del Alto Perú con tenaz desesperación, por su riqueza minera, por su posición dominante y estratégica en la geografía virreinal, por el empuje de sus gentes cultas y osadas. Hubo, pues, que pagar precio muy alto por el derecho a ser nación. Ciudades devastadas, campos en ruinas, industria y comercio paralizados, poblaciones en desorden, ansiosas de mudanza y mejoría: he aquí lo que encuentran los fundadores de la República.

La tarea que asumen Bolívar y Sucre, cooperados por asambleas populares, doctos juristas y el buen sentido de la multitud indomestiza, es agobiadora. Una nueva estructura política y social reemplaza al caduco sistema jurídico semi-feudal de la Colonia. Destruído el régimen de monopolio y privilegios hacendarios, principios más equitativos en la distribución de la riqueza y la igualdad de oportunidad en lo crematístico, anuncian una economía de tipo liberal que más tarde frustrarán los desbordes de una plutocracia incomprensiva. Preciso es confesar que la política humanitaria de los Libertadores, tan generosa en favor del indio y las clases mestizas — Bolívar es el Padre de la América India como guerrero y como legislador—, apenas llega a materializarse, siendo abandonada por sus sucesores. En nada aminora este hecho la importancia de la misión organizadora de Bolívar y de Sucre, cuya capacidad administrativa deja honda huella en nuestra historia. Baste señalar que multiplicaron sus previsiones donde faltaban recursos, impulsaron la educación popular, nos legaron ese fondo institucional sobre el cual

descansa la tradición jurídica y civil de la República. Todo tuvo que removerse desde los cimientos. Mas no fué posible cambiar tres siglos de servidumbre en tres años de euforia libertaria. Y si la obra de los Padres de la Patria Boliviana no alcanza mayor vastedad en un terreno práctico, ello se debe a las deficiencias de un medio convulsionado, pobre, donde el brusco despertar de criollos y mestizos dará más importancia al estallido de las pasiones que al sereno equilibrio del justo razonar.

Estadistas geniales, intuitivos, de severa moralidad en sus grandes concepciones, Bolívar y Sucre se adelantan cien años a su tiempo; ésta es su grandeza histórica, su debilidad momentánea frente al tumulto que deben afrontar. Cruzados del ideal, su fin prematuro y trágico nimba las figuras excelsas con el halo inmortal de los redentores de pueblos. Más que guerreros, más que políticos, fueron maestros de muchedumbres.

Recordemos también la figura de Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, precursor de la educación popular en Bolivia, cuyas ideas, avanzadas en parte y en parte utópicas, debieron estrellarse contra el conservantismo de la época.

Los primeros cincuenta años de la República son de dramática intensidad. Todo es problema, todo adversidad para la joven nacionalidad en formación. Pasada la euforia revolucionaria, el país debe encarar la dura realidad: un territorio vastísimo —entonces más de dos millones de kilómetros cuadrados— para una población que escasamente llegaba al millón, con predominio de indios y mestizos, casi todos analfabetos; muy pocas y malas vías de comunicación; la minería declinante; falta de capitales, de brazos, de una administración organizada. El pueblo, recién liberado del yugo español, templado en las luchas de la independencia, acepta difícilmente el orden institucional forjado por los creadores de la República. Hay un exceso de vitalidad, un ímpetu irresistible en estos criollos y estos mestizos que has sustituido a la casta peninsular. El coraje militar arrincona a la inteligencia; el derecho a mandar se gana con la punta de la espada. Despertando del sopor secular, las devotas villas coloniales se transforman en crisoles de combate y renovación social. No importa que no alcance a cruzarse el puente entre las ideas y los actos; lo que vale es la nobleza del anhelo, el épico impulso de un pueblo que sale

al encuentro de su destino. ¡Imaginad esos criollos hasta entonces menospreciados, esos mestizos que bruscamente ascienden a la responsabilidad del gobierno propio, perdidos en el torbellino libertario! Ya gobernadores y autoridades no serán impuestos desde España; brotarán del suelo mismo, como expresión directa del pueblo, forjador de sus hazañas y sus héroes. ¿No está pintado el drama de aquellos tiempos en esa escena, tan rica de contenido histórico, que un escritor destaca irónicamente sin percibir su valía humana, cuando afirma que algunos de los congresales a las Constituyentes que nos dieron patria libre iban descalzos?

Muchos españoles, civiles y militares, abrazaron la causa emancipatoria. Los criollos que ascendían en la escala social o los mestizos que alcanzaban el mando, sólo aspiraron a igualarse con los antiguos amos del país. El modelo hispano seguirá rigiendo todo el siglo XIX; moral de señores, un fiero individualismo, un espíritu de pendencia y de crítica a ultranza, el desgano, manifiesto ante las urgencias de la ordenación económica o el progreso científico. Las multitudes iconoclastas y caudillistas de la República son la contraparte, las herederas legítimas de la tradición colonialista, fundada en el derecho, en la pompa clerical, en el culto riguroso a las jerarquías y a las prácticas formales. Militares y doctores pugnan por el mando. Las turbas siguen al audaz, al afortunado, rebeldes siempre a al tiranía, sentimentalmente dispuestas en favor del débil y del oprimido.

El trágico claroscuro de nuestra política durante el siglo XIX es una contienda entre la ley y la espada. Los militares, por lo general conservadores, reemplazando al conquistador ibero por el cacique republicano; los civiles, abriendo campo a las ideas liberales de la Revolución francesa, en busca de patria mejor. La República abre nuevos horizontes a criollos y mestizos, aunque a éstos sólo en parte, pues la falta de medios educacionales y la desigualdad económica los mantendrá ligados a la suerte de los señores y los caudillos militares. La gran masa india permanece olvidada, indiferente, porque a los primero republicanos los atraía más el aspecto emocional de su lucha que la parte humana y realizadora de redención social, que sólo alcanza la sensibilidad socialista del siglo XX.

¿Cómo se explica que Bolivia haya quedado rezagada en el concierto ascensional de las naciones sudamericanas?

Por esos primeros cincuenta años de imprevisión, de desgaste interno, de guerras internacionales y luchas civiles, de motines cuarteleros, de indisciplina individual y colectiva. Por la inmensidad del territorio; la abrupta geografía; el alejamiento de las grandes rutas marítimas, lo que impidió a su vez el flujo de corrientes inmigratorias; y la falta de estadistas avisados para encauzar el turbión republicano. Pecamos por ausencia de una política internacional de gran estilo, y por carecer de unidad, de coherencia étnica y social en lo interno. El derroche de energías en la fricción entre bolivianos tenía que llevarnos, lógicamente, al debilitamiento nacional. Somos hijos de la imprevisión y del desorden, del espíritu de motín, del trágico divisionismo en las ideas que acaba siempre en la barricada callejera.

Esta es la herencia republicana, romántica y realista, tradicional y liberaloide, caudillista y democrática, generosa de intención y desviada en la obra al mismo tiempo. Tierra de contrastes geográficos y de contradicciones psicológicas. El boliviano es el eterno revolucionario, el cazador de sueños, siempre en pos de vida mejor. Ama la aventura por la aventura misma, cree en sus caudillos con la misma facilidad que los abandona, y si fué tachado de veleidad, es porque todavía no se ha comprendido el gran fondo generoso y romántico de este pueblo, que puso el amor a la libertad y defensa de la dignidad humana, por encima de todas las ventajas del progreso organizado.

El proceso económico no sigue el mismo ritmo de la revolución política. Al sistema monopolista de España sucede una economía incipiente, de tipo liberal, igualmente exclusivista, ajena al interés fiscal y al equilibrio de los factores de producción basada en sólo el acrecimiento de la riqueza privada. Los grandes terratenientes sustituyen a los encomenderos coloniales. La República se afirma primero en la explotación agraria, y sólo en el último tercio del siglo vuelve sus ojos a las minas por el repunte de la plata. Los indios siguen privados de las tierras que les arrebató el conquistador. Las clases medias y artesanales surgen penosamente, incapaces de disputar a criollos militares transforman la democracia de derecho en autocracias de hecho. Los estadistas civiles luchan duramente contra la miseria, la inestabilidad política y el ardor estallante de las pasiones.

Ni en lo social ni en lo económico, puede hablarse todavía de una vida nacional; sólo el flujo y reflujo de pequeños núcleos dirigentes en las ciudades; en el campo, en las minas, en las aldeas, la actividad provinciana sigue enmarcada dentro de los vetustos moldes coloniales. Serán necesarias cinco guerras internacionales y un rosario de revueltas internas, para que el sentimiento republicano aliente con sentido verdaderamente democrático en lo político y económico.

Sin embargo, a pesar de lo borroso del dibujo, no obstante los retrocesos y contradicciones del cuadro general, ¡qué paisaje histórico tan rico de contenido humano, de líneas tan fuertes y vibrantes, de tonos tan encendidos, en este siglo XIX! En sus primeros tres cuartos de siglo, nuestra historia es un fresco gigantesco donde no agotarían su paleta legiones de biógrafos y novelistas. ¡Qué friso de cumbres y de simas en la línea quebrada que va de Santa Cruz a Hilarión Daza! Arguedas ha denominado "caudillos letrados" y "caudillos bárbaros" a los gobernantes de aquel tiempo. Demos una ojeada al conjunto.

Santa Cruz, en los diez largos años de su mando, consolidó la obra de los Libertadores: afianzó el orden civil, estabilizó las instituciones, ordenó la hacienda pública. No tuvo par como administrador de tipo progresista. Pero ese mismo conductor que lleva el país al ápice de su prestigio con las campañas de la Confederación Perú-Boliviana, será, por sus yerros políticos y su impericia militar, quien nos conduzca al primer descalabro internacional en Yungay. Ballivián, caudillo aristocrático, contrasta con la figura mestiza de Belzu, mimado de la plebe. Ambos se unen al fulgor del sol de Ingavi, y se separan por amores y espíritu de casta. Velasco y Achá son presidentes-comodines: suben y descienden sin relieve. Córdova tipifica el drama del hombre bueno en el sitio que no le corresponde. La dictadura de Linares es la trágica explosión del alma colonial en sus más altos atributos de señorío y mando responsable. Melgarejo encarna la tiranía desenfrenada; arranca vidas inocentes, regala tierras, hace del país su hacienda y de su capricho la ley. Adolfo Ballivián, el mandato cultísimo, compensa con sus virtudes los vicios de Daza, el traidor de Camarones. Pero poca sería la sucesión de los conductores, si no viniera cruzada en la urdimbre de un fondo social pleno de variedad y de contrastes. ¡Qué vidas intensísimas, qué destinos dramáticos, qué riqueza de color en este lento ascenso nacional! El blanco señorial,

dominador. Impetuoso, avanzando y retrocediendo con saltos de felino el mestizo. Y la gran masa india al fondo, huraña, sombría, olvidada, sirviendo de soporte a la peripecia nacional.

En el relieve accidentado de la vida colectiva, en complejidad de tipos humanos, en frondosidad de anécdota y matices, nada hay que supere los tiempos revueltos de la formación de la República. Aquí el hombre alcanza plenitud de ser, porque todo tendrá que sacarlo de sí mismo, desprovisto del respaldo que supone una sociedad organizada.

En ese medio confuso, inestable, de bruscas transiciones, aparecen Los Románticos, primera escuela o tendencia definida de nuestras letras republicanas.

La Escuela Romántica, en Bolivia, es borrosa, trivial, imitativa. Fácil de reconocer en los líricos de aquel tiempo la influencia de Lamartine, Hugo, Musset, Byron, Espronceda, Bécquer. Casi todos con "españolizantes de sustancia y afrancesada de corteza". Carecen de originalidad en los temas, de elegancia en la expresión, limitándose al calco de los románticos franceses y españoles, que a su vez seguían el romanticismo nórdico: reflejo de reflejos, eco de ecos, como apunta un crítico perspicaz.

¿Habrán quien pueda leer todos los versos de alguno de nuestros poetas románticos? Es improbable. No corren mejor suerte los novelistas, ligeros para la construcción técnica y descuidados de estilo. El juicio de Henríquez Ureña es decisivo, aplicable a nosotros y a las naciones sudamericanas en general: nunca se lamentará bastante el daño que hizo a nuestra América la pueril interpretación de las doctrinas románticas. ¿Qué saldo dejan en Bolivia? Con pocas excepciones, versos ripiosos, novelones truculentos, prosa enfática, afectada.

Pero aquí se presenta un problema de valoración. Situados los poetas nacionales dentro del marco del romanticismo del siglo XIX, son mediocres, y algunos hasta malos. Juzgados en relación al medio social adverso, su nobleza individual los redime de la flaqueza del conjunto. Poseen un valor ético, ejemplarizador, que desborda literalmente la estrechez de su legado artístico. Fueron los primeros que leyeron, compusieron y publicaron libros en un centro inculto,

hostil, donde leer era privilegio y escribir misión sin recompensa. Exaltaron el culto a la patria, cantaron a la vida y a la muerte, y más de una vez se inmolaron voluntariamente por la libertad, por el amor, por la angustia metafísica del más allá. Tuvieron un ideal de superación por las ideas y la educación del carácter. Su valía hay que buscarla en función directa del medio social; en dignos varones, artistas casi siempre frustrados. Si su memoria es digna de respeto en lo moral y espiritual, poco podremos extraer literariamente de sus obras, como no sea rehuir del melodramatismo, la sensiblería, la falta de buen gusto. La musa romántica es por lo general gemebunda, ramplona, a veces festiva. La prosa, ampulosa, cargada de hojarasca, Nada notable podremos ofrecer al continente de nuestra producción romántica: ni en el contenido ni estilísticamente.

Nuestros primeros historiadores —Urcullu, Cortés, Sánchez de Velasco— son simples memorialistas, más cerca de la crónica personal que del estudio orgánicamente planeado. Los **Apuntes sobre la guerra de los quince años** del primero, y el **Ensayo de historia de Bolivia** del segundo, tienen más valor informativo que propiamente histórico. Cortés decía: "Se que se puede luchar igualmente con la pluma que con la espada". Hay crítico que opina que su libro contribuyó a derribar el gobierno demagógico del Belzu. Manuel José Cortés, endeble poeta, muy discutido por su parcialidad de historiador, es autor de un meritorio ensayo de filosofía social: **Bosquejo de los progresos de Hispanoamérica**. Evaristo Valle, gran luchador, fuerte conciencia moral, surge como el auténtico forjador de patria en esos tiempos tormentosos. Orador sobrio y valiente, fué agudo analista de los problemas nacionales. No dejó obra literaria pero sí una herencia de valor civil, de probidad, de amor a la libertad y al derecho, que vale por la mejor carrera intelectual.

¿Y no es por ventura el primer romántico de nuestras letras José María Linares, el gran idealista que ve quebrarse su inmenso sueño de regeneración nacional en el peñón de la Dictadura? En la prosa articulada y enérgica de sus escritos políticos brillan un pensamiento sapiente, una imaginación fogosa, una tendencia moralizante. Su **Mensaje** a la Convención de 1861, enviado del ostracismo, es un magistral análisis de la sociedad boliviana, que alcanza categoría de pieza literaria.

Sostiene Prudencio Bustillo que el boliviano "absorbido por la política, adquiere un sentido carneril de la vida". Ese juicio no reza con la Escuela Romántica, pues aun interviniendo en las luchas civiles, sus representantes mantuvieron un recio individualismo beligerante. Tuvieron personalidad social e individual. Tampoco es justo afirmar que todo en la lírica romántica es "imitación servil, lúgubre melancolía, jereñadas insoportables, porque era moda ser tierno y llorón". La crítica, más ecuánime, de Moreno y Vaca Guzmán, enfoca con mayor justeza la literatura de aquel tiempo: fueron hombres limitados por el medio, por la época, por el penoso subsistir de la actividad intelectual. Por grandes que sean los reparos que podamos oponer a la musa romántica, admitamos que ella crea en Bolivia el culto al verso, al sentimiento, a la expresión levantada, que sólo medio siglo después alcanzará superior ejecutoria.

La lírica romántica, vista de conjunto, padece ciertamente de pobreza y monotonía. Cortés, Tovar, Calvo son sensibleros, pesimistas, carecen de elegancia formal. Reyes Ortiz, los Ramallo, Loza, son igualmente plañideros, tristes, flacos de expresión. Néstor Galindo, gran romántico él mismo, sobresale no por su vena poética, que no escapa a una honrosa medianía, sino por su muerte ejemplar en las barricadas contra el tirano Melgarejo. Zalles y Blanco no pasan de discretos poetas satíricos. María Josefa Mujía, la poetisa ciega, fué un alma delicada, de inspiración fácil y sencilla. Sólo ella y Bustamante sobrepasan el bajo nivel artístico de sus contemporáneos.

Ricardo José Bustamante es un bardo armonioso, elegante en el decir, de fina vena expresiva. No brillará como los astros románticos de Europa y América, porque no tiene el vuelo del gran poeta creador, pero su buen gusto, su sobriedad descriptiva, su diestro manejo del verso, lo califican primero entre los líricos románticos. Como sucede con la generalidad de la producción de la época, sus composiciones no llegaron al libro. Se conservan, en cambio, vivo el recuerdo de su epitafio a Bolívar, y su canto al gran río beniano, poesías de notable sentimiento y correcta construcción. ¿Qué le falta al "Preludio al Mamoré" para ser un canto hermoso y fuerte? Haber sido escrito cien años después. Su "Oda a la Libertad", sus ensayos dramáticos, sus leyendas y juguetes literarios, consagran también al buen prosista. Por la variedad de su obra y el raro equilibrio que la distingue, Bustamante es el más representativo valor de la Escuela Romántica.

Peca asimismo de ligero el juicio que atribuye excesivo orgullo y soledad a estos escritores. Los románticos no desdeñaron la política, la barricada revolucionaria, ni incursionar en el laberinto de los géneros literarios. Así Félix Reyes Ortiz, el poeta sentimental, brilla como precursor del teatro nacional en sus obras **Odio y amor**, **Plan de una representación**, y el drama histórico **Los Lanza**, además de otros juguetes cómicos. Obras de corte menor, con todos los defectos de la época, revelan inventiva y fácil manejo del diálogo. Bustamante, Lenz, Pol componen piezas de corta valía. José Rosendo Gutiérrez, que como historiador, ensayista y polígrafo pertenece a Los Indagadores, descuella en nuestro teatro romántico con su drama **Iturbiden**. De exagerado melodramatismo e inspirado todo él en el drama hispano, acusa buena versificación y discreta pintura de caracteres. Nataniel Aguirre espléndido narrador el período que sigue, debe ser incluido también en la producción teatral romántica, con sus dramas **Visionarios y mártires** y **Represalia de héroes**. Hay nos parecerán pesados, sentimentales en exceso, mas no se podría negarles la factura correctísima del verso ni el acertado desenvolvimiento de la trama. Aguirre es, sin duda, el mejor —o el menos flojo— de los autores teatrales de su tiempo.

Pasemos ahora a la novela. ¿Hay alguna que se eleve a la majestad del tipo, de la que podamos decir "ésta es la gran novela romántica boliviana"? Seguramente no. Porque **Juan de la Rosa**, de Nataniel Aguirre, que habría podido serlo, pertenece al género histórico y hablaremos de ella en el próximo capítulo. Por el propósito, por la extrema delicadeza del sentimiento, sí que lo es; pero **Juan de la Rosa** es algo más que una mera narración romántica. Y deber ser vista con lente mayor calibre, por tratarse de libro de jerarquía.

La producción de esta época —dice Augusto Guzmán— no es de mucho valor ni en cantidad ni en calidad. Abundan los malos escritores. Pero aun admitiendo el juicio hay que otorgar a los románticos la condición fundadores de nuestra novelística.

En **La isla**, de Manuel María Caballero, o en **El templo** y **La zafra**, de Félix Reyes Ortiz, novelines de corte típicamente romántico, el relato es ingenuo y amanerado al mismo tiempo. Mucho artificio. Santiago Vaca Guzmán delata el gusto en boga de la escuela francesa. Tiene

imaginación, facilidad descriptiva, estilo recargado. En **Días amargos**, estudio sobre la neurosis del suicidio; en **Su Excelencia y Su Ilustrísima**, de tema histórico; o en **Sin esperanza**, relato truculento influído por el "Jocelyn" de Lamartine, según Finot, el sociólogo y el psicólogo se dan la mano sin que el novelista los alcance. Falta una técnica narrativa, una artesanía madura de la construcción. Mariano Ricardo Terrazas, periodista y panfletario combativo, halla en la novela su mejor título. **Misterios del corazón**, cuyo tema histórico-dramático parece sacado del intrigante Dumas o de la fantaseadora Jorge Sand, es una bella novelita. Guzmán señala la excelencia de la trama, donde todo aparece bien trabado y desenvuelto. Hay atisbos psicológicos en los personajes. La frase, esmerada y mesurada. Inverosímil el episodio, alcanza no obstante el color y el movimiento de una buena producción romántica. **Recuerdos de una prisión**, aunque, de elaboración formal apresurada, es un estudio pasional interesante.

Junto a los anteriores, proliferan otros narradores no dignos siquiera de mención. La novelística romántica es de segundo o tercer orden en punto a jerarquía literaria. Nada sobresaliente ha dejado, aunque reaparecerá con fuerza emotiva y alarde temático en la tradición, en la novela histórica y en los costumbristas del período siguiente, porque los indagadores son también románticos de intención y a veces de forma.

Los hombres de aquel tiempo no se elevaron alto cielo del romanticismo alemán; prefirieron flotar en la nebulosa atmósfera de la posterior escuela gala. No hay huellas de Goethe, de Schiller, de Hölderlin, de Novalis; abunda en cambio la imitación a Balzac, a Dumas, Hugo, Lamartine, Vigny, no en las formas superiores de su genio, sino en la acepción más estridente y melodramática de su literatura. ¿No hay en los románticos franceses una retórica negativa y una prosa lírica de linaje creador? Los nuestros toman más de la primera que de la última.

En conjunto, resalta la unidad de posición y de forma de nuestra Escuela Romántica. Sus grandes líneas —que no son muchas ni muy grandes— enlazan dócilmente el dibujo general. Teatro, novela, poesía, oratoria comparten rasgos semejantes: inverosimilitud temática, desenfreno retórica, exceso de presión en el tintaje de las pasiones, armazón precipitada y liviana en lo estructural. Nada que

recuerde esa naturaleza germana interior y profunda; más bien el sentimentalismo francés con toques declamatorios del énfasis hispano. Estos seres anárquicos y solitarios, aislados en medio de la vorágine social, tuvieron la sinceridad de su rebeldía, su anhelo de belleza, como el doble horizonte de una meta inalcanzable. Pugnaron por una personalidad libre y fuerte, quisieron dignificar la política. No sienten todavía la patria en función de mensaje espiritual; por eso buscarán en moldes foráneos el modo de expresar sus ideas. Quieren, simplemente, cultivarse.

Podrá parecer extraño que la figura descollante de la Escuela Romántica no sea un verdadero literato, sino un hombre de ciencia. Pero es así: Emeterio Villamil de Rada, lingüista, polígrafo, sabio en disciplinas de investigación erudita, se eleva sobre sus contemporáneos por la potencia de la imaginación y el imperio de una prosa cargada de tensiones encontradas.

El gran sorateño no es un romántico por sistema; en verdad nada tiene que ver con los gimoteos y preciosismos estéticos de aquéllos. Es el auténtico romántico, el gran soñador, el indagador de los que fué, el inventor, el re-creador de mundos históricos e ideales. Su fantasía sorprendente estuvo al servicio de un anhelo nobilísimo: demostrar que América es la cuna de la humanidad y el americano del sur el hombre primero. Como hombre de empresa y como artista —que lo fué a pesar de sus rigores científicos— Villamil de Rada es en el fondo la primera figura romántica de la cultura nacional. Sus viajes, aventuras, decepciones, su múltiple actividad de escritor y luchador, darían materia para una biografía espléndida. Este gran caminante y al Yukon, recorre media Sorata parte a California y al Yukon, recorre media Europa, casi se descalabra en Australia y va a morir en las playas brasileras, es el prototipo del personaje romántico, hazañoso, tenaz, inquieto y transformante. Hizo política, periodismo, filología clásica; se metió en negocios de imprenta, quiso fundar industrias, buscó el oro con avidez de conquistador; dialogó con filósofos y arqueólogos, buscó la amistad de los poderosos, convivió con marineros y obreros de medio mundo. El ansia de aventura del boliviano concentra en esta vida portentosa su máximo vigor.

Ideoclasta al modo unamunesco, que rehuye la paz que consume por el combate que redime y purifica, el intrépido sorateño se pasó la vida

lidiando con un destino adverso. Nadie quiso entender, ni aproximarse siquiera, a la tempestad de sus ideas. El mundo no podía comprender al soñador mezclado con el empresario comercial, al talento poderoso y de inmensa cultura, no exento de las extravagancias del aventurero inquieto. Nadie se atrevió a publicar —acaso ni a leer en su totalidad— sus manuscritos, fusión maravillosa de ciencia y fantasía, cuya magnitud puede entreverse por el testimonio de sus contemporáneos, de rarísimos artículos hoy olvidados, y de esas notas fragmentarias y dispersas, que él mismo consideraba "simples apuntes", y que agrupadas bajo el título de **La lengua de Adán**, forman su único libro, precioso resto del tesoro perdido. ¿Quemó Villamil de Rada sus manuscritos, o se extraviaron en el remolino de su agitada vida? Parece ser que escribió mucho sobre materias muy variadas, con penetrante poder de análisis y consistencia en el método, expositivo. La historia sólo recuerda que el gran infortunado, cansado de tocar puertas estrechas para el paso de su genio, se arrojó al mar: tenía setenta años el Fausto sorateño al sumergirse con su secreto mental en la bahía de Río de Janeiro.

Hay necios, de esos que leen sin entender, o de aquellos otros que acomodan a su propia limitación la libertad expresiva del talento que juzgan, para quienes Villamil de Rada aparece confuso, contradictorio, inelegante. Son los menos.

Seguir al visionario paceño en sus asombrosas disquisiciones científico-imaginativas es aventura emocionante. Aquí hay, por igual, elaboración intelectual de primera línea y destreza técnica, la mejor evidencia de que los bolivianos pueden elevarse a la gran literatura. El escritor plantea y resuelve altos problemas. ¿Qué fué la América? ¡El continente más antiguo! ¿Qué Sorata? ¡El Paraíso Terrenal! ¿Qué la lengua aimára? ¡La antecesora incógnita del sánscrito, la lengua primordial, verboferente y única, que explica todas las etimologías bíblicas y helénicas! Aimára viene de "Ayam-Aru" o sea: el que lleva la palabra. "Tiwanku" fué en realidad Babel, el centro de dispersión de las razas. Y de la Corte Ilámpica —para el autor los dioses y mitos andinos nacen del "Illampu", el gran nevero— se origina la posterior Corte Olímpica del politeísmo griego. Estupenda imaginación, apoyada en una erudición pasmosa y en una dialéctica acerada. ¿Qué valen, frente a ellas, los reparos inconsistentes de la envidia y la seca investigación formal? Villamil de Rada explica con tal poder

persuasivo, con tal vehemencia explosiva de símiles e imágenes, que aun dudando a trechos, no vacilamos en rendirnos a la magia de su hechicería. Para quien sabe leer, para quien puede comprender, ¡qué fulguraciones mágicas, qué lumbres de vocación apasionada, qué deslumbramiento de hallazgos y toques estéticos en la prosa del insigne sorateño!

Villamil de Rada es el sol frío, el astro helado en el sistema sideral de nuestras letras. Se le malcomprende si no se ha penetrado en profundidad en el misterio de su temática telúrica. A quien por indemostrables algunas de sus teorías, recordémosles que en la obra humana hay un valor simbólico más fuerte que la mera autenticidad de los hechos; aquel que hacía decir al severo Aristóteles que la poesía es cosa más grave y filosófica que la historia. Emeterio Villamil de Rada es el primer boliviano que se planta audazmente frente al mundo y le opone su verdad de artista americano. Es el poeta de la prehistoria andina. He aquí, en brusca revelación, el genio altiplánico en todo su esplendor: hecho carne, nervio y soplo de escritor. Un alto y poderoso pensamiento a través de un estilo que se vierte torrencial, sobresaltado, rico de fulminaciones y presentimientos. Y el todo hermético, deliberadamente oscuro, como cuadra a los grandes iniciados de las verdades arcaicas. **La lengua de Adán** es un licor muy fuerte para pedantes y aficionados.

Los críticos que con mayor acierto han enjuiciado este período son Moreno, Vaca Guzmán y Prudencio Bustillo, aunque circunscribiendo el miraje a la producción poética.

De 1825 a 1879, en que se inicia la Campaña del Pacífico, la República avanza penosamente, a veces dando un paso para retroceder dos. Los mandones militares atropellan la tarea constructiva del caudillaje civil. ¿De qué estado social orgánico, de qué economía estructural se puede hablar, si todo vive en caótico alternar? Es el "tiempo lento" del aprendizaje cívico; para que aparezca una conciencia nacional habrá que pasar primero por el desgarramiento de 1880. Esta vida tumultuosa, caciquil, muy de tierra adentro, hecha de premuras ambiciosas y sopores increíbles, transcurre casi a espaldas de la realidad política y geografía del país. Montañeses, vallunos y llaneros, confinados en su propia órbita regional, tienen actividad separada, inconexa, de los otros modos de vida local. Sólo las

revoluciones y motines sacuden a los pueblos, transitoriamente, para volver a sumirlos en la indiferencia o en la conspiración sistemática contra el que sube.

¿Ejercíamos soberanía plena, con todos los atributos de nación civilizada en el Pacífico? Escasamente: nuestros puertos eran pequeños villorrios de pobreza lamentable, a tremenda distancia de la sede gubernativa. ¿Podríamos salir al Atlántico por el río Paraguay? Menos aún; y de esos tiempos desordenados data la sorda y metódica penetración al Chaco por los guaraníes. Sólo Santa Cruz, José Ballivián, Linares tienen visión de estadista. El drama nacional, que es uno de extensión geográfica, escasa población y pobreza de recursos, se les aparece a cada instante. Santa Cruz se aniquila en el sueño excesivo de la Confederación: desde Yungay no volveremos a gravitar políticamente en el continente. El Hombre de Ingavi, culto y avizor, sucumbe a la irrupción plebeya que capitanea Belzu; las masas quieren ser escuchadas con voz propia. Linares se estrella, no obstante su talento y su carácter, contra la maraña de la descomposición interna. Ni mejora el blanco, ni se supera el mestizo, ni se moviliza el indio. La idea de la feudalidad, heredada de la Colonia, se transforma en un caciquismo de tipo criollo, casi siempre violento, irresponsable, donde germinan fácilmente los brotes de la indisciplina y la molicie. El cuadro no puede ser más pesimista.

Es, sin embargo, de esa época de confusión y oscurantismo de donde extrae el alma nacional secretas energías para alzarse a un porvenir mejor. La época romántica —que no es sólo escuela literaria, mas una etapa histórica y social— respira, en medio del escombros exterior, un aire generoso de superación interior. "Los Rojos" o civilistas, de donde salen figuras tan puras como Linares, Valle, Adolfo Ballivián, Frías, proclaman el respeto a la ley, la práctica de la virtud. Campero, con su **Proyecto de Revolución** para cambiar el país por las ideas, o Frías, impertérrito en su trayectoria de austero legalismo, son tan románticos de propósito como Belzu, el demagogo que sueña levantar al pueblo de su atraso y postración. No es posible desconocer que, a pesar de sus extravíos y su resentimiento social, Manuel Isidoro Belzu es un precursor del socialismo boliviano. Linares, el Dictador, ¿no es un arquetipo de romanticismo aplicado a la política, en su más alta aceptación de responsabilidad de mando? Melgarejo, el Tirano, ¿no es por ventura el contratipo pintoresco y repudiable que sólo se apoya en

la audacia y el capricho romántico por excelencia, dispuesto siempre a las grandes acciones? En las campañas de la Confederación, en los campos de Ingavi, en seis años de lucha valerosa contra el melgarejismo, en el ardor con que acude a defender su litoral amenazado, la masa nacional vibra de coraje, de ansia creadora. Este pueblo quiere ser conducido a nobles fines.

Abaroa, cercado por los chilenos que le intiman rendición, es la suprema encarnación del romanticismo andino, con estas palabras significantes, que medidas en el marco de su circunstancia cobran centelleo de mensaje y profecía: "¡Que se rinda su abuela, carajo!" Un pueblo en una frase que vale por una época. Queden ellas incorporados a nuestra literatura.

Muchos años después, tres románticos rezagados del siglo XX darán al idealismo nacional huella fulgurante: Busch, Villarreal y Barrientos Ortuño, mandatarios dignos del tiempo épico en que se forjaba la República. Los tres pierden la vida en plena juventud, inmolados a un ideal de patria mejor.

El siglo XIX y los Románticos. Época no avizorada en su total complejidad y peor comprendida en el valor moral y psicológico de sus individuos sobresalientes.

¿Cómo pudo salir una nación de tamaño desorden y desaprensión?

Bolivia es la Hija del Destino. A mayor adversidad, mayor fortaleza para resurgir. Y si veneramos a la Escuela Romántica, espejo de su tiempo en lo político y social, es porque éstos fueron unos que no alcanzaron la difícil perfección del artista, empeñados como estaban en el grave ejercicio de la hombría ejemplar: la tarea de hacer patria contra la inercia del medio y la turbulencia de los propios pobladores.

CAPITULO X

LA GUERRA DEL PACIFICO Y

LOS INDAGADORES

Condiciones adversas.— Por qué se perdió la campaña.— Campero, el Hombre del 80.— La oligarquía conservadora.— Cuadro general de la época.— Tres arquetipos: Baptista, Aspiazu, Vaca Guzmán, polígrafos y pensadores.— Autodidactismo y orígenes del movimiento criollista.— Educadores e historiógrafos.— Tradicionalistas costumbristas: Jaime, Aguirre, Omiste; la Zamudio, Lindauro de Campero, Valdés.— El teatro: obras y autores.— Nataniel Aguirre y "Juan de la Rosa".— Retrato de Gabriel René Moreno: el hombre y el escritor.

Es curioso —en cierto sentido angustiante y en otro alentador— que tres guerras internacionales marquen tres hitos de letras bolivianas. Se diría que las mutilaciones territoriales retoñan en brotes del espíritu. Bien mirado, las guerras del Pacífico, del Acre, del Chaco, son gérmenes fecundos en la evolución del pensamiento nacional.

Se pregunta el observador: ¿Por qué; si Bolivia comenzó su vida independiente en análogas condiciones y al mismo tiempo que las naciones sudamericanas, ha quedado rezagada? Añade el propio boliviano: ¿Y por qué su somos valientes en la pelea, perdimos todas nuestras guerras? Ambas interrogaciones deben ser absueltas antes de situar el fenómeno de nuestro desarrollo como nación en su justo marco.

Vamos a la primera. No es evidente que hayamos comenzado en las mismas condiciones la vida republicana. Similitud de hechos generales, sí, mas no igualdad. Al segregarse las provincias altoperuanas del Río de la Plata, su núcleo político se concentró en la meseta, a miles de kilómetros del Pacífico y del Atlántico; alejados los centros demográficos de su litoral, sin recursos económicos para construir caminos y erigir puertos bien equipados, la nación estaba prácticamente amurallada en sus montañas. No tuvo, pues, los beneficios del torrente inmigratorio, que se desvió a países vecinos de más fácil acceso, ni el rápido desarrollo industrial y comercial de las regiones costeras. Geográficamente. El territorio era muy vasto para una población muy reducida. Por legítimos que sean, en derecho; los títulos jurídicos que emanan de la Audiencia de Charcas, base de la nacionalidad boliviana, en el hecho nunca fuimos poseedores efectivos del conjunto territorial organizado en 1825. Era tan grande la herencia, que el boliviano se sintió abrumado por ella; situada en el corazón del continente, con fronteras enormes e indefensas, no bien determinadas, la nación tuvo que sufrir desde sus primeros años la constante influencia, el asedio económico, la penetración material de vecinos codiciosos que la redujeron políticamente a la mitad de su primitiva heredad. Agréguese a lo anterior la hostilidad del medio geográfico, la pobreza económica, la incoherencia racial, y se tendrá

una visión aproximada de las adversas condiciones en que nacimos a la independencia política.

Pero eso no es todo. A los obstáculos que la naturaleza opone a la joven República suceden la imprevisión y el desgaste humano verdaderamente increíbles. Podía esperarse que los bolivianos, midiendo y aceptando el peso de su responsabilidad histórica, para recuperar los quince años de guerra devastadora que les significó su independencia, comenzarían por organizarse rápidamente. No fué así. Excepción hecha de los Libertadores y de Santa Cruz, que crean las bases institucionales del país —a Linares y a los dos Ballivián no se les deja hacer obra de gobierno—, gobernante y gobernados viven de espaldas a la realidad colectiva, en lo externo y en lo interno. Sobreviene una época tempestuosa de anarquía y destrucción de los valores sociales, si no en su totalidad, paralizando al menos los mejores esfuerzos individuales. La República nace en el motín y en el desorden. Pocos son los estadistas, muchos los aventureros y demagogos irresponsables. ¿Cómo extrañar que hubiéramos perdido la guerra del Pacífico en los campos de batalla, si ya la habían perdido dos veces, Melgarejo en el tapete diplomático, enajenando territorios por ignorancia, y Daza desmoralizando al país con la doble traición de Antofagasta y Camarones? Daza, Melgarejo, símbolos funestos de ese tiempo de turbión.

Debemos, pues, nuestro retraso a dos causas fundamentales: la naturaleza francamente adversa, desmedida, oponiéndose al esfuerzo organizador del genio social, y el poblador conspirando inconscientemente contra su propia seguridad y progreso, debido a su talante pendenciero, imprevisor, indisciplinado.

Pasemos a la segunda, y la respuesta es más para nosotros mismo que para los extranjeros que quieran conocernos. ¿Por qué, siendo valerosos, perdimos en todo conflicto bélico?

Es fácil responder. Porque son dos cosas muy distintas el coraje individual y el espíritu guerrero de todo un pueblo. El boliviano es luchador de instinto, lo mismo en lo civil que en lo militar. Juega su vida con admirable intrepidez: no nos faltan héroes ciertamente. Indio, mestizo, blanco, el boliviano es un valiente en potencia. Sabe responder como individuo. Mas como pueblo, como sociedad

organizada, es diferente. El valor personal se esteriliza frente al divisionismo sistemático, al espíritu de crítica y oposición, a la tendencia disgregadora que termina frustrando las empresas colectivas. El boliviano sabe pelear, sabe mandar, pero no sabe obedecer. Cuando defiende sus fronteras arma al brazo sigue haciendo política en las trincheras, de modo que mientras dura la contienda bélica subsisten dos frentes: el internacional y el interno, casi siempre en desacuerdo, que concluyen dispersando y minando las energías de la colectividad. Sabemos luchar, sí, cada cual como guardián de su propia dignidad; ignoramos la ciencia de guerrear como nación, en el sentido organizador, unificante y coherente del vocablo. No somos raza guerrera, sino pueblo de peleadores sin disciplina de conjunto.

Ahora ya se puede comprender por qué se perdió la campaña del Pacífico y por qué de los escombros del desastre surgió un nuevo espíritu de enmienda y superación. Hasta 1879, descontando los períodos de aislados conductores responsables, la nación no existe prácticamente, ni en lo estructural ni en el estilo general de vida. Aunque relativa, tratándose de estados jóvenes, esa unidad de origen, de costumbres, de lengua predominante; esa conciencia de comunidad que da coherencia y sentido al hecho nacional, surgirán de la hoguera de 1880.

La guerra nos fué adversa: perdimos todo nuestro litoral sobre el Pacífico. Para Chile fué una simple empresa de despojo, pues se apoderó de nuestra riqueza salitrera y del desierto de Atacama, que industrializó después con técnica moderna. Para Bolivia pudo ser el desastre total, si el pueblo no se hubiera alzado contra los malos conductores de la primera mitad de la campaña, deponiendo al traidor Daza y sustituyéndolo, en un rasgo de justicia, por el probo y competente Campero.

Narciso Campero, militar, estadista, hombre de letras, de formación académica y humanista, es la gran figura política y moral de esa época infausta. Acaso sin su consistencia ética, sin su férrea mano de guía inexorable, la República habría derivado hacia la sima... Pero Campero es el hombre providencial, el elegido del destino para salvar de horas aciagas. Su fuerte espíritu templado en el infortunio, su larga experiencia en el manejo de los asuntos públicos, su probidad y sus

dotes de organizados, le permiten rectificar la pésima conducción de la campaña. No podrá el gran hombre evitar el contraste parcial que nos priva de nuestro litoral pacífico, pero al menos arrostra con singular entereza las penurias de la segunda mitad de la guerra, unifica al país, dirige con pericia las operaciones bélicas. Las armas bolivianas y peruanas caen con honor, después de dura lucha bajo su mando, en el Campo de la Alianza. Campero se aleja del trágico escenario envuelto en los pliegues de una bandea ensangrentada; y en vez de abandonarse a la desesperación romántica, reúne a los sobrevivientes y los exhorta, mejor diríamos los obliga a mantener vivo el espíritu de disciplina. Marcha con ellos a Oruro, y afrontando múltiples peligros logra organizar un nuevo ejército, al cual se debe la salvación de la nacionalidad. Bolivia ha encontrado el conductor adecuado en tan honda crisis de su historia.

Los yerros y los vicios de cincuenta años no podían dejar de dar su fruto. Perdimos la guerra del Pacífico por carecer de consistencia nacional. Campero, Camacho, Pérez, Murguía son astros solitarios en la noche de la derrota. También el pueblo gana sus laureles: el corneta Mamani, montado en un cañón chileno, llamando al ataque en San Francisco, simboliza el denuedo de la masa indo-mestiza. País inmenso y desarticulado, pueblo pobre y desordenado, Bolivia sólo salva de las ruinas del conflicto con Chile su sentido del deber y del honor, la fortaleza moral para reconstruirse contra la adversidad y las propias flaquezas. Aparece un sentimiento colectivo de responsabilidad frente al destino, el ansia de mudanzas y de organización. Es el despertar de la conciencia nacional, que repudia el pasado tumultuoso y arbitrario. Y como ese cambio del espíritu social se produce en torno y al influjo de la noble figura de Narciso Campero, la historia lo llama, justamente, el hombre del 80.

Miseria fisiológica, anemia social, una economía en estado de agotamiento, y el viejo impulso de discordia latente; he aquí algo de lo mucho que enfrenta Campero. Guerrista no por odio al adversario ni empecinamiento quijotesco, como piensa Arguedas; guerrista porque comprende que para salvarse la nación requiere una cura de fortaleza y sacrificio. La Convención de 1880, eligiendo presidente constitucional al vencido del Campo de la Alianza, interpreta fielmente

el deseo de los pueblos; debe comandar quien fué primero como ciudadano y como militar. Campero responde con cordura a la confianza nacional. Cambia la espada por la pluma y reconstruye con paciencia sagacidad el país. La austeridad de su gobierno y de su persona devuelven tranquilidad a los ánimos. "La justicia —dice el prócer— es la reguladora de las relaciones humanas. La ley moral debe regir las acciones de los individuos y de las naciones. Y lo único que debe cuidar un hombre de Estado es que sus actos estén ajustados a la ley, y a la razón". Su Mensaje al Congreso de 1884, después de una administración intachable y esforzada, sigue la línea del virtuoso Sucre; es un testamento político y moral para los bolivianos.

Por extraña paradoja, es un militar el que nos enseña el respeto a la ley. Campero, gobernante, es el primer civilista de su tiempo. Restaura la norma institucional, dignifica y hace cumplir la palabra del Estado, es justo sin dejar de ser enérgico, preside las primeras elecciones libres que tiene la nación. A la vieja y corrupta escuela de los mandones de cuartel responde con la austera convicción del hombre de derecho y de virtud. Las autocracias de la era romántica son reemplazadas por una democracia práctica, que si no llega a cumplirse del todo, desvirtuándose después en el hecho, es más por deficiencia del medio social y de sus conductores, que no por el severo ejemplo de Campero, el hombre de la ley, varón de justicia, capitán de almas, que es más que conductor de pueblos.

El guerrero y el estadista entran a la historia. El moralista y el espíritu cultivado a nuestra literatura. A quien ponga en duda las singulares aptitudes de hombre de letras del general, recomendémosle la lectura del famoso **Proyecto de Revolución**, del **Mensaje** al Congreso de 1884, y especialmente del libro poco conocido **Mi regreso de Europa a Bolivia**, cuajado de preciosas observaciones y delicados trazos subjetivos. Nadie vió con ojo más abierto ni con más celo patético el país encrespado anterior al 79. Y a veces salta en Campero el artista, por encima del historiador y del sociólogo. Esta obra debe considerarse como clásica del pensamiento boliviano.

Al gobierno legalista y reconstructor de Campero suceden las cuatro administraciones de la llamada Oligarquía Conservadora.

Terminada la guerra, aparecen los primeros partidos políticos organizados. Eliodoro Camacho, de heroica actuación en la campaña, regresa del cautiverio y funda el Partido Liberal. Baptista, el gran tribuno, forjado en la escuela de los "rojos" y de Linares, capitanea el Partido Conservador. Ambos partidos se acercan en su repudio al militarismo y en la consigna legalista: "Orden en la ley", dice Camacho; "Respeto a la Constitución", responde Baptista. Estos civilistas de doctrina y de actitud se alejan y se combatirán tenazmente en el modo de afrontar la realidad nacional. Los liberales eran guerristas; los conservadores, pacifistas. Unos encarnan el espíritu progresista, renovador, siguiendo la filosofía política de los pensadores anglo-franceses y las doctrinas económicas de Adan Smith. Los otros representan el tradicionalismo colonial, clericalista, teórico, individualista en economía y en política. Durante veinte años los conservadores gobiernan el país. ¿Mal, bien? Según el lente con que mire el historiador. La crítica de Arguedas, acusando de esterilidad a los gobiernos de Pacheco, Baptista, Alonso, es injusta. Desde luego, Aniceto Arce; el "Boliviano de Hierro", hizo una brillante administración: mejora las vías de comunicación, abre caminos troncales, inaugura el primer ferrocarril en dura lucha con el medio, impulsa la industria y el comercio. Aunque los otros tres mandatarios carecieron del fuerte dinamismo constructivo de Arce, hicieron obra positiva en relación a las dificultades de la época. Baste considerar que debieron superar la extrema pobreza fiscal y el grillete asfixiante del Pacto de Tregua, que nos tuvo largos años sometidos a la férula del vencedor. La oligarquía conservadora gobernó discretamente, y al amparo de esas cinco administraciones, la del demócrata Campero y la de sus cuatro sucesores conservadores, la nación comienza a levantarse. Crece, se organiza lentamente.

Veamos el cuadro de la época en líneas generales.

La recuperación minera se produce a través del alza de la plata: Arce, Pacheco, Aramayo son pioneros de ese resurgimiento industrial. La primera ferrovía y nuevos caminos facilitan el movimiento comercial, todavía rudimentario y tardo. Los periódicos alternan el ataque injuriosos con la exposición de doctrinas y artículos de fondo. Zoilo Flores es el paladín de esa prensa brava, biliosa y destructiva, que recién despertaba a la función orientadora. Vaca Díez, Campos, Palacios, exploran el oriente y noreste, haciendo de geógrafos y

colonizadores. Aparece el tipo del sabio consagrado a su especialidad: Aspiazu, científico y plural; Dalence en la estadística; Federico Diez de Medina en derecho. Surgen los primeros doctores en límites y los grandes políticos: Mendoza de la Tapia, Méndez, Bustillo, Quijarro, Arce, Oblitas, Corral —no todos de la misma época— y señoreando en estatura intelectual y en el arte de maniobrar por dentro, la figura dominante de Baptista, gran tribuno y estadista, católico. Mineros, terratenientes o afortunados de la industria y del comercio, carecen por entonces de sensibilidad social. Los gobiernos, pobres de recursos, más atentos a la letra que al espíritu de las leyes, poco pueden hacer en favor de las mayorías nacionales; los beneficios de la educación llegan a muy pocos. La agricultura se mantiene estacionaria. Un tono general de la vida burguesa, en lo que esta palabra tiene de limitación, prudencia y medianía, caracteriza a la sociedad de aquel tiempo. Polemizan los líderes y los periodistas en torno a las concepciones ultramontanas de Baptista y a los principios progresistas de Camacho, pero la clase media y la muchedumbre indo-mestiza quedan al margen. Los primeros hombres de letras de vocación llegan sólo a las minorías cultas: "Aguirre, Vaca Guzmán, Moreno, "Brocha Gorda" abren el período clásico en la literatura patria. La estabilidad institucional y el orden hacendario traen consigo la paz social, el desarrollo de la economía privada, una rica floración cultural. Estamos lejos, todavía, de la nación moderna, mas sin estos veinte años de oligarquía conservadora, precedidos por el genio reconstructor de Campero, no habríamos alcanzado el sentimiento de comunidad que forja las colectividades nacionales.

Así despertó y se afirmó la conciencia de bolivianidad: repudio al militarismo, afirmación de la civilidad, primeros pasos en la ciencia del gobierno organizado. Aun dentro de sus yerros y de las naturales limitaciones del medio, la oligarquía conservadora hizo patria; el proceso intelectual no hará otra cosa que traducir ese despertar del alma colectiva después del infortunio.

Sostiene Otero que durante el siglo XIX el pensamiento nacional sigue esta escala de influencias: escolasticismo y represión coloniales; los enciclopedistas y los principios liberales de la Revolución francesa; el romanticismo que cubre toda la vida boliviana; evolucionismo y positivismo que desembocan en un realismo crítico. Es evidente. Pero ese realismo crítico ¿dónde nos lleva? Al descubrimiento de nosotros

mismos. Por eso denominamos "Los Indagadores" a estos vigías de un renacimiento espiritual, que cansados del afrancesamiento, de la influencia peninsular y de los europeísmos en general, se afanan por estudiar y conocer lo propio.

Mariano Baptista es el cacique en la política de la época. Se le llamó "El Mago" por sus dotes oratorias, y pertenece a la literatura patria en su doble condición de eximio tribuno y vigoroso escritor. Imposible de leerse en los ocho tomos de sus **Obras completas** —donde abundan la hojarasca y lo inactual—, fué gran defensor de la religión y del civilismo. Puede enseñar ética social, elocuencia, sociología a los jóvenes. Su estilo declamatorio, florido, metafórico, recoge reminiscencias del mejor Hugo, el de los cantos épicos y patéticos, y del conmovedor Lamartine de la **Historia de los Girondinos**. Fué la mente mejor cultivada de su tiempo y supera a los oradores y escritores políticos de la era romántica, por la precisión de las ideas y la elegancia del lenguaje. Es el pensador que pone su pluma al servicio de sus principios. "Nadie ha hablado con más arrebatadora elocuencia en este país de oradores" expresa Prudencio Bustillo. Prototipo del estadista literato, Baptista tuvo en su fecunda imaginación y en la habilidad para expresar las ideas, los poderosos auxiliares de su talento político. Buen gusto, destreza en los efectos contrastantes, sutil manejo de la psicología de las multitudes, le ganan el título de Príncipe de la Oratoria Nacional. Una selección adecuada de sus obras lo acercaría a nuestra época, pues varios de sus notables trabajos respiran actualidad. Bastaría recordar **Los últimos momentos del Dictador Linares** —esa pieza de antología en que el tribuno ha vertido lo mejor de su inspiración y de su estilo— para comprender que Baptista es, en lo social e intelectual, la expresión de su tiempo. Gobernó como oligarca, con algo de guardián y profesor. Dió sentido político y beligerante al sentimiento religioso, exploró con insistencia el mecanismo de la sociedad, combatió tenazmente defendiendo los últimos reductos del tradicionalismo agonizante. Ardiente opositor a las ideas liberales, no quiso comprender el cambio que se avecinaba.

¿Cuándo aparece el polígrafo nacional, este raro ser, múltiple y nervios, infatigable, lleno de energía y de ambición, aunque no siempre acierto y medida le acompañen?

La época de Los Indagadores los presenta en tres tipos: el polígrafo-científico; el polígrafo-publicista; el polígrafo-humanista. Examinemos a tres representativos de cada género.

Agustín Aspiazu expresa el primer tipo, aunque cronológicamente su obra arranca de mediados del XIX. Sabio y educador, Aspiazu reparte su actividad entre el anhelo de conocimiento y la enseñanza. Positivista primero, más tarde spenceriano, luchó con denuedo contra el oscurantismo de su tiempo, propugnando la reforma de los métodos educacionales. Funda y dirige diversos centros científicos y culturales, con incansable altruísmo. Enciclopedista por la universalidad de sus estudios, es liberal de doctrina y de conducto. Precursor de nuestra literatura didáctica, Aspiazu es variadísimo en el tema: historia, geográfica, medicina, jurisprudencia, geológica, astronomía, etnografía, ciencias naturales y económicas, todo interesa a su fecunda pluma. Cualquier libro, cualquier folleto suyo es ciencia severa, razonada, aplicada frecuentemente al estudio sistemático de la realidad ambiente. Sus numerosos escritos y los boletines de las sociedades científicas que fundó deben buscarse para conocer los orígenes de nuestra cultura republicana. Entre sus obras, que son muchas, sobresalen: **La meseta de Los Andes, Sondaje de los Cielos, Teoría de los terremotos, Código Internacional, La Tierra en su estado primitivo**; y un boceto biográfico de **Don Clemente Diez de Medina**, trabajo en tono menor, que revela delicadeza de artista en el austero y metódico estudioso de la ciencia universal.

Aspiazu fué el primer librepensador que tuvo el país. Sereno y justo en la prédica como en la discusión, sólo tuvo alma ardiente para defender la verdad y propagar el saber. Mente ávida de conocimientos y voluntad disciplina para difundirlos, Agustín Aspiazu fué algo más que el sabio recogido en su claustro libresco: fué tribuno, estadista, catedrático, luchador incansable en la investigación científica. Es el primer sembrador sistemático de ideas que ha dado la República; por eso se justifica que haya sido llamado Maestro de la Juventud y que su influencia moral e intelectual se prolongue hasta nuestros días.

José Rosendo Gutiérrez representa el segundo tipo, acaso el más endeble y numeroso de los tres. ¿No se juzgan todos publicistas en Bolivia por el mero hecho de escribir artículos en los diarios? Gutiérrez tuvo encomiables cualidades de bibliófilo y bibliógrafo: catalogó más

de 2.200 libros y folletos de autores nacionales y extranjeros relativos al país. Su producción copiosa, muy variada, de valores, desiguales, es más documental, informativa, que literaria. Sus trabajos históricos son breves, minuciosos en el detalle y flojos en el análisis crítico. Hay en ellos un arsenal de datos y de hechos, pero ni historiador, ni ensayista, ni polemista rayan a mucha altura. Su drama **Iturbide**, su mejor, tal vez su única obra literaria, no pasa de una digna medianía. Se le atribuye el esclarecimiento y la exaltación de los sucesos del 16 de julio de 1809. He aquí una fama que no se justifica: Gutiérrez tuvo la pasión, mas no el destello creador del verdadero hombre de letras.

Santiago Vaca Guzmán, polígrafo-humanista, es todo un escritor. Romántico en sus novelas, gana su sitio en Los Indagadores por sus ensayos críticos. Sintió, padeció, quiso expresar lo boliviano con la rica sensibilidad del estudioso; por sus escritos discurre un genio apostólico, ansioso de aprender enseñando, deslumbrado por las maravillas del suelo patrio, consternado de su sopor y deficiencia. Temperamento enciclopédico como Aspiazu —no por pedantería, sino porque las necesidades de la época lo imponían en país tormentoso e inculto—, fué novelista, crítico, economista, hombre de leyes, historiador, geógrafo, internacionalista. Una vida agitada y el medio adverso impidieron que nos dejara obra de mayor consistencia. Es uno de nuestros clásicos, con todos, porque hay un armonioso ajuste de fondo y forma en sus producciones.

Sus novelas, que difícilmente satisfarían al gusto moderno, están bien construídas, demostrando la misma cuidadosa preparación de sus trabajos internacionales. **Días amargos** o **Su Excelencia y su Ilustrísima** nada tienen de notable; son narraciones románticas, algo sensibleras y cansadas, salvándose por el estilo castizo. Vaca Guzmán culmina en crítica y ensayo; es un agudo analista de la realidad nacional. Intuitivo en sus concepciones, fino en el modo de expresarse, compuso dos libros muy recomendables: **La poesía altoperuana** y **La literatura boliviana**. Asombra observar cómo de materias tal flacas —porque entonces eran contadísimos los poetas y literatos que tenía el país— pudo el crítico extraer enseñanzas tan jugosas. En estos libros, sobre todo en el segundo, cultura libresca y vuelo poético corren parejos. La hondura de las ideas y la plasticidad del estilo responden a un intelecto cultivado. Vaca Guzmán tiene geniales intuiciones del paisaje, de la raza, de libros y de autores. Si

no es un indianista de doctrina, lo es en la geografía y en lo estético. Abre nuevos rumbos a la juventud, fustigando la influencia gala y proclamando la urgencia de explorar las vetas nativas. Apunta las modalidades e influencias encontradas que dieron origen a nuestra infusa cultura republicana. Actúa con escalpelo de sociólogo y pincel de artista: recias verdades en frases esmaltadas. Un noble idealismo se cierne por su prosa vigorosa y elegante. He aquí —una entre muchas— la síntesis de la Cordillera vista con ojos amorosos, reverentes: "¡Qué mundo de ideas derraman sobre la imaginación esos colosos inmóviles y mudos!". ¿No es toda la estética andina?

Santiago Vaca Guzmán fué un indagador de vocación, y **La literatura boliviana**, fruto de sus desvelos, es libro cimero aquí, donde pocas veces suelen juntarse la penetración del análisis con la belleza melódica de una prosa refinada.

Puede alegarse que la Escuela Indagadora surgió de una sociedad conservadora, de tipo plutocrático, en política, en economía, en materia social. En efecto: la Banca, la Industria, el Comercio, la Agricultura, la naciente Minería, se hallaban en manos de familias pudientes que controlaban asimismo el juego político y la ordenación jerárquica de la sociedad. Unos pudieron viajar, otros embellecieron sus mansiones con muebles y objetos artísticos traídos de Europa, los más se cultivaron por el libro; y a esta minoría culta, ansiosa de aprenderlo todo, se debe el nacimiento de la moderna literatura nacional. Los Indagadores quisieron verlo y expresarlo todo con lente propio. No contentos con preguntarse "¿qué es Bolivia?", la exploraban, estudiaban sus problemas fundamentales. Ensayaban la variedad de los géneros literarios para dar mayor riqueza a la expresión del pensamiento. Fueron autodidactos, lo aprendieron todo por sí mismos y éste es su mérito mayor, pues si política y económicamente brotaban de una sociedad de corte plutocrático, que concentraba los beneficios del dinero en pocas manos y dividía la comunidad en clases bien diferenciadas —ricos, blancos, mestizos, indios—, en lo intelectual, prescindiendo de los privilegios de cuna o de fortuna, fueron demócratas de propósito y se adelantaron a su tiempo buscando cauce más ancho a la difusión de las ideas generales.

Sorprende advertir que el nacionalismo literario se anticipa sesenta años al nacionalismo político en nuestro país. La guerra del Pacífico —considerada no como un período cronológico riguroso, sino como una etapa que cierra y da sentido orgánico a precedentes influencias— hizo a los bolivianos civilistas en política y nacionalistas en literatura. No hubo, ciertamente, programa previo ni plan a desarrollar. Fué la espontánea floración del sentimiento nacional herido, que volvió los ojos a la propia interioridad, anheloso de conocer y divulgar las manifestaciones de la vida colectiva, rompiendo el vasallaje a los cánones extranjeros. ¿Qué otra cosa sino nacionalismo puro es voltear espaldas a Europa para mirar y reflejar amorosamente lo nuestro?

Los Indagadores son los primeros en romper la subordinación a la mentalidad colonialista; al influjo del positivismo en política y del realismo en literatura, quieren expresar su propia verdad vital. El movimiento criollista, de pura cepa americana, que hallará concreción medio siglo más tarde en la Escuela Vernacular, arranca en su origen del período que culmina en 1880 a 1900. Historia, tradición, literatura costumbrista y descriptiva, narraciones, todo viene del fermento indagador.

Nacionalismo, no de doctrina, hay que repetirlo, sino de intención: cada cual miró con ternura la casa en ruinas y puso su fila de adobes para reconstruirla. Puede hablarse con razón y por primera vez, de una exploración de la bolivianidad. Claro que unos comenzaron antes y otros llegaron después, pero el proceso de condensación de la Escuela Indagadora, donde se funden las tendencias neoclásicas, románticas y positivistas con el naturalismo criollo, menos crudo y más sencillo que el occidental, culmina desde la Campaña del Pacífico hasta la Guerra del Acre, período dentro del cual se publican los mejores libros. Se lee a Kant, a Schopenhauer, a Spencer, a Comte. Predominan en lo histórico Renán, Taine, Guizot. Si la huella francesa es la más extensa —Hugo, Lamartine, Zola, Maupassant, Daudet—, en el relato está siempre viva la influencia hispana: se piensa en la sátira de Larra, en la pincelada fuerte de Clarín, en el realismo humano de Galdós, en el drama histórico de Zorrilla, aquel españolísimo poeta que poco antes de morir confiesa su amor "al vino Chianti y al café de Bolivia". Acaso Ibsen, Turgueniev. Y sobre todo el gran romántico inglés Walter Scott, delicia de nuestras abuelas. Estos

cuantos nombres permitirán apreciar la variedad de las lecturas de los hombres de esa época, que aunque europeístas o españolizantes de presencia, eran ya americanos de esencia; podían inspirarse en el modelo externo, pero su propósito era casi siempre revelar lo nuestro, anteponer lo criollo a lo occidental, amar, describir, interpretar el motivo nacional.

La Escuela Indagadora, en general, revela coherencia de propósito y variedad de género. Una eclosión primaveral estalla en las almas; vive en intensidad emocional, y de la búsqueda incesante fluye la vena líquida de los ingenios, gruesa y abundosa.

Es característico de esta época de renovación el conflicto de ideas entre Benjamín Fernández, llamado el "Comte boliviano" porque fué el paladín del positivismo en Bolivia, y el arzobispo monseñor Miguel de los Santos Taborga, historiador, polemista y ardoroso defensor de un catolicismo beligerante. Fernández no dejó ningún libro, pero escribió y enseñó mucho, abriendo campo a las ideas liberales que insurgirían más tarde al amparo de la filosofía positivista.

En el género didáctico descuellan Aspiazu, en La Paz, Fernández, en Sucre; Omiste, en Potosí; Caballero, en Santa Cruz. Este último autor de unas **Ideas sobre la literatura de Bolivia**, considerado un educador y maestro de juventudes en el oriente. Oyola Cuéllar, también oriental, publica **La razón universal**, obra filosófica, de raíz cartesiana.

La moderna historiografía boliviana nace con Gabriel René Moreno, cuya obra excepcional se juzgará más adelante. Cultivan el ensayo histórico Sanjinés, Pinilla, Omiste, Gutiérrez, Viscarra, Acosta, Abecia. Monseñor Taborga, renovando el prestigio de los prelados coloniales, es un sagaz investigador; sus estudios eruditos superan la mera narrativa del cronista, y en cuanto atañe a sucesos del tiempo virreinal o a la emancipación del Alto Perú, no cede palma a los competidores más versados. Su **Oración por la Patria** y su **Idea de una introducción a la historia de Bolivia**, son buena muestra de su ingenio. Modesto Omiste es autor de **Tradiciones potosinas**, en cinco volúmenes; estudios históricos y biográficos; y trabajos muy variados sobre temas educativos y económicos. Aunque su vasta obra de crítica y periodista sea valiosa, Omiste dió poca importancia a la

literatura. Era un racionalista positivo, que buscaba la enseñanza histórica y el valor socioeconómico de la circunstancia estudiada. "Alma apostolar" le llama Medinaceli, por sus esfuerzos para educar y levantar al pueblo. El famoso concepto de Omiste, "nunca dejaremos de ser esclavos mientras no sepamos hacernos libres por la cultura", resuena todavía en los oídos bolivianos. Se le ha comparado con Sarmiento por la tenacidad y multiplicidad de su obra como educador del pueblo, pero carece del vuelo intelectual del gran argentino. Luís Paz escribe una biografía del Baptista, **El Gran Tribuno**, y una extensa **Historia del Alto Perú** hasta la independencia, libros en que se alean el oro con el cobre. El benjamín de los historiadores es Pedro Kramer, autor de la mejor introducción a nuestro pasado. Su **Historia de Bolivia** debía constar de diez nutridas partes, pero, fallido prematuramente, sólo alcanzó a publicar el primer tomo, que comprende los orígenes hasta la disolución del Incanato. Esta obra no ha sido superada ni en la excepción metódica y lógica de los hechos, ni en sagacidad crítica, ni en estilo noble y elevado a pesar del desmesurado crecimiento de las disciplinas históricas, que brindan mayores auxilios al investigador.

Brillan en la oratoria sagrada Monseñor del Granado, Monseñor Bosque, Monseñor Taborga, Monseñor Santiesteban.

Vienen luego tradicionalistas y costumbristas. Los tradicionalistas hacen número, mas no todos rayan a la misma altura. Beben en las crónicas de la Colonia, manejan un castellano más dúctil, pecan unos de puerilidad, otros son meros narradores amenos, se esfuerzan todos por destacar el hecho pasado en decoroso mediorrelieve. Jaimés, Aguirre, Omiste, Ochoa, Aponte, Acosta son los principales. Nataniel Aguirre, con **LA Bellísima Florida** y **La Quintañoña**, ennoblece el género elevándolo a la categoría de obra de arte. Modesto Omiste sobresale por la envergadura del esfuerzo reconstitutivo y la seriedad de la investigación documental; sus **Obras escogidas**, en dos tomos, dan idea de la vasta labor del historiador y del tradicionalista. Julio Lucas Jaimés, que popularizó el pseudónimo de "Brocha Gorda", es quien da mayor relieve a esta escuela. Aun reconociendo que el maestro en el género es el peruano Ricardo Palma, nuestro Jaimés no le va en zaga. Tiene relatos muy sabrosos, delicadamente contruídos. El estilo castizo y flexible le permite incursionar con pareja soltura por la historia y la tradición. Un crítico afirma que

"sustancioso, picaresco, potosinísimo, es nuestro mejor tradicionista". Tuvo donoso ingenio de narrador. Estilizó las viejas crónicas confiriéndoles dignidad estética. Fué un gran prosista, aunque barroco, influído por los clásicos españoles. Su novela **Delia** y sus obras teatrales son inferiores a **La Villa Imperial de Potosí**, espléndido conjunto de tradiciones y leyendas. "Brocha Gorda" es un clásico por su formación humanista y la superior calidad de sus escritos. Un gran señor del idioma.

Si los tradicionistas inician la reacción contra la poesía y la novela romántica, de estirpe gala, los costumbristas proclaman gallardamente la urgencia de explotar el tema nacional, perfilando tipos y modos de vida propios. También aquí es evidente la influencia hispana: Galdós, Pereda, Fernán Caballero. Tres son sus valores representativos: Adela Zamudio, Lindauro de Campero, Julio César Valdés.

La Zamudio, que inmortaliza el pseudónimo "Soledad", cuyo estro opaca a los poetas de su tiempo, fué la primera mujer boliviana que irrumpió como ardiente luchadora en la polémica y la educación. Inconforme, inquieta, agitadora de conciencias, defendió la enseñanza laica, combatió el clericalismo, fundó la primera escuela fiscal de mujeres. Su prosa nerviosa y su lira inspirada, henchida de comprensión social, de dolor humano, abrieron ancho surco en el conservantismo finisecular. En sus **Novelas cortas** y en sus **Cuentos**, Adela Zamudio ha pintado con sencillez y fuerza descriptiva la vida provinciana apacible, monótona, apenas turbada por el lento discurrir de las pasiones. ¡Ya quisieran muchos narradores de hoy tener el poder de captación sintética, el lenguaje correcto y suelto de la Zamudio! ¿Se concibe una Pardo Bazán sin fortuna, sin los blasones del apellido y de la posición social, sin su enorme fecundidad creadora, mas como ella ansiosa de ganar jerarquía para la mujer? Eso fué nuestra gran doña Adela, cuyo realismo activo, combativo, trascendió las fronteras patria. Si la recia del ánimo se encrespa en la prosa vibrante, la honda emotividad se resuelve en versos rebeldes muy bien contruídos, donde pesimismo y ternura tejen sus mallas contrapuestas. Mujer extraordinaria por su inteligencia y su fortaleza moral. Un pensamiento audaz y varonil. Un profundo conocimiento del corazón humano. Un escepticismo filosófico tocado de idealismo. Y el todo ceñido por esa delicadeza femenina que ennoblece aun aquello

que critica; he aquí Adela Zamudio, inteligencia superior, movida por una sensibilidad de artista.

Lindauro Anzoátegui de Campero inicia el costumbrismo propiamente dicho. Sus novelas cortas y sus cuentos, lo mismo que sus relatos históricos, denotan perspicacia en la sátira social, fino dibujo psicológico, sentimiento estético del paisaje. ¿No ha dicho Joubert que la literatura es delicadeza? Pues bien: la señora Campero es un alma delicada, cuyas obras, sentidas y armoniosamente logradas, contrastan con el barroquismo ambiente. Es "la mejor prosa escrita en Bolivia por pluma femenina", afirma un crítico. Por la habilidad con que plantea y resuelve un crítico. Por la habilidad con que plantea y resuelve los conflictos pasionales, se advierte un temperamento dramático que no llegó a florecer en plenitud. **Hualparrimachi, Una mujer nerviosa, Luís, Manuel Ascencio Padilla** y otras narraciones, denotan un temperamento realista y romántico al mismo tiempo, bien controlado, que sortea diestramente las vallas del relato. Otro ensayista apunta: "Maneja muy bien el diálogo, y es de tal valor plástico, que informa por sí solo de toda la acción y trasluce el escenario o fondo". Doña Lindauro vió y expresó las escenas habituales de su Bolivia, como la Fernán Caballero transcribió las de sus España. Lástima que sus variadas producciones se hallen dispersas, o no se hayan reunidos en libros, lo que impide gustar largamente los zumos de su noble ingenio. Fué también poetisa de rara distinción espiritual.

Julio César Valdés es el más fino ingenio y la pluma más colorida entre nuestros costumbristas. Este romántico —dice Medinaceli— cincela con primor sus relatos. Cultiva el realismo descriptivo. Su naturalismo no es de línea gruesa, como el zolesco, sino más bien perfilado a la manera de Larra. Tiene talento analítico, viveza en el diálogo, estilo desenfrenado, chispeante en la sátira y regocijado en la burla. **Picadillo, Mi noviciado, La Chabelita**, revelan al ironista fino y mordaz. Tiene dos pequeñas obras maestras en el ensayo de costumbres: **El brujo**, penetrante análisis del indio, que termina con esta frase incisiva: "sólo el maestro de escuela estrangulará al brujo"; y otro fragmento delicioso sobre **La revolución**, mal endémico del país. Para el crítico citado, Valdés sobresale por la verdad del modelo y el acierto del medio descritos. Espíritu afín a Larra y a Pereda, cáustico como el uno, penetrante y zumbón como el otro, es quien lleva más

hondo el juicio satírico contra las formas de la vida colectiva. Sus crónicas, sus **Croquis**, sus cuentos, son aguafuertes del medio social, impregnados de humorismo combativo; en el fondo yace emboscada la grave melancolía que se desprende del espectáculo humano. Un prosista decentísimo. Un agudo observador. Un ingenio ágil y vibrante. Julio César Valdés pone la nota límpida de luz y de alegría en nuestra literatura, densa y circunspecta.

Los Indagadores husmean y buscan en todos los géneros. Un precursor de los actuales arqueólogos, por ejemplo, es Manuel Vicente Ballivián, erudito e infatigable autor, que escribió sobre los temas más diversos, en especial científicos, geográficos, históricos, hallándose dispersa su valiosa obra de investigador en folletos, diarios y revistas. Este fué uno que, honrado por congresos e instituciones extranjeras, nunca dejó de amar morosa y amorosamente la verdad de su patria, constituyéndose en celoso propagador de sus glorias y posibilidades.

Es indudable que la producción literaria de esta época no acusa el mismo nivel: la poética no alcanza la calidad de costumbristas o historiadores, pero también aquí —aunque no todos— algunos se esforzaron por aproximarse a la temática nativa. El único vate de personalidad inconfundible es la Zamudio. **Intimas**, "libro armonioso y melancólico, compuesto en forma epistolar"; **Ráfagas**, que reúne sus mejores versos, y el poema crítico-filosófico **Quo Vadis?** Bastan para consagrar a la ilustre cochabambina. Ricardo Mujía, Tomás O'Connor D'Arlach, Sixto López Ballesteros versifican correctamente, sin pasar de una ligera inspiración. Hay toques descriptivos del paisaje, fraseología romántica, trivialidad en el concepto. Rosendo Villalobos, poeta parnasiano y de buen gusto, se eleva sobre la mediocridad lírica de su tiempo. **Ocios crueles** y **Memorias del corazón** son libros sentidos y de técnica ajustada. Su estudio sobre **Literatura boliviana**, sin revelar a un crítico cabal, denota cultura y buen juicio. Benjamín Blanco, humorista y poeta festivo, es agradable sin despertar entusiasmo. Tomás O'Connor D'Arlach, fecundo publicista tarijeño, se dedicó a la poesía y a la historia. No es un poeta de condiciones singulares en sus versos, a veces ramplones, pero sí lo es en sus dos obras "históricas". **El general Melgarejo** y **Doña Juana Sánchez**, que, compuestas livianamente, tratan tema y personaje con exceso de imaginación, concediendo importancia desmedida a la anécdota.

D'Arlach inventa mucho, escribe en estilo sencillo, ameno y ha sido un animador de nuestras letras.

La producción dramática es más substancial. Ya dijimos que **Visionarios y mártires**, drama sobre la independencia peruana, y **Represalia de héroe**, de Nataniel Aguirre, pertenecen a la escuela romántica. Ambos tienen algo de dramón echegarayano, fallas técnicas, pero los salva la pintura de época, el buen perfilado de personajes, la belleza del estilo. En el segundo, el proceso emancipatorio está visto con pupila americana. Por la fluidez del diálogo y la corrección del verso, es una de las mejores producciones dramáticas del país. Julio Lucas Jaimes "Brocha Gorda" compone **Morir por la patria**, drama, y **Un hombre en apuros**, comedia jocosa. Los dramas históricos de José David Berríos, casi todos en verso, según Ángel Salas en su interesante estudio sobre nuestra literatura dramática, "no alcanzaron éxito por la afectación de los personajes, la falta de fuerza expresiva y la monotonía del verso". No obstante, **Huascar** y **Atahualpa**, Alonso de Ibañez, **Calama**, llevan a la escena el tema evocativo de índole patriótica. En Berríos vale más la nobleza del esfuerzo que el resultado obtenido.

Superior es el **Atahualpa** de José Pol, drama histórico que parece brotar bajo el signo de Hugo, Dumas, Echegaray. Bien concebido y mejor desarrollado, con cabal conocimiento de la técnica escénica enaltece la figura infortunada del Inca. Los personajes secundarios se desenvuelven adecuadamente. Esta obra tiene valores de estructura y de forma.

Hermógenes Jofré publicó **Los mártires**, drama en cuatro actos, y ha sido considerado por ello como el mejor dramaturgo nacional del siglo XIX. Aunque la acción se sitúa en Haití, por razones de política interna, en el fondo es la teatralización de las célebres matanzas de Yañez durante el gobierno de Córdova. Describe la conmoción social que el hecho produjo y el castigo por el pueblo del bárbaro asesino. Estima Salas que Jofré "supera a Gabriel René Moreno en su obra histórica sobre el mismo tema, porque su drama es de mayor verismo y fuerza expresiva". Jofré mantiene la tensión dramática sin decaimientos. Su obra puede considerarse, por sus valores de composición y el buen manejo de la trama, como una de las pocas expresiones logradas del teatro nacional.

José Mariano Durán Canelas ha dejado dos dramas históricos: **La batalla del Pari** y **la cabeza de Warnes**, sobre motivos de la independencia en el oriente. Ambos de corta valía. El poeta Ricardo Mujía, de estro sencillo y correcto, compuso también dos obras: **Bolívar en Junín**, hermoso drama lírico, según expresa Finot, y **El mundo que juzga**, de menos importancia que el anterior.

Un verdadero dramaturgo, que domine la técnica del género, de rica y variada producción, no lo hay. En la Escuela Indagadora como en el período romántico, se trata de ensayos aislados, dispersos, siendo más el entusiasmo que la eficacia del resultado obtenido.

Pertenece a este período, aunque su único libro se publicó muchos años después, Isaac Tamayo, anticipador de la doctrina indianista. **Habla Melgarejo** es una obra irregular, desigual, "apenas si puede llamarse un libro", según juicio del propio autor. Bajo el pseudónimo de "Thajmara" y valiéndose de la ficción del personaje muerto evocado en una sesión de espiritismo, Tamayo analiza la realidad boliviana. Ataca al blanco europeizando, desprecia al cholo y mestizo, exalta al indio. Fustiga duramente las taras y vicios del medio social. Pide volver los ojos a la tierra y a la raza. Es "una radiografía medular de Bolivia", afirma Roberto Prudencio; el juicio es exagerado, pues el trabajo no pasa de disquisiciones fragmentarias, unas acertadas, otras muy discutibles, que revelan la inteligencia alerta, el espíritu cultivado y excéntrico del autor. La subestimación que hace de la cultura europea trasplantada al medio criollo, su desprecio al blanco y al mestizo rezuman el mismo resentimiento que dictará a su hijo, Franz Tamayo, las páginas lapidarias y nervudas de **La creación de la Pedagogía Nacional**. En **Habla Melgarejo** no hay la obra ni el gran escritor que piensa Prudencio. Solamente un trabajo extraño, bastante deshilvanado de forma, cuyo mérito consiste en haber querido explorar las cavernas de la nacionalidad.

La Escuela Indagadora tiene dos cimas igualmente elevadas y dignas de estudio, si bien la crítica ha encomiado más a la segunda: una brota del valle, otra del trópico. Nataniel Aguirre y Gabriel René Moreno. La eterna antítesis de Apolo y de Dionisos; uno es el artista puro, otro el escritor profesional. Maestro de belleza y profesor de energía. Ambos sienten, aman y expresan lo boliviano con rara

intensidad, pero a través de métodos diferentes: Aguirre con amor, con dolor, con sed de enaltecer lo propio; Moreno con pasión de rebelde y de inconforme, mirando más al pasado que al porvenir. Los dos entregados a la tarea de búsqueda con tenacidad de verdaderos creadores.

Nataniel Aguirre, político, orador, narrador, poeta, dramaturgo, ha dejado bellas muestras de su versatilidad intelectual. Su pluma enciende todo lo que toca.

"En literatura —expresa un ensayista— no debemos empecinarnos en extranjerismos ni en vernaculismos; sólo el ansia de perfección, porque cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido". Este juicio aplica con justeza en el caso de Aguirre, que por su clara inteligencia y su depurado gusto estético es almirante en el mar borrascoso de nuestras letras. Los criticastros que se empeñan en desmontar prolijamente los elementos estructurales de un poema o de un relato, desconociendo la unidad orgánica, subjetiva, de la obra de arte, probablemente encontrarán defectos que con tal sistema se hallará también aun en los maestros; mas quien sepa distinguir entre fiscalía literaria y valoración espiritual advertirá en el cautivador novelista cochabambino las condiciones primordiales del auténtico creador: verdad, unidad, proporción, nobleza de estilo, sentido del color y del matiz. Frente a la pequeñez del analista, la visión integradora, vivaz, del componedor de mundo espirituales. Saber sentir, saber decir ¿no es toda la estética del genuino escritor? Aguirre se guía por ella, sabe el arte de ganar corazones y seducir inteligencias.

Perteneció al civilismo por doctrina, a los románticos por el sentimiento, y su figura culmina en la doble trayectoria del hombre y del escritor en la Generación del 80, que terminó con el caudillismo militar del siglo XIX. Virtuoso en política, notable orador, su voluntad de indagación se condensa en las letras, pues lleva a ellas el ánimo despierto, la urgencia de ensayarlo todo para afirmar una vocación literaria. Cuanto sale de su pluma es digno de leerse. **Juan de la Rosa** es la mejor histórica producida en el país. **La bellísima Floriana**, una encantadora leyenda novelada. "Don Ego" y "La Quintañoña", cuentos,

retratan al vividor egoísta y a la beata hipócrita y solapada. Sus poesías patrióticas y líricas son de buen gusto, de correcta factura. Sus dramas **Visionarios y mártires** y **Represalia de héroe**, influidos por Byron y por Hugo, introducen el tema americanista en la escena, y se distinguen por la evocación de la época de la independencia, el carácter de los personajes y la elegancia idiomática. El diálogo y los modos métricos se inspiran en los clásicos españoles. Aguirre dejó dos obras trucas: una **Biografía de Bolivia** y una **Historia de la guerra del Pacífico**.

Este romántico en sus versos y dramas históricos, este colorista al modo de Gauthier en sus cuentos y leyendas, culmina en la novela: **Juan de la Rosa**, libro impar en la literatura nacional.

Esta novela, que el autor intituló "Memorias de Último Soldado de la Independencia", es la mejor pintura de época de la epopeya emancipadora. La acción transcurre en el valle de Cochabamba, corazón del Alto-Perú, cuando el pueblo criollo insurge contra el dominador hispano. Nataniel Aguirre, hijo del valle, es el padre de la novela boliviana. Aquí el paisaje tiene la tranquila arquitectura de las zonas templadas. Los tipos humanos, como el medio geográfico, son claros y sencillos. El ingenuo lirismo valluno baña en luz estos seres y estas costumbres, que el novelista refleja con arte límpido y directo. El tema dramático deviene poesía. Es un modelo vivo, palpitante, lleno de verdad y de hermosura, que no supimos o no pudimos imitar: el relato de tema boliviano y aliento universal, conjugando la sinceridad de efectos dramáticos con la dulce efusión del estilo. **Juan de la Rosa** aproxima mejor que diez textos de historia la gesta emancipatoria, la enciende, la ilumina, la transfigura en la comprensión de sus lectores, que viven bajo el símbolo literario la pugna patética de antaño. Aquí la delicadeza quéchua se injertó en fiereza y donosura hispanas. Trama, descripción, pasiones, desenvoltura de la acción —es sobre todo una novela de acción—, color, lenguaje, se ajusta todo a la tierna confesión de un alma apasionada que regula noblemente su emoción. Aguirre siente a Bolivia latir en sus venas generosas; ama sus tipos populares, sus costumbres añejas, sus giros arcaicos, su historia convulsiva; recoge lo que vieron sus ojos de niño impresionable, lo que escucharon sus oídos adolescentes, ávidos de ciencia; absorbe el mundo del contorno para quimificarlo y reconstruirlo en la verdad intemporal del orbe estético.

Se explica que desde las dos primeras líneas de su narración — "Rosita, la linda encajera, cuya memoria conservan todavía algunos ancianos de la villa de Oropeza..."— atraiga y fascine con el conmovedor encanto de su prosa, el más puro manantial en los riscos de nuestra novelística. El relato mixto, histórico y de ficción, presenta la sociedad colonial. Al sombrío Goyeneche, los patriotas de Aroma y de Amiraya, la proeza de San Sebastián, las peripecias de los ejércitos auxiliares argentinos; tumultos callejeros, conspiraciones, combates a campo descubierto; la sorda lucha entre una sociedad que declina y otra que nace, pintado todo con viveza y gracia incomparables. Personajes históricos e inventados desfilan con maestría de trazo psicológico: Goyeneche, Arze, Rivero, Antezana, Guzmán Quitón. Luego Fray Justo, Alejo Calatayud, Overo, Burgullo, Juanito y Rosita. Y por último la magnífica estampa del cerrajero Alejo, por sí solo encarnación del pueblo. Aguirre maneja diestramente sus personajes, que son muchos, y sabe llevar la trama con sostenido interés.

¡Hermoso libro, penetrado de fuerza y dignidad!

Enfrentar a Gabriel René Moreno es cosa grave, porque no se trata de "un" escritor, sino del escritor por excelencia. Moreno resume la Escuela Indagadora; es la culminación del pensamiento nacional en el siglo XIX, y si apuramos, el análisis trasunta el drama del intelectual boliviano, desde la independencia hasta nuestros días. No ha vuelto a darse el hombre de letras entre nosotros con mayor probidad ni con caudal esclarecedor tan abundante. La pasión de pensar, la vocación de expresar, la caza emocionante del dato y del documento que respalden lo afirmado, la severa disciplina del método analítico, la belleza de la forma, todo en el insigne polígrafo cruceño se traba y se organiza con la dócil seducción de un paisaje: se diría estar viendo, en su prosa, el dibujo reposado y vibrante, ágil, majestuoso, de la naturaleza. Nada de artificio, nada de forzado. Pensamiento y estilo ensamblan admirablemente en el maestro, que leyéndolo hermanan el ansia de saber con el deleite de sentir transcripción ideal del mundo estudiado.

Moreno se adelantó a su tiempo, como toda cabeza genial. ¿Cómo concebir que en esa época sin lectores, sin crítica, sin buenas

imprentas, hubiera voluntad consagrada a sola devoción de escribir? Por un milagro de concentración mental. No buscó el gran bibliógrafo resonancia ni recompensa para su tarea de benedictino. Vióse solitario, incomprendido, no sólo en Bolivia, sino también en Chile, desde donde su pluma quiso buscar gravitación continental. Pero la América del Sur, al terminar el siglo pasado, poco podía ofrecer al intelectual como no fueran publicaciones esporádicas, amistades contadas. Moreno tomó en serio las letras cuando el continente recién despertaba a la cultura; pasarían muchos años para que América y su patria reconocieran su inmensa tarea precursora. Y éste es el drama conmovedor: dotado de inteligencia y sensibilidad crítica excepcionales, no tuvo Moreno con quien medirse. Su vida, su obra vastísima y diversa, son un monólogo en la ascética celda del prisionero de su ingenio. ¿Cómo extrañar que muchas veces su visión se deforme, su pluma peque de arbitraria, si éste fué uno que padeció la tortura de predicar en el desierto? Sólo Franz Tamayo, el gran solitario, supera en intensidad el tráfico destino de Gabriel René Moreno. Los dos ángeles negros de la literatura boliviana.

Pertenece el polígrafo a ese tiempo de minorías privilegiadas, que no hacían todo en función del valer individual. Un estilo de señores predomina en la vida colectiva; unos pocos hacen la política, contados controlan la economía, escasos se ocupan de las letras. Fué, pues, Moreno un señor desdeñoso de la comunidad a la cual pertenecía. No sintió el lento despertar de su pueblo, no pudo comprender al cholo ni al indígena. Discípulo de Spencer y de Darwin, evolucionista, sólo vió superioridad en los blancos, fulminando a indios y mestizos con el anatema de su inevitable desaparición. De ahí la injusticia de su crítica, cuando refiriéndose a estos últimos exclama: "Su herencia de hoy es para nosotros nada". El cholo —dice en otra parte— "es célula morosa o pervertida y la causa de todos nuestros males". Al indio lo ve estúpido y amilanado. "Ambos agentes arcaicos —expresa— deben desaparecer". En una sociedad en estado de ebullición, donde comenzaba a fermentar el descontento de las clases medias; donde la audacia del aventurero civil o militar podían más que el mérito del hombre superior; donde no había resonancia para sus esfuerzos intelectuales, Moreno tuvo que terminar en resentido, desacorde con su tiempo y con los suyos. Su crítica maligna y picaresca, a veces se tiñe de odio. Su fino sentido crítico desemboca muchas otras en injusticia. "Para él —manifiesta un crítico— nada ha sido grande en

Bolivia". Y hay quienes lo juzgan el último representante del espíritu colonial, por su obstinación en malcomprender a la República. Pero ésta es la parte negativa de su obra; "ese criticismo agudo, esas furiosas requisitorias, ese aire de inconforme, de inadaptado", a que alude Otero en su estudio sobre el maestro, esa actitud típica de resentimiento en el puro hombre de letras. De aquí su obsesión de soledad y altanería. Conservador en política, es parcial y apasionado en sus afectos como en sus odios. Su airado menosprecio al mundo en que vive lo induce a emigrar, y aun de la distancia seguirá doliéndose del atraso y la ignorancia en que vegetan sus compatriotas.

Los defectos del hombre son contrapesados y se hacen olvidar por las excelencias del escritor. Moreno es una de las figuras más altas en la literatura sudamericana por la fecundidad y calidad de su obra intelectual. Dejemos, pues, a un lado la excentricidad de su carácter, la obstinación de sus prejuicios y sus yerros, para relieves lo grande y duradero de su tarea creadora.

Dase en Moreno el escritor con ímpetu total: bibliófilo, bibliógrafo, bibliómano. Historiador y ensayista, se dan la mano con crítico y sociólogo. Ama la polémica, la evocación del pasado, el buen manejo de las formas gramaticales y retóricas. Lector de Comte, de Taine, de Renán, tal vez fué uno de sus modelos el Sainte-Beuve mordaz, agudísimo, maligno, ese crítico instruido que perfeccionó el arte del retrato literario. Y como Sainte-Beuve, "el gran conservador de las letras francesas", tiene también —apunta Otero— "un estilo convencional, una prosa rápida, percutida, es si no es periodística; la pincelada graciosa de la ironía, el gesto áspero del sarcasmo; además cargado de bélicos desdenes". Es el primero que estudia científicamente nuestro medio, sistematizando la investigación histórica y social. Dividió su inmensa tarea ordenadora en dos partes: la titánica misión de copiar catalogar y comentar cuanto libro, folleto o publicación salía de las prensas patrias; y la no menos ciclópea labor de sus muchos libros, caudaloso de valor crítico e informativo. ¿Cómo pudo trabajador tan incansable lograr una instrumentación verbal tan eufónica? Para Roberto Prudencio, Moreno es el primer sociólogo nacional. Llama la atención sobre el estudio del indio mojeño en la **Introducción al archivo de mojos**. Carlos Medinaceli, comentando la **Biografía de Nicomedes Antelo**, expresa que por la amenidad del relato, la belleza del estilo, la gráfica plasticidad y el vívido colorido de

la evocación, así como por la penetración psicológica, es lo mejor que en materia biográfica han dado nuestras letras. Gustavo Adolfo Otero, a su vez, dice que Moreno fué clásico en la forma y romántica de impulso. Hispanista sincero, barroco en el decir, actuó como juez implacable en moral, en sentido común, en estética.

Escribió Moreno mucho y muy denso. Cualquiera de sus trabajos cautiva al lector menos avisado. Señalemos entre sus principales obras las siguientes: **Introducción al estudio de los poetas bolivianos**, cuyos juicios acertados mantienen aún vigencia. De sus varios estudios biográficos, los relativos a **José Ballivián** y a **Nicomedes Antelo**. Su **Literatura preceptiva** e inúmeros trabajos bibliográficos. Sus tres obras mejores son: **Los últimos días coloniales en el Alto Perú** ya juzgada en otro capítulo; **Las matanzas de Yáñez**, y el **Catálogo del archivo de Moxos y Chiquitos**, maravilla de análisis y reconstrucción poemática del pasado. Luego los diversos volúmenes que bajo el nombre de **Bolivia-Argentina** y **Bolivia-Perú**, subtitulados **Notas, Más notas y Nuevas notas**, el polígrafo compuso agrupando las producciones más variadas de su genio, que comprenden temas históricos, estudios biográficos, crítica política, análisis sociológico, ensayo literario. Moreno es en esto balzaciano: no está en uno solo de sus libros, sino a través de todos ellos, palpitante de fuerza, rico de erudición sapiente y de poder evocativo, grande en la visión de conjunto y en el detalle, cíclope que sólo puede ser apreciado en la vastedad totalizadora de su obra.

Infelizmente, sus obras escasean. Pocos, muy pocos son los que las han leído; y de estos mismos, raro el que pueda gustar comprender en profundidad esta literatura sabia.

Gabriel René Moreno ¿es la floresta virgen, la vegetación lujuriosa, en medio de emanaciones húmedas y ardientes? No, porque aun proviniendo de la zona de los llanos y los bosques este mago no se insume en el océano tropical; más bien demuele, corta, ordena, clarifica y pule su morada. Hinchido de savia vital y de colores, como el trópico que lo genera y lo sustenta, el gran cruceño es un domeñador del idioma. Su prosa castiza, nerviosa, ondulante, sirve de expresión a un intelecto robusto y firme. Todo sale abundante, fácil, preciso, atrayente de su pluma; abundancia sin exceso, torrente

contenido y encauzado. Polemista enconado, dialéctico certero, sus reconstrucciones históricas se cargan de electricidad, pecan de vehemencia, jamás por falta de interés.

En lo personal y pasional, es el boa que lanza sus anillos sobre la presa inerme. O el "surazo"⁽¹⁾ (Viento helado que cambia el clima tropical del oriente boliviano.) que avienta al horizonte cárdeno las nubes que lo estorban. ¡Guay de quien cayó entre esos anillos o esos vientos!

Es el humanista moderno, el insigne papelista, cargado de ciencia y de impaciencia por saber más. Avanza impetuoso por los vericuetos de la Historia, los archivos, las tradiciones, los periódicos, los estudios científicos; lo seducen poesía, artes, bellas letras; se sumerge en el laberinto de catálogos y documentos estadísticos. Cuanto sale de su pluma es literatura viva, beligerante, tema y estilo ricos de color, porque el maestro cruceño maneja los pinceles crudamente, a la manera de Sorolla, trayendo todo a plena luz envolviendo en una atmósfera cegadora, perturbadora, que rechaza las penumbras. Recuerda también, en parte, al ilustre Menéndez y Pelayo; y si no alcanza al erudito peninsular en el saber docto y universalista, le supera en picardía, en malicia criolla, en sentido del matiz, en ese don poético para reconstruir gentes y ambientes; digamos, por ejemplo, esa bellísima introducción al **Catálogo de los archivos de Moxos y Chiquitos**, un fresco insuperable del Imperio Jesuítico en nuestro oriente.

Moreno es el trópico hecho historia, crítica, polémica. El trópico que despierta y se organiza. Sus recios libros y sus numerosos estudios bibliográficos constituyen fuente nutricia para el estudio del pensamiento nacional; acaso la más ancha y abundante. Mas no todas sus ideas son aceptables. En él la sangre y el sentir hispano-colonial menosprecian y malcomprenden a la muchedumbre indo-mestiza, que es la fuerza viva de Bolivia. Es el sociólogo, el susceptible de mayores rectificaciones. Si el historiador acierta —pongamos otro caso— en el retrato punzante de Rivadavia, yerra en la extrema severidad con que juzga a los Libertadores. Si el analista acierta al estudiar las fases de evolución de la sociedad, se equivoca lamentablemente al desdeñar la raza kolla, raíz y tronco del acontecer nativo. Temible en sus odios, parco en sus afectos, es una especie de Guizot sudamericano, que concibe la historia en forma austera y viril, como una totalidad

orgánica. Es un "saint-beuviano" que quiere hacer de la crítica un imperio biográfico y psicológico.

Aceptable muchas veces, otras discutible y refutable —admirable siempre—, Gabriel René Moreno es el escritor de garra, el ingenio creador que con pupila más sagaz exploró nuestro pasado. Su mejor libro, columna dórica en nuestro templo literario, **Los últimos días coloniales en el Alto Perú**. El primero de los escritores bolivianos del siglo XIX será también el último de los autodidactos. Concentra en su vigorosa pluma la influencia de tres escuelas: la clásica o neoespañola, la romántica, la indagadora. Funda el método científico para investigar el pasado: análisis descarnado, riguroso, objetivo, siempre con el documento y el dato preciso que respaldan la verdad de lo afirmado. Podemos divergir de la mentalidad colonialista, no siempre justa, con que enjuicia nuestra joven nacionalidad; admiraremos siempre el vigor de su intelecto y el brillo de su prosa.

Gabriel René Moreno, un hombre, un estilo. El luchador de las ideas, el conservador de los sucesos. El relojero genial, gruñón, descontento, que nos ha enseñado el valor de las horas cuando son bien aprovechadas, y los sutiles deliquios de una vocación es llevada a un plano de rara constancia y perfectibilidad.

El nuevo siglo toca a la puerta. Ha terminado la etapa individualista de los soñadores románticos y los pesquisadores autodidactas. Moreno cierra una época y abre otra. Y al evocar la figura del maestro inclinado sobre sus libros, hay que pensar en la suma de accidentes, de esfuerzo y sacrificio que la nación tuvo que soportar para poder elevarse al gran escritor. Si la literatura es el espejo de una sociedad, Bolivia debe mirarse en Gabriel René Moreno: justamente porque fué la excepción en ese siglo XIX tumultuoso, desordenado, individualista, nos ha dejado la lección de la salud mental aun a través de su belicoso temperamento polémico. ¡Qué cosa más boliviana que el fiero polígrafo cruceño, tan amigo de sus amigos, tan enemigo de sus enemigos!

CAPITULO XI

EL SIGLO XX: REALISTAS Y EXOTISTAS

Liberales y republicanos.— El fondo político-social para treinta años de estabilidad interna. Montes o el Carácter.— Influencias ideológicas y literarias.— Sociólogos positivistas: Sánchez Bustamante, Arguedas, Díaz Romero, Saavedra.— Otros escritores.— Perfil de Alcides Arguedas: el crítico, el historiador, el novelista.— Jaime Mendoza y el "andinismo".— El modernismo y los poetas Pinto, Jaimes Freyre, Tamayo.— La novela realista: Arguedas, Mendoza, Chirveches.— Historiadores y narradores; Finot y otros prosistas.— Franz Tamayo en escorzo: el pensador y el artista.

El nuevo siglo trae nueva vida, hay un cambio de eje en el acontecer nacional. Ser mucho, hacer poco, fué la divisa de los conservadores. No importa lo que somos, sino lo que hagamos, replican los liberales, y ésta será la norma de gobierno durante el período 1900 -1920, ciclo el más constructivo de nuestra historia republicana, raíz y origen de la nación moderna. Los doce años siguientes, hasta que estalla el conflicto del Chaco, el país seguirá viviendo dentro de las grandes líneas dinámicas del liberalismo, con el solo cambio de nombre en los partidos. Pando, Montes, Villazón, Montes otra vez, Gutiérrez Guerra, son los mandatarios liberales. Saavedra, Siles, Salamanca, se llamarán "republicanos". Histórica y sociológicamente todos ocho son la misma cosa. Fueron gobiernos típicamente liberales en política, en economía, en estructura social. Progresistas para su tiempo, cavaron ancho surco para que germinara más tarde la semilla socialista; y es indudable que sin el antecedente demo-liberal, abierto, generoso con las clases medias y exaltador del artesanado, no sería concebible la actual sensibilidad de masas que agita nuestra política interna.

Antes de iniciar su vasto plan de reconstructor, debió el liberalismo afrontar dos serios problemas. La revolución federal, que con el pretexto de cambiar el sistema gubernativo sólo sirve para sustituir la hegemonía del sur por el predominio industrial del norte; y la Guerra del Acre, motivada por el auge de la goma, que terminará en cesión de ricos territorios al Brasil. Se pierde la goma como se perdió el salitre; por la excesiva distancia, la pobreza de recursos, la escasez de población. Injusto será culpar a gobernantes o a gobernados. Cada cual hizo cuanto pudo, pero el destino se inclinó por el más fuerte. Ahí queda el recuerdo de Maximiliano Paredes, un símbolo más del coraje boliviano.

Jurídicamente la capital sigue siendo Sucre; de hecho, La Paz pasa a ser cabeza de nación. Los líderes del liberalismo —Camacho, noble figura moral y teórico de la nueva doctrina; Pando, Pinilla, Reyes Ortíz, Pérez Velasco, Guachalla, los hombres de acción— escalan el poder

con un programa avanzado y dinámico. Pero más interesante que el programa fué el espíritu con que sus propugnadores lo aplicaron. Para el liberalismo naciente se trataba de dos propósitos fundamentales: liquidar la vieja casta tradicional, aristocratizante, conservadora, de Chuquisaca, sustituyéndola por una nueva clase dirigente surgida de las clases medias; y definir la política internacional en el Pacífico, porque el Pacto de Tregua de 1884 estrangulaba económicamente al país, manteniéndolo en vasallaje a Chile.

Quiso el liberalismo aniquilar a la oligarquía señorial del sur, sin conseguirlo del todo; lo indiscutible es que la reemplazó en buena parte abriendo las puertas del poder político a la clase media. Los conservadores, de formación hispano-colonial, sintieron la República como una herencia que había que conservar. Los liberales, positivos y realistas, fruto más del contorno criollo que de la influencia transeuropea, sentían la nacionalidad en función de mudanza y transformación orgánica. Bolivia es más América y menos España cuando la prédica liberal irrumpe en los reductos chuquisaqueños, arrollando los privilegios de una casta social hasta entonces indiscutida.

Se han formulado dos serios reparos al liberalismo: nuestra clausura marítima por el Tratado de 1904 y el contrato Spayer, que al decir de sus impugnadores hipotecó económicamente al país, impidiendo su expansión ferroviaria. Ambos cargos, sino se justifican del todo, al menos se explican y atenúan con la perspectiva del tiempo. La nación estaba, por esos años, en estado de semi-soberanía; no podía acometerse plan alguno de reconstrucción sin terminar la cuestión con Chile previamente, y la verdad es que los gobernantes de esa época tuvieron la entereza de resolverla. Había que cortar el dogal aduanero que nos impedía disponer libremente de nuestras rentas; alejar el peligro de una nueva invasión chilena; reconstituir la nación sobre bases reales de progreso. Después de varios años de estudio, presionado por la necesidad, el Gobierno Nacional se vió obligado a firmar el Tratado de 1904, que nos priva de contacto con el mar. El presidente Montes, al informar a las Cámaras del infausto suceso, pronunciaba estas palabras memorables: "El Gobierno ha cumplido un deber doloroso y sin gloria". Bien es cierto que el pueblo boliviano jamás aceptó ese pacto írrito impuesto por la fuerza.

Tocante al contrato Spayer, bueno o malo, según lo juzguen defensores o censores, la clarividencia de Montes supo vincular el hecho nefasto del enclaustramiento marítimo al resurgimiento industrial del país. ¿Cómo pensar siquiera en ese resurgimiento sin vías de comunicación internacional? Aun aceptando las críticas, es evidente que el plan ferroviario del liberalismo prosiguiendo la política previsor de Arce, resolvió en parte nuestra mediterraneidad permitiendo el transporte en gran escala de minerales hasta puertos chilenos y peruanos.

Es admisible que los empréstitos extranjeros se colocaron casi siempre, lo mismo en las administraciones liberales que en las republicanas, en condiciones leoninas para el erario fiscal. Pero aun aceptando el derroche y la imprevisión, buena parte de ellos sirvió para construir ferrocarriles y caminos, levantar escuelas y dotar a las capitales de servicios públicos indispensables.

Los liberales dan treinta años de estabilidad política al país, con la sola incidencia del 12 de julio de 1920. Es la larga y venturosa etapa del orden dentro de la ley, del progreso conforme a plan, del sistema democrático que levanta a la clase media y la opone de contrapeso a la oligarquía declinante. La nación quiere definir sus pleitos limítrofes con los vecinos, devuelve la confianza a la palabra oficial, demuestra sentido responsabilidad en cuanto emprende o ejecuta. Podrá equivocarse, lógicamente, pero después de 1900 y a partir del gobierno austero de Pando, recobra lentamente su prestigio.

La libertad de culto, libertad de expresión, libertad de sufragio, libertad de comercio. He aquí las cuatro libertades del liberalismo, con todas las ventajas y defectos inherentes al sistema. La separación de la Iglesia y el Estado, el matrimonio civil, la ley de divorcio, la educación laica, el libre juego de las fuerzas económicas basado sólo en el afán de lucro y la competencia sin trabas, un exagerado individualismo que sólo se somete al poder civil, son algunos de los principios que sacuden la conciencia colectiva al comenzar el siglo.

Poco valen programas y principios cuando no se ajustan a los actos. El mérito del liberalismo consiste, justamente, en que sus hombres supieron adecuar su política a su doctrina; hicieron gran parte de lo ofrecido con beneficio directo para el país. Y si después engendraron

—por la misma flaqueza del sistema librecambista— una plutocracia monstruosa, inmisericorde, que acabó por devorarlos, ése fué un fenómeno biológico, de crecimiento social, que no podían prever los filósofos del liberalismo europeo ni los estadistas bolivianos.

Descontada la corriente renovadora en las ideas, juzguemos al liberalismo por sus actos.

El nuevo partido hará las veces del cirujano mayor; hay que amputar el órgano enfermo para que el cuerpo paralizado comience a funcionar. Se renuncia al mar y simultáneamente se inicia la restauración general. La política liberal se ajusta a un desarrollo estructural de conjunto; todo está allí previsto y todo se irá cumpliendo etapa por etapa. Primero el plan ferroviario, luego la reforma bancaria y la estabilización monetaria, después la educación pública en gran escala; la Misión Rouma forma los mejores normalistas del país. Se organiza técnicamente el ejército apartándolo de las luchas políticas. Constrúyense escuelas modernas y grandes edificios públicos. Se moraliza la administración, se dignifica la función pública, se recauda ordenadamente los impuestos. Al amparo de la seguridad interna, prosperan las grandes compañías mineras, acuden capitales de fuera. En vez de los Arce, Pacheco, Argandoña, los hegemones del conservantismo, comienzan a surgir los Patiño, Aramayo, Suárez, que un día llegarán a ser más poderosos que el Estado; por entonces, moverán riqueza, industrializarán la minería y el noroeste, contribuirán a sostener los gastos fiscales, pero también principiará la fuga de capitales al exterior. "La libertad de comercio, como apunta Céspedes, será asimismo libertad de especulación".

Los ferrocarriles facilitan los viajes y estimulan el intercambio comercial. Hay mayor movimiento y rapidez en las transacciones. Se abren buenas librerías, los diarios adquieren imprentas modernas, se funda cenáculos científicos y artísticos. Baste recordar "La Revista de Bolivia", dirigida por Daniel Sánchez Bustamante, o "Literatura y Arte", que sostiene varios años Eduardo Diez de Medina al comenzar el siglo; y más tarde, "Atlántida", fundada también por el segundo, o "La Ilustración", dirigida por Gustavo Adolfo Otero, no han sido superadas aún en su género. Hay un curioso equilibrio entre la bonanza económica y el despertar cultural. Reconozcamos que la obra liberal no llega al obrero ni al indio; no podía llegar, porque no era la hora del

socialismo en Sudamérica. Pero esta burguesía inteligente, práctica, responsable, que supo incorporarse lo mejor de la oligarquía declinante y de las clases medias en ascenso, gobernó con austeridad y con tino este país de tormentas, donde nada es más difícil que la ciencia de guiar a un pueblo punto menos que indomeñable. ¿Que la oposición durante esos treinta años protestó furiosamente? No hagamos mucho caso a la oposición; aquí, como en todas partes, ve siempre el lado negativo del problema, destruye ciegamente mientras está abajo... para lamentarse amargamente de la incompreensión general cuando le toca gobernar.

Las nuevas generaciones, juzgando con sensibilidad actual, de un dogmatismo revolucionario cerrado, nacionalista o socialista, se ofuscan al analizar la obra liberal: ven solamente los defectos y cierran los ojos ante la sólida obra realizada. La verdad es otra. Con todos los yerros que se les atribuye, con todas las fallas cometidas, las más conscientes de su destino histórico, las más eficaces en realización. Brillantes mentalidades irrumpieron en todos en todos los planos de la actividad boliviana. En la política, estadistas de la talla de Pando, Montes, Villazón, Salamanca, Saavedra, Siles. En el parlamento, tribunos como Ramírez, Iturralde, Paz, Tamayo, Ugarte, Vásquez, Elío. En el periodismo, plumas maestras: Carrasco, Antezana, Muñoz Cornejo, Rojas, Canelas, Vaca Chávez, Otero. Aparece una pléyade de educadores, ansiosos de levantar el nivel cultural del pueblo; los Saracho, los Oropeza, los Sánchez Bustamante, los Guzmán hacen escuela. Escritores de vocación y largo mirar auscultan nuestra realidad: Arguedas, Mendoza, Otero no han sido superados en el análisis sociológico. Tres grandes poetas se alzan como astros solitarios en el cielo nacional: Tamayo, Jaimes Freyre, Reynolds. Sin alcanzar la proyección social de Aspiazu, brotan hombres de ciencia abnegadas: Díaz Romero, Camacho, Posnansky. Surgen los escritores políticos de vena fácil y mordaz: Tamayo, Saavedra, Canelas, Romero. El diplomático-literato honra el país en el exterior y lo sirve con lucidez: Eduardo Diez de Medina, Finot, Guachalla, Costa du Rels, Ostria Gutiérrez. Tres buenos narradores, crean la novela realista en el país: Arguedas, Mendoza, Chirveches. Por donde vaya la mirada —los ejemplos anteriores sólo son expresiones escogidas al azar de una realidad mayor— encuentra una ley constante de rara ejemplaridad; éstos fueron unos que tomaron seriamente la tarea de hacer nación.

No importa que el ataque iconoclasta de las juventudes revolucionarias les niegue valer. Es natural. Pero la Historia ya ha comenzado a hacer justicia al liberalismo, cuyos hombres forjaron la nación moderna a golpes de cincel.

La vida nacional se transforma desde adentro y también por acción exterior. La Colonia se refugia en las provincias, la República se moderniza en las capitales bajo el soplo del huracán cosmopolita. La electricidad, el teléfono, el telégrafo, locomotoras y automóviles, el servicio cablegráfico en la prensa diaria, el cine, la afluencia de revistas y periódicos del extranjero, la facilidad de viaje y de transporte aceleran el ritmo de trabajo y aguzan la inteligencia humana. Bolivia ha despertado con el nuevo siglo. No es extraño que Montes sea el mandatario constructor por excelencia, a través de dos administraciones discontinuadas de actividad excepcional; Saavedra, precursor del socialismo, dicta las primeras leyes del trabajo; Siles, gobernante previsor, aleja la guerra con el Paraguay, termina la ferrovía que nos une a la Argentina y emprende otra reforma hacendaria con las leyes deportivos Kemmerer. La juventud busca en los campos deportivos nuevo cauce a su inquietud. Pero la política sigue señoreando el alma del boliviano: el "señor diputado", que ha cambiado la mula por el tren, sigue siendo el símbolo del éxito en la vida para esta sociedad democrática que ha reemplazado a los aristócratas de sombrero de copa y de levita. El centenario de la República, celebrando en La Paz con la primera Exposición Industrial, culmina la época liberal-republicana. La modernización de la capital, los primeros aviones que despegaron a 4.000 metros, expresan el progreso material, que corre parejo con el renacimiento del espíritu.

El hombre que resume esta época, encarna las energías sociales, y les imprimen el sello de su vigorosa personalidad, es Ismael Montes. Tamayo ascenderá más alto en el vuelo creador. Salamanca lo aventajará en inteligencia crítica y en sapiencia retórica. Saavedra será más caudillo para el cholerío andino. Pando, mejor militar. Villazón, hacendista de mayor tino. Siles lo vence en ciencia jurídica. Pero si se juzga la eficacia y la continuidad de una obra realizadora, nadie superó a Montes en el arte de manejar la muchedumbre boliviana.

Su obra gigantesca se proyecta sobre el primer tercio del siglo XX. Los primeros veinte años gobierna con mano férrea el país: pone al sucesor, vuelve cuando quiere volver, impone otra vez a quien lo sigue. Si el liberalismo cae en parte en 1920, es porque veinte años de administración bastan para agotar a cualquier fuerza organizada. Los diez años siguientes, la obra y la figura de Montes siguen obsesionando a Saavedra, a Siles, a Salamanca. Y en la ejemplar ancianidad, al estallar el conflicto del Sudeste, el gran ciudadano acude al teatro de operaciones bélicas, emite su consejo autorizado, regresa a dirigir las finanzas públicas desde la presidencia del Banco Central. ¡Hermosa vida, consagrada a la acción útil, al empeño de crear y organizar lo que dormía en el desorden y el ocio infecundo!

Montes supo conciliar el mando con la ley. Su temperamento desbordante lo inclinaba a concentrar poderes; su inteligencia controlada le avisaba dónde limitaban el hacer y el respeto a los demás. Fué el hombre más admirado y el más odiado de su tiempo; tuvo la fortaleza de alma para no sucumbir a los halagos ni rendirse a los ataques.

Si Baptista es el tradicionalismo, Campero la conciencia moral, Montes encarna la pujanza boliviana. Su genio práctico y concreto crea un nuevo estilo político en el país: es el estilo de la acción. "Yo soy positivista —dice el caudillo— en política, en cuestiones económicas, en espíritu. Dadme solamente realidades". Zanja los pleitos limítrofes con Chile y el Brasil, recibe algunos millones de libras y con ellos emprende la transformación del país. La red ferroviaria, la reforma hacendaria, las bases de la educación popular, la tecnificación del ejército; caminos, escuelas, edificios públicos; una legislación social avanzada para la época; todo lo removió y lo impulsó la mano enérgica del estadista infatigable.

Montes entendió el gobierno en esa suerte de "despotismo apto" de que habló Bolívar. Atropella y castiga ley en la mano, buscando el código para justificar la represión. Fué mandatario constitucional en el hecho, y dictador encubierto en el propósito. ¿Puede existir la "democracia dirigida", palabras que suenan antitéticas? Los veinte años de liberalismo montista demuestran que sí. Sagaz conocedor de los hombres, sabe elegir y desprenderse a tiempo de sus colaboradores. Realiza cuanto planea. A los ataques de la prensa, a

los discursos opositores en el Parlamento, contesta serenamente: "Mientras ellos estén diciendo, nosotros estaremos haciendo". Instauration la energía administrativa en un medio perezoso y negligente.

Montes o el Carácter. Porque el jefe liberal encarnó la dinámica utilitaria de su tiempo, y nadie lo ha superado aún como estadista.

Las grandes corrientes históricas o literarias, como las leyes de la naturaleza, no son absolutas ni se desligan unas de otras. Antes bien, se enlazan e influyen por procesos simbióticos de convivencia, compartiendo el curso general de los fenómenos aunque varíe la gradación de cada cual. Así, por ejemplo, la "escuela romántica" no avienta del todo de la influencia neoclásica de "la colonia", que reaparece en plena etapa de "los indagadores", con René Moreno. Si hablamos de una escuela de "realismo social" en literatura, esto no supone que todos los escritores de esa época pertenezcan a ella, sino solamente que es la tendencia predominante. Corrientes intelectuales y modos personales se cruzan y entrecruzan a capricho, sin que pueda establecerse con precisión dónde comienza una, dónde acaba la otra, y hasta qué punto conviven, en un mismo autor, los elementos característicos de influencias contrarias. La vida, vasta y varia, una y múltiple, no puede reflejarse totalmente en la inteligencia humana, siempre ondeante, versátil, fragmentaria en su expresión artística. Por grande que sea el poder sintético del estudioso, su capacidad de reducir a fórmulas esquemáticas la comprensión del pasado, siempre habrá zonas inexploradas que escapan al observador, factores contrapuestos que anulan la vigencia de los rasgos generales. Se hace, pues, preciso repetir que esta clasificación provisional en escuelas o tendencias dominantes persigue sólo un fin didáctico de simplificación y esclarecimiento, sin desconocer que el protoplasma de lo real daría imágenes más confusas y difíciles de reducir a la unidad de visión que rige el proceso mental.

Con esta advertencia previa, dividiremos el estudio del periodo que va de 1900 a 1920 en dos grandes tendencias: realismo y exotismo. No son dos escuelas separadas, una después de otra, sino más bien dos corrientes que fluyen paralelas, juntando a trechos sus aguas, y volviendo a reanudar su curso lado a lado. Cuando predominan los realistas, florecen también los exotistas; cuando éstos ganen supremacía seguirán actuando aquéllos.

El autodidacto del siglo anterior es reemplazo por el intelectual de formación universitaria. Estas generaciones de lectores y estudiosos metódicos desembocan en la severa investigación científica; no quieren ser aficionados, sino entendidos en la materia elegida. No podrán aún llegar a la especialización, estadio superior en el desarrollo cultural, pero habrá cierto deslinde en la elección de actividades. Al literato soñador, desordenado, del pasado, sucede el hombre de ideas vigilante, de acción organizada, movido por el impulso presentista, de análisis y síntesis reconstructiva. La seriedad, la dignidad que Montes pone en la política, brillan también en el pensamiento de Salamanca, representativo y clásico de la mentalidad crítica del 900. Spinozista en filosofía, lo será asimismo en actitud frente a la vida. Este profesor, este maestro de crítica, este intelecto puro extraviado en la política, nunca dejará de ser el lúcido expositor del método geométrico: ¡qué rigor en la ordenación del discurso, qué proporción en las partes, qué magnífica unidad en el conjunto! Y Salamanca sólo es uno entre varios que surgen con sólida preparación mental.

Sería imposible definir las influencias que reciben nuestros Realistas y Exotistas: fueron tantas y tan diversas, que no se puede reconstituir fácilmente un cuadro de general apreciación que incluya también al próximo período de "Los Eclécticos". Señalemos, no obstante, algunos nombres, para dar idea de la sed de conocimiento, de la pluralidad de lecturas de estos espíritus ansiosos, que durante treinta años se dispararon al horizonte ideológico sin temor a la distancia ni al obstáculo. Darwin, Spencer, Comte, Nietzsche, Tarde, Bergson, son los pensadores más influyentes al comenzar este período, que termina leyendo a James, Wundt, Simmel, Dilthey, Keyserling. Después de 1920, Spengler, con su teoría irracionalista de los universos formales; Freud, con la novedad del psicoanálisis; Ortega y Gasset, con su vitalismo ascendente y la divulgación del moderno pensamiento germano, son los tres pensadores europeos que con mayor fuerza gravitan en la inteligencia nacional. Algunos buenos frutos y muchas pedanterías deleznables provienen de la recta asimilación o del aprovechamiento desviado de sus doctrinas. Bolivia no tiene filósofos en el sentido profundo del término; pero a partir del 900 no hay boliviano culto que no sienta predilección por el tema filosófico o se esfuerce por alcanzar conceptos generales de las nuevas teorías en boga. Se advierte, desde entonces, un alejarse de la filosofía clásica y

una mayor aproximación a los pensadores de los dos últimos siglos. Fenómeno natural, hasta cierto punto, pero que resiente la formación humanista de nuestros escritores.

También el pensamiento hispano influye en ellos. La llamada "generación del 98" llevó tendencia y estilo por toda la América del Sur. Se leyó y se siguió entusiastamente a Costa, Picabea, Ganivet, Unamuno. Más tarde Azorín, Valle-Inclán, Benavente, Palacio Valdés. En menor escala al finísimo Gabriel Miró y a los dos Machado, que con Juan Ramón Jiménez remozan la lírica ibera. Ricardo León, retórico excesivo, novelista, estragó el gusto, lo mismo que Blasco Ibañez, demasiado abundoso y pintoresco, literato de gruesa calidad, si se exceptúan sus novelas valencianas. En contraste, Menéndez Pelayo, Marañón, Eugenio d'Ors dan la nota sana: enseñar elevando el espíritu.

Todavía en estos dos ciclos —"realistas y exotistas" y "eclecticos"— las corrientes galas seguirán disputando a las españolas supremacía en la formación de la mentalidad sudamericana. En Bolivia se conoce la lira armoniosa y desgarrada de Baudelaire, de Verlaine, de Mallarmé. En la novela influyen Zola, Maupassant, Flaubert, Bourget, Huysmans. En la historia y en la crítica sigue pesando Taine. Antole France opaca al Renán de nuestros abuelos, y su prosa encantadora, bien traducida, deleita a nuestros padres. Las nuevas tendencias teatrales llegan a través de Bernstein, Bataille, Rostand. Se viaja con Loti y Benoit. Se estetiza con Barrés. Se distrae con Prévost y Bordeaux. Si los Realistas predominan en filosofía, historia, sociología, los Exotistas ensayan el verso, el teatro, el cuento, la prosa lírica. Los "ismos" que estallan después de la primera Guerra Mundial arrojan sus chispas postrimeras en la meseta andina: aparecen las imitaciones de la prosa deportiva, musculosa, ágil, comprimida, de Morand, Cocteau, Giraudoux. Romain Rolland, el gran pacifista, se lee con la misma devoción que Barbusse o Dorgeles. Con menor intensidad Gide y Proust, Valéry y Claudel, que sólo llegan a escogidos. Montherlant tuvo admiradores, como Francis Jammes y la condesa de Noailles. Y Colette, los Margueritte, Mirabeau introducen un erotismo barato, que sumado a la nociva influencia de los noveladores españoles tipo Trigo, Mata, Caballero Audaz o el colombiano Vargas Vila, contribuyen al mal gusto de muchos de nuestros narradores del siglo XX.

Como los escritores de este ciclo leen más y buscan con avidez insaciable, se puede reconocer algunas de sus huellas-guías. Unos pocos nombres pueden dar idea de la intensidad de esa búsqueda. Tamayo regresa a las fuentes helénicas. Jaimes Freyre se dispara a la mitología nórdica. Reynolds frecuenta el simbolismo francés. D'Annunzio interesa a los poetas; Ibsen, Lenormand, Pirandello, a los dramaturgos; Guyau, Eucken, Croce, a los filósofos. Brotan discípulos de Papini y ahijados de Lorraín. En vez de Dickens y Scott se lee a Wilde, a Shaw, a Kipling, a Galsworthy. Hay quienes siguen a Tagore, otros que deifican a Eça de Queiroz. Los rusos influyen en nuestros novelistas: Dostoiewski, Gorki, Andreiew. Apollinaire y Marinetti se conocen por la revistas. Hauptmann, Wassermann, Thomas Mann, en excelentes traducciones. De 1900 a 1932 hay una fiebre de lecturas que educa al gusto ambiente. Los nombres aislados que apuntamos sólo dan una impresión ligera de la vastedad y variedad de las influencias literarias en estos dos ciclos.

Tan rico en acontecimientos y mudanzas es el primer tercio de la centuria, que su solo estudio daría materia para un libro. Veamos algunos rasgos del proceso. Cinco grandes hechos gravitan en el boliviano: la Guerra del Acre, que abre el período; el enclaustramiento marítimo; la primera Guerra Mundial; la Revolución Rusa, con el consecuente advenimiento del socialismo; la Guerra del Chaco, que lo cierra. ¡Imaginad qué sacudimientos, qué sismo en las ideas, mientras la sociedad se descompone y recompone sucesivamente! Los que comienzan adoradores del racionalismo científico. De la paz universal, del progreso ascendente y sin escollos, terminarán desconfiados, escépticos, leyendo Marx, Plejanov, Engels, Lenin. Cambian los espíritus como mudan pueblos y naciones. Al realismo finisecular sucede el ansia de evasión, la ansiedad de lejanía que surge de los campos de batalla. Caen imperios, surgen nuevos estados, se modifica la geografía política y económica del planeta. Reyes y generales son sustituidos por financistas y conductores de masas. En Bolivia crece monstruoso el capital monopolista, que llega a ser más rico y más fuerte que el Estado; capital ausentista que se llevará fuera gran parte de la riqueza nacional, olvidando y menospreciando al empleado y al obrero. El tema indianista preocupa a los intelectuales. Del 20 al 30 se dictan las primeras leyes sociales. Poco antes del conflicto en el sudeste hay un brote de orientación nacionalista en el Gobierno. El primer congreso de estudiantes, reunido en 1928, refleja

la inquietud juvenil planteando conclusiones avanzadas en materia económica y social.

Montes y los otros gobernantes liberales hacen administraciones de tipo típicamente sudamericano: democracia relativa en la forma, zarpa de autócrata para afrontar los hechos, librecambio y primacía sin fronteras de la iniciativa privada. Cierto es que eso era lo adecuado en un país semicolonial, descapitalizado, dependiente de los mercados internacionales. Saavedra y Siles ven algo más lejos: se esfuerzan por comprender al pueblo y a la juventud. Mas por grande que sea su inteligencia, su formación intelectual los mantiene en la línea filosófica y política del liberalismo europeo. Algunas innovaciones hacendarias no cambian el sistema. Salamanca, conservador, aunque imponga los primeros gravámenes a la gran minería, y Tejada Sorzano, el austero y eficiente mandatario que termina con dignidad la guerra del Chaco, nada pueden hacer frente al aluvión que se viene encima: socialistas y nacionalistas anuncian la era del hombre del pueblo. Pero esto será sólo en los últimos años de este ciclo. Entretanto y durante tres décadas, los Gobiernos liberales y republicanos, pese a cuanto aleguen los denostadores incomprensivos, hicieron patria, con prudencia y eficacia que han de medirse, no en relación a la inquietud actual, sino a las circunstancias determinantes de tiempo y de época.

La pérdida del litoral y el contraste del Acre conmueven el alma nacional. Los bolivianos se preguntan: "¿Qué somos, dónde vamos?" Y al espoleo introspectivo surge en los primeros veinte años del siglo una fuerte tendencia analítica. No es el naturalismo francés, ni el realismo descriptivo hispano, sino un realismo criollo; de corte sudamericano, dramático, desgarrador, que provoca un renacimiento en la producción intelectual. Florecen sociólogos, historiadores, ensayistas, unos todavía autodidactos, casi todos flor de universalidad penetrados de ambición y de energía; para el medio ambiente lucen originalidad, cultura, disciplina en el método formal. Estos escritores, aunque cronológicamente pueden clasificarse en dos o tres generaciones distintas, los agruparemos en una sola escuela literaria, para dar mayor unidad al análisis; y son los que tipifican la tendencia de los Realistas o positivistas.

Es útil, es deleitoso conocer a Daniel Sánchez Bustamante, lúcido autor de **Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico**, el

mejor libro de nuestra literatura de límites sobre la cuestión del litoral perdido. Es apasionante seguir a Belisario Díaz Romero en sus investigaciones científicas acerca del origen de **Tiwanacu**. Es desolador escuchar la prédica morbosa y negativa de Alcides Arguedas en su **Pueblo enfermo**, despiadado y equívoco enjuiciamiento de la realidad interna. ¿Cómo podríamos ser ese conjunto de razas híbridas roídas por todos los vicios? Franz Tamayo opone la tesis contraria: nuestra herencia étnica mayor —para él sólo cuenta el indio y subestima a blancos y mestizos— es de salud y fortaleza; concentrando sus energías, educando el carácter, se salvará la nacionalidad. Su **Creación de la pedagogía nacional**, aunque errada en el planteamiento sociológico, es obra saturada de aciertos, errores y adivinaciones. Bautista Saavedra planta dos fieros hitos de indagación social, en **El ayllu** y **La Democracia en nuestra historia**, libros excelentes que hay que colocar a la cabeza de la moderna sociología nacional. Menos profundo, más corrosivo, Juan Francisco Bedregal publica **La máscara de estuco**, obra singular, extraña mezcla de estudio crítico y sátira ambiental. Rigoberto Paredes incursiona diestramente en la historia y en el folklore; sus **Estudios biográficos, El Kollasuyo** y otros trabajos son ricos de información nativa. José María Camacho descuella como el primer historiador andino: **Los Aimáras, El hombre de la meseta andina, Historia de Bolivia** le consagran hombre de ciencia y erudito e investigador. Arguedas publica su monumental **Historia de Bolivia**, que juzgaremos más adelante, sin duda el hecho literario más importante de esta época. Ricardo Jaimes Freyre compone su meritoria **Historia del Tucumán colonial**, y Manuel María Pinto dos buenos ensayos históricos: **Bolivia y la triple política internacional** y **La revolución de la intendencia de la paz**. Alberto Gutiérrez, historiador y ensayista, renueva ambos géneros en **La guerra del 79, El melgarejismo antes y después de Melgarejo, Hombres y cosas de ayer**. Objetivo, lógico, sarcástico en la discriminación psicológica, casi siempre acertado en la apreciación general de los hechos. Gutiérrez descuella como prototipo del escritor culto, equilibrado de juicio y atrayente en el decir. Pudo ser el crítico de esta escuela Emilio Finot, talento malogrado prematuramente como Kramer; sólo dejó una **Antología boliviana** y otro tomo sobre **Poemas bolivianas**, libros de consulta donde priman el conocimiento y fino gusto del autor. Dícese que existe abundante y variada producción inédita de este escritor. Otros laboriosos historiadores: Agustín Iturricha y Valentín Abecia, en Sucre;

Luís S. Crespo y León M. Loza, en La Paz; Marcos Beltrán Ávila, en Oruro. Recomendable en especial la obra **Bolivia bajo la administración de Santa Cruz**, de Iturricha, documentada, imparcial, bien elaborada; quedó en el primer tomo, aunque el autor se propuso historiar todo el proceso del crucismo.

La reseña anterior permite apreciar la seriedad y diversidad de este movimiento introspectivo, al que habría que agregar a Carlos Romero con su notable estudio sociológico **Las taras de nuestra democracia** y dos libros inéditos sobre la política liberal; y a José Macedonio Urquidí, autor de **Bolivianas ilustres** y numerosos trabajos críticos e históricos. También pertenece a este período Jaime Mendoza, el literato-geógrafo, pionero del conocimiento de nosotros mismos, cuya vasta y variada obra merece apreciación aparte.

Los valores sobresalientes de esa escuela son: Sánchez Bustamante, Díaz Romero, Arguedas, Mendoza. Dejamos de ocuparnos de Camacho y Paredes, cuya obra fué juzgada en capítulos anteriores.

Daniel Sánchez Bustamante, a quien con justicia se llamó "Maestro de la Juventud", es un clásico de alma y de actitud. Varón prudente, moderado, que debió distraer energías en la política, ha dejado obra breve pero sólida. Su vida fué un apostolado para organizar el país por la educación pública; trajo la Misión Rouma durante el gobierno de Montes y redactó el estatuto de la Autonomía Universitaria en 1930. Sus escritos cultos, elegantes, delatan al pensador de fuste a quien la actividad pública impidió mayor desarrollo. Profesor de idealismo a la manera de Rodó, vigilante a toda idea nueva como Ingenieros, lleno de saber filosófico al modo de Vasconcelos, ha sido, como el uruguayo, el argentino y el mexicano insigne, un verdadero conductor de ideas, un maestro de conducta. Escribió poco, enseñó a muchos. Tuvo discípulos y émulos. Humanista en la acepción profunda del término, hizo conocer las nuevas ideas de Simmel, de Spengler, de Keyserling en conferencias admirables de síntesis y de forma. Descontada su obra fundamental ya citada sobre la cuestión del Pacífico, hay que leer sus **Opiniones y Discursos**, su magistral **Estudio preliminar** en el libro del centenario de la República, y sus valiosos ensayos críticos y filosóficos dispersos en diarios y revistas. La prosa de Sánchez Bustamante es clara, noble, sencilla como su

pensamiento. Es de lamentar que inteligencia tan privilegiada hubiera dejado tan escasa impresa.

Un destino adverso persigue a los escritores nacionales. Lo mismo que a Sánchez Bustamante, sucede a Belisario Díaz Romero, llamado a ser el príncipe de los científicos bolivianos en el siglo XX. ¿Le faltó la fuerza de voluntad, el espíritu metódico de Aspiazu, o fueron accidentes exteriores los que impidieron el brillo de su ingenio? Aparte de **Tiahuanacu**, libro ya juzgado en anterior capítulo, compuso **Ecclesia versus scientia** y **El idioma aimára**. Tuvo la precisión analítica del verdadero hombre de ciencia y la versatilidad del literato. Afirmase que ha dejado varias obras inéditas sobre temas científicos y de polémica religiosa, así como una muy interesante **Historia natural, social y política de Bolivia**. Si ella está a la altura de los muchos escritos del sabio que conocemos, dispersos en la prensa nacional, es obra que merecería ser impresa y divulgada. Hombre de vasta cultura, antropólogo, naturalista, crítico, Belisario Díaz Romero permanece en una semipenumbra injusta.

Alcides Arguedas, o la voluntad de ser escritor. Difícil resulta enjuiciar a este hombre, de producción tan vasta y sostenida como René Moreno, tan elogiado fuera, tan discutido y negado en su propio país. Un lector exigente dirá: no fué un gran escritor, porque abunda la hojarasca en su obra. El estudioso replicará: aunque no fué un artista, no ha sido superado en tenacidad investigatoria ni en voluntad para redondear una construcción ciclópea. Su historia es una realidad innegable; maciza, anchurosa, de líneas amplias y fuertes. Puede gustar o no gustar, pero ahí está. Ha influído notoriamente en el moderno pensamiento nacional.

Con rara constancia, Arguedas lo ensayó todo. Fué historiador, novelista, sociólogo, ensayista, crítico, si bien con fortuna desigual. Tuvo la suerte o la perspicacia de viajar a España y a Francia; se vinculó con valores sobresalientes de ambas literaturas; imprimió sus primeros libros en Madrid y en París; supo aprovechar la naciente simpatía europea por las jóvenes literaturas de Sudamérica. Bajo el espaldarazo de Unamuno y de Maeztu, influído luego por la sutil atmósfera mental, del mundo literario galo, ganando el favor de presidentes y millonarios de su patria, pudo recluirse en una quinta de Couilly para consagrarse a realizar su obra.

Al hombre. ¿Qué le diremos al hombre? Parece fuera de lugar la pregunta, pero en realidad se justifica, porque en Arguedas, del hombre brota el escritor. Ambicioso, huraño, desconfiado, receló de todo y de todos. Comenzó amargado, y amargado se apagó. Llevó sus pasioncillas a sus libros, confundiendo la severidad del reformador con las minucias del choque cotidiano. Si no fué físicamente enfermo, lo fué de espíritu, y esa naturaleza constitucionalmente endeble, agria, descontenta de sí misma, le hizo ver el mundo con lentes funerales. En mayor grado que René Moreno, más que Tamayo, estupendos resentidos, a los cuales salva su ingenio creador, Alcides Arguedas es el inconforme típico, el agrio fruto de un resentimiento vital. ¿No se ha dicho que "primero es el historiador, luego el suceso"? He aquí la clarísima demostración del aserto: el escritor paceño es hijo del dolor de no ser comprendido, porque no supo comprender.

Al escritor. Bien: reconozcamos que el escritor dió brillo de universalidad a nuestra literatura. Sus obras alcanzaron difusión continental y aun europea. No es poco mérito. Sociólogo aficionado más que de formación científica; predicador amargo y desencantado, tan injusto por lo general como Joaquín Costa, aparece influído por la prédica pesimista de la generación española del 98; publica su **Pueblo enfermo** (el título está tomado del **Continente enfermo**, de César Zumeta), libro funesto que equivale a una condena de su propia patria. Pudo ser honesto el autor en su planteamiento crítico, pero lo cierto es que este libro ha creado la "leyenda negra" y falaz de nuestra incapacidad como nación. ¿Qué de extraño que nunca lo hayamos aceptado, que hoy sea inactual y que haya contribuido a tomar el "arguedismo" como escuela de abatimiento y derrotismo?

Roberto Prudencio, uno de nuestros primeros críticos, dice con justeza de Arguedas: "Llega a ser el historiador máximo de Bolivia sin poseer dotes ningunas de historiador. **Pueblo enfermo** no es obra de un sutil analista ni de un sociólogo profundo. Arguedas no ha llegado a entender la propia idiosincrasia de su país y menos la de su pasado histórico. Se detiene demasiado en lo anecdótico, sin estudiar la causalidad subterránea de los hechos. Se complace en anotar las deformidades de los hombres, sus vicios, sus errores. Hay una especie de voluptuosidad enfermiza en mostrar toda la suciedad y la carroña de las almas. Es el historiador de tipo-juez; le interesa juzgar,

cuando su misión debería ser comprender la significación del proceso histórico. A pesar de sus defectos, su obra histórica quedará como uno de los monumentos de nuestra literatura historiográfica, porque en verdad es la única obra lograda de grandes dimensiones. Es además, desde su punto de vista, una obra crítica, documentada y prolijamente labrada".

Arguedas, historiador, tiene una vasta producción. En primer lugar su **Historia general de Bolivia**. ¿Es realmente "El Proceso de la Nacionalidad", como la subtitula? Muy discutible, mas sí el primer ensayo serio en el género. Ha publicado sucesivamente **La fundación de la República, Los caudillos letrados, La plebe en acción, La dictadura y la anarquía, Los caudillos bárbaros**, libros densos, amenos, amargos, ricos de material informativo y anecdótico, donde lucen por igual la tenacidad del investigador para acopiar datos y documentos, y el desencanto del narrador, que no ama ni admira nada porque todo lo halla mal. Ha dejado otros cuatro tomos inéditos, o sea el proceso histórico desde La guerra injusta (1879) hasta la política republicana (1932). Por sólo esta vigorosa y continuada construcción—diez extensos tomos que forman su historia de Bolivia— Arguedas ya es uno de los primeros escritores nacionales. Se diría el jornalero de nuestras letras: piedra por piedra, con paciencia de albañil, es el que más hileras levantó, aunque muchas resultaron bamboleantes, desiguales. Tiene algo de inventariador, de crítico-pintoresco, de historiador-periodista. No puede alzarse a la ciencia constructiva de Fustel de Coulanges, carece del vuelo lírico de Michelet, ignora el arte del retrato psicológico que amaba Taine. Pero es el único que ha escrito todo lo que ha sucedido en Bolivia con mayor abundancia en la reproducción del pasado debe su fama. Su pluma es vulgar, y como toda vulgaridad, amena: se deja leer fácilmente. ¿Qué es nuestra historia a través de Alcides Arguedas? Una larga pesadilla contada por una mente sombría. Negada por ciertas generaciones, revalorizada por otras, será siempre el archivo-madre, el catálogo primordial al que hay que acudir como fuente de consulta. Ni el historiador ni el crítico convencen; no podemos desconocer el mérito innegable del paciente investigador que arma con penoso esfuerzo su construcción intelectual.

Más laboriosa que acertada, su **Historia de Bolivia** es la obra de más bulto en nuestras letras. Es el primer esfuerzo en gran escala para

sistematizar el estudio de nuestro pasado. Y aun en medio de sus yerros y omisiones, tiene también enfoques y juicios acertados. ¿Dónde habría desembocado este realista pertinaz, resentido ingénito, ni no hubiera sido víctima de su propio pesimismo vital y de los prejuicios y limitaciones de su tiempo?

Si, a pesar de su mucha labor, siempre aparecen discutibles y en cierto modo inaceptables el historiador y el sociólogo, nos reconciliamos con el narrador. Alcides Arguedas es autor de dos de las mejores novelas nacionales.

Después de **Pisagua** y **Wata-Huara** —novelines de corta significación— publicó Arguedas **Vida criolla**, hábil pintura de la sociedad paceña al comenzar el siglo. Influidó por la novelística francesa, de un naturalismo atenuado, y con felices toques psicológicos y descriptivos, narra el autor con fluidez los amores y peripecias de su personaje central: Ramírez, figura algo autobiográfica, que participa de las melancolías y desencantos de su progenitor literario. Libro "ásperamente irónico", quiere reflejar, y lo consigue en parte, la vida de la pequeña ciudad andina alrededor de 1910. Tiene Ramírez sino de fracasado, que parece brotar "de un fondo sombrío de pesimismo y resentimiento"; pero la nota negra se contrapesa con las buenas descripciones de ambiente: esa vida paceña, lenta y apacible, que apenas si se conmueve con las escenas fielmente captadas del carnaval, los paseos a Obrajes, las "alasitas", las fiestas navideñas, las reuniones triviales de sociedad. Novela psicológica afirma un crítico. Lo indudable es que se trata de un ambiente bien captado y de un relato ágilmente llevado. Parece ser que existen otras dos novelas inéditas con las cuales el autor quiso completar un tríptico de la vida paceña.

La mejor obra de Alcides Arguedas es, sin duda, **Raza de bronce**, novela de proyección continental.

Es aquí donde mejor resaltan el anhelo introspectivo y ese afán de interpretación de lo propio que asedian a Los Realistas. Arguedas es el novelista del indio, el primero en sentir y transcribir su drama; por eso su espléndida novela será la precursora del movimiento nativista

americano. Quien quiera conocer la vida adusta y difícil del aimára, en su estupendo escenario natural, debe seguir este viaje novelado que descubre todos los aspectos del acontecer autóctono. "Arguedas — dice Alborta Reyes— amaba el "suni" o altiplano y Bolivia a su manera huraña. Conservador y pesimista, crea no obstante el paisajismo andino, tiene perspicacia sociológica, sobresale por su naturalismo colorista. Las posteriores novelas indianistas siguen su línea realista amarga y fuerte". Es ciertamente así. **Raza de bronce** es novela de tesis, realista y nativista simultáneamente, con brotes insospechados de poeta y talento pictórico reproductivo. Por sus páginas transcurren con ritmo sosegado y convincente el paisaje, el poblador, la arcaica cultura agrícola y pastoril del Ande. Los personajes diestramente perfilados. Wata-Huara, Agiali, Manuno, Troche, Pantoja y el austero Choquehuanca. Es la novela del campo, de vigorosa tendencia social, un llamado en favor de las grandes mayorías autóctonas. Sus escenas bucólicas, sus acuarelas lacustres, son realmente bellas. Y hasta el estilo es atrayente en este libro, que debe considerarse como una de las novelas sudamericanas de más feliz realización. Aquí Arguedas merece todo encomio.

En **Danza de las sombras**, obra desigual en dos tomos el panfletario, el memorialista (son en verdad las memorias del escritor), vuelven a desentonar con el puro hombre de letras. Lo bueno y lo mediocre confunden sus perfiles. El patriota, el sociólogo, se denuncian por la valentía con que enjuician los males nacionales; el conductor espiritual se opaca en su obstinado desencanto. El artista casi no existe. Por extraño contrasentido, el intelectual no esconde sus ribetes fascistas. Y de su admonición pesada, machacona, reiterada, sólo sacamos en limpio que la nación se liquidará si no escucha los consejos salvadores del agorero.

Queremos ser justos con el gran resentido. ¿Pero es fácil ser justo con quien fué invariablemente injusto?

Alcides Arguedas. Un alma limitada en una grande voluntad. Medido en términos numéricos, el más fecundo de nuestros escritores. Sondeado en profundidad mental, el más irregular y desconcertante de nuestros pensadores. Reformador de propósito, negador de realizaciones, el gran dolorido cruza como una sombra lamentable el

panteón de nuestras letras; le faltó el soplo divino del amor para proyectar su obra al porvenir.

Reconozcamos, sin embargo, que Arguedas nos ha dado la lección de la perseverancia en la vocación. Sus libros, aceptados o discutidos, constituyen en conjunto un prodigio de laboriosidad y ordenación sistemática. Es el primer trabajador de la escuela realista. Un removedor de ideas. Y tuvo la pasión de sostener la verdad —su verdad— frente a la incomprensión ambiente.

¡Cuán distinto el dulce, franciscano y amable Juan Francisco Bedregal! Maestro en el vivir recatado, en el discurrir tranquilo, en la consoladora ironía que ilumina las sombras del camino. Sólo dejó dos libros: **La máscara de estuco**, donde el sociólogo-humanista realiza finos alardes de análisis social, y **Figuras animadas**, narraciones de un ingenio filosófico y delicado, que se complace en tejer seductoras evocaciones. "El asno" es uno de sus mejores poemas —fué poeta de estro sencillo y elegante— y mantiene la vena satírica de su ingenio. Sátira "sin acrimonia", que busca corregir sin lastimar. Un **Estudio sintético de la literatura boliviana** (de 1910 a 1924) revela al crítico de asentado criterio. Bedregal dispersó su producción en prosa y poética en trabajos variados que andan perdidos. Fué un perfecto hombre de letras, bien informado, inquieto, a flor de labios la sonrisa alada para mofarse de la erudición propia y ajena. Cultivó el jardín de las ideas con sobriedad, con dignidad. Nos enseñó el arte de la discreción en el vivir, en el hacer. Tuvo el estilo noble y sosegado del alma culta. Y su obra, aunque breve, es un remanso que apacigua los espíritus. Bedregal, sí: la bondad en la sencillez. ¿Qué mejor hallazgo para una literatura dramática, turbulenta, henchida de gravedad y de tensiones?

Jaime Mendoza, profesor de bolivianidad es otra de las figuras representativas de esta escuela. Sus numerosos libros y escritos están cargados de penetrantes planteamientos. Mendoza fué un alma superior: idealista, generosa, vibrante a todo acicate espiritual. No le pidamos primores de artífice —poeta de sentimiento, le faltó una técnica segura del verso— porque el moralista, el pedagogo, el apasionado amator y expresador de su tierra superan en su obra al literato. En un hombre de hechos más que de letras; escribió, no obstante, mucho. Su vida ejemplar, su labor tenaz, obsesiva casi en la

especulación por un ideal de patria, refiere el singular caso de un soñador y un espíritu práctico, reunidos para explotar el ámbito geográfico con la misma ternura que indagan por la heredad espiritual.

Geógrafo, naturalista, novelista, poeta, historiador, Mendoza sobresale en los temas de vulgarización científica y en la narración. Entre sus novelas hay que mencionar **En las tierras del Potosí**, donde narra con vigor sinceridad la trágica vida del minero. Su prosa descarnada cobra tonos épicos al cantar al viento, que "se levanta a la vuelta de cada página y se le oye casi...", según sostiene un crítico. Estos cuadros de la vida del subsuelo, de dramático realismo, contienen descripciones desgarradoras, y son el primer hito en la posterior literatura social en torno al minero. La exactitud y la naturalidad del novelista vuelven a encontrarse en **Páginas bárbaras**, relato de las selvas del noreste. La descripción precisa, el estilo descuidado. Aquí el autor coge otro tipo: el cauchero beniano, retrata su vida primitiva y violenta, describe la selva tal vez con menos belleza que Costa du Reix en **Tierras hechizadas**, pero con más vigor y naturalidad. La comparación que hace entre el bosque y la meseta es magnífica. "Dos inmensidades extrañas, grandiosas, imponentes, aunque monótonas, como todo lo que es desmesuradamente grande y uniforme. Ciertos puntos del altiplano, como el Illampu, hacen pensar en la región polar; otras, como el Territorio de Colonias, llevan la imaginación hacia el seno del África negra. La una cansa por su pobreza de vida; la otra, por el derroche de la misma. La una es el imperio de la piedra; la otras, el imperio del árbol". Las novelas de Mendoza son siempre interesantes, aunque no siempre sean muy artísticas. Tienen la garra del hondo observador y sentidor de lo que trata.

Pero es en la sociogeografía donde encuentra campo propicio para expandir su genio ansioso de horizontes y especulación científica. Inventó o, mejor dicho, redescubrió la tesis del "andinismo", que vertebró en una unidad histórica, geográfica, política y económica la realidad nacional: el macizo andino central, según Mendoza, es el nudo que amarra territorios y almas. Allí convergen, de allí vuelven a partir las energías vivas de la comunidad boliviana. Historia y geografía se eslabonan en esta doctrina desarrollada a través de libros maduramente realizados: **El mar del sur**, **La ruta atlántica**, **La creación de una nacionalidad**, y sobre todo, **El macizo boliviano**, síntesis apretada de sus ideas y emociones, de ese espíritu territorial y

esa sensibilidad alerta que lo empujan a integrar e interpretar el mundo en que vive por esquemas lógicos.

Para Mendoza el macizo andino es columna vertebral del continente, y su núcleo central es la meseta boliviana, que abarca desde las cercanías del Pacífico hasta los confines amazónicos y plantenses. Este antecesor de la geopolítica germana —no con fines expansivos o imperialistas, sino más bien en un sentido humanizador y armónico de comprensión del suelo— rebosa de felices hallazgos, intuiciones deslumbrantes y conceptos geofísicos y geopsíquicos que sorprenden al lector. Lleva Bolivia dentro, ¿cómo no ha de expresarla a cada instante por su pluma nerviosa y nunca quieta? Acaso nadie ha tenido, entre nosotros, ese poder de vibración frente al contorno.

Compuso varios libros defendiendo los derechos bolivianos sobre el Chaco y la salida al río Paraguay; el más importante es tal vez **La tragedia del Chaco**, de rigurosa investigación histórica y sagaz exposición del buen derecho de la nación andina. Menos valor tienen su **Biografía de Pacheco**, otros novelines y sus poesías algo ripiosas. ¿Existen las anunciadas **Memorias de Mendoza**? Deben ser un soberbio documento humano, pues el maestro fué todo un hombre.

Contrario al arguedismo en fondo y forma, Mendoza nos ha dicho mas de una vez, partiendo de la rigurosa observación científica del medio, extrayendo conclusiones optimistas aun de los desastres nacionales: "No hay por qué desesperar; a Bolivia también le llegará su hora. La hora del progreso biológico, de la expansión natural, de la hegemonía incontrastable. Bolivia volverá a su mar. Y esa evolución no será sino una reconstrucción... La naturaleza hace su obra".

Podrán otros aventajarse en construcción y belleza expresiva; difícilmente habrá quien lo supere en sentimiento vernacular, en ese optimismo delicado, finamente melancólico, con que sugiere transido de emoción su fe, su conocimiento de las cosas bolivianas. Este médico, este explorador, este literato improvisado y brusco, tuvo la fuerza enérgica y directa de los buenos patriotas, de los grandes ciudadanos constructivos. Es en verdad el arquetipo del creador de Patria. No es posible asomarse a las páginas desiguales de sus libros fervorosos sin sentir el estremecimiento entrañable de la bolivianidad surgente.

Jaime Mendoza: el gran incomprendido que debemos reencontrar.

Mientras los prosistas ahondan en lo introspectivo, los poetas se disparan a remotas lejanías. Por eso decimos que al comenzar el siglo despuntan paralelamente un realismo analítico y un ansia de exotismo. De los tres poetas dominantes, Pinto mira a Francia, Jaimes Freyre se envuelve en brumas nórdicas. Tamayo interroga a la esfinge helénica. Todos tres reciben el soplo vivificante de las nuevas corrientes literarias galas. El culto a la forma, el repudio al pasado, el amor a la novedad; la poesía pura predicada por Verlaine; la "música de la palabra" por encima del concepto; ese culto pagano de la expresión, que son la esencia del modernismo occidental, llegan a Bolivia por dos grandes cauces: las escuelas poéticas del Francia y la influencia de la lírica rubendariana, renovadora del verso castellano.

El "modernismo" —primero de los "ismos" que Europa envía a Sudamérica— enferma a los poetas y sobresalta a los prosistas; a éstos con menor intensidad. Es una extraña mezcla de toques románticos a lo Hugo; recetas parnasianas, trucos simbolistas, preciosismos verbales que recuerdan a Samain, Lisle, Gauthier, Vigny, Baudelaire; encantamientos metafóricos, riquezas de imágenes, sortilegio del ritmo a la manera de Rubén. Esa tendencia europeísta y exotista, que hoy miramos como un decadentismo literario, fué en aquella época un renacimiento de la poesía americana. Los vigías del modernismo en el continente fueron, entre otros: Rubén Darío, nicaragüense; Julio Herrera y Reissig, uruguayo; Leopoldo Lugones, argentino; Guillermo Valencia, colombiano, y Ricardo Jaimes Freyre, boliviano. Como ha visto agudamente Medinaceli, ellos contribuyeron a crear el verso musical y la prosa artística en América. "Su prosa selecta, quintaesenciada, preciosista, en que lo intelectual se subordina a la belleza expresiva, corresponde a una etapa de alta civilización, refinada, sibarítica, en cierto modo atea y escéptica".

Si pensadores y ensayistas se acercan al pueblo por su sentimiento realista de la vida, los poetas se hermetizan en un arte solitario, de minorías cultas, que sólo fué comprendido muchos años después. El drama de los "modernistas" bolivianos es el drama de los que se anticipan a la lenta evolución de la sociedad que los contiene; raros, incomprensibles para el sentir general, sólo el crisol del tiempo

revelará sus valiosas aportaciones temáticas y estéticas. Ese noble afán de superación, esa dura disciplina formal, esa lucha para imponer la forma bella aun a costa de la burla o del desdén, contribuyeron a dignificar las letras nacionales. Si hoy escriben bien los hombres de letras en Bolivia, si hay una aspiración al lenguaje claro y elegante, es herencia de los paladines modernistas, que cruzaron valerosamente las ciénagas de la revolución estilística del nuevo siglo.

Con el "modernismo" nace el artista de la expresión en el país. Ya no basta tener algo por decir; hay que saber decirlo bien. Saavedra, Arguedas, Tamayo quieren ser sociólogos positivistas al interpretar nuestra realidad social; Chirveches, Mendoza, el mismo Arguedas, llevan idéntico realismo objetivo a la novela; pero Pinto, Jaimes Freyre, Tamayo, en función poética, sólo quieren ser artistas puros, señores de su ideal. No escriben para el vulgo ni para solicitar a la crítica. Se alimentan de su propia elevación espiritual. Pinto vivirá y morirá ignorado. Jaimes Freyre merecerá tardía consagración, acaso porque residió largos años en la Argentina. Tamayo permanece solitario, esfíngico y hermético: su grande poesía es inaudible para el justo criollo. Excede.

El más dramático de los tres es el caso de Manuel María Pinto. Porque Tamayo y Jaimes Freyre tuvieron el vuelo del propio talento, bastante para compensar de las acideces de la vida; Pinto es una inteligencia de segundo plano, que sólo a mucha voluntad alcanza renombre. Prosista correcto, algo gongoriano, es un historiador severo, pero sin brillo. Sus dos libros de versos, **Palabras** y **Viridario**, denotan la frialdad parnasiana y carecen de "gracia poética". Buen modernista, practica todas las audacias técnicas y rítmicas de la escuela. Quiere innovar, quiere inventar. Desmontando el mecanismo constructivo de sus poemas se advierte una larga elaboración intelectual, que prima sobre el sentimiento lírico. Algunos son de factura irreprochable. Afrancesado de gusto, ensaya después, con instrumentación parnasiana y preciosista —que ambos modos le son familiares—, transcribir el tema autóctono. Para uno de nuestros mejores críticos esta su nueva modalidad lírica termina en poesía seudomorfótica (materia que se manifiesta en la forma que no le es propia, según el concepto spengleriano), porque el atávico sentir del paisaje y la cultura territoriales mal pueden expresarse con técnica europea. Lo grave es que el poeta, aunque capta la relación telúrica con su medio nativo, no

llega a manifestarlo en profundidad, manteniéndose en la superficie. Su indianismo poético es de forma y no de contenido. A su lírica le falta el soplo creador, la musicalidad cautivadora de la hechura bella. Sorprende que Roberto Prudencio, en uno de esos accesos de extravagancia que hacer presa aun de los más perspicaces, le haya calificado como "líder del musicalismo poético" en la escuela modernista nacional. Nada más equívoco. Manuel María Pinto es figura de primer plano por la intensidad del esfuerzo realizado; de segundo, en cuanto se refiere al logro obtenido. Con justa razón, Medinacele califica sus poemas —excepción de los nativistas— de "bizantinos ejercicios de retórica".

Ricardo Jaimes Freyre, el gran don Ricardo de la apostura bizarra y los bigotes mosqueteriles, es otra muy distinta cosa. Alma medieval o voluntad renacentista al decir de sus biógrafos, el hombre corre pareja con el artista: gran señor y esteta calzan espuela de oro. Jaimes dejó imitadores en Bolivia y discípulos en la Argentina; ni unos ni otros alcanzaron la estatura del paladín modernista.

Sigamos el camino escarpado que lleva a su alta literatura. Todo delata fatiga de cumbre, sensación de inmensidad, transparencia ambiental, sintetismo estilístico en el paisaje y en el poblador: el Ande. El dibujo, fino, preciso; el color, exacto. Una economía en los medios expresivos que raya en riguroso dominio del lenguaje. Un sentido excepcional en el uso de la imagen y el matiz. Jaimes Freyre es un vate andino por la concisión del verbo, la precisión de forma, el vuelo dramático del pensamiento. Historiador concienzudo, inventor de leyes métricas, dramaturgo, poeta de levantada inspiración y admirable señorío idiomático, al punto de despertar entusiasmo en la crítica peninsular, este hijo espiritual de las punas bolivianas trae un viento de renovación a nuestras letras. Bien es cierto que a ello ayudaría su vasta cultura de humanista, formado en disciplinas clásicas y osadías modernas.

¿Por qué el verso ceñido y depurado, la metáfora tan justa, el cuño de la rima tan cabal? La justa aprehensión del paisaje en pocos rasgos se combina con el alado y gracioso fluir de las imágenes. ¿Y esa imaginación torturada siempre en tensión de altura y de caída? Sus metáforas tienen fuerza plástica, fingen raptos de escultor. Tiene Jaimes el sentido de los volúmenes, la pasión de la línea: construye

con sabiduría arquitectónica. Y en el fondo de ese espíritu místico y sibarita a un tiempo, que amó todos los goces del vivir y padeció todos los tormentos del pensar, la magia india se transflora en orgullo y avidez universalista hispanos: un poeta "potente y recogido"; un magnífico prosista; un orador deslumbrante.

Su obra poética se reduce a tres libros y varias composiciones recopiladas por el argentino Joubin Colombres en su edición de **Poesías completas**.

De **Castalia bárbara** a **Los sueños son vida**, ¡qué trayectoria fulgurante! Es el primer aeda boliviano dueño de un orbe poético propio, intransferible, cuyo enigma interior no ha sido descifrado todavía. Versos como corceles que alcanzaron el carro vertiginoso de Darío. Nada tienen que enseñarle Lugones, Heredia, Chocano ni Herrera y Reissig. Lírica armoniosa de fondo y de forma en sólo tres vasos de rara perfección. ¿Para qué más? La estética mallarmeana — cada verso como un diamante cuyas facetas despidan diversas fulguraciones a la vez— cobra aquí vívida presencia; es el poeta andino un lapidario inimitable. "¡Qué originalidad, qué euritmia en el ritmo, qué diáfana belleza de expresión!", dirá un crítico nacional. "Su parnasianismo —agrega el español Díez Canedo— está traspasado de emoción". Y refiriéndose al gran poema que da sentido a **Castalia bárbara** —"Aeternum Vale"—, esa profunda evocación en que el poeta ha querido simbolizar la derrota del mito nórdico por la verdad cristiana, manifiesta que es un "Götterdämmerung" orquestado con soberbia amplitud de ritmo. Para el argentino Lugones, la poesía varonil y subjetiva de Jaimes Freyre "es rica de invención lírica y aporta verdaderas novedades a la poética castellana; por la seriedad y el ardor pasional con que está compuesta, es una poesía joven". Medinaceli y Cerruto piensan que aun tomando el tema de la mitología escandinava, en el fondo late abscóndito el sentimiento andino del cosmos y la tradición secular: Jaimes Freyre es boliviano de emoción aunque busque el exotismo de símbolos extraños.

Poeta del misterio, anhelante escrutador de las razones últimas, es también un mago musical de la forma. No hay en toda nuestra lírica tan cabal maridaje de la idea y su expresión. Tamayo será más grande —hondo, impetuoso, irregular, altísimo—. Jaimes le supera en sentido de proporción y en hechizo de la línea. **Castalia bárbara** —el libro

tiene tres partes y sólo su primer tercio comprende el título anterior— es toda la estética modernista en su más cimero esplendor: pasaron muchos de los parnasianos y simbolistas franceses; el boliviano quedará, por solo este poema inmenso, penetrado de originalidad creadora. Los sonetos del tríptico de "Medioevales" resaltan con nitidez de lapidario. "Entre la fronda" discurre con la perfección de una sonata de Scarlatti. "Los Antepasados" y "Los Charcas" delatan la recóndita emoción americana. Un rayo de luz: "Siempre". La profecía del visionario (1906) en "Rusia". Ruedan filosofías metafísicas, junto a combates métricos y deliquios de la imagen. ¡Qué angustia irremediable en este gran señor que amó el esplendor del mediodía en medio de la sombra que lo habitaba!

Jaimes Freyre es el bardo clásico por excelencia: nada sobra en su verso límpido y ceñido. Se puede leer, se puede gustar muchas veces, porque siempre es novedoso. Ilumina.

Después viene lo otro, la tarea del intelectual. Esas **Leyes de la versificación castellana**, esa nueva teoría métrica, ese descubrimiento del mecanismo del verso, que al decir de Julio Cejador "constituye su mayor timbre de gloria porque es la única teoría verdaderamente científica que existe". Críticos y preceptistas deberían ahondar este libro, que explica las leyes rítmicas del verso castellano y acaba fundamentando el verso libre o polimorfo. Su drama histórico en verso **Los conquistadores** y su drama en prosa **La hija de Jefthe** no desmerecen de su producción puramente lírica, si bien el poeta es superior al dramaturgo. Sus excelentes estudios históricos acerca de Tucumán en la Colonia enriquecen la bibliografía americana; son varios libros sesudos de laboriosa investigación crítica. Acaso el más completo es **Historia del descubrimiento de Tucumán**.

Ricardo Jaimes Freyre. Un alma medioeval, un hombre del renacimiento, el extraño caso de un espíritu cristiano envuelto en la espiral pagana. Uno de los pocos bolivianos que gana el blasón del artista en nuestras letras. En tierra donde abundan imitadores, repetidores, copistas —Sudamérica en lo general, Bolivia en lo particular—, su poesía irradia la potencia creadora de la verdadera originalidad. Descubre, inventa, renueva. Da un nuevo modo de sentir a una distancia manera de pensar. El modernismo, que fué para muchos peripecia verbal, es en Jaimes Freyre proeza vital, mental,

integral. Es el castillo de perfección para quien pueda salvar el camino tortuoso que nos separa de sus torres esbeltas y lejanas.

El tercer poeta representativo es Franz Tamayo. Pero Tamayo no es solamente un gran poeta, sino el pontífice de nuestra literatura, razón por la cual cerraremos este periodo más adelante con el estudio de su obra.

En la novelística se desenvuelve ampliamente la capacidad de observación de Los Realistas, su tenaz voluntad de trabajo. El propósito es más descriptivo, costumbrista, de sátira social, que pintura psicológica. Casi siempre el paisaje opaca al personaje. No hay auténtica creación de tipos humanos, sino aproximación a su medio ambiental. Casi todos novelan uno o dos libros y derivan luego a otros géneros en que descollarán mejor. Narrador de talla, en toda la acepción del término, no lo hay. Ya analizamos cómo Alcides Arguedas pintó la vida aimára en una bella obra, **Raza de bronce**, y la sociedad paceña anterior a 1914, en **Vida criolla**. Menos artista, más enérgico y directo, Jaime Mendoza describe al minero enérgico y directo, Jaime Mendoza describe al minero en **Tierras del Potosí** y al siringuero en **Páginas bárbaras**. Esta última anticipa, en cierto modo, **La vorágine**, del colombiano Rivera; está por debajo en calidad artística. En ambos libros Mendoza capta con viveza su tema pero afloja en el relato, excepción hecha de las páginas en que el poeta se empuja sobre el narrador naturalista. Retrata con vigor, a grandes brochazos, la ida minera en sus diversos matices. Sabe ver, sabe describir, hasta puede comunicar emoción a sus lectores mediante páginas verdaderamente inspiradas; al conjunto le falta ese imponderable de elaboración técnica y sensibilidad que hace la obra de arte.

Demetrio Canelas en **Aguas estancadas** —el nombre lo dice todo— pinta crudamente la sociedad boliviana a principios de siglo, de acuerdo a los cánones del realismo francés. Libro desagradable para unos, muy bien logrado para otros, es novela de estudio ambiental. Almas y costumbres se dibujan veraces. El diálogo es natural. No se admitirá en su totalidad este análisis lacerante, pero fuerza es reconocer muchos de sus aciertos. Es una buena novela realista donde se entremezclan los excesos y toques de mal gusto con los pasajes felices y los atisbos psicológicos. Es deplorable que un

narrador bien dotado como Canelas, haya dejado de cultivar el género por el periodismo, campo en el que ha impuesto maestría de conductor.

José Aguirre Achá, publicista, fecundo en cuestiones de política internacional, poeta trivial, es autor de **Platonía**, novela política excesivamente densa, con valores de crítica y observación social. Walter Carvajal compone **Renovarse o morir**. Novela que manteniéndose dentro del cuadro realista, sorprende por su armoniosa construcción. Es un libro sentido, sugerente, y las peripecias del protagonista traducen la historia de un alma en la sociedad paceña anterior al advenimiento de los "ismos". Carvajal es un hábil narrador. Menos importancia tiene **El cholo Portales**, crítica del mestizo en su aspecto negativo, y **Tierra adentro**, de Enrique Finot, relato artificio, que no evoca la presencia occidental ni el tema cruceño, sino el drama de un desadaptado, algo truculento y convencional.

Abel Alarcón, poeta, prosista, novelador, convertido hoy en patriarca de nuestras letras a mérito de esforzada tarea, merece mención especial. Espíritu amable y generoso, dedicado por entero a la bella literatura, tradujo el **Gitanjalí** de Tagore. De sus cuatro tomos de versos señalemos **Relicario**, de tendencia clásica y sencilla. Prosista atildado, sus crónicas de viaje tienen color y perfume, más amenidad lírica que penetración inquisitiva; por ejemplo: **Cuadros de dos mundos**. Es autor de un sobrio estudio crítico sobre **La literatura boliviana**. Hoy se le considera más como el poeta del verso de tipo clasicista, troquelado, pero justo es reconocer que su aporte a la novelística es apreciable. **Yahuar-Huacac**, de irritante puerilidad, es casi un libro frustrado si no lo salvaran el interés temático y la novedad de presentar la vida incaica. **California la bella** es un relato de corte cosmopolita bien construido. **Cuentos del Alto Perú** y **De mi tierra y de mi alma** son relatos diversos de calidad desigual: unos delicadamente evocativos, otros desprovistos de brío creador. **Era una vez...**, novela que alcanza tres ediciones, es una feliz reconstrucción histórico-ambiental del Potosí colonial. Libro excelente de factura y estilo, no tiene la vibración de movimiento de una auténtica novela. La grandeza del tema, la erudición del humanista, los primores estilísticos al modo arcaico del tiempo retratado, difuminan al narrador. El diálogo retórico, gongoriano, entorpece la trama; y hay un alarde exagerado de palabras y giros en desuso. Obras seria, en "tiempo lento y

moroso", para uso de paladares refinados, de estudiosos y especialistas, tal vez "historia novelada de la Villa Imperial", como la llama el mismo autor. Como novela en sí le falta el toque mágico del reproductor y animador de mundos ideales.

De Oswaldo Molina se conocen varios cuentos dispersos que nunca llegaron al libro, cautivadores por la ternura humana y la sátira regocijante que exhalan. "Es un hermano menor de Daudet —expresa uno de sus críticos— porque la ironía y piedad fueron sus musas propicias".

El "novelista" de esta escuela es Armando Chirveches, poeta modernista sin mayor brillo y autor de seis obras de ficción que lo consagran maestro de persistencia en el género. En él se cumple esta ley casi inexorable de la literatura boliviana: la desigualdad. Prescindamos del tímido dibujo de **Celeste**, boceto o novelín a juicio de su propio autor. **Flor del trópico** y **A la vera del mar** son dos novelas cortas, con buen manejo del mecanismo descriptivo y pintura de personajes. En la segunda, Chirveches se esfuerza por llevar el hilo narrativo en torno a Mejillones —donde ocurre la acción— y se explaya en consideraciones evocativas de la guerra del Pacífico. Relatos ligeros, no dejan huella en el espíritu.

Su contribución a la novela realista ha de medirse por tres obras: **La candidatura de Rojas**, **Casa Solariega**, **La Virgen del lago**. Apartándose del tema histórico, indianista, o popular, Chirveches acomete el estudio de las clases altas y medias, propósito más difícil por la mayor complejidad de los personajes. Influidó por sus maestros franceses y españoles, el autor hace simultáneamente novela de tesis, relato de costumbres, sátira social. Si hay reparos que oponerle en el detalle, trátase en el conjunto de tres cuadros fidedignos de la vida nacional. Descontado el valor episódico o circunstancial —crítica del caciquismo provincial, de la sociedad clericalista y gazmoña, del lento discurrir en la provincia altiplánica— Chirveches descuella en el perfilamiento psicológico y en la captura de rasgos esenciales del carácter criollo. Nadie ha visto con mayor riqueza descriptiva ni intuición más vivaz, entre nosotros, la botánica social: ese confuso y contradictorio desarrollo de la planta humana que brota de la tierra india, aspira o imagina los vientos de occidente, y al cabo termina en el lento germinar de un criollismo indeciso, de ansiedades vagas,

siempre insatisfecho. Chirveches sintió Bolivia como Argentina, amargamente, doloridamente. Sus novelas traducen ese desencanto vital frente al contorno.

La candidatura de Rojas, obra juvenil que se resiente por la debilidad técnica del relato, es un estudio lleno de frescura sobre la vida de las provincias yungueñas. Una reproducción fotográfica de la "tragicomedia electoral": todo lo que pasa, sufre, aprende, detesta y tiene que soportar el candidato a "señor diputado". No han cambiado mucho las cosas en el interior del país desde que Chirveches las pintó con paleta de fuerte colorido. Los Garabito —caciques que rigen la vida comarcana— más enunciados que presentes; la huraña psicología de las mozas provincianas; el carácter ingenuo y recto del protagonista; los toques felices en la transmisión del paisaje; la sátira de costumbres, todo está compuesto en modo simple y directo. Es el periplo de una campaña electoral, con todo sus pintoresquismo y su inmoralidad incorregible. Al fin el protagonista encuentra la dicha en la mano de su bella prima, y sólo queda un recuerdo furtivo del paisaje yungueño, del atardecer provincial, del melodrama caciquil. Tema fuerte, buena trama. Le faltó la estructura y morosidad del género para ser una gran novela.

Casa solariega —la mejor obra de Chirveches— acusa un acentuado progreso sobre la anterior. Si ésta es más verídica, aquélla será mejor realizada. Es la historia del inmigrante Juan Luque, aventurero andaluz que conquista la sociedad chuquisaqueña a fuerza de audacia y de astucia. La narración, amena y bien llevada, se convierte en campo de tiro contra el clericalismo y la sociedad ultraconservadora. Este libro participa de la crítica social y de la sátira de costumbres. No sin razón su autor lo subtitula "Novela de costumbres latinoamericanas". Tiene lago de Maupassant, algo de Prévost. Es una obra musculosa y sólida; plena, fuerte, un fruto sazonado —dice de ella Medinaceli—. Chirveches quiso llevar a la literatura el conflicto entre liberalismo y clericalismo, a la sazón en boga. Finot señala con acierto que pasada la efervescencia de aquellos años, la tolerancia norma las relaciones del Estado con la Iglesia, y que esto ha quitado actualidad al libro. Pero eso es cierto relativamente: si la sátira al predominio clerical perdió validez, queda la excelente pintura del medio social, salvando ciertas exageraciones más convencionales que verídicas. El triunfo de Juan Luque es el triunfo del inmigrante europeo que escala posiciones

en la sociedad sudamericana por su tenacidad. Los personajes están mejor perfilados que en **La candidatura de Rojas**; también el relato se vertebra con mayor docilidad en torno al eje central que lo provoca. Nos guste o nos disguste, es la vida que vivieron nuestros padres, descrita con soltura y destellos de artista.

La Virgen del lago, obra más de ficción, sin que le falten recursos de observación crítica, tiene algo de la novela erudita a lo Blasco Ibáñez, como apunta un crítico; el Santuario de Copacabana sirve al narrador de materia para incursionar en historia y en arqueología, creando el infaltable "herr profesor". Aquí están, nuevamente, bien descritas la vida poblana, el paisaje típico, las reacciones del alma criolla. El lenguaje plástico y desenvuelto gana al lector. El contraste dramático de los personajes, bien obtenido. La intriga amorosa, sencilla.

La trágica desaparición de Armando Chirveches nos ha privado del que pudo ser nuestro mejor novelista. Los es ya, ciertamente, en punto a fecundidad y consagración al género, pero el destino se opuso al pleno desarrollo de su talento y sus medios expresivos. Es el narrador más representativo del realismo crítico, con todas las cualidades y defectos de la escuela. Sus novelas, comparadas con la producción de otras literaturas, no son obras de excepción; pero para nosotros tendrán siempre el sello de lo propio. Y ese aire familiar las aproxima a la comprensión de las nuevas generaciones.

Sería pesado, innecesario, referirse a la legión de publicistas, internacionalistas, ensayistas, seudosociólogos, aficionados a la historia que da este período. Pero no sería justo omitir al tipo del diplomático-hombre de letras, aquel que ha proyectado nuestra literatura más allá de las fronteras nativas. Los dos nombres que mejor expresan esta tendencia son Enrique Finot y Eduardo Diez de Medina.

Enrique Finot fué un estudioso sistemático, una inteligencia bien dotada para la investigación histórica. En su vasta producción se entrecruzan erudito y literato. Dijimos ya que sus novelas no tienen mayor importancia. En cambio sus trabajos sobre temas educacionales, sus estudios sobre política internacional, son de calibre más fino. Finot fué uno de los pocos que ha combatido el diletantismo perseverando con método y sagacidad en los temas históricos.

Con tres señeras obras contribuyó Enrique Finot a la cultura nacional. **Historia de la conquista del oriente boliviano**, libro bien documentado, bien desarrollado, bien escrito. **Nueva historia de Bolivia**, ensayo de interpretación sociológica, que en muchos puntos es superior a la **Historia general de Bolivia**, de Arguedas. Y finalmente su voluminosa **Historia de la literatura boliviana**. De la segunda de las nombradas se puede afirmar que se trata de mejor esquema crítico de nuestro pasado. Ha puesto en ella el autor sus condiciones de analista severo y ordenado reconstructor del proceso histórico, curándose por cierto de los yerros y arbitrariedades del "arguedismo". El juicio claro y por lo general acertado, el estilo sobrio, frío. Decir que es uno de los pocos libros compuestos en forma orgánica es ya expresar su mejor elogio. Finot ve, siente el pasado, no en postura de juez implacable, sino como el observador imparcial que se esfuerza por comprender la sociedad que estudia a través de la diversidad de sus manifestaciones vitales. Esta **Nueva historia de Bolivia** es un acierto. Ni tan optimista, ni tan pesimista para extraviar el juicio: el justo medio del buen sentido que hacía falta. Sin discusión, la mejor historia nacional, aunque lo cronológico y puramente descriptivo esté subordinado al análisis crítico y al estudio social.

Historia de la literatura boliviana, otra de sus obras más meritorias, exige enjuiciamiento especial. ¿Es un gran libro? Digamos más bien un libro grande. Único en su género, porque, aparte de otros ensayos, no se ha escrito hasta hoy otro sobre el mismo tema con la amplitud que lo hace Finot. Será útil analizar sus valores y sus fallas, ya que los investigadores deben necesariamente volver a sus páginas para seguir nuestro desarrollo cultural. Con honestidad que le honra, el mismo autor declara en el prólogo: "...es menos historia crítica que nomenclatura o catálogo". Y éste es el falso punto de partida que aminora el consumo de energía gastado en tan noble fin. ¿Quiso Finot merecer parabién de todos cuidando de no olvidar a nadie? Logró su propósito. ¿Pero puede historiarse un proceso literario por simple acumulación, amontonamiento de títulos y nombres? Camino desviado. La bibliografía nacional tiene mucho que agradecer al fecundo escritor cruceño. Acaso no diga lo mismo nuestra literatura.

El esfuerzo, ponderable; el acopio de conocimientos y referencias, realmente impresionante; el arsenal de material disponible. Excesivo. Si el valor de una obra literaria se mide por los sacrificios que

demanda a su autor, debemos a Finot honda gratitud: largos años de trabajo, pacientes búsquedas, tenacidad reconstructiva. Pero leyendo el libro, midiendo sus vacíos, soportando el impacto de sus errores, un espíritu de justicia se abre paso. **Historia de la literatura boliviana** es un buen libro y un mal libro al mismo tiempo. Bueno, hasta excelente, en su primera mitad, en todo lo relativo a la Colonia y al siglo XIX. El pasado indio ni lo siente ni lo entiende. Malo en lo que atañe a nuestras letras en el siglo XX. ¡Curiosa obra, hija de Jano, con dos caras distintas! Una enseña y satisface plenamente; la otra degrada y mueve a censura. Finot tiene la vocación del historiador, no la percepción del crítico literario. Hay una estructura en su libro, pero las partes no se apoyan y ordenan recíprocamente, dentro de ese criterio de asimilación y eliminación inherente al buen juez literario. Si aceptamos la primer parte de la obra, por lo general acertada en el análisis de época y el enfoque de libros y personas, no es posible de admitir el batiburrillo de títulos y autores que componen la segunda. Aquel pánico por el escritor vivo no puede ser más peregrino; porque ¿cómo existirían historia y crítica literaria si nadie se atreviese a juzgar al contemporáneo en vida? Otro defecto que impide apreciar el valor de la obra individual es que Finot descompone la producción de cada autor en grupos y títulos tan alejados que no se puede abarcar en integridad lo que produjo cada escritor.

Libro monumental, desventurado en cierto modo, aunque sea utilísimo como materia de consulta. La segunda parte es harto deficiente es el cuadro social del que surgen las tendencias literarias. No calibra obras y autores, no jerarquiza, se limita a enumerar. Su juicio es tan desigual que si al historiador Arguedas —vaya un caso— lo mira con claridad de visión, al poeta Tamayo no lo entiende ni por casualidad.

Con todo, salvados los reproches al crítico literario —Finot es historiador e investigador acucioso más bien—, reconozcamos en el laborioso escritor cruceño a uno de los valores sobresalientes del período realista.

Eduardo Diez de Medina, estadista y diplomático, es el prototipo del escritor intuitivo, de raza. Espíritu inquieto y brillante, animó el periodismo nacional, fundó revistas literarias, promovió actividades artísticas. Más de treinta títulos reflejan su múltiple labor. Amigo en París de Darío, de Nervo, de Bonafoux, Gómez Carrillo, sus versos

reflejan la bohemia de la época; sus crónicas a **La Prensa** de Buenos Aires dieron nota de buen gusto. **Bagatelas** y **Variando prismas** acreditan al prosista. **Mallcu-Kaphaj** es una joya de poesía descriptiva. **Estrofas nómadas** y **Paisajes criollos**, libros airosos en que predominan la evocación cosmopolita y el sentimiento lírico del terruño. **Lulú y Punk**, un cuento digno de la más exigente antología. De sus muchas obras publicadas destaquemos **El problema continental**, **La cuestión del Pacífico**, **Apuntes sobre tópicos internacionales**, trabajos de aliento, en los cuales el internacionalista defiende con levantado numen los derechos territoriales de su patria, y que son modelo en la abundante literatura de límites. Es autor de la doctrina "Diez de Medina" sobre neutralidad marítima, que tanto favoreció al país durante la guerra del Chaco. Gran traductor en verso, su versión del **If**, de Kipling, no ha sido superada en lengua hispana; tiene otras traducciones primorosas de poetas ingleses, franceses, brasileños. En sus mocedades introdujo a los simbolistas galos en la montaña andina, con una límpida versión del poema **Aparición**, de Mallarmé. Aunque su clara inteligencia y su firme voluntad le dan sitio más eminente en la historia política y diplomática de la nación — terminó casi todos los litigios limítrofes y firmó la Paz del Chaco como canciller de la República—, Eduardo Diez de Medina es uno de los espíritus más cultos, versátiles y de más copiosa producción en este período. Realista de acción exotista de imaginación. En el declinar de su vida laboriosa ha publicado un tomo de sus **Poesías escogidas**, una excelente versión castellana en verso de **Toi et moi**, de Géraldy, y sus **Memorias** ("de un siglo al otro"), que constituyen una visión animada y varia de los últimos setenta años del acontecer nacional. Prosista atildado, bardo sentimental, publicista de fibra, Diez de Medina es el artista que navega en el divino esquife por los mares procelosos de la diplomacia y la política. Un romántico en el siglo XX. Pero un romántico a los Metternich, mundano y eficiente al mismo tiempo.

Pertenece a la misma escuela Alfredo Sanjinés, autor, entre otras cosas, de tres libros de valer muy desigual. Una buena investigación sobre **La reforma agraria en Bolivia**; un conjunto de leyendas y teorías sobre prehistoria nacional no siempre equilibrado, **Mas fuerte que la Tierra** y **El Quijote mestizo**, historia novelada de Belzu y Melgarejo. Señalamos este libro como ejemplo de lo que no se debe hacer en buena literatura. Se trata de un conjunto de inexactitudes y

despropósitos totalmente alejados de la verdad histórica; ni Dumas se permitió tamañas licencias. Es un libro disparatado, tendenciosos y mal escrito, del que sólo se salvan algunas buenas páginas por lo descriptivo, crítico y anecdótico. El título ya es un contrasentido, y la figura del Tirano, ahistórica y equívoca. Ni historia novelada, ni novela histórica. Ficción pura y ficción barata, atentatoria del sentido moral y de la verdad.

Más centrado de juicio, de formación intelectual más severa, Casto Rojas, político y financista, cortó laureles de prestigio en la prosa y en el periodismo. Sus ensayos, críticas y crónicas andan desperdigadas en publicaciones diversas. Es una de las mentalidades que mejor vieron y más acertadamente expresaron los problemas nacionales; lástima que pluma tan penetrante no hubiera persistido en el libro. Sus mejores obras: **Historia financiera de Bolivia** y **El doctor Montes y la política liberal**. Rojas cultiva una prosa castiza con destellos poéticos; aquí el destino desvió una vocación de escritor. Lamentemos que ingenio tan sutil haya debido actuar en el árido campo de la administración y el derecho.

Habría que mencionar también, por su tarea escudriñadora y persistente en la interpretación del pasado, a los historiógrafos de este período: Alfredo Jáuregui Rosquellas, en Sucre; Luís Subieta Sagárnaga, en Potosí; José Macedonio Urquidi, en Cochabamba; Plácido Molina, en Santa Cruz. De todo ellos, sólo José Macedonio Urquidi se alza a la categoría de literato por la continuidad y calidad de su obra, sobresaliendo en **Bolivianas ilustres**, en **Rectificaciones a la Historia de Arguedas**, y en **El origen de la noble villa de Oropeza**.

¿Es posible que el menos leído, el menos comprendido de nuestros escritores sea el emperador de las letras bolivianas? Privilegios del genio, pues Franz Tamayo, aun ignorado en su poesía nocturna, poco entendido en su prosa sabia, merece la admiración de su pueblo. El mensaje ideal y técnico de su arte, desbordada la capacidad asimilativa de una generación, rebasa también el marco nacional, y aunque nuestra insularidad espiritual y el orgulloso ensimismamiento del artista hayan impedido la difusión de su grande obra, día llegará en que se haga justicia al varón extraordinario.

A Tamayo lo leen pocos, lo entienden menos. Pensador y poeta, vive en la hosquedad de su retiro altivo. Pero el político, el polemista, el orador, el vigía de los grandes momentos colectivos supo siempre ganarse el corazón de la multitud andina. ¡Qué oportunidad en la actitud, qué arrebató en el gesto, qué santa indignación en el tropel de las imágenes! Conductor sin partido, líder sin seguidores, Tamayo supo alzarse al pináculo de la fama por su talento intuitivo para interpretar las reacciones de la psique nacional. No quiso el destino que fuera presidente de los bolivianos —ungido ya por el voto popular— y prefirió elegirlo profeta y adalid espiritual. Se admira al poeta incomprensible; mas cuando truena el verbo del indio insigne es como si Bolivia se empinara sobre sus montañas para hacer oír mejor su voz. De un modo o de otro, cincuenta años de nuestra historia civil se relacionan con la trayectoria del hombre público. Escuelas y tendencias se rompen al pie de su marmórea poesía. Es el titán que sería necio medir con vara de tendero.

Político, tribuno, polemista, pedagogo, pensador profundo, crítico, gran poeta y libelista —esta última es una de las facetas negativas— Franz Tamayo escapa al juicio común. Constructor, destructor, contradictorio muchas veces porque el pensamiento incandescente se renueva en él sin descanso, esta naturaleza pánica, gobernada por una voluntad de acero, es, tal vez, la mayor madurez mental surgida en América. Nadie le supera en agudeza de criterio, en disciplinas intelectuales, en vuelo tempestuoso de la imaginación, en el señorío espantable del idioma. Es la montaña hecha hombre. Abruma y ciega, el drama escapa al ojo. Alma de interioridades concentradas y olímpicos desdenes, puede decir, como el viejo Goethe: "La recompensa del ruiseñor que canta es su propio canto". El gran escritor, que nunca lisonjeó a periodistas, críticos ni escritores, vive envuelto en la bruma de su propia grandeza, enhiesto, solitario, como esos peñones del Ande, más erguidos cuanto más lejanos.

Sus discursos parlamentarios, sus mensajes a las juventudes americanas, sus magistrales piezas jurídicofilosóficas en torno a los problemas patrios —no reunidos aún en libro—, retratan de cuerpo entero al "Maestro de Generaciones" como le ha llamado uno de sus biógrafos. **La creación de la pedagogía nacional**, según el juicio de Luís Velasco Aragón, peruano, es una obra de raro valor pedagógico, un tratado de psicología étnica y sociología real. El mejor análisis del

indio y del mestizo. Libro de exaltación, de agudo vitalismo, demuestra que el autóctono es la piedra angular de la nacionalidad. Fué escrito en 1910, antes de la revolución mexicana, de las dos guerras mundiales que cambiaron el concepto social del mundo. Aquí el pensador andino vuelve por los fueros de la tierra y de la raza. Ataca la costurería literaria, la enseñanza de liceo, el "bovarysimo" imitativo de nuestros establecimientos de enseñanza, pide soluciones directas y enérgicas. "¡Buscad la energía en vez del oro!, exclama el discípulo de Fichte, de Stirner, de Nietzsche. Es el primer profesor de energía que pide la formación del carácter nacional. "¡Osad, perseverad!". Incita a la acción innúmera, incondicional, ilimitada, anunciando el trepidante dinamismo moderno. El libro abunda en conceptos iluminadores: "Toda cultura es un desgaste; diríamos, toda cultura es escultura, y el alma del indio parece hecha del granito de sus montañas. Esta es su dificultad y su grandeza".

Es el libro más fuerte que se ha escrito en Bolivia, todo él rico de sustancia, de gérmenes vitales, de carga polémica explosiva. Y en una lengua que envidiarían los mejores caballeros de Castilla. Desmedido, injusto cuando juzga al blanco y al mestizo, para ser un estudio perfecto le falta equilibrio, lavarse del pecado del resentimiento que acosan al hombre y al artista. Nobles verdades y gruesos errores campean por la obra. Político, sociólogo, utopista, contrapuntean. Y el mensaje moralizador cobra vigencia permanente para la nación andina; despertar las almas, educar las voluntades, disciplinar el conjunto social. "Dejar de imitar, creer en la vida". **La creación de la pedagogía nacional** fué comprendida veintiocho años después de su aparición, y es la piedra miliar del movimiento indianista.

Vienen luego los dos fascículos de **Proverbios**, donde el pensador llega a honduras abisales que evocan la angustia metafísica de los filósofos germanos. Un pensamiento: "Orgullo, el esplendor de la fuerza". Este otro: "La pasión es un reino sombrío". Más allá: "El hombre es su propia labranza. Todo esfuerzo, toda cultura, todo ideal son, en el fondo, por sí y para sí. Gleba misteriosa, misterioso labrador. Ni su locura deja de pertenecer a su hado". El relativismo einsteniano le sugiere esta idea: "No es tanto la matemática que dará la última razón a Einstein, cuanto los Upanishads, el capítulo de Kant sobre estética trascendental y los primeros capítulos del Timeo". Y uno

final, entre tantos bellos y certeros: "Cosa triste y maravillosa: detrás de la verdad, siempre aparece otra verdad más verdadera".

El políglota y lingüista —conoce griego, latín, estudia el sánscrito, domina varias lenguas europeas— producen **Horacio y el arte lírico**, el mejor estudio de crítica humanística salido de pluma nacional. Libro pequeño, clave para comprender la mecánica interna del verso tamayano y un curso completo de estética. Tampoco es comprendida su **Crítica del duelo**, que reduce la psicología del honor moderno a una simple cuestión de fisiología patológica de las colectividades. En todos estos trabajos brillan la pasmosa erudición, la lógica implacable en el análisis, la gravedad del concepto, la belleza del estilo.

Tamayo no se ahoga en la cantidad, no abusa de lo titánico y ciclópeo, evita el retoricismo de Víctor Hugo, cuya sombra se cierne en sus poemas primerizos. Antes bien, es el maestro de sí mismo, el reductor inexorable de toda demasía. Su empuje romántico choca y se atempera en altos muros clásicos: Apolo somete a Dyonisos. A una inspiración gigante, a un saber inaudito, una forma ceñida y armoniosa, aunque a veces, el genio demonial se evada a la disonancia y a la extravagancia inaceptables.

¿Qué ha de quedar de Tamayo? Su poesía, su grande y trágica poesía, que lo consagra el más genial creador de belleza en América. Es el vate, en el sentido profundo del término, el reanimador del misterio cósmico, el mistagogo del espíritu. **La Prometheida, Scopas, Nuevos Rubayats, Sherzos, Epigramas griegos**, sus cinco libros en verso son orbes de luz, de ciencia y de belleza, que no entregaron todavía su secreto; con estas columnas primordiales se erigiría un Partenón andino, por dentro todo cólera y pasión; por fuera, impecable, reposado como el mar en calma. Aquí no es lícita la pequeña crítica anecdótica o desmenuzadora, sino la visión de conjunto integradora y trascendente.⁽¹⁾ (Véase Franz Tamayo, hechicero del Ande —cuatro ediciones agotadas—, la discutida biografía o "retrato al modo fantástico", compuesta por Fernando Diez de Medina, donde se analizan las obras poéticas de Tamayo, que fué impugnada por el propio biografiado y dió a una polémica resonante entre el biógrafo y su personaje. (Nota del Editor.) **La poesía tamayana es una fuerza de la naturaleza, el gran espectáculo de la vida transmutado en imágenes, la hondura vertiginosa del pensar, la musicalidad expresiva insuperada. Es el don taumatúrgico que concede al poeta la intuición inefable del mundo y de sus seres. Técnicamente, Tamayo fué más lejos que todos los modernistas sudamericanos; ha faltó el estudio**

estilístico que revela la composición y riqueza prodigiosa de su mecanismo formal. Herrera y Reissig, Lugones, Chocano, Jaimes Freyre, son voces menores a su lado. Acaso Darío le gana en el arte de modelar con gracia, en acústica armoniosa, mas queda atrás en el meditar filosófico, en la sensualidad pagana de las imágenes, en el malabarismo idiomático, que en el fondo es sapiencia eufónica y lengüística. ¿Quién caló más hondo en la raza, en el paisaje, en la intuición relampagueante del ancestro? Tamayo, vate cósmico, es, ciertamente, el Hechicero del Ande, suprema expresión del genio indio, que, amurallado en la fiereza aimára, embosca también, la ternura quéchua y el deslumbramiento oriental. ¿Cómo conciliar —y es sólo un caso entre ciento— la música aterradora, frenética de **La Prometheida** con la hermosura plástica y serena del **Scherzos del Ruiseñor**?

Para que no se piense que el orgullo nacional nos induce a exagerar la nota laudatoria, reproduzcamos tres juicios extranjeros.

Mario Saielli, italiano, en un extenso y notable estudio sobre **La Prometheida**, dice, entre otras cosas: "Es una de las más insignes producciones del simbolismo, de tema filosófico, dramático y lírico. La lucha entre el espíritu del Mal y el ángel de la Luz, entre hombre y mundo todas sus alternativas. Poesía enérgica y viril, atrevida y fecunda, alada y flexible. Por su abundancia de luz, de aromas, de matices; por su sabor clásico de ambiente; por sus atrevidos simbolismo y alegorías; por su riqueza de concepciones filosóficas y por sus hermosas imágenes y deliquios verbales, la **Prometheida** sólo puede compararse al **Himno a las Gracias y a las Tumbas**, de Fóscolo. Hay que volver a los estudios clásicos para comprenderla. Para entender la gloria del paganismo, al griego; para absorber la hondura del vuelo cristiano, al latín. Para entender a Franz Tamayo será preciso regresar al humanismo de dos mil años, a la meditación trascendental, a la música de las ideas y de las palabras, al saber fáustico"

Juan Bardina, español, retrata así al hombre: "Tamayo es la estampa viva del indio auténtico en toda su potencia. Tuvo tres amores políticos: el indio, la educación, el espíritu. Sus luchas por el gran problema del indio le consagraron precursor de toda autonomía. Preconizó la formación interior por el culto del carácter, antes que la

educación fachadista y epidérmica. Es un enamorado de la literatura mística española y de la honda literatura hindú. Acaudilló el partido radical, encabezando a una juventud audaz y vibrante. Recordemos que su diario **El hombre libre** fué la primera clarinada revolucionario en medio del liberalismo".

Luís Velasco Aragón, peruano, en otro maduro ensayo crítico, agrega: Franz Tamayo es un espectáculo de osadía en América; lo más sustancial que el continente ha producido como arte y pensamiento. Polemizó en tono mayor con un vibrar de rayos. Recién con él se anuncia el pensamiento andino: fuerte, frío, duro. Y es tormentoso, dinámico, cuando batalla o escribe. Habla a golpes de relámpago, flagela con látigos de electricidad nerviosa. Pero siempre es como el agua, fresco, puro, fortaleciente. Orgullo de cordillera, inaccesible como la raza o la inhollada cumbre del "Illampu". Es el perpetuo luchador".

Gran prosista, altísimo poeta ignorado por América, Tamayo es el Ande, la montaña hecha de fuerza y de pasión, con sus integraciones estupendas y sus desgarramientos dolorosos. Es la cumbre del tiempo cosmogónico, envuelta en llamas y despedazadas rocas. Los flancos marmóreos evocan la majestad del tiempo clásico; el cono trepidante y colérico hierve de tensión mestiza, integradora y desintegradora al mismo tiempo. ¿Un griego en el altiplano? Dyonisos y Apolo bajo el manto sombrío del Wirakocha andino, porque todo es andino en Tamayo debajo de la forma helénica. El fáusto Aimára. ¡Leed a Franz Tamayo: un océano aéreo en torno a la montaña impenetrable! Y a veces la montaña nívea, llameante, se cubre de sombras como la raza que la puebla, como el suelo que la contiene.

Y el diamante negro de la poesía boliviana, solitario, hermético, enhiesto, es, en verdad, la más alta expresión de misterio y de belleza para este pueblo nocturno que yace en el tiempo de la espera.

CAPITULO XII

LOS ECLECTICOS Y LA GENERACION

DEL CENTENARIO

Un paralelo entre Salamanca y Maroff.— Principales hechos políticos: nace la Gran Minería.— El "Ateneo de la Juventud".— Un joven maestro: Prudencio Bustillo y su biografía de "Arce".— Los poetas Reynolds y Guerra.—Gustavo Adolfo Otero, paladín ecléctico.— Medinaceli, el crítico, y la novela chola en "La Chaskañawi".— Los poetas parnasianos y neoclásicos.— Los ensayistas.— La prosa artística: Céspedes y Villegas.— Los novelistas: Costa du Rels y Díaz Villamil: "La niña de sus ojos".— La eclosión teatral; obras y autores.— El movimiento "Gesta Bárbara" en Potosí; sus valores representativos.

La primera Guerra Mundial trae soplos renovadores al país andino. Tensión ecuménica, anhelo universalista, exotismo y cosmopolitismo. El ansia de evasión del europeo, desintegrado por la catástrofe bélica, hace fácil presa también del sudamericano. Todos quieren ensayar el vuelo de la novedad hacia metas quiméricas; todos buscan la mudanza y apuntan a la lejanía. Es la hora de los "ismos", que cruzan la sensibilidad de los bolivianos con sus mil luces espejeantes.

No se trata, en rigor, de una escuela literaria —hemos dicho ya que estas clasificaciones provisionales importan sólo para facilitar la visión de conjunto—, sino de voluntades individuales pugnando por un ideal de universalidad. El boliviano lee, asimila literaturas extrañas, imita, busca formas nuevas de expresión. A este período de quince años — 1921 a 1935— lo denominaremos la Escuela Ecléctica, no sólo porque sus componentes siguen las tendencias más diversas, sino porque incursionan por todos los géneros literarios, en un esfuerzo de versatilidad que conspiró contra la producción individual.

Se abre con dos figuras diametralmente opuestas en formación mental y en temperamento: Salamanca y Maroff.

Daniel Salamanca, político, tribuno, intelectual, es el último y el más significativo representante del doctorismo nacional; esos hombres estudiosos, muy sabidos, muy instruídos, excelentes expositores de doctrina, que a una vida privada intachable absoluta consagración a la cosa pública. No llegaban a las masas, porque políticamente las masas no existían en esa época su ciencia administrativa y su verbo preciso arrastraban a las minorías dominantes, a ciertos círculos de clase media, a ese público heterogéneo de las "barras" parlamentarias que hace y deshace nuestros prestigios políticos.

Gran orador, no por el vuelo retórico de la frase, sino por la lógica inflexible de la exposición, Salamanca es el fantasma de los gobiernos liberales. Versado en ciencias económicas, ataca y desmenuza la obra financiera del montismo. Sus **Discursos parlamentarios** son la mejor

escuela para quien aspira a ser estadista: sólida cultura, profundo conocimiento de la materia tratada, síntesis ceñida en la oración, habilidad penetrante para persuadir al lector o al auditorio. Heredero de Baptista en el solio tribunicio, no tuvo el brillo de éste ni su destreza para sortear las situaciones políticas: lo superó en el prestigio que alcanzó como líder de la oposición. ¿Qué será Bolivia gobernada por el doctor Salamanca? Un paraíso, un renacimiento, una realidad venturosa. Esto pensaban los hombres de 1914, cuando Salamanca funda el Partido Republicano; los de 1920, cuando cae el Liberalismo y la opinión pública lo pide como mandatario; los de 1921, cuando Saavedra se autoelige presidente por medio de una convención dócil; los de 1926, cuando Siles asume el mando. El gran cochabambino llegó a adquirir fama extraordinaria por su fina inteligencia y su acerada crítica en el parlamento. Salamanca dominó muchos años la escena interna con su figura de conductor intelectual. Fué maestro de civismo, fustigador de los vicios democráticos, el político que más acertadamente estudió y desmenuzó los problemas fundamentales del país. En estatura moral y en saber docto pocos lo igualaron.

Desgraciadamente, el hombre de la lógica, el espíritu analítico y exigente, llegaron tarde al poder. Su gobierno fué negativo y terminó en el desastre del Chaco, no por falta de condiciones de gobernante, sino porque la nación, despertando al trance socialista, estaba ya cansada del gobierno de los doctores divorciados de las mayorías populares. Anularon también a Salamanca el orgullo excesivo que desemboca en impericia para la acción, la enfermedad, el escepticismo de un espíritu cultivado. Así se probó, una vez más, que no basta la capacidad intelectual para ser un estadista.

La figura de Salamanca proyectó su sombra austera durante el período de Los Eclécticos. Es el clásico por excelencia, maestro de sobriedad, de concisión, que hizo de la oratoria y de la crítica política un arte de reflexión y de medida.

La antítesis de Salamanca es Gustavo A. Navarro, el escritor que popularizó el seudónimo de "Tristán Maroff".

Maroff es el prototipo del revolucionario, del propulsor de las nuevas corrientes políticas y sociales. Detesta todo lo establecido, se mofa de los convencionalismos circundantes, ataca figuras y figurones. Tiene el

amoralismo de los grandes rebeldes. Comenzó su vida política repudiado por el ultramontanismo chuquisaqueño y por las beatas que se persignaban al verlo pasar como si se tratara del mismísimo Belcebú. Valiente, empeñoso, dotado de una inteligencia aguda y mordaz, Maroff es el primer luchador social que enfrenta con audacia la miseria colectiva. Fué divulgador del marxismo como disciplina científica. Luchó tenazmente contra el imperialismo financiero, contra las oligarquías dominantes, contra la economía de absorción de los Estados Unidos, que agotaba las economías nacionales de Sudamérica. Fué el primero en propagar la frase: "Tierras para el indio, minas al Estado". No le acompañó la suerte como conductor político, pero su figura de luchador acrece si se considera que fue un combatiente solitario, en pugna valerosa con el medio retrasado en incomprensivo.

Maroff no es sólo el revolucionario social: sus viajes, su sensibilidad permeable a las nuevas ideas, le dieron un barniz cosmopolita, un don de mundanidad que le permitieron cosechar amistades en diversas latitudes y difundir sus libros más en el extranjero que en su propia patria. Amenísimo **causeur**, ingenio maligno que no mide la intensidad de sus disparos, puede afirmarse que en Maroff el hombre de espíritu se impuso al hombre de acción. Un juicio, una frase, bastaron para descomponer situaciones y crear enemigos irreconciliables. Y éste es uno de los méritos mayores del controvertido escritor de izquierda: su verticalidad intelectual, su genialidad analítica, cruda, espontánea, hiriente, sin reparar en la ofensa que causa ni el daño que se hace a sí misma la pluma caústica y burlona.

De sus muchos libros y ensayos sobresalen **Suetonio Pimienta**, memorias satíricas de un diplomático imaginario, donosa crítica de la vida sudamericana trasplantada a París. Sus panfletos políticos-sociales **El ingenuo continente americano**, **Wall Street y hambre**, **México de frente y de perfil**, en los cuales lucen por igual sociólogo, polemista y luchador social. Libros fuertes, descarnados, cargados de electricidad, que hicieron mucha bulla en su tiempo. **La tragedia del altiplano**, uno de los mejores ensayos sociológicos sobre la realidad nacional. **La ilustre ciudad**, divertidísima crónica novelada de la vida sucrense, donde costumbrista y humorista se dan la mano en feliz combinación: la mitad pura verdad, la mitad mentira pura. Pero el mejor Maroff —entre otros trabajos— está en ese breve, apretado y

jugoso estudio que se llama **Melgarejo y el melgarejismo**, penetrante análisis de nuestra historia política. O aquel excelente paralelo que hizo entre Montes y Saavedra.

"Tristán Maroff" o el combatiente porque sí. Tuvo muchas condiciones para terminar en gran político o en gran escritor, pero no llegó a ser ninguno de los dos, acaso porque política y literatura no le interesaron como fines, sino sólo como medios para afirmar su propia vitalidad intelectual. Fundó partidos, tuvo discípulos, hizo escuela de revolucionarismo permanente. Alma sin cálculos, sin pliegues, tenaz en sus aciertos y en sus errores, es el anarquista de las ideas. Escéptico, mordaz, inconforme siempre, a veces su figura y su actitud sugieren un Gide criollo, intolerante, cáustico; el que se quema en su propia llama, el torturado por la malignidad del pensamiento. Si Salamanca es el arquetipo de la virtud, Maroff es el contratipo del inconforme por vocación espiritual.

Habrán quienes juzguen disparatado el paralelo: ¡Cómo! ¿Comparar a Salamanca con Maroff? Uno fué admirado por todos, el otro temido y reprobado. El cochabambino fué un triunfador, el chuquisaqueño se frustró. El primero es el elegido del destino, el segundo el luchador contra el destino. Si Salamanca es toda la virtud, Maroff encarna la fuerza disolvente del inmoralismo crítico. Uno deja vida y obra como ejemplo digno de imitarse, el otro tienta con los abismos fascinantes de obra y vida sin trabas, como el viento de las punas. "No debe haber, no puede haber paralelo", dirán los aristarcos. Pero lo cierto es que Salamanca y Maroff, antípodas en el pensamiento y en la acción, hicieron escuela en su tiempo y en su pueblo. Representaron dos modos en pugna del pensamiento nacional. Hay muchos que los imitan todavía.

Salamanca el clásico, Maroff el revolucionario. ¿No es todo el proceso fluctuante de la política nacional en los últimos treinta años? Tradición y renovación, clasicismo y romanticismo, humanismo social y naturalismo crítico se contraponen a través de ambas figuras. Uno pasa a la Historia, el otro apenas si es recordado en la literatura. Se asemejan sólo en el fracaso del intelectual como político y en el temperamento frío, razonado, incapaz de infundir amor a los demás. Un halo mefistofélico los circunda. Salamanca, moderado y elegante en el discurso; Maroff, amargo, mordiente en la sátira social, son en el

fondo dos grandes desencantados, dos resentidos de tipo superior, como Arguedas, Moreno, Tamayo. Bolivia se descompone y se disuelve en las páginas del tribuno y del panfletario. Maroff y Salamanca: el orgullo mental llevado a sus consecuencias más extremas. El mundo y yo; y si no puedo imponer mi verdad, entonces tampoco existe la verdad en el mundo. Los grandes rebeldes terminan siempre en grandes negadores.

En este decenio, Saavedra y Siles presiden los últimos Gobiernos de tipo liberal, esa democracia republicana que adoraron nuestros abuelos. Saavedra despierta a las masas con las primeras leyes sociales, da intervención en la vida pública a las clases medias; valoriza al cholo; impulsa el adelanto urbano. Siles efectúa la reforma hacendaria, llama a la juventud, impulsa al deporte, evita el conflicto en el sudeste. Ambos fueron buenos gobernantes de tipo progresista. Lo curioso es que, a pesar de su capacidad de administradores, ninguno comprendió la revolución que se operaba en los espíritus. Saavedra, socialista en teoría, reprime violentamente la primera huelga de obreros en Uncía. Siles admite las corrientes de prórroga de su mandato presidencial, atentando contra la ley y contra la voluntad popular. Gobernantes de cuño universitario, buenos juristas, conductores dinámicos, encabezaron administraciones constructivas si las miramos desde el ángulo minoritario, pero que son criticadas por las mayorías oprimidas, porque, excepción hecha de algunas buenas leyes y de actos administrativos aislados mantuvieron la subordinación del poder político al monopolio capitalista. Simón I. Patiño, primer exportador de estaño, convertido ya en uno de los diez hombre más ricos del mundo, manejaba el país desde adentro: volteaba Gobiernos, torcía conciencias en Gabinetes y Parlamentarios, compraba jueces, periódicos, imponía su capricho a la nación. El "patiñismo, que solía acudir al ejército en los casos extremos, fué en ese tiempo árbitro supremo de los destinos colectivos. Ni Saavedra ni Siles, no obstante su patriotismo y su fuerte personalidad política, pudieron frenar los abusos de la plutocracia boliviana, que, dirigida por los hombres del "patiñismo", tenía montada, desde los primeros Gobiernos liberales, una maquinaria económica y social más poderosa que el mismo Estado. En las postrimerías del decenio, Carlos Víctor Aramayo, otro afortunado magnate minero, y Mauricio Hochschild, extranjero promotor de inversiones en la industria extractiva, se asocian a Patiño para formar la Asociación de Industriales Mineros, que, so pretexto de

defensa de los intereses industriales, refuerza la acción secante de la plutocracia estañífera en la política y en la vida boliviana.

Así nació la Gran Minería, monopolista, explotadora, inmisericorde, que durante veinte años más —ya lo había hecho Patiño antes por otros treinta años más— se limitó a extraer ingentes riquezas de nuestro territorio, dejando sólo trágicos saldos de miseria, ignorancia y agotamiento en el país. Controladas las fuentes de producción minera, los hornos fundidores en el exterior y los mercados internacionales de adquisición, ¿qué podían hacer los Gobiernos republicanos frente al poder absorbente de los grandes mineros? Nada más que lo que hicieron: una ficción de autoridad en lo jurídico, que prácticamente se anulaba por la prepotencia de los verdaderos amos de la nación. Fueron necesarios los cincuenta mil muertos de la Guerra del Chaco y veinte años subsiguientes de experiencia socialista moderada, para que Bolivia se librara del dogal plutocrático, evasor de la riqueza pública, implantando la independencia económica mediante la nacionalización de las grandes empresas mineras. Pero esto vendrá después.

Entretanto, justo será reconocer perfiles favorables. Se terminó el ferrocarril a la Argentina, se organizó la aviación militar y comercial, se dió notorio impulso a las actividades deportivas. **El Diario** importó la primera rotativa al país. El centenario de la República facilitó la modernización de La Paz y otras capitales. La influencia del cinematógrafo y de la radiodifusión, la mayor facilidad de los viajes, comenzaron a despertar la inquietud de las clases cultas y medias. La literatura no hará otra cosa que reflejar esa inquietud de mudanza y novedad.

Adentro, en el interior del territorio, en las provincias y en los campos, en las minas, en las fronteras, subsistía la vida semicolonial. Las grandes mayorías seguirán olvidadas hasta 1936.

Sobreviene un movimiento múltiple de actividad intelectual en todo el país. En Sucre la "Sociedad Filarmónica" estimulando los juegos florales; el grupo "Gesta Bárbara", en Potosí; el "Ateneo de la Juventud", en La Paz; una promoción de literatos insurgentes, en Oruro; en el Beni, la revista **Moxos**, que dirige Félix Sattori Román; las páginas literarias dominicales de los periódicos, en especial "Hombres,

Ideas y Libros", en **El Diario**, de 1929 a 1932, hacen crítica interna y divulgan las nuevas corrientes ideológicas del exterior. A estos hombres inquietos, ávidos de gustar y saberlo todo, que trajeron un soplo de renovación y cosmopolitismo a nuestras letras, se les conoce también por la "Generación del Centenario", no tanto por razones cronológicas cuanto porque la fecha magna cubre con su sombra protectora toda la producción del decenio.

Es complicado, es laborioso analizar la génesis del movimiento ecléctico, que no obedece a tendencias ni capillas determinadas, sino al flujo libre y espontáneo de sus individuos. Iconoclastas, osados, ebrios de exotismo, nuestros escritores irrumpen por escuelas y modelos desordenadamente. Está de moda ser socialista en política y vanguardista en literatura. Los eclécticos lo huronean todo: clásicos, modernos, raros, libros buenos y malos. El ensayo alterna junto a la crónica humorística, drama y novela con crítica y poesía; ribetes filosóficos contrastan con bocetos de comedia, y la tendencia vernacular quiere erguir cabeza en plena eclosión exotista. Estos valen por su búsqueda insaciable, por el idealismo estético, por la intensidad y variedad del esfuerzo. Si ninguno de ellos cuaja en gran escritor porque no dejan obra duradera que los respalde, descollarán, en cambio, en la política, en la diplomacia, en el parlamento, en el periodismo y en la cátedra.

Antes de entrar al análisis de la producción ecléctica, cabe una digresión: el escritor nacional, por tendencia rara vez desmentida, es polifacético y versátil. Sea por flojedad de ánimo —se requiere fuerte voluntad para triunfar de la aridez y la fatiga de un solo género, de una especialización literaria—, sea por refracción del contorno, que exige al intelectual probarlo todo para subsistir en un medio adverso, nuestros literatos se inclinan al laberinto: hacen historia, filosofía, novela, cuento, teatro, versos, crítica, ensayo, periodismo, lo que fuere. La cuestión es escribir y publicar. Por eso abundan pedantes y plumas fáciles en nuestro ambiente. Claro está que cuando se trata de un humanista o de un escritor de vuelo, esa sapiencia, esa variedad universalista, ensanchan y enriquecen la producción creadora; pero en Bolivia, donde, salvando la natural excepción, el genio artístico o científico son planta exótica, la dispersión en los géneros literarios —y la dispersión apresurada, sin disciplina suficiente para dominarlos— atenta seriamente contra la obra individual.

Tomemos un ejemplo. Si se pregunta qué representa Humberto Palza en la Escuela Ecléctica, de difícil contestar. Palza ha escrito mucho y muy diverso: versos sentimentales, bocetos humorísticos, ensayos críticos, comedias amables, trabajos sociológicos o de índole internacional. Es un expositor, un divulgador de ideas. Ha hecho también periodismo sesudo y crónica viajera. Su estilo enrevesado, confuso, aun delatando al hombre culto, no alcanza la claridad del escritor logrado. Catedrático, conferencista, ensayista, Palza, invade también el campo filosófico: **El hombre como método** es una tentativa meritoria para dilucidar el problema de una cultura propiamente americana. Palza lee mucho, escribe mucho, pero carece de facilidad expresiva. Es un abstruso. Le falta el don de síntesis. Su lenguaje no es elegante, ni siquiera correcto; antes bien: frondoso, redundante, oscuro. Su inquietud mental, su actividad intelectual, son ciertamente saludables, el resultado no corresponde a la magnitud del esfuerzo.

Ignacio Prudencio Bustillo es el polo opuesto del anterior. El sentido de proporción, el buen gusto distinguen sus trabajos. Este escritor chuquisaqueño habría alcanzado mayor sitial en nuestras letras de no haber fallecido en plena juventud. Fué una mentalidad despierta y vigorosa; un intelecto de filósofo en un temperamento de artista. Espíritu inductor en disciplinas científicas, nos ha dejado su **Ensayos de una filosofía jurídica**. Para Medinaceli es un estoico moralista, "un prosista flaubertiano que por imperativo ambiental se refugió en el estudio". Tuvo viva observación para el tema de costumbres; sus cuentos, ensayos y cuadros locales denotan sentimiento poético del contorno. Su biografía de **Aniceto Arce**, el gran mandatario, creador de la primera ferrovía internacional, es un modelo en el género: certera pupila psicológica, estilo elegante, sagaz discriminación de los fenómenos sociales. Por sus páginas discurre Bolivia en toda su hondura humana y su dramatismo histórico. Es una de las mejores biografías compuestas en el país. Su **Páginas dispersas** —obra póstuma— agrupan notables estudios críticos y delicados bocetos costumbristas. Sobresalen sus estudios sobre el Romanticismo y nuestros escritores románticos, de juicio casi siempre acertado, salvando algunos errores, como aquello de que "sólo el blanco posee genio artístico".

Prudencio Bustillo fué pensador, crítico y prosista de levantada inspiración. Pudo aunar los rigores del realismo crítico con las finuras de una forma expresiva depurada. Juez severo en el juzgar, templó su estilete incisivo en los remansos del deliquio estético; sus evocaciones regionales de Cinti y de Tarija son "poesía en prosa", como dijo un comentador. Moralista, filósofo, crítico, estilista, todo en Prudencio Bustillo luce claro y puro. Es un meridional, transido de amor a la luz y a la belleza. Sus pocos libros deben leerse, porque dicen mucho. Enseñan. Sugieren. Son de rara condición normativa.

¡Ignacio Prudencio Bustillo, joven maestro de claridad, nunca lamentaremos bastante su prematura desaparición!

Cuatro son los valores descollantes de este período: dos poetas, Reynolds y Guerra; dos prosistas, Otero y Medinaceli.

Gregorio Reynolds, uno de los tres jefes de la lírica nacional, es un caso extraño en literatura: el astro menguante. Autor de varios libros en verso, el crítico menos avisado puede seguir la línea decreciente de su abundosa poesía. De **El cofre de Psiquis**, su primera obra, a **Illimani**, la última, su vena poética declina lentamente en una pendiente tendida. "La llama" es un soneto maravilloso, bastante para immortalizar a un bardo. Los poemas de **El cofre de Psiquis** brotan de un buril impecable: un parnasiano de la más alta jerarquía. **Horas turbias** acusa la tendencia metafísica estremecedora. **Redención** es el vuelo épico frustrado por vacíos artísticos. Los libros **Primas**, **Arco Iris** y **Beni** están sembrados de aciertos y yerros. En su postrera obra, **Illimani**, hay poco bueno, abundante hojarasca. Poeta cerebral, de asombroso dominio idiomático, que se traduce en inusitado cromatismo lírico, Reynolds proviene del decadentismo, del preciosismo galos. Probó escuelas y tendencias con fortuna desigual. A veces recuerda el atonalismo de los músicos modernos. Torrencial, multífono, desbordante, repite en menor escala el fenómeno victorhugiano en su aspecto negativo: un gran poeta injerto en un retórico irremediable. Versificar diestramente no siempre es ser un lírico. Bardo de rica inspiración y ceñida forma clásica en muchos poemas, que son verdaderamente magníficos, en otros se extravía por el laberinto del pensador y del orfebre. Oscila entre la facilidad excesiva y la técnica demasiado elaborada. Su traducción en verso del **Edipo, rey** de Sofocles, es meritoria. Aun en medio de sus debilidades

formales, Gregorio Reynolds fué un alto poeta al que faltó sentido de proporción y de eliminación. Ecléctico de alma, de expresión, introdujo temas y modos nuevos a la lírica nacional, influenció a muchos, ganó en varios certámenes. Pero en rigor crítico se advierte en su copiosa producción que la facilidad del versificador apagó en estridencias verbales el numen del poeta.

José Eduardo Guerra ha dejado sólo cuatro libros. Dos de versos: **El fondo del silencio** y **Estancias**. Otro de crítica: **Itinerario espiritual de Bolivia**. El cuarto, una novela: **El Alto de las Animas**. Cantor pesimista, teñido de melancolía, no al modo trascendental de Schopenhauer o Leopardi, sino a la manera angustiada, disolvente, de Antero de Quental. Guerra fué un poeta subjetivo, de hondas meditaciones. La duda, la incertidumbre, la desesperanza son sus musas. "Alma de atardecer" lo llama Prudencio. Resalta una evidente desproporción entre la hondura de sus ideas y la pobreza de su instrumentación lírica. Es la suya una poesía de tono intimista, aristocrática, desencantada. **El Alto de las Animas**, ensayo de novela psicológica, adolece de la misma influencia lacerante. Reaccionando contra el realismo de sus contemporáneos, Guerra estudia, analiza exhaustivamente el proceso de una conciencia; Andrés Bermúdez es uno de los pocos personajes bien logrados dentro de nuestra novelística. Inadaptado algo hamletiano, presa de la abulia, vencido por el medio criollo, el protagonista va a hundirse en el fondo de una finca, pasando por ese maravilloso paisaje que la fantasía popular ha denominado el "Alto de las Animas". Naturalmente, el dolorido —autor y protagonista— no siente la hermosura paisajil. El argumento es pobre, la pintura de caracteres acertada. Este fatalista evoca el recuerdo de Rodenbach, mas no tiene su potencia imaginativa ni su destreza estilística. "Es un idealista sin energía, perdido en el egoísmo y la bajeza moral de aldea —dice Medinaceli—. Pensaba que todo era inútil, fugaz, adverso. ¿Sangres gastadas? Acaso descendía de antepasados conquistadores que derrocharon demasiada energía para terminar en "fin de razas" o "fin de aristocracia". Un hidalgo de alma colonial extraviado en la farsa criolla seudodemocrática". La novela evidencia, como apunta el crítico, las divergencias étnicas y psíquicas de la sociabilidad boliviana. Y antes que novela es una autoconfesión, más próxima a la divagación filosófica, al ensayo introspectivo, que el puro relato de acción o de ficción.

Donde realmente triunfa José Eduardo Guerra es en la crítica. Dejó muy poco escrito, pero muy bueno. Su estudio sobre los poetas y prosistas bolivianos modernistas es realmente notable y se encuentra en las colecciones de la revista **Kollasuyo**. Pero su "opus magno", aun siendo un tomo no muy grueso, es **Itinerario espiritual de Bolivia**, que alcanzó dos ediciones. He aquí una geografía literaria del país, según confiesa el autor: bien planeada y bien desarrollada. Un esquema apretado, una encendida exégesis del paisaje y la cultura nacionales. "Una especie de carta geográfica en la que las provincias están delimitadas según el color que les presta el sentimiento de sus poetas, y cuyas longitudes y meridianos se miden con el compás de la sensibilidad de sus prosistas". Aquí el crítico raya más alto que poeta y novelista. La descripción precisa, el juicio agudo, veraz el toque sociológico, elegante el estilo, trátase de una pequeña obra maestra, que abre sugestivos horizontes al lector. Guerra sabe alzarse del análisis a la síntesis. Siente como poeta y discurre como ensayista. Un libro encantador.

Gustavo Adolfo Otero es el paladín de las corrientes eclécticas. ¿Es un gran escritor? Mas bien un escritor fecundo. Bibliógrafo, bibliófilo, bibliómano, hurón de bibliotecas y de archivos, periodista, fundador de revistas literarias, exhumador de documentos antiguos, es una de las figuras más simpáticas de nuestras letras.

Lleno de ambición y de energía, en un medio donde el escritor hace carrera "a corto plazo" —dos, tres libros bastan para concluir con un autor—, Otero representa la vocación profesional, la perseverancia en el esfuerzo. Acaso por la extensión y variedad desmesurada de su obra, la calidad se resiente de premura y negligencia. Brillante unas veces, otras oscuro, atrayente y pesado alternativamente, su pluma desigual refleja la curva arrítmica de una inteligencia no siempre inspirada. Ha escrito muchas páginas bellas, otras sobre temas que no vió ni sintió con amor. Tiene trabajos muy buenos junto a composiciones visiblemente malogradas. Difícilmente se le puede leer en conjunto; en cambio, unas "páginas escogidas" suyas serían muy provechosas. En su juventud fué agradable humorista y novelista chabacano. Entretenido, afecto al chiste grueso, sigue a Julio Camba y a Fernández Flóres. **El honorable Poroto, Cabezas** y dos libros sobre Chile y Perú vistos con malicia exagerada constituyen su primer bagaje literario. Difundió los seudónimos de "Nolo Beaz" y "Repórter

Pérez" en crónicas amenas. Vienen luego sus obras históricas y didácticas: **El hombre del tiempo heroico**, **Crestomatía boliviana**, **Abaroa** y un estudio sobre **Literatura de Bolivia**; incluido en el tomo XII de la Historia Universal de la Literatura de Prampolini. Este último trabajo carece de textura crítica, limitándose a la mera recopilación y fraseología recargada en los juicios. Lo que vale en Otero es la tensión espiritual, la inquietud nunca satisfecha, el ahínco de sus correrías bibliográficas. En "1934" —esquema espiritual de nuestro tiempo lo subtítulo— sorprende la audacia del empeño más que el resultado obtenido. Como ministro de Educación, publicó los diez tomos de la **Biblioteca boliviana** —obras clásicas de nuestras letras — precediéndolas de sendos estudios críticos invalorable para el estudioso, aunque no todos de igual categoría.

En su tercera época, Otero adquiere plenitud de pensamiento y la forma es menos descuidada. **Estampas bolivianas** es una lírica interpretación de los paisajes nativos. **Tiahuanacu**, una interesante antología arqueológica, pero muy discutible la introducción al tema. **La vida social en la colonia**, obra erudita y de aliento, tal vez su mejor producción, a la que nos hemos referido con mayor detención en otro capítulo. Dos excelentes libros de sociología indígena: **Figura y carácter del indio** y **La piedra mágica**, fueron comentados asimismo en páginas anteriores. Por último, su recia biografía **Pedro Domingo Murillo y su tiempo**, donde historiador y crítico alcanzan feliz culminación, y **Figuras de la cultura boliviana**, estudios biográficos e interpretativos de jerarquía. Su dilatada producción lo presenta como prototipo del polígrafo, abierto a todas las solicitudes del intelecto.

Escritor andino, al modo de Mendoza, Gustavo Adolfo Otero es un enérgico afirmador del espíritu nacional. Su cultura europea no le ha impedido sumergirse en el tema indianista y comprender los módulos de nuestra sociología. Trabajó tan fuerte y tan perseverantemente, removi6 tantísimas ideas, abrió surcos tan hondos en el estudio del pasado y la indagación del presente que merece ser tenido por el reanimador de la literatura boliviana en las últimas décadas. Aunque no haya proporción entre el investigador y el estilista, Otero es uno de los valores más respetables de nuestras letras.

En Carlos Medinaceli, crítico erudito y avizor, se cruzan y entrecruzan factores positivos y negativos. Su obra, rica de sustancia, yace dispersa en diarios y revistas. Ejerce con mirada científica la crítica literaria; su vasta erudición, su agudeza analítica, le permiten desmontar pieza por pieza el mecanismo intelectual de una obra. A veces flaquea en la síntesis final y termina bruscamente. Su labor fiscalizadora, depuradora en la república de las letras, es meritoria, aunque no siempre justa; tiene valiosos ensayos, comentarios bibliográficos excelentes, y otros que revelan, debajo del conocimiento libresco, falta de equilibrio ético para juzgar la producción ajena. Suele suceder que el hombre pasional no alcanza a emboscarse detrás del discriminador de valores. Medinaceli quiso dar un sentido de universalidad a nuestras letras, por el estudio razonado y comparado de otras literaturas. Le faltó voluntad para sistematizar ese estudio. Con todo, aunque desordenada y desigualmente, trabajó con ahínco por la cultura nacional, ahondó en sus problemas, actualizó figuras pretéritas, ayudó a calibrar las nuevas.

Que el penetrante crítico potosino compuso admirables piezas de investigación bibliográfica, es un hecho. Pero también lo es que incurrió en dudosas abstenciones, sospechosas preferencias y equívocos lamentables. Reduciendo las proporciones, se diría una clara inteligencia ensombrecida por una malignidad "saint-beauviana", sin la sutileza del francés. Se aproxima receloso, prevenido, a las personalidades definidas; generoso y protector a quienes piden su espaldarazo literario. Su vena humorística fluye de una fuente amarga: el pesimismo inveterado. No es el agonista unamunesco, destructor y recreador del mundo, sino el negador empedernido a la manera arguediana, que todo lo halla mal. Su visión del propio suelo, de la raza, del futuro cultural, es deplorable; no deja resquicio a la más leve esperanza. Si el crítico enseña a conocer y razonar, el pensador contamina y ensombrece. ¿Cómo ve Medinaceli a Bolivia y al boliviano? Con juicio desolador: "Todas las generaciones bolivianas han fracasado". ¿Cómo se plantea el problema indígena? Con una paradoja: "No es el indio un problema para el blanco, sino los blancos un problema para el indio". Cuando debe pronunciarse sobre Franz Tamayo, el primer hecho intelectual del país, se acoge a la ironía: "Es el Pilcomayo ⁽¹⁾ (El Pilcomayo es uno de los grandes ríos bolivianos) de nuestra cultura". ¿Qué piensa de nuestra realidad provinciana? En un pequeño trabajo titulado "Pueblos terrosos, vidas derrotadas" da una versión aterradora

de la decadencia y esterilidad de la aldea indomestiza. El divulgador de ideas, el intelecto frío, lógico, preciso, dotado del don de exposición, el investigador sistemático son dignos de aplauso. Pero duelen la ausencia de fe, la negación disolvente. La acidez humana, contradictorio, ingenio polémico y analítico, que pocas veces alcanzó la síntesis unificante y creadora, fué Carlos Medinaceli un crítico de singulares aptitudes y desdichadas pequeñeces.

Dícese que ha dejado mucha producción inédita. Los mejores trabajos son sus ensayos indianistas y andinistas; sus comentarios bibliográficos sobre el modernismo en Bolivia y los estudios críticos en torno a Jaimes Freyre, Omiste, Mendoza, Valdés, Arguedas, Guerra, Prudencio Bustillo, etc. Publicados bajo el título de **Estudios críticos**, la edición resultó tan mala, por descuido del editor, que el autor la retiró de circulación, existiendo hoy sólo contados ejemplares. Publicó Medinaceli fragmentos de una novela, Adela —escenas de la vida provinciana—, algunos folletos de preceptiva literaria, y su espléndida novela **La Chaskañawi**. Estudio costumbrista, que plantea el conflicto del criollo blancoide absorbido por la chola, sigue las líneas del naturalismo francés y del realismo hispano. Es un libro de vívida observación, rico de color en la pintura de los personajes, henchido de hallazgos coloquiales y modismo regionales. San Javier de Chirca se graba en la imaginación: es la aldea indomestiza con su ritmo lento y degradante, como la ve el escritor amargado. Adolfo Reyes, otro abúlico, enfermo de la voluntad, sucumbe al influjo del alcohol y a los sensuales encantos de la "Chaskañawi", esa chola joven y garrida que condensa las virtudes y los vicios del mestizaje ascendente. Como novela regional, muy buena. Como estudio psicológico, la radiografía de una introversión. Como ensayo sociológico, pleno de verdad y agudeza. Claudina García, la "Chaskañawi" (Ojos de Estrella), es el personaje más fuerte del libro. Y aunque su lectura deja una acre sensación de penuria y derrotismo, porque la obra es deletérea, no se puede negar que por su técnica de construcción, por sus valores literarios, es digna de parangonarse con **Raza de bronce**, de Arguedas. Una gran novela, aunque parezcan increíbles tanta miseria y abatimiento en la vida provinciana. Algo queirosiano en la ironía Medinaceli difunde una como ternura contenida a través de las páginas de este libro bello y fuerte, amargo y sombrío al mismo tiempo.

Carlos Medinaceli: un alma problemática. El gran dolorido que sintió la patria por su propia congoja espiritual. El escéptico que soñó redimirse en la aventura de las letras. Nadie conoció mejor la Bolivia entrañable del sopor colonial, del mestizaje provinciano, en sus rasgos todavía negativos, disolventes. Nadie vivió tan intensamente el drama del crítico personaje de su misma pasión creadora. Pero bastan **La Chaskañawi** y algunos de sus agudos ensayos, para que olvidemos las debilidades del crítico en homenaje a la excelencia del escritor.

En estos años hay un renacimiento de los espíritus. Nuestras letras no alcanzaron el espléndido florecimiento de la época de Los Indagadores, ni superan en calidad la producción individual de Realistas y Exotistas, pero el movimiento de conjunto es mayor y más intenso. El "Círculo de Bellas Artes" —fundado en tiempo anterior— estimula las actividades artísticas. El "Pen Club Boliviano", entre amables comidas y reuniones livianas, fomenta la solidaridad literaria. El "Ateneo Femenino" sirve de expresión a las primeras inquietudes de la mujer; María Luisa Sánchez Bustamante de Urioste, Emma Pérez Castillo de Carvajal, Ana Rosa Tornero defienden el ideario moderno: la acción femenil debe irrumpir en política, en técnica, en artes. La prensa concede importancia a las bellas letras. Y el "Ateneo de la Juventud", del que saldrá el núcleo más nutrido de autores, rompe la gravedad tradicional para convertirse en un centro vivo de irradiación espiritual. Nada menos académico, nada más turbulento, osado, movedido y cambiante que el "Ateneo de la Juventud". Aquí la mofa de los clásicos y la exaltación de los "ismos". Las primeras conferencias polémicas, la discusión encendida, el estudio profundo junto a la sátira regocijante. La "Generación del Centenario", que encuentra uno de sus baluartes en el Ateneo, será pues, beligerante, pendenciera, suscitadora de emociones fuertes, lo mismo en política que en arte. En medio a la tendencia opositora del escritor nacional, generalmente desafecto a los gobiernos, despuntan los primeros llamados al indoamericanismo surgente por el continente sur. Ugarte y Palacios desde la Argentina, Vasconcelos en México, Mariátegui en el Perú, influyen también en la juventud andina, rebelde, iconoclasta, ansiosa de lucha y de mudanza.

Son los albores de la conciencia nacionalista, que se abren paso a través del retraso social y de la explotación económica semifeudal. Bolivia, languideciente en lo material, debilitada por los empréstitos

externos y el monopolismo extractivo, acude la protesta ideológica, y entre burlas y veras comienza la agitación colectiva, que sólo ha de prosperar veinte años después. Como siempre, el nacionalismo espiritual precede al nacionalismo político. Debemos, pues, a Los Eclécticos, si no un cuerpo de doctrina, una tendencia sólida en arte, o en política, al menos esa vitalidad despierta, esa inquietud dispersa, que por medio del discurso y de la letra impresa cambian la fisonomía de una sociedad. Debajo del cosmopolitismo de las formas subyace un sentimiento latente de la indianidad, que se manifiesta en el teatro, en la poesía, en la narración, en el ensayo que mira hacia adentro.

La poesía alcanza en la Escuela Ecléctica toques de perfección. Abundan los poetas inspirados, poseedores de un rico instrumento expresivo. Mencionemos algunos, que pueden figurar sin desmedro en cualquier antología americana: el romántico Claudio Peñaranda, el parnasiano José Antonio de Sainz, el satírico Nicolás Ortiz Pacheco, el vernacular Guillermo Viscarra Fabre, que encontrará su plenitud lírica en el próximo período; el erótico Víctor Ruiz, el místico Raúl Jaimes Freyre. Pero los capitanes de la lírica ecléctica son Juan Capriles, mago del soneto, y Luís Felipe Lira, el más alado y musical de nuestros bardos. Lucio Díez de Medina, poeta más eufónico que inspirado, es autor de varios tomos de versos y de una biografía de acentuado lirismo: **La vida heroica del Libertador**.

En la prosa artística sobresalen dos valores. Man Céspedes, virgiliano escritor del valle cochabambino, autor de **Símbolos profanos** y **Sol y horizontes**, el primero muy superior al segundo. Oscilando entre el panteísmo de Tagore y la ternura evocativa de Francis Jammes, **Símbolos profanos** es una joya de literatura lírica. Claro el concepto, de noble sencillez el lenguaje, es el brote de un alma delicada, abierta a las incitaciones del sereno meditar. Un pensador rural inserto en una sensibilidad franciscana, que lo ama y lo recoge todo en mensaje de amor. Alberto de Villegas, tipo del **dandy** en el mundo y en las letras, se malogró en la Guerra del Chaco. Influidó por las travesuras vanguardistas, apasionado lector de Cocteau, Morand, Cendrars, Villegas fué un cronista delicioso. En sus manos cualquier tema adquiriría extraña vibración. Crítico y esteta de personalidad acentuada, ha dejado dos libros selectos: **Sombras de mujeres**, finos medallones evocativos, y **La campana de plata**, sutil exaltación del Potosí colonial, con una prosa ondulante y caprichosa, que recuerda las

genialidades del señor de Valle-Inclán. Villegas fué un estilista depurado, una sensibilidad alerta, que ensayó con éxito trasegar el tema nativo a las ánforas modernas. Sería justo recoger y editar sus mejores trabajos literarios. Como expresa Guerra, fué una mezcla de **dandysmo** europeizante e indianismo retrospectivo, y su prosa resalta por la fuerza evocadora de la imagen.

Uno de los pequeños dramas de nuestras letras: los mejor dotados se retraen o se paralizan después del primer impulso, provocando la proliferación de los mediocres. Algo así ha ocurrido con Rafael Ballivián, pluma culta, sagaz para la apreciación crítica y valorativa, que, después de un volumen de versos y otros escritos interesantes, sólo ha publicado un libro: **Comentarios marginales**, donde trae a primer plano figuras del pasado. ¿Cómo explicar ese brusco desaliento? El libro de Ballivián fué muy aplaudido por la crítica: tiene sustancia, técnica del relato, agudeza enjuiciatoria. De persistir en el género, Ballivián habría compartido con Medinaceli y Guerra el cetro bibliográfico. Desgraciadamente, una mudez repentina acalla su voz veinte años; se diría que faltaron la pasión del artista, la voluntad del escritor, donde abundaban condiciones de hombre de letras. Es éste un fenómeno que producido antes y repetido constantemente entre nosotros, merece detenido análisis. ¿Por qué se frustran los obreros del intelecto al iniciar la jornada? ¿Ese desaliento precoz proviene de la hostilidad ambiente o es dolencia interna del escritor? Leyendo a Ballivián, concluimos penosamente: pudo dar más de lo que dió. Y se recuerda la sentencia quéchua que, aludiendo a estos casos, dice: "En pleno día anocheció".

La narración es muy cultivada en este período. Prescindiendo de los imitadores de los "ismos", examinemos algunos de los buenos narradores de la Escuela Ecléctica.

Adolfo Costa du Rels. Escritor bilingüe, que domina con soltura el francés y el español, es técnicamente un narrador galo, el típico "romancier" revisteril. Costa du Rels tiene la inventiva fácil y el relato fluido. Más cuentista que novelista, tiene composiciones como "El faro" y "La Misqui-Simi" (la de la boca dulce), dignas del Kipling o de Maugham. Este último cuento, precioso aguafuerte del amestizamiento nacional, inspiró a Medinaceli su novela **La Chaskañawi**. Sus mejores obras son: **El embrujo de oro**, que agrupa un bello conjunto

de novelas cortas; **Tierras hechizadas**, recia novela sobre nuestro sudeste tropical; **Laguna H. 3**, relato imaginario de la guerra del Chaco. Las tres obras fueron escritas en francés y en español, ganando en plasticidad y vivacidad las versiones galas a las hispanas. En la primera, Costa du Rels revela fina observación de artista y de psicólogo, como señala Guerra; por sus relatos circula el alma triste y fatalista del minero, esos "esclavos del destino". Paisaje, habitante, costumbres, están bien descritos. Posee Costa du Rels el don de la narración. En la segunda, se trata de un magnífico estudio ambiental y psicológico. Tiene **Tierras hechizadas** páginas de vívido realismo; se siente jadedar al trópico; y otras donde cruza la imagen severa, cruel, de Pedro Vidal, prototipo del cacique criollo dominando a fuerza de látigo y de voces su medio y su familia. Es una de las mejores novelas nacionales, aunque ciertas escenas se resientan de artificio. En la tercera vuelve a lucir el ágil cuentista, el diestro artesano de su oficio, el que sabe aunar el interés de la trama con los hechizos de la fantasía. En **El embrujo de oro** —hasta hoy su mejor libro conocido— vibra un fuerte temperamento dramático junto a una seductora expresión poética de narrador. Su biografía de **Félix Avelino Aramayo** no es, precisamente, un acierto. Podemos esperar mucho más de **Huanchaca**, obra inédita sobre la vida minera, que podría ser la gran novela boliviana del siglo XX.

Si la vida cosmopolita y la diplomacia no hubieran desviado por otros rumbos su actividad intelectual, Adolfo Costa du Rels habría sido un gran novelador en nuestras letras. Se alejó del medio nativo, compuso más y mejor en francés, no mantuvo vinculación con las propias gentes. Pero seamos justos: Costa du Rels llevó siempre a Bolivia consigo; por eso sus paisajes, sus escenas, sus personajes, aunque pintados con técnica europeísta, emboscan una ternura quéchua, un color aimára, un aire criollo que sólo un boliviano raigal entenderá. Faltaron el arraigo en la tierra, la tenacidad de una vocación, para que el cautivador cuentista y padre de novelas cortas se alzara al relato de estructura mayor.

Menos depurado, Alberto Ostría Gutiérrez pinta con fidelidad la vida quéchua. Neorrealista que concede idéntica importancia a la verdad temática y a la sencillez formal, este escritor chuquisaqueño es autor de **Rosario de Leyendas**, **La casa de la abuela** y **Cuentos quéchuas**. Su última obra, **La política internacional de Bolivia**, es

un medular ensayo de interpretación histórico-geográfica, utilísimo para el estudio de la materia.

Luís Tabora, fino ingenio cochabambino, a quien debemos la edición de los cuentos y novelas cortas de la Zamudio, es autor de **Tierra morena**, hermoso libro, lleno de sol, de aire, de sagaces observaciones costumbristas. Tabora siente el valle con sensibilidad de poeta y sabe cantarlo en prosa castiza, delicada. Anuncia una novela valluna. ¿Será la esperada "novela del valle"? Escritor emotivo, fácil en la captación del paisaje, dueño de un estilo ágil y elegante, tiene todas las condiciones para ganar este nuevo lauro.

Alfredo Flores, costumbrista cruceño, describe el mudo inédito de las llanuras orientales. En **Quietud de pueblo** y en **Desierto verde**, pequeños libros de linaje azoriano, plantea el drama contenido, el profundo lirismo, ese algo extático y patético que fluye del oriente adormecido, cien años atrás del vértigo mecánico. **La Virgen de las siete calles**, buena novela regional, donde tipos y costumbres están captados con perfil maestro, revela en Flores a un narrador bien calibrado. Ha compuesto también trabajos de crítica pictórica y ensayos estimables.

En la novela de aventura se destaca Diómedes de Pereyra con **Caucho** y **El valle del sol**, libros que alcanzaron difusión internacional. Josemo Murillo Vacarrea, sociólogo y cuentista, es un diestro cultor de nuestros motivos folklóricos, Nazario Pardo Valle, prosista vigoroso, sugestivo, tiene varias obras; hay que elegir **Trópico del norte**, que, más que novela, es un lienzo encendido sobre la vida en la rica provincia de Caupolicán. En la literatura didáctica —abundante en libros y autores, pero que no entra en la índole de nuestro estudio— es oportuno recordar al educacionista Alfredo Guillén Pinto, por ser autor de dos novelas costumbristas: **Utama** y **Mina**, libros no muy logrados de forma, pero interesantes de contenido y observación. Vicente Donoso Torres, pedagogo de larga labor, ha escrito un libro meritorio: **La filosofía de la educación en Bolivia**.

José María Salinas, autor de varias obras históricas, ha compuesto una bien documentada **Historia de la Universidad Mayor de San Andrés**.

Saturnino Rodrigo, periodista y literato, es un activo representante de la Generación del Centenario. Compuso **Mislita**, cuentos quéchuas; **El desprecio de todos** y **En la pendiente**, comedias. Una antología excelente de cuentistas nacionales: **De mi tierra**, obra de un cronista sugerente. **Leyendas de la raza** —tradiciones nativas radioteatralizadas— revelan un temperamento poético que, absorbido por la pedagogía y el periodismo, no ha desarrollado en plenitud.

Antonio Díaz Villamil es el valor más productivo de esta época. Ensayó todo: drama, comedia, leyenda, historia, cuento, novela, didáctica, crítica. Acaso su prosa se resiente de flacura en el conjunto; pero a este gran maestro normalista, que educó varias generaciones, le debemos una de las cosechas más variadas de la bibliografía nacional. Debemos su producción didáctica, Díaz Villamil es autor de **Khantuta**, **Leyendas de mi tierra**, **Tres relatos paceños**; de los dramas **La hoguera**, **La voz de la Quena**, **El nieto de Tupac-Katari**; de las comedias **Cuando vuelva mi hijo**, **El traje del señor diputado**, **El vals del recuerdo**. Ha dado al teatro costumbrista uno de sus originales hallazgos: **La Rosita**. Los libros citados sólo son parte de su copiosa producción. Tuvo además Díaz Villamil a su cargo la dirección del material gráfico y literario de la monumental obra en cuatro tomos **La Paz en su cuarto centenario**. Y finalmente, para coronar vida tan esforzada, el destino le permitió terminar una novela cimera: **La niña de sus ojos**, que sólo admite paralelo con **La Chaskañawi** de Medinaceli, pues se trata de las dos mejores narraciones cholitas producidas en el país.

La niña de sus ojos acusa un evidente progreso, una superación indiscutible en el autor. Esta obra maciza, orgánicamente elaborada, se articula con diestro dominio de la técnica narrativa. Tema, trama, personajes, descripción, matices, todo ensambla con admirable justeza. El conflicto de una joven mestiza, hija de cholita, que se educa en colegio de ricas y aspira a confundirse con la capa social de las minorías cultas está descrito hábilmente. Domy Perales es un personaje inolvidable, como su madre, la pletórica frutera doña Saturnina, que trabaja para que su hija sea dichosa, sin advertir que el refinamiento de la buena educación terminarán por separarla de "la niña de sus ojos". El capítulo primero donde se describe a la opulenta frutera encaramada como un Buda sobre montañas de frutas, esa

escena del movimiento interior del mercado paceño, es de un vigor plástico insuperable. Pero Días Villamil al contrario que Medinaceli, no es un negador, sino un optimista varonil: reconoce los defectos de la raza y los supera con su fe, con ese don de amor que pone toques de esperanza aun en los instantes más sombríos. Todo lo capta con pupila fraterna el escritor: la psicología de los tipos, las miserias del vivir cotidiano, la ternura del alma india, invisible para quien no sea observador tenaz. Si **La Chaskañawi** es la novela del blanco vencido por el mestizaje disolvente, **La niña de sus ojos** es la novela de la sangre mestiza que no se da por vencida, y sigue luchando en pos de un futuro mejor. Aun dentro del encuadre grotesco en que actúan Saturnina y Ciriaco, los padres de la muchacha, el autor descubre su innata nobleza de sentimientos. Sus personajes no apesadumbran: son seres reales, despojados de vanas filosofías porque para ellos no hay más filosofía que la acción y el deber de cada día. El final, lejos del derrotismo deletéreo del libro de Medinaceli, abre un horizonte de esperanza y redención; la muchacha, que no pudo aristocratizarse se entrega al gran ideal de instruir a los indígenas. Podrá ser de mayor elaboración artística **La Chaskañawi**, pero **La niña de sus ojos** la supera en contenido humano, en favor idealista por el porvenir de las mayorías, en el relato cálido y verídico del vivir mestizo.

La niña de ojos es una radiante transcripción del alma chola.

¿Cuál es el tono dominante es este período? El impulso renovador que se dió al teatro nacional. Los Eclécticos que irrumpen briosamente en el "Ateneo de la Juventud", pugnando por dar contenido social a su obra llevan a la representación escénica su sentimiento estético de la vida. Infelizmente, de tan noble y sostenido esfuerzo no salió un dramaturgo de talla; sólo obras menores, casi siempre ligeras, incompletas, que si revelan habilidad en el planteo de situaciones, carecen de fuerza para desarrollar la trama y esculpir el personaje. Por ese tiempo todo escritor, todo plumífero, se siente obligado a irrumpir en la escena. Pasan de dos centenares las obras teatrales estrenadas por esa época, ¡y cómo retozaría un crítico avisado! Se hizo teatro de tesis, histórico, de ficción; drama social y costumbrista; comedia fina, grotesca, psicológica; melodrama; teatro arrabalero, sainetería; drama y comedia folklóricos. Esta eclosión escénica viene muy cargada de hojarasca; algunas obras fueron publicadas en ediciones que ya no se encuentran, y la mayoría sólo alcanzaron a ser representadas. No

busquemos en la "Generación del Centenario" al gran autor dramático ni la gran obra teatral. No los hay. Pero en relación a su medio, a su tiempo, a las dificultades que tuvieron que vencer, es justo mencionar a varios. Literatura no es sólo un libro perfecto, sino la continuidad de un esfuerzo, el conjunto de realizaciones que se eslabonan a un fin determinado. Calibremos, pues, los méritos de la "Sociedad de Autores Teatrales" y pasemos revista somera a sus principales representantes.

Antonio Díaz Villamil aporta al teatro histórico la trilogía de sus dramas ya citados y **La Rosita**, pieza de costumbres. Enrique Baldivieso, poeta armonioso en sus mocedades, contribuye al teatro de tesis con **El derecho de matar** y **Lo que traemos al mundo**, obras algo ibsenianas, bien constuídas, de diálogo desenvuelto. Ángel Salas compone los dramas **La huerta** y **El último huayño**, y varias comedias, como **La mejor escuela**. Zacarías Monje Ortíz es autor de los dramas de carácter folklórico **Supay-Marka** y **Natacha**. Humberto Palza ensaya el género dramático en **La felicidad desconcierta**, y la comedia irónica en **Mi novio el extranjero**. Nicolás Ortíz Pacheco estrenó dos dramas que levantaron mucho polvo: **Los pliegues del honor** y **Aniversario de boda**. Alberto Saavedra Pérez escribió cerca de cuarenta piezas, alcanzando mayor popularidad sus dramas **Por platos rotos**, **La Gloria** y **Las Cholitas del amigo Uría**. Víctor Ruiz cultiva la comedia social en **Five o'clock tea** y **Los que pagan**.

Es de advertir que estos autores no se limitan a la producción teatral, incursionando simultáneamente por otros géneros literarios. Así, por ejemplo, Ángel Salas, buen cronista, es autor de dos meritorios ensayos críticos: **Breve ensayo sobre el periodismo** y **La literatura dramática en Bolivia**. Ortíz Pacheco y Ruiz buscan lauros en el verso. Palza y Monje Ortíz en el ensayo. Díaz Villamil en diversos géneros. Luís Azurduy y Francisco Álvarez García, comediógrafos amenos, practican con igual soltura la crítica teatral y la crónica ligera. Jorge Gallardo Calderón, autor de una fina comedia, **Corazón adentro**, es un culto ensayista.

El más fecundo y el más logrado, el verdadero talento escénico de esta época es Mario Flores, poeta y periodista de ricas aptitudes, que encuentra en las tablas el estímulo para su ingenio creador. Flores asimiló con facilidad asombrosa las modalidades más distintas de la

escena moderna. Comenzó con el teatro costumbrista argentino, de chispeante vena cómica, alcanzando éxitos extraordinarios de taquilla, varias de sus obras llegaron a pasar el millar de representaciones.

Fray Milonga y **El padre Liborio** popularizan su nombre en Buenos Aires. **Cruz diablo**, **Santa Ludovica**, **¡A París, muchachos!** Revelan su habilidad para la comedia. **La agonía de don Juan**, en verso, contrasta con **Boite Russe** y **Una noche en Viena**, piezas de técnica ágil y rica inventiva. Pasando alternativamente del sainete a la "pochade", de la comedia satírica a la alta comedia social, del drama de tesis a la pieza costumbrista, Mario Flores ha llegado a adquirir un mecanismo propio que le permite ensayar los géneros teatrales con sostenida destreza. Tiene toda la ciencia, toda la habilidad del oficio. Entre sus obras de la última época —ya más sazonadas— figuran **La fuente de oro**, comedia dramática, y **Veneno para ratones**, su más fuerte y bella producción.

Esta hermosa comedia dramática, que su autor, modestamente, ha denominado apenas como simple "pieza policial", es el doble triunfo del talento y la experiencia. Participa por igual de la elevación del drama, de la finura de la comedia; bordea la tensión trágica y se desarrolla diestramente por el laberinto organizado del tema de intriga. La rara perfección de esta obra revela una madurez técnica difícilmente superable. Evoca el "phatos" trágico de O'Neill, los conflictos psicológicos de Sartre; mas si nombramos a dos de los más grandes creadores del teatro contemporáneo, no olvidemos que Mario Flores infunde a sus obras toques poéticos e irónicos muy personales. El poder de crear personajes de asombroso verismo corre parejo con el absoluto dominio del mecanismo escénico. **Veneno para ratones**, pieza dramática, psicológica, de suspenso, con brotes de comedia social, es la obra más perfecta surgida en el teatro boliviano. Un lenguaje adecuado, ardiente a ratos, a ratos de sosegada naturalidad, confiere dignidad estética al tema. Está compuesta con tal maestría, que su lectura y su representación subyugan al contemplador. Los personajes, tallados a golpe de cincel: fuertes pasiones en temperamentos desbordantes. Las escenas, llevadas con mágico eslabonamiento: sorpresas que siguen a sorpresas. ¿Quién mató, quién indujo, quién pecó al fin? Poco da; lo que cuenta es la radiografía de las almas, el modo de plantear y resolver los conflictos. Lo que conmueve es el final trágico, donde la duda hinca su interrogación frente al misterio. ¿Quién?, ¿Por qué? Y el espectador

sale ofuscado por el ingenio de este creador, que le ha dado en síntesis dramática un espejo del mundo. Ecléctico, cosmopolita, versátil, Mario Flores es el primer dramaturgo, boliviano sin haber tocado el tema nacional.

El movimiento "Gesta Bárbara" surgido en el frígido altiplano potosino, infundió vientos renovadores a las letras nacionales.

Desgraciadamente, la dispersión, el entusiasmo inicial que no perdura, signos del tiempo, hicieron presa de esta generación. Como el "Ateneo de la Juventud" en La Paz, que, salvando una o dos excepciones, no da grandes, sino activos escritores, "Gesta Bárbara" engendra una promoción de políticos, parlamentarios, periodistas, oradores.

Iniciados en la literatura, desembocan muchos en la vida pública. Si exceptuamos a Carlos Medinaceli, crítico y narrador notable, no salió un libro fuerte, severo, aleccionador, capaz de representar simbólicamente el idealismo y la capacidad creadora del grupo. Walter Dalence ha dejado dos dramas, **La revancha** y **El honor**; buenos versos; y un prestigio bien ganado de cronista literario. Armando Alba, después de sus ágiles relatos de **Voces áulicas**, no ha vuelto al libro. Animador de la "Sociedad de Geografía e Historia", espléndido ensayista, Alba acaba de iniciar la "Colección de la Cultura Boliviana", publicando por primera vez la **Guía de Potosí**, de Pedro Vicente Cañete. Es además, director de la revista de arte y historia "Sur". Sus trabajos críticos e históricos se hallan dispersos. José Enrique Viaña, poeta depurado, es autor de **Jardín secreto**, cuentos poemáticos; composiciones diversas en verso; una "Interpretación Dialéctica de Potosí", ensayo crítico; y veinte años después de "Gesta Bárbara" ha publicado la novela **Cuando vibraba la entraña de plata**, obra de evocación histórica, que apaga sus valores formales en un estilo arcaico, difícil de agrandar al gusto moderno. Alberto Saavedra Nogales produce el drama **El triunfo del prejuicio**. Valentín Meriles, a quien Medinaceli compara con Charles Louis Philippe, en obra y en temperamento, descolló en el teatro con el drama **La mala senda** y la comedia **El alma de la provincia**. Gustaba de pintar almas infantiles. Y en **El Cristo de marfil** bordó minuciosamente observaciones de la vida criolla.

Si exceptuamos a Medinaceli y a Viaña, los restantes no son escritores de vocación. Talento y cultura no bastan para hacer un hombre de letras. Por eso decimos que "Gesta Bárbara", más que

movimiento literario, fué una noble insurgencia intelectual, de valores individuales y aislados. Gamaliel Churata, peruano de origen, boliviano de arraigo, es un potente escritor extraviado en la balumba periodística. Un destino adverso que no le permitió surgir en la política sudperuana, tampoco le ha dejado llegar al libro. Fundador de "Gesta Bárbara", Churata es uno de los genios inductores de nuestra literatura nacional en los últimos treinta años —no por silencioso, modesto, menos eficiente—, y su garra de pensador y de estilista se reconoce en numerosísimos escritos, en el fiero autoctonismo que enciende su pluma, en el generoso estímulo prestado, señalemos tres que bastarían para justificar un renombre literario: "Preludio de koncachi", páginas maestras de sociología rural; "El demiurgo del pueblo indio", florida exaltación del Manco-Cápac quéchua, y "Tendencia y filosofía de la "Chujlla", ideario de un indianismo entrañable y beligerante. Gamaliel Churata es un de las mentalidades más vigorosas de la América India. Que viva escondido, desconocido, no es obstáculo para que celebremos haberlo acogido en nuestras montañas.

La Escuela Ecléctica, que encontró su núcleo genitor en la llamada "Generación del Centenario", ha dado muchos hombres públicos, periodistas y espíritus cultos. Escritores de verdad, pocos. Su mérito radica en que rompió el tono grave de Los Indagadores; insufló un aire de burla y lozanía a la literatura andina; nos conectó al torbellino de los "ismos"; y preparó las almas para el advenimiento de la tendencia vernacular que debe a Los Eclécticos sus brotes precursores.

Tal vez la dramática desintegración del pensamiento moderno, reflejo de la descomposición social iniciada después de la primera hecatombe mundial, hizo presa de esta generación osada, ansiosa, aventurera, que casi siempre sacrificó al hombre de letras en aras del hombre de acción.

Los Eclécticos hicieron de exploradores y demolidores. Se mofaron de un mundo viejo aunque no llegaron a erigir otro nuevo. Reconozcamos la noble intensidad de su esfuerzo.

CAPITULO XIII

LA GUERRA DEL CHACO Y LA

ESCUELA VERNACULAR

El sismo más fuerte.— Ojeada histórica y crítica.— La política en los intelectuales.— Génesis de la corriente vernacular.— Los ensayistas Prudencio y Francovich.— Alta poesía y el romance nativistas: Otero Reiche, Cerruto, Viscarra Fabre.— Otros poetas.— Tendencias autóctonas y exóticas en la prosa, en el ensayo, en la crítica.— La guerra en la novela y en el cuento: Céspedes y otros autores.— "Sangre de mestizos".— Novedad expresiva.— El género biográfico: Guzmán y Frontaura Argandoña.— El autoctonismo y la temática social en los narradores Lara, Ramírez Velarde, Días Machicao, Botelho Gosálvez.— Novelistas y cuentistas.— Un mundo inédito: "Siringa".— Nuevas tendencias en ensayo y poesía.

El conflicto del Chaco, que estalla en 1932 y se prolonga hasta 1935, es el sismo más fuerte que soporta la nación.

Ochenta años de penetración pacífica, metódica, habían dado al Paraguay el dominio efectivo del sudeste, su adaptación al medio, el derecho de posesión que suele anular la majestad de los títulos jurídicos. Siles armó a Bolivia. Salamanca vió venir la lucha, pero no se recupera en seis años lo que se abandonó en cerca de un siglo. Al iniciarse la guerra, la situación de los beligerantes era manifiestamente desigual: los guaraníes luchaban dentro de su propio campo vital, respaldados por la fuerte ayuda argentina; los bolivianos bajaron del altiplano, tuvieron que vencer las penurias de dos mil kilómetros de topografía accidentada, para enfrentar un mundo nuevo de amenazas y de sorpresas.

El drama del Chaco abre ancho surco en las conciencias. Las generaciones anteriores a 1932 hablan un lenguaje; las que vienen después otro muy distinto. Para los que viven la durísima experiencia hay una transmutación de los valores físicos y espirituales. Pasa el trágico desfile: divisionismo en las almas, errores políticos, yerros militares, corrupción administrativa, esa economía de libertinaje ya ausentismo que subordinó el bienestar colectivo al privilegio plutocrático. Los más fuertes tambalean, los débiles pierdan la fé. El vasto territorio perdido, la siega de cincuenta mil vidas, la quiebra de las instituciones y de los equipos de comando, el desbarajuste financiero, incuban un sentimiento de frustración. Un anhelo de castigo y de mudanza sucede a la derrota. Se ataca a los viejos partidos a la seudodemocracia republicana, a la economía semi-feudal. Sobreviven la rebeldía estudiantil, la agitación obrera. El socialismo marxista y los nacionalismos europeos seducen con sus banderas alucinantes a los descontentos. ¿Dictadura, socialismo, alardes rojos? La nación lo probará todo en proporciones desiguales. Tres revoluciones sangrientas, golpes de Estado, gobiernos revolucionarios y

conservadores alternativamente, hondas transformaciones sociales, caracterizan este período agitado de nuestra historia.

La campaña en el sudeste es un hito decisivo en la formación de la nacionalidad. Nos dejó el heroísmo de la necesidad, la urgencia de acercamiento y unificación interiores, la responsabilidad social frente al atraso y la pobreza de las grandes mayorías.

Después del fracaso político de Salamanca, el presidente Tejada Sorzano termina con dignidad la lucha armada y evita la anarquía. Vienen luego los gobiernos socialistas de David Toro y Germán Busch, militares con sensibilidad de izquierda, que dejan obra efectiva. El primero creando los ministerios del Trabajo y de Higiene, implantando la sindicalización obrera, revirtiendo la riqueza petrolífera al Estado. Aunque la pasión política ha pretendido desconocer esta administración, es justo admitir que el gobierno de Toro es el precursor del socialismo en Bolivia. Busch estatiza el Banco Central, funda los Banco Minero y Agrícola, expropia el ciento por ciento de las divisas a la Gran Minería, medida trascendental que no llega a cumplirse, firma la paz con el Paraguay y nos lega la Constitución de 1938, marcadamente socialista —socialización moderado, ciertamente— más de tendencia que de realización, aunque adaptada a la realidad boliviana. En Busch fueron sinceros su patriotismo y su amor a los humildes: por eso su memoria vive en el corazón del pueblo.

La trágica y temprana desaparición del héroe del Chaco determina un cambio radical en política. A Germán Busch, que comenzaba a encauzar los anhelos renovadores de la comunidad, suceden las administraciones reaccionarias de los generales Quintanilla y Peñaranda, militares de formación liberal, que dan marcha atrás en el proceso evolutivo. Regresan al imperialismo financiero que nos despoja a precio vil de nuestras materias primas; el secante absorcionismo de la Gran Minería que vuelve a controlar política y economía; la libre empresa sin control y la fuga de capitales. Obreros y clases medias se sienten otra vez postergados.

En 1943, por un golpe de Estado, el gobierno mixto —militar y civil— de Gualberto Villarroel, retoma la trayectoria revolucionaria de Busch. Protege a los trabajadores, dicta leyes de amparo al indio y al campesino, sienta las bases del nacionalismo económico, inicia la

carretera Cochabamba-Santa Cruz, frena el ausentismo y busca el orden hacendario en beneficio del país. Villarroel fué muy querido por el pueblo, su divisa "no somos enemigos de los ricos, pero somos más amigos de los pobres" define su gobierno.

Villarroel colaborado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, fué muy lejos, muy de prisa, en su acción reformista. Pereció en forma trágica, y las fuerzas que lo acompañaban fueron sañudamente perseguidos durante seis años. Los gobiernos que le suceden —Monje Gutiérrez, Hertzog, Urriolagoitia— restauran a la oligarquía plutocrática. De 1946 a 1952 volvieron a señorear las minorías privilegiadas. Excepción hecha de algunas leyes avanzadas en materia social, que en la práctica casi no se aplicaban, sólo hubo progreso material. Se iniciaron las ferrovías Corumbá-Santa Cruz y Yacuiba-Santa Cruz, que nos vincularán con el Atlántico. Las masacres de obreros en defensa de las empresas y el despilfarro hacendario en la administración Urriolagoitia indignaron al pueblo. En materia internacional se mantuvo el "entreguismo" a la voluntad del poderoso. En lo interno, una absoluta falta de sensibilidad histórica y social.

Desde abril de 1952 gobernó la nación Víctor Paz Estenssoro, jefe del nacionalismo boliviano⁽¹⁾, (Elegido en las urnas por la voluntad nacional en 1951, y desconocida esa legítima elección, un año después, una gran revolución popular, el 9 de abril de 1952, lo llevó al Poder.) político y financiero de grandes aptitudes, que en pocos meses de fecunda labor ha demostrado ser caudillo del pueblo. ¿Se abre una nueva era para el país? Queremos pensar que sí. La línea de la Revolución Nacional —fórmula equidistante entre capitalismo y comunismo— tiene el respaldo mayoritario del país. La reciente nacionalización de las grandes minas es ya un primer paso decisivo. Se ha dado el voto universal. Ha comenzado la reforma agraria. La redención de las mayorías postergadas y el ordenamiento económico están en marcha.

Para cerrar este rápido esbozo del proceso político en los últimos veinte años conviene agregar que de los partidos y grupos renovadores han salido brillantes figuras de estadistas, políticos, luchadores, intelectuales y periodistas. No todos serán literatos en el sentido cabal de la palabra, pero todos influyeron en el movimiento general de las ideas y deben ser mencionados como valores representativos de la cultura nacional.

En el Partido Socialista —de larga y eficaz trayectoria gubernativa y parlamentaria— sobresalen Javier Paz Campero, Gabriel Gosálvez, Enrique Baldivieso, Vicente Mendoza López, Carlos Salinas Aramayo. Sólo Baldivieso es hombre de letras: poeta, dramaturgo, ensayista de categoría.

Es justo recordar que por sus luchas moceriles, por su actuación en el periodismo y en la cátedra y por su labor realizador de verdaderos estadistas en los gobiernos de Siles, de Toro y Busch, Javier Paz Campero, Gabriel Gosálvez y Enrique Baldivieso, son tres valores representativos de la mentalidad boliviana, a la que han honrado en la política, en la diplomacia, en la Universidad.

En el PIR —partido ya disuelto, pero que durante diez años realizó una valiosa labor de izquierda en el país— descollaron José Antonio Arze, Ricardo Anaya, Arturo Urquidi, Felipe Iñiguez, Miguel Bonifaz, Faustino Suárez. Todos intelectuales. Aunque el destino le haya sido adverso en política, José Antonio Arze es uno de los ideólogos y luchadores más interesantes de la insurgencia revolucionaria. Difusor del marxismo como ciencia, creador de la moderna escuela sociológica, ha influido poderosamente con sus escritos en la creación de una conciencia socialista. Arturo Urquidi, con talento y dinamismo, ha levantado la Universidad de San Simón, en Cochabamba, al primer sitio entre las casas de estudio de la República. Lugar que le disputa la Universidad Técnica de Oruro en los dos últimos años, por su trepidante dinamismo bajo la certera conducción del rector Felipe Iñiguez.

En el Movimiento Nacionalista Revolucionario, el partido de más fibra renovadora y arraigo en el pueblo, hay que citar a Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Zuazo, Walter Guevara, Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Armando Arce.

En la Falange, partido inspirado en el movimiento español del mismo nombre, recordemos a Oscar Unzaga de la Vega, Alfredo Flores, Gustavo Stumpff. Sólo el segundo tiene obra literaria.

Del "Pachakutismo", grupo cívico ya extinguido, que agitó la inquietud renovadora del pueblo dejando el saldo de una prédica moralizante y las conferencias **Pachakuti**, **Siripaka**, **Ainoka**, trasuntos de un

nacionalismo espiritual, citemos a Gonzalo Romero, Jaime Otero Calderón, Gustavo Ríos Bridoux, Renán Estenssoro, Carlos Serrate Reich, Fernando y Mariano Baptista, Jaime Bravo.

El desarrollo político-social no se puede atribuir sólo a un partido o grupo de hombres por aptos que sean; brota de la comunidad misma, en el juego fluctuante y renovado de los acontecimientos. Cada fracción hace su parte o su contraparte. Para el investigador desapasionado, la caducidad de los partidos tradicionales es tan necesaria como el ímpetu de las fuerzas revolucionarias. Para el crítico polémico, es preciso inclinarse por una tendencia y abrir beligerancia contra la otra. Política y literatura marchan lado a lado porque arte y vida son lo mismo, enigmas de la esfinge social. Quien quiera comprender el proceso de nuestra cultura deberá ahondar en el fondo humano que la nutre y la sustenta. Una historia de las ideas en Bolivia será siempre un espejo de las grandes líneas políticas, sociales, económicas que normaron el acontecer colectivo. Así, para entender el movimiento vernacular debemos abarcar simultáneamente el mundo del contorno y el orbe de la interioridad creadora, porque de la simbiosis entre alma y mundo brota el hecho literario. No hay historia sin espíritu, no hay espíritu sin historia. Estos fugaces bocetos o apuntes sociológicos con que abrimos el estudio de un determinado período son el trasfondo necesario para perfilar la circunstancia individual. El drama es uno y una su expresión, aunque se presenta en antitético desdoblamiento. Protagonista: el hombre de letras; antagonista: la acción del hombre.

La Escuela Vernacular busca la exaltación de lo propio, la temática social, sincera rebeldía. Esos jóvenes quieren que una literatura intrínsecamente boliviana sea el primer paso para avanzar a la nación orgánica, consciente de sí misma. El tópico nativo, el relato regional, la poesía folklórica irrumpen con violencia de alud. Un impulso revolucionario, una tendencia introspectiva sacuden las almas. Se trata de cambiar y reformarlo todo porque todo marcha mal. Un idealismo generoso, una voluntad de lucha y sacrificio, son los blasones del movimiento vernacular. No hay que olvidar a Cecilio Guzmán de Rojas, el gran pintor potosino, porque sus esfuerzos para crear una corriente de nacionalismo estético son paralelos al terrigenismo intelectual. Vargas, Caba, Velasco, Maidana contribuyen al renacimiento de nuestra música folklórica. Marina Nuñez del Prado

lleva el tema nativo a la escultura. Las danzas indígenas adquieren de espectáculo artístico. Se dibuja, se pinta, se esculpe, se reproduce el mundo del contorno. Se sondea el alma misteriosa del indio y del mestizo. Se escrutan las modalidades de la vida criolla. Es como si el boliviano hubiera despertado al conocimiento de sí mismo. Sin manifiesto, sin doctrina que los una, éstos fueron unos que por espontánea y solidaria decisión comenzaron a labrar el mundo entrañable de la autoctonía. Penosamente, amorosamente, en medio del dolor y de la lucha, como si el artista fuera una gota de rubí desprendida del sangrante corazón del pueblo.

Roberto Prudencio es uno de los adalides de la Escuela Vernacular. Filósofo, ensayista, crítico de arte, una vasta cultura le ha permitido avanzar paralelamente en la difusión del pensamiento occidental y en la creación de los estudios nativos. Escribió mucho y profundo, sin llegar, por desgracia, al libro. Es el ensayista de mayor vuelo, el más avisado espíritu crítico de su generación. Los mejores estudios interpretativos de Goethe, Simmel, Keyserling, Spengler, Ortega, Heidegger, se deben a su pluma. Es un autor de dos ensayos analíticos sobre Poe y Baudelaire, que firmaría el más exigente investigador europeo. El movimiento indianista le debe admirables trabajos acerca de la Colonia, la influencia del espíritu kolla en la nacionalidad, de la pintura indohispana, del mestizaje como fuerza sociológica, de la urgencia de crear un sistema de valores autóctonos que sustituyen los viejos patrones de occidente. El indianismo espiritual, iniciado por Tamayo en 1910 con un planteamiento irrealizable, halla en Prudencio intérprete más juicioso, que elude el resentimiento étnico y busca la exaltación de lo vernáculo como una filosofía práctica, como reacción ética y estética frente al desorden boliviano. Cultiva con raro acierto la investigación histórica, la crítica de arte, el ensayo filosófico y literario, distinguiéndose por la sagacidad del análisis y el poder de síntesis de su estilo. La cultura occidental y el orbe americano nada tienen que ocultarle: por ello nos habló con igual maestría de la pintura de Goya o de la estilística del arzobispo Moxó, de la irreligiosidad del pensamiento moderno o de la génesis de las ideas políticas en nuestra atormentada historia.

Prudencio se ha prodigado en tal forma en la cátedra, en la crítica, en la polémica, que lo mejor de su obra se dispersa en revistas, en diarios, en conferencias. El inquietador, el removedor de ideas, han

inmolado al escritor. Pero deja dos grandes surcos en el movimiento vernacular: es el fundador del moderno método científico en historia y en filosofía; y el creador de la revista **Kollasuyo**, el hecho más importante de la cultura nacional en los últimos diez años. En este nombre, que simboliza un renacimiento del alma boliviana bajo el signo del ancestro, Prudencio resume su tarea múltiple de pensador; no sólo por sus medulares investigaciones, donde con esa "segunda vista histórica" de que hablara el maestro reconstruye épocas y ambientes; no solo por su laboriosa exégesis y revalorización de nuestros clásicos; no sólo por sus magníficos ensayos de estética y literatura, sino por el fervor con que acoge y proyecta la obra ajena. Sus mejores ensayos: "Reflexiones sobre la Colonia" y "Sentido y proyección del Kollasuyo".

Guillermo Francovich es otro valor representativo de este período. Más perseverante, ha publicado varios libros. Pensador severo y armonioso, más próximo a la tradición clásica que a la aventura revolucionaria, Francovich impuso en **Supay** y en **Los ídolos de Bacon** —ensayos dialogados— la norma del puro intelectual: el noble y libre juego de las ideas, al margen del vértigo contemporáneo. Antítesis de Prudencio como esteta y como moralista, el escritor chuquisaqueño sostiene la universalidad de la cultura, busca la serenidad spinoziana antes que el estilete socrático. Inteligencia diáfana opuesta al materialismo imperante, Francovich es un joven maestro del idealismo. En su ensayo **Pachamama**, que no tiene la frescura de sus dos libros iniciales, advierte: "No hay que embriagarse con lo folklórico reconociendo más bien los valores eternos de la personalidad y de la razón, que son los únicos por los cuales se elevan los pueblos". Introdutor del pensamiento valeriano, exégeta de los filósofos brasileños, también trató con éxito el tema nativo. **La filosofía en Bolivia** es una visión panorámica, un meritorio trabajo de investigación crítica; los capítulos primero y último son agudas interpretaciones de los estadios aurales de nuestra cultura. De esta obra salió el concepto de "mística de la tierra" con que el autor calibra el movimiento vernacular, **Un puñal en la noche**, aunque no se explica la excesiva idealización de Matos, el antagonista. Se ha ocupado de los valores religiosos; de divulgar las ideas de Kierkegaard, Heidegger, Toynbee, y de otros temas filosóficos con claridad de visión.

Su última obra publicada, **El pensamiento universalista de Charcas**, es un valioso tomo de ensayos históricos; y anuncia una **Historia de las ideas en Bolivia**, que probablemente coronará su brillante carrera intelectual.

Formado en la moral cristiana y en la estética helena, Francovich es un espiritualista. Sus ideas claras y sencillas, sus diálogos tersos, acusan el doble rasgo del erudito y del artista. No es, propiamente, un escritor nativista, ¿pero qué título más alto para un hombre de letras que la exploración del ser, qué autoctonía superior que buscar un sentido moral y estético a la vida? El pensador de **Supay** es una de las mentalidades cimeras de esta que también podría llamarse "La Generación de la Fé", un germen cargado de significación en el joven pensamiento andino.

Si Roberto Prudencio es el crítico-filósofo, entregado con ardor al combate de las ideas, Guillermo Francovich es el humanista puro, sereno meditador del mundo y de sus temas. Temperamentos polares, abren el pórtico a la generación del Chaco: uno con su agonismo trascendental, positivo aun dentro de la negación y de la duda, al modo de Unamuno; el otro con su fino escepticismo que evoca sutilezas de Valéry o de Maurois.

Esta época es pródiga en poetas. Señalemos los más logrados. Octavio Campero Echazú y Guido Villagómez, con algo del primer tiempo nerudiano y otro poco de la gracia garcilorquesca, temple la lira cálida, cordial, de los valles. Raúl Otero Reich, el poeta surgido de las trincheras, atiende menos al celo versificador y estalla en imágenes intrépidas, bruscas, desconcertantes como su selva tropical. Es desigual, pero la vena lírica le fluye fácilmente, y algunos de sus poemas son realmente bellos. Otero Reich es poeta caudaloso, rico de novedad telúrica. Jesús Lara, un delicado intérprete del sentimiento quéchua, es autor de dos libros de poemas: **Harahui**, **Harawicu** el más sentido. Luís Luksić cultiva con acierto la poesía expresionista y una prosa poética finamente calibrada. Yolanda Bedregal, mujer culta y sensible, escribe con soltura en prosa y en verso. Su poesía, de corte moderno, es límpida, sugestiva casi siempre; a veces deliberadamente oscura. La ternura doliente, comunicativa, de sus versos sentimentales está varios grados por encima de las composiciones que pretenden expresar ideas filosóficas. Tiene varios libros: **Nadir**, el mejor. Otras poetisas estimables: Jael Oropeza, María Quiroga Vargas, Beatriz Schultze Arana, Alcira Cardona Torrico. Moisés Fuentes Ibañez y Fernando Ortiz Sanz son bardos neoclásicos de forma depurada; el primero es también un cronista impecable. Luís Mendizábal Santa Cruz, malogrado poeta orureño, cantó al minero, compuso poemas revolucionarios, tentó la nota romántica junto al alarde expresionista. Más subjetivo, Luís F. Vilela es el aeda de la imagen sugerente, y autor de una laboriosa **Antología de la poesía paceña**.

Eduardo Calderón Lugones, poeta en prosa, narra pequeñas historias infantiles de honda ternura comunicativa.

Hay en Oscar Cerruto, nuestro primer poeta de vanguardia, una inteligencia versátil. Hábil narrador, ensayista de originales concepciones, revela un sentido muy ajustado de la forma. En sus versos la rica inspiración, la audacia de las metáforas, la delicia de las imágenes, vienen revestidas por un dominio interno del instrumento expresivo. Tiene poemas de rara perfección que acusan levantado vuelo lírico. Dice cosas muy hondas, muy hermosas, que esmalta sabiamente con giros alados y tintas finísimas. En prosa o en verso, la suya es una literatura de alta jerarquía, elaborada con severo rigor intelectual. ¿Flaubert, Valéry, Proust? Aun existiendo esas nobles influencias, Cerruto es un extraño caso de probidad en nuestras letras: el escritor que ha dignificado la vocación de pensar y comunicar lo que piensa. Una mente lúcida en una forma invariablemente bella. Esa "Pequeña balada a la muerte de mi hermana" puede tentar el salto a la órbita de la más refinada poesía occidental.

Guillermo Viscarra Fabre es otro de los más altos valores líricos de esta escuela. Su poesía intemporal, inespacial, recorre toda la gama temática: desde la llama mística hasta el boceto nativo; del soneto perfectísimo al himno de ritmos majestuosos, libres, prolongados; del dibujo de finura increíble que reproduce la hermosura del mundo exterior, a la música vertiginosa del sondeo introspectivo. Viscarra es el poeta de la novedad y del hallazgo. Posee la más rica y variada instrumentación verbal después de Tamayo. Circulan por sus poemas aires y modos de Huidobro, de Rainer María Rilke el inefable, de un plorante Juan Ramón Jiménez, del acrobático y musical Jorge Guillén. ¿Y por qué no? Digno es el recuerdo de los maestros cuando no se ahoga el discípulo. Pero Viscarra Fabre se restituye siempre a su verdad interior, la fresca y pura vena de su honda poesía. **Criatura del alba**, libro breve, resplandeciente de arcanos líricos, es una fiesta de hermosura: fiesta para los ojos, fiesta para el oído, fiesta para el pensamiento que se embarga en las revelaciones del cazador de imágenes. No se conoce bien a este hombre de anchas espaldas y corazón de niño. No se ha entendido la salvaje belleza contenida de esta lengua musical que vuelve a descubrir el mundo en ríos de luz, de dolor, y de coreografías subterráneas. No se ha estudiado la riqueza estilística de este creador, clásico y revolucionario al mismo tiempo, por su asombroso dominio de la técnica verbal. Viscarra Fabre es el poeta puro, desasido del mundo y de los

hombres. Su canto estremecido y armonioso no cede en potencia a las voces más originales de la lírica continental.

Jorge Canedo Reyes, como el cantor de Nishapur, es el extraño lapidario que arroja sus joyas al viento de la vida sin preguntar jamás por su destino. Tiene un don melódico que envuelve y arrebató todo lo que toca. Una frescura, una vivacidad maravillosa, en una templada forma clásica, distingue sus poemas, que a veces sugieren la maestría de José Eustacio Rivera. No ha publicado libros, mas quien lea su "Trilogía andina" —tres sonetos: "Quena", "Puna" y "Un guanaco"— reconocerá en ella la magia dolorida y musical del bardo errante. El que canta sin saber por qué. El que casó con la hermosura sin importarle la hermosura. El penitente de su propio olvido.

Después del Chaco y tal vez algo antes, la juventud boliviana despierta al estudio intenso y variado. El indoamericanismo en política como reacción contra los imperialismos financieros, el comunismo ruso y la revolución mexicana en el campo social, el surrealismo en arte, la indagación de lo nativo, lecturas apasionadas de los pensadores modernos; cinematógrafo, radiodifusión, viajes, el **magazine** cosmopolita; una mayor oportunidad para conocer el pensamiento mundial a través de buenas traducciones, todo esto contribuye a elevar el nivel cultural y depurar el gusto. Comienzan a delimitarse las áreas del aficionado a la ciencia y del ganado por las letras. Periodismo, crítica, ensayo revisteril producen el tipo del estudioso contemporáneo: documento, lógico en la exposición, culto de forma. Muchos no llegan al libro, mas su siembra fué fecunda. Abraham Valdez, Julio Alvarado, Eduardo Ocampo Moscoso, Gunnar Mendoza, son buenos ensayistas. Félix Eguino Zaballa, Francisco Lazcano Soruco, Rodolfo Salamanca, Carlos Dorado Chopitea, Alberto Crespo Rodas, agradables prosistas. Los hermanos José y Humberto Vásquez Machicado, renovando la gran tradición bibliográfica del siglo XIX, auscultan el pasado, comentan libros, son sagaces reconstructores de esa ciencia libresco fundada en el manejo escrupuloso del documento, el dato histórico y la infalible cronología. Desaparecido el primero, el segundo viene dando mayor calidad literaria a sus trabajos.

El tema histórico atrae fuertemente a la generación vernacular. Federico Ávila y Ávila, escritora más profuso que profundo —ha publicado como veinte libros—, seguidor de Mendoza en sus tesis sociogeográficas, es autor de gruesos volúmenes sobre cuestiones internacionales, políticas e históricas. Sus libros más difundidos: **El "andinismo" del Chaco** y **Bolivia en el**

concierto del Plata. Recientemente agregó dos novelas a su vasta producción: **Montañas adentro** y **Luces y sombras**, que no son ciertamente obras logradas. El ensayista en Ávila aplasta al narrador, y su poca imaginación lo induce a repetir y copiar lo que otros dijeron mejor. Víctor Santa Cruz, investigador acucioso, después de dos débiles tentativas en el género novelesco, se afirma mejor en la historia. Ha compuesto tres obras amenas y sencillas: **Historia colonial de La Paz**, **Historia de Copacabana** y **Treinta años de historia paceña**. Moisés Alcázar comparte las tensiones del biógrafo y del historiador. En **Iturralde, centinela del petróleo**, hace un bosquejo del patricio y de su época. En **Crónicas parlamentarias** narra con soltura y buen criterio episodios sobresalientes de la historia contemporánea. Un mayor afinamiento técnico jerarquizará la producción de este escritor, que tiene anunciada una tercera obra: **Episodios trágicos de la historia de Bolivia**. Ismael Sotomayor, tradicionista, papelista, amigo de archivos y documentos inmemoriales, ha reunido en un libro voluminoso sus desvelos retrospectivos: **Añejerías paceñas**. Carlos Montenegro cierra este escorzo de estudiosos con su obra **Nacionalismo y coloniaje**, trabajo más polémico y político que de linaje literario. Es un bosquejo crítico del periodismo nacional. Su tesis tendenciosa no es admisible, porque nacionalismo no supone destrucción de la influencia colonial, sino integración de contrarios en el proceso social; pero no se pueden desconocer los valores críticos y sociológicos de este estudio, que ha influido, por su enfoque político y renovador, en las actuales corrientes nacionalistas. En Montenegro, el partidario predomina sobre el sociólogo, y esto aminora veracidad al libro.

Ejemplo de ensayo histórico y sociológico elevado a rara perfección de estructura y de forma es **El Estado boliviano y la unidad peruana**, de Julio Alberto d'Avis. Seguidor de Mariátegui y de Haya de la Torre, es decir, indoamericano de fibra, D'Avis ha compuesto este medular estudio, que si discutible en su tema central —la unidad de los dos Perús—, es un modelo de literatura científica. Descuella en el mismo campo, historia y sociología, el ensayista Rafael Reyer, autor de **Caquiaviri**, valiente alegato en favor del indígena del indígena; **El pongueaje** y una extensa **Historia de la educación en Bolivia**. **El pongueaje** es un libro capital. No tiene el vuelo de **Creación de la Pedagogía nacional**, de Tamayo, ni la densidad científica de **Figura y carácter del indio**, de Otero; pero supera a los dos por su poderosa objetividad: es realmente la trágica verdad del nativo. Desnudo, directo, varonil, el relato se hincó en la historia y en el cuadro sociológico hasta darnos el esquema verídico del nativo y de su medio. Con esta obra,

Reyeros aporta una contribución agudísima al problema indigenal. En ella están el indio de la puna, del valle, de los llanos, en su increíble servidumbre. Por su profundo valor ético y social, por su crítica audaz, por su dominio del tema, por la constancia con que ha perseverado en la discriminación inteligente del primer problema nacional, Rafael Reyeros debe ser considerado como uno de los mejores investigadores en la materia.

La nacionalización de las minas, de Ricardo Anaya, es otra obra de maciza construcción. En todo lo histórico, político y social, el libro casi agota el asunto; posee Anaya rica información, y su método, fundado en la dialéctica marxista, es de rigurosa precisión analítica. Pero en lo económico y financiero, a pesar del acopio documental y estadístico, no anda tan acertado. Se puede disentir de la conclusión cerradamente marxista que propone, mas hay que reconocer la sólida disciplina mental, el criterio razonado, el esfuerzo investigador. Es la misma línea científica que sigue Arturo Urquidí en sus trabajos **Etnografía boliviana** y **La comunidad indígena**, obras de sociólogo avisado. Abanderado de la lucha anti-imperialista, Ricardo Anaya se deja llevar por brotes pueriles de apasionamiento; con todo, **La nacionalización de las minas** es uno de los libros de mayor aliento publicados en el país.

Antonio Alborta Reyes, humorista y glosador de ideas nuevas en sus mocedades, es hoy un ensayista de vuelo. Su vasta cultura, su agudeza crítica, su elegancia estilística delatan al hombre de letras sutil y refinado. Lástima que inteligencia tan despierta hay producido tan poco. Ha publicado dos notables estudios críticos: "Thunupa" o la estética de la esperanza" y "Acotaciones al "Nayjama", en los cuales, al analizar el contenido de ambos libros, se extiende en profundas y sugestivas consideraciones sobre problemas de alta cultura. Humanista por la universalidad de sus conocimientos, nacionalista de espíritu, Antonio Alborta Reyes es un pensador originalísimo, al que debemos ricos hallazgos en la interpretación del cosmos y del alma raciales.

Por estos años se repite el fenómeno de Los Eclécticos: la variedad, la dispersión, la falta de obras individuales continuadas —salvando las excepciones— dificultan la clasificación de los escritores. No obstante, como el ensayo o la prosa periodística, lo mismo que el cuento y la novela, son los géneros predominantes que la Escuela Vernacular, hay nombres que servirán de hitos para quienes quieran profundizar nuestro desarrollo intelectual. En el ensayo literario de calidad: Augusto Céspedes, Manuel

Frontaura Argandoña, Oscar Cerruto, Augusto Guzmán. En el ensayo histórico: José María Salinas, Alfonso Crespo, Porfirio Días Machicao, Ciro Félix Trigo, Hernando Sanabria Fernández. En el ensayo político y polémico: José Antonio Arze, Carlos Montenegro, Ricardo Anaya, José Cuadros Quiroga. En los estudios filosóficos: Enrique Baldivieso, Roberto Prudencio, Guillermo Francovich, Mariano Deuer, Manfredo Kempf Mercado. En el ensayo crítico, Carlos Gregorio Taborga, especializado en bibliografía nacional, de quien se anuncia una extensa obra, **Cultura boliviana**, en tres tomos, que abarcará, según el autor, todo el proceso cultural en su doble aspecto y crítico. Es Taborga un redescubridor de nuestros clásicos y debemos a su esfuerzo estudios críticos ajustadamente calibrados. Su labor sagaz y sostenida, de estudioso, lo califica como uno de los mejores críticos contemporáneos.

La generación vernacular —como Los Eclécticos— puede dar diversos matices de su variedad intelectual. Así, Manuel Durán P., penalista y estudioso de prestigio internacional, es autor de numerosos trabajos científicos; sus mejores obras: **La reforma penal en Bolivia y Legislación penal boliviana**. Prepara un serio ensayo sobre el complejo de inferioridad desde el ángulo sociológico. Raúl Díez de Medina, periodista en sus mocedades, asciende a la crónica internacional escribiendo en periódicos de las tres Américas y en un inglés depurado. Diplomático y conferencista, consagró el seudónimo de "Gastón Nerval", publicando un libro que hizo época: **Autopsia de la doctrina de Monroe**. Ganó el título de "experto en asuntos latinoamericanos" por su versación en la materia. Hugo Bohórquez, potosino, cultiva el ensayo aplicando su cultura y penetración crítica al tema nacional; sus mejores estudios: un análisis del **Nayjama**, de Díez de Medina, y otro de la **Historia de la literatura boliviana**, de Finot. José Felipe Costas Arguedas eleva el tema folklórico a categoría científica: su libro **El folklore de Yamparáez** es un bello tratado. En este campo sobresalen Víctor Varas Reyes y Julia Elena Fortún; el primero, con su obra **Huinaypacha**. Carlos Ponce Sanjinés, joven estudioso de arqueología, compone un sazonado ensayo sobre "La cerámica tiwanakota". Y Ciro Félix Trigo, ensayista y catedrático de nota, es autor de un libro sobre **Derecho constitucional boliviano**, que ha llamado la atención de la crítica española.

La Generación del Chaco, que se manifiesta activa en la polémica de combate, en la temática social, en el movimiento indigenista, irrumpe con fuerza desbordante en la novela, el cuento y la literatura costumbristas. Hay que buscar sus raíces en la dialéctica marxista, en el naturalismo zolesco, en

el neorrealismo ruso posterior a 1917, en la literatura regional americana, en los alegatos antibélicos de Barbusse y de Remarque, en las tendencias insurreccionales de la novela en México y en el Ecuador. Tiene de unos y otras el crudo realismo, idéntico afán de introspección, un pesimismo trágico, el lenguaje brutal, la sátira de costumbres a costa del testimonio estético. Descontadas las influencias foráneas, esta literatura de guerra se concentra en el hecho vivo, en la verdad lacerante del proceso social. Es el anhelo vehemente por descubrir, precisar, profundizar lo propio: tierra, raza, hábitos, conflictos de clases, regiones y almas. La verdad, por amarga que sea.

La producción literaria surgida de la hoguera chaquense es abundante. Hay algunas obras bien logradas en lo documental y en lo artístico, pero en conjunto pecan de monotonía y escualidez. Se abusó del relato descarnado, melodramático, cargando las tintas rojas, al extremo que más de una vez el hecho bélico sólo sirve de telón de fondo para mordacidad demagógica y el derrame biliar o procalálico. Diez, quince años después, muy pocos de estos libros permanecen. Gran novela no se dió. Un fuerte y bello libro de cuentos, sí.

Entre la literatura confesional, descriptiva, que expresa el desencanto de una generación, comencemos por **El Repete**, de Jesús Lara, y **Los invencibles**, de Porfirio Díaz Machicao, que son visiones folletinescas. **El martirio de un civilizado**, por Eduardo Anze Matienzo, es vigoroso en la descripción, fácil en el diálogo, acertado en la pintura del medio. Los **Cuentos chaqueños**, de Gastón Pacheco, tienen fuerza evocativa. **Chaco** y **Cutimuncu**, dos novelas de Luis Toro Ramallo, alternan lo bueno y lo malo. El sentido paisajil, la angustia psicológica, la visión subjetiva, el estilo elegante se pierden en el exceso de pasajes procaces. **Los avitaminosos**, por Claudio Cortez, no sale de la medianía descriptiva. Todas estas obras de relato ameno, hasta pintoresco, no pasan de recurso descriptivo ni de los atisbos de sondeo introspectivo. ¿Novela? En el sentido cabal del término se diría que no la hay. Porque no se ve la garra del creador de tipos humanos, ni la pupila certera del reproductor del hecho vivo. Tema y trama, esa pareja de corceles diabólicos con que el verdadero narrador nos arrastra en un galope de sensaciones hasta la última página, dominan a estos autores; no se dejan dominar. Testimonio, sí. Sinceridad en el relato, también. Confesión emocionada y respetable cuando se la ve desde el ángulo humano, sí. En algunos pasajes, en determinados rasgos de los protagonistas, hay fuerza y color. Obra de arte, en el sentido riguroso del término, no. Tiene Víctor Andrade una novela inédita sobre la guerra del Chaco que, a pesar de sus

debilidades técnicas, podría ser la visión dramática y patética que todavía estamos esperando. Un gran poder de objetividad, un fuerte sentido crítico, han permitido a Víctor Andrade trazar un fresco del drama chaquense no exento de toques poéticos. Falta que el autor se decida a darle un adecuado ropaje literario.

Los tres mejores libros salidos del Chaco son los de Cerruto, Guzmán y Céspedes.

¿Qué es **Aluvión de fuego**, por Oscar Cerruto? Una novela frustrada. Céspedes piensa que se trata de "la primera tentativa de novela fuerte y profunda". Guerra, en cambio, estima que "es el fruto del artista sobre el novelista". Y este segundo juicio es el exacto. Faltan a esta obra unidad, verdad, sentido de proporción y del matiz. Aspiró al trazo epopéyico y se disuelve entre brochazos sociológicos y paletadas líricas. El poeta, el "exceso de cristalería de lujo en el estilo", traicionan al narrador, sabe cautivar. Cerruto ensaya nuevos registros en la prosa boliviana; posee un lenguaje rico de metáforas novedosas, volado de imágenes, que disuena extrañamente con la reciedumbre del tema. Aquí no hay guerra, sino drama social, protesta encendida contra el desorden ambiente, "denuncia contra el complejo colonial y feudal", como apunta Céspedes. La mano firme al describir los vicios criollos, se desmaya y degenera en caricatura —defecto casi general en el novelista boliviano— al pintar a las clases dominantes. No hay personaje-tipo, ni siquiera individualidades características. Mas el poeta triunfa plenamente: esa muerte Berenice algo barresiana, esos ardientes bocetos del medio físico, esas sutiles indagaciones psicológicas, esos épicos frescos de la vida minera, están en franca pugna con el realismo amargo de documento político que señorea otras páginas. **Aluvión de fuego**, es la revelación de un artista, la visión poemática y diluída de un pueblo en formación. Tiene fuerza —fuerza dispersa—, color, belleza. Le faltó madurez técnica para ajustar el cuño en la masa plástica del relato. Cerruto, socialista y revolucionario en política, es un aristócrata en estética. La novela de masas, el relato social, no podía ser su campo. Pero aun malograda la tentativa en el género, nos ha dado uno de los más bellos libros surgidos de la generación chaquense.

Prisionero de guerra, de Augusto Guzmán, tampoco es una narración de jerarquía. Diario de guerra más que novel, documento valiosísimo, demasiado crudo y simple para inmortalizar simbólicamente la peripecia viva. Bastante menos literario que el anterior, lo gana en intensidad humana.

Tiene pasajes llameantes, que nunca olvidará el lector. Su realismo exasperante linda con el dramatismo eslavo, evoca lecturas de Dostoiewski y de Andreiev, pero no llega a la trama interna del personaje. Sentidas descripciones del paisaje, relato sencillo, observación rápida y precisa. Le sobran vitalidad, verdad, percepción del hecho exterior; la psique demonial del guerrero, la visión del pueblo en armas, no asoman por estas páginas sarcásticas de un pacifista, de un auténtico hombre de ideas, que ha visto la campaña como un enorme derrumbe colectivo. Es una faceta del conflicto bélico, bajo una lenta muy personal. Para ser novela le falta una estructura.

Sangre de mestizos, por Augusto Céspedes, es el mejor libro de cuentos surgido de la guerra del Chaco. Nada le falta al vigoroso narrador cochabambino: talento novelístico, aguda visión del paisaje, captación intuitiva de las psicologías, prosa robusta y vibrante. Podríamos juzgarlo con sus mismas palabras: todo el libro está cargado de electricidad humana y de tragedia telúrica. Pocos vieron con mayor lucidez la "incoherencia psíquica y étnica del boliviano". Hay crítico que llama a esta obra "novela vertebrada en crónicas de intenso realismo". **Sangre de mestizos** es un conjunto de narraciones cortas, un hermoso libro que arroja cálida luz sobre el alma mestiza. "El Pozo" —uno de los relatos— es un "estudio fisiológico y psicológico de la sed". Inolvidables los personajes de "La Coronela": Sirpa y Bara, Tiene relatos, como "El Milagro", que habría firmado Maupassant; tal es su vivacidad y sobriedad. Dueño de un fuerte temperamento dramático, exaltado por la vibrante conciencia del político revolucionario, del luchador social, Céspedes ha llevado a la literatura la tempestad del político apasionado y demoledor. Ciertamente: en los nueve relatos de este libro está el drama del Chaco en su verdad desnuda y sangrante. Nadir ha superado todavía a este autor en la reproducción del hecho bélico, que su pluma capta y anima con potente lucidez. Libro recio y varonil, verdadero y artístico a un tiempo, donde el dolor del hombre conjuga con los júbilos del creador. Es uno de los pocos libros nacionales que se puede leer dos veces: los fondos siempre pintados de mano maestra; los personajes siempre atrayentes por verídicos; la trama siempre ágil y cambiante. Augusto Céspedes es uno de los prosistas descollantes de la Generación Vernacular y el narrador más logrado de las dos últimas décadas. Es lamentable, para nuestras letras, que la política sólo le haya permitido darnos el soberbio conjunto de **Sangre de mestizos** y una novela.

¿Es la novela de Céspedes superior a sus cuentos? Muchos piensan así, pero ocurre exactamente a la inversa: los cuentos están más logrados que la

novela. **Metal del diablo**, aun siendo un libro vibrante, un alegato social de fuerte intensidad, no alcanza la rara perfección del anterior. Aquí el político traicionará al escritor. Quiso Céspedes contar la vida prodigiosa del Simón I. Patiño, bajo el disfraz de Zenón Omonete, destacándola del gran fondo sombrío del drama nacional: la miseria, el olvido, la explotación de los trabajadores del subsuelo. Tiene el libro muchas virtudes. Radiantes visiones del valle, hoscas descripciones del altiplano, personajes inconfundibles, escenas de movilidad cinematográfica, pasajes de aguda crítica social. El estilo moderno, cortado a veces, la riqueza de las metáforas, ganan al lector. A los cuadros de la vida minera son de asombroso realismo; las escenas del acontecer mestizo, inimitables. Céspedes siente y reproduce la vida boliviana con trazo fidedigno. Pero el personaje central —que debió ser un personaje-tipo— se malogra por la pasión del narrador. Patiño, mal boliviano, gran egoísta, hombre censurable desde el punto de vista del patriota y del sociólogo, no fué la caricatura tosca y despreciable que el novelista describe. Con todas sus faltas éticas y cívicas, el Rey del Estaño fué una vigorosa humanidad. Y ésta es la falla fundamental del libro, que pudo ser más grande si el protagonista apareciera menos chico. Aquí Céspedes cae en las debilidades de un Dickens, por ejemplo, que prefería sacrificar la verdad de la vida al imperativo moralizador de sus relatos. Bolivia está toda entera en la obra. Patiño, no. Si desde un plano político nos parece verlo de cuerpo entero, en verdad no es el retrato, sino la caricatura del extraordinario personaje. El tema, verídico; el personaje central, inartístico. Lástima que la vehemencia revolucionaria haya malogrado este libro que debió ser la novela cimera de la Generación del Chaco.

Si algún día se estudia el desarrollo de los estilos en la prosa nacional, probablemente se encontrará que Augusto Céspedes y Oscar Cerruto son los escritores que mayor novedad y riqueza expresiva aportan. ¿Por qué no produjeron más estos valores jóvenes a quienes sobran capacidad creadora y segura técnica del relato? Enigma. Esperemos, sin embargo, que Cerruto y Céspedes den todavía sendos libros, obras mayores que coronen su espaciada producción literaria.

En los últimos veinte años, el campo visual y el campo mental del boliviano medio amplían sus áreas de expansión. El progreso del maquinismo y de la técnica, la rapidez de las comunicaciones, el despertar de las masas, la aproximación regional, esa lenta y penosa articulación económica y social entre llanos, valles y montañas que ya se ha puesto en marcha, la misma necesidad interior de mudanza, dieron lugar a la apertura de nuevos

horizontes ideales. Si decimos Los Vernaculares, lo decimos en un sentido general, la tendencia predominante pero no exclusiva de esta época. Hay más bien signos de cansancio, de que el abuso de la temática nativa engendró distintas inquietudes. Estudiantes y obreros han ganado un primer plano en la actualidad política, debido a sus duros sacrificios en las dos últimas décadas. El periodismo es más culto, menos agresivo que antaño. Nuestras universidades se orientan hacia la investigación científica. La cátedra, la conferencia, el espectáculo artístico van ganando la emoción de las clases medias. El sabio Martín Cárdenas, con una larga y monumental dedicación a los estudios botánicos, o el joven y brillante compositor Jaime Mendoza Nava, no son sino dos nobles expresiones de este renacimiento cultural. Una generación de economistas y de técnicos va reemplazando a los oradores y politicastos. Pero siempre hay campo para el verdadero estadista, para el humanista sereno y para el conductor espiritual, en esta sociedad boliviana, pequeña y culta, que ahora busca renovarse con las savias fuertes de sus clases medias y trabajadoras.

En la biografía —donde se advierten las huellas de Ludwig, Lytton Strachey, Zweig, Maurois— han aparecido tres vigorosos libros de Augusto Guzmán: **El kolla Mitrado**, amoroso y bien logrado retrato del obispo Cárdenas, misionero, escritor y luchador de singulares condiciones, que llega a ser obispo de Asunción. "Una de las mentalidades más aptas, claras, y poderosas de la Iglesia americana, que sobresalió por su vivacidad poética, su ironía y su sabia interpretación de las escrituras". **Tuphaj-Katari**, ágil evocación del caudillo indio que se alzó contra el yugo hispano de su tiempo y de su dramatismo fin. **Baptista**, estudio histórico, crítico y psicológico del gran político conservador. Guzmán no quiere ser el biógrafo deslumbrador de las grandes revelaciones, sino el paciente y verídico reconstructor del pasado. Su temperamento de paisajista, su conocimiento de la psique nacional en sus modalidades de clase y de región, un fino sentimiento poético, una ejemplar tenacidad de investigador, enaltecen estas biografías, que tienen el sello de un escritor de raza.

No se ha detenido Guzmán en lo biográfico. Ya mencionamos su **Prisionero de guerra**, trozo ardiente de vida. Es autor también de **Motivos del Cristo viviente**, prosa mística, lírica, de hondo subjetivismo. De **Historia de la novela boliviana**, trabajo esforzado de compilación y crítica somera, muy útil como obra de consulta. **La sima fecunda**, su obra primigenia, es una novela encantadora de tono menor. Por sus páginas todo ajusta en armoniosa ritmo: tema, intención, hilo narrativo, estilo y personajes. Novela descriptiva,

típicamente regional, donde la fuerza tremenda de los "yungas" de Cochabamba asoma con sus vahos y nieblas sofocantes. Un canto panteísta Es el drama del vegetal que empequeñece y desintegra al hombre, el heroísmo de la criatura humana frente al pavor de la naturaleza virgen. La Bolivia ignorada y remotísima, que evoca las potentes y angustiadas sensaciones de otra vorágine telúrica. Un romance de amor, de fragante seducción, ilumina esta linda obra, que se diría una hermana menor de la **María** de Isaacs, llena de anhelos románticos y de fragancias provincianas. Augusto Guzmán acaba de publicar **Gesta valluna**, exaltación de la proeza y del espíritu de las tierras medias. Este libro corona una noble consagración a las letras. Todo en él es completo: fondo, forma, la pasión con que vibran sus páginas, los primores del estilo. Tan adentrado anda el autor en su tema, que se siente un ciento valluno, bravío y tierno, soplando de paisajes y hombres con esta nobleza ancestral que sólo da la ternura terruñera. Es un brevario de cochabambinismo, un compendio de bolivianidad. Tiene calor humano, acuciosidad crítica, prosa segura y musical. Es estudio histórico y, al mismo tiempo, una sonata de lírica esperanza a la tierra, de sus mayores. Un gran fresco sociológico y poético del valle.

He aquí un escritor singularmente dotado, con todos los atributos de creador vocacional. Un día sale de Totora un joven provinciano a conquistar Bolivia y la conquista. Periodista, parlamentario de fuste, biógrafo, ensayista, narrador, crítico, el totoreño tiene su sitio propio en esta "Generación de la Fe" a la que él ha dado el brillo de su talento múltiple. Humanista y socialista a un tiempo, Guzmán es el prosista claro, entrañable, que siempre llega al fondo de los seres y de las cosas con su don de simpatía, con su sentido irónico de la vida, con su noble y difícil sencillez de lenguaje.

Joaquín Gantier ha compuesto la notable biografía de **Juana Azurduy de Padilla**, la guerrillera insigne, Alipio Valencia Vega, otra de **Tuphuj Katari**, documental, razonada, más interpretativa que histórica, tendenciosamente de izquierda en lo político, que parece inspirarse en la escuela historiográfica de Boleslao Lewin. Tiene además dos ensayos sobre la nacionalización de las minas y el desarrollo del pensamiento político en Bolivia, que se tiñen con el gris uniforme de la dialéctica marxista. Buen investigador, mal juez. Humberto Guzmán pinta con destreza la campaña, el medio histórico y el personaje en **Esteban Arze**, caudillo de los valles. Porfirio Díaz Machicao contribuye al género con **Salamanca, Doce lecciones sobre Bolívar** y una excelente biografía de **Nataniel Aguirre**. Claudio Cortez ensaya un boceto de Murillo, el protomártir, en su relato **Sobre la cruz de la espada**. Alfonso

Crespo Rodas en **Santa Cruz**, el Cónдор Indio, obra de envergadura, hace una crítica al crucismo y de su creador. En sus estudiosos sobre "Ballivián y Belzu" y "Linares" ha demostrado aptitudes de ensayista. Hay en Crespo Rodas un historiador y biógrafo en potencia. ¿Cuál de ambos se impondrá? **El Murillo** de Manuel Carrasco es un modelo en el género. Mucha substancia es digna forma.

Manuel Frontaura Argandoña comenzó con la prosa filosófica, algo nietzscheana: **Ciudad de piedra** y **La siete voces de Caronte**, para alzarse rápidamente a lo histórico y biográfico. En **El precursor** noveliza la figura señera de Alonso de Ibáñez. Es un libro escrito con amor, con dolor, con esmero de artífice. Excelente reconstrucción histórica de época, es una de las mejores novelas históricas nacionales; Potosí renace en sus páginas rico de animación en su pasado esplendoroso. Diálogo y personajes se mueven con soltura. Pero en **Linares** o el Presidente Civil, Frontaura supera su producción anterior. Esta obra, gemela de **Baptista**, de Guzmán, por el excelente enfoque del medio y del protagonista, acredita al investigador erudito, al crítico sagaz. Saturada de las modernas corrientes de la biografía, participa en la discriminación metódica de los hechos, de la síntesis reconstructiva, de la movilidad en los contrastes psicológicos. Hay también análisis social, intención política, llevados con altura. El dictador está captando con ojo penetrante, y su dramática figura pasa ante el lector en un juego de luces y sombras que descubre los recursos de su biógrafo. Por la netedad de sus juicios y lo atrayente del estilo, este escritor potosino marcha a la vanguardia del movimiento vernacular. Prepara **El Redentor**, ensayo histórico sobre el malogrado Presidente Villarroel, con el piensa completar su trilogía de biografías bolivianas.

La producción teatral decae visiblemente en este período. Ernesto Vaca Guzmán, amable humorista y divulgador del pensamiento occidental es autor de las comedias **Mirando atrás** y **13 de artillerías**; ha publicado también **Berenice**, tentativa de teatro experimental. Alberto Sánchez Rossel, comediógrafo, sobresale en **El precio del triunfo**. Raúl Salmón, que comenzó con las piezas arrabaleras **Condehuayo** y **La escuela de los pillos**, mejora en el drama histórico **Viva Belzu**. Joaquín Gantier, fecundo escritor, recorre la gama escénica: tragedia, drama, comedia auto sacramental, teatro infantil. Compone en prosa y en verso, y acaso por su misma abundancia, su producción es de valores desiguales. Sus mejores piezas: **Angélica**, tragedia en verso; **El molino**, drama rural; **Con el alma de cristal**, comedia

dramática. ¿Pirandelo, Benavente, Bernstein, Kaiser, Florencio Sánchez, Sartre? En estos autores las influencias son múltiples, sin que falte la imitación a los clásicos españoles, pero no se perfila todavía un dramaturgo de alta escuela y potente inspiración.

Después de la novela de guerra, viene una floración de la novela social e indigenal.

Aquí cabe preguntar: ¿No hemos llegado a un estado de saturación en literatura indigenista? Lo mismo en Bolivia que en el resto del continente, ya todo se ha dicho: en México, por Azuela y Guzmán; en el Perú, por López Albújar, J.M. Arguedas, Alegría; en Venezuela, por Gallegos; en el Ecuador, por Icaza, Gallegos Lara, Aguilera Malta; en Bolivia, por Arguedas, Lara y Mendoza. El tema trajinado, los personajes conocidos, la trama gastada, hay que ser muy inteligente o muy temerario para insistir en el asunto. Nuestros escritores jóvenes, impulsados por esa conciencia revolucionaria que ha dicho de la agitación clasista un arma de lucha, han buscado en la novela indigenal antes la intención moralizante, el alegato social, que la construcción artística. Sus creaciones se resienten de pobreza y monotonía; escenario, personajes, trama y desenlace brotan de moldes estereotipados. La tendencia política, la sátira de costumbres, aplastan el relato, impiden la ascensión estética. Fugaces escapadas al toque de color, a la belleza descriptiva, no bastan para atenuar el descuido técnico, la sensación de tristeza y decepción que se desprende de esa literatura ascética, de congregantes amargados. Se dirá que la vida india es así: miserable, hosca, monótona. En parte es cierto; pero cuando el tema es tratado por pluma zahorí —Arguedas o Botelho Gosálvez— aun en medio de la miseria, la ruindad y la fatiga temáticas, el buen narrador descubre hallazgos de ternura y de hermosura que rompen la tensión amarga de su historia. Y esto muy pocos lo alcanzaron.

Valle, de Mario Unzueta; **Kcori-Marca**, de Julio Aquiles Munguía; **Puna**, de Hugo Blyn; **Jillimani Achachilasa**, de Enrique Soruco Rodríguez, son libro de los que hay poco que decir; este último es un novelista potencial que todavía no se encontró. Es mejor **Sol de justicia**, por Max Mendoza López. Novela fuerte, realista, capta agudamente el drama del autóctono crucificado entre la brutalidad del mestizo y la explotación del blanco. Vale como enfoque sociológico,

como pintura costumbrista. Verídica y vivaz, la historia que cuenta este autor sobresale del montón, pero no alcanza jerarquía narrativa. Jesús Lara, delicado poeta y excelente crítico, es un tenaz cultor de la novela indigenal. ¿Pero es un novelista? **Surumi** no lo demuestra. A pesar de sus dos ediciones, esta descripción de la vida del indio valluno no aporta vigor ni novedad al asunto. Manchas de color, personajes desdibujados, un hondo resentimiento racial que mana sin tregua. Aciertos aislados de visión y de juicio, no bastan para alzarse a la magnitud del género. Un erotismo grueso, que linda en lo pornográfico, empaña el relato, por lo demás bastante pobre y descuidado.

Si en **El Repete** y en **Surumi** Jesús Lara fracasa como novelista, al comenzar la lectura de **Yanakuna** — su tercera novela, de quinientas apretadas páginas— es natural desear éxito al autor. Tanta insistencia merece recompensa. Desgraciadamente no sucede así. **Yanakuna**, que no es sino la ampliación y reiteración es escala mayor de la sátira social tratada en **Surumi**, es un libro soporífero, monótono, que difícilmente se puede terminar. "Wayra" es el único personaje bien captado. El cholo Encarno, la Elota, Ña Isicu, aunque con algunos rasgos verídicos, por lo general desembocan en caricatura. Hay un fondo de verdad en la crítica al gamonal, a los patronos blancos y mestizos, pero las tintas que usa Lara son excesivas. Ni las mayores fantasías de Dickens fueron tan lejos, porque Dickens, aun siendo un revolucionario de alma, jamás se olvidó de escribir como artista. ¿Es que Lara sigue el morboso sensacionalismo de la escuela norteamericana —Steinbeck, Faulkner, Hemingway—, o quiere hacer de Zola redivivo en los valles cochabambinos? No se explica cómo el fino poeta y el crítico penetrante de **La poesía quéchua** pueda caer en las simas de resentimiento y de mal gusto que circundan esta novela. Lara es procalálico, abusa del lenguaje procaz y licencioso. Cultiva un erotismo bajo, persistente, desagradable. Y en ambos extremos recuerda justamente lo peor y no lo bueno de la moderna novelística ecuatoriana. Su intención generosa en favor del indio se anula por lo exagerado de la crítica. Viene de la escuela de Poma de Ayala: odio implacable a la Iglesia, a los blancos. Lara es un buen escritor perdido en la novela; extraviado en la vulgaridad del relato y en la ausencia de una técnica constructiva. Su estilo, pesadísimo, muy cortado, muy descuidado. Por mucho que posea valores aislados de observación y reproducción de la vida india, esos aciertos dispersos

no compensan de la general tontería de la obra. Es un libro equívoco de planteamiento y de realización, que sólo se salva por la actualidad del alegato social, por la creación de "Wara", vigorosa humanidad en acción, y por lagunas transcripciones veraces, animadas, del medio indígena y mestizo. El valle como telón de fondo... Pero el valle no ha encontrado todavía su cantor. Hay que referirse a estos grandes esfuerzos malogrados, porque **Yanakuna** es lo que no se debe imitar en el arte de novelar.

El indianismo en literatura, que también denominamos Escuela Vernacular, no es una simple moda literaria, un artificio, una corriente convencional. Antes bien: es una fuerza honda y sincera, es la expresión de la bolivianidad surgente, el sentimiento del suelo y de la raza. "Queremos ser nosotros mismo, ocuparnos de nuestros hábitos y nuestras gentes", dicen los vernaculares. Y a la novela indigenal siguen la novela mestiza o regional, el cuento cholo, la poesía folklórica.

Lo primero que se advierte en la novela de ambiente contemporáneo es que ya no está compuesta con técnica europea. El relato orgánico, cuidadoso, conforme a plan, de Arguedas o Chirveches, sucede la narración desordenada, el tipismo lingüístico, esas notas pintorescas de línea y de color, que, aun dentro de la incoherencia de la estructura constituyen la "manera criolla" de novelar. La ficción, como la vida: cerca de la naturaleza, desnuda, directa, quemante, porque estos seres obran más que piensan, viven el tiempo épico, casi salvaje, de la primitividad social; por eso los que pintan, trasuntando el dolor colectivo, desdeñan la literatura por el alegato político. Muchos de estos relatos se escriben para merecer el título de "revolucionarios", de "luchador"; pocos son los que buscan y aceptan la dura disciplina del hombre de letras. Porfirio Díaz Machicao, en la novela **Vocero**, describe las vicisitudes de la gente de prensa. Fernando Iturralde, en **Encrucijadas**, traza el periplo de un desadaptado. Tiene cuadros muy bien logrados del ambiente cholo. Rafael Ulises Peláez, en su novela en dos tomos **Cuando el viento agita las banderas**, se esfuerza inútilmente por alcanzar la vibración del verdadero narrador. Tiene escenas y pasajes logrados, pero el conjunto se resiente por falta de técnica novelística. Hay una evidente desproporción entre lo ambicioso del intento y lo endeble del resultado. Más novelador, por su poder de crear personajes, por su poder de crear personajes y describir

ambientes, es Fernando Ramírez Velarde. En **Socavones de angustia** —libro que ha merecido los honores de una traducción alemana— pinta con vívido realismo la tragedia de las minas. Sobresale esta obra de nuestra producción media narrativa por la fuerza emotiva de sus pasajes dramáticos, por la naturalidad del lenguaje, por la perspicacia psicológica. En Ramírez Velarde, fallecido en temprana edad, hemos perdido a un vigoroso novelista. Joaquín Aguirre Labayén revive la novela histórica en **Más allá del horizonte** —título tomado de un drama de O'Neill—, que comparte las sorpresas del relato de aventuras y de la historia novelada; en este caso se trata de Orellana, primer explorador del Amazonas. Este libro ha sido muy discutido por lo que toca a la originalidad de su trama y de su estilo.

Los cuentistas de esta generación superan a los noveladores. Los hay de variadas tendencias y de valores desiguales. Augusto Céspedes, el más recio de fondo, el más brillante de forma, marcha a la cabeza con su **Sangre de mestizos**. Oscar Cerruto cultiva la narración intelectual: perfecta, modernísima, con una sequedad abstracta que lo acerca al expresionismo contemporáneo. Porfirio Díaz Machicao despuntó a su agitada carrera de escritor y periodista con un libro precioso: **Cuentos de dos climas**, influído por Horacio Quiroga. ¿Por qué no ha persistido en el género? Tiene talento dramático y facilidad narrativa. Después de haber cultivado con éxito la narración y la biografía, anuncia que se dedicará a los estudios históricos. Walter Montenegro, humorista y ensayista, es autor de **Once cuentos** y **Los únicos**, libros bien contruidos, en los que alternan el escepticismo filosófico y el irónico sentimiento de la vida. El cuento "El payaso", de Montenegro —como el cuento "Quilco en la raya del horizonte", de Díaz Machicao—, nunca se olvida: tales son su hondura humana y su plasticidad. Humberto Guzmán, en **Selva**, y en otros cuentos ricos de movimiento y de color, ha puesto de relieve un fuerte temperamento de observador y transcriptor del trópico. Hugo Blyn fotografía el altiplano y su morador en **La rebelión**, y otros cuentos del Kollao. Roberto Leitón, en **Aguafuertes** y en **Los eternos vagabundos**, hace crítica social imprecativa. Su estilo crudo, directo, excesivamente cortado —falso Azorín, diría un estilista—, despoja de belleza formal a sus narraciones. El documento humano en Leitón supera la calidad literaria. En cambio, el orureño Rafael Ulises Peláez nos da con **Ronquera de viento** un conjunto animado de cuentos bien logrados. Enrique Kempff Mercado, poeta y prosista, lleva al relato la vida

regional cruceña; **Gente de Santa Cruz** es un libro sentido y bien escrito. Alberto Sánchez Rosset se ocupa del tema "chapaco" o tarijeño. Vicente Terán, en **Chihuanhuayus y achankaras**, reúne leyendas y cuentos quéchuas de "sabroso y colorido vernaculismo", inspirados en su mayor parte en el folklore potosino.

El narrador mejor dotado en la generación que sigue a la del Chaco es Raúl Botelho Gosálvez: cuentista, novelista, ensayista.

Botelho Gosálvez sólo ha publicado tres libros: dos novelines y una novela. Cuentos y ensayos dispersos completan su obra. **Borrachera verde**, fuertemente inspirado en **La vorágine**, del colombiano Rivera, anuncia al buen narrador **Coca**, más logrado, es el drama de un desadaptado, Álvaro Díaz; una historia de amor y desesperación en medio del embrujo cósmico del "yunga" paceño. Obras primerizas, ambas adolecen de fallas y defectos. Pero el aguafortista que hay en Botelho gana rápidamente la técnica del cuento: "El descastado" es una pincelada de psicología aimára. La "Historia gris del Tata Limachi" penetra en el alma del cura de aldea, en el medio terroso que lo anula. Botelho describe con idéntica destreza de vida ruda y hosca de las punas, la vida sensual, lírica, de los valles, el trópico monstruoso, exuberante. Crea personajes de fuerte acción espiritual, que no se pierden en la grandiosidad del paisaje físico; encuentra el equilibrio entre hombre y naturaleza, oponiendo a la belleza cósmica la intensidad dramática de los tipos humanos. Lástima que participe de ese "derrotismo" temperamental que Medinaceli señala como característica de la novela boliviana: "hombres vencido, voluntades fluctuantes, almas rotas con una desesperación morbosa por el dolor del fracasado". En **Altiplano**, hasta hoy su mejor libro. Botelho nos da un retrato fidedigno del indio aimára. He aquí las dimensiones de la novela: estructura sólida, revestimiento armonioso, proporción justa de tema y expresión. Es difícil decir qué vale más: el análisis objetivo o la seducción del relato. **El mundo es ancho y ajeno**, de Ciro Alegría, lo supera en extensión y técnica narrativa; pero **Altiplano** presenta un indio más auténtico, de una economía vital angustiante, y el paisaje está sentido con mayor potencia lírica. Tal vez el mensaje llegó tarde, porque está casi agotado el tema; pero Botelho ha captado con mirada sintética el drama autóctono en su hondura y su pavora. Su valor ético, testimonial, no tiene precio. El capítulo "El signo escalonado" vale por

un tratado de sociología aimára. Libro hermoso y fuerte, ha ganado a su autor uno de los primeros puestos dentro de nuestra novelística.

Botelho Gosálvez ha anunciado otras novelas: una sobre el Beni mítico y lejano; otra sobre el valle opulento y sensual. Tiene todas las condiciones para llegar a ser un gran novelista.

Oscar Alborta Velasco es autor de **En la ruta de Ñuflo de Chávez**, itinerario lírico-descriptivo de un viaje de estudio al oriente boliviano.

Gilfredo Cortés Candia y Gonzalo Cuéllar Jiménez han escrito páginas sentidas de la vida en las regiones del noroeste. Pero el escritor más singular que ha brotado del Beni fabuloso y pánico es Juan B. Coimbra, autor de **Siringa**, modestamente subtítulo "Memorias de un colonizador del Beni". Es la epopeya de la selva gumífera contada por un pionero. El trópico que mira al Amazonas, descrito como era al comenzar el siglo, "con su grandeza, su heroísmo su barbarie y magnificencia salvaje". Fabián Vaca Chávez hace notar que **Siringa**, aunque no tenga el dramatismo de **La vorágine** o de **Canaima**, célebres novelas regionales americanas, las supera en veracidad, porque Coimbra narra solamente aquello que vió y vivió. "Hay en este libro bellísimo sugerencias sobre el poblador del Beni —agrega Botelho Gosálvez—. Es el mensaje de la victoria del hombre sobre las selvas trágicas de la amazonía boliviana". Pero no es sólo eso; ni únicamente un hermano menor de **Los Sertones**, de Da Cunha. Es algo más, que debe interesar fundamentalmente a los jóvenes escritores nacionales: es el descubrimiento de esa literatura entrañable, raigalmente boliviana, que puede alzarse a la altura de una obra de arte, cuando hay verdad en el ojo que mira y poder expresivo en la mente que recuerda. **Siringa** es un hombre, una vida, un paisaje consustanciados en mágica armonía. Sus páginas se leen con delectación. Tiene la vivacidad de la novela, la dicacidad del ensayo del ensayo, la fascinación de una historia poéticamente contada. De esta pluma terruñera y panteísta brota el Beni con su selva inexplorada, sus grandes ríos, el hechizo del caucho, sus colonizadores y filibusteros, la historia de las ciudades, la proeza humana. Nada escapa al memorialista: ni el recuerdo anecdótico ni el buceo costumbrista; botánica y zoología le prestan sus galas; mito y folklore enaltecen el relato. Tiene giros y metáforas sorprendentes. Se siente "hervir las cachuelas", se siente pasar la humanidad silvestre y

bravía de los trópicos. Libro recio y encendido, una de las más altas expresiones de nuestra Escuela Vernacular. **Siringa**: el que sabe sentir, el que sabe contar. La Bolivia inédita del noreste ignorado. La revelación de un mundo inédito.

Descontando las publicaciones universitarias, **Kollasuyo** en La Paz, **Sur**, en Potosí y **Arte y Letras**, del grupo juvenil "Gesta Bárbara", desgraciadamente, esporádicas publicaciones, son las únicas revistas de jerarquía intelectual. La Editorial Potosí, dirigida por Armando Alba, anuncia la impresión de dos joyas bibliográficas: la monumental **Guía de Potosí** por Pedro Vicente Cañete y Domínguez, y las **Obras completas** de Gabriel René Moreno. Al entrar en prensa este libro se anuncia la aparición de tres obras: **Colecciones de paisajes**, versos del celebrado "poeta de Chaco", Raúl Otero Reiche; una biografía de **Ñuflo de Chávez**, por el historiador cruceño Hernando Sanabria Fernández, y **Arte contemporáneo** —"primer libro boliviano sobre artes plásticas", reza el subtítulo de una hoja de propaganda—, del crítico y ensayista Rigoberto Villarroel Claure, que se ocupará de la obra realizada por pintores, escultores y grabadores de la época moderna a partir de Guzmán de Rojas y Jorge de la Reza.

Habrá que citar todavía dos libros excelentes en sus respectivos géneros: una **Historia Económica de Bolivia**, por Luís Peñaloza y **Relatos bíblicos**, de Renán Estenssoro Alborta, que demuestra que el boliviano puede alzarse a la madurez creadora en ciencia y en arte. **Relatos Bíblicos** es fruto de un escritor logrado que despunta en soberbio alarde al publicar su primera obra. Libro de una tal unidad de composición y una tan viva armonía de forma, que sería torpe analizarlo en detalle. Tamar, Dalila, Ruht, Sarah... ¡Qué nombres tan hermosos, qué temas de solemne grandeza! Bajo la sombra acogedora del Libro Magno, estos relatos brillan con la luz misteriosa de la eterna verdad, Recuerdan al buen Gide de "El hijo pródigo". El intenso relámpago filosófico que cruza la narración de Dalila, evoca la prosa finisísima, alada, del gran Anatolio. Pero casi siempre es el autor mismo —Renán Estenssoro— católico de alma, pagano de sensibilidad, poseído de un lirismo llameante que embellece lo que toda, que convierte en músicas dramáticas el mundo, sus seres y sus cosas. ¿Qué sólo el verso es poesía? No es verdad; hay prosas como ésta que son poesía pura. Las primorosas **Estampas de la Biblia**, de la lbarbouru —con ser muy bellas—, quedan confinadas al

preciosismo del estilo. Los relatos de Estenssoro superan los de la gran uruguayo por su más fuerte contenido humano, su hirviente filosofía, la rica tensión emocional de sus pasajes líricos. Como la música de cámara, no son para multitudes. He aquí un camino que debe terminar muy lejos...

Las nuevas tendencias en la prosa y en el verso son del más variado linaje. Clasicismo y romanticismo no libraron aún su postrera batalla. Realistas y exotistas subsisten lo mismo que eclécticos y vernaculares. Todavía llegan las últimas olas de los "ismos". Se lee a Greene y a Malaparte, con la misma intensidad que a Durant o Maritain. El existencialismo en filosofía, teatro, narración, ha despertado discretas resonancias: Marcel, Sartre, Camus pasarán como pasaron tantas "modas literarias". Las generaciones jóvenes oscilan entre el marxismo como disciplina intelectual, el eclecticismo crítico en el ensayo, el indianismo poético y narrativo, la pura creación literaria sin limitación geográfica o social. No es fácil delimitar fronteras. Los estudios filosóficos, por rigurosos que sean, no siguen una escuela ni se agrupan en tendencia determinada: son fruto del esfuerzo individual. Los grupos juveniles cultivan la literatura de evasión y de ficción con el mismo ardor que el afán introspectivo o el tema terrigenista. Unos siguen a León Bloy, a Péguy; otros Mariátegui y Haya de la Torre, y estos nombres citados al azar —cuatro hitos entre muchos— sólo demuestran la inquietud mental de las nuevas generaciones.

En los últimos años se perfila una corriente de prosistas de las más diversas tendencias: política, sociología, temas económicos, crítica, ensayo, crónica literaria disputan primacía. Y a la variedad temática, hay que añadir también diversidad de equipo cultural y de técnica expresiva. Sobresalen: Luís Iturralde Chinel, Arturo Vilela, René Ballivián, Enrique Miralles B. Gonzalo Romero, Gastón Araóz, Valentín Abecia, Mario Rolón Anaya, Enrique Sánchez Narvaéz, Carlos Montaña Daza, Jorge Siles, Hugo Dávila, Reynaldo Venegas, Carlos Serrate Reich. Sánchez Narvaéz, crítico de arte, es autor de un meditado estudio sobre "Arte popular boliviano". Con excepción de los tres primeros, los demás no llegaron al libro. En poesía, con diferencia de grados y tendencias, asoman Javier del Granado, Jacobo Libermann, Gustavo Medinacelli, Julio de la Vega, Reynaldo López Vidaurre, Jaime Canelas Durán, Luciano Durán Boger, Eduardo

Olmedo López. Hay que añadir una eclosión de poetisas, entre las cuales sigue siendo la más representativa Yolanda Bedregal.

Entre los prosistas, hay que mencionar a María Frontaura Argandoña, autor de dos libros: **Hacia el nuevo indio** y **Mitología Aimára**, de carácter folklórico. Y a María Virginia Estenssoro, que compuso **El Occiso** y cultiva la crítica y la crónica periodística.

Rodolfo Salamanca, buen historiador y excelente periodista en **Viento huracanado** y Arturo Vilela, en **Interpretación de la historia de Sudamérica**, bucean en el campo histórico y sociológico con acierto. Salamanca prepara un enjundioso ensayo sobre "Periodismo y Sociedad". Ignacio Callaú Barbery, no en perfecto dominio de una técnica expresiva, sorprende por el riguroso realismo de los cuentos que forman su **Tierra Camba**.

El Belzu, de Fausto Reinaga, es un ensayo ditirámbico disparatado, tan alejado de la verdad histórica como del equilibrio crítico.

Lejos del orden cerrado de las consignas y los círculos, la literatura nacional mira a los cuatro puntos cardinales. La libertad es su norma, la búsqueda sin tregua su programa. Y es fuerza reconocer que sí la Escuela Vernacular no se apresura a darnos las obras cimeras que todavía estamos esperando, una nueva generación le arrebatará cetro y jerarquía.

CAPITULO XIV

REVOLUCION NACIONAL

En Bolivia la Revolución Nacional es un hecho histórico, un fenómeno político y una experiencia social que no se puede atribuir a un hombre ni a un partido, porque brota del consenso popular y refleja los anhelos renovadores de todo un pueblo.

Civiles y militares se confunden en este gran movimiento de transformación. Hay que reconocer que el vigoroso impulso inicial lo dieron los dos gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario encabezados por Paz Estenssoro y Siles Zuazo, pero él estaba entroncado con las dos administraciones anteriores de Busch y de

Villarroel siendo continuado en los gobiernos de Barrientos y de Banzer.

Desde 1952, con los naturales altibajos del acontecer político, hemos avanzado del retraso semi-feudal a la liberación social que trata de convertirnos en una efectiva democracia.

El M.N.R. hizo mucho bien y mucho mal. Sus grandes transformaciones políticas, sociales y económicas no se pueden negar. El voto universal incorpora las masas indias y obreras al proceso democrático, rompiendo los viejos moldes del orden social colonialista. En lo social cayeron las instituciones caducas de tipo anacrónico: se abolieron el pongueaje, el latifundista abusivo, el empresario monopolista, la plutocracia privilegiada, dando paso a una sociedad más justa con derechos y oportunidades para todos sin exclusión de razas ni de clases. Obreros y campesinos tomaron conciencia de su derecho a una vida mejor.

Mediante una política económica de transformación, el M.N.R. distribuyó mejor la riqueza moderando los excesos de los grupos privilegiados. La defensa de las materias primas y su aprovechamiento en beneficio de las mayorías, la diversificación de la producción, la reforma agraria que ha devuelto la tenencia de la tierra a los campesinos, el reajuste impositivo; es suma, la evolución de una economía de privilegio y de ausentismo a una economía orgánica, de tendencia nacionalista y hondo sentido humano representa la tarea constructiva de los doce años de gobierno movimientista.

Añade todavía la reforma educacional que dió por fruto el Código de la Educación Boliviana de 1955, redactado por los mejores pedagogos del país que en la fecha de su promulgación fué uno de los más avanzados del continente. Por su unidad estructural y sus innovaciones técnico-pedagógicas, contempló la educación de masas en vez de una educación de clases. Estableció la educación vocacional y una gran campaña de alfabetización, objetivos que no pudieron cumplirse por falta de recursos económicos. Garantizó y ordenó la carrera docente, hasta entonces manejada a capricho por los gobiernos.

La nacionalización de las grandes minas respondió a un imperativo colectivo: concebida bajo nobles objetivos, fué mal administrada durante los 12 años de gobiernos movimientistas y a ellos se debe, en buena parte, el estado crónico de quiebra de la economía paraestatal.

Para una evaluación de conjunto, el M.N.R. hizo mucho en lo político: dió una nueva mística de patria a la ciudadanía; abrió el acceso al poder público a las masas; redimió al campesinado; creó una nueva y poderosa clase media; frenó a la plutocracia y evitó el comunismo. Sus realizaciones en el orden material no se pueden desconocer sin pecar de injusticia.

Infelizmente esa obra creadora sería mancillada con los excesos de poder. Se ha denunciado con pruebas irrefutables los horrores de los campos de concentración, las torturas policiales, el atropello a las personas y a la propiedad privada, la crueldad en prisiones y confinamientos. El M.N.R. fué excesivamente duro y inhumano en el gobierno.

Por otra parte contribuyó a desmoralizar al país introduciendo métodos de represión y de favoritismo partidario que lindaron en lo secante. Basta recordar los negocios ilícitos que se reprocha a todos los gobiernos pero que en los del M.N.R. llegaron a extremos inconcebibles.

Al comenzar su cuarto período administrativo el M.N.R. tenía dividida la Nación en dos grandes corrientes: la de los movimientistas y la de todo el resto de la ciudadanía que no compartía su doctrina ni usufructuaba del poder. Para el partidario, todo y en exceso. Para el opositor, nada y sólo represión.

El favor político fue la suprema ley del movimientismo que pasaba por encima de toda la estructura ética y jurídica del Estado.

En resumen y para un balance final su puede afirmar que el M.N.R. con los gobiernos de Paz Estenssoro y de Siles Zuazo ha entrado en la historia por sus conquistas revolucionarias y por haber iniciado las grandes transformaciones sociales que exigía el pueblo boliviano. Pero también será recordado por sus desaciertos políticos, su inmoralidad, y la crueldad de sus represiones policiales.

No es exagerado insistir en el juicio: el M.N.R. hizo mucho bien y mucho mal. Su obra creadora en lo político-social es innegable; sus errores en lo económico y sus desmanes partidarios tampoco se pueden desconocer.

Los gobiernos de Barrientos y de Banzer han proseguido la revolución nacional humanizándola. Basta recordar que el primero llevó a las Cámaras un bloque de 30 diputados y de varios senadores campesinos. Y que combatiendo los abusos del anarcosindicalismo, ambos Mandatarios impusieron el imperio de las leyes sobre los anteriores excesos partidistas. Los índices de productividad y desarrollo alcanzaron fuertes repuntes en ambas administraciones. El progreso material y las garantías ciudadanas corrieron parejos.

Podría decirse que la Revolución Nacional ha dado origen a la escuela nacionalista o revolucionaria, aunque salvando excepciones ella no ha generado aun producciones sólidas. La epopeya colectiva todavía sus grandes intérpretes, ya que la mayoría de ellos, hasta el presente, lo hizo con escritura teñida de rencor y de furia partidista. Han aparecido recios teóricos de la doctrina socialista, enconados críticos de la sociedad democrática, mas no verdaderos creadores en el sentido literario y artístico.

La revolución abrió cauces nuevos al pensamiento nacional. No fueron aun bien navegados.

Si el pasado se caracterizó por negar y desesperar, ahora nos toca confiar y producir. Subir o caer con la comunidad que nos contiene, porque nadie puede sustraerse a la marcha colectiva.

Las riquezas potenciales del país en su grande mayoría están intactas. El pueblo es sano, el pueblo es laborioso. Sólo falta convertir el ímpetu renovador de la Revolución en un proceso de Ordenamiento general. La tesis del "pueblo enfermo" caducó: ahora sale un pueblo joven resueltamente al encuentro de su destino. La crisis económica y social que nos asedia crónicamente, será vencida. A pesar de su debilidad demográfica, de la desorganización material, del divisionismo interno, Bolivia seguirá siendo guía espiritual de pueblos libres. "El pueblo que

lucha con el Ángel" —ha dicho un ensayista. ¿No es la imagen de nuestra brava trayectoria histórica?

Por necesario que haya sido desprender el fenómeno intelectual del gran cuadro político y social de nuestra historia, no demos todo a la economía y a la política. Con ser fuertes y propulsoras de la sociedad moderna, también ciencias, artes y letras hacen su parte. A los dogmáticos, a los ilusos que pretenden encerrar en normas rígidas y estrechas la maravilla del universo, recordémosles que las visiones, los sistemas abstractos que la mente elabora como verdades inmutables, sólo son reflejos, proyecciones de estados individuales, cambiantes como la vida misma. Y al cabo lo que importa es siempre el hombre, no el sistema. Critico o historiador deben buscar lo permanente debajo de lo transitorio, el "hombre eterno" del concepto chestertiano. Detrás del torbellino histórico, de las revoluciones, de las corrientes ideológicas, de los sistemas económicos, de los hechos heroicos, de las caídas colectivas, hay que descubrir la obra creadora del espíritu. Bolivia, hechura de almas, creación de hombres, aparece madre de coraje y rebeldía tan pronto como se desentraña su peripecia nacional.

La mística de patria mejor de 1952 se va extinguiendo lentamente. Y ésta es la gran lección de la Revolución Nacional: se debió partir del hombre para lograr una transformación colectiva. Insisto en mi vieja prédica de cuarenta años atrás: Bolivia requiere, de toda urgencia, la revolución moral; los cambios político-sociales vendrán después.

La escuela nacionalista o revolucionaria espera todavía sus grandes representativos.

La revolución dió lugar a una abundancia literatura política, de análisis sociológico y toma de posición doctrinal cuya bibliografía sería muy extenso enumerar. Seleccionamos, entre otros, alguno de los principales autores. Sergio Almaraz con **Réquiem para una república, Petróleo en Bolivia** y **El Poder y la Caída**. Amado Canelas con tres extensos ensayos sobre **Mito y Realidad de la COMIBOL, de la Industrialización y de la Reforma Agraria**. Augusto Céspedes con **El Presidente Colgado**, libro bien escritor pero que no es historia ni crítica científica, porque lo malogra la pasión partidista. Alipio Valencia con **Geopolítica de Bolivia**. Mario Padilla en **Bolivia**,

la Cuba Ignorada. Manuel Frontaura Argandoña en su ecuánime enjuiciamiento de **La Revolución Boliviana.** Guillermo Lora marxista y político extrema izquierda es autor de dos libros bien documentados sobre **La Revolución Boliviana**, análisis crítico y una minuciosa **Historia del Movimiento Obrero.** Luís Peñaloza con su **Historia del M.N.R.** Mario Rolón Anaya en **Política y partidos en Bolivia.** Guillermo Bedregal en **Imperialismo y Revolución.** René Zavaleta en **Desarrollo de la conciencia nacional.** Habría que mencionar también a René Ruiz González, los hermanos Jorge y Alejandro Ovando Sanz, Arturo Urquidi que han incursionado con éxito en el ensayo crítico y político. Hugo Salamanca en **EL Fraude de la Nacionalización de Bolivia Gulf Oil Co.** Otro ensayo crítico para la bibliografía de la revolución es **Bolivia y su Destino** de Fernando Diez de Medina, conferencia dictada en la Universidad de La Paz en febrero de 1961, cuando el M.N.R. se hallaba en el apogeo de su poder.

Para algunos la revolución boliviana ha terminado. Para otros sólo cumplió su primera etapa.

Durante la gestión de Ministro Diez de Medina, el Ministerio de Educación ha creado la Biblioteca de Autores Bolivianos con los siguientes títulos: **Páginas escogidas** de Agustín Aspiazú; **Poesías completas**, de Ricardo Jaimes Freyre; **El macizo boliviano** de Jaime Mendoza. En prensa: dos tomos de **Mis viajes por Bolivia**, de Alcides d'Orbiny, y **La lengua de Adán**, Emeterio Villamil de Rada. La colección "Cuadernos Juveniles" —como contrapartida a la anterior, que es de clásicos nacionales—, que tiene ya siete títulos: **La poética de Franz Tamayo**, por Dora G. de Fernández; **Alma y sendero**, de Ernesto Hilario Vilches, **El de la espiga**, de Jean Russe; **Janamsy**, teatro lírico, por Huáscar Tborga; **Alma de ternura**, de Gonzalo Vásquez Méndez; por Luís Fuentes Rodríguez; **Antología poética**, del Grupo Anteo.

Ha publicado, además, en diversos formatos, las siguientes obras, a algunas de las cuales nos referimos más adelante: **Tiahuanacu**, de Arturo Posnansky, volumen II; **Código de la Educación Boliviana**, **Manuel de Recolección Folklórica** y **La Navidad en Bolivia**, por Julia Elena Fortún de Ponce; **Cerco de penumbras**, cuentos de Oscar Cerruto; **El Iténez salvaje**, por Luís D. Leigue Castedo⁽¹⁾ (Hay que citar. También: Seis mensajes a los estudiantes, de Fernando Diez de Medina.) (Nota del Editor).

Publicó, además, dos excelentes revistas: **Minkha**, revista de estudios pedagógicos para maestros, y **Cordillera**, revista boliviana de cultura, habiendo encontrado feliz acogida dentro y fuera del país por su valioso contenido literario y su moderna presentación tipográfica.

El Ministerio de Educación sostuvo el "Ballet" Nacional de danzas clásicas, habiéndose ensayado estilizaciones con motivos vernáculos; la Orquesta Sinfónica Nacional y varias Escuelas de Bellas Artes. Ha inaugurado la Pinacoteca Melchor Pérez de Holguín, con valiosos lienzos de la Colonia y de la República, y la Biblioteca Franz Tamayo, con obras universales y nacionales. Ha estimulado las actividades intelectuales y artísticas en general, sobresaliendo el Segundo Salón Nacional de Artes Plásticas, con importantes premios para pintores, escultores y dibujantes.

Este vigoroso impulso al espíritu ha culminado con la creación de los Premios Nacionales de Literatura, por valor de doce millones de bolivianos, que el Ministerio ha conferido en 1956 a distinguidos autores bolivianos. El Gran Premio Nacional de Literatura (que comprender la producción científica y literaria), lo ganó en 1956 el renombrado escritor don Gustavo Adolfo Otero. Se crearon, asimismo, con apreciables recompensas pecuniarias, el Premio Nacional de Historia —declarado desierto en 1957— y el Premio Nacional de Pedagogía para maestros.

Labor igualmente importante desenvuelve la Alcaldía municipal de La Paz con su Biblioteca de Autores Paceños, su valiosa revista **Khana** y el auspicio de exposiciones, publicaciones, concursos y actuaciones de carácter cultural. El animador de este proceso edilicio de fomento a las letras y a las artes es un joven intelectual digno de todo elogio: Jacobo Libermann incansable servidor del pensamiento, hombre de la Revolución Nacional, que sacrifica la propia creación a la necesidad generosa de difundir la obra ajena.

Las siete Universidades de Bolivia publican revistas y obras técnicas y literarias. Han reaparecido los suplementos literarios dominicales en los diarios. La pintura sigue dos cauces bien definidos: se ve formando la escuela revolucionaria, de tendencia social —ejemplo, los frescos de Alandia Pantoja y de Solón Romero—; y el grupo de los pintores abstractos dentro del cual y con diversas modalidades de técnica y

estilo figuran Armando Pacheco, Raúl Calderón Soria, María Luisa de Pacheco, Jorge Carrasco, etc. No son ajenos los bolivianos al arte musical: Roncal, Vargas, Caba, Viscarra, Patiño son valores consagrados. En escultura señalemos a Sergio Almaraz, representativo del nuevo espíritu plástico, que conjuga la formación clásica con la estilización de temas y figuras atrevidas, que anuncian un redescubrimiento de la forma americana.

Los mejores libros bolivianos aparecidos en estos últimos años son:

Vocabulario de la lengua aimára, del P. Ludovico Bertonio (1605), reeditado facsimilarmente por el Instituto Indigenista Boliviano. Obra utilísima para lingüistas y filólogos. En sus páginas afloran mil problemas fonéticos y ortográficos. Una puerta de luz para asomarse a la intimidad radical del pueblo aimára, que un día señoreó la mitad del continente. Una joya bibliográfica.

El dictador suicida, por Augusto Céspedes. "Cuarenta años de historia de Bolivia", reza el subtítulo. No es así. Crónica, panfleto político más que historia. Inaceptable esta descalificación en masa del acontecer nacional. Carece de profundidad crítica, de base científica, de visión conformadora de la realidad. El autor peca de injusto, de apasionado. Esos cuarenta años no los conoce en función de investigadores, sino en raptó de combatiente enfurecido. No es, ciertamente, la historia de Bolivia en cuatro decenios, sino la interpretación personalísima de un político intransigente con lo que no es su causa. Pero el libro tiene sus méritos. Céspedes hace un nuevo planteamiento del período 1900-1940. Tiene apreciaciones analíticas vigorosas y aboceta figuras con maestría de aguafortista. Su pensamiento agudo, vibrante, ingenioso se expresa por un estilo elegante, eléctrico casi, que agarra al lector. La carga subjetiva, la intencionalidad política, excesivas para los que conocemos el período y las personas que se juzga, no restan valor literario a la obra, que tiene la fuerza incisiva y la maestría expresiva de todo lo brotado de la pluma de Augusto Céspedes. No; Bolivia no ha sido esa trágica mascarada que el autor describe. Mal historiador, Céspedes salva su libro porque es un escritor de primeras aguas. Sabe contar, tiene claro poder de síntesis, maneja con destreza metáforas e imágenes. **El dictador suicida**, muy aplaudido por los que enfocan la realidad nacional con el lente de un nacionalismo cerrado y excluyente, ha sido

censurado abiertamente o recibido con un despectivo silencio en otros sectores de la opinión pública, para los cuales historiar no es polémica acalorada, denigrar el pasado, ni sátira punzante, sino disciplina científica, creación estética, espejo normativo de la sociedad.

Tampoco el retrato de Germán Busch —el Dictador Suicida— es del todo exacto. Céspedes, magnífico escritor, es psicólogo de corto alcance. Con todo, y a pesar de sus defectos, es uno de los mejores libros bolivianos⁽¹⁾.

(La aparición de esta obra dió lugar a una polémica entre Fernando Diez de Medina y Augusto Céspedes, sobre cómo debe entenderse y escribirse la historia. Seis artículos del primero y cinco del segundo, publicados en El Diario, de La Paz, y recogidos luego por la Universidad Tomás Frías de Potosí, en un folleto, dejan testimonio de la controversia. (Nota del Editor.).

El pensamiento boliviano en el siglo XX, por Guillermo Francovich.

Este libro es antípoda del anterior. Si para Céspedes nada es digno en Bolivia hasta que viene el 9 de abril de 1952 —fecha en que se produce la Revolución Nacional—, para Francovich ocurre lo contrario: el pasado fué lo mejor, y aunque su obra aparece en 1956, ignora en absoluto todo lo transcurrido en los últimos cuatro años. Francovich es, como Céspedes, uno de nuestros más brillantes escritores. Las dos primeras partes de su libro son excelentes. No se ha compuesto mejores páginas sobre el período 1900 -1920. Positivismo, liberalismo, modernismo están enfocados con lente magistral. Cuando pasa a enjuiciar las nuevas corrientes —nacionalismo, socialismo, indigenismo, doctrinas de extrema izquierda—, el autor exhibe un lamentable desconocimiento de la realidad boliviana. Ignora al "socialismo de cátedra" que gobernó con Toro y con Busch; el movimiento obrero sindical; la irrupción de las Universidades en la política interna del país; las diferentes clases de marxismo político e intelectual que movieron las ideas en Bolivia. Y, por último, niega de plano al Nacionalismo Boliviano, que es hoy el hecho de mayor bulto en la realidad viva de este país. Francovich es tan mal juez como Céspedes para juzgar a sus contemporáneos. Tiene manifiestas preferencias y omisiones sospechosas. Si Céspedes sólo ve desastre y mascarada en cuarenta años, lo que no es cierto, Francovich no encuentra nada digno en el proceso político-social de 1940 a 1956, lo que es un absurdo. No obstante los errores y silencios intencionados de la tercera parte, el libro se salva por los inteligentes planteamientos de los primeros capítulos. Es un ensayo comenzado con aguda visión, que el propio autor se encarga de frustrar y mutilar. Se repite el caso anterior: la cultura y el estilo del literato salvan los tumbos del historiador. Una obra de calidad superior en nuestro medio. ¿Por qué

la política con su exceso de carga pasional, deforma la visión de pensadores y escritores? Dígalo el sociólogo sagaz. A mí me basta apuntar el hecho, deplorando que talentos tan despiertos como Francovich y Céspedes caigan en el mismo yerro: sacrificar la verdad, la armonía del pensar, a las turbulencias de la posición partidista.

Cifra de las rosas, de Oscar Cerruto. Es el poeta más culto de las nuevas promociones bolivianas. Su posesión es una pura delicia acústica. Detrás de la máscara del cantor alado, se adivina la faz dramática del ingeniero absorto en su cálculo de precisión. Estos versos abren las puertas a un nuevo universo lírico: por su riqueza emotiva, por su economía estilística. La "Canción de cuna para Madeleine" tiene la perfección, la suavidad de un estudio mozartiano. Neohumanismo poético. Este pequeño y primoroso libro es un hito en la poesía boliviana. ¡Y en qué género! La confianza familiar, donde sólo los grandes mantienen jerarquía.

Holguín y la pintura altoperuana del Virreinato, por José de Mesa y Teresa Gisbert. Con láminas en negro y en color. Obra de sólida investigación. Parece que los autores quisieron testimoniar más su erudición que su capacidad creadora. En la investigación cultural de la Colonia no se he hecho obra más seria. Tomando como figura vertebral al gran pintor potosino Melchor Pérez de Holguín, y con gran acopio documental, el libro ilustra el movimiento pictórico que tuvo por escenario el Alto Perú, hoy Bolivia. Como inquisición inteligente y cordial del pasado, este libro es un mensaje de fe, de probidad intelectual.

El pez de oro, por Gamaliel Churata. Libro informe, basto a veces, a veces relampagueante. Lento y rápido a un tiempo mismo. Expresión del pensamiento mestizo: Europa en la forma, América por dentro. ¡Pobre y grande Gamaliel Churata, espejo de la grande y pobre América nuestra! Pocos entenderán estas páginas geniales, oníricas como las de Villamil de Rada. ¡Qué penetración en la poética trascendental del suelo y de la raza! Cosa de poeta, filósofo, sociólogo, profeta. Páginas demoniales, desiguales, prietas a ratos de angelidad. Verdad, belleza, tragedia. En el mensaje, en el estilo. Desconciertan la confusión, la estructura barroca, la dispersión del relato. Sobresaltan los hallazgos conceptuales, las revelaciones embrionales, las bellezas de expresión. Por estos relatos sociólogos,

críticos y líricos a la vez. Churata se acredita el primer prosista indio de forma y contenido. El libro surge con presencia mágica y arcaica. Escritor germinal, genesíaco, todo él rico en hervores, su dispersión lógica corresponde al desorden sudamericano que lo nutre. **El pez de oro** es ciertamente América, desbordante y encrespada, convulsa todavía del parto de ingenios en formación. Es el vate, traspasado de dolor, de ternura, de presencias y esencias vernáculas. Estilo inimitable. Un amasar, disolver y recomponer la lengua que fuera arbitrario ni no llegara a maravilla. En punto a hibridación, nadie fué tan lejos como Gamaliel Churata. Una biblia de americanidad poética y viviente. El gigante quéchua vació en solo un libro la oscuridad y la magia de siglos. No son obras de fuego tanto y paciencia cuanta para estos tiempos. Libro denso, profundo, que eleva y agobia al mismo tiempo. Con raptos de un Joyce mestizo, de un Job andino.

Historia de Bolivia. De 1920 a 1940, Por Porfirio Díaz Machicao. Cuatro volúmenes. Díaz Machicao no tiene la base científica, la visión orgánica ni el vuelo crítico de Moreno, de Finot, de otros de nuestros historiadores; pero suple esas deficiencias con tenacidad y entusiasmo. Estas crónicas periodísticas, más amables que profundidad, tienen sin duda un valor informativo, aunque muchas veces pecan de pueriles e inconsistentes. Para ser historia les falta una estructura. Para obra bella, varios de los requisitos que hacen del relato histórico una composición de arte. Si es plausible el esfuerzo del autor, recordemos que no basta ponerse a contar con sencillez, con persistencia, para elevarse al rango del verdadero historiador. No entre los mejores, sino entre los mayores esfuerzos de interpretación del pasado ha de juzgarse la obra de Díaz Machicao.

De un siglo a otro. Memorias de un hombre público, de Eduardo Diez de Medina. Cincuenta años de vida boliviana a través de la vida de un notable estadista, diplomático y escritor. "Un cuadro rico de color de épocas pasadas", ha dicho un diario venezolano. Estas memorias quedarán como clásica expresión del género: por el profundo interés humano del relato, por el fondo histórico y político, por la riqueza analítica de personas y situaciones, por el anecdotario bien dosificado. El autor narra con sagacidad señorial, testigo y actor de un tiempo que pocos vivieron y sintieron tan intensamente como él. A vida tan extraordinaria correspondían memorias tan diversas, esmaltadas con el estremecimiento del gran señor y del artista.

El acontecimiento bibliográfico de los últimos años es, sin discusión, el segundo volumen de **Tiahuanaku**, del profesor Posnansky. El primer tomo se publicó en Nueva York, hace veinte años, y tuvo gran acogida en los círculos científicos de Europa y del continente. Este segundo volumen, en gran formato y encuadernación de lujo, es bilingüe, en inglés y en castellano, en 600 páginas de texto, 75 hojas a todo color y 200 láminas en blanco y negro, y con primorosas citocromías que reproducen admirablemente las cerámicas y tejidos de los antiguos kollas o aimáras. El libro fué íntegramente hecho en Bolivia por la Editorial Don Bosco, bajo los auspicios del Ministerio de Educación, y constituye el mejor homenaje al pasado cultural del país. La monumental obra arqueológica, antropológica y sociológica del profesor Posnansky, sobre la metrópoli prehistórica de **Tiahuanaku**, volverá a levantar revuelo entre los científicos e investigadores del pasado andino. Este segundo volumen honra a las letras y a la tipografía nacionales.

Otro libro que no puede pasar desapercibido es el **Código de la educación boliviana**, redactado por los mejores pedagogos del país⁽¹⁾

(Diez de Medina lo dirigió y redactó como Presidente de la Reforma Educacional en 1954. (Nota del Editor.)

Contiene las disposiciones legales, los planteamientos teóricos, la orientación política y pedagógica de la reforma educativa que aprobada en enero de 1955, sólo en los dos últimos años — 1956, 1957— han entrado en plena aplicación. En sus 329 artículos, es uno de los más avanzados de América en materia educacional, no sólo en lo técnico y pedagógico, sino también por su unidad estructural y sus nuevas perspectivas creadoras en el campo económico y social. Garantiza y ordena la carrera docente, hasta ayer librada al capricho de los gobiernos. La creación de la pedagogía nacional, pedida por Tamayo, tiene en este Código su piedra miliar.

En el ensayo sobresale Gunnar Mendoza, cuyos trabajos merecieron el Primer Premio Nacional de Literatura de 1956. Su **Tríptico Histórico** reúne todas las condiciones del género. Porfirio Díaz Machaco, con **La bestia emocional**, prosa rememorativa, se consagra narrador ágil, de vivas tintas y ameno en el relato. Fernando Ortiz Sanz, poeta en **Meditación del Mediodía**, y en **Prólogo al Adiós**, revela hondo sentir y buen gusto; es un espíritu culto que busca forma, refinadas de expresión. Marcial Tamayo afirma un crítico

de aptitudes en **Borges, enigma y clave**. Con **Cien poemas para niños**, Oscar Alfaro evidencia ser uno de los mejores bardos en literatura infantil. **Erebo**, de Pablo Gumiel, sorprende. Y más aún **Escalpelo**, y un tomo de versos de Jaime Sáenz, tocados del realismo mágico europeo, con un sello muy personal, revelando talento y originalidad.

En literatura política los mejores libros son: **Discursos parlamentarios**, de Víctor Paz Estenssoro; **Plan de política económica de la Revolución Nacional**, por Walter Guevara Arze; la mejor apología de la Revolución Nacional —exagerada— la hace Augusto Céspedes en **El dictador suicida**; la mejor detracción de la misma la realiza Alberto Ostría Gutiérrez —también exagerada— en **Un pueblo en la cruz**.

De literatura científica escojo: **Criminología**, por Huáscar Cajías; **Bibliografía jurídica boliviana**, de Manuel Durán P.; **Derecho agrario boliviano**, por José Flores Moncayo; **Introducción a la Filosofía** de Luís Carranza Siles.

Obras de calidad científica y literaria al mismo tiempo, son las de Julia Elena Fortún de Ponce, Jefe del Departamento de Arqueología, Etnología y Folklore del Ministerio de Educación. Sus libros **Manual para la recolección de material folklórico** y **La Navidad en Bolivia** son dos alardes de literatura especializada. Merece mención especial: **Carnaval de Oruro**, por Augusto Beltrán Heredia.

Agrada la poesía fresca, espontánea, rica de imágenes de **Las transfiguraciones**, de Jaime Canelas Durán, todavía en trance de maduración expresiva. Yolanda Bedregal —una de nuestras más finas y depuradas poetisas— ha lanzado tres libros: **Del mar y la ceniza**, **Alegatos** y **Antología**.

Augusto Guzmán, siempre fecundo, publica dos obras menores: una **Antología colonial** bien espigada, y **En la ruta del indiano**, notas viajeras. Parece que el vibrante autor de **Gesta valluna** quiere hacernos aguardar, todavía por esa "opus magna" que todos esperan de su inteligencia creadora.

En la Colección de la Cultura Boliviana de la Editorial Potosí, que dirige con tanto acierto Armando Alba, han aparecido estas valiosas obras: **Páginas de vida**, de Carlos Medinaceli; **Las matanzas de Yáñez**, de Gabriel René Moreno; **Tríptico potosino**, de varios autores; **Crónicas potosinas** (dos tomos), por Vicente G. Quezada; **Celincha**, de Daniel Campos, y **Literatura boliviana**, por Gabriel René Moreno.

Cuentos. **Cerco de penumbras**, de Oscar Cerruto. Impecables técnicamente. Muy cerebrales, muy bien elaborados. La atmósfera general, lóbrega, sombría. Influencia de la literatura moderna: Kafka, Borges, Camus. Alta literatura. Muy alta y muy literaria. Falta el calor humano que en poesía y novela Cerruto desparrama. **Cuentos de pueblo chico**, de Augusto Guzmán. Muy buenos. Realismo vivido. Estilo sencillo. Descripción y análisis psicológico equilibrado. Captación magistral de cosas y seres de tierra adentro. **Placer** de Raúl Leytón, y **Grito de piedra**, de Luís E. Heredia, mezclan el bronce y el latón: les falta madurar. **Hombres sin tierra**, novela de Mario Guzmán Aspiazú, es un relato animado sobre la vida indígena que describe el tenso dramatismo del proceso social en el campo.

Aún citaré un buen trabajo de Valentín Abecia sobre **La Revolución de 1809**. Dos biografías: **Don Tomás**, de Heriberto Trigo Paz y **Víctor Paz Estenssoro**, de José Fellman Velarde, libros en los cuales los autores quedan bastante lejos del tema y de los biografiados. Y **El Libertador en Bolivia**, estudio histórico de Lucio Diez de Medina.

Bajo el título de **La raíz y las hojas**, Monseñor Juan Quirós, poeta y crítico ha publicado un nutrido conjunto de comentarios bibliográficos. Es autor, además de **Las mejores poesías de Bolivia** y de una **Antología de poetas jóvenes de Bolivia**. En teatro, Raúl Salmón representa **Siembra**, incidiendo en el tema social, revolucionario, que ya cultivó con acierto en su **Belzu**, drama histórico bien construido. Moisés Alcázar, escritor fluido y bien informado, en su nueva obra, **Drama y comedia en el Congreso**, relata pasajes tensos e inolvidables de los últimos decenios. Es como una segunda parte de sus **Crónicas parlamentarias**, que le ganaron fama por su veracidad y su decoro expresivo.

Aunque no han surgido todavía la nueva literatura agraria ni el testimonio social que transmuden la protesta combativa en creación fuerte y bella, sustituyendo la denuncia negativa del pasado por el estudio y exhibición de las cualidades positivas del alma y de la raza bolivianas, se ha iniciado ya un movimiento de recuperación en ciencias, letras y artes.

La escuela nacionalista, que acaso ha dado ya sus mejores frutos, va cediendo campo a otras tendencias de la literatura contemporánea. Un fino criterio ecléctico sacude al escritor nacional. ¿Quién sabe si de la reforma agraria, de la irrupción obrera en la política, de la generación nacionalista, o del retiro individual, de la formación cosmopolita, de la alta disciplina humanística, brotarán los pensadores y artistas de mañana?

Este despertar auroral del pueblo boliviano tiene ya su punto de apoyo en el renacimiento estético y literario.

Bolivia es una búsqueda. Bolivia es una espera. Estoy seguro que la capacidad de sus hombres de pensamiento no desmerecerá del dramático esfuerzo colectivo.

Quiero renovar mi convicción de que así como los intelectuales abrieron surco a la Revolución Nacional desde 1937, y después la dirigieron y orientaron, un resurgimiento literario profundo, estallante que no está muy lejano, será el signo monitor de la Nueva Patria que estamos levantando con esfuerzo, coraje y sacrificio.

Un amor desenfrenado de libertad. Un sentido heroico, romántico de aventura y de pelea. Una inquietud que sólo mitigan la bondad, el idealismo. Un grave estoicismo para afrontar la adversidad y al mismo tiempo un genio turbulento, desordenado, contrario al esfuerzo solidario y persistente. He aquí un pueblo que rebasa su marco político y social. ¿Por qué no ha surgido el cantor de su proeza? Porque aún ignoramos a esta tierra antigua, misteriosa, que nos nutre; a estos hombres con oscuridad de montaña que la pueblan.

Somos nación nocturna. Y aguardamos todavía el alto pensamiento que exprese tan profunda humanidad. Bolivia es una espera. Bolivia es una búsqueda. Que los esfuerzos de los creadores culturales no

desmerezcan de la epopeya colectiva. Estamos seguros que esta profunda transformación política y social ha de producir una vigorosa y nueva escuela literaria: la nacionalista o revolucionaria.

No se ha compuesto este esquema de nuestras letras para doctos ni para especialistas. Antes bien: aspira a ser una simple introducción al tema, al alcance del lector común. Para historia le falta volumen; para análisis crítico exhaustivo, dilatación. Propósito didáctico lo hay, y más finalidad estética, idealista y moralizante: enseñar cómo, aun dentro de la dispersión y del desorden, la inteligencia boliviana supo abrirse sus caminos.

¿Cuál es nuestra posición en el proceso cultural del continente?
¿Vamos en vanguardia, al medio a la zaga? ¿Hicimos mucho o sólo estamos al comienzo? Preguntas que sólo puede contestar un estudio comparado de las literaturas sudamericanas. Hemos producido algunos de los mejores y muchos de los peores libros del hemisferio sur. Nuestra producción media es todavía una masa amorfa, incolora, perdida en la garrulería continental. En Bolivia —y en América— no sabemos diferenciar bien al escritor vocacional del publicista o del literatoide.

Leemos más que nuestros abuelos, acaso escribimos con mayor refinamiento que nuestros padres. Pero si el tono general ha subido, escasean las individualidades creadoras. Todos publican libros; poco aceptan la grave responsabilidad de componerlos. La versatilidad, la impaciencia, la ligereza son los caracteres predominantes del escritor nacional. Precipitación para el trabajo, autovaloración desmedida en el resultado. Faltan conciencia crítica, sentido humanista de la cultura, una disciplina técnica de elaboración estructural y toques finales adecuados. Vociferan, pontifican todos, desde el rábula ignorante hasta el literatillo suficiente; pero el hombre de pensamiento pocas veces madura hasta ese orbe de sacrificio, de dignidad, de maravilla que llamamos: un libro.

Es verdad, necesita algo del espíritu monástico para dignificar la vocación de las letras; fervor, recogimiento, paciencia, humildad. Debemos luchar contra la falta de idealismo, la brutalidad materialista, la improvisación, la necedad, la negligencia. Precisamos un ideal colectivo de búsqueda y afirmación; una ética de introspección y

esclarecimiento. Y más noble, más urgencia aún, la formación interior del escritor: esa entrega abnegada de la antigua artesanía, en vez de la soberbia y las premuras de los victoriosos fáciles. Porque son artesanos de las letras —señores de su oficio— los que esta patria necesita para edificar una literatura nacional.

Nada de ésto va dicho en actitud pesimista, sino a manera de aleccionamiento ejemplar. Si cargamos el rigor crítico con los jóvenes, es porque a los jóvenes hay que exigirles más para que rindan mejor.

Ahora respondamos a las críticas de los negadores. Se ha dicho que somos una pequeñísima provincia desconocida en la geografía literaria mundial. Que aún predomina entre nosotros la naturaleza sobre la cultura. Que es estas barbarocracias criollas el pobre es el hombre y el rico el suelo.

Los tres juicios acusan una peligrosa desviación de la propia realidad. Si pudieron tener, ya no mantienen la vigencia del instante histórico en que fueron emitidos.

Por pequeña, por remota que figura esa provincia, por modesta que aparezca en la escala de los valores mundiales, existe una literatura boliviana paciente, surgente, todavía en formación. Aceptémosla en su total integridad: con los yerros del pasado, con las enseñanzas presentes, con la promesa auroral de un futuro mejor.

Tampoco es evidente que el paisaje aplaste al poblador. Ha comenzado ya el análisis de los conflictos de la vida social y del espíritu, que contrapesa el excesivo influjo cósmico en el alma. El habitante actual, luchador aunque desorientado, indisciplinado, creador de su nación y su cultura, no es el morador del pasado, abrumado por la grandiosidad del escenario físico y la falta de medios de comunicación y de transporte.

No hay tal pobreza humana frente a la magnificencia natural. Ricos son suelo y poblador. A la riqueza territorial corresponde la energía del hombre boliviano; y si se mide la grandeza de un país por la magnitud de los obstáculos que se opusieron a su paso, diremos que Bolivia es un milagro de persistencia en la historia. Lo más fuerte, lo más

admirable no son el monte, el valle, la llanura, sino el morador que los habita y señoera.

El sello predominante del boliviano es el sentimentalismo —decía Vaca Guzmán, setenta años atrás—. Este juicio, brotado de la sensibilidad romántica, no tiene hoy la misma validez. Habrá siempre entre nosotros un predominio de la fibra emotiva sobre lo analítico y racional; es la herencia latina, es el quijotismo hispano, es la natural disposición de un pueblo sano, generoso, que saca fuerzas constructivas de su propia debilidad. Pero en lo que se refiere al porvenir del cuento y la novela, hay que prevenirse contra ese clima de desesperanza y derrotismo que infesta la producción contemporánea. Esta comunidad desgarrada por el infortunio necesita arquetipos morales, naturalezas férreas en la vida y en la literatura, caracteres broncíneos que venzan el pesimismo deletéreo del pasado. Basta de melodramas sensibleros, vidas en derrota en la narración, o plorantes cursiloides en el verso. Más Kipling, menos Dostoiewski. Para los tiempos duros, difíciles, del vikingo moderno, acorazarse contra el sentimentalismo fácil —no la hondura del corazón, que es otra cosa—, endurecer la voluntad por el espíritu de lucha y sacrificio, rescatar las almas del general extravío de las ideas.

Hay que defenderse también de las corrientes disolventes, de esa filosofía de negación y desesperación que soplan de ciertas naciones de Occidente. Ese aire de extravío y de locura que se escapa de algunas páginas de Hesse, de Joyce, de Kafka, de Sartre, de Houghton, de Beckett. Ni influencias foráneas ni desquiciamiento interno. Necesitamos una literatura de amanecer, capaz de convertir el drama social en fuente de energía y de belleza. Un mensaje de salud, de temperatura varonil, para superar la inercia y el desorden.

CAPITULO XV

SINCRETISMO LITERARIO

Dos cordilleras de obstáculos se yerguen frente al investigador si se quiere avizorar el último período de nuestra literatura: la confusión de los géneros y la torrencial producción bibliográfica.

¿Quién podría delimitar, hoy, los géneros literarios? Unos se entremezclan con otros. Se invaden límites antes rigurosamente señalados. La historia se ha vuelto panfleto, el poema, política, la novela, ensayo, el cuento, relato banal, el teatro, acertijo dialéctico, memoria, la filosofía, laberinto, la crítica, mentira. Nadie respeta los antiguos cánones, cualquiera se cree con derecho para bautizar un libro y otorgarle valores falsos que sólo existen en su personal apreciación. La confusión de los géneros equivale a la confusión de las lenguas del mito babélico: ahora se produce y se juzga sin pautas de juicio. Difícil es clarificar escuelas o tendencias porque tendencias y escuelas se embarullan copiosamente.

No es menos complicada la selección crítica. Es probable que en el período 1956 - 1980, se hayan producido en Bolivia más libros y folletos que desde la fundación de la República en 1825 hasta 1955. Leer, revisar, comparar, analizar tan torrencial producción para luego elegir lo que se juzgue más relevante, es tarea ímproba, máxime si se la efectúa sin ayuda de colaboradores ni secretarías.

En estos últimos 25 años han aparecido algunos valores nuevos, han persistido los ya consagrados, pero para una visual panorámica y salvando excepciones, es mediano el nivel de producción literaria. Se escribe más que antes, se lee mucho más; también se disparata en proporción mayor. La crítica, (diremos los comentaristas bibliográficos, puesto que crítica de verdad no tenemos), los comentaristas bibliográficos hinchan supuestos valores, silencian los que traen mensaje de autenticidad y están imponiendo, en libros, diarios y revistas, una corriente generalizada de frivolidad e improbidad que marea a los noveles y pretende inventar escritores donde no existen vocación ni capacidad.

En las letras del mundo como en Bolivia misma sentaron sus reales la ligereza, el compromiso, el seudointelectual, el crítico de pacotilla, la necedad, el disparate. La simulación en la lucha por sobresalir y adquirir rápida fama ciega a las gentes de pluma. Hay compiladores que pasan por autores, antologistas de dudoso gusto, seudocríticos que reparten palos y elogios a discreción. Y hay asimismo escritores —o escritores— que incursionan sobre cualquiera materia sin preparación ni capacidad para abordarla.

De este período que podría llamarse la Escuela Sincrética o universalista, es abundante la hojarasca, mucho lo desechable, y relativamente poco lo digno de mención.

Se diría que la Guerra del Chaco en lo interno y la Segunda Guerra Mundial en lo externo sacudieron el alma nacional, le abrieron nuevos horizontes, pero a diferencia de los europeos que tienen tras de sí dos mil años de cultura y que agotaron las formas expresivas antes de llegar a la descomposición actual, los bolivianos que no conocieron medioevo ni renacimiento literarios se precipitaron ciegamente en el torbellino de las ideas y los estilos, convirtiéndose en endebles epígonos de la confusión universal.

Unos, los menos, se mantuvieron en la forma clásica, de narración lineal y exposición, dando al libro la dignidad y la belleza de la obra de arte; otros, los más prefirieron seguir los rumbos y dislates del surrealismo occidental, del "boom" latinoamericano, del tremendismo yanqui.

Y no se tome estas afirmaciones como signo de decaimiento o escepticismo, no. La fiebre de originalidad y novedad que consume a nuestras letras pasará. La ola sincrética también. Los géneros y las formas expresivas volverán a sus cauces. Este período de alteración y papelismo pasará. La furia política, el terrorismo verbal y desenfreno literario también. Después del caos sobrevendrá un orden responsable que dé su mérito a los valores y desenmascare a los simuladores. La literatura nacional padece una crisis de crecimiento que será superada cuando el marxismo, la exageración estructuralista, el surrealismo y la tontería expresiva vayan perdiendo opción en el mundo de las letras.

Otro punto que se ha de notar es la malicia integración que se quiere hacer entre la literatura y el periodismo, disciplinas distintas. Hay buenos escritores que hacen periodismo como hay, también, periodistas que publican libros, pero en el fondo se trata de dos vocaciones diferentes. El periodista busca la noticia, la novedad, la síntesis. Su estilo es ágil y nervioso, cortado, tiende a comprimir el relato. El escritor prefiere lo permanente a lo transitorio. Aspira a la obra de arte no al éxito efímero. Su estilo es remansado, se expande y elude las premuras del tiempo. El periodista informa, el escritor crea con el lógico distingo entre el artesano de la información y el artista de

la construcción morosa. Contrapesemos la agilidad del periodista con la profundidad del escritor. Ambos cumplen la vocación de expresarse, pero en el orden de las jerarquías valorativas, por lo general el autor supera al redactor.

No es fácil orientarse en el flujo torrencial de papel impreso, que supera la capacidad de absorción y retención del lector medio. Intentaremos hacer camino entre las luces y las sombras de este período sincrético que lo revuelve y confunde todo.

No se vaya a pensar, por ello, que carecemos de buena literatura; seguimos contando con una minoría de escritores cultos frente al torrente de los escribidores. Las letras, en nuestro país, se enmarcan dentro de los tres moldes clásicos de todos los tiempos y en todas las naciones; meritorias, mediocres y malas. Claro está que de la subliteratura de folicularios y poetastros no nos vamos a ocupar. Tampoco lo haremos de la totalidad de los buenos escritores porque el criterio de selección obliga espigar aun entre ellos.

Este período sincrético es el que exige mayor cuidado en la escogencia de obras y autores.

Porque sucede que el intelecto boliviano está bien informado y aunque no todos suelen manejar adecuadamente la instrumentación cultural vigente, en nuestra producción literaria se observan las influencias del realismo, del clasicismo, del naturalismo, del marxismo, del romanticismo, del costumbrismo, del impresionismo, expresionismo y surrealismo, y hasta del estructuralismo y del "collage" literario. El boliviano es en general audaz y lo intenta todo.

Escritores hay que se encauzan por una sola escuela; otros que entremezcla la influencia combinada de dos o tres; sin que falten los malos imitadores que incursionan por muchas tendencias sin captar debidamente ninguna.

No es exagerado decir que para hallar una obra aceptable en Bolivia hay que leerse tres adefesios.

¿Orientarse? No es posible orientarse en la confusión. Sólo guiarse por las cumbres, que no son muchas ni muy altas, pero que bastan para justificar nuestra presencia en el pensamiento continental.

Cabe remarcar el renacimiento de las artes gráficas y tipográficas en el país. A pesar de la escasez de medios técnicos y equipos, nuestras editoriales se esfuerzan por lanzar obras que rivalicen con las mejores del continente. Basta mencionar a Los Amigos del Libro, Juventud, Gisbert y Cía. Cima, Don Bosco, Universo, Editorial Potosí y otras. Los Amigos del Libro es la de mayor producción sobresaliendo, además por la excelente **Bibliografía Boliviana** que edita anualmente desde 1962 su propietario Werner Guttentag, obra utilísima de consulta para autores e investigadores. A la ciencia de los técnicos y al buen gusto de los autores se deben primorosas ediciones dignas de elogio. Así se dió el caso de la bella edición de "Mateo Montemayor" de Fernando Diez de Medina con 30 grabados del insigne artista belga Víctor Delhez, la que fué escogida como expresión de alta creación gráfica y tipográfica en la Exposición Internacional del Libro Artístico realizada en Leipzig en 1977. Es también justo aclarar que La Papelera se ha especializado en trabajos gráficos de cromotipia y litografía que pueden medirse con los mejores de la industria mundial.

El libro bellamente presentado y bien escrito sigue siendo el ideal de nuestros escritores. Una minoría culta alcanza esa calidad doble de continente y contenido. Tampoco faltan las ediciones comerciales, mal hechas y plagadas de errores.

La ausencia de una escala de valores, de crítica permanente, y de estímulos al libro conspira contra la producción literaria. Parece increíble pero hoy es más fácil componer una obra que publicarlo.

Nuestra literatura boga a la deriva, aminorada en la tendencia vernacular, hinchada artificialmente es el sincretismo y la universalidad de los géneros. Saber escoger entre los buenos autores, que son los menos, y desechar los malos que son los más.

Dos patriarcas tienen las letras nacionales, cargados de sabiduría, de pasmosa fecundidad, infatigables en el menester literario. Son Guillermo Francovich y Augusto Guzmán que a pesar de su avanzada edad, en espléndida agerasia, siguen produciendo obras notables.

Guillermo Francovich, radicado en el Brasil, nunca estuvo desvinculado de la patria. Su obra sigue fluyendo, inalterablemente, por las dos venas de lo universal y lo nacional. **El Cinismo; Toynbee, Heidegger, Withhead; Restauración de la Filosofía; Los caminos del exceso**, son ensayos filosóficos de gran envergadura. **La búsqueda** y **La Filosofía en Bolivia** siguen la misma ruta de exploración del pensamiento filosófico. Magistral su libro sobre **El Estructuralismo**. Pero donde literato y crítico rayan en lo cimero es, sin duda en su **Teatro** con 12 piezas dramáticas inspiradas en su mayoría en temas coloniales; **Los tipos humanos** y **La historia**; unos agudísimos **Ensayos Pascalianos**; y finalmente **Los Mitos profundos de Bolivia**, un libro en el cual aúna el rigor lógico con la fina intuición del pensador. Esta obra interpreta la génesis y trascendencia del alma vernácula a través de sus creadores representativos. Acaba de lanzar otro libro magistral: **El Odio al Pensamiento** sobre la actitud revisionista del marxismo de los nuevos filósofos franceses. Por la profundidad de su pensamiento, la claridad del juicio y la elegancia del lenguaje, Francovich es un discípulo de Goethe y uno de los escasos cultores de la planta filosófica en nuestro país.

El segundo patriarca de la literatura boliviana, Augusto Guzmán, gran exaltador del terruño y del alma nativa. Acaso uno de los pocos que por su vasta cultura y su vivo sentido analítico merece el nombre de crítico. Ensayista alado y prosista de rico cromatismo, el escritor cochabambino descuella por su profundo enraizamiento con el tópico nacional. En los últimos años su prolífica labor está representada por **Panorama de la literatura boliviana del siglo XX; En la ruta del indiano**, crónicas de viaje; **Antología colonial de Bolivia; Cochabamba**, gran estudio monográfico; **Panorama de la novela en Bolivia**; un estudio sobre **Adela Zamudio; Bellacos y paladines**, novela agraria. Sus obras mayúsculas son: **Historia de Bolivia**, un estudio magnífico sobre un nuevo esquema interpretativo que supera la historia de Finot y **Poetas y Escritores de Bolivia**, antología espigada con justeza selectiva y buen gusto en la escogencia de libros y autores. Augusto Guzmán, Gran Premio Nacional de Literatura recibió muchos honores del terruño y de la Patria. Es el arquetipo del hombre de letras consagrado a descifrar los enigmas del alma vernácula —nativa, mestiza o europeizante— y un brillante articulista

que funge de conductor de opinión en diarios y revistas. Su última obra, monumental y plena de aciertos críticos, es **Biografías de la literatura boliviana**. Su prosa sazónada de sutil humorismo, su agudo espíritu crítico y su desvelado amor por lo propio lo elevan a la categoría rectora de adalid de un nacionalismo estético no exento de vuelo universal.

Jesús Lara es otro de los clásicos de nuestra literatura. Prolífico autor ha incursionado en crítica, ensayo, historia, poesía y novela. Sus novelas últimas siempre con un trasfondo político y social, de dudosa jerarquía artística, son: **Yawarninjchi; Sinchikay; Llalliyacha** y **Sujnapura** exaltan lo quechua y denostan lo cosmopolita. Por su contenido político fueron traducidas a varios idiomas de la órbita socialista. En poesía la fina égloga nativa **Khatira y Ariwaki, Flor de loto** poeta erótico; y **Qheswataki**, coplas quechuas. Fué poeta armonioso y delicado. Dejó cuatro libros de memorias muy desenfadadas. Una antología de **Mitos, leyendas y Cuentos de los quéchuas; La literatura de los quéchuas**; y una obra monumental **La cultura de los Incas**. Mejor poeta y ensayista que narrador, Lara fué también un socialista convencido. Su biografía **Guerrillero Inti** y el libro **Nancahuazu-Sueños** evidencian su arraigado proselitismo. Ha sido un prolífico prosista, un buen crítico, y un exaltado difusor de la cultura quechua. Sus traducciones de poesía nativa son de gran acierto y finura expresiva, como los versos que tradujo del poeta quechua Huallparrimachi, con arte exquisito de orfebre del poema.

Manuel Frontaura Argandoña que en su primera época destacó como biógrafo y narrador ha publicado **Cartografía boliviana; La Revolución Nacional** estudio crítico: **La Confederación Perú-Boliviana** documentos; **Descubridores y Exploradores de Bolivia** y uno de los mejores libros sobre los derechos marítimos del país en el Pacífico titulado **El Litoral de Bolivia**. Escritor severo y bien documentado Frontaura es uno de nuestros sobresalientes ensayistas.

Jorge Escobari Cusicanqui es autor de dos libros didácticos realmente valiosos: **El derecho al mar** e **Historia diplomática de Bolivia**.

Del celebrado dramaturgo y narrador Adolfo Costa du Rels se debe mencionar su obra dramática **Los estandartes del Rey**, premiada en París, que plantea conflictos éticos; y la gran novela **Los Andes no**

creen en Dios muy bien ambientada en la vida provinciana de Uyuni con personajes bien dibujados y descripciones vívidas del medio mestizo.

Recientemente fallecido, Tristán Marof agrega a su sugestiva producción **El jefe**; comedia política, **América Latina un enigma**, **La novela de un escritor**; y **Memorias**. Escritor ácido, brillante polemista, incisivo en la crítica social, fué Tristán Marof un autor fuera de serie, personalísimo en sus apreciaciones y famoso por su estilo mordaz y pintoresco. Ha dejado obra inédita.

Nuestro inolvidable Roberto Prudencio, que en vida nunca publicó un libro a pesar de su abundante producción en el ensayo y en la crítica, renace en las páginas de sus **Ensayos literarios** publicados por su familia, reuniendo magníficos estudios sobre Poe, Baudelaire, Goethe, crítica de los valores, sentido y proyección del Kollasuyo, y otros trabajos sobre filosofía, arte, literatura, historia. Ha sido, tal vez, el valor más descollante de la Escuela Vernacular. Original en sus planteamientos, diseccionador de temas, personajes y prejuicios, Prudencio por la hondura de su escritura, por el rigor de su formación intelectual, por el vigor de su prosa, fué insuperable en el análisis crítico, pudiendo medirse con los maestros europeos del género. Sus ensayos soberbios desde todo ángulo de observación, podrían haber sido firmados por Jaeger, Lesky, Muschg, Rousseaux, Blanchot, Boisdeffre o Claude Maurian. Esperemos que su familia recopile y edite sus numerosos ensayos que dispersos en diarios y revistas constituyen un patrimonio invaluable de la cultura nacional. Pensador y crítico insuperado, Prudencio debe quedar. Y quedará.

En poesía sobresalen como cimas netas Guillermo Viscarra Fabre y Oscar Cerruto, a quienes ya juzgamos en páginas anteriores. Viscarra Fabre de poderosa inspiración, oscilando entre lo épico y lo lírico, posee un lenguaje poético musculoso y febril. Sus obras **Halcón**, **Andes**, **Cordillera de sangre** revelan al cantor del suelo y de la raza. Fué autor también de una **Antología del cuento chileno-boliviano**. Oscar Cerruto, poeta alquitarado, a veces deliberadamente oscuro, nos ha dado **Estrella segregado**; **Patria de sal cautiva**; y un libro realmente hermoso **Cifra de las rosas**. Poesía depurada la suya, en cierto modo hermética, parecería aproximarse a Ezra Pound y St. Jhon-Perse. **Reverso de la transparencia** es otro de sus más

calibradas producciones. Sus cuentos de **Cerco de penumbras** revelan otra faceta creadora de su talento. Menor en calidad y en cantidad, el poeta oriental Raúl Otero Reiche produjo en este período **Moxitania; Rastro de estrellas; y Fundación en la llanura.**

Puede considerarse un clásico de nuestra narrativa a Raúl Botelho Gosálvez, novelista y cuentista. A sus primeros libros ya ensalzados ha añadido **Los toros salvajes; Tierra chúcará; La lanza capitana**, teatro; **Proceso del imperialismo del Brasil; y Con la muerte a cuestras**, cuentos. Botelho es un vigoroso e inspirado narrador. La vida diplomática lo ha sustraído largos años a la literatura donde aun podría dar su obra maestra, que supere el éxito de su notable **Altiplano**. Enmarcado dentro de un neorrealismo pujante, Botelho Gosálvez se califica por sus producciones como uno de nuestros mejores escritores.

Augusto Céspedes ha declinado en relación a sus obras anteriores. **El presidente colgado**, siguiendo la línea melodramática y argumental de **El dictador suicida**, pretende hacer historia y cae en periodismo panfletario. Con algunos valores descriptivos, posee los mismo defectos de distorsión de la realidad: Villarroel lo mismo que Busch es visto con los anteojos del sectarismo político que juzga los hombres y los hechos a través del resentimiento social. Su novela **Trópico enamorado** aun dentro del estilo vigoroso y lapidario, no llega a novela; se trata de un relato breve, inconexo, desigual. Su estudio sobre **Salamanca** acredita al apasionado comentarista político desprovisto de sentido de equidad.

De Porfirio Díaz Machicao, historiador, cuentista y crítico hay que añadir en este último período una obra de mucho mérito en 4 tomos: **Prosa y verso en Bolivia**, y otros dos estudios laboriosos: **Antología de la oratoria boliviana** y **Antología del teatro boliviano**. Ha reeditado libros anteriores de éxito en las librerías.

Federico Ávila, desaparecido hace dos años, autor de numerosos libros de narrativa y de historia ha publicado dos extensas novelas: **Los últimos Gutiérrez** y **Los nuevos viracocha**. Conocemos una parte de sus **Memorias** de alto valor humano y anecdótico.

Carlos Medinaceli, ensayista y crítico de relieve ha sido buscado por los editores. Se han reeditado algunos de sus libros y se publicaron otros inéditos. Mencionaremos **Estudios crítico; Inactualidad de Alcides Arguedas**; la antología **Medinaceli escoge; Reivindicación de la cultura americana; El huayralevismo; Chapi Punchaupi Tutayarka**, y su renombrada **La Chaskañawi** que alcanzó la 9a. Edición. Clásico y sagaz, aunque no siempre justo, Medinaceli es digno de relectura.

Carlos Ponce Sanjinés, arqueólogo de reconocida competencia, a quien se deben esforzados trabajos de reconstitución científica en Tiwanaku ha publicado importantes obras en la materia, entre las que podemos citar: **La cultura nativa; Thunupa-Ekeko; Tiwanaku: Espacio, tiempo y cultura; Descripción del templete subterráneo de Tiwanaku** y muchos ensayos valiosos de carácter científico.

Yolanda Bedregal, inspirada poetisa, es autora de la novela **Bajo el oscuro sol**, narración bien construída y de una **Antología de la poesía boliviana**, excelente en técnica y estilo. Yolanda maneja tan diestramente la prosa como el verso y es, con justicia, uno de los valores consagrados en nuestras letras.

Después de esta somera revisión de lo que produjeron nuestros clásicos, pasemos a examinar el aporte de los nuevos valores literarios en este lapso cinco lustros.

Valentín Abecia surge en primer término, como prototipo del investigador serio y responsable que documenta bien cuanto afirma. No sólo por el acarreo de materiales investigados, sino por la severa encuadratura que el autor da a la enorme bibliografía estudiada, Abecia realiza, como historiador y como crítico, una vasta labor de análisis y clasificación que lo sitúa como uno de nuestros más dotados estudiosos. Sus libros últimos son: **La genial hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo**, aguda interpretación histórica que reivindica al héroe de las acusaciones de deslealtad a la causa patriótica; **Las relaciones en la historia de Bolivia**, obra maciza y concienzuda; y sobre todo **Historiografía boliviana** uno de los libros fundamentales que por su extensión, estructura, y agudeza crítica todo investigador debe conocer.

Peter Lewy dinámico gerente de "Los Amigos del Libro" ha publicado una novela **Casa Superior**, ambientada en la vida universitaria y una excelente compilación sobre **Propiedad intelectual en Bolivia**, doctrina y legislación, obra de consulta indispensable en la materia.

Un escritor que se ha "destapado" en forma sorprendente, pasada la mitad de la vida —andaré por los cincuenta o más años—, es Roberto Querejazu Calvo de quien nada se conocía anteriormente. El autor chuquisaqueño posee ya una cuadriga triunfal de cuatro excelentes obras: **Bolivia y los ingleses; Masamaclay**, historia de la Guerra del Chaco; **Llallagua**, historia de una montaña; y **Guano, salitre, sangre**, la Guerra del Pacífico. En Querejazu se dan igual el rigor del investigador con la amenidad del narrador. Es, pues, historiador y literato a la vez en armoniosa conjunción y esto da a sus libros la debida consistencia. Bien documentado, sereno, razonador, lúcido en sus juicios que no pecan de parcialidad, Querejazu es una revelación del talento creador de los bolivianos.

A la misma escuela de investigación científica —historia y crítica— pertenece Ramiro Condarco, espíritu de Sólida formación cultural que confiere a sus libros un sello de veracidad. Entre sus obras figuran: **Willka**, el temible Zárate; **Zedar de los espacios**, poema fantástico; **El escenario andino y el hombre; Grandeza y soledad de Morenos; Atlas histórico de América; Protohistoria andina**. Poseedor de una mente lúcida y de un lenguaje claro y directo, Condarco es uno de nuestros sobresalientes historiadores que sin duda dará libros mayores en el futuro.

Jaime Sáenz, poeta muy original, de tendencia metafísica, es autor de varios libros de poemas. **Muerte por el tacto**; por ejemplo, es un alto y remecido libro poético. Habla singular que evoca una cierta afinidad con el argentino Juarroz. Estilo libre, musical. Prosa ágil (prosa poética) cargada de electricidad y novedad. Rezuma dolor humano y dignidad estética. Toda su poesía abre las puertas a un mundo misterioso y alucinante. Surrealista y fantástico, su poesía destella como un sol frío en **Visitante profundo; El frío; Recorrer esa distancia; y Siete poemas**. Es autor d una novela, menos lograda que su obra poética denominada **Felipe Delgado**, ¿memorias, ensayo, análisis introspectivo?

Joaquín Gantier, humanista, dramaturgo, historiador es autor de dos excelentes biografías: **Casimiro Olañeta** y **Juana Azurduy de Padilla**, libros que pasarán al acervo de nuestra bibliografía clásica.

El caso de Mariano Baptista es singular. Se trata de una triple vocación: la del escritor, la del periodista, la del compilador. Como escritor ha compuesto interesantes obras como **Yo fui el orgullo**, biografía de Franz Tamayo; **Los días que vendrán**; **Pasajero en la aeronave Tierra**; **Este país tan solo en su agonía**; **La guerra final**. Como periodista editorializa con serenidad, juicio y buena formación en **Ultima Hora**, editorial desde la cual creó e impulsa la Biblioteca Boliviana de libros de bajo costo. Como Compilador ha publicado: **Antología pedagógica y antología Geopolítica de Bolivia**; **Bolivia escribe**; **Narradores bolivianos**; **Páginas escogidas de Mariano Baptista** (su bisabuelo); libros sobre **Arguedas**, **Medinaceli**, **Tamayo** y **Man Cespced**. Es remarcable su obra **Ensayos sobre la realidad boliviana**; no así los libros **Salvemos a Bolivia de la escuela** y **La educación como forma de suicidio nacional**, equivocados desde el título hasta los planteamientos pesimistas. Posee abundante folletería sobre política y educación Infatigable en su inquietud intelectual, hábil divulgador de la cultura contemporánea, Mariano Baptista, como él mismo se ha definido, es más un periodista que un escritor, pero en todo caso un inteligente y esforzado animador del movimiento intelectual del país.

Fernando Ortiz Sanz, poeta de corte parnasiano es autor de dos novelas históricas **La barricada** y **La cruz del sur** que parecen brotar del molde galdosiano sin mayor atractivo que el de un lenguaje correcto y sencillo.

Luciano Durán Boger ha sobresalido en poesía y en novela. Sus obras principales **Poetas del Beni**; **Geografía de la sangre**; la trilogía novelesca **Sequía**; **Inundación**; y **En las tierras de Enin** novelas de ambiente tropical y costumbrista. Su prosa y su poesía se tiñen de protesta social.

Alipio Valencia Vega, catedrático, es un fecundo autor a quien se deben valiosas obras como **Radiografía de la revolución paceña de 1809**; **Geopolítica de Bolivia**; **El indio en la independencia**; varios

opúsculos de **Educación Moral, Cívica y Política**; y diversos estudios sobre cuestiones constitucionales y temas sociológicos.

Poeta especializado en literatura infantil Oscar Alfaro ha producido, entre otras obras: **Cuentos chapacos**; **La copla vívida**; y **Cien poemas para niños** revelando delicadeza de sentimientos y un estro armonioso de estilo.

Nadie se ha dedicado con más ahínco a la historiografía y asuntos bibliográficos como el notable investigador Arturo Costa de la Torre que ha lanzado ya dos volúmenes de su monumental **Catálogos de la bibliografía boliviana**, obra que por su extensión, su composición estructural y la abundancia de títulos y hechos constituye un aporte invaluable en la materia. Es, también, autor de **Genealogía del protomártir Pedro Domingo Murillo**; **Romance y descendencia del Gran Mariscal de Ayacucho**, y numerosos ensayos y estudios. Compilador genial, Costa de la Torre ha erigido una construcción ciclópea, que todos los escritores y estudiosos deben agradecer por ser la compilación más completa en la materia.

Luís Fernando Guachalla, antiguo diplomático y hombre de Estado que llegó a ser por sus dotes de estadista, candidato a la Presidencia de la República, tiene dos obras enjundiosas: **Misión en el Paraguay y Jayucubás**, memorias de la Guerra del Chaco.

La **Historia del periodismo boliviano** por Eduardo Ocampo Moscoso es un libro de consulta de mucho mérito ya que esta disciplina intelectual está muy ligada a nuestra producción literaria. Ocampo Moscoso es uno de los pocos críticos honestos y capaces que existen en el país. Ha compuesto entre otras obras: **Bucarest, Praga, Moscú**, apuntes de viaje; **Adela Zamudio**; **Ricardo Jaimes Freyre**; **Apuntaciones sobre literatura potosina**.

Nunca se lamentará bastante la prematura y trágica desaparición del joven filósofo y compositor musical Marvin Sandí que despunta como talento creador en ambas disciplinas. Sólo nos ha dejado su libro **La finitud y otros ensayos** y sus estudios sobre la poesía de **Franz Tamayo**, que demuestran su originalidad de pensador y su capacidad crítica. He aquí una bella promesa que se extinguió en plena juventud.

Ibarra Grasso argentino, adentrado en estudios científicos ha entregado tres obras dignas de todo elogio: **Prehistoria de Bolivia; Introducción a la americanística** y en particular su enjundioso libro **La verdadera historia de los Incas**, Dick Edgar Ibarra Grasso, científico y polemista, ha publicado muchos ensayos sobre temas prehistóricos, sociológicos e históricos.

René Ballivián Calderón, especializado en estudios económicos ha dejado dos obras de pensador: **Pensando en voz alta** y **Sentido y actitud de la vida**.

Entre los nuevos ensayistas podemos citar a Gonzalo Romero con la **Pequeña historia de Juan de Garay** y **La conquista de Nueva Toledo**. Alfredo Alexander con **Mis vendimias** y **La cosecha de Dios**. Manfredo Kempff Mercado ha publicado **Filosofía del amor** e **Introducción a la antropología filosófica**. Y con mayor producción y riqueza de lenguaje Jorge Siles Salinas, notable ensayista, autor de **La aventura y el orden**, reflexiones sobre la revolución boliviana; **Ante la historia; Algo permanece en el tiempo; Guía de La Paz; Literatura boliviana de la Guerra del Chaco** y anuncia un vasto libro sobre **Bolivia, su historia y su cultura**. Los esposos Mesa-Gisbert sobresalen por sus profundos conocimiento en historia del arte y son autores de notables trabajos de investigación e interpretación crítica como sus libros **Holguín y la pintura altoperuana; La arquitectura andina en la Colonia; Monumentos históricos y arqueológicos en Bolivia; La pintura boliviana en el Siglo XVII**; y de numerosas monografías sobre pintores de la época virreinal y expresiones artísticas de la Colonia. Es digno de subrayar que los trabajos previos de investigación y conformación de los esposos Mesa-Gisbert revela una firmeza de carácter y una vocación estética realmente admirables.

Santa Cruz tiene una trinidad de historiadores y papelista de gran vuelo: Gabriel René Moreno, Humberto Vásquez Machicado y Hernando Sanabria Fernández. De los dos primos, ya desaparecidos, nos ocupamos en páginas anteriores. Ahora perfilaremos al tercero, prolífico en páginas anteriores. Ahora perfilaremos al tercero, prolífico y galano escritor. Hernando Sanabria Fernández descuella en los estudios históricos, en la bibliografía y en el ensayo. De sus muchas obras destacamos: **En busca de El Dorado; Nuflo de Chávez;**

Crónicario de la ciudad de Jesús y Montes Claros de los Caballeros; Apiaguaqui-Tumpa; Cañoto; Ulrico Schmidt; Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal. Sanabria escribe mucho y bien. Es el cronista de Santa Cruz y uno de nuestros mejores historiadores. Hay que mencionar también sus trabajos **Breve historia de Santa Cruz** y **Gabriel René Moreno.**

José Fellman Velarde ha publicado cuatro novelas **Una bala en el viento; La montaña de los Ángeles; Réquiem para una rebeldía; Prohibido ser feliz.** Ha intentado también, la disciplina histórica. Si bien su libro **Los imperios andinos** es aceptable aunque repita tesis y enjuiciamiento ya tratados por otros escritores, sus tres tomos de **Historia de Bolivia** sobre un endeble fondo crítico y una parcialización partidista dudosa, construyen una visión muy personal, muy discutible. Para qué hablar de su **Historia de la cultura boliviana**, audaz incursión del autor en materia para la que carece de bagaje científico y valores culturales. Con todo ha sido un laborioso trabajador intelectual.

Sobresaliendo en el cuento y en teatro Gastón Suárez es autor de **Vigilia para el último viaje; Vértigo; El perro vivo; El gesto;** y la hermosa narración **Mallku** adaptada como texto de lectura para los colegios fiscales.

En **Los deshabitados** Marcelo Quiroga Santa Cruz incursiona en la novela sobre pautas nuevas para nuestro medio. Tema y ambiente son más franceses que nativos. Hay sutileza evocativa, concisión, y "crueldad introspectiva" en este relato que como novela psicológica prometía más. Su autor falleció prematura y trágicamente.

Sin que se pueda decir que es crítico de vocación y de oficio, haciendo crítica en forma mas bien circunstancial y esporádica, conviene mencionar a Carlos Castañón Barrientos que ha publicado **Estudios bolivianos** y **Opiniones.** Ricardo Pastor es autor de un libro de cuentos **Flor de viento** y de una meditada obra **Escritores bolivianos contemporáneos.** Es también autor de una **Antología de cuentos bolivianos** publicada en colaboración con Hugo Lijerón Alberdi. Cuando maduren sus condiciones de crítico se espera de este joven escritor obras de mayor envergadura. Mario Soria es autor de **Escritores bolivianos en el Siglo XX** y de **Teatro Boliviano.** Otro

autor que promete, Edgar Ávila Echazú es autor de poemas y ensayos; su mejor obra: **Resumen y antología de la literatura boliviana**, estudio laborioso con aciertos de enfoque y desaciertos de juicio. Obra meritoria pero muy discutible en sus apreciaciones. Es texto de lectura para escuelas. Enrique Vidaurre es autor de una excelente biografía de **Cornelio Saavedra**. Arturo Vilela se destaca en sus **Ensayos contemporáneos**. Adolfo Cáceres Romero autor de cuentos y ensayos, entre ellos **Copagira; La mansión de los elegidos**, novela; **El Ángel exterminador**, ha editado en colaboración con José Ortega un **Diccionario de la literatura boliviana**, estudio histórico-crítico bien equilibrado, con algunas omisiones que no alteran los valores fundamentales del libro. Federico Nielsen Reyes compuso **Volveremos a la vecindad del mundo**, valioso ensayo sobre nuestro problema marítimo. Elsa Paredes de Salazar es autora de un **Diccionario biográfico de la mujer boliviana**. Alfonso Crespo Rodas tiene dos libros señeros, que invitan a su re-lectura: **Santa Cruz, el cóndor indio** y una biografía de **Eva Perón** magistralmente lograda. Su hermano Alberto Crespo Rodas, historiador **Guerra entre Vicuñas y Vascongados; Las calles de La Paz**. Se trata de un buen investigador. Alfredo Rojas Camacho se inicia en las letras con **El pensamiento andino**, ensayos de interpretación de la obra de Fernando Diez de Medina. Mario Portanda Ramos, periodista, es autor de **Proyección de la obra literaria de Fernando Diez de Medina**. Juan Siles Guevara, historiógrafo, autor de poemas y ensayos históricos, es padre de **Las cien obras capitales de la literatura boliviana**, libro bien estructurado en general en su parte crítica, aunque peca de omisiones y no siempre se eligió las mejores obras.

En novela, combinando los nuevos valores con las figuras recientes, sobresalen: Rosa Melgar de Ipiña con **Maura** y **La ciudad crece**. Luís E. Heredia con **Grito de Piedra, cuentos mineros; y El miedo bajo las campanas**, novela. Néstor Taboada Terán ha escrito cuentos y prosas de diverso valor. Sus tres mejores novelas son **El precio del estaño; El signo escalonado** y **Manchay-Puito** premiada en Buenos Aires. En **Indios en rebelión** persiste en su línea en denuncias y protesta social. Poeta y narrador bien calibrado Enrique Kempff Mercado ha lanzado **Otoño intenso; Tierras interiores; Pequeña hermana muerta** y **Los años pasados**. Roberto Leitón publica. **El escarabajo gris, cuentos**. Renato Prado tal vez el más caracterizado de los jóvenes narradores, por su vigor descriptivo y la audacia

constructiva que lo acerca a las modernas tendencias narrativas; ha dado, entre otras: **Los fundadores del alba; Argal; Ya nadie espera al hombre;** y **Al borde del silencio**, cuentos; **El último filo**, novela. Raúl Teixidó se revela buen narrador en **Criatura del alba**. Rubén Ochoa, ágil novelista y narrador.

Varias de estas novelas no las hemos leído por lo cual nos abstenemos de juzgarlas, limitándonos a mencionarlas.

Ignacio Callaú Barbery es autor de: **De cimas a simas**, cuentos y **Caminando por Europa**. De Arturo von Vacano mencionaremos **Sombras de exilio** y **El Apocalipsis de Antón**, novelas tan fuera de serie como alucinaciones. El fino poeta Julio de la Vega autor de bellos libros de poemas como **Amplificación temática; Temporada de líquenes;** y **Twist en las alturas**, ha publicado una novela digna de elogio **Matías el apóstol suplente**, acaso más ensayo que novela, henchida de proyecciones psicológicas. Hugo Boero Rojo es un autor de una excelente novela **La telaraña** y de otra bastante menos lograda **El valle del cuarto menguante**. Trabaja en también en monografías sobre temas históricos y arqueológicos, debiendo mencionarse su **Bolivia Mágica** y su gran película sobre el Lago Sagrado de los Incas. Con ingenio y amenidad Roger de Barneville matiza las páginas de sus relatos **Ensalada rusa; y Ni tambores ni trompetas**. De buenas novelas son **El ocaso de Orión** y **La oscuridad radiante** de Oscar Uzín. Fernando Vaca Toledo ha publicado **Loa réprobos**. Humberto Guzmán Arze, ensayista y novelista, se hizo conocer con **Selva**, novela. Luego editó **El caudillo de los valles; Borrasca en el valle**, novela; y **La realidad social de Cochabamba**.

Entre los prosistas citemos a Wilson Mendieta Pacheco con **Bermejo** y **Gentes y caminos de Potosí**. Es un brillante cronista de infatigable labor. El humorista Paulovich nos regocija con **Florecillas y espinillas** y **Memorias de un joven puro**, pero es de justicia remarcar que sus mejores creaciones en el género se registran en sus crónicas cotidianas en la prensa paceña. Es también un sagaz periodista y editorialista de vuelo. Fernando Cajías, joven historiador y ensayista, conquista un puesto de primera línea con su notable estudio científico **Atacama**. José Romero Loza, financista y hombre público de relieve, es autor de **Bolivia, nación en desarrollo**, profundo estudio crítico.

Mario Arancibia Herrera, recién fallecido, compuso un bien logrado ensayo sobre **Figuras de la cultura boliviana actual**. Gaby Vallejo de Bolívar es autor de las novelas **Hijo de opa** y **Juvenal Nina**. Guillermo González Durán presenta un panorama movido y disparejo en **Cimas y valores del pensamiento boliviano**. J. Martínez Salguero, ensayista de valía, entregó **Novela y poesía de Jaime Mendoza**. **Por los caminos de la aventura** es una buena novela-memoria de Julio Crespo. Julio Díaz Arguedas, historiador, ofrece **Panorama de exploradores y expedicionarios en Bolivia**. Dos novelas sobre la vida cruceña **Roy García** y **Bigote de trinche** de Oscar Alborta Velasco. Oscar Barbery Justiniano es autor de **Zapara**, **El hombre que soñaba** y **El reto** novela de la caña de azúcar.

Entre narradores y prosistas es conveniente mencionar, todavía, a Enrique Rocha Monroy con **Sentido de Escombros; Medio siglo de milagros y Los cuatro tonos del kikiriki**, novelas. Antonio Paredes Candía es autor de numerosas monografías sobre temas folklóricos, leyendas y tópicos aimáras; su obra más meritoria **Las mejores tradiciones y leyendas de Bolivia**, aunque se ciñe sólo a determinadas narraciones. Dirige una colección literaria de mérito como infatigable investigador. Poeta y prosista Héctor Cossío Salinas ha publicado **La poesía en Cochabamba**, **Posada de los sueños y La tradición en Cochabamba**. Oscar Rivera Rodas tiene dos buenos libros de poemas y es autor de varios ensayos críticos, entre ellos: **La nueva narrativa boliviana; El realismo mítico en Oscar Cerruto; y Funciones de la metáfora literaria**. Alberto Guerra Gutiérrez tiene varios libros de factura lírica y protesta social. Además, una **Antología del carnaval de Oruro** en tres tomos y **Fiesta y revolución**. Antologista y poeta Armando Soriano Badani ha publicado **Alba rota; Perfil del atardecer**; y las antologías **El cuento boliviano; Antología del cuento boliviano; Poesía boliviana**, y **El Illimani en la literatura**. En teatro descuella Raúl Salmón con **Tres Generales; Viva Belzu; Juana Sánchez** y numerosas piezas dramáticas cortas en los géneros de drama y comedia. Julio Iturri Núñez del Prado ha compuesto una sentida crónica conmemorativa **La Paz, ayer, hoy y mañana**. René Zavaleta es un talento extraviado en la política. Fué ministro de Estado. Es autor de **Bolivia, el desarrollo de la conciencia nacional**. Si regresa a las letras podría dar original y vigorosas realizaciones. Enrique Oblitas Poblete ha efectuado un nutrido y excelente estudio sobre **Cultura Callaway**.

Para una revisión crítica de todo lo escogido en este panorama de novela, cuento, ensayo y prosa en general, no se advierte, aparte de los ya tratados en párrafos especiales, grandes valores. Por ejemplo, no surge todavía, un novelista de la talla de Chirveches. Tampoco un cuentista a la altura de Horacio Quiroga. Si algunos dan atisbos de buena factura literaria en el ensayo y la prosa, no alcanzan a Francovich, Prudencio o Guzmán. Y no es que se niegue la capacidad de las nuevas generaciones, sino que en calidad y en cantidad aun están en período de formación.

Salvo dos o tres casos aislados relevantes, la temática de las guerrillas tuvo influencia fugaz y pasajera. Podría señalarse todo tipo de tendencia en nuestros narradores y prosistas: realista, romántica, impresionista, naturalista, expresionista, surrealista, vernacular, neorealista y hasta del disparate puro. Todas ellas combinadas unas veces, otras repartidas en construcciones endebles. Se diría que los escritores nacionales tenían todos los géneros buscando su forma definitiva. Las dos novelas de Luís Recacoechea **Fin de semana** y **Mala sombra** denotan apresuramiento y poco conocimiento de la estructura del relato. No es menos afortunado Saavedra Pinochet con **Mi General adiós**, superándose en **Los inimitables**. En muchos de los autores mencionados unos y otros citados, predominan la influencia de los "monstruos sagrados" del boom latinoamericano, sólo que sin la inteligencia y técnica de éstos. El erotismo vulgar, la presión política marxista, el exotismo y el naturalismo llevado a sus extremos límites pueden malograr y has malogrado ya a muchos noveles autores. Luís Raúl Durán sagaz comentarista, bibliográfico, estimula a consagrados y noveles con perspicacia crítica, siendo un excelente animador de nuestras letras.

Tenemos algunos nuevos valores. Florecen otros en prometedora eclosión. Mas en una visión de conjunto habría que pedir a esa joven literatura una mayor disciplina en las técnicas del relato y del ensayo, y un mejor cuidado en el estilo.

En poesía ha surgido con caracteres netos y frescos Primo Castrillo, lírida de muchos bellos libros como: **Hombre y tierra; Raíz y tiempo; Khantutas; Violeta sorprendida; El mar canta mi sueño; Zonas del tiempo azul**. Es la suya poesía pura, fluyente, no rimada ni medida,

transida del soplo vernacular sentido a la distancia. Posee la magia de un estilo sencillo y claro. Sus versos desprenden frescura de huerto llovido. Lo que manda desde adentro. Se vierte en fuertes zumos de lo indio y lo mestizo. Poesía de amanecer que no se parece a ninguna.

Pedro Shimose es otro excelente bardo, rico de ideas y de giros novedosos. Es profundamente humano aunque su estro se resiente por la consigna social, en la que cree sinceramente y lo induce a cargar las tintas de la protesta. **Triludio en el exilio; Poemas para mi pueblo** y diversas composiciones en diarios y revistas revelan al poeta de verdad que madurará en mayores creaciones líricas.

Dos talentos malogrados por la desaparición prematura, ambos obsesionados por el tema de la muerte, fueron Edmundo Camargo y Guillermo Bedregal.

Jaime Choque en **Tormenta; Cancionero de cóndores;** y **Suspiro de piedra** posee un estro diáfano y sencillo. Ganó varios certámenes internacionales.

Hernando García Vespa sobresale en **Vendimia espiritual** y en **Los ríos peregrinos**. Otro apreciable vate es Jaime Canelas López creador de **El joven río; Las transfiguraciones** y **Un camino a la aurora**. Jean Russe con su poesía de tendencia social en **Tres claveles y una espiga;** y **La estrella amotinada** es un bardo de verbo ardiente. Entre las buenas poetisas cuyos libros son dignos de mención señalo a Emma Alina Ballón con **Sonetos** y **Vestigios de sombra**. Beatriz Schultze Arana en **Lejanías; Surcos de luz; Desvelos de lámpara** y su mejor libro **Pompas de jabón**. Ada Castellanos de Ríos en **Floración** y su obra teatral **Mas madre que las madres**. Pepita Peralta Soruco cultiva la poesía costumbrista beniana. Matilde Casazola en **Los ojos abiertos y los cuerpos**. Mery Flores Saavedra impecable sonetista, autora de **Fervor; Bruma;** y **Poemas de la sombra**. Mary Monje Landivar, poetisa revolucionaria y lírica a la vez con **Dulce y Amargo;** y **Abalorios**. Norah Zapata Brill en **De las estrellas y el silencio** y Blanca Wietuchter con **Asistir al tiempo**.

He leído buenos poemas de Juan Siles Guevara, Eduardo Mitre, Ramiro Condarco Morales, Jorge Claros Lafuente, José Camarlinghi,

Alberto Guerra Gutiérrez, Félix Rospigliosi, Jorge Suárez, Luís Fuentes Rodríguez, Roberto Echazú Navajas, Jaime Nistthaus y otros.

Otros escritores y periodistas de mérito: Carlos Romero, Samuel Mendoza, Jaime Humérez, Jesús Urzagasti, José Luís Roca, Alcides Pareja Moreno, Luís Adolfo Siles, Guillermo Céspedes, Mario Velasco, José Manuel Loza, Billy Zavala, Armando Mariaca, Huáscar Cajías, Alberto Zuazo, Joseph M. Barnadas. Agrego a Jaime Martínez Salguero y René Miranda Rico, excelente ensayista y a Hugo Celso Felipe Mansilla, autor de dos obras valiosas: **Introducción a la Teoría crítica de la Sociedad** y **Limitación del conocimiento científico.**

Conviene subrayar que en general los nuevos poetas cultivan la forma clásica sentimental o el versolibrismo de protesta social. Buscan ser dueños de un estro subjetivo o bien adicto de la tendencia revolucionaria que si en unos es sincera, en otros resulta puramente efectista.

Han surgido algunos buenos poetas, en gente madura y joven, sin que ninguno raye en la genialidad de nuestras glorias líricas del pasado como Tamayo, Jaimes Freyre o Reynolds.

Si bien son de aplaudir la originalidad inspiración y el auténtico lenguaje poético de algunos, hay que consignar la debilidad estilística de otros. Poesía es ante todo sentimiento y belleza expresiva, cualesquiera que fueren los temas y las formas líricas. Esto es lo que se debe recomendar a quienes intentan brotes iniciales en poesía.

La literatura boliviana —como las sudamericanas en general— mira a los cuatro puntos cardinales del pensamiento contemporáneo. Rusia y China, para unos experiencia vital de una nueva sociedad. Estados Unidos, para otros meta de civilización tecnificada y deportiva. Europa, eterno arquetipo cultural. La América India, transida de dolor y de abandono, que pugna por una humanidad mejor. El porvenir de la cultura sudamericana, el de la nuestra, boliviana, ¿consistirá en la oposición y equilibrio recíproco de estas cinco influencias primordiales, o se resolverá por la primacía de una sobre las cuatro restantes? Enigma para el tiempo, conflicto para las nuevas generaciones que tendrán que elegir entre un sincretismo ecuménico o la apertura a un tipo particular de vida realizadora.

En este tiempo de violencia y confusión, de insurgencia y de ansiedad, cuando la juventud corre peligro de naufragio en los escollos de la política y los negocios, porque son pocos los elegidos para mandar y organizar en materia de gobierno y de economía, recordemos las palabras del profeta de Duino a quienes sientan vocación de hombres de letras:

—Para el artista no hay medida de tiempo: un año no cuenta, diez años nada son. El artista no cuenta, no calcula; madura como el árbol, que no apura a sus savias y que espera confiado en las tormentas de la primavera, sin la angustia de que no llegue un verano más. Llega, sin embargo. Pero solamente llega para los que tienen fe y viven despreocupados y tranquilos, como si ante ellos se extendiera la eternidad.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

El autor de este libro es uno de los mayores y mejores escritores de Bolivia. Hombre público, polemista, conferencista, poeta, narrador, mitólogo, novelista, biógrafo, ensayista, polígrafo en el mejor sentido de la palabra ha cultivado también el teatro, la crítica y la prosa poética. Sus obras publicadas llegan a 40 y tiene 35 inéditas.

Entre sus libros de mayor éxito, algunos editados en el exterior y con varias ediciones, cabe mencionar: **Franz Tamayo, Hechicero del Ande; El Arte Nocturno de Víctor Delhez; Thunupa; Nayjama; Libro de los Misterios; La enmascarada; El arquero; Sueño de los Arcángeles; Desde la profunda soledad; Mateo Montemayor; Ollante El Jefe Kolla; Laudes a la esposa muy amada; El Guerrillero y la luna; La teogonía andina; Imantata lo escondido; El buscador de Dios; Copakawana; Del escritor y su caminos; Cartas a un joven de quince años; Cuaderno de viaje.**

Su obra literaria ha sido vastamente comentada en el exterior y en el país. Baste mencionar este juicio crítico del Prof. Bruno Mari de la Universidad de Sassari, Italia: "Fernando Diez de Medina es uno de

los grandes escritores sudamericanos que puede medirse con los mejores. Su palabra osada expresa una poca común profundidad de pensamiento. Desde los ensayos de **Thunupa** hasta su novela **Mateo Montemayor**, un relato del hombre sudamericano y su misterio, expresa a Bolivia literariamente india y como pasa con García Márquez, Rulfo, Asturias, Carpentier o Vargas Llosa, este escritor boliviano da a la literatura latinoamericana una dimensión universal" (Del libro "Pensatori Contemporanei.— El pensamiento vivo, vigoroso y actual de 15 luminarias.— Editrice ELIA — Roma — 1975).

BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA

El autor ha consultado archivos coloniales, obras agotadas del siglo XX, estudios críticos dispersos en revistas y periódicos, libros que sólo se hallan en bibliotecas privadas, ensayos casi olvidados. En la imposibilidad de referirse a todas esas fuentes de información, se limita a extractar esta bibliografía escogida para estudio de la literatura boliviana, que puede servir al investigador tanto por la calidad de sus trabajos como por su menor dificultad de adquisición en el país.

BEDREGAL, JUAN FRANCISCO:

Estudio sintético de la literatura boliviana desde 1910 hasta 1924.

40 páginas en la obra Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia. University Society Inc. Nueva York, 1925.

CESPEDES ESPINOZA, HERMAN:

Historia de la literatura boliviana. Texto para escuelas, 186 páginas. Cochabamba, 1948.

DIEZ DE MEDINDA, FERNANDO:

Perfil de la literatura boliviana 70 páginas, capítulo IV del libro Thunupa. Gisbert & Cía. Impreso en Buenos Aires, 1947. —Literatura Boliviana del siglo XX. Estudio publicado en las revistas América, de Washington, en noviembre de 1950, y Universidad, de Oruro, 2° semestre de 1952.

FINOT ENRIQUE:

Historia de la literatura boliviana. 474 páginas, Librería Porrúa Hermanos. México, 1943.

FRANCOVICH, GUILLERMOS:

La filosofía en Bolivia. 175 páginas. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945.

—El pensamiento universitario de Charcas. 279 páginas. Universidad de San Francisco Xavier. Sucre, 1948.

GUERRA, JOSE EDUARDO:

Itinerario espiritual de Bolivia. 195 páginas. Editorial Araluce, Barcelona, 1936.

GUZMAN, AUGUSTO:

Historia de la novela boliviana. 217 páginas. Editorial Universo. La Paz, 1938.

Kollasuyo:

Revista de cultura y estudios bolivianos, fundada por Roberto Prudencio. Los 70

números publicados desde enero de 1939 a diciembre de 1952. Imprenta "Kollasuyo" y Editorial Universidad Mayor San Andrés. La Paz.

LARA JESUS:

La poesía quechua. 186 páginas. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1947.

MEDINACELI, CARLOS:

Estudios críticos. 235 páginas. Editorial Charcas. Sucre, 1938.

OTERO, GUSTAVO ADOLFO:

Literatura de Bolivia. 44 páginas. Estudio publicado en el tomo XII de Historia de la Literatura Universal, de Santiago Prampolini. Editorial Uteha Argentina. 13 tomos. Buenos Aires, 1941

PRUDENCIO BUSTILLO, IGNACIO:

Páginas dispersas. Capítulos dedicados al romanticismo y los escritores románticos. 272 páginas. Universidad San Francisco Xavier. Sucre, 1942.

SALAS, ANGEL:

La literatura dramática en Bolivia. 28 páginas en la obra Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia. University Society. Nueva York, 1925.

VACA GUZMAN, SANTIAGO:

La literatura boliviana 206 páginas. Imprenta Coni. Buenos Aires, 1883.

VILLALOBOS, ROSENDO:

Letras bolivianas. Estudio de 52 páginas incluido en la obra Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia. University Society Inc. Nueva York, 1925.

Diccionario de la Literatura

Boliviana por José Ortega y Adolfo Cáceres

Romero. Los Amigos del Libro. La Paz, 1977.

Poetas y Escritores de Bolivia, por Augusto Guzmán. Los Amigos del Libro. La Paz, 1975.

Prosa y Verso de Bolivia. 4 volúmenes por Porfirio Díaz Machicao. Los Amigos del Libro. La Paz, 1966.

Las Cien Obras Capitales de Literatura Boliviana por Juan Siles Guevara. Los Amigos del Libro. La Paz, 1975.

Antología de la Poesía Boliviana por Yolanda Bedregal. Los Amigos del Libro. La Paz, 1978.

Resumen y Antología de la Literatura Boliviana por Edgar Avila Echazú. La Paz. Editorial Gisbert & Cía., 1973.

INDICE ALFABETICO DE NOMBRES CITADOS

Abecia, Valentín: en la página 170, 197, 278, 292, 292.
Abaroa, en la página 157
Acosta, Antonio de: 117.
Acosta, Padre: en la página 46, 90, 108, 110, 115.
Achá: 147
Aguilera Malta: en la página 271.
Aguirre, Nataniel: en la página 151, 151, 164, 171, 175, 176 a 179.
Aguirre Achá, José: en la página 213.
Aguirre Lavayén, Joaquín: en la página 274.
Alarcón, Abel: en la página 213.
Alba Armando: en la página 249.
Alborta, Reyes: en la página 203, 262.
Alborta Velasco: en la página 276, 313.
Alcázar, Moisés: en la página 261, 292.
Alegría, Ciro: en la página 271, 275.
Alexander, Alfredo: en la página 309.
Alfaro, Oscar: en la página 291, 157.
Almaraz, Sergio. en la página 283.
Alonso: en la página 163.
Alvarado, Julio: en la página 260.
Alvarez Gracia, Francisco: en la página 247.
Ameller Ramallo, Julio: en la página 278.
Anaya, Ricardo: en la página 254, 262, 263.
Andrade, Víctor: 265.
Andreyev: 266.
Antezana: 189.
Anze Matienzo, Eduardo: 264.
Anzoátegui de Campero, Lindaaura: en la página 172, 173.
Apollinaire: en la página 195.
Aponte: en la página 171.
Apu-Amata: en la página 58.
Apu-khari: en la página 61
Apu-Mallk-Wirakocho: en la página 59.
Aquilaes Munguía, Julio: en la página 271.
Aramayo, Carlos Víctor: en la página 163, 188, 230.
Arancibia Herrera, Mario: en la página 313.
Araóz, Gastón: 278
Arce, Aniceto: en la página 163, 163, 187.
Baudelaire: en la página 194, 207, 256.
Baudín: en la página 91
Bécquer, Gustavo: en la página 148.
Bedregal: en la página 284.
Bedregal, Guillermo: en la página 315
Bedregal, Juan Francisco: en la página 204, 204.
Bedregal, Yolanda: en la página 258, 279, 305.
Belgrano: 137
Beltrán, Carlos Felipe: 65, 93.

Arce, Armando: en la página 254.
Argandoña,: en la página 188.
Arguedas, Alcides: en la página 26, 161, 163, 189, a 204, 208, 212, 217, 218, 230, 239, 271, 273.
Aristóteles: 155.
Arze Esteban: en la página 132, 319, 179.
Arze, José Antonio: en la página 254, 263.
Aspiazu, Agustín: en la página 164, 166, 166, 170, 199
Atahualpa: 88, 90.
Avila, y Avila, Federico: en la página 260.
Avila Echazú, Edgar: en la página 311.
Avila Federico: en la página 304.
Ayar-Kachi: en la página 58.
Azorín: en la página 194.
Azurduy, Luis: 247.
Azurduy de Padilla, Juana: 132.

Bacon: 130.
Baldivieso, Enrique: en la página 247, 254, 263.
Balzac, Honorato: en la página 17, 152.
Ballivián, Adolfo: en la página 147, 156, 159.
Ballivián, José: en la página 147, 156.
Ballivián, Manuel Vicente: en la página 65, 174.
Ballivián, Rafael: en la página 242.
Ballivián, René: en la página 278, 309.
Ballón, Emma Alina: en la página 315.
Bandelier: en la página 47, 65.
Baptista, Fernando: en la página 255.
Baptista, Mariano: en la página 165, 171, 255.
Baptista Gumucio, Mariano: en la página 307.
Barba, Padre Alonso: en la página 108, 109.
Barbery Justiniano, Oscar: en la página 313
Barbusse: en la página 194.
Bardina, Juan: en la página 26, 224.
Barnadas, José: en la página 316.
Barneville, Róger de: en la página 312.
Basadre: en la página 91.
Bataille: en la página 194.

Beltrán Avila, Marcos: 198.
Beltrán Heredia, Augusto: 291.
Belzu, Manuel Isidoro: 147, 156, 219.
Benavente, Jacinto: 194
Benoit: 194.
Bergson: 193.
Bermúdez, Andrés: 235.
Bernstein: 194, 271
Berríos, José David: 93, 175.

Bertonio, Padre: 65, 92, 108, 111, 286.
 Betanzos: 46, 64, 91.
 Blanco: 150, 174.
 Blasco Ibañez, Vicente: 194, 216.
 Bloy, León: 278.
 Blyn, Hugo: 271, 274.
 Boero Rojo, Hugo: 312.
 Bohórquez, Hugo: 263.
 Bolívar, Gaby Vallejo de: 313.
 Bolívar, Simón: 78, **¡Error! Marcador no definido.**,
 129, 136, 138, 139, 141, 144, **¡Error! Marcador no
 definido.**, 157, **¡Error! Marcador no definido.**
 Bonafoux: 218.
 Bordeaux: 194.
 Bosque, Monseñor: 171.
 Bothelo Gozalvez Raúl: 271, 275, 276, 304.
 Bourget: 194.
 Brandés: 21
 Brocha Gorda (Véase Jaimes, Julio Lucas): 171, 175.
 Burckhart: 36, 69.
 Busch, Germán: 254, 252, 252, 254, 71.
 Bustamante, Ricardo José: 150, 151.
 Bustillo, Prudencio: 155, 164, 165,
 Byron, Lord: 148, 178.
 Caba: 255
 Caballero, Manuel María: 151, 170.
 Caballero Audaz: 194.
 Cáceres Romero, Adolfo: 311.
 Cajías, Fernando: 312.
 Cajías, Huáscar: 291, 316.
 Calancha, Fray Antonio de la: 46, 91, 108, 110, 110, 115
 Calatayud: 129.
 Callaú Barberý, Ignacio: 279, 312.
 Calderón Lugones, Eduardo: 259.
 Calderón Soria, Raúl: 286.
 Calvo: 150.
 Camacho, Eliodoro: 161, 163, 164, 185, 189.
 Camacho, José María: 47, 69, 71, 104, 197, 198.
 Camba, Julio: 236.
 Camargo, Edmundo: 315.
 Camarlinghi, José: 315.
 Campero, Narciso: 156, 160, 161, 162, 162.
 Campero, Lindaura de: 172, 173.
 Campero Echazú, Octavio: 258.
 Campos: 163, 292.
 Camus: 278, 292.
 Canedo Reyes, Jorge: 260.
 Canelas, Amado: 283.
 Canelas Demetrio: 213, 189, 212, 213.
 Canelas Durán, Jaime: 278, 291.
 Canelas López, Jaime: 315.
 Cañete, Pedro Vicente: 117, 119, 133, 249, 277.
 Cañete y Domínguez, Pedro: 277.
 Capac-Yupanqui: 87.
 Capdevila: 91.
 Capriles, Juan: 241.
 Cárdenas, Fray Bernardino de: 109, 115.
 Cárdenas, Martín: 268.
 Cardona Torrico: 258.
 Carranza Siles, Luis: 291
 Carrasco: 189.
 Carrasco, Jorge: 286.
 Carrasco, Manuel: 270.
 Carvajal, Walter: 213.
 Casas, Padre Bartolomé de las: 100, 102, 107.
 Casazola, Matilde: 315.
 Castañón Barrientos, Carlos: 310.
 Castelli: 132.
 Castrillo, Primo: 314.
 Caxica, Fray Juan de: 114.
 Cejador, Julio: 211.
 Cendrars: 241.
 Cerruto, Oscar: 62,210, 259, 263, 265, 265, 267, 274,
 288.
 César: 58.
 Céspedes, Augusto: 254, 262, 265, 266, 274, 283, 286,
 304.
 Céspedes, Guillermo: 316.
 Céspedes, Man: 241.
 Cieza de León: 46, 63, 64, 77, 91, 115, 115.
 Clarín: 169.
 Claros Lafuente, Jorge: 315.
 Claudel: 194.
 Cobo, Padre: 46.
 Cocteau: 194, 241.
 Coden-Xabana: 61.
 Coimbra, Juan B.: 276.
 Colette: 194.
 Colón, Cristóbal: 35.
 Comte: 169, 181, 193.
 Condarco, Ramiro: 306, 315.
 Condori: 114, 114.
 Conrad: 33.
 Córdova: 147, 175.
 Corral: 164.
 Cortés, Manuel José: 149, 150
 Cortés Candia, Gilfredo: 276.
 Cortez, Claudio: 264, 269.
 Cossío del Pomar: 91.
 Cossío Salinas, Héctor: 313.
 Costa, Joaquín: 194, 200.
 Costa du Rels, Adolfo: 189, 205, 242, 243, 302.
 Costas Arguedas, José F.: 263.
 Costa de la Torre, Arturo: 308.
 Coya: 82.
 Créqui Montfort, Georges de: 92.
 Crespo, Alfonso: 263.
 Crespo, Luís S.: 198.
 Crespo, Rodas, Alberto: 260
 Crespo Rodas, Alfonso: 311
 Crespo, Julio: 313.
 Croce: 195.
 Cuadros Quiroga, José: 263.
 Cuéllar Jiménez, Gonzalo: 276.
 Cuevas, Padre Jerónimo de las: 74, 104.
 Cusi-Coillur: 94.
 Chacha-Puma: 58.
 Campollion: 39.
 Chesterton: 96.
 Chirveches, Armando: 215, 208, 214, 215, 215, 273.
 Chocano, Santos: 210, 224.
 Choque Jaime: 315.
 Churata, Gamaliel: 250, 250, 288.
 Da Cunha: 276.
 Dalence, Walter: 164, 249.
 D'Annunzio: 195.
 Darwin: 180, 193.
 Daudet, Alfonso: 169, 214.
 Dávila, Hugo: 278.
 Daza, Hilarión: 147, 159, 160.
 Descartes: 130.
 Deuer, Mariano: 263.
 Díaz Arguedas, Julio: 313.
 Díaz, Alvaro: 275.
 Díaz Machicao, Porfirio: 263, 264, 273, 304.
 Díaz Romero, Belisario: 46, 67, 189, 197, 199
 Díaz Villamil, Antonio: 245, 247, 247.
 Dickens: 272, 267, 272.

Diderot: 130
 Diez-Canedo: 210.
 Diez de Medina, Eduardo: 188, 189, 216, 218, 289
 Diez de Medina, Federico: 69, 70, 71, 164.
 Diez de Medina, Lucio: 241, 292.
 Diez de Medina, Raúl: 263
 Dilthey: 193
 Donoso Torres, Vicente: 244.
 Dorado Chopitea, Carlos:
 D'Orbigny, Alcides: 22, 30, 65, 284
 Dorgeles: 194.
 D'Ors, Eugenio: 194.
 Dostoyewski: 195, 266.
 Dueñas, Bartolomé de: 117
 Dumas: 152, 175, 220
 Durán Bóger, Luciano: 278, 307.
 Durán Canelas, José Mariano: 176
 Durán P., Manuel: 263, 291.
 Durán, Luis Raúl: 314.
 Durant: 278

 Eça de Quiróz: 195.
 Echazú Navajas, Roberto: 316.
 Echeagaray: 175
 Eguino Zaballa, Félix: 260.
 Einstein: 222
 Elío: 189.
 Engels: 195.
 Escalona y Agüero, Gaspar de: 117.
 Escobari Cusicanqui, Jorge: 302.
 Espronceda: 148.
 Estenssoro, María Virginia: 279.
 Estenssoro Alborta, Renán: 255, 277.
 Eucken: 195.
 Eustacio Rivera, José: 260.

 Faulkner, William: 272.
 Fellman Velarde, José: 292, 310.
 Fernán Caballero: 172
 Fernández Benjamín: 170.
 Fernández, Dora G. de: 284.
 Fernández de Oviedo: 90.
 Fernández Flores, Wenceslao: 236.
 Fernández Naranjo, Nicolás: 68.
 Fichte: 222.
 Finot, Emilio: 20, 142, 189, 197, 217, 217, 263.
 Flauvert: 194, 259.
 Flores, Alfredo: 244, 254.
 Flores, Mario: 247, 249.
 Flores Saavedra, Mery: 315.
 Flores, Zoilo: 163.
 Flores Moncayo, José: 291.
 Fortún, Julia Elena: 263, 284, 291.
 Fóscolo: 224.
 France, Anatole: 194.
 Francovich, Guillermo: 257, 258, 263, 287, 300.
 Freud: 193.
 Frías: 156.
 Frontaura Argandoña, María: 279
 Frontaura Argandoña, Manuel: 262, 270, 302.
 Fuentes Ibáñez, Moisés: 258.
 Fuentes Rodríguez, Luís: 284, 316.
 Fustel de Coulanges: 201.

 Galindo, Néstor: 150.
 Galsworthy: 195.
 Gallardo: 129.
 Gallardo Calderón, Jorge: 247.
 Gallegos, Rómulo: 271.
 Gallegos Lara: 271.

 Ganivet: 194.
 Gantier, Joaquín: 269, 270, 307.
 García, Claudina: 239.
 García Vespa, Hernando: 315.
 Garcilaso de la Vega: 35, 49, 64, 72, 75, 83, 85, 86, 87,
 87, 104, 115, 115, 116.
 Gauthier: 178, 207.
 Gerald: 219.
 Gide: 194, 229, 277.
 Gonzales Durán, Guillermo: 313.
 Giraudoux: 194.
 Gisbert, Teresa: 288, 309.
 Goethe: 152, 221, 256
 Gómara: 90, 102.
 Gómez Carrillo: 218.
 Gosálvez Gabriel: 254.
 González Bravo, Antonio: 67.
 Gorki: 195.
 Goya: 256.
 Goyeneche: 132, 134
 Gracián, Baltazar: 111.
 Granado, Javier del: 278.
 Granado, Monseñor del: 171.
 Greene: 278.
 Guachalla, Luis Fernando: 308.
 Guachalla: 185, 189.
 Guerra, José Eduardo: 234, 235, 239, 242, 265
 Guerra Gutiérrez, Alberto: 313, 316.
 Guttentag, Werner: 300.
 Guevara, Walter: 254, 291.
 Guillén, Jorge: 259.
 Guillén Pinto, Alfredo: 244.
 Guilléstegui: 119.
 Guizot: 169, 183.
 Gumiel: 113, 291.
 Gutiérrez, Alberto: 197.
 Gutiérrez, José Rosendo: 151, 166, 170.
 Gutiérrez Guerra: 185.
 Guyau: 195.
 Guzmán, Augusto: 109, 151, 152, 263, 265, 265, 268,
 269, 270, 291, 300, 301, 314.
 Guzmán, Humberto: 269, 274, 312.
 Guzmán Aspiazú, Mario: 292.
 Guzmán de Rojas Cecilio: 31, 255, 277.

 Huaptmann: 195.
 Haya de la Torre: 261, 278.
 Heath: 36.
 Heidegger: 257
 Heine: 11.
 Hemingway: 272.
 Henríquez Ureña: 20, 148.
 Heredia: 210
 Heredia, Luís: 292, 311.
 Herrera: 46, 90.
 Herrera y Reissig: 207, 210, 224.
 Hertzog: 253.
 Hesiodo: 45.
 Hesse: 296.
 Hochschild, Mauricio: ¡Error! Marcador no definido..
 Hölderling: 152.
 Houghton: 296.
 Huachacúyac: 94.
 Huallparrimachi: 132.
 Huáscar: 87, 88.
 Huayna-Capac: 61, 90, 90.
 Hugo, Víctor: 148, 152, 169, 175, 178, 207, 223.
 Huidobro: 259.
 Humérez, Jaime: 316.
 Huysmans: 194.

Ibañez, Alonso de: 129, 270
 Ibañez, Víctor M.: 67.
 Ibarbourou, Juana de: 277.
 Ibarra, Grasso, D. Edgar: 309.
 Ibsen: 169, 195.
 Icaza: 271.
 Inca-Wirakocha: 86, 89
 Inca. Yupanqui: 87.
 Iñiguez, Felipe: 254.
 Ipiña, Rosa Melgar de: 311.
 Isaacs, Jorge: 269
 Iturralde, Fernando: 92, 189, 273.
 Iturralde Chinel, Luis: 278.
 Iturri Nuñez del Prado, Julio: 313.
 Iturricha, Agustín: 197.

 Jaimes, Julio Lucas: 117, 171, 171, 175.
 Jaimes Freyre, Raúl: 241.
 Jaimes Freyre, Ricardo: 189, 195, 197, 207, 209, 224, 239, 284.
 James: 193.
 Jammes, Francis: 194, 241.
 Jáuregui Rosquellas, Alfredo: 220.
 Jerez: 102.
 Jiménez, Juan Ramón: 194, 259.
 Jofré, Hernógenes: 175.
 Jorge Sand: 152.
 Joubert: 173.
 Jaubin Colombres: 210.

 Kacha-Wilka: 58.
 Kafka: 292.
 Kaiser: 271.
 Kant: 169, 222.
 Kempff Mercado, Enrique: 263, 274, 311.
 Keyserling: 18, 193, 198, 256.
 Kierkegaard: 257.
 Kipling, Rudyard: 34, 195, 219, 242.
 Kramer, Pedro: 67, 171

 Lamartine: 148, 152, 165, 169.
 Lanza: 132, 136
 Lara, Jesús: 80, 92, 93, 94, 103, 105, 258, 264, 271, 272, 302.
 Larra, Mariano José de: 169, 173.
 Lawrence: 35.
 Lazcano Soruco, Francisco: 260.
 Leitón, Roberto: 274, 311.
 Lenin: 195.
 Lenormand: 195.
 Lenz: 151.
 León, Ricardo: 194.
 León Pinelo, Antonio de: 117.
 Leopardi: 235.
 Leigue Castedo, Luis D.: 284.
 Lewin, Noleslao: 269
 Lewy, Peter: 306.
 Lyton, Raúl: 292.
 Libermann, Jacobo: 278, 285.
 Lijerón, Hugo: 310.
 Linares, José María: 147, 149, 156, 156, 159, 163.
 Lira, Luis Felipe: 241.
 Lisle: 207.
 López Albújar: 271.
 López Ballesteros, Sixto: 174.
 López Vidaurre, Reynaldo: 278.
 Lora, Guillermo: 284.
 Lorrain: 195.
 Loti, Pierre: 33, 194.

 Loza, José Manuel: 140, 150, 316,
 Loza, León M.: 198.
 Ludwing, Emil: 268.
 Lugones, Leopoldo: 207, 210, 224.
 Loksic, Luis: 258.
 Luque, Juan: 215.

 Machado: 194.
 Madariaga: 98, 133.
 Maesztu, Ramiro de: 199.
 Majó Framis, Ricardo: 103.
 Makuri: 57.
 Malaparte: 278.
 Mallarmé: 194, 219.
 Mallku-Kaphaj: 55, 55, 56, 82.
 Mamani: 161.
 Mama-Ocillo: 73, 74, 82
 Manco- Cápac: 55, 74, 74, 77, 82.
 Mann, Thomas: 195.
 Mansilla, H. C. Felipe: 316.
 Mansio Sierra de leguisamo: 98.
 Marañón, Gregorio: 194.
 Margueritte: 194.
 Mariátegui: 240, 261, 278.
 Marinetti: 195
 Maritain: 278.
 Maroff, (Véase Navarro, Gustavo): 227.
 Martínez Arsan y Vela, Bartolomé: 118, 119.
 Martínez Vela: 118
 Martínez, Jaime: 316.
 Martínez Salguero, J.: 313.
 Marx: 195.
 Mara, Pedro: 194.
 Matienzo, Juan de: 117.
 Matos: 257.
 Maugham, Sommerset: 33, 242.
 Maupassant, Guy de: **¡Error! Marcador no definido.,**
¡Error! Marcador no definido., ¡Error! Marcador no
definido..
 Maurois: 258, **¡Error! Marcador no definido..**
 Maya-Cápac: 38, 74, 83.
 Medina, Cura: 132
 Medina, Juan de: 117.
 Medinaceli, Gustavo: 278.
 Medinaceli, Carlos: 20, 26, 171, 173, 181, 207, 209, 210, 215, 233, 234, 235, 238, 238, 240, 245, 249, 292, 305.
 Melgarejo: 147, 150, 156, 159, 219.
 Méndez: 132, 164.
 Méndez, Pedro: 117.
 Mendizábal Sta. Cruz, Luis: 258.
 Mendoza: 164, 189, 237, 239, 260
 Mendoza, Fray Diego de: 109.
 Mendoza, Jaime: 32, 189, 198, 204, 205, 206, 207, 212, 268, 271.
 Mendoza, Gunnar: 260, 290,
 Mendoza López, Max: **¡Error! Marcador no definido..**
 Mendoza López, Vicente: 254.
 Mendoza Nava, Jaime: 268.
 Mendoza, Samuel: 316.
 Menéndez Pelayo: 110, 183, 194.
 Mendieta Pacheco, Wilson: 312.
 Mercado: 132, 132
 Meriles, Valentín: 249.
 Mesa, José de: 288, 309.
 Metternich: 219.
 Michel: 132.
 Michelet: 201.
 Middendorff: 65.
 Miranda Rico, René: 316.
 Miralles B., Enrique: 278.

Mirbeau: 194.
 Miró, Gabriel: 194.
 Misti-Willka: 58.
 Mistral, Gabriela: 19.
 Mitre, Eduardo: 315.
 Moctezuma: 90.
 Molina, soldado de Pizarro: 102.
 Molina, Osvaldo: 214.
 Molina, Padre: 90.
 Molina, Plácido: 220.
 Monje Gutiérrez: 253.
 Monje Landivar, Mary: 315.
 Monje Ortiz, Zacarías: 68, 247.
 Montaña Daza, Carlos: 278.
 Montaña: 93.
 Monteagudo, Bernardo: 132, 133, 140
 Montenegro, Carlos: 105, 124, 254, 261, 263
 Montenegro, Walter: 274.
 Montes Ismael: 185, 187, 189, 190, 196, 191, 192, 198, 229.
 Montesinos, Fernando: 50, 57, 64, 91.
 Montherlant: 194.
 Morand Paul: 194, 241.
 Moreno, Mariano: 30, 138, 150, 155, 164, 289.
 Morúa, Padre: 90..
 Mossi, Padre: 92, 93.
 Moxó y Francoli, Benito: 130, 131, 133, 134, 134, 135, 256.
 Mujía, María Josefa: 150.
 Mujía, Ricardo: 174, 176.
 Muller: 69.
 Mulu-khahuana: 61.
 Mulu-Pukara: 61.
 Muñecas, Cura: 132.
 Muñoz cabrera, Juan Ramón: 140.
 Muñoz Cornejo: 189.
 Munguía, Julio Aquiles: 271.
 Murillo: 31, 101, 132, 136, 269.
 Murillo Vacarrea, Josermo: 244.
 Musset, Hugo: 148.

 Napoleón: 127.
 Navarro, Gustavo: 227, 229, 303.
 Nervo, Amado: 218.
 Nielsen Reyes, Federico: 311.
 Nietzsche: 193, 222.
 Nisthaus, Jaime: 316.
 Noailles, Condesa de: 194.
 Novalis: 152.
 Nuñez del Prado, Marina: 31, 255.

 Oblitas: 164.
 Oblitas Poblete, Enrique: 313.
 Ocampo Moscoso, Eduardo: 260, 308.
 O'Connor D'Arlach, Tomás: 174.
 Ochoa: 171.
 Ochoa, Rubén: 312.
 Olañeta, Casimiro: 136, 136, 138, 140.
 Olmedo López, Eduardo: 278.
 Ollanta: 61.
 Omiste, Modesto: 117, 170, 171,
 Omonte, Zenón: 267.
 Oncken: 76.
 Ondegardo: 46, 64.
 O'Neill: 248.
 Orellana: 274.
 Oropeza, Jael: 189, 258.
 Ortega: 256.
 Ortega, José: 311.
 Ortega y Gasset: 193.

 Ortiz Pacheco, Nicolás: 241, 247.
 Ortiz Sanz, Fernando: 258, 290, 307.
 Ostria Gutiérrez, Alberto: 189, 243, 291.
 Otero, Gustavo Adolfo: 47, 67, 110, 118, 122, 123, 164, 181, 182, 188, 189, 234, 236, 237, 237, 285.
 Otero Calderón, Jaime: 255.
 Otero Reich, Raúl: 258, 277, 304.
 Oyola Cuéllar: 170.

 Pacha: 87.
 Pachacútec: 86, 87,
 Pachakuti Salkamaywa: 46, 91.
 Pacheco: 163, 188, 286.
 Pacheco, Gastón: 264.
 Pacheco, María Luisa de: 286.
 Padilla: 132, 136.
 Padilla, Mario: 283.
 Pagador: 129.
 Palacios: 163, 240.
 Palacio Valdés, Armando: 194.
 Palma, Ricardo: 117, 171.
 Palza, Humberto: 233, 233, 247.
 Pando: 185, 185, 189, 190
 Pantoja, Alandia: 285.
 Papini: 195.
 Pardo Bazán, Emilia: 172.
 Pardo Valle, Nazario: 244.
 Paredes, Rigoberto: 47, 47, 70.
 Paredes, Maximiliano: 69, **¡Error! Marcador no definido.**
 Paredes Candia, Antonio: 313.
 Pareja Moreno, Alcides: 316.
 Pasquier, Juan: 117.
 Pastor Poppe, Ricardo: 310.
 Patiño: 188.
 Patiño, Simón I.: 188, 230, 267, 286
 Paulovich: 312.
 Paz, Luis: 171, 189.
 Paz Campero, Javier: 254.
 Paz Estenssoro, Víctor: 253, 254, 279, 281, 291.
 Pazos Kanki, Vicente: 65, 92, 137, 138.
 Péguay: 278.
 Peñaloza, Luis: 277, 284.
 Peláez, Rafael: 273, 274.
 Peñaranda: 252.
 Peñaranda, Claudio: 241
 Peñaranda Durán, Néstor: 67.
 Peralta Soruco, Pepita: 315.
 Pereda, José María de: 172, 173.
 Pereira, Diómedes: 244.
 Pérez: 161.
 Pérez, Melchor: 113, 285.
 Pérez Castillo de Carvajal, Emma: 240.
 Pérez de Holguín, Melchor: 113.
 Pérez Galdós, Benito: 169, 172.
 Philippe, Charles-Louis: 249.
 Picabea: 194.
 Picón Salas, Mariano: 53, 97, 103.
 Pinilla: 170, 185.
 Pinto, Manuel María: 197, 207, 208.
 Pinrandello: 195, 271.
 Pitágoras: 43.
 Pizarro, Felipe: 67.
 Pizarro, Francisco: 60, 99, 135
 Pizarro, Gonzalo: 128.
 Pizarro, Pedro: 102.
 Plejanov: 195.
 Poe: 256.
 Pol, José: 175.
 Poma de Ayala, Guamán: 46, 91, 121, 124, 272.

Ponce Sanjinés, Carlos: 47, 263, 305.
 Posnansky, Arturo: 47, 66, 67, 71, 91, 121, 189, 284, 290.
 Portanda Ramos, Mario: 311.
 Prado Oropeza, Renato: 311.
 Prescott: 81, 91.
 Prévost: 194, 215.
 Proust: 194, 259.
 Prudencio, Roberto: 69, 127, 176, 181, 200, 235, 256, 258, 303.
 Prudencio Bustillo, Ignacio: 150, 155, 165, 233.
 Pucher, Leo: 47.
 Puma-Khagna: 58.

Quental, Antero de: 235.
 Quesada, Vicente G.: 119, 292.
 Qurejazu Calvo, Roberto: 306.
 Quevedo, Francisco de: 111.
 Quintanilla: 252.
 Quintiliano: 15.
 Quiroga, Horacio: 274.
 Quiroga Santa Cruz, Marcelo: 310.
 Quiroga Vargas, María: 258.
 Quiróz, Juan: 292.

Rafael: 114.
 Ramallo: 150.
 Ramírez: 189, 202.
 Ramírez Velarde, Fernando: 274.
 Ramos Gavilán, Alonso: 109.
 Recacochea, Juan: 314.
 Reinaga, Fausto: 279.
 Remarque: 264.
 Renán: 169, 181, 194.
 René Moreno, Gabriel: 31, 120, 122, 124, 130, 135, 135, 140, 150, 170, 175, 176, 179, 184, 192, 199, 230, 277, 292.
 Reyerros, Rafael: 261,
 Reyes, Adolfo: 239.
 Reyes Ortiz, Félix: 150, 151, 185.
 Reynolds, Gregorio: 189, 195, 234, 235.
 Reza, Jorge de la: 277.
 Rilke, Rainer María: 259.
 Rios Bridoux, Gustavo: 255.
 Rios, Ada Castellano de: 315
 Riva Agüero: 15, 115.
 Rivadavia: 137, 183.
 Rivera: 212, 275.
 Rivera Rodas, Oscar: 313.
 Rivet, Paul: 65, 92.
 Rocha Monroy, Enrique: 313.
 Roca, José Luis: 316.
 Rodenbach: 235.
 Rodó, José Enrique: 198.
 Rodrigo, Saturnino: 245.
 Rodríguez, Simón: 144.
 Rojas: 189
 Rojas, Casto: 220
 Rojas Camacho, Alfredo: 311.
 Rojas, Guzmán de: 31.
 Rolón Anaya, Mario: 278, 284.
 Rolland, Romain: 194.
 Romero, Carlos: 189, 198, 316.
 Romero, Gonzalo: 255, 278, 309.
 Romero Loza, José: 312.
 Rospigliosi, Félix: 316.
 Rostand: 194.
 Rousseau, Juan Jacobo: 130.
 Rubén, Darío: 207, 210, 218, 224
 Ruiz Gonzales René: 284.

Ruiz, Víctor: 241, 247.
 Russe, Jean: 315.

Saavedra: 185, 189, 190, 197, 227, 230
 Saavedra, Bautista: 67, 189, 190, 196, 208.
 Saavedra Nogales, Alberto: 249.
 Saavedra Pérez, Alberto: 247.
 Saavedra Pinochet, Rafael: 314.
 Saielli, Mario: 224.
 Saint-Beuve: 181.
 Sainz, José Antonio: 241.
 Saenz, Jaime: 291, 306.
 Salamanca, Daniel: 185, 189, 193, 196, 226, 226, 229, 229, 252
 Salamanca, Rodolfo: 260, 279.
 Salamanca, Hugo: 284.
 Salas, Angel: 175, 247.
 Salas, Baltazar: 104.
 Salazar, Elsa. Paredes de: 311
 Salinas, José María: 244, 263.
 Salinas Aramayo, Carlos: 254.
 Salmón, Raúl: 270, 292, 313.
 Samain: 207.
 Sanabria Fernández, Hernando: 263, 277, 309.
 San Alberto, Arzobispo: 130,
 Sánchez, Florencio: 271.
 Sánchez Bustamante, Daniel: 188, 189, 196, 198, 198.
 Sánchez Bustamante de Urioste, María Luisa: 240.
 Sánchez de Velasco: 149.
 Sánchez Narvaéz, Enrique: 278.
 Sánchez Rossel, Alberto: 270, 275
 Sandí, Marvin: 308.
 Sanín Cano: 133.
 Sanjinés, Alfredo: 170, 219.
 Santa Cruz: 147, 156, 159.
 Santa Cruz, Víctor: 261.
 Santiesteban, Monseñor: 171.
 Sapalla: 60.
 Saracho: 189.
 Sarmiento de Gamboa: 61, 90.
 Sartre: 248, 271, 278.
 Sattori Román, Félix: 231.
 Scott, Walter: 169.
 Schiller: 152.
 Shopenhauer: 169, 235.
 Schultzer Arana, Beatriz: 258, 315.
 Serrano, José Mariano: 137.
 Serrate Reich, Carlos: 255, 278.
 Shaw, Bernard: 195.
 Shimone, Pedro: 315.
 Siles: 185, 189, 196, 227, 230, 254
 Siles, Jorge: 278
 Siles Guevara, Juan: 311, 315.
 Siles Salinas, Luis Adolfo: 316.
 Siles Zuazo, Hernán: 254, 279, 281.
 Simmel: 193, 198
 Sinchi-Roca: 83.
 Smith, Adam: 163.
 Sobrino, Juan: 119.
 Sofocles: 234.
 Solón Romero: 285
 Soria Lens, Luis: 68.
 Soria, Mario: 310.
 Soriano Badani, Armando: 313.
 Sorolla: 183.
 Soruco Rodríguez, Enrique: 271
 Sotomayor, Ismael: 261
 Spencer: 169, 180, 193.
 Spengler: 23, 193
 Steinbeck: 272.

Stirner: 222.
Strachey Leytton: 268.
Stumpff, Gustavo: 254.
Suárez, Faustino: 254.
Suárez, Gastón: 310.
Suárez, Jorge: 316.
Subieta Sagárnaga, Luis: 220.
Sucre, Antonio José de: 129, 136, 136, 138, 144,

Taboada Terán, Néstor: 311.
Taborga, Carlos Gregorio: 263.
Taborga, Luis: 244.
Taborga, Huáscar: 284.
Taborga, Miguel de los Santos: 170, 171.
Tacuilla: 59, 59.
Tagore: 195, 213, 241.
Taine, Hipólito: 19, 169, 181, 194, 201
Tamayo, Franz: 31, 48, 69, 176, 189, 195, 200, 207, 208,
212, 220, 223, 223, 225, 225, 256, 261
Tamayo, Isaac: 68, 176, 189, 190.
Tamayo, Marcial: 290.
Tapia, De la: 164.
Tarde: 193.
Teixidó, Raúl: 312.
Tejada Sorzano: 196,
Tello: 91.
Terán, Vicente: 275.
Terrazas, Mariano Ricardo: 152.
Tintico: 113.
Urco (Véase Inca-Yupanqui): 87.
Vaca Guzmán, Ernesto: 270.
Vaca Guzmán, Santiago: 23, 150, 151, 155, 164, 167,
168
Vaca Toledo, Fernando: 312.
Vacano, Arturo von: 312.
Valcárcel: 91
Valdés, Julio César: 172, 173, 239.
Valdés, Abraham: 260.
Valdés, Antonio: 92.
Valencia, Guillermo: 207.
Valencia Vega, Alipio: 269, 283, 307.
Valera, Padre: 46, 64, 90, 114, 116.
Valéry: 194, 258.
Valle, Evaristo: 149, 156.
Valle-Inclán, Ramón del: 194, 242.
Varas Reyes, Víctor: 263.
Vargas: 255.
Vargas Vila: 194.
Vasconcelos: 18, 198, 240
Vásquez: 284, 284.
Vásquez Machicado, Humberto: 260.
Vásquez Machicado, José: 260
Vega, Julio de la: 278, 312.
Velasco: 147
Velasco Aragón, Luis: 221, 225.
Velasco, Maidana: 255.
Velasco, Mario: 316.
Velázquez: 119.

Zalles: 150.
Zamudio, Adela: 172, 173, 174, 244.
Zárate: 91, 64.
Zapata Brill, Norah: 315.
Zavaleta, René: 284
Zelaya, Alberto: 67.
Zola: 169, 194, 272.
Zorrilla: 169.
Zuazo, Alberto: 316.
Zudañez: 132.

Tito Yupanqui: 114.
Toledo, virrey: 106.
Tornero, Ana Rosa: 240.
Toro, David: 252, 254
Toro Ramallo, Luis: 264.
Tovar: 150.
Toynbee, Arnold: 257.
Trigo, Ciro Félix: 263, 263.
Tristán Maroff (Véase Navarro, Gustavo A.): 227, 229.
Túpac-Amaru: 129.
Túpac-Inca-Yupanqui: 76, 87.
Turgueniev: 169.

Ugarte: 189, 240.
Unamuno, Miguel de: 11, 194, 199, 258.
Unzaga de la Vega, Oscar: 254.

Unzueta, Mario: 271.
Urcullo, Manuel María: 136, 137, 149.
Urquidí, Arturo: 254, 262.
Urquidí, José Macedonio: 198, 220.
Urriolagoitia: 253.
Urzagasti, Jesús: 316.
Urteaga: 91.
Uzín Fernández, Oscar: 312.

Vaca Chávez: 189, 276.
Vaca Díez: 163.

Venegas, Reynaldo: 278.
Verlaine: 194, 207.
Viaña, José Enrique: 249.
Vidal, Pedro: 243.
Vidaurre, Enrique: 311.
Vigny, Alfredo de: 152, 207.
Vilches, Ernesto Hilario: 284.
Vilela, Arturo: 278, 279, 311.
Vilela, Luis F.: 258
Villagómez, Guido: 258.
Villalobos, Rosendo: 174.
Villamil de Rada: 46, 48, 54, 66, 68, 153, 153, 154, 284.
Villarroel, Fray Gaspar: 130,
Villarroel, Gualberto: 157, 252, 270, 280.
Villarroel Claure, Rigoberto: 277.
Villazón: 185, 189, 190.
Villégas, Alberto de: 241
Viscarra Fabre, Guillermo: 170, 241, 259, 259
Vivaldi: 109.
Voltaire: 130.
Wallparrimachi: 93
Warnes: 132
Wassermann: 195.
Wilde, Oscar: 195.
Wietuchter, Blanca: 315.
Wundt: 193.
Wyck Brooks, Van: 24.
Yahuar-Huáccac: 85.

Zumeta, César:
Zweig: 268.

INDICE ALFABETICO
DE OBRAS CITADAS

- Abalorios: 17HCAPITULO XV
Abaroa: 14HCAPITULO XII .
Adela: 14HCAPITULO XII .
Adela Zamudio: 17HCAPITULO XV .
Agonía de dos Juan, (La): 14HCAPITULO XII .
Aguafuertes: 15HCAPITULO XIII .
Aguas estancadas: 13HCAPITULO XI .
Aimáras (Los): 6HCAPITULO IV y 13HCAPITULO XI .
Alma y sendero: 16HCAPITULO XIV .
Alonso de Ibáñez: 13HCAPITULO XI .
Altiplano: 15HCAPITULO XIII y 17HCAPITULO XV .
Alto de las Animas (EL): 14HCAPITULO XII .
Aluvión de fuego: 15HCAPITULO XIII .
América Latina, un enigma: 17HCAPITULO XV .
Amplificaciones temáticas: 17HCAPITULO XV .
Anales de la Villa Imperial de Potosí: 9HCAPITULO VII .
Andes: 17HCAPITULO XV .
Andes no creen Dios(Los): 17HCAPITULO XV .
"Andinismo" del Chaco...(EI): 15HCAPITULO XIII .
Angel Exterminador (EI): 17HCAPITULO XV .
Angélica: 15HCAPITULO XIII .
Aniceto Arce: 14HCAPITULO XII .
Aniversario de Boda: 14HCAPITULO XII .
Ante la Historia: 17HCAPITULO XV .
Antología: 16HCAPITULO XIV .
Antología Boliviana: 13HCAPITULO XI .
Antología Colonial: 16HCAPITULO XIV .
Antología de la poesía paceña: 15HCAPITULO XIII .
Antología Poética: 16HCAPITULO XIV .
Antología del cuento Chileno-Boliviano: 17HCAPITULO XV .
Antología del cuento Boliviano: 17HCAPITULO XV .
Antología Colonial de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
Antología del Carnaval de Oruro: 17HCAPITULO XV .
Antología de la Oratoria: 17HCAPITULO XV .
Antología del Teatro Boliviano: 17HCAPITULO XV .
Antología Pedagógica de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
Antología de la Poesía Boliviana: 17HCAPITULO XV .
Antropología y sociología de las razas interandinas: 5HCAPITULO III y 6HCAPITULO IV .
Añejerías paceñas: 15HCAPITULO XIII .
Años Pasados, (Los): 16HCAPITULO XIV .
Aparición: 13HCAPITULO XI .
¡A París muchachos!: 14HCAPITULO XII .
Apiaguapi Tumpa: 17HCAPITULO XV .
Apocalipsis de Antón, (EI): 17HCAPITULO XV .
Apuntes para la historia de la Revolución del Alto Perú: 10HCAPITULO VIII .
Apuntes sobre la guerra de los quince años: 11HCAPITULO IX .
Apuntes sobre tópicos internaciones: 13HCAPITULO XI .
Apuntaciones sobre literatura potosina: 17HCAPITULO XV .
Arco Iris: 14HCAPITULO XII .
Argal: 17HCAPITULO XV .
Arimaki: 17HCAPITULO XV .
Arquitectura Andina en la Colonia, (La): 17HCAPITULO XV .
Arte Contemporáneo: 15HCAPITULO XIII .
Arte de los Metales (EI): 9HCAPITULO VII .
Arte folklórico en Bolivia (EI): 6HCAPITULO IV .
Arte y cultura en el Ande Boliviano: 6HCAPITULO IV .
A la vera del mar: 13HCAPITULO XI .
Alba de ternura: 16HCAPITULO XIV .
Alba rota: 17HCAPITULO XV .
Alegatos: 16HCAPITULO XIV .
Alfabetizador del indio: 6HCAPITULO IV .
Algo permanece en el tiempo: 17HCAPITULO XV .
Alma de la provincia (EI): 14HCAPITULO XII .
Arte y gramática de la lengua aimára: 9HCAPITULO VII .
Asistir al tiempo: 17HCAPITULO XV .
Atacama: 17HCAPITULO XV .
Atahualpa:
7HCAPITULO V
7HCAPITULO V y
12HCAPITULO X .
Auka-Kallo: 6HCAPITULO IV .
Auquénido y la cosmogonía ameresiana (EI): 5HCAPITULO III .
Autopsia de la doctrina de Monroe: 15HCAPITULO XIII .
Aventura y el orden (La): 17HCAPITULO XV .
Avitaminosos (Los): 15HCAPITULO XIII .
Ayllu: 6HCAPITULO IV .
Bagatelas: 13HCAPITULO XI .
Bajo el oscuro Sol: 17HCAPITULO XV .
Baptista: 15HCAPITULO XIII .
Barricada (La): 17HCAPITULO XV .
Batalla del Pari (La):
12HCAPITULO X .
Belzu: 16HCAPITULO XIV .
Bellacos y Paladines: 17HCAPITULO XV .
Bellísima Floriana (La):
12HCAPITULO X .
Beni: 14HCAPITULO XII .
Berenice: 15HCAPITULO XIII .
Bermejo: 17HCAPITULO XV .
Bestia (La): 16HCAPITULO XIV .
Bibliografía jurídica boliviana: 16HCAPITULO XIV .
Bibliografía Boliviana: 17HCAPITULO XV .
Bibliographie des langues aimára e quichua:
7HCAPITULO V .
Biblioteca boliviana: 14HCAPITULO XII .
Bigote de trinche: 17HCAPITULO XV .
Biografías de la Literatura Boliviana: 17HCAPITULO XV .
Biografía de Bolivia:
12HCAPITULO X .
Biografía de Nicómedes Antelo:
12HCAPITULO X .
Biografía de Pacheco: 13HCAPITULO XI .
Boîte Russe: 14HCAPITULO XII .
Bolivia escribe: 17HCAPITULO XV .
Bolivia, el desarrollo de la Comunidad Nacional: 17HCAPITULO XV .
Bolivia Mágica: 17HCAPITULO XV .
Bolivia: nación en desarrollo: 17HCAPITULO XV .
Bolivia bajo la administración de Santa Cruz: 13HCAPITULO XI .
Bolivia, en el concierto del Plata: 15HCAPITULO XIII .
Bolivia: su estructura y sus derechos en el Pacífico: 13HCAPITULO XI .
Bolivia y la triple política: 13HCAPITULO XI .
Bolivianas ilustres: 13HCAPITULO XI ...

Bolivia y los ingleses: 17HCAPITULO XV .
 Bolivia, la Cuba ignorada: 16HCAPITULO XIV .
 Bolivia, su historia y su cultura: 17HCAPITULO XV .
 Bolívar en Junín:
 12HCAPITULO X .
 Borde del silencio (Al): 17HCAPITULO XV .
 Borges, enigma y clave: 16HCAPITULO XIV .
 Borrachera verde: 15HCAPITULO XIII .
 Borrachera en el Valle: 17HCAPITULO XV .
 Bosquejo de los progresos
 de Hispanoamérica: 11HCAPITULO IX .
 Breve ensayo sobre el periodismo: 14HCAPITULO XII .
 Brujo (El):
 12HCAPITULO X .
 Bruma: 17HCAPITULO XV .
 Bucarest, Praga, Moscú: 17HCAPITULO XV .
 Busca de El dorado (En): 17HCAPITULO XV .
 Búsqueda (La): 17HCAPITULO XV .

 Cabeza de Warnes (La):
 12HCAPITULO X .
 Cabezas: 14HCAPITULO XII .
 Calama:
 12HCAPITULO X .
 Calidad y esencia de la lengua aimára: 6HCAPITULO IV .

 California la bella: 13HCAPITULO XI .
 Calles de La Paz (Las): 17HCAPITULO XV .
 Caminando por Europa: 17HCAPITULO XV .
 Camino y la aurora (Un): 17HCAPITULO XV .
 Caminos del exceso (Los): 17HCAPITULO XV .
 Campana de plata (La): 14HCAPITULO XII .
 Canaima: 15HCAPITULO XIII .
 Candidatura de Rojas (La): 13HCAPITULO XI ...
 Cañoto: 17HCAPITULO XV .
 Caquiaviri: 15HCAPITULO XIII .
 Carnaval de Oruro: 16HCAPITULO XIV .
 Cartas mexicanas: 10HCAPITULO VIII .
 Casa de la abuela (La): 14HCAPITULO XII .
 Casa solariega: 13HCAPITULO XI ...
 Cartografía boliviana: 17HCAPITULO XV .
 Casa superior: 17HCAPITULO XV .
 Casimiro Olañeta: 17HCAPITULO XV .
 Castalia Bárbara: 13HCAPITULO XI .
 Catálogo del Archivo de Moxos
 y Chiquitos:
 12HCAPITULO X .
 Catálogo de la bibliografía boliviana: 17HCAPITULO XV .

 Caucho: 14HCAPITULO XII .
 Caudillo de los Valles (El): 17HCAPITULO XV .
 Caudillos bárbaros (Los): 13HCAPITULO XI .
 Caudillos letrados (Los): 13HCAPITULO XI .
 Celeste: 13HCAPITULO XI .
 Celincha: 16HCAPITULO XIV .
 Cerámica boliviana como
 factor de cultura (La): 6HCAPITULO IV .
 Cerámica de Tiwanaku: 6HCAPITULO IV .
 Cerco de Penumbas: 16HCAPITULO XIV .
 Cien mejores poesías bolivianas (Las): 17HCAPITULO
 XV .
 Cien obras capitales de
 la literatura boliviana (Las): 17HCAPITULO XV .
 Cien poemas para
 niños: 16HCAPITULO XIV y 17HCAPITULO XV .
 Cifra de las rosas: 16HCAPITULO XIV y
 17HCAPITULO XV .
 Cimas y valores del pensamiento
 boliviano: 17HCAPITULO XV .
 Cinismo (El): 17HCAPITULO XV .

 Ciudad de piedra: 15HCAPITULO XIII .
 Ciudad crece (La): 17HCAPITULO XV .
 Coca: 15HCAPITULO XIII .
 Cochabamba: 17HCAPITULO XV .
 Código de la Educación Boliviana: 16HCAPITULO XIV
 ...
 Código Internacional:
 12HCAPITULO X .
 Cofre de Psiquis (El): 14HCAPITULO XII .
 Colecciones de paisajes: 15HCAPITULO XIII .
 Comentarios marginales: 14HCAPITULO XII .
 Comentarios Reales: 6HCAPITULO IV ,
 7HCAPITULO V , 9HCAPITULO VII .
 Comunidad indígena (La): 15HCAPITULO XIII .
 Conciencia Nacional: 17HCAPITULO XV .
 Con el alma de cristal: 15HCAPITULO XIII .
 Condehuyo: 15HCAPITULO XIII .
 Confederación Perú-Boliviana (La): 17HCAPITULO XV
 .
 Con la muerte a cuestas: 17HCAPITULO XV .
 Conquistadores (Los): 13HCAPITULO XI .
 Conquista de la Nueva Toledo (La): 17HCAPITULO XV .
 Copagira: 17HCAPITULO XV .
 Copla vivida (La): 17HCAPITULO XV .
 Continente enfermo: 13HCAPITULO XI .
 Copacabana de los Incas: 8HCAPITULO VI .
 Corazón adentro: 14HCAPITULO XII .
 Cordillera de sangre: 17HCAPITULO XV .
 Cornelio Saavedra: 17HCAPITULO XV .
 Cosecha de Dios (La): 17HCAPITULO XV .
 Creación de la pedagogía nacional (La): 6HCAPITULO
 IV ,
 12HCAPITULO X , 13HCAPITULO XI , y
 15HCAPITULO XIII .
 Creación de una nacionalidad (La): 13HCAPITULO XI .
 Crestomatía boliviana: 14HCAPITULO XII .
 Criatura del alba: 15HCAPITULO XIII .
 Criminología: 16HCAPITULO XIV .
 Cristo de marfil (El): 14HCAPITULO XII .
 Crítica del duelo: 13HCAPITULO XI .
 Cronario de la ciudad de Jesús Montes Claros de los
 Caballeros: 17HCAPITULO XV .
 Crónica de los Charcas: 9HCAPITULO VII .
 Crónica del Perú y del señorío
 de los incas (La):
 7HCAPITULO V .
 Coronica moralizadora:
 7HCAPITULO V ,
 7HCAPITULO V , 9HCAPITULO VII
 Crónicas parlamentarias: 15HCAPITULO XIII y
 13HCAPITULO XI .
 Crónicas potosinas: 9HCAPITULO VII y
 16HCAPITULO XIV .
 Croquis:
 12HCAPITULO X .
 Cruz diablo: 14HCAPITULO XII .
 Cruz del Sur: 17HCAPITULO XV .
 Cuatro tonos del kikiriki (Los): 17HCAPITULO XV .
 Cuadro histórico de las Indias: 10HCAPITULO VIII .
 Cuadros de dos mundos: 13HCAPITULO XI .
 Cuando el viento agita las banderas: 15HCAPITULO XIII
 .
 Cuando vibraba la entrada de plata: 14HCAPITULO XII .
 Cuando vuelva mi hijo: 14HCAPITULO XII .
 Cuentos: 17HCAPITULO XV .
 Cuento boliviano (El): 17HCAPITULO XV .
 Cuentos chapacos: 17HCAPITULO XV .
 Cuentos (Zamudio):
 12HCAPITULO X .
 Cuentos chaqueños (Los): 15HCAPITULO XIII .

Cuentos de dos climas: 15HCAPITULO XIII .
 Cuentos de pueblo chico: 16HCAPITULO XIV .
 Cuentos del Alto Perú: 13HCAPITULO XI .
 Cuentos quechuas: 14HCAPITULO XII .
 Cuerpos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Cuestión del Pacífico (La): 13HCAPITULO XI .
 Cultura aimára: 6HCAPITULO IV .
 Cultura boliviana: 15HCAPITULO XIII .
 Cultura callawayá: 17HCAPITULO XV .
 Cultura de los Incas (La): 17HCAPITULO XV .
 Cultura Nativa (La): 17HCAPITULO XV .
 Cutimuncu: 15HCAPITULO XIII .

Chabelita (La):
 12HCAPITULO X .
 Chaco: 15HCAPITULO XIII .
 Chacha-Puma: 6HCAPITULO IV .
 Chaskañawi (La): 14HCAPITULO XII , , ...
 Chihuanhuayus y achanaras: 15HCAPITULO XIII .
 Cholitas del amigo Uría (Las): 14HCAPITULO XII .
 Cholo Portales (El): 13HCAPITULO XI .

Danza de las sombras: 13HCAPITULO XI .
 De la Conquista a la Independencia: 8HCAPITULO VI .
 Delia:
 7HCAPITULO V .
 Del mar y la ceniza: 16HCAPITULO XIV .
 De mi tierra: 14HCAPITULO XII .
 De mi tierra y de mi alma: 13HCAPITULO XI .
 De un siglo a otros: 16HCAPITULO XIV .
 Democracia en nuestra historia (La): 13HCAPITULO XI .
 Derecho agrario boliviano: 16HCAPITULO XIV .
 Derecho constitucional boliviano: 15HCAPITULO XIII .
 Derecho de matar (El): 14HCAPITULO XII .
 Derecho al Mar (El): 17HCAPITULO XV .
 Desarrollo de la conciencia nacional: 16HCAPITULO XIV .

Descendiente del Imperio incaico (Los):
 7HCAPITULO V .
 Descubridores y Exploradores
 de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Desierto Verde: 14HCAPITULO XII .
 Desprecio de todos (El): 14HCAPITULO XII .
 Desvelo de lámpara: 17HCAPITULO XV .
 Días amargos: 11HCAPITULO IX .
 Diccionario de la Literatura Boliviana: 17HCAPITULO
 XV .
 Dictador suicida (El): 16HCAPITULO XIV ,
 17HCAPITULO XV .
 Dictadura y la anarquía (La): 13HCAPITULO XI .
 Discursos parlamentarios: 14HCAPITULO XII y
 16HCAPITULO XIV .
 Doce lecciones sobre Bolívar: 15HCAPITULO XIII .
 Doctor Montes y la política liberal (El): 13HCAPITULO XI .

Don Clemente Diez de Medina:
 12HCAPITULO X .
 Don Segundo Sombra: 3HCAPITULO 1 .
 Don Tomás: 17HCAPITULO XV .
 Doña Bárbara: 3HCAPITULO 1 .
 Doña Juana Sánchez: 13HCAPITULO XI .
 Drama comedia en el Congreso: 16HCAPITULO XIV .
 Dulce y amargo: 17HCAPITULO XV .

Ecclesia versus Scientia: 13HCAPITULO XI .
 Edipo Rey: 14HCAPITULO XII .
 Ekeko: 6HCAPITULO IV .
 En las tierras de Enín: 17HCAPITULO XV .
 Enmascarada (La): 16HCAPITULO XIV .
 Embrujo del oro (El): 14HCAPITULO XII ...

Encrucijadas: 15HCAPITULO XIII .
 En la pendiente: 14HCAPITULO XII .
 En la ruta de Nuflo de Chávez: 15HCAPITULO XIII .
 En la ruta del indiano: 16HCAPITULO XIV y
 17HCAPITULO XV .
 En las tierras del Potosí: 13HCAPITULO XI .
 Ensayo de historia de Bolivia: 11HCAPITULO IX .
 Ensalada rusa: 17HCAPITULO XV .
 Ensayo de una filosofía jurídica: 14HCAPITULO XII .
 Ensayo contemporáneo: 17HCAPITULO XV .
 Ensayo pascaliano: 17HCAPITULO XV .
 Ensayo sobre la realidad bolivianas: 17HCAPITULO XV .

Epigramas griegos: 5HCAPITULO III y 13HCAPITULO
 XI .
 Episodios trágicos de la historia
 de Bolivia: 15HCAPITULO XIII .
 Era una vez...: 13HCAPITULO XI .
 Erebo: 16HCAPITULO XIV .
 Escarabajo Gris, Cuentos: 17HCAPITULO XV .
 Escarpelo: 16HCAPITULO XIV .
 Escenario andino y el hombre (El): 17HCAPITULO XV .
 Esclavos negros en Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Escritores bolivianos contemporáneo: 17HCAPITULO
 XV .
 Escritores bolivianos en el Siglo XX: 17HCAPITULO XV .

Escuela de pillos (La): 15HCAPITULO XIII .
 Estado boliviano y la unidad
 peruana (El): 15HCAPITULO XIII .
 Estampas bolivianas: 14HCAPITULO XII .
 Estampas de la Biblia: 15HCAPITULO XIII .
 Estandartes del Rey (Los): 17HCAPITULO XV .
 Estancias: 14HCAPITULO XII .
 Esteban Arze: 15HCAPITULO XIII .
 Este país tan sólo en su agonía: 17HCAPITULO XV .
 Estrella amotinada (La): 17HCAPITULO XV .
 Estrella segregada: 17HCAPITULO XV .
 Estrellas y el silencio (De las): 17HCAPITULO XV .
 Estrofas nómadas: 13HCAPITULO XI .
 Estructuralismo (El): 17HCAPITULO XV .
 Estudio preliminar: 13HCAPITULO XI .
 Estudios biográficos: 13HCAPITULO XI .
 Estudios críticos: 14HCAPITULO XII .
 Estudios sintéticos de la
 literatura boliviana: 13HCAPITULO XI .
 Estudio sobre la lengua aimára: 6HCAPITULO IV .
 Estudios bolivianos: 17HCAPITULO XV .
 Eternos vagabundos (Los): 15HCAPITULO XIII .
 Etnografía boliviana: 15HCAPITULO XIII ,
 Eva Perón: 17HCAPITULO XV .
 Excertas Aymaru-Aymara: 9HCAPITULO VII .

Fantasía coral: 16HCAPITULO XIV .
 Felicidad desconcierta (La): 14HCAPITULO XII .
 Felipe Delgado: 17HCAPITULO XV .
 Félix Avelino Aramayo: 14HCAPITULO XII .
 Fervor: 17HCAPITULO XV .
 Fiesta y Revolución: 17HCAPITULO XV .
 Figura y carácter del indio: 6HCAPITULO IV ,
 14HCAPITULO XII , 15HCAPITULO XIII .
 Figuras animadas: 13HCAPITULO XI .
 Figuras de la cultura boliviana: 14HCAPITULO XII .
 Figuras de la cultura boliviana actual: 17HCAPITULO XV .

Filosofía (La): 17HCAPITULO XV .
 Filosofía de la educación en Bolivia (La): 14HCAPITULO
 XII .
 Filosofía en Bolivia (La): 15HCAPITULO XIII .
 Filosofía del amor: 17HCAPITULO XV .

Fin de semana: 17HCAPITULO XV .
 Fenitud y otros ensayos (La): 17HCAPITULO XV .
 Five o'clock tea: 14HCAPITULO XII .
 Flor del trópico: 13HCAPITULO XI .
 Folklore de Yamparáez (EI): 15HCAPITULO XIII .
 Floración: 17HCAPITULO XV .
 Flor de loto: 17HCAPITULO XV .
 Flor de viento: 17HCAPITULO XV .
 Fondo de silencio (EI): 14HCAPITULO XII .
 Franz Tamayo: 17HCAPITULO XV .
 Franz Tamayo, hechicero del Ande: 14HCAPITULO XII .
 Fraude de la Nacionalización de la GULF (EI): 16HCAPITULO XIV .
 Fray Milonga: 14HCAPITULO XII .
 Frío (EI): 16HCAPITULO XIV .
 Funciones de la metáfora literaria: 17HCAPITULO XV .
 Fundación de La Paz (La): 6HCAPITULO IV .
 Fundación de la República (La): 13HCAPITULO XI .
 Fundación en la llanura: 17HCAPITULO XV .
 Fundadores del alba: 17HCAPITULO XV .
 Fuente de oro (La): 14HCAPITULO XII .

Gabriel René Moreno: 17HCAPITULO XV .
 Gazophilacium: 9HCAPITULO VII .
 Genealogía del protomártir Pedro Domingo Murillo: 17HCAPITULO XV .
 General Melgarejo (EI): 12HCAPITULO X .
 Genial hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo (La): 17HCAPITULO XV .
 Gente de Santa Cruz: 15HCAPITULO XIII .
 Gentes y caminos de Potosí: 17HCAPITULO XV .
 Geopolítica de la sangre: 17HCAPITULO XV .
 Geopolítica de Bolivia: 16HCAPITULO XIV y 17HCAPITULO XV .Gesta valluna: 15HCAPITULO XIII .
 Gesto (EI): 17HCAPITULO XV .
 Gitanjalí: 13HCAPITULO XI .
 Gloriosa (La): 14HCAPITULO XII .
 Gobierno de los dos cuchillos: 10HCAPITULO VIII .
 Gobierno del Perú: 9HCAPITULO VII .
 Gramática aimára: 6HCAPITULO IV .
 Grandeza y soledad de Moreno: 17HCAPITULO XV .
 Gran Tribuno (EI): 12HCAPITULO X .
 Grito de piedra: 16HCAPITULO XIV .
 Guano, Salitre, Sangre: 17HCAPITULO XV .
 Guerra del 79 (La): 13HCAPITULO XI .
 Guerra Final (La): 17HCAPITULO XV .
 Guerra entre Vicuñas y Vascongados (La): 17HCAPITULO XV .
 Guerrillero Inti: 17HCAPITULO XV .
 Guía de Potosí: 14HCAPITULO XII y 15HCAPITULO XIII .
 Guía histórica de Potosí: 9HCAPITULO VII .
 Guía de La Paz: 17HCAPITULO XV .

Habla Melgarejo: 6HCAPITULO IV y 12HCAPITULO X .
 Hacia el nuevo indio: 15HCAPITULO XIII .
 Halcó: 17HCAPITULO XV .
 Harahui: 15HCAPITULO XIII .
 Harawicu: 15HCAPITULO XIII .
 Heideger: 17HCAPITULO XV .
 Hija de Jethé: 13HCAPITULO XI .
 Hijo de Opa: 17HCAPITULO XV .
 Himno a las Gracias y a las Tumbas: 13HCAPITULO XI .
 Historia de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Historia colonial de La Paz: 15HCAPITULO XIII .
 Historia Diplomática de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Historia del Movimiento Obrero: 16HCAPITULO XIV .
 Historia del M.N.R.: 16HCAPITULO XIV .
 Historia de la Cultura Boliviana: 17HCAPITULO XV .
 Historia del periodismo boliviano: 17HCAPITULO XV .
 Historia (La): 17HCAPITULO XV .
 Historia de Bolivia: 6HCAPITULO IV 12HCAPITULO X , 13HCAPITULO XI , 16HCAPITULO XIV .
 Historia de Copacabana: 9HCAPITULO VII y 15HCAPITULO XIII .
 Historia de la conquista del Oriente boliviano: 13HCAPITULO XI .
 Historia de la educación en Bolivia: 15HCAPITULO XIII .
 Historia de la guerra de los Quince Años en el Alto Perú: 10HCAPITULO VIII .
 Historia de la guerra del Pacífico: 12HCAPITULO X .
 Historia de la literatura: 1HPROLOGO A LA PRIMERA EDICION .
 Historia de la literatura boliviana: 3HCAPITULO 1, 13HCAPITULO XI y 15HCAPITULO XIII .
 Historia del Alto Perú: 12HCAPITULO X .
 Historia de la novela boliviana: 15HCAPITULO XIII .
 Historia de las ideas en Bolivia: 15HCAPITULO XIII .
 Historia de las Indias: 8HCAPITULO VI .
 Historia de la Universidad Mayor de San Andrés: 14HCAPITULO XII .
 Historia de la Villa Imperial de Potosí: 9HCAPITULO VII ,
 Historia del descubrimiento de Tucumán: 13HCAPITULO XI .
 Historia de los Girondinos: 12HCAPITULO X .
 Historia del Perú (La): 7HCAPITULO V .
 Historia del Tucumán colonial: 13HCAPITULO XI .
 Historia de Potosí: 9HCAPITULO VII .
 Historia económica de Bolivia: 15HCAPITULO XIII .
 Historia financiera de Bolivia: 13HCAPITULO XI .
 Historia general de Bolivia: 13HCAPITULO XI , ...
 Historia general del Perú: 9HCAPITULO VII .
 Historia natural, social y política de Bolivia: 13HCAPITULO XI .
 Historia natural y moral de las Indias: 9HCAPITULO VII .
 Holguín y la pintura Altooperuana del Virreinato: 16HCAPITULO XIV y 17HCAPITULO XV .
 Hombre americano (EI): 6HCAPITULO IV .
 Hombre como método (EI): 14HCAPITULO XII .
 Hombre de la meseta andina (EI): 6HCAPITULO IV Y 13HCAPITULO XI .
 Hombre del tiempo heroico (EI): 14HCAPITULO XII .
 Hombre en apuros (Un): 12HCAPITULO X .
 Hombre libre (EI): 13HCAPITULO XI .
 Hombres sin tierra: 16HCAPITULO XIV .
 Hombre y tierra: 17HCAPITULO XV .
 Hombres y cosas de ayer: 13HCAPITULO XI .
 Hombre que soñaba (EI): 17HCAPITULO XV .
 Honor (EI): 14HCAPITULO XII .
 Honorable poroto (EI): 14HCAPITULO XII .
 Horacio y el arte lírico: 13HCAPITULO XI .
 Horas turbias: 14HCAPITULO XII .
 Huallparrimachi: 12HCAPITULO X .
 Huanchaca: 14HCAPITULO XII .
 Huascar: 12HCAPITULO X .

Huayralevismo (El): 17HCAPITULO XV .
 Huerta (La): 14HCAPITULO XII .
 Huiñay-pacha: 15HCAPITULO XIII .
 Idea de una introducción a la historia de Bolivia: 12HCAPITULO X .
 Ideas sobre la literatura de Bolivia: 12HCAPITULO X .
 Índice de la Poesía Boliviana Contemporánea: 17HCAPITULO XV .
 Idioma aimára: 13HCAPITULO XI .
 Idolos de Bacon (Los): 15HCAPITULO XIII .
 If: 13HCAPITULO XI .
 Ilustre ciudad (La): 14HCAPITULO XII .
 Illimani: 14HCAPITULO XII .
 Illimani en la literatura (El): 17HCAPITULO XV .
 Imperialismo y revolución: 16HCAPITULO XIV .
 Imperios andinos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Imperio socialista de los Incas (El): 7HCAPITULO V .
 Inactualidad de Alcides Arguedas (La): 17HCAPITULO XV .
 Incas (Los): 7HCAPITULO V .
 Indios en rebelión: 17HCAPITULO XV .
 Ingenuo continente americano (El): 14HCAPITULO XII .
 Inimitables (Los): 17HCAPITULO XV .
 Interpretación de la de Sudamérica: 15HCAPITULO XIII .
 Íntimas: 12HCAPITULO X .
 Introducción a la Teoría Crítica de la Sociedad: 17HCAPITULO XV .
 Introducción a la filosofía: 16HCAPITULO XIV .
 Introducción al archivo de Moxos: 12HCAPITULO X .
 Introducción al estudio de los poetas bolivianos: 12HCAPITULO X .
 Introducción a la americanística: 17HCAPITULO XV .
 Introducción a la antropología filosófica: 17HCAPITULO XV .
 Inundación: 17HCAPITULO XV .
 Invencibles (Los): 15HCAPITULO XIII .
 Isla (La): 11HCAPITULO IX .
 Isla del Titicaca y koati (Las): 5HCAPITULO III y 6HCAPITULO IV .
 Iténez salvaje (El): 16HCAPITULO XIV .
 Itinerario espiritual de Bolivia: 14HCAPITULO XII , ...
 Iturbide: 11HCAPITULO IX y 12HCAPITULO X .
 Iturrealde, centinela del petróleo: 15HCAPITULO XIII .

 Janamsy: 16HCAPITULO XIV .
 Jardín secreto: 14HCAPITULO XII .
 Jayucubás: 17HCAPITULO XV .
 Jefe (El): 17HCAPITULO XV .
 Jillimani Achachilasa: 15HCAPITULO XIII .
 Juana Azurduy de Padilla: 15HCAPITULO XIII y 17HCAPITULO XV .
 Juana Sánchez: 17HCAPITULO XV .
 Juan de la Rosa: 11HCAPITULO IX , 12HCAPITULO X .
 Juvenal Nina: 17HCAPITULO XV .

 Kantutas: 17HCAPITULO XV .
 Kcari-Marca: 15HCAPITULO XIII .
 Khanutas: 14HCAPITULO XII .
 Khatira: 17HCAPITULO XV .
 Kolla mitrado (El): 9HCAPITULO VII y 15HCAPITULO XIII .

 Kollasuyo (El): 6HCAPITULO IV , ...
 Kosayuro (El): 5HCAPITULO III , 6HCAPITULO IV , 13HCAPITULO XI y 14HCAPITULO XII .

 Laguna H3 (La): 15HCAPITULO XIII .
 La Paz en su cuarto centenario: 6HCAPITULO IV .
 La Paz, ayer, hoy y mañana: 17HCAPITULO XV .
 Legislación penal boliviana: 15HCAPITULO XIII .
 Lejanías: 17HCAPITULO XV .
 Lengua de Adán (La): 5HCAPITULO III , ..., 6HCAPITULO IV , 11HCAPITULO IX , ...y 16HCAPITULO XIV .
 Leyendas de la raza: 14HCAPITULO XII .
 Leyendas de mi tierra: 14HCAPITULO XII .
 Leyendas kollas: 6HCAPITULO IV .
 Leyes de la versificación castellana: 13HCAPITULO XI .
 Libertador de Bolivia (El): 16HCAPITULO XIV .
 Limitación el conocimiento científico: 17HCAPITULO XV .

 Linares: 15HCAPITULO XIII .
 Literatura alemana: 2HPROLOGO A LA CUARTA EDICION
 Literatura boliviana: 12HCAPITULO X .
 Literatura boliviana (La): 12HCAPITULO X , 13HCAPITULO XI y 16HCAPITULO XIV .
 Literatura dramática en Bolivia (La): 14HCAPITULO XII .
 Literatura preceptiva: 12HCAPITULO X .
 Literatura de los quechuas (La): 17HCAPITULO XV .
 Litoral de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Lo que traemos al mundo: 14HCAPITULO XII .
 Los Lanza: 11HCAPITULO IX .
 Los que pagan: 14HCAPITULO XII .
 Luces y sombras: 15HCAPITULO XIII .
 Luis: 12HCAPITULO X .
 Lulú y Puck: 13HCAPITULO XI .

 Llalliyapacha: 17HCAPITULO XV .

 Macizo boliviano (El): 13HCAPITULO XI y 16HCAPITULO XIV .
 Mala senda (La): 14HCAPITULO XII .
 Mala sombra (La): 17HCAPITULO XV .
 Mallku: 17HCAPITULO XV .
 Mallcu-Kaphaj: 13HCAPITULO XI .
 Manchay-Puito: 7HCAPITULO V .
 Manifiesto de Indios: 9HCAPITULO VII .
 Mansión de los elegidos: 17HCAPITULO XV .
 Manual para la recolección de material folklórico: 16HCAPITULO XIV , ...
 Mar del Sur (El): 13HCAPITULO XI .
 Mar canta mis sueños (El): 17HCAPITULO XV .
 María: 15HCAPITULO XIII .
 Mártires (Los): 12HCAPITULO X .
 Martirio de un civilizado (El): 15HCAPITULO XIII .
 Más allá del horizonte: 15HCAPITULO XIII .
 Más madre que las madres: 17HCAPITULO XV .
 Masamaclay: 17HCAPITULO XV .
 Máscara de estuco (La): 13HCAPITULO XI .
 Más fuerte que la Tierra: 13HCAPITULO XI .
 Matanzas de Yañez (Las): 12HCAPITULO X y 16HCAPITULO XIV .
 Mateo Montemayor: 17HCAPITULO XV .
 Matías el Apóstol suplente: 17HCAPITULO XV .
 Maura: 17HCAPITULO XV .

Medinaceli escoge: 17HCAPITULO XV .
 Medio Siglo de milagros: 17HCAPITULO XV .
 Meditación del Mediodía: 16HCAPITULO XIV .
 Melgarejismo antes y después
 de Melgarejo (EI): 13HCAPITULO XI .
 Melgarejo y el melgarejismo: 14HCAPITULO XII .
 Memorias: 17HCAPITULO XV , ...
 Memorias de un joven puro: 17HCAPITULO XV .
 Memorial de cosas del Perú: 9HCAPITULO VII .
 Memorias (Diez de Medina, Eduardo): 13HCAPITULO XI .
 Memorias (Mendoza): 13HCAPITULO XI .
 Memorias del corazón:
 12HCAPITULO X .
 Memorias históricas y políticas del Perú:
 7HCAPITULO V .
 Memorias histórico-políticas: 10HCAPITULO VIII .
 Mensaje: 11HCAPITULO IX y
 12HCAPITULO X .
 Meseta de los Andes (La):
 12HCAPITULO X .
 Metal del diablo: 15HCAPITULO XIII .
 Metrópoli prehistórica en la América del Sur (Una):
 5HCAPITULO III y 6HCAPITULO IV .
 Méjico de frente y de perfil: 14HCAPITULO XII .
 Miedo bajo las campanas (EI): 17HCAPITULO XV .
 Mi General adiós: 17HCAPITULO XV .
 Mina: 14HCAPITULO XII .
 Mi noviciado:
 12HCAPITULO X .
 Mi novio el extranjero: 14HCAPITULO XII .
 Mirando atrás: 15HCAPITULO XIII .
 Mi regreso de Europa a Bolivia:
 12HCAPITULO X .
 Misa de Gloria: 9HCAPITULO VII .
 Misión en el Paraguay: 17HCAPITULO XV .
 Misli: 14HCAPITULO XII .
 Misterios del corazón: 11HCAPITULO IX .
 Mis viajes por Bolivia: 16HCAPITULO XIV .
 Mito agrario de la Puerta del Sol (EI): 5HCAPITULO III .
 Mito del Iticaca (EI): 5HCAPITULO III .
 Mitos leyendas y cuentos de los quechuas:
 17HCAPITULO XV .
 Mito y realidad de la COMIBOL: 16HCAPITULO XIV .
 Mito y realidad de la industrialización: 16HCAPITULO
 XIV .
 Mito y realidad de la Reforma Agraria: 16HCAPITULO
 XIV .
 Mitos Profundos de Bolivia (Los): 17HCAPITULO XV .
 Mitología aimára: 15HCAPITULO XIII .
 Mitos, supersticiones y supervivencias
 populares de Bolivia: 5HCAPITULO III .
 Mitos, supersticiones y leyendas de
 los aimáras: 6HCAPITULO IV .
 Molino (EI): 15HCAPITULO XIII .
 Montaña de los ángeles (La): 17HCAPITULO XV .
 Montañas adentro: 15HCAPITULO XIII .
 Motivos del Cristo viviente: 15HCAPITULO XIII .
 Morir por la patria:
 12HCAPITULO X .
 Moxitania: 17HCAPITULO XV .
 Moxos y Chiquitos: 4HCAPITULO II .
 Muerte por el tacto: 17HCAPITULO XV .
 Mujer nerviosa (Una):
 12HCAPITULO X .
 Mundo es ancho y ajeno (EI): 15HCAPITULO XIII .
 Mundo que juzga (EI):
 12HCAPITULO X .
 Murillo (EI): 15HCAPITULO XIII .
 Nacionalismo y coloniaje: 9HCAPITULO VII .
 Nacionalización de las minas (La): 15HCAPITULO XIII ,
 ...
 Nadir: 15HCAPITULO XIII .
 Natacha: 14HCAPITULO XII .
 Nataniel Aguirre: 15HCAPITULO XIII .
 Navidad en Bolivia (La): 16HCAPITULO XIV , ...
 Nayjama: 5HCAPITULO III , ...y 15HCAPITULO XIII .
 Ni tambores ni trompetas: 17HCAPITULO XV .
 Nieto de Tupac-Katari (EI): 14HCAPITULO XII .
 Niña de sus ojos (La): 14HCAPITULO XII , ...
 Noche en Viena (Una): 14HCAPITULO XII .
 Novela de un escritor (La): 17HCAPITULO XV .
 Novelas cortas:
 12HCAPITULO X .
 Novelas y poesía de Jaime Mendoza: 17HCAPITULO
 XV .
 Nueva historia de Bolivia: 13HCAPITULO XI , ...
 Nueva narrativa boliviana (La): 17HCAPITULO XV .
 Nuevas notas:
 12HCAPITULO X .
 Nuevos Rubayats: 6HCAPITULO IV y 13HCAPITULO
 XI .
 Nuevos Viracochas (Los): 17HCAPITULO XV .
 Ñancahuazú-Sueños: 17HCAPITULO XV .
 Nuño de Chávez: 15HCAPITULO XIII , 17HCAPITULO
 XV .
 Obras completas (Baptista):
 12HCAPITULO X .
 Obras completas (René Moreno): 15HCAPITULO XIII .
 Obras escogidas (Omiste):
 12HCAPITULO X .
 Ocaso de Orión (EI): 17HCAPITULO XV .
 Occiso (EI): 15HCAPITULO XIII .
 Ocios crueles:
 12HCAPITULO X .
 Odio al pensamiento (EI): 17HCAPITULO XV .
 Odio y amor: 11HCAPITULO IX .
 Ojos abiertos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Ollantay: 6HCAPITULO IV , ... ,
 7HCAPITULO V , ...
 Once cuentos: 15HCAPITULO XIII .
 Opiniones y discursos: 13HCAPITULO XI .
 Oración por la Patria:
 12HCAPITULO X .
 Origen de la noble villa de Oropesa (EI): 13HCAPITULO
 XI .
 Oscuridad radiante (La): 17HCAPITULO XV .
 Otoño intenso: 17HCAPITULO XV .
 Pachakuti: 15HCAPITULO XIII .
 Pachamama: 15HCAPITULO XIII .
 Padre Liborio (EI): 14HCAPITULO XII .
 Páginas bárbaras: 13HCAPITULO XI , ...
 Páginas de vida: 16HCAPITULO XIV .
 Páginas dispersas: 14HCAPITULO XII .
 Páginas-escogidas (Agustín Aspiazu): 16HCAPITULO
 XIV .
 Paisajes criollos: 13HCAPITULO XI .
 Palabras: 13HCAPITULO XI .
 Panorama de exploradores y expedicionarios
 de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Panorama de la literatura Boliviana
 del Siglo XX: 17HCAPITULO XV .
 Panorama de la novela en Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Páginas escogidas: 17HCAPITULO XV .
 Paraíso en el Nuevo Mundo (EL): 9HCAPITULO VII .
 Pasajero en la aeronave Tierra: 17HCAPITULO XV .

Patria de Sol cautiva: 17HCAPITULO XV .
 Pedro Domingo Murillo y su tiempo: 14HCAPITULO XII .
 Pensamiento Andino (El): 17HCAPITULO XV .
 Pensamiento boliviano en el siglo XX (El): 16HCAPITULO XIV .
 Pensamiento universitario de Charcas (El): 15HCAPITULO XIII .
 Pequeña hermana muerta: 17HCAPITULO XV .
 Petróleo en Bolivia: 16HCAPITULO XIV .
 Pequeña historia de Juan de Garay: 17HCAPITULO XV .
 Perfil de atardecer: 17HCAPITULO XV .
 Perro vivo (El): 17HCAPITULO XV .
 Pez de oro (El): 16HCAPITULO XIV .
 Picadillo: 12HCAPITULO X .
 Piedra mágica (La): 14HCAPITULO XII .
 Pintura Boliviana en el siglo XVII (La): 13HCAPITULO XI .
 Pisagua: 13HCAPITULO XI .
 Placer: 16HCAPITULO XIV .
 Plan de política económica de la Revolución Nacional: 16HCAPITULO XIV .
 Plan de una representación: 11HCAPITULO IX .
 Plantonía: 13HCAPITULO XI .
 Platos rotos (Los): 14HCAPITULO XII .
 Plebe en acción (La): 13HCAPITULO XI .
 Pliegues del honor (Los): 14HCAPITULO XII .
 Poemas de la sombra: 17HCAPITULO XV .
 Poesía altoperuana (La): 12HCAPITULO X .
 Poesía quechua (La): 7HCAPITULO V y 8HCAPITULO VI .
 Poesías completas (Jaubin Colombres): 13HCAPITULO XI .
 Poesías completas (Ricardo Jaimes Freyre): 13HCAPITULO XI y 16HCAPITULO XIV .
 Poesías escogidas (E. Diez de Medina): 13HCAPITULO XI .
 Poetas bolivianos: 13HCAPITULO XI .
 Poesía boliviana: 17HCAPITULO XV .
 Poesía en Cochabamba (La): 17HCAPITULO XV .
 Poetas del Beni: 17HCAPITULO XV .
 Poetas y escritores: 17HCAPITULO XV .
 Poética de Franz Tamayo (La): 16HCAPITULO XIV .
 Poder y la caída (El): 16HCAPITULO XIV .
 Política internacional de Bolivia (La): 14HCAPITULO XII .
 Política y partidos en Bolivia: 16HCAPITULO XIV .
 Pongueaje (El): 15HCAPITULO XIII .
 Pompa de Jabón: 17HCAPITULO XV .
 Por querer volar: 14HCAPITULO XII .
 Por los caminos de la aventura: 17HCAPITULO XV .
 Posada de los sueños: 17HCAPITULO XV .
 Precio del triunfo (El): 15HCAPITULO XIII .
 Precio del estaño (El): 17HCAPITULO XV .
 Precursor (El): 15HCAPITULO XIII .
 Prehistoria de Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Presidente colgado (El): 16HCAPITULO XIV .
 Primer nueva crónica y buen gobierno: 7HCAPITULO V y 9HCAPITULO VII .
 Prisionero de guerra: 15HCAPITULO XIII , ...
 Prismas: 14HCAPITULO XII .
 Problema continental (El): 13HCAPITULO XI .
 Proceso geológico de Bolivia: 6HCAPITULO IV .
 Proceso del Imperialismo Brasileño: 17HCAPITULO XV .
 Prohibido ser feliz: 17HCAPITULO XV .
 Prólogo al Adiós: 16HCAPITULO XIV .
 Prometheida (La): 6HCAPITULO IV , 13HCAPITULO XI , ...
 Propiedad intelectual en Bolivia: 17HCAPITULO XV .
 Protohistoria andina: 17HCAPITULO XV .
 Proverbios: 6HCAPITULO IV y 13HCAPITULO XI .
 Proyecto de revolución: 11HCAPITULO IX y 12HCAPITULO X .
 Proyecciones literarias de Fernando Diez de Medina: 17HCAPITULO XV .
 Pueblo enfermo: 13HCAPITULO XI , ...
 Puna: 15HCAPITULO XIII .
 Puñal en la noche (Un): 15HCAPITULO XIII .
 Quiswataki: 17HCAPITULO XV .
 Quietud de pueblo: 14HCAPITULO XII .
 Quijote mestizo (El): 13HCAPITULO XI .
 Quintañoña (La): 12HCAPITULO X .
 Quo Vadis? : 12HCAPITULO X .
 Radiografía de la Revolución Paceña 1809: 17HCAPITULO XV .
 Ráfagas: 12HCAPITULO X .
 Raíz y las hojas (La): 16HCAPITULO XIV .
 Rastro de estrellas: 17HCAPITULO XV .
 Raza de bronce: 3HCAPITULO 1, 13HCAPITULO XI , 14HCAPITULO XII .
 Razón universal (La): 12HCAPITULO X .
 Realidad social de Cochabamba (La): 17HCAPITULO XV .
 Realismo mítico en Oscar Cerruto (El): 17HCAPITULO XV .
 Rebelión (La): 15HCAPITULO XIII .
 Recorrer esta distancia: 17HCAPITULO XV .
 Rectificaciones a la Historia de Arguedas: 13HCAPITULO XI .
 Recuerdos de una presión: 11HCAPITULO IX .
 Redención: 14HCAPITULO XII .
 Redentor (El): 15HCAPITULO XIII .
 Reforma agraria en Bolivia (La): 13HCAPITULO XI .
 Reforma penal en Bolivia (La): 15HCAPITULO XIII .
 Reivindicación de la cultura americana: 17HCAPITULO XV .
 Relación de antigüedades: 7HCAPITULO V .
 Relaciones internacionales en la historia de Bolivia (Las): 17HCAPITULO XV .
 Relatos bíblicos: 15HCAPITULO XIII .
 Relicario: 13HCAPITULO XI .
 Renovarse o morir: 13HCAPITULO XI .
 Repete (El): 15HCAPITULO XIII , ...
 Represalia de héroes: 11HCAPITULO IX , 12HCAPITULO X .
 Réprobos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Réquiem para una república: 17HCAPITULO XV .
 Réquiem para una rebelión: 17HCAPITULO XV .
 Resumen y antología de la literatura boliviana: 17HCAPITULO XV .
 Revancha (La): 14HCAPITULO XII .
 Reverso de la transparencia: 17HCAPITULO XV .
 Revolución boliviana (La): 16HCAPITULO XIV .
 Revolución (La): 12HCAPITULO X .
 Revolución de la Independencia de La Paz (La): 13HCAPITULO XI .
 Revolución de 1809 (La): 16HCAPITULO XIV .
 Revolución Nacional (La): 17HCAPITULO XV .
 Ronquera de viento: 15HCAPITULO XIII .

Rosario de leyendas: 14HCAPITULO XII .
 Rosita (La): 14HCAPITULO XII , ... , ...
 Ricardo Jaimes Freyre: 17HCAPITULO XV .
 Rios peregrinos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Romance y descendencia del Gran Mariscal de Ayacucho: 17HCAPITULO XV .
 Reto (El): 17HCAPITULO XV .
 Roy García: 17HCAPITULO XV .
 Ruta atlántica (La): 13HCAPITULO XI .

Salamanca: 15HCAPITULO XIII y 17HCAPITULO XV .
 Sambo: 16HCAPITULO XIV .
 Sangre de mestizos: 15HCAPITULO XIII
 Santa Cruz, el cóndor indio: 17HCAPITULO XV .
 Santa Cruz: 15HCAPITULO XIII .
 Santa Ludovica: 14HCAPITULO XII .
 Scherzo del ruiseñor: 13HCAPITULO XI .
 Scherzos: 5HCAPITULO III , 6HCAPITULO IV y 13HCAPITULO XI .
 Scopas: 13HCAPITULO XI .
 Seis mensajes a los estudiantes: 16HCAPITULO XIV .
 Selva: 15HCAPITULO XIII y 17HCAPITULO XV .
 Sentido y proyección del Kollasuyo: 6HCAPITULO IV .
 Sentido y actitud de la vida: 17HCAPITULO XV .
 Sentina de escombros: 17HCAPITULO XV .
 Sequía: 17HCAPITULO XV .
 Sertones (Los): 15HCAPITULO XIII .
 Siembra: 16HCAPITULO XIV .
 Siete poemas: 17HCAPITULO XV .
 Siete voces de Caronte (Las): 15HCAPITULO XIII .
 Signo escalonado (El): 17HCAPITULO XV .
 Sin esperanza: 11HCAPITULO IX .
 Siringa: 15HCAPITULO XIII , ...
 Sobre la cruz de la espada: 15HCAPITULO XIII .
 Socavones de angustia: 15HCAPITULO XIII .
 Sol de justicia: 15HCAPITULO XIII .
 Sol y horizontes: 14HCAPITULO XII .
 Sombras de mujeres: 14HCAPITULO XII .
 Sombra de exilio: 17HCAPITULO XV .
 Sondaje de los cielos: 12HCAPITULO X .
 Sonetos: 17HCAPITULO XV .
 Sueños son vida (Los): 13HCAPITULO XI .
 Suetonio Pimienta: 14HCAPITULO XII .
 Su Excelencia y Su Ilustrísima: 7HCAPITULO V .
 Sujnapura: 17HCAPITULO XV .
 Supay: 15HCAPITULO XIII , ...
 Supay-Marka: 14HCAPITULO XII .
 Surumi: 15HCAPITULO XIII .
 Surcos de luz: 17HCAPITULO XV .
 Suspiro de piedra: 17HCAPITULO XV .

Taras de nuestra democracia (Las): 13HCAPITULO XI .
 Templo (El): 11HCAPITULO IX .
 Teoría de los terremotos: 12HCAPITULO X .
 Teatro: 17HCAPITULO XV .
 Temporada de líquenes: 17HCAPITULO XV .
 Thunupa: 4HCAPITULO II y 5HCAPITULO III .
 Tiahuanacu: 5HCAPITULO III , ... , 13HCAPITULO XI , 14HCAPITULO XII , 16HCAPITULO XIV , ...
 Tiahuanacu y la América primitiva: 6HCAPITULO IV .
 Tiempos primitivos: 5HCAPITULO III y 6HCAPITULO IV .

Tierra adentro: 13HCAPITULO XI .
 Tierra cambia: 15HCAPITULO XIII .
 Tierras del Potosí: 13HCAPITULO XI .
 Tierras en su estado primitivo (La): 12HCAPITULO X .

Tierra morena: 14HCAPITULO XII .
 Tierras hechizadas: 13HCAPITULO XI y 14HCAPITULO XII .
 Tierra chúcara: 17HCAPITULO XV .
 Tierras interiores: 17HCAPITULO XV .
 Tipos humanos (Los): 17HCAPITULO XV .
 Tiwanaku: 5HCAPITULO III , 6HCAPITULO IV 13HCAPITULO XI .
 Tiwanaku, espacio, tiempo y cultura: 17HCAPITULO XV .

Toi et moi : 13HCAPITULO XI .
 Tonos del tiempo azul: 17HCAPITULO XV .
 Toros salvajes (Los): 17HCAPITULO XV .
 Tormenta: 17HCAPITULO XV .
 Totems, animismo e idolatría de los aimaras: 6HCAPITULO IV .
 Tradiciones potosinas: 12HCAPITULO X .
 Tradición en Cochabamba (La): 17HCAPITULO XV .
 Tragedia del altiplano (La): 14HCAPITULO XII .
 Tragedia del chaco (La): 13HCAPITULO XI .
 Traje del señor diputado (El): 14HCAPITULO XII .
 Transfiguraciones (Las): 16HCAPITULO XIV y 17HCAPITULO XV .
 Trece (13) de artillería: 15HCAPITULO XIII .
 Treinta años de historia paceña: 15HCAPITULO XIII .
 Tres relatos paceños: 14HCAPITULO XII .
 Tres claveles y una espiga: 17HCAPITULO XV .
 Tres generales: 17HCAPITULO XV .
 Tríptico potosino: 16HCAPITULO XIV .
 Tríptico histórico: 16HCAPITULO XIV .
 Triunfo del prejuicio (El): 14HCAPITULO XII .
 Trópico del norte: 14HCAPITULO XII .
 Trópico enamorado: 17HCAPITULO XV .
 Tunupa-Ekako: 17HCAPITULO XV .
 Tuphuj-Katari: 15HCAPITULO XIII , ...

Ulrico Schmidt: 17HCAPITULO XV .
 Ultimo huayño (El): 14HCAPITULO XII .
 Ultimos días coloniales (Los): 9HCAPITULO VII .
 Ultimos días coloniales en el Alto Perú (Los): 9HCAPITULO VII , 10HCAPITULO VIII 12HCAPITULO X .
 Ultimos momentos del dictador Linares (Los): 12HCAPITULO X .
 Un pueblo en la cruz: 16HCAPITULO XIV .
 Unicos (Los): 15HCAPITULO XIII .
 Uskha-Paucar: 7HCAPITULO V .
 Utama: 14HCAPITULO XII

Vals del recuerdo (El): 14HCAPITULO XII .
 Valle: 15HCAPITULO XIII .
 Valle del Sol (El): 14HCAPITULO XII .
 Valle del cuarto menguante (El): 17HCAPITULO XV .
 Variando prismas: 13HCAPITULO XI .
 Veneno para ratones: 14HCAPITULO XII .
 Vendimia espiritual: 17HCAPITULO XV .
 Vendimias (Mis): 17HCAPITULO XV .
 Verdadera historia de los inkas (La): 17HCAPITULO XV .

Vértigo: 17HCAPITULO XV .
 Vestigio de sombra: 17HCAPITULO XV .
 Viaje por la América Meridional: 4HCAPITULO II y 6HCAPITULO IV .
 Víctor Paz Estenssoro: 16HCAPITULO XIV .
 Vida criolla: 13HCAPITULO XI .
 Vida de navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI: 8HCAPITULO VI .

Vida heroica del Libertador (La): 14HCAPITULO XII .
Vida social del coloniaje (La): 9HCAPITULO VII .
Vida social en la Colonia (La): 14HCAPITULO XII .
Viento huracanado: 15HCAPITULO XIII .
Villa Imperial de Potosí (La):
12HCAPITULO X .
Vigilia para el último viaje: 17HCAPITULO XV .
Violeta sorprendida: 17HCAPITULO XV .
Virgen de las siete calles (La): 14HCAPITULO XII .
Virgen del Lago (La): 13HCAPITULO XI
Viridario: 13HCAPITULO XI .
Visionarios y mártires:
12HCAPITULO X
Visitante nocturno: 17HCAPITULO XV .
Visitante profundo: 17HCAPITULO XV .
Viva Belzu: 15HCAPITULO XIII y 17HCAPITULO XV .
Vocabulario aimára: 6HCAPITULO IV ,9HCAPITULO VII
Vocabulario de la lengua aimára: 16HCAPITULO XIV .
Voces áulicas: 14HCAPITULO XII .
Vocero: 15HCAPITULO XIII .
Vorágine (La): 3HCAPITULO 1, 13HCAPITULO XI ,
15HCAPITULO XIII
Volveremos a la vecindad del mundo: 17HCAPITULO
XV .

Voz de la Luena (La): 14HCAPITULO XII .
Wall Street y hambre: 14HCAPITULO XII .
Wata-huara: 13HCAPITULO XI .
Willkha: 17HCAPITULO XV .
Withead: 17HCAPITULO XV .
Wolfram (El): 14HCAPITULO XII .

Yahuar-Huacac: 13HCAPITULO XI .
Yanakuna: 15HCAPITULO XIII , ...
Yawarminchij: 17HCAPITULO XV .
Ya nadie espera al hombre: 17HCAPITULO XV .
Yo fui el orgullo: 17HCAPITULO XV .

Zafra (La): 11HCAPITULO IX .
Zapata: 17HCAPITULO XV .
Zedar de los espacios: 17HCAPITULO XV .
Zodiaco americano (El): 5HCAPITULO III .

© Rolando Diez de Medina,2003
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)

Comentario [MSOFFICE1]:
Actualizada Literatura
boliviana 1980.
Introducción al estudio de las
letras nacionales del Tiempo
Mítico a la Producción
Contemporánea. No es una
simple obra didáctica de
investigaciones —historia y
crítica— sino una introducción
rica de color y de sentido al
proceso de la cultura boliviana.
Un cuadro magistral de la
literatura nacional a través de
un temperamento. Fernando
Diez de Medina.